



# Evelina

*Frances Burney*



Lectulandia

«Evelina, o Historia de una joven dama en su entrada en sociedad», cuenta la historia de la hermosa Evelina Anville, hija no reconocida de lord Belmont, un aristócrata inglés de vida disipada. Desde su oscuro nacimiento y tras la muerte de su madre al dar a luz, Evelina se cría aislada en el campo con su tutor, el bondadoso reverendo señor Villars. Cuando está a punto de cumplir dieciocho años viaja por primera vez a Londres, donde se ve cautivada por su nuevo entorno, el «beau monde», y en particular por el apuesto y distinguido lord Orville. Pero su disfrute pronto se verá mortificado por la aparición de su abuela, «madame» Duval, y por el libertino «sir» Clement Willoughby.

**Lectulandia**

Frances Burney

# **Evelina**

**Historia de una joven dama en su entrada en sociedad**

**Tesoros de Época - 3**

ePub r1.0

Titivillus 28.07.2017

Título original: *Evelina*  
Frances Burney, 1778  
Traducción: Eva María González Pardo  
Posfacio: Susanna González  
Ilustraciones: Hugh Thomson

Editor digital: Titivillus  
Colaboración: Grupo LDS  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



**Evelina**

**o**

**Historia de una joven dama en su entrada en  
sociedad**



A...<sup>[1]</sup>

¡Oh, artífice de mi existencia!  
Para mí máspreciado que la luz, el alimento o el descanso,  
Que la ardiente lágrima del éxtasis,  
O las bendiciones de Higía<sup>[2]</sup>,  
¡O la savia vital que enciende mi pecho!

Si en mi corazón brilla el amor por la virtud,  
Fue esta sembrada con una infalible regla;  
De su ejemplo nació la llama pura;  
Su vida, mi norma..., sus buenas obras, mi escuela.

Si mi débil ingenio pudiera seguir la huella de sus muchas virtudes,  
Por amor filial cada temor debiera ser reprimido;  
Ahuyentaría el sonrojo de la incapacidad,  
Y me erigiría en cronista confesa de su valor.

Pero como las avaras estrellas niegan este regalo,  
La ocultación es la única bendición que reclamo;  
Permanezca en la oscuridad la Musa frustrada,  
Que no logra elevar, pero tampoco podría arruinar, su fama.

¡Oh, de mi vida a un tiempo fuente y alegría!  
Si jamás sus ojos estos débiles versos leyeran,  
Que su insensatez no destruya su intento;  
Acepte el homenaje..., pero olvide los versos.

# ***A LOS AUTORES DE LAS REVISTAS MENSUALES DE CRÍTICA LITERARIA***

Señores:

La libertad que me tomo al enviarles el insignificante resultado de algunas horas de ocio suscitará indudablemente su asombro y, probablemente, su desprecio. No quiero, sin embargo, con la futilidad de mis justificaciones, robarles su tiempo sino admitir concisamente las razones de mi temeridad, no sea que, por un prematuro ejercicio de la paciencia que espero me beneficie, haga disminuir su benevolencia y provocar yo mismo mi censura.

Sin un nombre, sin recomendaciones e ignoto tanto al éxito como al fracaso, ¿a quién puedo oportunamente dirigirme para gozar de protección sino a aquellos que declaran públicamente supervisar cada una de las actividades literarias?

La amplitud de sus observaciones críticas que, no limitadas a las obras útiles o a aquéllas con ingenio, se abren incluso a aquellas de frívola diversión e incluso peores de frívolo aburrimiento, me empuja a pedir su protección, dado que —¡quizá por mis pecados!— me da derecho a sus observaciones. Ofenderles por tanto con esta oferta, por lo insignificante de la misma, mal se correspondería con la universalidad de su compromiso aunque no despreciarla podría —¡pobre de mí!— resultarles imposible.

El lenguaje de la adulación y el incienso de la lisonja, incluso siendo, desde tiempos inmemoriales, herencia natural y recurso constante del *dedicador*, a mí solamente me ofrecen el melancólico arrepentimiento de no haber osado invocar su ayuda. Todo aquello que podría decir asumiría una apariencia siniestra dado que, en esta situación, magnificar su capacidad de juicio parecería el efecto de un artificio y celebrar su imparcialidad haría pensar que dudo de ella.

En calidad de magistrados de la prensa y censores para el público —con el que se hayan obligados por sacros ligámenes de integridad a ejercitar la imparcialidad más inspirada y por el que sus sufragios deberían provocar señales de la pura, intrépida e innegable verdad— apelar a su misericordia significaría solicitar su infamia y por tanto, ¡aunque sea más dulce que el incienso!, más agradable para los sentidos que todos los aromáticos perfumes de Arabia e incluso si

*Cae como la dulce lluvia del cielo  
Sobre aquello que está debajo...*<sup>[3]</sup>

¡yo no la cortejo! Tengo derecho exclusivamente a su justicia y con ésta me conformaré. Su compromiso no es con el autor que les suplica, sino con el público imparcial que no cesará de codiciar

*La sanción y la enmienda de su vínculo.*<sup>[4]</sup>

Aquí no tienen a un escritor de pacotilla habituado al insulto e insensible a las críticas que desafía su severidad, y tampoco a un autor de gacetas medio muerto de hambre,

*Empujado por el hambre —y a expensas de sus amigos—,*<sup>[5]</sup>

implora su indulgencia; su examen estará libre de convencionalismos tanto de parcialidad como de prejuicios; ningún murmullo indócil seguirá a su censura, ningún interés privado vendrá gratificado con sus alabanzas.

Que la ansiosa preocupación con la que me encomiendo a su atención no me exponga a su desprecio. Recuerden, señores: todos ustedes fueron, en un tiempo, jóvenes escritores, y el más experto veterano de su ejército podría, recordando su primera publicación, ver renovados sus terrores y reconocer los míos. El coraje es una de las virtudes más nobles de esta esfera inferior, y sin embargo es apenas más indispensable en el campo de batalla, para salvaguardar de las desventuras al héroe que combate, que en las relaciones privadas con el mundo, para esquivar aquella mezquindad de ánimo que conduce, con pasos imperceptibles, hacia una serie de viles pasiones, y que arrastra a las mentes demasiado tímidas a un servilismo que merma la dignidad de la naturaleza humana. Sin embargo, es una virtud inútil en una situación como la mía; una situación que cercena, incluso a la cobardía, el aguijón de la ignominia. Pero a buen seguro, si ese coraje pudiera dispensarse fácilmente ¿no suscitaría más repugnancia que admiración? En efecto, es privilegio especial del autor despojar al terror de desprecio y a la pusilanimidad de reproche.

Llegados a este punto, *permítanme descansar* y sustraerme, hasta donde me sea posible, del encanto del egoísmo, un monstruo que cuenta con más devotos de cuantos hayan jamás rendido homenaje a la divinidad más popular de la antigüedad, y cuya particularidad es que, si bien suscita una adoración ciega e involuntaria en casi todos los individuos, su influencia es universalmente condenada y su culto jamás mencionado, excepto con abominación incluso por sus mismos secuaces.

Al dirigirme a ustedes colectivamente, simplemente he querido subrayar los generosos sentimientos por medio de los cuales la crítica liberal, anulando completamente la envidia, los celos y todas las opiniones egoístas, debería distinguirse.

Señores,  
tengo el honor de ser su más obediente  
y humildísimo servidor<sup>[6]</sup>





## **BIBLIOGRAFÍA**



*The Journals and Letters of Fanny Burney (Madame D'Arblay)*, ed. Joyce Hemlow (Oxford: Clarendon Press, 1972-1984).

*The Early Journals and Letters of Fanny Burney*, ed. Lars Troide et al (Oxford: Clarendon Press, 1988).

*Diary and Letters of Madame D'Arblay*, ed. Charlotte Barrett (Londres: Henry Colburn, 1842-1846).

Doody, Margaret Anne, *Frances Burney: The Life in the Works* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988).

Bloom, Harold (ed.). *Fanny Burney's Evelina* (Nueva York: Chelsea Books, 1988).

Cutting-Gray, Joanne, *Woman as 'Nobody' and the Novels of Fanny Burney* (Gainesville, Fla.: University Press Florida, 1992).

*Eiyhteenth-Century Fiction, Special issue on Evelina*, 3 (1991). Staves, Susan, *Evelina: or, Female Difficulties*, *Modern Philology*, 73 (1975-1976), págs. 368-381.

Epstein, Julia L, *Frances Burney and the Politics of Women's Writing* (Madison: University Wisconsin Press, 1989).

Hemlow, Joyce, *The History of Fanny Burney* (Oxford: Clarendon Press, 1958).

Straub, Kristina, *Divided Fictions: Fanny Burney and Feminine Strategy* (Lexington, Ky: University Kentucky Press, 1988).

Thaddeus, Janice Farrar, *Frances Burney: A Literary Life* (Londres: Macmillan, 2000).

Vatteroni, Chiara, *Evelina* (Fazi Editore, 2001).



## **PREFACIO**



**E**n la república de las letras no existe individuo de rango tan ínfimo o que sea más despreciado por sus hermanos de pluma que el humilde novelista. Su hacer, de todos modos, no es menos amargo en el *gran mundo* dado que, entre todos aquellos que escriben, quizá no es posible nombrar a ninguno cuyos secuaces sean más numerosos pero menos respetables.

Y sin embargo, porque en los anales de aquellos pocos de entre nuestros predecesores con los cuales este género de escritura está en deuda, por salvarse del desprecio y justificarse ante la acusación de depravación, podemos señalar nombres como el de Rousseau, Johnson, Marivaux, Richardson y Smollett, ninguno debe sonrojarse comenzando desde la misma situación, aunque muchos, es más, la mayor parte de los hombres, suspiran al encontrarse distanciados.

Las cartas que se muestran a continuación se presentan al público —porque así vienen siendo llamados los lectores por los escritores de novelas— con una particular mezcla de timidez y confianza, consecuencia de la particular situación del editor que, a pesar de temblar ante su éxito por ser consciente de sus imperfecciones, no tiene sin embargo miedo de involucrarse en su posible fracaso, habiéndose envuelto afortunadamente en un manto de impenetrable oscuridad.

Retratar personajes extraídos de la naturaleza, aunque no de la vida, y hacer emerger las costumbres de la época es el fin último que se proponen las siguientes cartas. Con este propósito una joven mujer, educada en un ambiente aislado, hace su entrada a la edad de diecisiete años en el grande y ajetreado escenario de la vida; dolada de una mente virtuosa, de un cultivado talento y de un corazón sensible, su ignorancia de las formalidades y la inexperiencia de las costumbres del mundo provocan todos los pequeños incidentes que estos volúmenes registran y que conforman la progresión natural de la vida de una jovencita de oscuro nacimiento, pero de grandísima belleza, durante los primeros seis meses que siguen a su Entrada en el Mundo.

Si fuera posible exterminar completamente las novelas, las muchachas en general, y las damiselas de colegio en particular, tal vez se beneficiarían de semejante destrucción; pero dado que la turbación que estos libros han difundido parece incurable, dado que el contagio desafía a la medicina del consejo o del reproche y siendo consabido que obstaculizan el arte mental de la física, excepto aquella prescrita por el lento régimen del Tiempo y de la amarga dieta de la Experiencia, seguramente toda tentativa de contribuir al número de aquellos que pueden ser leídos, si no con provecho, al menos sin daño, debería ser más bien alentado que condenado.

Déjenme por tanto preparar para la decepción a aquellos que, leyendo estas páginas, esperan ser transportados a las fantásticas regiones de las novelas de aventuras, donde la narración se dibuja con todos los alegres matices de la imaginación más suntuosa, donde la razón está prohibida y donde la sublimidad de lo maravilloso rechaza cualquier tipo de ayuda de la sobria probabilidad. La heroína de estas memorias, joven, ingenua, inexperta no es

*Ningún Monstruo perfecto que el Mundo  
no haya conocido jamás<sup>[7]</sup>*

sino hija de la naturaleza, y de una naturaleza en su versión más sencilla.

En todas las artes el valor de las copias solo puede ser proporcional a la imperfección de los originales; entre los escultores y los pintores, una hermosa estatua o un bonito cuadro de un gran maestro pueden dignamente comprometer los talentos imitativos de artistas más jóvenes y menos ingeniosos, de modo que su empeño hacia un único objetivo no impida totalmente la expansión general de su mérito; pero con los escritores ocurre exactamente lo contrario, porque las más nobles producciones literarias son casi igual de accesibles que las más indignas. Con los libros, por tanto, es necesario evitar diligentemente las imitaciones porque precisamente la perfección de un modelo frecuentemente consultado evidencia aún más la inferioridad de la copia.

Para evitar la banalidad sin caer en lo inusual se deben limitar las ambiciones de ese rebaño de autores más vulgares. Por más ferviente que sea mi veneración por los grandes escritores que he mencionado, por más que pueda sentirme iluminada por el conocimiento de Johnson, fascinada por la elocuencia de Rousseau, embelesada por la capacidad poética de Richardson y embriagada por el espíritu de Fielding y del humor de Smollett, sin embargo, no tengo la presunción de intentar seguir el mismo camino que éstos han trazado; además de haber extirpado la maleza de este terreno, también han recogido sus flores, y aunque hayan facilitado un camino despejado, lo han dejado desnudo.

No cometeré la impertinencia de poner en duda la imparcialidad de mis lectores y sé que no tengo derecho a su indulgencia; debo por tanto, solamente, suplicar que mis palabras no pronuncien mi propia condena y que aquello que me arriesgo a decir referente a las imitaciones pueda ser interpretado, como es mi intención, en un sentido general, en vez de atribuirlo a la expresión de mi personal originalidad que no tengo la vanidad, ni la demencia o la ceguera de tener.

Cualquiera que sea el destino de estas cartas, el editor está convencido de que recibirán justicia y se confía a la prensa sin esperanza alguna de fama pero no indiferente a la censura.





**Evelina**

**PARTE PRIMERA**



## CARTA I

### *De lady Howard al reverendo señor Villars*

Howard Grove

**E**xiste tal vez, muy señor mío, hecho más penoso para un corazón amigo que la necesidad de comunicar una noticia desagradable? En verdad, a veces es difícil discernir si es más digno de compasión aquel que escribe la mala noticia o su destinatario.

Acabo de recibir una carta de *madame* Duval: verdaderamente no sabe cómo proceder. Parece deseosa de remediar el daño causado y sin embargo le gustaría que el mundo la considerase libre de culpa. De muy buena gana descargaría sobre otra persona el odio de aquellas desgracias de las cuales ella es la única responsable.

La suya es una carta violenta, injuriosa a veces, ¡y todo ello hacia *usted!*... Usted, hacia quien esa mujer tiene obligaciones que son incluso más grandes que sus culpas, pero es a sus consejos a quienes atribuye perversamente todos los sufrimientos de su hija ultrajada, la fallecida *lady* Belmont. Le pondré al corriente del tenor general de aquello que escribe; la carta en sí misma no es digna de su atención.

Esa mujer me dice que su deseo desde hace ya muchos años es venir a Inglaterra, circunstancia esta que le ha impedido escribir para interesarse sobre este triste asunto, dado que esperaba hacerlo personalmente, pero razones de carácter familiar la han retenido en Francia, país que por el momento no tiene intención de abandonar. Por ello, recientemente hizo todo lo posible por procurarse un fiel informe de los acontecimientos referidos a la hija víctima de «maléficos consejos»; el resultado de tales esfuerzos fue el conocimiento de que, en su lecho de muerte, la mujer dejó una pequeña huérfana. Habiendo averiguado que la muchacha vive con usted, *madame* Duval dice con gran generosidad que si usted, mi querido amigo, pudiera procurarle pruebas válidas del vínculo de parentesco que la unen con la jovencita, podría entonces enviarla a París, donde la señora se haría cargo de ella del modo adecuado.

Es indudable que esta mujer es consciente de su conducta *contra natura*: se evidencia, de aquello que escribe, que sigue siendo tan vulgar e ignorante como cuando su primer marido, el señor Evelyn, tuvo la debilidad de casarse con ella, pues ni siquiera se disculpa por dirigirse a mí, que solamente la he visto en una ocasión.

Esta carta ha provocado en mi hija, la señora Mirvan, un gran deseo de conocer las razones que indujeron a *madame* Duval a abandonar a la desdichada *lady* Belmont en un momento en el que la protección de una madre era tan necesaria para su paz y su reputación. Si bien yo conozco personalmente a cada una de las personas



involucradas en este asunto, el tema me ha parecido siempre de una naturaleza demasiado delicada para discutir sobre ello con los interesados; no puedo, por tanto, satisfacer a la señora Mirvan de otro modo que dirigiéndome directamente a usted, mi querido amigo.

Al decir que *podría* usted enviarle a la muchacha, *madame* Duval pretende hacer una concesión, cuando realmente se trata de una obligación. No pretendo darle consejos, amigo mío, a usted no: a su generosa protección esta pobre huérfana le debe todo en la vida. Es usted la única persona, y la mejor, que puede juzgar aquello que la joven debe hacer; pero estoy muy preocupada por las molestias y la inquietud que esta indigna mujer pueda causarle.

Mi hija y mi nieta se unen a mí en el deseo de que esa encantadora muchacha nos recuerde con cariño; y me invitan a recordarle que la visita anual a Howard Grove, que formalmente nos ha prometido, ha sido suspendida desde hace más de cuatro años.

Querido señor, con gran estima, su humilde y devota amiga,

M. Howard

## CARTA II

### *Del señor Villars a lady Howard*

Berry Hill, Dorsetshire

**S**u señoría ha previsto bien la perplejidad y aflicción que me ha producido la carta de *madame* Duval. Sin embargo debería alegrarme de no haber sido importunado durante todos estos años, en vez de lamentarme por las molestias de ahora; porque ello significa que en esta desdichada mujer se ha despertado finalmente el remordimiento.

En cuanto a mi respuesta, debo pedirle humildemente a su señoría que conteste a *madame* Duval en los siguientes términos: «Que jamás ofendería, bajo ningún concepto, a *madame* Duval, pero que de momento tengo poderosos motivos, más bien irrefutables, para retener a su nieta en Inglaterra; y el principal no es otro que el ardiente deseo de una persona a cuya última voluntad le debe un implícito respeto. *Madame* Duval puede estar segura de que su nieta recibe atenciones y ternura a raudales; que su instrucción, aunque nunca suficiente a mis aspiraciones, es casi superior a mis capacidades; y que me congratulo del hecho de que, cuando llegue el momento de que la jovencita presente sus respetos a su abuela, *madame* Duval no encontrará motivo de descontento por todo cuanto se ha hecho por ella».

Estoy convencido de que su señoría no se sorprenderá de esta respuesta. *Madame* Duval dista mucho de ser una compañía o protección apropiada para una joven dama: está tan privada de instrucción como de escrúpulos, posee un temperamento y modales groseros. Tengo conocimiento desde hace ya tiempo de que profesa una fuerte aversión hacia mí... ¡Pobre mujer! Sólo puedo considerarla digna de lástima.

No puedo negarme ante una petición de la señora Mirvan, y sin embargo, para satisfacerla, seré —por su propio bien— lo más conciso posible, dado que los crueles acontecimientos que precedieron al nacimiento de mi pupila no pueden ofrecer deleite alguno para un alma generosa como la suya.



Quizá su señoría habrá escuchado alguna vez que, en calidad de preceptor, tuve el honor de acompañar en sus viajes al señor Evelyn, el abuelo de mi joven pupila. Justo tras su regreso a Inglaterra, el infeliz matrimonio con *madame* Duval, en aquella época camarera en una taberna, contrariamente a los consejos y súplicas de todos sus amigos de entre los cuales fui el más ansioso en mi intención de disuadirlo, le indujo a abandonar su país natal y establecer su residencia en Francia, hasta donde le persiguieron la vergüenza y el arrepentimiento: sentimientos que su corazón no estaba preparado para soportar; porque, aun habiendo sido por desgracia, demasiado débil para resistir a la seductora belleza que la naturaleza, avara con aquella mujer en otras virtudes, había concedido con mano generosa a su esposa, era sin embargo un joven de índole excelente y de impecable conducta hasta el momento en que inexplicablemente enloqueció. Sobrevivió únicamente dos años a su imprudente matrimonio. En el lecho de muerte, con mano temblorosa, me escribió el siguiente mensaje:

«¡Amigo mío, olvide su resentimiento en pro de la generosidad! Un

padre ansioso por el bien de su hija se la confía a sus cuidados. ¡Oh, Villars, escúcheme. Tenga piedad! ¡Concédame este consuelo!»

Si las circunstancias me lo hubieran permitido, hubiera contestado a estas palabras con un inmediato viaje a París; pero me vi obligado a proceder a través de un amigo que se encontraba en el lugar y que asistió a la lectura del testamento.

El señor Evelyn me dejó una herencia de mil libras y la exclusiva responsabilidad de su hija hasta el cumplimiento de su decimoctavo cumpleaños, conjurándome con las palabras más afectuosas a que asumiera la responsabilidad de su instrucción hasta que estuviera en condiciones de desenvolverse correctamente por sí misma; pero en cuanto al patrimonio, dejó que dependiera completamente de su madre, encomendándola a su cariño.

De este modo, a pesar de no confiar el intelecto y la moralidad de la hija a una mujer mezquina y maleducada como la señora Evelyn, sostuvo sin embargo oportuno asegurarle el respeto y la obediencia que, por parte de la hija, le eran ciertamente debidos; pero por desgracia no tuvo en cuenta que la madre, por su parte, pudiera despreciar el amor o el sentido de la justicia.

Querida señora, desde el segundo hasta el decimoctavo año de vida de la señorita Evelyn, fue educada bajo mis cuidados y mi techo, a excepción del período en que se encontraba en la escuela. No es necesario que exponga a su señoría las virtudes de esta joven y excelente criatura. Me quiso como a un padre y la señora Villars no recibió menor consideración; por otra parte yo la he querido tanto que su pérdida me causó un dolor casi tan grande como aquel que sufrí por la desaparición de la señora Villars.

En aquel momento de su vida nos separamos; su madre, casada de nuevo con *monsieur* Duval, la llamó a París. ¡Cuántas veces me he arrepentido de no haberla acompañado! Protegida y amparada por mí, la infelicidad y la desgracia que la esperaban quizá hubieran podido evitarse. Pero —para abreviar—, *madame* Duval, bajo instigación del marido, proyectó urgentemente un matrimonio entre la señorita Evelyn y uno de los sobrinos de aquél. Y cuando descubrió que su poder era infructuoso para lograr su objetivo, se encolerizó por la falta de voluntad de la muchacha, la trató con cruel dureza, y la amenazó con la ruina y la pobreza.

A la señorita Evelyn, a quien la cólera y la violencia le eran desconocidas hasta entonces, muy pronto le resultó insoportable aquel trato, y consintió precipitadamente en un matrimonio privado y sin testigos con *sir* John Belmont, un joven disoluto que encontró fácilmente los medios para conquistar sus favores. Le prometió llevarla a Inglaterra..., lo hizo... ¡Oh, mi buena amiga, ya conoce el resto de la historia! Desilusionado a causa del implacable rencor de los Duval, de sus expectativas sobre el patrimonio, con gesto infame, quemó el certificado de su matrimonio y ¡negó que se hubieran casado jamás!

La muchacha se precipitó hacia mí en busca de protección. ¡Cuántas emociones

cuando volví a verla! ¡Una mezcla de angustia y alegría! Siguiendo mi consejo, ella intentó procurarse las pruebas de su matrimonio, pero en vano; su credulidad no podía competir con la astucia del marido.

Todos estaban convencidos de su inocencia por el inmaculado tenor de su juventud impecable y por la consabida impudicia de aquel bárbaro traidor. Y sin embargo, el sufrimiento fue demasiado intenso para aquella delicada constitución y, en el mismo instante en que comenzó la vida de la recién nacida, terminaron los dolores y la existencia de la madre.

La cólera de *madame* Duval por la fuga de su hija no se atenuó mientras aquella injuriada víctima de la crueldad aún tuvo aliento. Es probable que tuviera intención, con el tiempo, de perdonarla, pero éste no le fue concedido. Me dijeron que cuando tuvo conocimiento de su muerte, los paroxismos de dolor y remordimiento que sufrió le causaron una grave enfermedad; pero desde el momento de su recuperación hasta la fecha de la carta de su señoría, no había escuchado jamás que hubiera manifestado deseo alguno de conocer las circunstancias que acompañaron a la muerte de *lady* Belmont y al nacimiento de la pobre niña.

Mientras yo viva, aquella criatura, mi querida amiga, no advertirá jamás la pérdida que le ha tocado sufrir. La he querido tiernamente, la he criado y amparado desde su más tierna infancia hasta su decimosexto año de vida; y ella ha pagado mis atenciones con tanta generosidad que, hoy, mi más ardiente deseo se limita a entregarla a una persona que sea consciente de sus valores, y llegado ese momento, abandonarme al eterno reposo entre sus brazos.

Y así fue como la instrucción del padre, de la hija y de la nieta recayó sobre mí. ¡Qué grandísima infelicidad me causaron los dos primeros! Si el destino de mi supervivencia tuviera que ser igualmente adverso... ¡Cuán desdichados serían mis cuidados... el fin de mis días!



Incluso si *madame* Duval fuera merecedora del cargo que reclama, temo que mi fortaleza se quebraría ante la separación; pero siendo quien es, no sólo el amor sino mi intrínseca naturaleza se horroriza frente a la bárbara idea de traicionar la sagrada confianza depositada en mí. En verdad, a duras penas toleraba las visitas anuales a la respetable residencia de Howard Grove; perdóneme, mi querida amiga, y no me considere ingrato ante el honor que su señoría nos concede a ambos; pero es tal la huella que las desdichas de la madre han dejado en mi corazón que no puedo perder de vista a la muchacha, ni siquiera un minuto, sin suscitar aprensiones y terrores que llegan a abrumarme. ¡Hasta este punto, querida amiga, ha llegado mi cariño a la par que mi debilidad! Pero esta joven es lo único que me queda en el mundo y confío en la bondad de su señoría para que no juzgue con severidad mis sentimientos.

Ruego presente mis más humildes respetos a la señora y señorita Mirvan. Con el honor de ser, querida amiga, el más humilde y devoto de sus servidores,

Arthur Villars

## CARTA III

[Escrita algunos meses después de la anterior]

De lady Howard al reverendo señor Villars

Howard Grove, 8 de marzo



Querido reverendo:

Su última carta me ha proporcionado un infinito placer; ¡tras una enfermedad tan larga y tediosa, habrá sido muy agradable para usted y sus amigos haber recuperado la salud! Todos aquí le desean de corazón los mejores augurios para que esta continúe mejorando.

Espero no abusar en estos momentos de su recuperación, por la cual estamos todos felices, si me aventuro a unir el nombre de Howard Grove con el de su pupila. Sin embargo, debe usted tener presente la paciencia con la cual nos hemos sometido a su deseo de no separarse de ella durante su delicado estado de salud, aunque nos abstuvimos de solicitar nuevamente su compañía con gran reticencia. Mi nieta, especialmente, consigue a duras penas reprimir su ansia de encontrarse de nuevo con su amiga de la infancia y, por mi parte, es muy fuerte mi deseo de manifestar el respeto que sentía por la desafortunada *lady* Belmont sirviendo de alguna utilidad a su hija; lo cual considero el mejor homenaje que le puedo tributar a su memoria. Permítame, por tanto, exponerle las intenciones que la señora Mirvan y yo tenemos ahora que ya se encuentra restablecido.

No pretendo asustarle..., pero ¿piensa que podrá soportar separarse de su joven compañera durante dos o tres meses? La señora Mirvan planea pasar la próxima primavera en Londres a donde, por vez primera, la acompañará mi nieta. Dicho esto, mi querido amigo, su más ferviente deseo sería ampliar y deleitar al grupo con la compañía de su amable pupila, que tendría, a la par con la hija, los cuidados y atenciones de la señora Mirvan. No se sobresalte ante esta propuesta: es hora de que la muchacha vea un poco de mundo. Cuando a los jóvenes se les mantiene alejados con demasiada severidad, la imaginación vivaz y romántica lo dibuja como un paraíso por el cual son seducidos; pero cuando se les muestra a su debido tiempo y de un modo apropiado, lo ven realmente como es: ecuánimemente equilibrado entre el sufrimiento y el placer, entre la esperanza y la desilusión.

No ha de temer que pueda encontrarse con *sir* John Belmont, dado que ese hombre disoluto se encuentra en el extranjero y este año no se le espera en la patria.

Y bien, mi buen amigo, ¿qué me dice de nuestro proyecto? Espero que

contaremos con su aprobación; en caso contrario, tenga por seguro, mi querido amigo, que no podré jamás disgustarme por ninguna decisión tomada por usted, una persona tan respetada y estimada por su más humilde y fiel servidora,

M. Howard



## CARTA IV

### *Del señor Villars a lady Howard*

Berry Hill, 12 de marzo

**M**e disgusta enormemente, señora, parecer obstinado, y me sonrojo frente al peligro de ser acusado de egoísta. Al retener por tanto tiempo junto a mí en el campo a mi joven pupila, no he valorado exclusivamente una personal inclinación. Destinada, con toda probabilidad, a poseer un patrimonio muy modesto, deseaba reducir sus perspectivas en proporción a sus posibilidades.

La mente es, por naturaleza, demasiado proclive al placer, y se deja llevar fácilmente por la disipación; he puesto todo mi empeño en prevenirla contra dichas ilusiones preparándola para esperarlas... y despreciarlas. Pero el tiempo alienta a la experiencia y a la observación a ocupar el puesto de la educación: si, en alguna medida, he conseguido que sea capaz de usar la una con discreción y practicar la otra mejorándola, estaré satisfecho de haber contribuido a su prosperidad. Ahora está en una edad en la que la felicidad significa querer participar... ¡Dejemos que lo disfrute! La encomiendo a la protección de su señoría y únicamente espero que sea considerada digna de la mitad de las bondades que estoy seguro recibirá en su hospitalaria residencia.

Hasta aquí, querida señora, me someto felizmente a sus deseos. Confiando a mi pupila a los cuidados de *lady* Howard no advertiré aflicción alguna por su ausencia más que aquella suscitada por la pérdida de su compañía, porque estoy convencido de que estará igual de bien atendida que si estuviera bajo mi mismo techo. Pero ¿es posible que su señoría hable seriamente cuando me propone iniciarla en las diversiones de la vida londinense? Permítame que le pregunte: ¿con qué fin, con qué propósito? Es raro que una mente joven esté libre de ambición; ponerle freno es el primer paso hacia la serenidad visto que disminuir las expectativas significa aumentar la satisfacción. Mi mayor temor es acrecentar con desmesura sus esperanzas y perspectivas, hecho que la vivacidad natural de su índole lograría fácilmente. Las amistades de la ciudad de la señora Mirvan pertenecen en su totalidad a la alta sociedad; esta joven y cándida criatura, demasiado bella para pasar desapercibida, es excesivamente sensible para resultarles indiferente, pero posee recursos muy limitados como para atraer la honorable atención de los hombres del gran mundo.

Considere, señora, la particular crueldad de su situación: hija única de un rico barón que jamás ha conocido personalmente, tiene todos los motivos para detestar la fama de su padre y le está prohibido reivindicar su nombre. Aunque le asista el

derecho legal de heredar el patrimonio y la propiedad, ¿existe tal vez alguna probabilidad de que la reconozca de un modo *apropiado*? Y mientras él continúe negando su matrimonio con la señorita Evelyn, su hija no recibirá nunca, a costa del honor de su madre, una parte de sus derechos como dádiva de su personal generosidad.

Y por lo que se refiere a la fortuna del señor Evelyn, no tengo duda de que *madame Duval* y sus parientes se la liquidarán entre ellos.

Parece, por tanto, que esta criatura abandonada, aun siendo la heredera legal de dos sólidos patrimonios, está obligada a vincular sus expectativas racionales a la adopción y a la amistad. Su rédito podrá hacerla feliz sólo si está dispuesta a limitarse a una vida retirada, dado que no le permitirá en modo alguno gozar de los lujos de una gran dama londinense.

Déjeme pues, señora, que la señorita Mirvan brille en todo el esplendor de la vida mundana, pero permita que mi niña disfrute todavía de los placeres de un modesto retiro, con una mente para la cual las perspectivas más amplias permanezcan en lo desconocido.

Espero que estas argumentaciones gocen del honor de su aprobación, y tengo aún otro motivo que para mí tiene una gran importancia: no quisiera ocasional intencionalmente ofensa alguna a ningún ser humano y seguramente *madame Duval* podría acusarme de ser injusto si, mostrando mi rechazo a que la nieta le haga una visita, consintiera que participase de un viaje de placer a Londres.

Al enviarla a Howard Grove no emerge en mí ningún escrúpulo de este tipo y así la señora Clinton, dignísima mujer y en un tiempo su nodriza, hoy mi ama de llaves, la llevará allí la próxima semana.

Aunque siempre la he llamado con el nombre de Anville y he contado en esta comarca que el padre, un íntimo amigo, me encomendó su custodia, he creído necesario ponerla al corriente de las melancólicas circunstancias que acompañaron a su nacimiento porque, incluso ansiando protegerla de la curiosidad y de la impertinencia ocultando su verdadero nombre, su familia y su historia, no he querido dejar en manos del azar la posibilidad de que alguna imprudencia turbara su gentil naturaleza con un relato tan penoso.

No debe, querida señora, esperar demasiado de mi pupila. Es una pequeña campesina que no sabe nada del mundo y, aunque su instrucción es la mejor que le he podido ofrecer en este retirado lugar del cual Dorchester, la ciudad más próxima, dista siete millas, no me sorprendería si descubriera en ella mil imperfecciones en las que jamás soñé reparar. Debe de haber cambiado mucho desde su última visita a Howard Grove..., pero no quiero decirle nada sobre ella; la dejo a la propia observación de su señoría de la cual imploro una fiel valoración.

Quedo, querida señora, con gran respeto su humilde y devoto servidor,

Arthur Villars

## CARTA V

### *Del señor Villars a lady Howard*

18 de marzo



Querida señora:

Esta carta le será entregada por mi hija: ¡mía por adopción..., por amor! Privada de las bendiciones de una persona naturalmente amiga, merecería todos los afectos. Se la entrego inocente como un ángel e ingenua como la misma pureza hecha persona; con ella le envío también el corazón de su amigo, querida señora, porque es la única esperanza que tiene en el mundo, el objeto de sus pensamientos más afectuosos y de sus últimos desvelos. ¡Es la única persona por la que he deseado vivir en los últimos tiempos y por cuyo bienestar estaría encantado de morir! ¡Restitúyamela tan inocente como la recibe, y la más dulce esperanza de mi corazón gozará de holgada satisfacción!

A. Villars

## CARTA VI

### *De lady Howard al reverendo señor Villars*

Howard Grove



Querido y reverendo señor:

El modo solemne en que me ha confiado a su hija ha paliado, de algún modo, el placer que recibo con tal demostración, pues me hace temer un gran sufrimiento por su parte al complacerme: en cuyo caso, sinceramente, lamentaría el fervor con el que le pedí este favor; pero recuerde, mi buen amigo, que serían necesarios sólo un par de días si la reclamara, y tenga seguro que no la retendré ni un minuto más de lo que usted considere oportuno.

Me pide una opinión sobre ella.

¡Es un pequeño ángel! No me sorprende que haya intentado monopolizarla; ni debería asombrarse de que le resulte imposible hacerlo.

Su cara y su persona se corresponden con los más refinados conceptos de la belleza absoluta, y aunque esto sea para mí o para usted el argumento menos importante, es sin embargo tan extraordinaria que no es posible que pase inadvertida. Si yo ignorara de quién ha recibido su educación, al observar un rostro tan perfecto habría temido por su inteligencia, dado que siempre se ha dicho, y con razón, que la insensatez busca aliarse con la belleza.

Posee la misma gentileza de ánimo, la misma gracia natural en sus movimientos que tanto admiraba en su madre. Su carácter parece realmente ingenuo y sencillo y, aunque la naturaleza la haya bendecido con una inteligencia excelente y una gran vivacidad, tiene un cierto aire de inexperiencia e inocencia que la hacen extremadamente interesante.

No tiene razón, querido señor, en lamentar el aislamiento en el que ha vivido; porque esa educación que se adquiere practicando el *bello mundo* ella la compensa con un innato deseo de complacer, unido a una conducta infinitamente cautivadora.

Observo con gran satisfacción un afecto cada vez mayor entre esta gentil muchacha y mi nieta, cuyo corazón está exento de egoísmo o vanidad como el de su amiga lo está de cualquier artificio. Su amistad puede ser recíprocamente útil porque mucho se puede esperar de una emulación donde no hay cabida para la envidia. Me encantaría que se quisieran como hermanas y que ejercieran las veces, la una con la otra, de ese tierno y feliz lazo de parentesco al cual ninguna de las dos tiene derecho por nacimiento.

Tenga por seguro, mi buen amigo, que su hija encontrará aquí las mismas

atenciones que usted le procura. Le enviamos conjuntamente nuestros más sinceros deseos para su salud y su felicidad y le presentamos nuestro más sentido agradecimiento por el favor que nos ha sido concedido. Siempre, querido amigo, su más devota,

M. Howard

## CARTA VII

### *De lady Howard al reverendo señor Villars*

Howard Grove, 26 de marzo

**N**o se alarme, mi ilustre amigo, si le escribo de nuevo con tanta prontitud: raramente acostumbro a esperar ceremoniosamente una respuesta o a escribir con regularidad y es ésta una ocasión urgente para implorar su paciencia.

La señora Mirvan acaba de recibir una carta de su marido ausente desde hace ya largo tiempo, en la que le revela la agradable noticia de que espera encontrarse con ella en Londres a principios de la próxima semana. Mi hija y el capitán han permanecido separados durante casi siete años y es por tanto inútil expresar la alegría, la sorpresa y, en consecuencia, el alboroto que este regreso inesperado ha causado en Howard Grove. Está fuera de toda duda que la señora Mirvan se trasladará inmediatamente a la ciudad para reunirse con él; su hija evidentemente la acompañará y no puedo expresar cuánto me aflige que su madre no pueda hacerlo.

Y ahora, mi buen amigo, casi me sonrojo al continuar..., pero, dígame, ¿puedo pedirle..., daría usted el permiso para que su criatura pueda acompañarlas? No debe considerarnos extravagantes, piense en los múltiples incentivos que en este momento conspiran para hacer de Londres el lugar más feliz en el que encontrarse. El regocijo causado por el viaje y el alborozo de las personas, comparado con la tediosa vida que llevaría aquí con una anciana y solitaria mujer como única compañía, siendo conocedora de la alegría y felicidad de la que goza el resto de la familia, son circunstancias que bien merecen su consideración. La señora Mirvan me dice que le asegure que una semana es todo aquello que le pide porque está convencida de que el capitán, que detesta Londres, estará ansioso por visitar de nuevo Howard Grove y María desea tan ardientemente la compañía de su amiga que —si permanece usted inexorable— se verá privada de la mitad del placer del que espera disfrutar en caso contrario.

En cualquier caso, mi buen amigo, no quiero inducirle a creer que vivirán retirados, dado que, con toda honestidad, no sería posible. Pero no tiene motivos para preocuparse por *madame Duval*: esa mujer no tiene amistades en Inglaterra y sólo recibe noticias de segunda mano. El nombre que lleva su niña es totalmente desconocido para ella y, aunque llegara a saber de este viaje, un breve período de una semana, o incluso menos, transcurrido en la ciudad con motivo de una ocasión tan particular, aunque anterior a su encuentro, no puede ser interpretado como un acto

ofensivo hacia ella.

La señora Mirvan quiere que le asegure que si usted le concede este favor, las dos hijas recibirán en igual medida su tiempo y atenciones. Le ha encargado a una amiga de la ciudad que le procure una casa y mientras espera una respuesta, yo espero la suya, mi buen amigo, referida a nuestra propuesta. De todos modos, le escribiré también la niña y esto, no tengo dudas, será más útil que cualquier insistencia por nuestra parte.

Mi hija me pide que le presente sus respetos si, así dice ella, accede a su petición, *pero sólo en este caso*.

*Adieu*, mi buen amigo..., todos confiamos en su bondad.

M. Howard

## CARTA VIII

### *De Evelina al reverendo señor Villars*

Howard Grove, 26 de marzo

**E**sta parece la casa de la alegría: cada rostro ofrece una sonrisa y una carcajada a disposición de todos. Es más bien divertido recorrerla y ver tanto alboroto: se está rehabilitando como estudio para el capitán Mirvan una de las habitaciones con vistas al jardín. *Lady* Howard no permanece sentada en un mismo sitio ni siquiera un minuto; la señorita Mirvan está confeccionando sombreros; ¡están todos tan atareados! ¡Hay un constante ir y venir de una habitación a otra! Prisas y desconcierto por doquier.

Me ruegan, sin embargo, mi buen señor, que le haga una petición. Espero que no me considere inoportuna; ¡*lady* Howard insiste en que le escriba! Y apenas sé cómo proseguir. Una petición implica una necesidad..., y usted, buen señor, ¿acaso me ha negado alguna? Ciertamente, no.

Casi me avergüenzo de haber comenzado esta carta. Pero estas amables señoras han insistido tanto..., no puedo, palabra de honor, resistirme a desear los placeres que me ofrecen..., siempre que usted no los desaprobe.

Permanecerán en la ciudad por un breve espacio de tiempo. El capitán se reunirá con ella en uno o dos días. La señora Mirvan y su dulce hijita irán juntas. ¡Qué placentera compañía! Y sin embargo, no estoy muy ansiosa por acompañarlas: o cuando menos estaré feliz de quedarme aquí, si usted así lo desea.

Convencida, queridísimo señor, de su bondad, generosidad e indulgente amabilidad, ¿debería quizá formular un deseo que no mereciera su aprobación? Así pues, decida usted por mí, sin la más mínima preocupación de que yo pueda inquietarme o disgustarme. Mientras espero su determinación, quizá pueda ilusionarme, pero una vez que usted decida, no me entristeceré.

Me dicen que ahora Londres está en su pleno apogeo. Hay dos teatros abiertos, el de la Ópera, en Ranelagh<sup>[8]</sup> y el Pantheon<sup>[9]</sup>: como puede observar he aprendido todos los nombres. Le ruego, sin embargo, no suponga que es para mí un deber, porque no emitiré siquiera un suspiro al verlas partir sin mí, aunque probablemente no disfrutaré de nuevo de una ocasión similar. En verdad, su felicidad familiar será tan grande que es natural que desee participar de ella.

¡Creo que estoy hechizada! Cuando comencé tenía la firme determinación de no resultar apremiante, pero mi pluma..., o más bien mis pensamientos no me lo permiten porque, debo reconocerlo, no puedo remediar confiar en su permiso.



Casi me arrepiento ya de haber hecho esta confesión. Le ruego olvide que la ha leído si este viaje le desagrada. Pero debo dejar de escribir porque cuanto más pienso en esta aventura, menos indiferente me resulta.

¡*Adieu*, honradísimo, reverentísimo, queridísimo padre! ¿Con qué otro nombre puedo llamarle? No tengo felicidad ni dolor, esperanzas o temores, que su bondad no haya amparado o que su desagrado pueda causar. Estoy segura de que no enviaré una negativa sin una motivación irrefutable, motivo por el cual la acataré con alegría. Y sin embargo espero..., ¡espero que me permita ir!

Suya, con grandísimo afecto, gratitud y respeto,

Evelina

Con usted no puedo firmar como Anville, y ¿qué otro nombre puedo reclamar?

## CARTA IX

### *Del señor Villars a Evelina*

Berry Hill, 28 de marzo

**R**esistir a la presión de las súplicas es una habilidad que aún no he adquirido: no pretendo tener una autoridad que te prive de la libertad, pero gustosamente me dejaría llevar por una prudencia que me ahorrara las punzadas del arrepentimiento. Tu impaciencia por adentrarte en un lugar que tu imaginación ha dibujado con tan atractivos colores no me sorprende. Sólo me queda esperar que la exuberancia de tu fantasía no te engañe: negarme significaría excitarla aún más. Ver feliz a mi Evelina es mi deseo más anhelado. ¡Vete, pues, hija mía, y pueda el Cielo, el único capaz de hacerlo, guiarte, ampararte y reconfortarte! Con este propósito mi amor elevará plegarias a diario que ayuden a tu felicidad. ¡Oh, pueda protegerte y velar por ti! ¡Protegerte del peligro, evitarte la angustia y mantener alejada la depravación tanto de tu persona como de tu corazón! ¡Y pueda concederme la última bendición de cerrar estos ancianos ojos entre los brazos de tan querido ser y tan justamente amado!

Arthur Villars

## CARTA X

### *De Evelina al reverendo señor Villars*

Queen Ann Street, Londres, sábado 2 de abril

**H**emos llegado en este momento. Estamos a punto de ir al teatro Drury Lane. El famoso señor Garrick interpreta a Ranger<sup>[10]</sup>. Estoy absolutamente extasiada, al igual que la señorita Mirvan. ¡Qué fortuna que sea precisamente él! No hemos dejado en paz a la señora Mirvan hasta que consintió en ir. La objeción principal eran nuestros vestidos, porque no hemos tenido tiempo de *londinizarnos*; pero la hemos atormentado hasta que ha claudicado y así ocuparemos unas localidades poco visibles, de modo que nadie pueda vernos. Por lo que a mí respecta, resultaría igual de invisible en el sitio más vistoso que en el más oculto del teatro.

Ahora no puedo seguir escribiendo. Apenas tengo tiempo de respirar... Sólo esto: las casas y calles no son tan espléndidas como me esperaba. Pero aún no he visto nada, así que no debo juzgar.

Bueno, por el momento *Adieu*, queridísimo señor; no he podido reprimirme de escribir algunas palabras apenas llegamos, aunque supongo que mi carta de agradecimiento por su consentimiento está aún en camino.

#### *Sábado noche*

¡Oh, querido señor, vengo extasiada! Con razón el señor Garrick es tan célebre, tan universalmente idolatrado... ¡No me imaginaba que fuera un intérprete tan excelso! ¡Qué facilidad! ¡Qué ímpetu! ¡Qué gracia de movimientos! ¡Qué fuego e inteligencia en su mirada! Parece mentira que interprete un libreto estudiado porque parecía pronunciar cada palabra bajo el impulso del momento.

Sus gestos: ¡tan agraciados como espontáneos! Su voz: tan clara, tan melodiosa y sin embargo tan maravillosamente llena de inflexiones... ¡Qué vitalidad! ¡Cada mirada suya *habla*!

Habría dado mi mundo entero para que la comedia hubiera comenzado nuevamente desde el principio... ¡Oh, cuánto he envidiado a Clarinda<sup>[11]</sup>! A duras penas conseguí reprimir mi impulso de saltar al escenario y unirme a ellos.

Temo que me tome usted por loca, así que no diré más; y sin embargo estoy convencida de que el señor Garrick le haría enloquecer si lo viera. Pienso pedirle a la

señora Mirvan que nos lleve al teatro todas las noches que permanezcamos en la ciudad. Es extremadamente amable conmigo, y Maria, su encantadora hijita, es la muchacha más dulce del mundo.

Le escribiré todas las noches sobre lo acaecido durante el día, de igual modo que lo haría si pudiera contárselo en persona.

### *Domingo*

Esta mañana hemos ido a Portland Chapel y luego hemos paseado por The Mall en St. James's Park, hecho que no ha satisfecho en absoluto mis expectativas: es una avenida larga y recta, de sucia grava, muy incómoda para caminar. Y a cada lado, en lugar de un panorama abierto, no se ven más que casas de ladrillo. Cuando la señora Mirvan me señaló el Palace<sup>[12]</sup> me sorprendí extraordinariamente.

Sin embargo, el paseo fue muy agradable; todo el mundo tenía un semblante alegre y satisfecho y las señoras iban tan engalanadas que la señorita Mirvan y yo no podíamos dejar de admirarlas. La señora Mirvan se encontró con varias amistades. No exagero si le digo que jamás había visto tal multitud de gente. Miré esperando encontrarme con algún conocido, pero en vano, lo cual me extrañó mucho pues parecía que el mundo entero estuviera allí congregado.

La señora Mirvan dice que el próximo domingo no iremos a pasear al parque aunque estemos aún en la ciudad, porque en Kensington Gardens hay una concurrencia más distinguida, pero si usted hubiera visto con qué elegancia vestían todos, no lo hubiera juzgado posible.

### *Lunes*

Esta noche asistiremos a un baile organizado por la señora Stanley, una dama con mucho estilo que la señora Mirvan conoce.

Hemos pasado toda la mañana *haciendo compras*, como dice la señora Mirvan; compramos sedas, tocados, muselinas y un montón de cosas más. Ir de tiendas es muy entretenido, sobre todo aquellas de tejidos: parece que hay seis o siete hombres empleados en cada comercio y cada uno de ellos se esfuerza, con reverencias y sonrisas afectadas, por destacar. Nos remitían de uno a otro acompañándonos de sala en sala con tanta ceremoniosidad que al principio me daba hasta miedo seguirles.

Pensé que no sería capaz de elegir un corte de seda porque nos mostraron tantas que no sabía por cual decidirme y las recomendaban todas tan fervientemente que llegué a pensar que estaban convencidos de que necesitaba que ellos me persuadieran para comprar todo aquello que me ofrecían. Y efectivamente ponían tanto empeño que casi me avergoncé de no poder comprarlo todo.

En las mercerías, las señoras que encontramos eran tan elegantes que parecía que

estaban de visita más que haciendo compras. Pero lo que más me divirtió fue observar que nos atendían más hombres que mujeres. ¡Y qué hombres: tan melindrosos, tan amanerados! Parecían conocer todos los particulares sobre el vestuario femenino incluso mejor que nosotras mismas y nos sugerían sombreros y cintas con tal aire de suficiencia que me apetecía preguntarles cuánto tiempo hacía que habían dejado de usarlos.



La celeridad con la que trabajan en estos grandes comercios es asombrosa ya que me han prometido dos retales de seda para esta tarde.

Acabo de arreglarme el cabello. No puede usted imaginar qué extraña sensación tengo en la cabeza: llena de polvos y horquillas y con un gran postizo en lo alto. Creo que a duras penas me reconocería, porque mi rostro parece totalmente diferente al que tenía antes de peinarme. No sé cuándo podré utilizar un peine yo sola, porque mi

cabellera está tan enmarañada —ensortijada, dicen ellos— que temo que me resultará casi imposible.

Estoy un poco asustada por el baile de esta noche pues, como bien sabe, sólo he bailado en la escuela, pero la señorita Mirvan dice que no hay nada que temer. Y sin embargo, me encantaría que hubiera pasado ya.

*Adieu*, querido señor. Le ruego me perdone por las fruslerías que escribo, quizá esta ciudad me ilustre y entonces mis cartas serán menos indignas de su atención. Mientras tanto, quedo afectuosa y devotamente suya, aunque tosca discípula,

Evelina

La pobre señorita Mirvan no puede ponerse uno de los tocados que se hizo porque su peinado es demasiado voluminoso.

## CARTA XI

### *Evelina continúa*

Queen Ann Street, 5 de abril, mañana del martes

**T**engo un montón de cosas que contarle, así que dedicaré toda la mañana a mi pluma. En cuanto a mis planes de escribir todas las noches las aventuras de la jornada, he descubierto que es imposible porque aquí las diversiones duran hasta una hora tan avanzada que si comenzara la carta cuando terminan no tendría tiempo de dormir.

Hemos pasado una noche absolutamente extraordinaria. Lo llaman fiesta de baile *privada*, por lo cual esperaba encontrarme con cuatro o cinco parejas, pero, para mi sorpresa, ¡Jesús, mi querido señor, creo que medio mundo estaba allí! Dos enormes salones llenos de gente: en uno había cartas para los más ancianos y en el otro se bailaba. *Mamá* Mirvan (porque ella me llama siempre «niña mía») dijo que permanecería sentada junto a Maria y yo hasta que encontráramos pareja y después se reuniría con los jugadores de cartas.

Los caballeros, mientras pasaban y volvían a pasar, nos miraban como si pensarán que estábamos a su entera disposición y que nuestra única aspiración fuera recibir el honor de una mirada suya. Paseaban por la sala con aire indolente como si quisieran mantenernos en suspense. Y no hablo sólo de la señorita Mirvan y yo, sino de todas las damas en general; y llegó a irritarme tanto que, en mi interior, tomé la determinación de que, lejos de secundar aquel comportamiento, preferiría no bailar antes que hacerlo con alguien que me considerase ansiosa de aceptar al primer caballero que se dignara elegirme.

Poco tiempo después, un jovencito que nos miraba desde hacía un rato con una especie de impertinente indiferencia, se dirigió hacia mí caminando de puntillas: tenía una sonrisa estampada en el rostro y su traje era tan feo que estoy convencida de que su único objetivo era llamar la atención aunque fuera para mal.



Haciendo una reverencia casi hasta el suelo con una especie de balanceo, mientras agitaba la mano con gran presunción, y tras una breve y ridícula pausa, dijo: «*Madam...*, ¿me permite...?», y se detuvo, ofreciéndose a tomar mi mano. Yo la retiré mientras intentaba reprimir la risa. «Permítame, *madam*», continuó interrumpiéndose a cada momento, «el honor y la fortuna..., si no tengo la desgracia de dirigirme a usted demasiado tarde..., de tener la fortuna y el honor...».

Intentó de nuevo tomar mi mano, pero yo, con una ligera inclinación de cabeza, le rogué que me disculpara y me volví hacia la señorita Mirvan para esconder una risotada. Entonces él quiso saber si ya estaba emparejada con otro más afortunado. Respondí que no y le dije que no tenía intención de bailar con nadie. Él permanecería libre, así me dijo, con la esperanza de que me apiadara. Luego, pronunciando ridículas frases de pesar y decepción, aunque en su rostro continuaba dibujada la misma inmutable sonrisa, se retiró.

Casualmente, como después reconstruimos, durante esta pequeña conversación, la señora Mirvan departía con la anfitriona. Y un poco más tarde otro amable caballero que parecía tener alrededor de veintiséis años, vestido de modo ostentoso pero no



afectado y, en verdad, realmente atrayente, con un aspecto que reunía educación y galantería, me preguntó si ya tenía pareja y en caso contrario, si le honraría con mi mano, palabras textuales, aunque en verdad, no sé qué honor podía encontrar en mí; pero me he dado cuenta de que este tipo de expresiones se usan como frases de circunstancia sin distinción alguna entre personas o convencionalismos.

Acepté con una ligera inclinación y estoy segura de que me sonrojé porque estaba aterrorizada ante la idea de bailar delante de todas aquellas personas, todas extrañas, y, peor aún, junto a un extraño; no obstante, era inevitable porque aunque miré a mi alrededor en varias ocasiones, no vi a ninguna persona conocida. Y así él, tomó mi mano guiándome para unirnos al baile.

Los minuetos<sup>[13]</sup> terminaron antes de que llegáramos ya que nos entretuvimos con la modista que nos hizo esperar por nuestras cosas.

El joven parecía deseoso de entablar una conversación conmigo, pero yo sufrí tal acceso de pánico, que apenas conseguí pronunciar palabra, y sólo la vergüenza ante un cambio de opinión tan precipitado impidió que regresara a mi sitio y renunciara a bailar totalmente.

Parecía muy sorprendido de mi terror, así que creo que era demasiado evidente; sin embargo no me hizo preguntas, aunque pienso que consideró la situación muy extraña porque decidí no confesarle que tal terror se debía al hecho de no haber bailado jamás a excepción de los bailes junto a mis compañeras de escuela.

Su conversación era inteligente e ingeniosa; su aspecto y modos, nobles y abiertos; su conducta, gentil, solícita e infinitamente fascinante; su persona era todo elegancia y su rostro el más animado y expresivo que haya visto jamás.

Poco después se unió a nosotros la señorita Mirvan, que formaba la pareja contigua a la nuestra. ¡Cuál fue mi sorpresa cuando me susurró que mi caballero era un noble! Esto me provocó una nueva inquietud: ¡cuánto se enojará, pensé, cuando descubra que su honorable elección no es más que una simple campesina! ¡Una cuya ignorancia sobre el mundo hace que tenga un perenne pavor a equivocarse en todo lo que hace!

Que fuera tan superior a mí en todos los aspectos me aturdí; y comprenderé que mi humor no mejoró cuando escuché a una señora que pasaba junto a mí, decir: «Éste es el baile más difícil que he visto».

—Oh, pobre de mí, entonces —exclamó Maria a su compañero—. Con su permiso, permaneceré sentada hasta el próximo baile.

—Y yo también —espeté— porque estoy segura de que no lograré siquiera mantenerme en pie.

—Pero antes tendrás que hablar con tu caballero —respondió ella, pues el joven se había vuelto para conversar con otros caballeros. Pero no tuve el valor suficiente para hablarle y así nos alejamos los tres rápidamente y nos sentamos en el extremo opuesto del salón.

Por desgracia para mí, poco tiempo después la señorita Mirvan se dejó convencer

para intentarlo al menos, y precisamente mientras se levantaba exclamó:

—Querida mía, allí está tu caballero, *lord* Orville, vagando por la sala en tu busca.

—¡Entonces no me abandones, querida! —exclamé; pero no tuvo más remedio que hacerlo. Y yo me quedé más angustiada que nunca; habría dado lo que fuera por ver a la señora Mirvan y pedirle que presentara mis excusas, pues ¿qué puede justificar, pensé, semejante huida? Seguramente concluirá que soy estúpida o que estoy medio loca porque cualquiera que haya crecido en estos ambientes sociales o que esté acostumbrado a sus usos ignora que existan temores como los míos.

Me hallaba inmersa en una total confusión cuando observé que me estaba buscando insistentemente con aparente perplejidad y sorpresa; pero cuando finalmente vi que se dirigía hasta el lugar donde me encontraba sentada, hubiera preferido que me tragara la tierra por la vergüenza y la congoja. Me di cuenta de que era absolutamente imposible permanecer en mi asiento, pues no conseguía discurrir ni tan siquiera una palabra de disculpa, y así me levanté y me encaminé velozmente hacia la sala de juegos, decidiendo permanecer con la señora Mirvan durante el resto de la velada sin bailar. Pero antes de encontrarla, *lord* Orville me vio y se acercó.

Me preguntó si me sentía bien. Puede usted fácilmente imaginar hasta qué punto estaba aturdida. No respondí, simplemente incliné la cabeza como una estúpida clavando la mirada en mi abanico.

Entonces él, con seria y respetuosa expresión, quiso saber si había tenido la desgracia de ofenderme.

—¡No, en absoluto! —respondí y después, intentando cambiar de discurso para impedir que siguiera interrogándome, le pregunté si había visto a la joven que estaba conversando conmigo. Contestó que no, pero me dijo que si le honraba ordenándole que la buscara.

—¡Oh no, de ningún modo!

Prosiguió preocupándose de si había cualquier otra persona con la que quisiera hablar.

Le dije que *no* incluso antes de advertir que ya le había respondido.

Continuó preguntándome si podía tener el honor de traerme algo de comer o de beber.

Incliné la cabeza, casi involuntariamente. Y él se fue.

Estaba muy avergonzada de ser tan inoportuna y presuntuosa como este aparente aire de superioridad me hacía parecer, pero estaba realmente demasiado confusa para pensar o reaccionar con un poco de coherencia.

Si no hubiera sido veloz como un rayo, no sé si habría desaparecido de nuevo, pero regresó inmediatamente. Tras beber un vaso de limonada me dijo que esperaba que le honrara de nuevo con mi mano dado que había comenzado un nuevo baile. No encontré las fuerzas para pronunciar palabra y así dejé que me guiara nuevamente hacia el lugar del cual me había alejado.

Avergonzada ante mi estúpida e infantil actitud, los temores anteriores sobre la idea de bailar delante de toda aquella gente y con ese caballero precisamente, resurgieron con más fuerza que nunca. Supongo que advirtió mi inquietud porque me rogó que me sentara de nuevo, si me resultaba desagradable bailar. Pero pensé que ya había sido suficiente el extraño comportamiento que había demostrado, por lo que decliné su oferta aunque en realidad apenas conseguía mantenerme en pie.

Bajo estas condiciones netamente desfavorables, puede fácilmente imaginar, mi querido señor, que no di precisamente lo mejor de mí. Pero, aunque esperase y mereciese verlo mortificado e irritado por su desafortunada elección, con gran alivio para mí, parecía sin embargo satisfecho ayudándome y alentándome muchísimo. Estas personas de la alta sociedad poseen mucha presencia de ánimo, creo, para *mostrarse* desconcertados o descontentos, cualesquiera que sean sus verdaderos sentimientos; si yo hubiera sido la dama más importante de aquel salón, no hubiera podido recibir mayor atención y respeto.

Cuando el baile terminó, viéndome aún muy agitada, me guió hasta un asiento diciendo que no podía tolerar que me fatigara por un exceso de gentileza.

Si mis capacidades o mi humor hubieran sido mejores, ¡qué animada conversación habiéramos podido tener! Entonces me percaté de que el rango de *lord* Orville es su menor carta de recomendación, dado que su intelecto y sus modales hacen de él una persona verdaderamente distinguida. Sus comentarios sobre los presentes eran tan pertinentes, justos y perspicaces, que me sorprende a mí misma que no fuera capaz de reanimarme, pero en realidad estaba demasiado convencida de haber interpretado un papel bastante ridículo a ojos de tan bravo observador como para lograr apreciar sus chanzas; y así, la lástima que sentía por mí misma, hizo que me apiadara de los demás. Y sin embargo no tuve el valor de defenderlos ni aún menos de satirizar sobre ellos, sino que permanecí escuchando en un embarazoso silencio.

Cuando se percató, cambió el discurso y habló de lugares públicos y actores, pero enseguida comprendió que era una total ignorante del tema.

Entonces, muy ingeniosamente, llevó la conversación a las diversiones y pasatiempos del campo.

Llegados a este punto me vino a la mente la idea de que estaba decidido a averiguar si yo era capaz o no de pronunciarme sobre algún tema; lo cual provocó tal agitación en mí que no fui capaz de proseguir más que con monosílabos, e incluso así, apenas me resultaba posible, intentaba evitar la conversación.

La situación era la siguiente: él charlaba brillantemente mientras yo mantenía ridículamente la mirada baja, cuando aquel petimetre que me había pedido bailar primero se acercó con absurda solemnidad y, tras una o dos exageradas reverencias, dijo:

—Pido humildemente perdón, *madam*... y también a usted, muy señor mío... si interrumpo una conversación tan agradable... que debe indudablemente ser mucho

más divertida... de la que tengo el honor de ofrecer... pero...

Le interrumpí (me sonrojo ante mi imprudencia) con una carcajada; y sin embargo no fui capaz de reprimirme porque, más allá de la monstruosa pedantería de aquel hombre (aspiraba su rape<sup>[14]</sup> cada tres palabras), cuando me volví a mirar a *lord Orville* vislumbré en su rostro tal sorpresa, y la situación parecía tan absurda, que no hubiera podido permanecer seria ni aunque me fuera la vida en ello.

No me había reído desde el momento en que me había separado de la señorita *Mirvan* y en ese momento hubiera hecho mucho mejor llorando: *lord Orville* me miró con la boca abierta; el caballero, del cual desconozco el nombre, tenía una expresión enfurecida.

—Contrólese..., *madam* —dijo con aires de importancia—. ¡Reprímase por un momento!... Sólo tengo una frase más con la que importunarles... ¿Puedo saber a qué desgraciado accidente debo atribuir el hecho de no haber tenido el honor de *su mano*?

—¡Accidente, señor! —repetí totalmente atónita.

—Sí, *madam*, accidente... porque seguramente... debo tomarme la libertad de apuntar... discúlpeme, *Madam*... no debe tratarse de leve entidad... al haber inducido a una señora... y tan joven, además... a inculparse de semejante agravio.

En aquel instante me pasó por la mente el vago recuerdo de una cosa que había escuchado a propósito de las normas de una fiesta de baile; pero jamás había frecuentado una (simplemente en la escuela) y estaba tan aturdida y confusa que no reparé en las inconveniencias de rechazar a un caballero para después aceptar a otro. Me quedé helada al recordarlo: pero mientras aquellos pensamientos bullían en mi cabeza, *lord Orville* dijo un poco acalorado:

—¡Esta dama, señor, no es merecedora de semejante acusación!

Ese mentecato —le llamo así porque estoy muy enfadada con él— hizo una profunda reverencia y, con la sonrisa más maliciosa que he visto, dijo:

—Muy señor mío, lejos de mí *acusar* a esta señora de haber tenido el discernimiento necesario para distinguir y preferir... los mayores atractivos de su señoría.

Se inclinó de nuevo y se retiró.

¿Ha visto usted cosa más irritante? Quería morirme de la vergüenza.

—¡Qué tipo más canalla! —exclamó *lord Orville* y yo, sin saber lo que hacía, me levanté presurosa alejándome.

—No entiendo dónde se ha metido la señora *Mirvan* —me lamenté—. ¿Dónde se habrá escondido la señora *Mirvan*?

—Permítame que vaya a averiguarlo —respondió él. Haciendo una ligera inclinación me senté de nuevo sin osar encontrar su mirada. ¿Qué pensaría de mí, después de aquel fatal error y la presunta preferencia?

Regresó en un momento diciendo que la señora *Mirvan* estaba jugando a las cartas pero que estaría encantada de verme; y así me fui inmediatamente a su

encuentro. Había sólo una silla vacía por lo que, con gran alivio por mi parte, *lord Orville* se despidió. Entonces le relaté a la señora *Mirvan* mis desastres y ella, toda bondad, se reprochó a sí misma el no haberme instruido mejor, pero me dijo que había dado por descontado que conocía las costumbres de sociedad. En cualquier caso, creo que aquel hombre puede darse por satisfecho tras el hermoso discurso que profirió y que dejará que su resentimiento no vaya más allá.

Poco después *lord Orville* regresó. Consentí, con la mayor simpatía que fui capaz de mostrar, en dirigirme a la otra sala para bailar de nuevo porque había tenido tiempo de recomponerme y estaba decidida a hacer un esfuerzo y, en la medida de lo posible, intentar ser menos cretina de lo que había aparentado hasta aquel momento ya que pensé que, por mucho que yo fuera una insignificancia comparada con un hombre de su rango y figura, y puesto que había tenido la desgracia de elegir una dama como yo, intentaría dar lo mejor de mí.

El baile, sin embargo, fue breve y él habló muy poco; así que no tuve oportunidad de poner en práctica mi determinación. Supongo que le habían bastado los precedentes esfuerzos totalmente infructuosos para intentar sacarme de mi mutismo; o quizá se había informado de *quién era yo*. Esto me desorientó y el brío que había decidido mostrar me abandonó de nuevo. Cansada, avergonzada y mortificada, pregunté si podía permanecer sentada hasta nuestro regreso a casa, cosa que hicimos poco después. *Lord Orville* me hizo el honor de ayudarme a subir al carruaje, hablando a lo largo del camino del honor que ¡yo le había concedido a él! ¡Oh, cómo son estas personas de la alta sociedad!

Bueno, mi querido señor, ¿no le parece una extraña velada? No he podido resistirme a entrar en detalles porque, para mí, es todo tan nuevo... Pero ahora debo concluir. Con amor y respeto, suya,

Evelina

## CARTA XII

### *Evelina continúa*

Martes, 5 de abril

**A**ún no han terminado las calamidades de la noche de ayer. En este momento, entre lo serio y lo cómico, he sabido a través de Maria de la conversación más curiosa que haya oído jamás. Al inicio le extrañará mi vanidad, pero, mi querido señor, tenga paciencia.

Debió de suceder mientras permanecía sentada en compañía de la señora Mirvan en la sala de juego. Maria estaba tomando un refrigerio cuando vio que *lord* Orville se acercaba con la misma intención; él no la reconoció pero ella le identificó inmediatamente. Enseguida un hombre de magnífico aspecto, mientras se dirigía a su encuentro con aire impetuoso, exclamó:

—Y bien, muy señor mío, ¿qué ha sido de su adorable pareja?

—*Nada* —respondió *lord* Orville, con una sonrisa y encogiéndose de hombros.

—¡Por Júpiter —observó el hombre—, es la criatura más hermosa que he visto en mi vida!

*Lord* Orville contestó riéndose (y no me extraña nada):

—Sí, una muchacha bonita y sencilla.

—¡Oh, señor mío! —exclamó el loco—. ¡Un verdadero ángel!

—Un ángel *silencioso* —rebatió el otro.

—¿En qué sentido, señor? Tiene un aspecto inteligente y expresivo.

—Una pobre y débil muchacha —respondió *lord* Orville sacudiendo la cabeza.

—¡Por Júpiter —espetó el otro—, estoy feliz de escuchar tal cosa!

En aquel momento se reunió con ellos el mismo odioso individuo que me había atormentado. Dirigiéndose a *lord* Orville con gran respeto, dijo:

—Pido perdón, muy señor mío... si he sido... como me temo... demasiado severo al reprochar a la señora que goza del honor de su protección... pero, muy señor mío, ¡la mala educación termina siendo irritante!

—¡Mala educación! —exclamó mi desconocido paladín—. ¡Imposible! ¡Ese elegante rostro no puede ser una máscara tan vil!

—¡Oh, señor!, en cuanto a eso —respondió aquél— debe dejar que sea yo quien lo juzgue; porque aunque tengo el máximo respeto por su opinión... por otras cosas... espero que me conceda... y apelo también a su señoría... que no soy del todo despreciable como juez en cuanto a urbanidad se refiere.

—Tenía tal desconocimiento —contestó *lord* Orville con tono grave— de la

provocación que según usted había sufrido que no pude hacer otra cosa que sorprenderme ante su singular hostilidad.

—Lejos de mi intención —respondió aquél— ofender a su señoría; pero una persona que no es nadie no puede darse esos aires de importancia...; admito que no pude reprimir mi apasionamiento. Muy señor mío, aunque he intentado informarme... nadie me ha sabido decir quién es.

—Por lo que estoy deduciendo —exclamó mi defensor— debe tratarse de la hija de algún párroco rural.

—¡Oh, oh, oh! ¡Muy bien, por mi honor! —prorrumpió el figurín. Bueno, lo habría jurado por sus formas.

Y luego, deleitándose con su propia chanza, se alejó riendo supongo que para repetirla.

—Pero ¿qué diablos significa esto? —quiso saber el otro.

—¡Ah! Una historia muy estúpida —respondió *lord* Orville—. Su *Elena* rechazó primero al botarate y luego consintió en bailar conmigo. Es todo lo que he podido entender.

—¡Oh, Orville —respondió—, usted sí que es un hombre afortunado!... Pero... ¿maleducada?... ¡Me niego a creerlo! Además, tiene una apariencia demasiado inteligente para ser tan ignorante.

—No pretendo definirla como una ignorante o como una mujer altiva, pero le aseguro que ha asistido a todo lo que le he contado con inamovible seriedad, aunque hice verdaderos esfuerzos por entretenerla; pero apenas Lovel comenzó con sus reproches ella sufrió un ataque de risa, ofendiendo al pobre necio y disfrutando de su mortificación.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Vamos, vaya ingenio tiene la muchacha!... aunque tal vez sea más bien rústica.

En ese momento Maria fue invitada a bailar y ya no pudo escuchar más.

Y ahora dígame, querido señor, ¿alguna vez ha escuchado cosa tan irritante? «¡Una pobre y débil muchacha!», «¡ignorante o altiva!». ¡Qué palabras más hirientes! Estoy decidida a no caer más en la tentación de asistir a una fiesta de baile privada. Me hubiera encantado estar en Dorsetshire.

Y bueno, después de esto no le sorprenderá que esta mañana *lord* Orville haya preferido enviar un criado para informarse sobre nuestro estado de salud, en lugar de hacerlo personalmente<sup>[15]</sup>, como la señora Mirvan dijo que haría; pero quizá se trate sólo de una costumbre del campo.

No querría vivir aquí ni por todo el oro del mundo; no me importaría que nos fuéramos ya. Uno se cansa enseguida de Londres. Estoy deseando que llegue el capitán. La señora Mirvan habla de ir a la ópera esta noche; a mí me resulta indiferente.

### *Mañana del miércoles*

Bueno, mi querido señor, me quedé muy complacida, bien podría decir muy a mi pesar, pues tengo que reconocer que salí de casa de muy mal humor, lo que no le extrañará a usted después de mis últimos comentarios; pero la música y el canto me deslumbraron; me produjeron una grata sensación de serenidad, más adecuada a mi actual disposición hacia el mundo. Intentaré persuadir a la señora Mirvan de volver el sábado.

Desearía que todas las noches asistiéramos a la ópera; de todos los espectáculos es el más dulce y divertido. Parecía que alguna de las arias me iban a derretir el corazón. Asistimos a una de esas obras que llaman ópera *seria*, porque el tenor cómico estaba enfermo.

Esta tarde iremos a Ranelagh. Si por casualidad nos encontráramos con alguno de los tres caballeros que hablaban de mí con tanta libertad..., pero prefiero no pensar en ello.

### *Mañana del jueves*

Bueno, mi querido señor, fuimos a Ranelagh. Es un lugar fascinante y el fulgor de las luces, cuando hicimos nuestra entrada, casi me hizo pensar que me encontraba en un castillo encantado o en un palacio de hadas porque todo me parecía mágico.





La primera persona que vi fue *lord Orville*. ¡Me sentí tan confusa!..., pero él no me vio. Después del té, dado que la señora Mirvan estaba cansada, Maria y yo paseamos solas por la sala. Entonces lo vimos de nuevo, de pie junto a la orquesta. También nosotras nos detuvimos para escuchar a un cantante. Me saludó con una ligera inclinación de cabeza; yo le correspondí con una reverencia y estoy segura de que me sonrojé. Inmediatamente retomamos el paso porque nos incomodaba aquella situación; pero él no nos siguió y cuando volvimos a pasar junto a la orquesta ya se había marchado. En el transcurso de la noche lo encontramos en varias ocasiones, pero siempre estaba acompañado y en ningún momento nos dirigió la palabra, aunque cuando casualmente se encontraban nuestras miradas tenía la bondad de saludarme.

No puedo dejar de sentirme herida por la opinión que tiene sobre mí. Ciertamente, fue mi comportamiento el que la ha provocado... Sin embargo, como de él sólo puedo decir que es la persona más agradable y, aparentemente, la más amable del mundo, lamentaría que tuviera un mal concepto de mí: ¿no debemos aspirar al aprecio de aquellos que merecen el nuestro? Pero ahora es demasiado tarde para reflexionar sobre ello. Bueno, no puedo remediarlo... De todos modos, ¡creo que no

quiero saber nada de fiestas de baile privado!

Esta mañana tendríamos que haber salido para asistir a alguna subasta, a alguna tienda de antigüedades y demás, pero tenía tal jaqueca que no me encontraba de humor para diversiones, así que les he dicho que fueran sin mí, y así lo hicieron, aunque de mala gana. Son todos amabilísimos.

Y ahora siento no haberles acompañado porque no sé a qué dedicar mi tiempo. Había decidido no ir al teatro esta noche, pero creo que iré. En resumen, me resulta completamente indiferente ir o no ir.

\* \* \*

¡Estaba convencida de haber cometido un error! La señora Mirvan y Maria han recorrido media ciudad y se han divertido tantísimo. Y mientras yo, como una estúpida, me quedé en casa sin nada que hacer. Durante una subasta en Pall-Mall ¿a quién encontraron sino a *lord* Orville? Se sentó junto a la señora Mirvan y estuvieron conversando largo rato: pero la señora no me ha referido nada de la conversación.

Tal vez no tenga otra oportunidad de visitar Londres; lamento haberme quedado fuera del juego, pero merezco esta mortificación por haber cedido a mi mal humor.

### *Noche del jueves*

Acabamos de regresar del teatro donde se representaba *El Rey Lear*, que me entristeció mucho. No vimos a ningún conocido.

Bien, *Adieu*, es demasiado tarde para continuar escribiendo.

### *Viernes*

Ha llegado el capitán Mirvan. No estoy de humor para referir los detalles de su presentación porque verdaderamente me ha dejado asombrada. No me gusta. Me parece huraño, vulgar y desagradable.

En el momento mismo de presentarle a Maria, ha comenzado a burlarse de su nariz y ha dicho que era una criatura alta y mal hecha. Ella lo soportó con bastante buen humor, pero la señora Mirvan, una mujer tan dulce y gentil, se merecía un mejor destino. Estoy impresionada de que se casara con él.

Por lo que a mí se refiere, estaba tan intimidada que casi no le dirigí la palabra, ni tampoco él a mí. No consigo imaginar el motivo por el cual la familia está tan contenta con su regreso. Si transcurriese toda su vida en el extranjero, creo que deberían sentirse más bien felices que entristecidos. Sólo espero que no tengan un concepto de él tan pésimo como yo; aunque estoy segura de que son demasiado

sagaces como para dejarlo entrever.

### *Noche del sábado*

Hemos ido a la ópera y estoy aun más satisfecha que el martes. Hubiera jurado que me encontraba en el paraíso si no hubiera sido por el continuo cuchicheo de las personas de mi alrededor. Estábamos sentados en la platea donde todos vestían tan elegantes que, si hubiera estado menos absorbida por la representación, habría disfrutado a conciencia observando a las damas.

Estoy muy contenta de no haberme sentado junto al capitán, porque él no soportaba ni la música ni los cantantes y estuvo extremadamente grosero con sus comentarios sobre la primera y los segundos. Cuando terminó la obra fuimos a un lugar llamado *cafetería* donde se reúnen damas y caballeros. Hay comida y bebida de todo género y la gente pasea y *charla* con la misma naturalidad y libertad que lo haría en un salón privado.

El lunes iremos a un *ridotto*<sup>[16]</sup> y el miércoles regresaremos a Howard Grove. El capitán dice que no se quedará aquí para hacerse fumigar por la inmundicia; después de haberse hecho fumigar por el sol abrasador durante siete años, quiere retirarse al campo y disfrutar de la hermosa estación.

*Adieu*, mi querido señor.

## CARTA XIII

### *Evelina continúa*

Jueves, 12 de abril

**M**i querido señor:  
Regresamos del *ridotto* tan tarde, o mejor dicho, tan temprano, que me fue imposible escribir. En verdad, no nos pusimos en marcha —se espantará al leerlo— hasta después de las once: pero es que nadie lo hace. ¡Un horrible vuelco de las leyes de la naturaleza! Dormimos con el sol y estamos en vela con la luna.

El salón era magnífico, las luces y la decoración eran fantásticas y la gente, alegre y espléndida. Aunque debo decirle que he tenido muchas objeciones a la hora de acompañarles a consecuencia de la decisión que había tomado. Pero María, a fuerza de reírse, hizo que abandonara mis escrúpulos y así... una vez más... asistí a una fiesta de baile.

La señorita Mirvan bailó un minuete, pero yo no tuve el valor de seguir su ejemplo. Durante nuestros paseos pude ver a *lord* Orville. Estaba solo, pero no nos vio; como parecía no formar parte de ningún grupo, pensé que no sería del todo imposible que se uniera a nosotros; y aunque no tenía ningún deseo de bailar, como a él le conocía mejor que al resto de personas de la sala, debo admitir que no podía dejar de pensar que habría sido infinitamente más agradable bailar de nuevo con él que con cualquier desconocido. A decir verdad, después de lo sucedido, era absolutamente ridículo siquiera pensar en la posibilidad de que *lord* Orville me honrase de nuevo con su elección; y sin embargo, me veo obligada a confesar mi absurdidad explicando cuanto sigue.

La señorita Mirvan fue invitada inmediatamente a bailar; y, poco después, un hombre muy elegante y de magnífico aspecto, que parecía tener alrededor de treinta años, se dirigió a mí implorándome que le concediera el honor de bailar con él. La pareja de baile de María era un caballero que conocía a la señora Mirvan, ya que ella había mencionado que resultaba indecoroso bailar con un extraño en un baile público. Ciertamente, no era en absoluto mi intención hacerlo, y sin embargo no quería renunciar a bailar, y tampoco me atrevía a rechazar a aquel caballero como en su momento hice con el señor Lovel, para después aceptar a un conocido, si me lo propusiera; y así, dándose esta combinación de razones, me vi arrastrada a decirle..., ¡me ruborizo al escribirlo!..., que *estaba ya comprometida*; con esta respuesta pretendía reservarme la libertad de poder o bailar o no, según se dieran las circunstancias.

Supongo que mi proceder traicionó mi artimaña, porque me miró incrédulo. En realidad, lejos de quedar satisfecho con mi respuesta e irse, como yo esperaba, se aproximó y, con todo el descaro que usted pueda imaginar, comenzó una conversación con la libertad que puede existir únicamente con una antigua e íntima amistad. Y, de un modo bastante irritante, me hizo mil preguntas referentes al *caballero con el cual estaba comprometida*. Finalmente dijo:

—¿Es realmente posible que un hombre que ha tenido el honor de ser aceptado por usted no esté a su lado para beneficiarse de su benevolencia?

Me quedé totalmente aturdida y le imploré a la señora Mirvan que me acompañara a mi asiento, cosa que hizo con gran complacencia. El capitán ocupaba la silla contigua a la suya y, para mi sorpresa, aquel caballero consideró oportuno seguirme y tomar asiento a mi lado.

—¡Qué insensible! —prosiguió—. ¡Vamos, *madam*, se está usted perdiendo la danza más deliciosa del mundo! Ese hombre debe ser un loco o un estúpido. ¿Por cuál de las dos opciones se inclina usted?

—Por ninguna de las dos, señor —respondí un poco confusa.

Imploró mi perdón por el atrevimiento de su suposición diciendo:

—La sorpresa de que una persona pueda ser tan inexplicablemente enemiga de sí misma me ha cogido desprevenido.

¿Pero dónde puede estar, *madam*?... ¿Tal vez ha abandonado la sala?, ¿o ni siquiera ha entrado?

—De verdad, señor —respondí ásperamente. No lo sé.

—No me sorprende que esté usted desconcertada, *madam*: es realmente muy irritante. Se perderá usted la mejor parte de la velada. No se merece que le espere.

—No, señor —dije— y le ruego que no...

—¡Es verdaderamente mortificante, *madam* —me interrumpió— que una señora deba esperar a un caballero!... ¡Oh, qué vergüenza!... ¡Qué desconsiderado!... ¿Qué puede haberlo entretenido?... ¿Me da usted permiso para buscarlo?

—Si lo desea, señor —respondí, absolutamente aterrorizada de que la señora Mirvan pudiera oírle, pues parecía muy sorprendida de que mantuviera una conversación con un extraño.

—Con todo mi corazón —exclamó—. Le ruego, dígame qué chaqueta lleva.

—En realidad no me he fijado.

—¡Qué vergüenza! —exclamó—. Pero cómo: ¿se ha dirigido a usted con una chaqueta que no merecía su atención?... ¡Qué canalla!

¡Qué ridiculez! No puede evitar reírme, hecho que, temo, le envalentonó aún más, pues prosiguió.

—¡Adorable criatura!... ¿Cómo puede tolerar semejante descortesía con tanta dulzura? ¿Es capaz de sonreír, con la paciencia de una estatua, aunque se encuentre realmente disgustada?... Por mi parte, aun no siendo yo la persona desdeñada, mi indignación es tal que ¡no veo la hora de patear a este individuo por todo el salón...!

A menos que, ciertamente... no se trate de un caballero de su invención.

Estaba tan terriblemente confundida que no fui capaz de improvisar una respuesta.

—¡Pero no! —exclamó (de nuevo acaloradamente)—. ¡No puede ser usted tan cruel! La dulzura en persona se refleja en sus ojos; ciertamente no cometería la barbarie de jugar de un modo tan cruel con mi infortunio.

Ante tales impertinencias me volví de espaldas con verdadero y profundo disgusto. La señora Mirvan se percató de mi consternación, pero parecía confundida y yo no podía explicarle la situación por temor a que el capitán pudiera escucharme. Así que le propuse que diéramos un paseo, a lo que ella consintió, y de este modo todos nos levantamos. Pero ¿puede creerlo? ¡Aquel hombre ha tenido la imprudencia de levantarse también y pasear a mi lado, como si formara parte de mi grupo!

—Y ahora —dijo—, espero que encontremos a ese ingrato. ¿Es él? —preguntó indicando a un anciano tullido—. ¿O se trata de aquel otro?

Y continuó haciéndome la misma pregunta indicando cada uno de los caballeros de dentro de la sala que eran ancianos o repelentes. Yo no le respondí; y cuando comprendió que me mantenía firme en silencio y simplemente me dedicaba a caminar, en la medida de lo posible sin mirarlo siquiera, de repente golpeó fuertemente el suelo con el pie y gritó en un acceso de cólera:

—¡Estúpido! ¡Imbécil! ¡Necio!

Me volví inmediatamente hacia él.

—¡Oh, *madam* —continuó—, perdone mi vehemencia, pero me indigna pensar que hay un canalla que desprecia una bendición por la cual yo renunciaría a mi propia vida!... ¡Oh, ojalá le encontremos!... ¡Le cogería... pero me estoy acalorando; discúlpeme, *madam*, mi cólera me ciega y la infamia que ha sufrido me turba!

Comencé a pensar que era un perturbado y le miré con grandísimo estupor.

—Veo que está usted sobrecogida, *madam* —me dijo—. ¡Generosa criatura! Pero no se alarme, he recuperado la calma, estoy sereno de verdad... sí que lo estoy, sobre mi alma... ¡Le ruego, oh adorable criatura de entre todos los mortales!... Le ruego que permanezca tranquila.

—Verdaderamente, señor —le contesté muy seria—, debo insistir en que se vaya; es usted un total desconocido para mí y ni apruebo ni estoy acostumbrada a su lenguaje ni sus modos.



Mis palabras surtieron cierto efecto en él. Hizo una profunda reverencia, imploró mi perdón y juró que no era su intención ofenderme.

—Entonces, señor, debe retirarse —exclamé.

—¡Me voy, *madam*, me voy! —dijo con trágica expresión. Y se alejó a paso ligero, desapareciendo de mi vista al instante; pero antes de que tuviera tiempo de congratularme conmigo misma, estaba de nuevo a mi flanco.

—¿Y dejaría que me fuera sin remordimiento alguno?... ¿Puede verme sufrir un tormento indescriptible y aún dedicarle todos sus favores a ese canalla que la evita?... ¡Mequetrefe ingrato!... ¡Podría apalearle!

—¡Por amor de Dios, querida mía! —exclamó la señora Mirvan—. ¿De quién habla?

—De veras... no lo sé, señora —respondí—. Desearía que se marchara.

—¿Qué está pasando? —preguntó el capitán.

El hombre le hizo una profunda inclinación y le respondió:

—Señor, se trata simplemente de una pequeña objeción a bailar conmigo, por parte de esta joven dama, a la cual estoy intentando poner remedio. Estaré

enormemente honrado si intercediese por mí.

—Esta dama, señor —dijo con frialdad el capitán— es dueña de sí misma.

Y se alejó bruscamente.

—Usted, *madam* —espetó el hombre (que parecía felicísimo) a la señora Mirvan—. Espero que usted tenga la bondad de hablar en mi favor.

—Señor —contestó con tono serio—, no tengo el placer de conocerle.

—Espero que cuando lo tenga, *madam* —respondió (impertérrito)—, me honrará con su aprobación; pero aun siendo para usted un desconocido, sería verdaderamente generoso por su parte que me favoreciera. Tengo el placer de asegurarle, *madam*, que no tendrá motivo de arrepentimiento.

La señora Mirvan, con embarazosa expresión, replicó:

—No pretendo en absoluto poner en duda que sea usted un caballero... pero...

—¿Pero qué, *madam*?... Descartada la duda, ¿por qué *pero*?

—Bien, señor —dijo la señora Mirvan (con sonrisa cordial)— le trataré con la misma franqueza para ver el efecto que provoca en usted: debo decirle de una vez por todas...

—¡Oh, discúlpeme, *madam*! —la interrumpió con vivacidad—. No debe expresarse con estas palabras: de una vez por todas; no, si he sido demasiado franco, y aunque sea un hombre, merezco un reproche; recuerden, queridas señoras, que si emulan mi comportamiento, deberán, en justicia, justificar el mío.

Con la boca abierta, observamos ambas a aquel hombre de extraña conducta.

—Sea más noble que su sexo —prosiguió, dirigiéndose a mí—. Hónreme simplemente con un único baile y renuncie a aquel ingrato que mal merece su paciencia.

La señora Mirvan nos miró a ambos con estupor.

—¿De quién está hablando, querida?... No había mencionado...

—¡Oh, *madam*! —exclamó aquél—. No vale la pena mencionarlo..., es incluso pecado pensar en él: olvidémonos de su existencia. Un solo baile es todo lo que pido; permítame, *madam*, el honor de la mano de esta joven dama; será un favor que recibiré con la máxima gratitud.

—Señor —respondió ella—. Favores y extraños no tienen vínculo alguno para mí.

—Si hasta este momento —dijo él— ha limitado usted su benevolencia para con sus íntimas amistades, deje que sea yo el primero con quien amplíe su generosidad.

—Está bien, señor, no sé qué decirle... pero...

Él interrumpió su *pero* con tales y tan fervientes súplicas que, finalmente, la señora Mirvan me dijo que debía concederle un baile o acallar su insistencia regresando a casa. Titubeé, pero aquel hombre al final logró su propósito y me vi obligada a bailar con él.

De este modo mis mentiras fueron punidas; y así, la obstinación y audacia de ese hombre triunfaron.



Mientras bailábamos, antes de estar demasiado ocupados con los pasos como para entablar conversación, se mostró tremendamente irritante a propósito de mi *caballero* e intentó por todos los medios hacerme admitir que le había engañado; hecho que, aunque jamás hubiera llegado a humillarme reconociéndolo, era efectivamente, demasiado evidente.

Supongo que *lord* Orville no bailó: parecía conocer a muchas personas e iba de grupo en grupo: pero entenderá que no me sentí muy dichosa al verle, pocos minutos después de haberme ido yo, ¡dirigirse al lugar que acababa de abandonar, saludar con una ligera inclinación y acomodarse junto a la señora Mirvan!

¡Qué desgraciada me sentí al no haber resistido a la insistencia del desconocido! Concluido el baile, me disponía a alejarme apresuradamente de él, pero me detuvo diciendo que de ningún modo podría reunirme con los míos sin dar un escándalo, si antes no cumplíamos con nuestro deber de remontar la fila<sup>[17]</sup>. Dado que no conocía estas usanzas y reglas, me vi obligada a someterme a sus indicaciones; pero imagino que me mostré disgustada porque advirtió mi poca atención y dijo con su franqueza habitual:

—¿Por qué está usted tan ansiosa?... ¿Por qué esos adorables ojos se dirigen siempre a otra parte?

—Desearía que no me hablara más, señor —exclamé malhumorada. Ya ha arruinado mi diversión por esta noche.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho?... ¿Cómo he merecido este desprecio?

—Usted me ha atormentado terriblemente; me ha apartado a la fuerza de mis amigos y se ha impuesto como mi caballero, con prepotencia y contra mi voluntad.

—Seguramente, querida señora, acabaremos siendo amigos dado que aprecio cierta afinidad en la franqueza de nuestra índole... Y sin embargo, si no fuese un ángel... ¿Cómo piensa que podría tolerar tanto desprecio?

—Si le he ofendido —exclamé—, no tiene más que marcharse y... ¡Oh, cómo me gustaría que lo hiciera!

—Mi querida criatura —respondió con tono burlesco—. ¿Dónde la han educado?

—¡Dónde me encantaría estar en este preciso momento!

—Tal es su belleza que sin duda es usted consciente de que estos aires encantadores únicamente sirven para volver más fascinante su aspecto.

—Las libertades que se toma, señor, serán quizá menos desagradables en compañía de personas más íntimas para usted, pero a *mí*...

—Me juzga usted injustamente —exclamó interrumpiéndome—. Sí, en efecto, cuando se me conoce gano en simpatía; de ahora en adelante le encantaré.

—De ahora en adelante, señor, espero no...

—¡Oh, calle..., calle!... ¿Acaso no recuerda las circunstancias en las que la he encontrado?... ¿Ha olvidado usted que, cuando la habían abandonado, yo la he buscado... y que cuando la traicionaron, yo la he adorado?... Si no hubiera sido por mí...

—Si no hubiera sido por usted, señor, quizá sería feliz.

—¿Y entonces tal vez deba concluir que, *si no hubiera sido por mí*, su caballero se habría presentado?... ¡Pobre diablo!... ¿Acaso mi presencia le ha intimidado?

—¡Desearía que *su* presencia, señor, pudiera intimidarle *a usted*!

—¡Su presencia!... ¿Entonces le está viendo ahora?

—Pudiera ser que sí, señor —exclamé, cansada de sus burlas.

—¿Dónde?... ¿Dónde?... ¡Por amor de Dios, muéstreme a ese canalla!

—¿Canalla, señor?

—¡Oh, de los peores!... ¡Un vil, sinvergüenza, despreciable bribón!

No sé qué me pasó por la cabeza en ese momento... pero mi orgullo herido y mi hastío hicieron que al improviso, cometiese la locura de, mirando a *lord* Orville, repetir:

—¿*Despreciable*, cree usted?

Su mirada siguió inmediatamente la dirección de la mía.

—¿Pero cómo? ¿Es *aquél* caballero?

No respondí; no podía afirmarlo y no quería negarlo porque gracias a ese error confiaba en liberarme de sus impertinencias.

En el preciso momento en que terminamos aquello que él había definido como nuestro deber, insistí firmemente en regresar con la señora Mirvan.

—Con su caballero, supongo, *madam* —dijo con tono muy grave.

Esto me provocó una grandísima confusión: temía que aquel hombre pérfido, ignorando su rango, se dirigiera a *lord* Orville diciendo algo que revelara mi engaño. ¡Estúpida! ¡Inmiscuirme en semejantes problemas! Ahora temía aquello que previamente tanto deseaba y así, para evitar a *lord* Orville, me vi obligada a proponer bajar otra fila de bailarines, aunque me estaba muriendo de vergüenza mientras lo sugería.

—¿Y su caballero, *madam*? —preguntó, fingiendo una expresión muy solemne—. Quizá se ofenda porque la entretengo: si me autoriza a solicitar su permiso...

—¡Por amor de Dios, no!

—¿Quién es, *madam*?

Me gustaría haber estado a millas de distancia. Repitió la pregunta.

—¿Cómo se llama?

—Nada... Nadie... No sé...

Asumiendo un tono solemne, lleno de trascendencia:

—¡Vamos...! ¿No lo sabe...? Permítame, mi querida *madam*, que le recomiende un poco de cautela; jamás baile en público con un extraño..., con una persona de la cual no conozca el nombre... podría tratarse de un simple aventurero..., un hombre privado de reputación... Sopesa a qué imprudencias podría exponerse.

¿Puede imaginarse situación más ridícula? No pude menos que reírme, a pesar de mi irritación.

En ese instante la señora Mirvan, seguida de *lord* Orville, se acercó a nosotros.

No le será muy arduo creer que no encontré dificultad en recuperar la seriedad, pero cuál fue mi consternación cuando este desconocido, destinado a ser el fustigador de mi estratagema, exclamó:

—¡Ah, *lord* Orville!... No había reconocido a su señoría. ¿Qué puedo decir para justificar mi invasión? Pero a fe mía, señor, que semejante trofeo no debería ser despreciado.

Mi vergüenza y confusión eran indescriptibles. ¡Quién podía haber imaginado que aquel hombre pudiera conocer a *lord* Orville! La mentira resulta tan injustificable como poco segura.

*Lord* Orville —y no hay de qué extrañarse— tenía una expresión bastante desconcertada.

—La filosófica frialdad de su señoría —continuó aquel odioso individuo— no está al alcance de todo el mundo. Me he esforzado de un modo sobrehumano para entretener a esta dama, aunque temo que sin éxito alguno, y su señoría estaría muy complacido si conociese las dificultades que he encontrado para procurarme el honor de un único baile.

Luego, volviéndose hacia mí, que me moría de la vergüenza, mientras *lord* Orville permanecía inmóvil y la señora Mirvan estupefacta, de improviso me aferró la mano diciendo:

—¡Puede imaginar, muy señor mío, mi renuencia a dejar esta bella mano a su señoría!

En ese instante *lord* Orville se la arrebató; yo me ruboricé violentamente e hice un esfuerzo por recuperarla.



—Me hace usted un gran honor, señor —exclamó (con aire de caballerosidad, llevándosela a los labios antes de dejarla)—. De cualquier modo, me sentiré muy dichoso de disfrutarla, si esta dama —dirigiéndose a la señora Mirvan— me permite hacerle compañía.

No soportaba obligarle a bailar conmigo de ese modo, así que dije con vehemencia:

—¡En absoluto...! ¡Por nada del mundo!... Debo implorar...

—Me honrará, señora, con sus órdenes —afirmó mi atormentador—. Y yo, ¿puedo obtener la compañía de la señora?

—No, señor —respondí dándole la espalda.

—¿Qué piensa hacer, querida? —preguntó la señora Mirvan.

—Nada, señora... nada, yo pretendía...

—Pero ¿baila o no? Comprenda que su señoría aguarda.

—Espero que no... Le ruego... por nada del mundo... Creo que debería... debería...

No era capaz de articular palabra; pero aquel hombre seguro de sí, decidido a

descubrir si le había engañado, le dijo a *lord Orville* que no sabía qué pensar:

—Muy señor mío, le explicaré brevemente esta historia que, por el momento, parece muy intrincada; esta dama me ha propuesto bailar nuevamente... Nada podría hacerme más feliz..., simplemente deseaba el beneplácito de su señoría, un beneplácito que si ahora me concediera, estoy seguro de que arreglaría la situación.

Enrojecí de indignación.

—No, señor..., es su ausencia, y sólo ésta, la que puede arreglar la situación.

—Por amor de Dios, querida mía —prorrumpió la señora Mirvan, que no conseguía reprimir por más tiempo su sorpresa—. ¿Qué significa todo esto?... ¿Estaba ya comprometida?... ¿*Lord Orville* le había...?

—No, señora —proferí—, es sólo que... es sólo que no conocía a este caballero... y así... así... así pensé... pretendía... yo... —Sobrepasada por todo lo que había sucedido, me flaquearon las fuerzas para ilustrar mi mortificante explicación; me abandonaron mis energías y estallé en llanto. Todos parecían atónitos y desconcertados.

—¿Qué sucede, tesoro mío? —exclamó la señora Mirvan con la más tierna benevolencia.

—¿Qué he hecho? —clamó mi genio maléfico y corrió a buscar un vaso de agua.

Un gesto fue suficiente para que *lord Orville* comprendiera todo aquello que quería explicarle. Me condujo inmediatamente hasta un asiento y dijo susurrando:

—No se angustie, se lo ruego; me consideraré siempre honrado de que haga uso de mi nombre.

Su amabilidad me alivió. Un murmullo general había alarmado a la señora Mirvan, que se aproximó urgentemente mientras *lord Orville*, apenas la señora Mirvan tomó el vaso de agua, se llevaba a mi torturador lejos de allí.

—Por amor de Dios, mi querida señora —exclamé—, permítame ir a casa... Realmente no puedo continuar aquí.

—Nos vamos todos —dijo mi querida amiga María.

—Pero el capitán... ¿qué dirá? Sería mejor que me fuera a casa en un palanquín.

La señora Mirvan consintió y yo me levanté para marcharme. *Lord Orville* y aquel hombre se acercaron. El primero, con una premura que en absoluto merecía, me acompañó a un palanquín mientras el otro nos seguía, importunándome con sus disculpas. Me hubiera gustado presentarle las mías a *lord Orville*, pero me sentía demasiado avergonzada.

Era casi la una. Los criados de la señora Mirvan me acompañaron a casa. Temo mucho su opinión, mi queridísimo y honorable señor: necesitará de toda su imparcialidad para recibirme sin rencor.

Esta mañana *lord Orville* ha solicitado noticias sobre nuestra salud. Y *sir Clement Willoughby* —he descubierto que éste es el nombre de mi acosador— ha hecho lo propio aunque personalmente; pero yo no quise bajar hasta que no se marchó.

Y ahora, mi querido señor, de un modo u otro, puedo justificar la extraña, irritante

y ridícula conducta de *sir* Clement la noche pasada; pues la señora Mirvan dice que se trata de la misma persona que hablaba con *lord* Orville en casa de la señora Stanley, cuando se referían a mí de un modo tan humillante. Se complacía de decir que estaba muy contento de saber que yo era una estúpida y supongo que, por ello, consideró que tenía vía libre para decirme todas las necedades que se le antojaran. Aunque su opinión no me importa; pero por lo que se refiere a *lord* Orville, si entonces me juzgaba como una idiota, ahora estoy segura de que pensará que además de ser una descarada soy también presuntuosa. ¡Usar su nombre!... ¡Qué impertinencia!... Nunca sabrá cómo se sucedieron los acontecimientos: se imaginará que ha sido un exceso de vanidad por mi parte. Pero bueno, ¡mañana dejaré esta malévola ciudad y no volveré jamás!

Esta tarde el capitán quiere llevarnos a ver los *fantocini*<sup>[18]</sup>. No soporto al capitán; no puedo describir su ordinariez. Cuánto me alegro de que no estuviera presente en la desagradable conclusión de la aventura de ayer porque estoy convencida de que habría contribuido a mi consternación; seguramente le habría divertido dado que sonrío rara y únicamente a expensas de los demás.

Y así concluyo mis cartas londinenses... y sin añoranza porque soy demasiado inexperta e ignorante para comportarme correctamente en esta ciudad donde para mí es todo nuevo y muchas cosas inexplicables y embarazosas.

*Adieu*, mi querido señor. ¡Quiera Dios que vuelva a usted sana y salva! Desearía tanto regresar inmediatamente a Berry Hill; sin embargo, este deseo constituye una ingratitud para con la señora Mirvan, así que lo reprimiré. Le contaré con detalle la representación de los *fantocini* desde Howard Grove. No hemos visto ni tan siquiera la mitad de los lugares públicos de ocio que en este período están abiertos, aunque probablemente usted pensará que los hemos visitado todos. Pero son innumerables, casi tanto como las personas que los frecuentan.

## CARTA XIV

### *Evelina continúa*

Queen Ann Street, 13 de abril

**E**stará muy sorprendido, queridísimo señor, de recibir una nueva carta desde Londres de parte de su Evelina! Pero, créame, no es culpa mía, y el hecho de estar aún aquí no me hace feliz. El viaje ha sido aplazado por un incidente tan inesperado como desagradable.

Ayer por la tarde fuimos a ver los *fantocini* y nos divertimos infinitamente con la representación de una comedia en francés e italiano interpretada por marionetas manejadas de un modo admirable, capaz de asombrar y divertir a todos, a excepción del capitán que odia y está prevenido contra todo aquello que no sea inglés.

Cuando terminó el espectáculo y mientras esperábamos el carruaje, una mujer alta y anciana pasó velozmente por nuestro lado gritando:

—¡Dios mío! ¿Qué debo hacer?

—Vamos, ¿qué le gustaría hacer? —exclamó el capitán.

—*Ma foi, monsieur* —respondió ella—; he perdido a mis amigos y aquí no conozco a nadie.

Tenía cierto acento extranjero pero era difícil adivinar si era francesa o inglesa. Iba elegantemente vestida y parecía tan desconcertada que la señora Mirvan le sugirió al capitán que la ayudara.

—¡Ayudarla! —exclamó él—. Sí, claro, con toda el alma. Uno de los criados que portan las antorchas que vaya a buscar un carruaje.

Pero no encontraron ninguno y llovía copiosamente.

—¡*Mon dieu!* —clamaba la desconocida—. ¿Qué será de mí? *Je suis au désespoir.*

—Querido señor —dijo la señora Mirvan—, le ruego que acomodemos a esta pobre mujer en nuestro carruaje. Está completamente sola y es extranjera...



—Eso no es un mérito —respondió aquél—. Podría tratarse de una mujer de mala reputación, por cuanto sabemos de ella.

—No da esa impresión —contestó la señora Mirvan— y parece tan angustiada que si la acompañáramos hasta su alojamiento simplemente cumpliríamos con nuestro deber moral.

—La veo muy entusiasmada con su nueva amistad —rebatió—, pero antes comprobemos si va en nuestra misma dirección.

Informándonos, descubrimos que se alojaba en Oxford Road, y tras alguna que otra discusión, el capitán, contrariado y muy a su pesar, consintió que subiera al carruaje, aunque nos instó a no comportarnos de modo muy cordial porque parecía ansioso por discutir con ella: a esta falta de hospitalidad no encuentro otro motivo que la circunstancia de que la mujer era extranjera.

Abrió la conversación diciéndonos que estaba en Inglaterra desde hacía sólo dos días; que los caballeros que la acompañaban eran parisinos, que la habían dejado para ir a buscar un carruaje de alquiler porque su servicio personal se encontraba en el extranjero y que ella les había esperado hasta que, alarmada, dedujo que se habían



perdido.

—Y ¿se puede saber —preguntó el capitán— por qué motivo va usted a un lugar público sin la compañía de un inglés?

—*Ma foi*, señor —respondió ella—, porque ninguna de mis amistades se encuentra en la ciudad.

—Está bien —dijo—, entonces lo mejor que puede hacer es marcharse.

—*Pardie, Monsieur* —rebató ella—, así lo haré porque le aseguro que los ingleses son como una manada de bestias; regresaré a Francia lo más rápido posible ya que no deseo vivir entre ustedes.

—Y ¿quién la quiere a usted? —exclamó el capitán—. ¿De verdad piensa usted, señora francesa, que no tenemos ya suficientes naciones que nos quieren saquear? Le garantizo que no tenemos necesidad alguna de que se inmiscuyan también ustedes.

—¡Saquearles, señor! Espero que nadie intente saquearles más de cuanto pretendo hacerlo yo; y le garantizo que está usted bastante seguro. Pero no existe país bajo el sol que pueda batir a los ingleses en cuanto a mala educación se refiere. Por lo que a mí respecta, aborrezco incluso mirarles, así que visitaré únicamente a una o dos personas de categoría de entre mis amistades y regresaré de nuevo a Francia.

—Sí, claro, hágalo —contestó él— y luego váyanse al infierno todos juntos, porque ése es el mejor viaje que pueden hacer los franceses y toda su casta.

—Y pondremos cuidado —exclamó la extranjera con gran vehemencia— en no acoger a ninguno de sus vulgares e insolentes ingleses.

—Oh, no tema —rebató él con frialdad—; no discutiremos sobre ese asunto; junto a sus personas de categoría puede quedarse con el diablo todo para usted.

Deseando cambiar de argumento porque la conversación estaba alcanzando tintes cada vez más preocupantes, la señorita Mirvan dijo en voz alta:

—¡Jesús, qué lento es este cochero!

—No te preocupes, Moll —dijo el padre—. Te garantizo que mañana conducirá bastante más veloz de camino a Howard Grove.

—¡A Howard Grove! —exclamó la extranjera—. ¡Pero cómo, *mon dieu!*, ¿ustedes conocen a *lady* Howard?

—¿Y si fuera así? —respondió él—. A usted no le incumbe; le aseguro que no es persona de su categoría.

—¿Y quién le ha dicho eso? —protestó la mujer—. ¿Y usted qué sabe?; además, es usted la persona más grosera que haya conocido jamás, y en cuanto al hecho de que conozca a *lady* Howard, no puedo creerlo, a menos que, en efecto, sea usted su mayordomo.

El capitán, imprecando horriblemente, respondió con rabia:

—Sería mucho más fácil que la tomaran a usted por su lavandera.

—¡Su lavandera, sí, claro! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Pero cómo, ¿no tiene usted ojos? ¿Ha visto jamás a una lavandera con un vestido como éste? Y además, no soy tan miserable porque valgo tanto como *lady* Howard y soy tan rica como ella; y además,

el motivo de mi viaje a Inglaterra es el de hacerle una visita.

—Puede ahorrarse las molestias —respondió el capitán—, porque ya tiene bastantes pordioseros que revolotean a su alrededor.

—¡Pordioseros, señor! No soy más miserable de lo que pueda serlo usted, y además... usted es un individuo vil y despreciable y no quiero rebajarme a su altura.



—¡Individuo despreciable! —vociferó el capitán aferrándole ambas muñecas—. Escuche, *señora Rana*<sup>[19]</sup>, haría mejor en coserse la boca porque le digo que, en caso contrario, no seré tan condescendiente y la arrojaré por la ventana; y entonces puede quedarse tendida en el suelo con la cara hundida en el barro hasta que venga a rescatarla uno de sus *messieurs*.

La rabia que se desprendía de ambos nos aterrorizaba y la señora Mirvan comenzaba a protestarle al capitán cuando todos nos callamos por el suceso que relato a continuación.

—Déjeme, que no es usted más que un bribón; déjeme en paz, de lo contrario le garantizo que haré que le metan en prisión por el modo en que me está tratando; no

soy una cualquiera, se lo aseguro, y, *ma foi*, acudiré al juez Fielding<sup>[20]</sup> porque soy una persona de buena posición y haré que se acuerde de mí o dejaré de llamarme Duval.

No escuché más: atónita, atemorizada e indeciblemente turbada, una involuntaria exclamación se escapó de mis labios —¡Dios bendito!— y más muerta que viva, caí entre los brazos de la señora Mirvan. Pero deje que corra un velo sobre una escena demasiado cruel para un corazón tierno y sensible como el suyo; es suficiente que sepa que esa presunta extranjera se ha revelado como *madame* Duval..., ¡la abuela de su Evelina!

Oh, señor: ¡descubrir un grado de parentesco tan estrecho con una mujer que se había presentado de aquel modo!... ¿Qué habría sido de mí si no le hubiera tenido a usted, mi protector, mi amigo y mi refugio?

Mi enorme ansiedad y la sorpresa de la señora Mirvan me traicionaron inmediatamente. Pero no quiero aturdirle con el modo en que me reconoció ni con la maldad, la brusquedad —no puedo definirlo con otras palabras— con la que habló de aquellos infelices sucesos del pasado que usted me ha referido de modo tan doloroso. Toda la infelicidad de una madre injuriada, tan querida para mí aunque no la haya visto jamás, que tanto añoro aun sin haberla conocido, se reveló con tanto ímpetu en mi mente que hace de aquella conversación —con una única excepción— lo más penoso que jamás tendré que escuchar.

Cuando nos detuvimos ante el inmueble donde se alojaba, quiso que la acompañara dentro de la casa y dijo que podía procurarse fácilmente una habitación para mí. Alarmada y temblorosa, me giré hacia la señora Mirvan:

—Mi hija, señora —dijo aquella dulcísima señora—, no puede separarse tan bruscamente de su joven amiga; tendrá que concederles un poco de tiempo para que se acostumbren a la idea de la separación.

—Perdóneme, señora —respondió *madame* Duval (que, desde el momento en que descubrimos quién era, había dulcificado sus modos)—, la señorita no tiene el vínculo de unión que puedo tener yo con esta muchacha.

—Eso no importa —prorrumpió el capitán (que apoyaba mi causa para sofocar su animadversión hacia ella aunque hubieran intercambiado sendas toscas disculpas)—. La han dejado a nuestro cuidado, así que no nos separaremos de ella.

Prometí que le haría una visita a la mañana siguiente a la hora que prefiriera y, tras una breve discusión, me invitó a desayunar con ella y entonces proseguimos nuestro camino hacia Queen Ann Street.

¡Qué triste aventura! No conseguí dormir en toda la noche. Mil veces he deseado no haberme alejado jamás de Berry Hill; de cualquier modo, precipitaré mi regreso en la medida de lo posible, y cuando me encuentre nuevamente en aquel puerto de tranquila felicidad, jamás volveré a sentirme tentada de abandonarlo.

Esta mañana la señora Mirvan ha tenido la bondad de acompañarme a casa de *madame* Duval. También el capitán se ofreció a hacerlo, pero rechacé su proposición

por temor a que la mujer interpretase que pretendía insultarla.

Frunció el ceño al ver a la señora Mirvan, pero me recibió con toda la ternura que pienso que es capaz de ofrecer. En realidad, nuestro encuentro parece haberla conmovido verdaderamente porque cuando, superada por el flujo de emociones que su visita me provocaba, casi me desvanecí entre sus brazos, estalló en lágrimas mientras decía:

—¡No permitan que pierda a mi pobre hija por segunda vez!

Esta inesperada humanidad me estremeció; pero inmediatamente después provocó en mí la más ardiente indignación mencionando sin gratitud alguna al mejor de los hombres, mi querido y generosísimo benefactor. Sin embargo, el dolor y la rabia dieron paso al terror al declarar que su viaje a Inglaterra tenía como único propósito llevarme a Francia con ella. Esto, dijo, era un proyecto que había ideado desde el momento mismo en que había sabido de mi existencia, noticia que, declaró, no había llegado a sus oídos hasta el cumplimiento de mi duodécimo aniversario; pero *monsieur Duval*, que, como afirmó, era el peor marido del mundo, no le permitió hacer nada de lo que ella deseaba. Su esposo murió hace apenas tres meses, tiempo que empleó en arreglar algunos asuntos, y una vez concretados viajó a Inglaterra. Había abandonado ya el luto porque, según dice, aquí en Inglaterra nadie sabe desde cuándo es viuda.

Debe haberse casado muy joven; no sé qué edad tendrá pero aparenta menos de cincuenta años. Viste de un modo tan vistoso, va muy acicalada y en su rostro aún se aprecian las huellas de una antigua belleza.

No sé cuánto habría durado o cómo habría terminado esta visita si el capitán no hubiera venido a buscar a la señora Mirvan e insistiera en que me fuera con ella. Se comporta de repente de un modo tan cordial y afectuoso conmigo que temo mucho su intromisión. Sin embargo, la señora Mirvan, cuyo cometido primordial parece ser aquel de enmendar las ofensas de su marido, consiguió aplacar la cólera de *madame Duval* con una cortés invitación a tomar el té y pasar la tarde con nosotros. No sin dificultad accedió el capitán a aplazar el viaje; pero ¿qué otra cosa se podía hacer? Hubiera sido muy inoportuno por mi parte abandonar la ciudad en el preciso momento de descubrir la presencia en Londres de *madame Duval*; y permanecer aquí bajo su única protección..., gracias a Dios, la señora Mirvan es demasiado bondadosa para permitirlo. Temía incluso que nos siguiera hasta Howard Grove, así que se tomó la determinación de continuar en Londres por algunos días o tal vez una semana; aunque el capitán ha declarado que la *vieja bruja francesa*, como se complace en llamarla, no gozará de ningún privilegio.


Mi única esperanza ahora es llegar sana y salva a Berry Hill donde, aconsejada y protegida por usted, nada tendré que temer.

¡*Adieu*, mi siempre querido y honradísimo señor! No habrá felicidad para mí hasta que no me encuentre de nuevo con usted.

## CARTA XV

### *Del señor Villars a Evelina*

Berry Hill, 16 de abril

reyendo y confiando en que mi Evelina se había despedido ya de Londres, pensaba retrasar el momento de escribir hasta que tuviera constancia de tu regreso a Howard Grove, pero la carta que acabo de recibir, con la noticia de la presencia de *madame* Duval en Inglaterra, exige una inmediata respuesta.

Su llegada me alarma y aflige también a mí: ¡cuánto me he compadecido de mi niña al leer la nueva de un descubrimiento tan inesperado como desagradable! He temido por muchos años este encuentro y su desenlace; reclamarte parece ser la natural consecuencia del acto de reconocerte; soy tan consciente de la índole de esa mujer que hace ya muchos años vaticiné la contienda que ahora nos amenaza.

Por más que sean crueles las circunstancias, no debes permitir, tesoro mío, que te depriman; recuerda que mientras me quede un soplo de vida, la dedicaré a ti; y, para el futuro, tomaré las medidas oportunas para asegurar tu felicidad. Segura bajo mi protección y confiando en mi amor por ti, no debes consentir que los temores provocados por *madame* Duval enturbien tu tranquilidad; compórtate con ella respetuosamente y con la deferencia exigida hacia un pariente tan próximo y recuerda siempre que el incumplimiento de sus deberes para contigo no justifica negligencia alguna por tu parte en cumplir con los tuyos: en efecto, cuanto más se sorprende uno de la descortesía y de la mala conducta de una persona, mayor deberá ser por nuestra parte el afán de evitar incluso la sombra de análogos errores. Presta atención, por tanto, a que ninguna falta de respeto, ninguna descortesía la lleven a imaginar la independencia que te garantizo; pero cuando decida la fecha de su partida de Inglaterra, recaerá sobre mí la obligación de negarle tu compañía; admito que para mí será una labor muy desagradable, pero en tu caso sería inconveniente por no decir imposible.

En cuanto a la opinión que tiene sobre mí, estoy más afligido que sorprendido por su osada ceguera; las circunstancias atenuantes que necesita para justificar su propia conducta la inducen a encontrar defectos en cada una de las personas involucradas en aquellos tristes acontecimientos motivo de sus lamentaciones. Éste es el origen y por ello debemos considerarlo de un modo u otro como la causa de su exacerbación.

¡Cómo me complace tu deseo de regresar a Berry Hill! Esta prolongada estancia en Londres y la disipación en la que te veo envuelta me disgustan enormemente: no pretendo que te aisles del resto porque de ese modo la señora Mirvan podría suponer

una crítica hacia ella que dada tu juventud y su bondad resultaría injustificable. No me extenderé más sobre este argumento, me basta con decirte que me sentiré aliviado de corazón cuando llegues sana y salva a Howard Grove, destino que confío estás próxima a alcanzar cuando recibas esta carta.

Nunca te agradeceré lo suficiente, excelente Evelina, la minuciosidad de tus cartas; continúa deleitándome con ellas porque me sentiría muy infeliz si no tuviera conocimiento de tus actos.

Qué nuevo debe de ser para ti el escenario de la vida al cual estás ahora dedicada: bailes..., óperas líricas..., espectáculos en el *ridotto*... ¡Ah, mi niña! ¿Cómo te adaptarás al cambio cuando regreses aquí? Mi corazón tiembla por tu futura tranquilidad. Y sin embargo confío en la inmaculada pureza de tu alma y en la natural vivacidad de tu índole.

Supongo que no es necesario decir que me siento más complacido con los errores causados por tu inexperiencia durante la fiesta de baile privado, que con tus intentos de adaptarte a las costumbres mundanas durante el baile en el *ridotto*. Pero tu confusión y mortificación son suficientes para acallar mis reproches.

Espero que no vuelvas a ver a *sir* Clement Willoughby cuya conversación e impudencia me han desagradado enormemente. Estoy contento de la generosidad de *lord* Orville cuando hiciste uso de su nombre, pero espero que no le pongas más a prueba.

¡Qué Dios te bendiga, mi querida niña, y haga que la desdicha y la depravación no puedan nunca privarte de aquella alegría de corazón que, desde la inocencia, te da la felicidad y la de todas aquellas personas que te conocen!

Arthur Villars

## CARTA XVI

### *De Evelina al señor Villars*

Queen Ann Street, 14 de abril, mañana del jueves

**A**yer, antes de que termináramos de comer, vino *madame* Duval a tomar el té: su sorpresa no disminuirá al saber que eran casi las cinco, pues nunca comemos antes de que la jornada está casi terminada. La acomodaron en otra cámara hasta que la mesa fue retirada y luego la invitaron a tomar el postre con nosotros.

Venía acompañada de un caballero francés que nos presentó como *monsieur* Du Bois; la señora Mirvan les recibió a ambos con su habitual cortesía, pero el capitán parecía muy contrariado y, tras un breve silencio, le dijo a *madame* Duval con gran aspereza:

—¿Puede hacer el favor de decirme quién le ha pedido que trajera aquí a ese petimetre?



—¡Oh —exclamó—, no voy a ninguna parte sin él!

Se produjo otro breve silencio que dio por concluido el capitán cuando se dirigió rudamente al desconocido diciendo:

—Debe saber, *monsieur*, que usted es el primer francés que permito entrar en mi casa.

*Monsieur* DuBois hizo una profunda inclinación. No habla inglés y lo entiende tan mal que imagino que pensó que estaba recibiendo un cumplido.

La señora Mirvan se las ingenió para cambiar el mal humor del capitán entablando una nueva conversación; pero descargando sobre ella la responsabilidad de llevarla adelante, se apoyó en el respaldo del diván, inmerso en un silencio únicamente interrumpido cuando se le ofrecía la oportunidad de pronunciar algún que otro comentario sarcástico sobre los franceses. Viendo que los esfuerzos por amenizar la tarde eran infructuosos, la señora Mirvan propuso una visita a Ranelagh. *Madame* Duval accedió con alegría y el capitán, aunque lanzando impropiedades contra la impudicia de las mujeres, no opuso resistencia y así María y yo, corriendo, subimos a



vestirnos.

Antes de que termináramos de arreglarnos, nos anunciaron que *sir* Clement Willoughby se encontraba en el salón. Se había presentado con la excusa de informarse sobre nuestra salud y había entrado en la estancia con el aire desenfadado propio de una antigua amistad, aunque la señora Mirvan afirmó que se mostró incómodo al comprobar la frialdad con la cual había sido recibido tanto por el capitán como por ella misma.

Yo estaba *extremadamente* aturdida ante la idea de volver a ver a aquel hombre y no quise bajar hasta que no me llamaron a tomar el té. Estaba inmerso en una discusión con *madame* Duval y el capitán sobre las costumbres francesas y el argumento parecía tenerlo absorbido hasta tal punto que al principio no advirtió mi presencia en el salón. Conversaban con gran vehemencia; el capitán sostenía rudamente la superioridad de los ingleses bajo todos los puntos de vista y *madame* Duval se negaba a reconocerlo absolutamente, mientras *sir* Clement ejercitaba toda su capacidad dialéctica y sarcástica para secundar y reforzar las afirmaciones del capitán porque comprendió que el modo más eficaz de ganarse la amistad del patrón de la casa era enfrentarse a *madame* Duval. Y en efecto, en poquísimos minutos, tuvo ocasión de congratularse consigo mismo por su audacia.



Apenas me vio, inclinó la cabeza de modo muy respetuoso y manifestó su deseo de que mi salud no se hubiera visto mermada debido a la fatiga del *ridotto*: mi única respuesta fue una ligera inclinación de cabeza, pues estaba muy avergonzada de toda aquella historia. Entonces se reincorporó a la discusión conduciendo hábilmente la conversación, provocando a *madame* Duval y al mismo tiempo haciendo las delicias del capitán, de tal modo que no pude hacer otra cosa que admirar su retórica aunque censurando su argucia. La señora Mirvan, temiendo este tipo de antagonismos violentos, intentaba cambiar de discurso constantemente y quizá lo hubiera logrado si *sir* Clement no hubiera intervenido impidiendo que se diera por concluido, sosteniéndolo con tanta jocosidad y sátira que conquistó el corazón del capitán, y sus conjuntos esfuerzos hicieron enojar a *madame* Duval, atosigándola hasta el punto de hacerla temblar por la cólera.

Me alegré mucho cuando la señora Mirvan dijo que era hora de irnos. *Sir* Clement se alzó para despedirse, pero el capitán le invitó cordialmente a participar de nuestra excursión. Dijo que tenía un compromiso pero que estaría encantado de renunciar

para tener el placer de acompañarnos.

A continuación se produjo un poco de confusión a la hora de repartirnos en los carruajes: la señora Mirvan ofreció un puesto a *madame* Duval en el suyo y propuso que nosotros cuatro viajásemos juntos; pero ella rehusó declarando que no iría tan lejos sin un hombre y se mostró sorprendida de que una dama tan educada pudiera hacer una propuesta tan *inglesa*. *Sir* Clement Willoughby dijo que su carruaje esperaba en la puerta y rogó que le hicieran saber si podía ser de alguna utilidad. Finalmente se tomó la determinación de llamar a un carruaje de alquiler para *monsieur* Du Bois y *madame* Duval en el cual viajó también el capitán, y a petición suya, *sir* Clement; la señora, la señorita Mirvan y yo hicimos el trayecto solas y en paz.

Estoy segura de que discutieron todo el camino porque cuando nos reencontramos en Ranelagh parecían todos enfadados; y aunque formamos varios grupos, todos, excepto yo, evitaban a la pobre *madame* Duval, por lo que yo no me atreví a dejarla ni tan siquiera un instante. En realidad, creo que ella había decidido que yo no la abandonara porque no soltó mi brazo durante casi toda la velada.

La sala estaba tan llena que si no hubiera sido por la extraordinaria premura de *sir* Clement Willoughby, no habríamos podido procurarnos un palco (así es como llaman a los reservados en forma de arco donde se toma el té) hasta que la mitad de las personas no se hubieran ido. Mientras tomábamos posesión de nuestros asientos, algunas llamas que la señora Mirvan conocía se detuvieron a conversar y la convencieron para dar un paseo<sup>[21]</sup> con ellas.

¡Cuál fue mi sorpresa, cuando a su regreso pude ver que *lord* Orville se había unido a su grupo! Las señoras prosiguieron con su paseo; la señora Mirvan se sentó y dirigió una vaga pero respetuosa invitación a *lord* Orville para que tomara el té con nosotros, propuesta que, para mi gran consternación, aceptó.

Al verlo de nuevo sentí una indescriptible confusión al recordar la aventura del *ridotto*; y la situación en la que me encontraba tampoco la mitigaba, ya que estaba sentada entre *madame* Duval y *sir* Clement, a quien parecía incomodarle la presencia de *lord* Orville tanto como a mí. La verdad es que los continuos altercados y la mala educación tanto del capitán Mirvan como de *madame* Duval hacía que me avergonzara de que me vieran en su compañía. Y la pobre señora Mirvan y su encantadora hijita tenían aún menos motivos de alegría.

Después de tomar asiento se produjo un silencio general: su aspecto —por diferentes motivos— impuso la prudencia en todos los presentes. No consigo imaginar por qué razón nos honró con su compañía a menos que, en efecto, tuviera curiosidad por comprobar si me había inventado alguna nueva impertinencia sobre él.

La primera en hablar fue *madame* Duval:

—Es verdaderamente singular ver a las señoras asistir a un lugar tan refinado como Ranelagh con sombrero; les da un aspecto monstruosamente vulgar. No puedo imaginar la razón por la que lo llevan. En París sería impensable.

—En efecto —exclamó *sir* Clement—, tengo que reconocer que no soy un apasionado de los sombreros; lamento mucho que las mujeres hayan inventado o adoptado una moda tan irritante, porque ante la belleza, únicamente sirve para enmascararla, y cuando ésta no existe, suscita una curiosidad totalmente superflua. Imagino que lo habrá inventado alguna damisela joven y caprichosa.

—Es probable —respondió el capitán— que fuera inventado por una vieja arrugada que pretendiera engañar a algún joven para que no se asustara.

—No sé aquí en Inglaterra —exclamó *madame* Duval—, pero en París ninguna dama tiene que tomarse tantas molestias para llamar la atención.

—¡Vamos!, ¿pretende decir —rebató el capitán— que no se hace distinción entre ancianas y jóvenes como ocurre aquí?

—No hacen diferencia alguna —respondió ella—. Son demasiado educados.

—¡Y sobre todo, estúpidos! —dijo el capitán despectivamente.

—¡Quisiera Dios —exclamó *sir* Clement— que, por nuestro bien, también nosotros los ingleses fuéramos bendecidos con una ceguera tan oportuna!

—¿Por qué diablos eleva usted una plegaria semejante? —preguntó el capitán—. Son las primeras palabras necias que le he escuchado pronunciar; pero supongo que no está muy puesto en estas cuestiones. ¿Ha rezado alguna vez desde que era un mocoso?

—Sí, eso —exclamó *madame* Duval—. No es más que otra de las infamias típicas de los ingleses: hablar de estas cosas. En París, nadie habla ni de religión, ni de política.

—Y entonces —respondió aquél— es señal de que no se preocupan de su alma más de lo que lo hacen por su patria, y por ello tanto una como otra pueden irse al diablo.

—Bueno, y aunque así fuera —insistió la mujer— ¿qué hay de malo en ello? No hay cosa más irritante que hablar siempre de ese tema y nadie que haya estado en el extranjero pierde el tiempo pensando en ello.

—Y dígame, por favor —continuó el capitán—, dado que está usted tan informada sobre estos asuntos, tenga la bondad de decirme cuáles son entonces sus preocupaciones. ¡Eh, *sir* Clement! ¿No tenemos derecho a saber al menos esto?

—Una pregunta de sumo interés —añadió *sir* Clement—. Espero ilustrarme mucho con la respuesta de la señora.

—Vamos, señora —prosiguió el capitán—, no se eche atrás ahora; responda de una vez, no se detenga a reflexionar.

—Le aseguro que no es esa mi intención —respondió ella— porque respecto a lo que hacen, por Dios, bastantes ocupaciones tienen, se lo aseguro, entre unas cosas y otras.

—Pero, ¿qué cosas, *qué cosas* hacen estos famosos *monsieurs*? —preguntó el capitán—. ¿No me lo puede decir? ¿Juegan a juegos de azar? ¿O acaso beben? ¿O quizá holgazanean? ¿Son tal vez unos bribones? ¿O pasan su tiempo haciendo

ridículos cumplidos a las viejas?

—En cuanto a eso, señor... Pero ni siquiera me tomaré la molestia de responder a preguntas tan despreciables, así que no me pregunte más.

Y luego, con gran contrariedad por mi parte, dirigiéndose a *lord Orville*, le preguntó:

—Y dígame, señor, ¿ha estado alguna vez en París?

Él se limitó a asentir con la cabeza.

—Y cuénteme, por favor, ¿le ha gustado, señor?

Esta pregunta de tan *sumo interés*, como la habría definido *sir Clement*, aunque le provocó una sonrisa, hizo también que titubeara. Pero su respuesta expresó su aprobación.

—Sabía que le gustaría, señor, porque parece usted un verdadero caballero. En cuanto al capitán y a aquel otro hombre, puede ser que no les agrade aquello que no conocen: porque supongo, señor, que no ha estado nunca en el extranjero, ¿verdad?

—Solamente tres años, señora —respondió secamente *sir Clement*.

—¡Bueno, es sorprendente! Jamás lo habría imaginado; aunque estoy segura de que únicamente ha frecuentado ingleses.

—¿Por qué, dígame, a qué otros debería frecuentar? —gritó el capitán—. Supongo que le gustaría que se avergonzara de su propio país, como a ciertas personas, no muy lejanas, les gustaría que su país se avergonzara de ellas.

—Estoy convencida de que sería una excelente idea que también usted fuera al extranjero.

—¿Por qué piensa eso, señora? Vamos, por favor, dígame qué tendría de bueno.

—¡Pues bien! Un montón de cosas. Volvería siendo otra persona.

—¿Le gustaría, quizá, que aprendiera a hacer cabriolas? ¿A vestirme como un mono? ¿Y a ladrar estupideces en francés? Eh, ¿le gustaría esto? ¿Y que me empolvara, me embadurnara y me acicalara como ciertas personas?

—Lo que me gustaría es que aprendiera a ser más educado y que no le hablara a las mujeres de ese modo tan rudo y anticuado. Usted, señor, habiendo estado en París —dirigiéndose de nuevo a *lord Orville*—, podrá decirle a este caballero inglés hasta qué punto sería despreciado si hablara de ese modo tan poco refinado delante de un extranjero. No hay barbero o zapatero que no se ruborizara estando en su compañía.

—¿Por qué fijarse, señora —respondió el capitán— en sus *erizacabellos* y sus limpiabotas? Puede usted exagerar bien sus exquisitos modales, hágalo también; estoy contentísimo de que le gusten tanto, pero por lo que a mí respecta, como es usted tan generosa con sus consejos, debo decirle que no he frecuentado jamás gentuza de ese tipo.

—Vamos, señoras y señores —intervino la señora *Mirvan*—, como veo que muchos de ustedes ya han terminado el té, les invito a pasear conmigo.

María y yo nos levantamos inmediatamente; *lord Orville* nos siguió, y me pregunto si no estábamos ya a la altura de la primera sala cuando los rabiosos

litigantes se percataron de que habíamos abandonado el palco.

Dado que el marido de la señora Mirvan era parte importante de este desagradable altercado, *lord* Orville evitó hacer cualquier comentario al respecto, así que se dio por zanjado el asunto y la conversación tomó un cariz más tranquilo y cordial, educado y alegre, y seguramente resultó extremadamente agradable para todos excepto para mí. Estaba ansiosa por presentarle mis disculpas a *lord* Orville por la impertinencia del *ridotto* de la cual seguramente me consideraba culpable y, sin embargo, no lograba encontrar el coraje suficiente para hablarle de una cuestión en la que me había comportado de modo tan terrible que casi no me atreví a pronunciar palabra durante el tiempo que estuvimos paseando. Además, la certeza de su negativa opinión me perseguía y me descorazonaba, haciéndome temer que pudiera malinterpretar cualquier cosa que dijera. De este modo, lejos de apreciar una conversación que en cualquier otra circunstancia habría podido complacerme, caminaba en silencio, incómoda y muy avergonzada. ¡Oh, querido señor! ¿Dejaré alguna vez de involucrarme en situaciones tan estúpidas y embarazosas? De no ser así, mereceré seguramente una mayor penitencia.

Fuimos alcanzados por el resto del grupo después de haber completado tres o cuatro vueltas alrededor de la sala, y en aquel punto estaban discutiendo tanto que la señora Mirvan manifestó su cansancio y propuso que regresáramos a casa. Nadie protestó. *Lord* Orville se unió a otro grupo, después de haber ofrecido sus servicios que fueron rechazados por los caballeros. Nos dirigimos a una sala con vistas al exterior donde esperamos a que llegaran los carruajes. Se decidió que regresaríamos a la ciudad del mismo modo en que habíamos llegado a Ranelagh y, así, *monsieur* Du Bois ayudó a *madame* Duval a subir a un carruaje de alquiler, y se estaba preparando para seguirla cuando la mujer lanzó un grito saltando fuera del vehículo, diciendo que se había mojado el vestido. En efecto, después de examinarlo, se descubrió que el carruaje estaba en un pésimo estado. El tiempo había empeorado mucho y la lluvia había entrado en el vehículo, aunque todavía no sé cómo pudo suceder.

La señora y la señorita Mirvan y yo estábamos ya acomodadas, pero apenas el capitán se enteró de lo sucedido, sin ninguna ceremonia, *tuvo la delicadeza* de ocupar inmediatamente el puesto vacío que quedaba en el coche, dejando que *madame* Duval y *monsieur* DuBois se las arreglaran solos. En cuanto a *sir* Clement, su coche lo estaba esperando.

Rápidamente pedí permiso para ofrecer mi asiento a *madame* Duval e hice ademán de levantarme, pero la señora Mirvan me detuvo, diciendo que después me vería obligada a regresar a la ciudad en compañía del extranjero o de *sir* Clement.

—Oh, no se preocupen por la vieja bruja —exclamó el capitán—, es impermeable, respondo de ello; y además, dado que todos somos *ingleses*, o al menos así lo espero, no recibirá tratamiento peor del que ella espera de nosotros.

—No pretendo defenderla —respondió la señora Mirvan—, pero dado que forma parte de nuestro grupo, no podemos irnos decorosamente, sin ayudarla.

—¡Jesús, querida mía! —exclamó el capitán, visiblemente complacido por el contratiempo de *madame Duval*—. Se le desgarraría el corazón si recibiera un gesto amable por parte de un sucio inglés.

Pero la señora Mirvan se salió con la suya y todos bajamos del carruaje hasta que *madame Duval* se procurara un vehículo mejor. La encontramos, asistida por *monsieur Du Bois*, rodeada de criados y muy atareada adecentando su *negligé* para impedir que se manchara de humedad, pues según decía estaba confeccionado con una nueva seda de Lyon. *Sir Clement Willoughby* le ofreció su carruaje, pero la mujer estaba demasiado ofendida con sus injurias como para aceptarlo. Esperamos un rato, pero en vano, pues no era posible hacerse con un coche de alquiler. Finalmente, el capitán se dejó persuadir y acompañó a *sir Clement* mientras a nosotras cuatro nos ayudaron a subir al carruaje de la señora Mirvan, no antes de que *madame Duval* insistiera en hacerle un hueco a *monsieur Du Bois*, a lo cual el capitán consintió sólo porque le hubiera resultado incómodo viajar junto a él en el coche de *sir Clement*.

Nuestro grupo fue el primero en partir. Estuvimos callados y poco sociables, pues la dificultad que había entrañado la reubicación en los coches nos había fatigado e irritado. Igualmente silenciosas proseguimos, pero nuestro silencio duró bien poco porque no habíamos recorrido ni treinta yardas cuando todos dimos un grito al unísono... ¡Porque el carruaje había chocado!

Supongo que cada una pensó que estaba moribunda por los agudos alaridos que parecían salir de todas las bocas. El coche se detuvo, los criados corrieron en nuestro auxilio y nos sacaron del carruaje ilesos. La noche era oscura y húmeda, pero apenas había rozado el suelo cuando fui alzada de improviso por *sir Clement Willoughby*, el cual me pidió permiso para ayudarme, aunque sin esperar a que éste le fuera concedido, me llevó en sus brazos de regreso a Ranelagh.

Se apresuró a preguntarme si había resultado herida en el accidente. Le aseguré que estaba perfectamente sana y salva, sin daño alguno, y le pedí que volviera con el resto del grupo ya que estaba muy ansiosa por saber si el resto había corrido la misma fortuna. Me contestó que estaba feliz de tener el honor de recibir mis órdenes y que las acataría con júbilo; pero insistió en conducirme antes a una estancia caldeada ya que no había podido evitar empaparme. No hizo caso de mis objeciones, sino que me obligó a seguirle hasta una habitación donde encontramos un hermoso fuego y algunas personas que esperaban un carruaje. Acepté inmediatamente una silla y después le imploré que fuera a ocuparse del resto.

Y en efecto, se fue; pero regresó al momento diciéndome que la lluvia era más copiosa que nunca y que había enviado a los criados a ofrecer su ayuda y a referir mi situación a los Mirvan. Estaba furiosa por el hecho de que no hubiera ido él mismo en persona, pero, dado que nuestra relación era tan superficial, no creí oportuno obligarle a hacer algo que fuera contra su voluntad.

Y bueno, aproximó una silla a la mía y, tras informarse nuevamente sobre mi estado, dijo en voz baja:

—Me perdonaré, señorita Anville, si la ansiedad que siento por justificarme me induce a aprovecharme de esta oportunidad para admitir sinceramente la impertinencia con la que la atormenté en el *ridotto*. Le aseguro, señora, que desde aquel mismo momento estoy arrepentido y afligido, pero debo decirle honestamente qué es lo que hizo que me atreviera a...

Se interrumpió, pero yo no dije nada porque pensé al instante en la conversación que la señorita Mirvan había escuchado casualmente y creí que tenía intención de referirme la parte en que *lord* Orville hablaba de mí, y no deseaba en absoluto escucharlo de nuevo. Ciertamente, por el resto del discurso estoy convencida de que su intención era ésta; no sé con qué otro propósito sino aquel de atribuirse el mérito de haber hablado en mi defensa.

—Y sin embargo —continuó—, mis disculpas no hacen más que revelar mi ingenuidad y la falta de juicio y perspicacia. Me limitaré por tanto a implorar su perdón y a esperar que en un futuro...

En ese preciso instante el criado de *sir* Clement abrió la puerta y con gran placer vi entrar en la estancia al capitán, a la señora y a la señorita Mirvan.

—Oh, oh —dijo el primero—, tienen aquí un hermoso cálido refugio; venimos a molestar. Eso, Lucy, Moll, venid junto al fuego y secad vuestros oropes. Pero, eh, ¿dónde está la *vieja señora francesa*?

—¡Por Dios! —exclamé—. Entonces, ¿*madame* Duval no está con ustedes?

—¿Conmigo? No... gracias a Dios.

Estaba muy ansiosa por saber qué podía haberle ocurrido y, si me lo hubieran permitido, habría ido yo misma a buscarla, pero todos los sirvientes fueron enviados en su busca y el capitán dijo que podíamos estar seguros de que su *beau* francés estaría cuidando de ella.

Esperamos un rato sin noticia alguna y muy pronto nos quedamos solos en la sala. Mi disgusto había aumentado hasta el punto de que *sir* Clement se ofreció voluntariamente a buscarla. Pero en el momento en que abría la puerta, la mujer hizo su aparición, acompañada de *monsieur* Du Bois.

—Estaba a punto de ir en su busca, señora —dijo *sir* Clement.

—Verdaderamente, es usted extremadamente amable —respondió ella—, acudir cuando el daño ya está hecho.

Luego, entró... ¡en qué condiciones!... Completamente cubierta de fango y tan enfurecida que apenas podía hablar. Todos expresamos nuestra disposición ofreciéndole ayuda, excepto el capitán que, apenas la vio, estalló en una sonora carcajada.

Apiadándonos de ella, intentamos que no le escuchara colmándola de preguntas; y durante un tiempo funcionó porque estaba tan ofuscada por la cólera y la angustia que lo logramos sin demasiada dificultad. Le pedimos que nos relatara el incidente.

—¿Cómo? —repitió ella—. Sucedió porque todos se marcharon... y el pobre *monsieur* DuBois... pero no ha sido culpa suya porque se encuentra en tan malas



condiciones como yo.

Todas las miradas se dirigieron hacia *monsieur* Du Bois cuya indumentaria estaba en las mismas miserables condiciones que aquella de *madame* Duval y que, empapado, temblando y desconsolado, se había acercado al fuego.

El capitán se rió aún con más fuerza mientras la señora Mirvan, avergonzada de su desconsideración, repitió sus preguntas a *madame* Duval, quien contestó:

—Pues eso, mientras corríamos todos bajo la lluvia, *monsieur Du Bois* tuvo la amabilidad —desafortunadamente, visto las consecuencias— de cogerme en brazos para atravesar un tramo donde el barro cubría hasta los tobillos; pero en vez de suponer una ayuda, precisamente en el peor momento... me hubiera gustado estar a cincuenta millas de distancia porque, aún no sé por qué, él resbaló... o al menos eso creo..., aunque no consigo entender cómo sucedió porque yo no peso tanto... Como quiera que fuera, ambos caímos en el barro y cuanto más intentábamos levantarnos, más nos hundíamos y nos cubríamos de fango... ¡Mi nueva *négligé* de Lyon está totalmente arruinada!... y menos mal que conseguimos salir porque habríamos podido quedarnos allí eternamente si por ustedes fuera, porque ninguno acudió en nuestra ayuda.

Este discurso hizo las delicias del capitán: iba de la señora al caballero y de éste a la primera para disfrutar del espectáculo de su desgracia. Gritaba de alegría y, estrechando enérgicamente la mano de *monsieur* Du Bois, le auguraba buena fortuna por haber *tocado suelo inglés*. Después acercó una vela a *madame* Duval para tener un mejor panorama del desastre, declarando repetidamente que jamás en su vida se había sentido más satisfecho.

No se puede expresar con palabras la ira de la pobre *madame* Duval: de un empujón, hizo caer la vela de la mano del capitán, la aplastó con el pie y finalmente, le escupió en la cara.

Este gesto pareció calmar inmediatamente a ambos puesto que la alegría del capitán se transformó en odio, y la cólera de *madame* Duval en miedo, ya que él la aferró por los hombros sacudiéndola violentamente —tanto que ella lanzó un grito de socorro— mientras le aseguraba que si hubiera sido un poco menos vieja o menos fea, se lo habría devuelto en su misma cara.

*Monsieur* DuBois, que estaba sentado plácidamente junto al fuego, se acercó al capitán protestando acaloradamente, pero ni le entendió ni le tomó en consideración y no liberó a *madame* Duval hasta que ésta no comenzó a sollozar de rabia.

Cuando les separaron, le rogué que diera el permiso para que la mujer que se encargaba de las capas de las señoras, le secara el vestido; ella consintió e hicimos lo posible por evitarle un constipado. Nos vimos obligados a esperar casi una hora en aquella desagradable situación antes de procurarnos un coche de alquiler organizándonos del mismo modo que antes de que ocurriera el accidente.

Esta mañana visitaré a la pobre *madame* Duval para informarme sobre el estado de su salud, que creo se habrá resentido debido a los incidentes de la noche pasada,

aunque en realidad parece gozar de una constitución sana y fuerte.

*Adieu*, mi querido señor, hasta mañana.

## CARTA XVII

### *Evelina continúa*

15 de abril, mañana del viernes

**S**ir Clement Willoughby pasó por aquí ayer al mediodía y el capitán le invitó a cenar. En cuanto a mí, la jornada transcurrió del modo más desagradable que se pueda usted imaginar.

Encontré a *madame* Duval desayunando en la cama, a pesar de que *monsieur* Du Bois se hallaba presente en la habitación, circunstancia que me sorprendió de tal modo que a punto estuve de retirarme sin pensar en la extraña impresión que habría causado mi huida, cuando *madame* Duval me reclamó mientras se reía de mi ignorancia sobre las costumbres extranjeras.

Pero la conversación tomó un cariz más serio pues ella comenzó, con gran amargura, a maldecir la *bárbara brutalidad de aquel tipo, el capitán*, y la terrible mala educación de los ingleses en general, declarando que deseaba escapar urgentemente de un *país tan salvaje*. (Pero no hay nada más extraño y absurdo que erigirse en paladín de la educación con un lenguaje tan repugnante como el de *madame* Duval).

Se lamentó, tristemente, del destino de su seda de Lyon y manifestó que hubiera preferido desprenderse del resto de su guardarropa ya que era el primer vestido que había comprado al abandonar su luto. Tiene un fuerte resfriado y *monsieur* Du Bois está tan afónico que apenas puede hablar.

Insistió con vehemencia en que me quedara con ella todo el día, ya que tenía intención, dijo, de presentarme a algunos parientes. Habría rehusado gustosamente, pero no tuve elección.

Hasta la llegada de estos parientes, el tiempo trascurrido juntos lo ocupamos con una continua serie de preguntas por su parte y sus consiguientes respuestas por la mía. Su curiosidad era insaciable; se interesó por cada uno de los episodios de mi vida y de cada detalle que hubiera podido observar de las vidas de las personas que conozco. Tuvo de nuevo la crueldad de declarar el más arraigado rencor hacia el único benefactor de la hija y la nieta, abandonadas ambas, y tal fue mi indignación provocada por su ingratitud que me habría alejado de su presencia e incluso de la casa si, de modo perentorio, no me lo hubiera prohibido absolutamente. Pero, Dios mío, ¿qué puede haberla inducido a semejante y estremecedora iniquidad? ¡Oh, amigo y padre! Cada vez que debo afrontar este asunto no consigo controlarme.

Habló largo y tendido sobre la idea de llevarme a París y dijo que me veía muy

necesitada de una correcta educación francesa. Se lamentó de que hubiera sido educada en el campo, circunstancia que me ha dado un aire bastante rural. Sin embargo, me dijo que no me atormentara porque había conocido a muchas jóvenes en peores condiciones que las mías y que tras algún año de residencia en el extranjero se habían convertido en damas muy refinadas; en particular me refirió el caso de una cierta señorita Polly Moore, hija de la mujer de un candelero que, por una carambola del destino que no viene al caso mencionar, fue enviada a París, donde pasó de ser una muchacha cerril y maleducada a ser considerada una gran dama.

Los parientes que estaba orgullosa de presentarme eran su sobrino, un tal señor Branghton, y sus tres hijos, un varón —el primogénito— y dos muchachas.

El señor Branghton aparenta tener alrededor de cuarenta años. No parece faltarle sentido común, aunque es un hombre muy limitado y lleno de prejuicios; ha transcurrido toda su vida en la ciudad y creo que siente un gran desprecio por todo aquél que no resida en ella.

El hijo parece más corto de entendederas y de índole más alegre; pero su vivacidad es más propia de un estúpido colegial grandullón, cuyo pasatiempo consiste en hacer ruido y alboroto. Desprecia al padre por su exclusivo interés por los negocios y por su amor al dinero, aunque creo que carece de dotes, de espíritu y de generosidad que le hagan superior a él.

Su principal alegría consiste en atormentar y ridiculizar a sus dos hermanas, las cuales sin embargo, le desprecian cordialmente.

La señorita Branghton, la mayor, está bien lejos de ser considerada una muchacha fea, pero tiene una expresión orgullosa, malévola y presuntuosa. Odia la ciudad, aunque sin motivo aparente porque es evidente que no ha vivido en ningún otro lugar.

La señorita Polly Branghton es más bien bonita, cretina y bastante ignorante, muy alocada y, creo, generosa.

La primera media hora la dedicaron a *acicalarse*, pues se lamentaban de la suciedad del camino, ya que habían venido a pie desde Snow Hill<sup>[22]</sup>, donde el señor Branghton tiene una platería; y las muchachas no sólo tenían que cepillar sus capas y secar sus zapatos, sino también arreglar sus tocados completamente arruinados por sus sombreros.

El modo en que *madame* Duval se complació en presentarme a esta familia me desconcertó.

—Y aquí, queridos míos —dijo—, una pariente que jamás habrían imaginado que existiera; deben saber que mi pobre hija Caroline tuvo a esta niña después de escaparse de mi lado... aunque yo no tuve conocimiento durante mucho tiempo ya que se propusieron ocultarme su existencia, a pesar de que esta pobre niña no tiene a nadie en el mundo, excepto a mí.

—La señorita parece tener un bondadoso corazón, tía —dijo la señorita Polly— y seguramente no se le puede reprochar la desobediencia de la madre porque ella no ha podido hacer nada.

—¡Por Dios, no! —respondió ella—, y nunca le he hecho observación alguna al respecto, ni tampoco mi pobre hija puede ser condenada como se podría pensar; ciertamente, jamás habría tomado el mal camino si no hubiera sido por aquel viejo párroco entrometido del que ya les he hablado.

—Si la tía lo permite —dijo el joven señor Branghton— podríamos hablar de otro asunto, porque a la señorita parece incomodarle.

La conversación se centró entonces en mi edad y en la de los tres jóvenes Branghton. El hijo tiene veinte años; las hijas, al escuchar que yo tenía diecisiete, dijeron que era la misma de la señorita Polly, pero el hermano, tras una larga discusión, demostró que tenía dos años más, lo que suscitó la cólera de ambas hermanas, que coincidieron en manifestar lo malvado y vengativo que era éste.

Establecido este punto, se comenzó a discutir sobre quién era más alto. Tuvimos que medirnos porque los Branghton tenían opiniones contradictorias. Nadie cuestionó que yo era la más alta del grupo, pero entre ellos fueron extremadamente pendencieros: el hermano insistía en que se midieran *honestamente* sin tener en cuenta los *tocados y tacones*, pero ellas se negaban a perder los privilegios de nuestro sexo y así, el jovencito fue declarado el más bajo no sin antes apelar a todos los presentes por la injusticia del veredicto.



Terminada esta ceremonia, las muchachas comenzaron, tomándose demasiadas libertades, a examinar mi vestuario y a hacerme preguntas sobre él.

—Supongo que este delantal es obra suya, ¿verdad, señorita? Pero estos ramilletes ya no están a la moda. Le ruego me diga, si no es impertinencia, ¿cuánto ha pagado por yarda de esta lustrina<sup>[23]</sup>? ¿Confecciona usted misma sus sombreros?...

Y otras muchas cuestiones igualmente interesantes y correctas.

Después me preguntaron si me gustaba Londres y si no me aburriré en el campo cuando regrese.

—La señorita tendrá que intentar encontrar un buen marido —dijo el señor Branghton—, así podrá quedarse a vivir aquí.

Luego el debate versó sobre los lugares públicos o más bien los teatros, porque no conocían nada más; y se discutió sobre las virtudes y defectos de los actores y actrices: el jovencito dominaba este campo y se mostró muy locuaz al respecto. Pero, mientras tanto, cuál no fue mi angustia, y diría aún más, mi indignación, cuando descubrí, por alguna palabra que escuché casualmente, que ¡madame Duval entretenía al señor Branghton con los detalles más secretos y crueles de mi situación!

Inmediatamente esta conversación llamó la atención de la hija mayor; la pequeña y el varón mantenían sus puestos, con la intención, creo, de distraerme aunque eran ellos quienes monopolizaban el coloquio.

Después de algunos minutos, la señorita Branghton, acercándose repentinamente a su hermana exclamó:

—¡Por Dios, Polly, figúrate! ¡La señorita no ha visto jamás a su padre!

—¡Jesús, qué extraño! —rebatió la otra—. Pero entonces, señorita, supongo que no lo reconocería.

Esto fue demasiado para mí; me levanté con vehemencia y salí corriendo de la estancia, pero me arrepentí al instante de no haberme controlado porque las dos hermanas me siguieron e insistieron en consolarme sin escuchar mis ardientes súplicas de que me dejaran en paz.

Apenas regresé al grupo, *madame* Duval preguntó:

—Bueno, querida mía, ¿qué te ha sucedido? ¿Por qué echaste a correr de ese modo?

La pregunta casi me hizo escapar de nuevo, porque no sabía qué responder. Pero ¿no es extraño que sea ella misma quien me coloca en situaciones tan violentas y después se maraville de mi sensibilidad?

El joven Branghton me preguntó si había visto la torre o la iglesia de St. Paul. Y ante mi respuesta negativa propuso que nos acercáramos todos juntos para enseñármela. También se interesó por saber si había visto *algo que se pareciera a una ópera*. Respondí que sí.

—Y bien —dijo el señor Branghton—. Pues yo en mi vida he visto una, y eso que siempre he vivido en Londres, y no tengo intención de hacerlo aunque viva cien años más.

—Por Dios, padre —exclamó la señorita Polly—. Y ¿por qué no? Podría usted hacerlo aunque fuera una sola vez, simplemente por curiosidad; además la señorita Pomfret ha visto una y me ha dicho que le gustó mucho.

—La señorita pensará que somos muy vulgares —dijo la señorita Branghton—. Vivir en Londres y no haber asistido jamás a la ópera; pero no es mi culpa, se lo aseguro señorita, es que a mi padre no le gusta.

La consecuencia fue la propuesta de formar un grupo —propuesta que fue aceptada— para una próxima ocasión. Yo no me atreví a oponerme, pero sí les informé de que mi tiempo, durante el tiempo que permaneciera en Londres, estaba a disposición de la señora Mirvan. En cualquier caso, no tengo intención de acompañarles si puedo evitarlo.

No tengo el menor deseo de conocer a más parientes si se parecen a los que ya he conocido.

## CARTA XVIII

### *Evelina continúa*

**E**sta mañana, apenas había terminado mi carta cuando llamaron violentamente a mi puerta y me hicieron bajar corriendo, y ¿a quién piensa que me encontré en el salón...? ¡A *lord Orville*!

Estaba solo porque la familia aún no se había reunido para el desayuno. Se interesó primero por mi salud y luego por la de la señora y la señorita Mirvan con una ansiedad que me sorprendió mucho hasta que me explicó que le acababan de informar del accidente que habíamos sufrido en Ranelagh. Expresó su pesar con la mayor amabilidad y se lamentó de no haber tenido la fortuna de saberlo a tiempo para ofrecer su ayuda.

—Pero creo —añadió— que *sir Clement Willoughby* tuvo el honor de asistirles, ¿no es cierto?

—Estaba con el capitán, señor.

—Escuché que formaba parte de su grupo.

Espero que aquel hombre frívolo no le haya dicho a *lord Orville* que sólo me ayudó a mí. Pero él no continuó con el tema, sin embargo dijo:

—Espero que este incidente, aunque extremadamente infausto, no le haya impresionado hasta el punto de no honrar a Ranelagh con su presencia en el futuro.

—El tiempo de nuestra estancia en Londres, muy señor mío, está por concluir.

—¡De veras! ¿Partirá usted tan pronto?

—Oh, sí, mi señor. Nuestra permanencia aquí ya ha superado nuestras intenciones.

—¿Prefiere entonces el campo?

—Hemos venido a la ciudad, mi señor, sólo para reunirnos con el capitán Mirvan.

—¿Y la señorita Anville no muestra preocupación alguna ante la idea de que su ausencia pueda provocar una gran aflicción en ciertas personas?

—Oh, muy señor mío... estoy segura de que no pensará usted...

Me reprimí porque, en efecto, casi no entendía lo que pretendía decir. Supongo que mi estúpido embarazo fue el origen de cuanto sucedió a continuación porque él se aproximó a mí y, tomándome la mano, dijo:

—Estoy convencido de que cualquiera que vea a la señorita Anville una vez, ya no puede olvidarla.

Este cumplido —y más viniendo de *lord Orville*— me sorprendió tanto que quedé sin habla, pero noté que me ruborizaba y por un momento permanecí en silencio y con la mirada baja; sin embargo, al instante recordé mi situación, retiré la mano y le



dije que iba a ver si la señorita Mirvan estaba ya vestida. Él no opuso resistencia y me fui.

Les encontré a todos en la escalera y regresé junto a ellos para tomar el desayuno.

Desde aquel momento estoy enfadada conmigo misma por haber perdido una excelente oportunidad de disculparme por mi comportamiento en el *ridotto*; pero a decir verdad, aquella aventura no me vino a la cabeza durante el breve *tête à tête* que tuvimos. Pero si alguna vez me volviera a encontrar en la misma situación, sin duda le hablaré de ello, porque estoy preocupadísima ante la idea de que pueda pensar que soy una descarada o impertinente y casi me inmolaría por haberle creado aunque sea sólo la sombra de un motivo que le haga tener una opinión tan turbia de mí.

¿Pero no es extraño que me haya hecho un cumplido igual? De él no me lo hubiera esperado..., pero creo que la galantería es innata en todos los hombres, cualquiera que sea su calidad individual.

El desayuno fue la comida más agradable —si se puede llamar comida— desde que llegamos a la ciudad. Es más, si no hubiera sido por *madame Duval*, Londres me gustaría muchísimo.

La conversación de *lord Orville* es realmente deliciosa. Sus modos son tan elegantes, gentiles y modestos, que al momento se gana la estima y la complacencia general. Lejos de estar indolentemente satisfecho de sus propias virtudes, como —he observado— muchos hombres lo están, carece de cualquier arrogancia respecto a su rango, es asiduamente solícito en complacer y servir a todas las personas que se encuentren en su compañía, y aunque su éxito es constante, no muestra ni tan siquiera una pizca de vanidad.

Quisiera, queridísimo señor, que conociera usted a *lord Orville* porque estoy segura de que le gustaría, y porque este deseo no me lo ha inspirado ninguna otra persona que haya conocido desde que llegué a Londres. A veces imagino que, cuando pase su etapa de juventud, se aplacará su jovialidad y dedicará su vida a favorecer al resto, quizá se asemeje a aquel que tanto amo y respeto. Su dulzura, educación y timidez actuales prometen para el futuro la misma benevolencia, dignidad y bondad. Pero no debo dilatarme sobre este tema.

Cuando se marchó *lord Orville* —su visita fue muy breve— comencé a prepararme con gran reticencia para ir a reunirme con *madame Duval*, pero la señora Mirvan le propuso al capitán que la invitara a cenar en Queen Ann Street, a lo cual él accedió prontamente porque dijo que quería preguntarle por su *negligé* de Lyon.

La invitación fue aceptada y la esperamos de un momento a otro. Pero para mí es muy extraño que una mujer que es dueña absoluta de su propio tiempo, de su propio patrimonio y de sus propios actos, se exponga voluntariamente a la brutalidad de un hombre que ha decidido abiertamente hacer de ella su propio bufón. Pero esa mujer tiene pocas amistades e imagino que no sabrá cómo emplear su tiempo.

Me siento en deuda con la señora Mirvan, que ocupa sus horas de un modo tan desagradable para ella con el único propósito de favorecer mi felicidad. Cada

discusión en la que se embarca su inmerecido marido le provoca sufrimiento e inquietud; estoy tan convencida de ello, que hasta le pedí que no enviara la invitación a *madame* Duval, pero ella declaró que no podía tolerar que, mientras yo estuviera en la ciudad, trascurriese todo mi tiempo únicamente con ella. Es tan infinitamente bondadosa que podría jurar que es hija suya.

## CARTA XIX

### *Evelina continúa*

16 de abril, mañana del sábado

**E**sta mañana, *Madame Duval* vino acompañada de *monsieur Du Bois*. Me sorprende que haya querido imponerlo en un lugar donde su presencia es tan poco apreciada y, ciertamente, es extraño que estén siempre juntos, aunque creo que no me hubiera percatado de ello si el capitán no estuviera siempre bromeando refiriéndose a él como *el figurín de la abuela*.

Fueron ambos recibidos por la señora Mirvan con su habitual cortesía, mientras que el capitán, de modo muy irritante, la atacó inmediatamente diciendo:

—Vamos, señora, usted que ha vivido en el extranjero, por favor, respóndame a esto: ¿qué prefiere usted, la *acogedora estancia* de Ranelagh, o el *baño frío* que tomó después? Aunque, se lo aseguro, tiene usted tan buen aspecto que casi le aconsejaría que se diera otra zambullida.



—*Ma foi*, señor —respondió ella—, nadie le ha pedido consejo, así que puede guardárselo para usted; además, aunque no lo crea, no es en absoluto una broma de buen gusto, y más cuando sabe que terminé completamente desaliñada, con un fuerte resfriado y con todas mis pertenencias arruinadas.

—¡Desaliñada, dice! Más bien *aliñada*, diría yo. Venga, no menosprecie su hazaña: nunca se debe arruinar una hermosa historia. ¿Se da cuenta de que no le quedó ni un hilo seco de sus ropajes? ¡Por Jorge, no puedo recordarla sin estallar de risa! ¡Una pobre *damisela* tan miserable, sucia y descuidada! ¡Y el pobre *monsieur* Francia, aquí, como un perrito faldero...!

—Bueno, tan horrible era nuestra situación como pérfido fue usted al no habernos auxiliado, puesto que sabía perfectamente dónde nos encontrábamos, ya que estoy segura de que mientras me hallaba hundida en el fango escuché sus risotadas. Así que muy probablemente haya sido usted quien nos tiró, porque *monsieur* Du Bois dice haber recibido un fuerte empujón, de lo contrario no hubiera caído.

El capitán rió de un modo tan escandaloso que me hizo sospechar que no era totalmente inocente de aquella acusación. Pero lo negó rotundamente.

—Y entonces, ¿por qué —continuó ella— si fue así, no acudió en nuestra ayuda?

—¿Quién, yo...? ¿Acaso pensaba que no recordaría que soy un *inglés*, un sucio y salvaje *inglés*?

—Muy bien, señor, muy bien: fui una tonta al esperarme otra cosa de usted, porque está exactamente en línea con el resto. Recuerde que ya quiso tirarme por la ventanilla del carruaje en nuestro primer encuentro; pero no volveré jamás a Ranelagh con usted, sobre esto no tengo duda, porque creo que si hubiera sido arrollada por caballos mientras yacía hundida en el barro, no habría movido un dedo para salvarme.

—¡Por Dios, no; de veras que no, señora, por nada del mundo! Soy muy consciente de su opinión sobre este país como para ofenderla pensando que un francés solicitaría mi ayuda para protegerle. ¿Acaso piensa que aquel *monsieur* y yo nos intercambiaríamos la personalidad y que mientras él la empujaba al barro yo la socorrería? ¡Ja, ja, ja!

—Oh, muy bien señor, puede continuar riendo, es tan propio de usted..., y sin embargo, si el pobre *monsieur* Du Bois no hubiera sufrido aquel percance, no hubiera necesitado el auxilio de nadie.

—Oh, le prometo señora, que jamás le concederé el mío; sabía muy bien cuál era mi sitio; y en cuanto al hecho de que se haya dado un chapuzón, o como lo quiera usted llamar, pues bien, es algo que les concierne únicamente a usted y al *monsieur*, no es cosa mía.

—¿Y entonces? ¿Pretende hacerme creer que *monsieur* Du Bois me jugó esa mala pasada a propósito?

—¡A propósito! Sí, por supuesto. ¿Quién lo duda? ¿Acaso cree usted que un francés jamás da un paso en falso? Si se tratara de un zafio *inglés*, en efecto, hubiera podido ser accidental: pero ¿qué sentido tienen todos aquellos brincos y cabriolas junto al maestro de baile, si ni siquiera consiguen mantener el equilibrio?

En medio de esta conversación hizo su aparición *sir* Clement Willoughby. Cada vez que entra en casa, finge la desenvoltura propia de una antigua amistad y es precisamente esta *naturalidad*, que a mí me deja atónita, la que encandila al capitán. En verdad, parece que consigue complacer todos los caprichos de ese señor.

Tras recibirlo cordialmente, dijo:

—Ha llegado justo a tiempo, mi querido muchacho, para moderar en la pequeña discusión que tenemos esta dama y yo; debe saber que ha intentado persuadirme de la idea de que no le ha gustado en absoluto el chapuzón que se dio la otra noche gracias al *monsieur*.

—Confiaba —respondió *sir* Clement con la máxima seriedad— en que la amistad existente entre esta señora y aquel caballero les habría salvaguardado de cualquier acción recíprocamente desagradable; pero quizá no habían discutido sobre ello con anterioridad; en tal caso, el caballero, debo reconocerlo, parece ser culpable de negligencia ya que, según mi modesta opinión, era su deber informarse previamente,

antes de dejarla caer, si la señora prefería terreno blando o duro.

—Oh, muy bien, señores, muy bien —exclamó *madame* Duval—, pueden intentar cuanto deseen meter cizaña entre nosotros; pero no soy tan crédula para dejarme engañar tan fácilmente, así que pueden dejar el asunto porque me he dado cuenta de sus intenciones.

*Monsieur* Du Bois, que apenas podía seguir el curso de la conversación, abogó por su causa en francés con gran solemnidad: esperaba, dijo, que los presentes hubieran al menos reconocido que no procedía de un país de bárbaros y que, por consiguiente, ofender voluntariamente a una dama para él era absolutamente imposible; y que, más bien, intentado, como era su deber, salvarla y protegerla, había sufrido a su vez un daño que había evitado referir, pero de cuyos efectos negativos se resentiría durante muchos meses; y luego, con un rostro exageradamente triste, añadió que esperaba que no fuera juzgado con prejuicio nacional dado que, por lo que recordaba, sufrió la desgraciada caída a consecuencia de un repentino y violento empujón y que, si bien se sentía turbado ante la acusación que estaba a punto de pronunciar, dicho empujón le fue propinado por una persona malvada con el propósito de hacerle daño, aunque no tenía intención de averiguar si ésta lo hizo simplemente para mortificarlo, induciéndole a dejar caer a la señora, o simplemente para arruinarle el vestido.

La señora Mirvan puso fin a la discusión proponiendo que asistiéramos todos al museo de Cox<sup>[24]</sup>. La aceptación fue unánime e inmediatamente se mandó llamar a los coches.

Mientras bajaba las escaleras, *madame* Duval, muy acalorada dijo:

—¡*Ma foi*, daría cincuenta guineas sólo por saber quién dio el empujón!

El museo es maravilloso y absolutamente soberbio; y sin embargo no me provocó un gran placer pues no es más que una sencilla exposición, por muy maravillosa que sea.

*Sir* Clement Willoughby, durante el paseo por la sala, me preguntó mi opinión sobre aquel brillante *espectáculo*.

—Es muy bonito y bastante ingenioso —respondí—, sin embargo..., no sé por qué..., pero me parece que le falta algo.

—¡Excelente respuesta! —exclamó—. Ha definido usted exactamente mi sentir, aunque de un modo que yo jamás hubiera sabido expresar. Pero estaba convencido de que su gusto sería demasiado exigente como para ser satisfecho a expensas de la inteligencia.

—¡*Pardie* —incredó *madame* Duval—, ustedes dos son difíciles de contentar! Si no les gusta esto, no les gustará nada porque es el espectáculo más grandioso, hermoso y exquisito que haya visto jamás aquí en Inglaterra.

—Vamos —comentó el capitán con despectiva sonrisa—, supongo que coincide con su gusto francés. Es bastante probable, porque es una gran memez. Pero le ruego, amigo —dirigiéndose a la persona que describía los mecanismos—, ¿puede

explicarme la utilidad de todo esto? Porque no soy adivino para descubrirlo.

—¡Utilidad, de verdad! —repitió *madame* Duval con desdén—. ¡Jesús, si todo en esta vida tuviera que tener una utilidad...!

—Vamos, señor, en cuanto a esto, señor —respondió nuestro guía—, la habilidad del mecanismo..., la belleza de la manufactura..., la..., indudablemente señor, una persona con gusto puede entender fácilmente la utilidad de estas extraordinarias prestaciones.

—Y entonces, señor —contestó el capitán—, para usted una persona con gusto debe ser un petimetre o un francés, aunque en este caso es lo mismo.

Justo en aquel momento llamó nuestra atención una piña que, abriéndose repentinamente, reveló un nido de pájaros que inmediatamente rompieron a cantar.

—¡Bueno —exclamó *madame* Duval—, éste es el objeto más bonito! He de decir que jamás he visto, en todos mis viajes, nada tan elegante.

—Escuche, amigo —dijo el capitán—, ¿no tendrá otra piña?

—¿Señor...?

—Porque, señor, si es así, tendrá que dársela sin pájaros porque, figúrese, yo no soy francés y me gustaría algo un poco más sustancioso.

Esta diversión concluyó con un concierto de música mecánica: no consigo explicarme de qué modo lo hacían, pero el resultado era muy agradable. *Madame* Duval estaba en éxtasis y el capitán comenzó a realizar todo tipo de muecas ridículas, imitándola, atrayendo así la atención de todos los presentes. A mitad de la ejecución del *Himno de la coronación*<sup>[25]</sup>, mientras *madame* Duval aplaudía al compás de la melodía y se prodigaba en halagos, pidió a viva voz un frasco de sales que una señora, temiendo que se tratara de un síncope, le ofreció amablemente y que el capitán le aplicó inmediatamente en la nariz a la pobre *madame* Duval. La mujer aspiró involuntariamente tal cantidad de sales que el dolor y la sorpresa hicieron que lanzara un grito ensordecedor. Cuando se recuperó, se lo reprochó al capitán con su habitual vehemencia, pero él declaró haber tomado aquella iniciativa simplemente por amistad, ya que creyó, a juzgar por sus aspavientos en pleno éxtasis, que estaba a punto de sufrir un ataque de histeria. Dicha justificación no la aplacó en absoluto, y continuaron discutiendo violentamente; pero el único efecto que su rabia ocasionó en el capitán fue el de acrecentar su diversión. Ciertamente, se ríe y habla en público de modo tan escandaloso que a menudo consigue que nos avergoncemos de estar en su compañía.

A pesar de su rabia, *madame* Duval no tuvo escrúpulos en volver a Queen Ann Street para cenar. La señora Mirvan había reservado localidades para la representación del Drury Lane Theatre y, aun incomodándole su compañía, invitó amablemente a *madame* Duval a que se uniera al grupo. Pero ésta tenía un fuerte constipado y prefirió recuperarse. Lamenté su indisposición pero no me disgustó su ausencia porque es..., no debería decirlo..., pero es muy distinta a los demás.

## CARTA XX

### *Evelina continúa*

**L**os asientos estaban en la primera fila de un palco lateral. *Sir Clement Willoughby*, que conocía nuestras intenciones, estaba a la entrada del teatro y nos ayudó a bajar de los carruajes.

No habían pasado ni cinco minutos desde que ocupamos nuestras localidades, cuando *lord Orville*, al que habíamos visto en el palco proscenio<sup>[26]</sup>, se acercó a nosotros honrándonos con su compañía durante toda la velada. La señorita *Mirvan* y yo estábamos muy contentas por la ausencia de *madame Duval*, ya que esperábamos disfrutar de la conversación sin las interrupciones ocasionadas por sus disputas con el capitán; pero pronto descubrí que su presencia no habría cambiado mucho la situación porque tenía tan pocas ganas de hablar que ni siquiera sabía dónde posar mi mirada.

La comedia representada era *Love for Love*<sup>[27]</sup> y a pesar de tener una trama ingeniosa y divertida, espero no volver a verla jamás porque es tan extremadamente indiscreta —por decirlo de un modo elegante— que la señorita *Mirvan* y yo no hicimos más que ruborizarnos sin atrevernos a hacer observación alguna o a escuchar las de los demás. Este hecho es aún más clamoroso porque *lord Orville* estaba de excelente humor y bastante ocurrente.

Cuando concluyó la comedia, me ilusioné con la idea de poder mirar en torno a mí con menor recato, dado que teníamos intención de quedarnos a escuchar la farsa<sup>[28]</sup>, pero apenas se cerró el telón se abrió la puerta del palco y entró el señor *Lovel*, el hombre cuya vanidad e impertinencia me atormentaron en el baile donde conocí a *lord Orville*.





Volví la cabeza hacia otro lado y comencé a charlar con la señorita Mirvan porque quería evitar hablar con él..., pero en vano, porque después de saludar a *lord Orville* y a *sir Clement Willoughby* —quienes le saludaron a su vez con gran frialdad— alargó su cuello y me dijo:

—Espero, señora, que haya gozado de buena salud desde que tuve el honor... Pido mil perdones, estaba a punto de decir..., el honor de bailar con usted..., pero quiero decir, el honor de haberla visto bailar.

Hablaba con una autocomplacencia que me hizo sospechar que se había preparado el discurso como represalia por mi conducta en el baile. Así que incliné ligeramente la cabeza, pero no respondí.

Tras un breve silencio llamó de nuevo mi atención diciendo de un modo descarado e indiferente:

—Creo, señora, que no había estado nunca antes en la ciudad, ¿verdad?

—No, señor.

—Lo imaginaba. Indudablemente, señora, todo debe ser absolutamente nuevo para usted. Nuestras costumbres, nuestras maneras y *les etiquettes des nous autres*

bien poco tendrán que ver con aquello a lo que usted estaba habituada. Imagino, señora, que su apartada residencia se encuentra a no poca distancia de la ciudad, ¿verdad?

Quedé tan desconcertada ante ese discurso tan peyorativo que no fui capaz de pronunciar palabra aun sabiendo que mi turbación le complacía y alentaba.

—Confío en que el aire que aquí respiramos —continuó con gran presunción—, bien distinto de aquél al que está usted acostumbrada, no sea nocivo para su salud.

—Señor Lovel —dijo *lord* Orville—, debería tener usted más ojo para realizar según qué preguntas.

—Oh, muy señor mío —respondió aquél— si la salud fuera la única causa del sonrosado tono de piel de una señora, mi ojo, le garantizo, hubiera resultado infalible desde la primera mirada, pero...

—Vamos, vamos —exclamó la señora Mirvan—, debo implorarle que no haga insinuaciones de ese género. El color de la señorita Anville, como testimonia el éxito de sus esfuerzos, puede perfectamente intensificarse..., pero le aseguro que hacerla palidecer está por encima de sus capacidades.

—Palabra de honor, señora —rebatió él—. Me juzga injustamente; no pretendía insinuar que el *rouge* de la dama sea únicamente un sucedáneo de la salud; sé muy bien que son muchos los motivos que determinan el tono de una señora, como puede ser el rubor, la rabia..., *la mauvaise honte*... y tantos otros, que jamás osaría decidir cuál puede ser la verdadera causa.

—Esas causas —exclamó el capitán— pueden deberse a las personas que se frecuenta.

—Muy cierto, capitán —dijo *sir* Clement—. El tono de la piel no tiene nada que ver con los arrebatos ocasionales de pasión, ni con causas naturales.

—No es verdad —rebatió el capitán—, porque fíjese en mí: en este momento tengo el aspecto de un ser humano normal y corriente y sin embargo, si provocara en mí un acceso de cólera, por Dios que me vería usted enrojecer de tal modo, que ni una pintura de Jezabel estaría tan colorada.

—Pero —dijo *lord* Orville— es muy fácil distinguir un tono natural de uno artificial: el natural tiene muchos y variados matices; el artificial es fijo y uniforme; le falta esa espontaneidad, ese esplendor tan indescriptible que, desde el mismo momento en que lo veo, supera completamente mi capacidad de expresión.

—Su señoría —dijo *sir* Clement— es universalmente reconocido como un gran *connoisseur* de la belleza.

—Y usted, *sir* Clement —rebatió él—, como un entusiasta de ella.

—Me enorgullece admitirlo —exclamó *sir* Clement—. En esta situación y en lo que se refiere a estos asuntos, el entusiasmo es la simple consecuencia de no estar ciego.

—Por favor, denle una tregua a tanta adulación —exclamó el capitán—. Las mujeres son ya bastante vanidosas; no es necesario envanecerlas aún más.

—Debemos acatar las órdenes del comandante —dijo *sir* Clement—, así que abordemos otro asunto. Díganme, ¿se han divertido con la comedia?

—La falta de diversión —respondió la señora Mirvan— es el menor defecto; hay muchas cosas que desapruero y que me gustaría que eliminaran.

—Me atrevo a responder en nombre de las señoras —dijo *lord* Orville—, porque estoy seguro de que no es una comedia que goce de su aprobación.

—¡Bueno, supongo que no es lo bastante sentimental! —exclamó el capitán—. Al contrario, es demasiado buena para ellas porque tengo que decir que es una de las mejores comedias, en cuanto al lenguaje se refiere, y que tiene más ingenio en una sola escena que todas las demás nuevas comedias juntas.

—Por mi parte —dijo el señor Lovel—, confieso que no presté demasiada atención a los actores; uno está tan ocupado mirando a su alrededor intentando encontrar algún conocido, que realmente no queda tiempo para preocuparse por el escenario. Por favor... —fijando la mirada con gran afectación en el anillo de diamantes que llevaba en el meñique—, por favor, ¿cuál es la comedia de esta noche?

—Vamos, ¡qué diablos! —exclamó el capitán—, ¿viene usted al teatro sin saber qué obra se representa?

—Oh sí, señor, sí, muchas veces. No tengo tiempo de leer la cartelera: al teatro se viene únicamente para encontrarse con las amistades y para dar señales de vida.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Así que —contestó el capitán— dar señales de vida le cuesta a usted cinco chelines por noche! Bueno, a fe mía que mis amigos ya pueden pensar que estoy muerto y enterrado antes de obligarme a asumir ese gasto por su cara bonita. En cualquier caso, créame: le encontrarán rápidamente siempre y cuando tenga algo que ofrecerles. ¿Así que lleva aquí todo este tiempo sin saber qué comedia se escenifica?

—Bueno, señor, una comedia requiere tal concentración... Si se presta atención es casi imposible permanecer despierto: en verdad, cuando se hace de noche, está uno tan cansado por la cena..., el vino..., la Cámara<sup>[29]</sup>..., el estudio..., que es completamente imposible. Pero, ahora que lo pienso, creo que tengo un pasquín en el bolsillo: oh, sí, aquí está... *Love for Love*, es verdad; ¿cómo he podido ser tan estúpido?

—Oh, eso es muy fácil, se lo garantizo —respondió el capitán—, pero ¡por mi alma que ésta es una de las mejores ocurrencias que he escuchado en mi vida! ¡Venir al teatro y no saber qué comedia dan! ¿No hubiera descubierto, entonces, si le habían embaucado con un chirrido de violines o con una obra lírica? ¡Ja, ja, ja! ¡Pero cómo, yo pensaba que había reparado en un tal señor Tattle, un personaje de la comedia!

Este comentario mordaz, que suscitó una sonrisa general, hizo que se ruborizara; pero, dirigiéndose al capitán con aires de suficiencia que hacía suponer una pronta respuesta, dijo:

—Señor, me permite la licencia de preguntar... ¿qué piensa usted del señor Ben<sup>[30]</sup>, otro de los personajes de la comedia?

El capitán, mirándolo con el más absoluto de los desprecios, respondió a gritos:

—¿Qué pienso de él?... Pues, ¡pienso que es un hombre!

Y después, mirándole fijamente a los ojos, dio un bastonazo en el suelo con tal violencia que le provocó un sobresalto. Sin embargo, trató de disimularlo: después de morderse las uñas durante un rato, presa de un evidente embarazo, se volvió rápidamente hacia mí y con un tono despectivo, dijo:

—Quien realmente me ha impresionado es la joven campesina, la señorita Prue<sup>[31]</sup>; dígame, por favor, ¿qué piensa usted de ella?

—De veras, señor —exclamé muy enojada—, pienso..., quiero decir, no pienso nada.

—¡Bueno, señora, me sorprende usted!... *Mais apparemment ce n'est qu'une façon à parler?*..., aunque debería pedirle disculpas porque probablemente no habla usted francés, ¿cierto?

No respondí porque su mala educación me pareció intolerable; pero *sir* Clement dijo con gran vehemencia:

—Me sorprende que pueda usted pensar que un papel como el de la señorita Prue pueda llamar ni por un minuto la atención de la señorita Anville.

—¡Oh, señor —rebatí el figurín—, es el personaje protagonista de la comedia!... ¡Está tan bien dibujada..., es tan real! ¡Una verdadera educación campestre..., qué rústica ignorancia! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Por mi honor que es una interpretación realmente admirable!

Sentí casi ganas de llorar por aquella impertinencia y sin embargo, por muy enojada que estuviera, no podía ver juntos a *lord* Orville y a aquel hombre y no sentir pesar por la irritación que yo misma había suscitado.

—El único personaje de la comedia —dijo *lord* Orville— que merece la pena mencionar delante de estas señoras es Angelica.

—Angelica —exclamó *sir* Clement— es una muchacha noble; pone severamente a prueba a su enamorado, pero le premia con generosidad.

—Y sin embargo es un tormento tan largo —dijo la señorita Mirvan—. Parece tener demasiada conciencia de su propio poder.

—Dado que mi opinión tiene la aprobación de la señora Mirvan —añadió *lord* Orville—, me aventuraré a decir que Angelica concede su propia mano con el aire propio de una benefactora más que con la ternura de una amante. La generosidad carente de delicadeza, como la vivacidad carente de juicio, suelen provocar sufrimiento y placer a partes iguales. La incertidumbre en la cual tiene a Valentine y su modo de burlarse de su carácter no da una buena impresión del suyo propio.

—Está bien, muy señor mío —dijo el señor Lovel—. Pero hay que reconocer que, hoy por hoy, no es precisamente la incertidumbre la última moda entre nuestras damas; no, en efecto creo que dicen..., aunque, para ser sincero... —tomando una pizca de tabaco—, espero que no sea cierto..., pero dicen que ahora somos nosotros más tímidos y recatados que ellas.

En aquel momento se abrió el telón interrumpiendo la conversación. El señor Lovel, entendiendo que preferíamos prestar atención a los actores, abandonó el palco. ¡Es muy curioso, señor, que este hombre, no contento con la vanidad y estupidez que posee por naturaleza, considere oportuno fingir que posee aún más! Porque lo que ha dicho del señor Tattle o de la señorita Prue me ha convencido de que en realidad sí había prestado interés a la comedia, pero es tan ridículo y estúpido que finge su ignorancia.

¡Pero qué malvado e impertinente es este individuo hablándome de ese modo! Verdaderamente espero no volver a verlo nunca más. Si jamás me hubiera dirigido la palabra le habría despreciado cordialmente considerándole un simple petimetre; pero ahora que está resentido por mis presuntas ofensas, me da realmente miedo.

El entreacto era *The Deuce Is in Him*<sup>[32]</sup>, al que *lord Orville* definió como la *petite pièce* más perfecta y elegante que jamás se haya escrito en lengua inglesa.

De camino a casa la señora Mirvan suscitó en mí no poca consternación al decirme que era evidente, por el resentimiento que el señor Lovel siente por mi conducta, que podría considerarla una provocación lo suficientemente grave para retar a un duelo si su coraje estuviera a la altura de su cólera.

La simple idea me aterroriza. ¡Dios mío! ¡Que un hombre tan insignificante y frívolo pueda llegar a ser tan vengativo! En cualquier caso, si su coraje pudiera inducirlo a enfrentarse a *lord Orville*, ¡cuánto me alegro de que su cobardía haga que se dé por satisfecho desahogando su mal humor conmigo! Pero pronto abandonaremos la ciudad y espero no verlo nunca más.

Es un consuelo para mí saber por boca de la señora Mirvan que, mientras él me hablaba con aquella prepotencia, *lord Orville* lo miraba con gran indignación.

En realidad pienso que tendría que haber un reglamento sobre los usos y costumbres *à la mode*, que se debería regalar a todas las muchachas en el momento de su presentación en sociedad.

Esta noche vamos a la ópera y espero divertirme mucho. Iremos los mismos que al teatro porque *lord Orville* ha dicho que estaría allí y que nos buscaría.

## CARTA XXI

### *Evelina continúa*

**N**ecesitaría un volumen entero para relatar todas las aventuras de ayer. Por la tarde —en Berry Hill habría dicho por la noche porque eran casi las seis—, mientras la señorita Mirvan y yo estábamos arreglándonos para la ópera y estábamos muy alegres gozando con la excelente noche que nos prometíamos, oímos que un carruaje se detenía ante la puerta y dedujimos que era *sir* Clement Willoughby, que con su diligencia habitual había venido para acompañarnos a Haymarket. Pero tras algunos instantes y para nuestra sorpresa vimos abrirse la puerta de nuestro dormitorio y a las dos señoritas Branghton entrar en la habitación. Se acercaron con gran familiaridad diciendo:

—¿Cómo estás, prima?... ¡Así que te hemos pillado delante del espejo!... ¡Esto tenemos que contárselo a nuestro hermano!



La señorita Mirvan, que no las había visto en su vida y, al principio, no se imaginaba quiénes eran, parecía tan aturdida que casi me hizo reír cuando la mayor dijo:

—Hemos venido para llevarla a la ópera, señorita. Mi padre y mi hermano esperan abajo y, de camino, tenemos que recoger a nuestra abuela.

—Lamento mucho —respondí— que se hayan tomado tantas molestias, pero ya estoy comprometida.

—¡Comprometida! ¡Jesús, señorita, no se preocupe! —exclamó la menor—, seguramente esta joven dama pedirá las oportunas disculpas en su nombre. Es muy simple, uno debe comportarse como le gustaría que se comportaran con uno mismo.

—En realidad, señora —dijo la señorita Mirvan—, también a mí me disgusta que se me prive esta noche de la compañía de la señorita Anville.

—Bueno, señorita, esto no es muy generoso por su parte —respondió la señorita Branghton—, considerando que únicamente lo hacemos para complacer a nuestra prima. Nosotras no obtenemos ningún provecho; es sólo por ella y usted no se imagina cuántas vueltas hemos dado para venir a buscarla.

—Se lo agradezco mucho —respondí— y lamento que hayan perdido tanto tiempo, pero no puedo hacer nada, porque me comprometí antes de saber que ustedes vendrían.

—Jesús, ¿qué quiere decir? —insistió la señorita Polly—. No es usted una vieja solterona para andarse con tantas formalidades: además, estoy segura de que las personas con las cuales se ha comprometido no tienen un parentesco tan estrecho como el nuestro.

—Le ruego no continúe apremiándome porque no está en mi mano el poder acompañarles.

—Vamos, hemos venido para eso desde la otra punta de la ciudad; además, su abuela la espera... y, dígame, ¿qué quiere que le digamos?

—Pueden decirle que lo lamento mucho..., pero que ya tengo un compromiso anterior.

—Y ¿con quién? —quiso saber la insolente señorita Branghton.

—Con la señora Mirvan... y varias personas más.

—Y dígame, por favor, ¿qué es eso tan importante que tiene que hacer con ellos para negarse a venir con nosotros?

—Vamos a... a la ópera.

—Oh, pobre de mí, ¿eso es todo? ¿Por qué no podemos ir todos juntos?

Me quedé totalmente desconcertada ante semejante descaro e ignorancia, aunque su mala educación hizo que me resultase menos penoso rechazar su propuesta. En efecto, iban vestidas de tal modo que resultaba imposible su plan de acompañarnos aun en el caso de que ése fuera mi deseo y, dado que no eran capaces de darse cuenta por sí mismas, me vi obligada a decírselo del modo menos humillante que encontré.

Se mostraron muy disgustadas y me preguntaron qué localidades habíamos reservado.

—En la platea —respondí.

—¡En la platea! —repitió la señorita Branghton—. Bueno, realmente debo admitir que jamás habría pensado que mi vestido no fuera el adecuado para una platea, pero ven, Polly, vámonos. Si la señorita no nos considera lo bastante distinguidas para ella, definitivamente puede elegir.

Sorprendida por su ignorancia, me habría gustado explicarles que la platea de la ópera exige el mismo protocolo que los palcos; pero estaban tan ofendidas que no quisieron escucharme y, muy enojadas, salieron de la habitación diciendo que sentían haberme molestado pero que no debería haberme comportado con tanta soberbia con mis propios parientes y que ellos tenían el mismo derecho a disfrutar de mi compañía tanto o más que un extraño.

Traté de disculparme e incluso intenté que le dieran un mensaje a *madame Duval*, pero se marcharon apresuradamente sin escucharme y yo no pude seguir las porque no estaba vestida. Las últimas palabras que les escuché pronunciar fueron éstas:

—Bah, le provocará a su abuela un acceso de cólera, esto es seguro.



Aunque estaba muy enfadada por aquella visita, me causó tal alegría ver que se marchaban que no me permití pensar más en ello.

Poco después llegó *sir* Clement y todos bajamos al piso inferior. La señora Mirvan había mandado servir el té y estábamos enfrascados en una vivaz conversación cuando el criado anunció a *madame* Duval que le había seguido hasta la sala.

Tenía el rostro escarlata y los ojos le brillaban por la furia. Se aproximó a mí con paso veloz diciendo:

—Y entonces, señorita, ¿se niega a venir conmigo, verdad? Y dígame, ¿quién se cree usted que es para osar desobedecerme?

Me asusté mucho. No respondí; intenté levantarme sin conseguirlo, así que permanecí sentada inmóvil y en silencio.

Todos, excepto la señorita Mirvan, parecían completamente estupefactos y el capitán, alzándose y acercándose a *madame* Duval, dijo con voz autoritaria:



—Y dígame, *señora Fanfarrona*, ¿quién la ha puesto tan furiosa?

—No le incumbe —respondió ella—, así que ya puede mantener la lengua quieta, porque le aseguro que no tengo que darle ninguna explicación.

—Entonces, fuera de aquí, *señora Cólera* —rebatío él—, porque debe usted saber que en mi casa no permito que nadie se exalte, salvo yo.

—Y sin embargo lo hará —exclamó ella con rabia—, porque me enojaré cuanto quiera sin pedirle a usted permiso para ello, de modo que deje de vanagloriarse. En cuanto a usted, señorita —avanzando de nuevo hacia mí—, le ordeno que me siga inmediatamente, de lo contrario se arrepentirá toda su vida.

Y con estas palabras abandonó precipitadamente la estancia.

Estaba tan aterrorizada por sus palabras y amenazas, a las que no estoy acostumbrada en absoluto, que me habría desmayado.

—No se alarme, tesoro mío —dijo la señora Mirvan—. Quédese aquí; yo iré a hablar con *madame Duval* e intentaré hacerla entrar en razón.

La señorita Mirvan cogió mi mano tiernamente e intentó animarme. Incluso *sir Clement* se acercó con tal aire de preocupación por mi angustia que no pude hacer menos que agradecersele. Tomándome la otra mano, dijo:

—Por amor de Dios, mi querida señora, procure serenarse; la violencia de esa miserable solamente debe provocar su desprecio; no tiene derecho alguno, imagino, de imponerle sus órdenes y me gustaría que me diera permiso para hablar con ella.

—¡Oh no! ¡Por nada del mundo! En efecto, creo..., temo... que será mejor que la siga.

—¡Seguir! Por Dios, mi querida señorita Anville, ¿se encomendaría a una loca? Porque ¿de qué otro modo puede definirse a una criatura cuyas pasiones son así de insolentes? No, no; mande inmediatamente que le digan que abandone esta casa y que no desea volver a verla nunca más.

—¡Oh, señor! ¡No sabe lo que dice! Sería muy contraproducente para mí enviarle semejante mensaje a *madame Duval*.

—Pero ¿por qué? —exclamó él mirándome con curiosidad—. ¿Por qué tiene tantos escrúpulos de tratarla como realmente se merece?

Entonces descubrí que su objetivo era averiguar la naturaleza de mi vínculo con aquella mujer; pero me daba tanta vergüenza reconocer el estrecho parentesco que me unía a ella que no pude responderle y simplemente me limité a suplicarle que lo dejara en manos de la señora Mirvan, que regresaba justo en ese momento.

Antes de que pudiera hablarme, el capitán dijo en voz alta:

—Y bien, comadre, ¿qué ha pasado con *madame Duval*? ¿Se ha calmado ya? Porque, de lo contrario, se me acaba de ocurrir un modo excelente de convencerla.

—Mi querida Evelina —respondió la señora Mirvan—. He intentado en vano serenarla; he aludido a tu compromiso anterior y le he prometido una futura visita, pero lamento tener que decirte, tesoro, que temo que su cólera terminará con una total ruptura (que pienso que es mejor evitar) si continuamos oponiéndonos.

—Entonces iré con ella, señora —exclamé—. Y de cualquier modo ahora ya no

me importa, porque por lo que se refiere a esta noche, no conseguiría encontrar el ánimo suficiente para divertirme en ninguna parte.

*Sir Clement* comenzó a lamentarse con vehemencia y a suplicarme que no fuera con ella, pero yo le imploré que desistiera y le dije, honestamente, que si mi presencia no era absolutamente indispensable, no quería que intentara persuadirme para que me quedara. Entonces tomó mi mano para acompañarme al piso inferior, pero el capitán le ordenó que se quedara tranquilo, y le dijo que me escoltaría él mismo, porque —añadió frotándose las manos— tengo un golpe bajo para la vieja que la tendrá en vilo todo el camino.

La encontramos en el salón.

—Por fin se digna a venir la señorita. ¡Vaya aires que se da usted!... *Ma foi*, si se hubiera negado a venir, podía haberse quedado ahí para siempre, se lo aseguro, mendigando por su error.

—¡Hey, señora! —exclamó el capitán (avanzando enérgicamente y de un modo hilarante)—. ¿Qué? ¿Aún no se ha apagado su furia? Entonces le diré yo lo que tiene que hacer para calmarse; llame a su viejo amigo, *monsieur Resbalón*, aquel que estaba con usted en Ranelagh, preséntele mis respetos y dígame que si algo le importa la salud de usted, que le dé una buena zambullida como la de aquella noche; él sabrá a qué me refiero y le garantizo que lo hará por mi amor.

—¡Que lo haga si se atreve! —exclamó *madame Duval*—. Pero no perderé ni un minuto más en contestarle; es usted un tipo muy vulgar... Vamos, niña, dejémosle solo.

—Escuche esto, señora —respondió el capitán—. Es mejor que no me insulte porque, de lo contrario, no tendré inconveniente en mostrarle la puerta.

A ella le cambió el color y dijo:

—*Pardie*, ya la encuentro yo sola.

Entonces se precipitó fuera de la habitación; yo la seguí y me subí en un carruaje de alquiler. Pero antes de partir, el capitán, mirando por la ventana del salón, gritó:

—¿Me escucha, señora?... No se olvide de mi mensaje para el *monsieur*.

Entenderá usted que el trayecto no fue muy agradable; en verdad, sería muy difícil juzgar cuál de las dos se mostraba menos contenta, *madame Duval* o yo, si bien los motivos de nuestro disgusto eran totalmente diferentes. *Madame Duval* me asustó porque apenas acabábamos de salir de Queen Ann Street cuando un hombre, corriendo velozmente, detuvo el coche. Se acercó a la ventanilla y entonces comprobé que se trataba del criado del capitán. Tenía una gran sonrisa dibujada en el rostro y jadeaba para recuperar el aliento. *Madame Duval* le preguntó qué quería.

—Señora —respondió él—. Mi patrón le manda sus respetos y... y... y dice que espera no tener más nada que ver con usted. ¡Je! ¡Je! ¡Je!...

*Madame Duval* se abalanzó hacia él propinándole un fuerte golpe en el rostro.

—Llévale esto como respuesta —gritó—. Y para otra vez, aprende a reírte de tus superiores. ¡Adelante, cochero!

El criado estaba enfurecido e imprecaba terriblemente, pero pronto estuvo fuera del alcance de nuestros oídos.

La cólera de *madame* Duval era más aterradora que nunca e insultaba al capitán con tanta ira que temí que regresara a la casa con el único propósito de reconvenirlo, ya que amenazó con ello repetidas veces, y creo que lo hubiera hecho si, a pesar de la violencia de su rabia, no estuviera realmente asustada.

Cuando llegamos a su apartamento encontramos a todos los Branghton en el vestíbulo, esperando impacientes con la puerta abierta.

—¡Miren, aquí está la señorita! —exclamó el hermano.

—Está bien, debo admitir que no me lo esperaba —declaró la hermana menor.

—¡Vamos, señorita! —dijo el señor Branghton—. Pienso que podría usted haber venido con sus primas; pagar dos carruajes por un mismo trayecto es tirar el dinero por la ventana.

—Por Dios, padre —exclamó el hijo—. No diga eso; yo mismo pagaré el carruaje de la señorita.

—Sí, cómo no —respondió el señor Branghton—. Tú siempre dispuesto a gastar más que a ganar.

En ese momento intervine implorando que se me permitiera a mí pagar el trayecto, dado que el gasto lo había ocasionado yo; todos se negaron y se decidió que el mismo carruaje nos llevara a la ópera.

Mientras se desarrollaba esta escena, las dos señoritas Branghton examinaban mi vestido que, en realidad, era totalmente inadecuado para aquella compañía y, ya que prefería pasar desapercibida en medio de aquella comitiva, le pregunté a *madame* Duval si podía procurarme un sombrero o una capota de alguna persona de la casa. Pero como ella nunca lleva ni lo uno ni lo otro y los considera accesorios muy ingleses y bárbaros, insistió en que fuera con aquella pomposidad, propia de la platea para la que realmente me había preparado, a pesar de mis objeciones.

Después nos apretujamos todos en el mismo carruaje, pero cuando llegamos a la ópera, me las ingeníé para pagar al cochero. Protestaron, pero el comentario del señor Branghton me había convencido de que era mejor no estar en deuda con él.

Si no hubiera estado tan enojada, me habría reído mucho con su ignorancia ante todo lo que concierne a la ópera. En primer lugar, ni siquiera sabían por qué puerta debíamos entrar, así que estuvimos merodeando un buen rato sin saber a dónde ir; no quisieron preguntármelo a mí, aunque era la única persona del grupo que ya había asistido a una ópera lírica, porque se negaban a aceptar que la prima del campo, como se complacían en llamarme, conociera un lugar público londinense mejor que ellos. Todo aquello me resultaba indiferente si no fuera porque mi vestido, tan diferente de las personas que me acompañaban, llamaba la atención y provocaba los comentarios de la gente.

Poco después llegamos a una puerta con vigilantes. El señor Branghton preguntó dónde se pagaba. Aquéllos respondieron que en la platea, mirándonos con gran

seriedad. Entonces, el hijo se adelantó y dijo:

—Señor, si no le molesta, me gustaría pagárselo a la señorita.

—Déjalo para otra ocasión —respondió el señor Branghton mientras sacaba una guinea.

Le dieron dos billetes de ingreso.

Entonces el señor Branghton se dirigió al vigilante preguntándole por qué le daba sólo dos billetes.

—¡Sólo dos, señor! —contestó el hombre—. ¡Vamos!, ¿no sabe usted que cada billete cuesta media guinea?

—¡Media guinea cada uno! —repitió el señor Branghton—. ¡No he escuchado nada igual en toda mi vida! Y, por favor, señor, dígame, ¿cuántas personas pueden entrar?

—Lo habitual señor, una persona por billete.

—¡Una persona media guinea!... Vamos, yo sólo quiero sentarme en la platea, amigo.

—¿No sería mejor que las señoras se sentaran en el gallinero, señor? Porque me parece complicado que quieran sentarse en la platea con esos sombreros.

—Oh, eso es lo de menos —exclamó la señorita Branghton—. Si nuestros sombreros son muy grandes, nos los quitaremos a la entrada. No me importa, porque me he peinado para la ocasión.

Dado que se acercaba otro grupo, el vigilante no podía seguir atendiendo al señor Branghton quien, recogiendo la guinea, le dijo que pasaría mucho tiempo antes de que volvieran a verle y se marchó. Las muchachas, con cierto embarazo, expresaron su sorpresa de que el padre no conociera el precio de la ópera, porque ellas lo habían leído en el periódico un millón de veces.

—Me basta con estar al tanto del precio de los fondos públicos; había dado por descontado que la ópera costaría lo mismo que el teatro.

—Yo sabía muy bien el precio —dijo el hijo—, pero no hablé porque pensaba que quizá nos harían un precio especial por venir en grupo.

Las hermanas comenzaron a reír con gran desprecio ante la ocurrencia del hermano y le preguntaron si acaso alguna vez había escuchado que hicieran descuento en un local público.

—No recuerdo si lo escuché —respondió él—. De lo que sí estoy seguro es de que si lo hicieran, no os gustaría tanto.

—Muy cierto, Tom —exclamó el señor Branghton—. Dile a una mujer que algo es razonable y entonces seguramente lo detestará.

—Bien —dijo la señora Polly—. Espero que la tía y la señorita estén de nuestra parte, porque padre siempre toma partido por Tom.

—Vamos —exclamó *madame* Duval—. Si os quedáis aquí hablando, no encontraremos sitio.

Entonces el señor Branghton se informó de cómo acceder al gallinero y, cuando

llegamos ante el vigilante, preguntó el precio.

—El precio habitual, señor —respondió el hombre.

—Entonces deme el cambio —contestó el señor Branghton entregando de nuevo su guinea.

—¿Para cuántos, señor?

—Pues..., veamos..., para seis.

—¿Para seis? Pero sólo me ha dado usted una guinea.

—¡Sólo una guinea! ¿Por qué? ¿Cuánto quiere usted? Espero que no sea también aquí media guinea por cabeza.

—No señor, sólo cinco chelines.

El señor Branghton recogió de nuevo su pobrecita guinea mientras declaraba que no se sometería a semejante imposición. Entonces yo propuse que regresáramos a casa, pero *madame* Duval no consintió y una mujer que vendía programas para la ópera nos guió hacia otra entrada del gallinero donde, tras alguna que otra discusión, el señor Branghton finalmente pagó y todos pudimos subir.

*Madame* Duval se lamentaba de que las localidades estuvieran tan arriba, pero el señor Branghton le rogó que no pensara que éstas habían resultado tan económicas porque «a pesar de lo que usted crea», le dijo «le aseguro que he pagado el precio de la platea; así que no piense que estamos aquí por ahorrar dinero».

—Bah —intervino la señorita Branghton—. No se debe juzgar un puesto sin verlo; si así fuera yo podría decir que las escaleras no tienen nada de extraordinario.

Pero cuando entramos en el gallinero, el estupor y la desilusión nos embargaron a todos. Durante algunos instantes se miraron unos a otros enmudecidos, para después romper a hablar todos a la vez.

—¡Por Dios, papá! —exclamó la señorita Polly—. ¡Nos ha traído al gallinero de un chelín!

—Pero me sentiré feliz de daros dos chelines —respondió— para pagar. No he permitido que me estafen en toda mi vida. O el portero es un canalla o éste es el más grande abuso jamás impuesto al público.

—*Ma foi* —exclamó *madame* Duval—. En mi vida me había sentado en un siso tan repulsivo... ¡Caramba, sí que está alto!... No veremos nada.

—Antes —continuó el señor Branghton—, pensé que tres chelines eran un precio desorbitado para una localidad en el gallinero, pero como me habían pedido mucho más en las otras puertas, bah, pagué sin protestar; además pensé que seguramente no sería como otras zonas del gallinero... que estaría un poco sucio... y sin embargo me encuentro con que me han estafado como nunca antes.

—Parece el gallinero de doce peniques del Drury Lane —exclamó el hijo—; igual que dos gotas de agua. Que yo sepa, jamás habían timado a padre de este modo.

—Jesús —dijo la señorita Branghton— pensé que sería un lugar bonito..., no sé cómo..., y decorado con gusto.

Continuaron expresando su gran decepción hasta que se abrió el telón, tras lo cual

sus comentarios pasaron a ser muy extravagantes. No tomaban en consideración las usanzas ni tan siquiera la lengua de otro país, sino que basaban sus críticas en compararlo todo con el teatro inglés.

A pesar de mi irritación por haber sido obligada a acompañar a un grupo tan desagradable, renunciando además a algo mucho mejor..., a algo completamente diferente..., me habría concedido el placer de escuchar, de olvidar todos los detalles desagradables, de deleitarme con la melodiosa voz del señor Millico<sup>[33]</sup>, el primer tenor; pero ellos no me lo permitieron ya que no paraban de cuchichear constantemente.

—¿Pero qué jerigonza hablan? —exclamó el señor Branghton—. No consigo entender una sola palabra de lo que dicen. Díganme, por favor, ¿por qué motivo no pueden cantar en inglés?... Aunque imagino que, si pudieran entenderles, a toda esta gente tan distinguida ya no les gustaría.

—¡Qué movimientos tan artificiales! —dijo el hijo—. ¿Cuándo se ha visto a un inglés adoptar posturas tan antinaturales?

—Yo —comentó la señorita Polly— creo que es muy bonito, aunque no sé lo que significa.

—¡Jesús, no sabes lo que significa! —exclamó la hermana—. A uno le puede gustar una cosa sin necesidad de ser tan puntilloso... Mira cómo le gusta a la señorita, y no creo que ella les entienda mejor que nosotros.

Poco después, un caballero tuvo la amabilidad de hacernos un hueco en la primera fila a la señorita Branghton y a mí. Apenas nos habíamos sentado cuando la señorita Branghton exclamó:

—¡Por Dios! ¡Mire eso! ¡Caramba, Polly, todas esas personas de la platea van sin sombrero y con sus mejores galas!

—¡Jesús, es cierto! —respondió la señorita Polly—. ¡Bah, jamás he visto nada igual!... Vale la pena venir a la ópera, aunque sólo sea por verlas.

Entonces conseguí divisar la agradable compañía que había abandonado y vi que *lord Orville* estaba sentado junto a la señora *Mirvan*. *Sir Clement* tenía la mirada perennemente fija en el gallinero de cinco chelines donde pienso que imaginaba que estábamos sentados. Sin embargo, tengo razones para creer que me vio antes de que terminara el espectáculo, a pesar de estar en lo alto y a mucha distancia de él. Probablemente me reconoció por mi peinado.

Al finalizar el primer acto, cuando el telón verde cayó para permitir los preparativos del *ballet*, pensaron que el espectáculo había terminado y el señor Branghton expresó su gran indignación por haber sido estafado a cambio de tan poco.

—Vamos, si un inglés cometiera una imprudencia como ésta —dijo— sería lapidado; pero claro, uno de estos *señoritos* extranjeros puede actuar a sus anchas, venir aquí, aullar una o dos canciones y luego llevarse nuestro dinero sin tanta ceremonia.

Estaba tan decidido a quedar descontento que antes de la conclusión del tercer

acto, encontró aún más defectos en la ópera lírica porque era demasiado larga y se preguntaba si pensaban que sus canciones eran tan buenas como para alargarlas hasta la cena.

Durante la obertura de un aria del señor Millico, en el segundo acto, el joven señor Branghton dijo:

—¿Es cosa mía o ese tipo pretende cantar otra canción?... Pero ¿es que no saben hacer otra cosa que cantar?... Me pregunto cuándo hablarán.

Esta aria, lenta y dramática, concentró toda mi atención, así que me incliné hacia adelante para evitar oír sus comentarios y poder escuchar sin que me interrumpieran, pero, al girarme cuando el aria terminó, descubrí que estaba siendo el objeto de burla de todo el grupo. Las señoritas Branghton, en efecto, estaban desternillándose y los dos caballeros hacían muecas y aspavientos en mi dirección, dando a entender que despreciaban mi petulancia. Dicho descubrimiento hizo que fingiera su misma indiferencia, no sin gran fastidio por mi parte, ya que estaban impidiendo que gozara del único placer que, con aquella compañía, me estaba permitido.

—Por lo que veo, señorita —dijo el señor Branghton—, sigue usted la moda. ¿Así que le gusta la ópera, eh? Bueno, pues yo no soy tan refinado; no me gustan las tonterías, aunque estén de moda.

—Por favor, señorita —insistió el hijo—. ¿Qué es lo que hace que este tipo esté tan compungido mientras canta?

—Probablemente porque el personaje que interpreta está muy afligido.

—Entonces creo que podría también dejar de cantar hasta que no se encuentre de mejor humor; no resulta natural que alguien cante si es infeliz. Yo no canto más que cuando estoy alegre, y sin embargo la música me gusta tanto como a cualquier otra persona.

Cuando se cerró el telón, se pusieron todos muy contentos.

—¿Le ha gustado?... ¿y a usted? —se preguntaban los unos a los otros mirándose con gran desprecio.

—Por mi parte —exclamó el señor Branghton— me han engañado una vez, y si se me ocurriera volver en el futuro, como castigo, doy permiso para que me hagan perder el juicio al son de las canciones, porque en mi vida he escuchado tal cúmulo de despropósitos: no he encontrado ni un gramo de sentido común en toda la ópera, simplemente un continuo chirrido y alboroto, de principio a fin.

—Si hubiera estado en la platea —comentó *madame* Duval— me habría gustado muchísimo, porque la música es mi pasión, pero habernos sentado en un sitio como éste es absolutamente intolerable.

La señorita Branghton, mirándome, declaró que era lo bastante distinguida como para apreciarlo.

La señorita Polly confesó que, si hubieran cantado en inglés, le habría gustado muchísimo.

Al hermano le hubiera encantado comenzar una pelea en el teatro porque así les



habrían devuelto su dinero.

Y finalmente se pusieron todos de acuerdo en que era monstruosamente caro.

Durante el último *ballet* pude ver a *sir* Clement Willoughby que estaba de pie junto a la entrada del gallinero, lo cual me irritó bastante pues habría dado lo que fuera por evitar que me viera; mi principal objeción derivaba del temor de que escuchara a la señorita Branghton llamarme prima. Me preocupa que piense usted que este viaje a Londres me haya vuelto muy soberbia, pero esta familia es tan maleducada y vulgar que me avergonzaría igualmente de este parentesco tanto en el campo como en cualquier otro lugar. Y ya estaba tan enfadada de que *sir* Clement hubiera sido testigo del poder que *madame* Duval ejerce sobre mí que no podía soportar exponerme a ulteriores mortificaciones.

Cuando los asientos empezaron a vaciarse porque las personas se marchaban, *sir* Clement se acercó aún más; las dos señoritas Branghton miraron con sorpresa al elegante caballero que entraba en el gallinero y me dieron motivos para suponer que de haberse unido a nosotros, habrían intentado atraer su atención ostentando gran familiaridad conmigo, así que discurrí un plan para impedir cualquier conversación. Temo que usted lo considere erróneo, y ahora lo pienso yo también..., pero en ese momento pensé que era el único modo de evitar una momentánea humillación.

Apenas se encontró a dos asientos de distancia de nosotros, se dirigió a mí:

—Estoy muy contento, señorita Anville, de haberla encontrado porque las señoras de abajo ya tienen a su humilde acompañante, así que he venido aquí para ofrecer mis servicios.

—Está bien, entonces —exclamé (no sin dudar)—, si le parece... me reuniré con ellas.

—¿Me concede usted el honor de acompañarla? —preguntó con fervor y, tomándome precipitadamente la mano, se disponía a salir conmigo, pero yo me volví hacia *madame* Duval y le dije:

—Dado que somos tantos, señora, si me da usted permiso, bajaré con la señora Mirvan para no saturar su carruaje.

Y sin esperar su respuesta, dejé que *sir* Clement me acompañase fuera del gallinero.

*Madame* Duval, no tengo dudas, estará muy enojada y también ahora lo estoy yo conmigo misma, así que no debo sorprenderme: pero el señor Branghton, estoy segura, tendrá fácil consuelo al haberse ahorrado el coste añadido de acompañarme hasta Queen Ann Street: en cuanto a las hijas, no tuvieron tiempo de hablar, pero me percaté de que se quedaron absolutamente atónitas.

Mi intención era la de reunirme con la señora Mirvan y regresar a casa con ella. *Sir* Clement se mostró vivaracho y de muy buen humor y, durante el trayecto, confieso que fui lo suficientemente estúpida como para alegrarme en secreto de que mi plan hubiera funcionado y sólo cuando llegamos al final de la escalera y me vi rodeada de tantos criados comprendí que era muy difícil que pudiera encontrar a mis

amigos.

Entonces le pregunté a *sir* Clement qué podía hacer para informar a la señora Mirvan que había dejado a *madame* Duval.

—Me temo que resultará casi imposible encontrarla —respondió—. Pero no puede tener objeción alguna en permitirme que yo la acompañe sana y salva a casa.

Luego ordenó a su lacayo, que estaba esperando, que acercara el coche.

Esto me asustó; me giré precipitadamente hacia él y le dije que no tenía intención alguna de marcharme sin la señora Mirvan.

—¿Pero cómo la vamos a encontrar? —exclamó él—. ¿No pretenderá ir usted misma hasta la platea? Y no es posible mandar allí a un criado o que vaya yo dejándola aquí sola.

La verdad de esta afirmación era indiscutible y me hizo enmudecer. Sin embargo, apenas me recuperé, decidí no subir al carruaje y le dije que era mejor reunirme de nuevo con el grupo que estaba en lo alto de las escaleras.

*Sir* Clement no quiso escucharme y me suplicó ansiosamente que no le arrebatara la confianza que había depositado en él.

Mientras hablaba, divisé a *lord* Orville que, acompañado de varias damas y caballeros, salía del vestíbulo de la platea; por desgracia, también él me vio; dejó plantados a sus amigos, vino inmediatamente a mi encuentro y, con una expresión y una voz que manifestaban gran sorpresa dijo:

—¡Por Dios, pero si está aquí la señorita Anville!

En aquel momento comprendí la locura de mi plan y lo insólito de mi situación, pero me apresuré a decirle, aunque vacilando, que estaba esperando a la señora Mirvan; ¡pero cuál fue mi contrariedad cuando me comunicó que ya se había marchado a casa! Se apoderó de mí una angustia indescriptible: no toleraba que *lord* Orville pudiera pensar que estaba encantada bajo la exclusiva protección de *sir* Clement Willoughby, y sin embargo, estaba más reacia que nunca a regresar en compañía de personas que no quería que conociera. Me quedé por un momento desconcertada y no pude por menos que exclamar:

—¡Oh, Dios mío!, ¿qué puedo hacer?

—¿Por qué, mi querida señora —preguntó *sir* Clement— está usted tan disgustada...? Llegará a Queen Ann Street casi al mismo tiempo que la señora Mirvan y supongo que no tendrá duda de que lo hará sana y salva.

No respondí y entonces *lord* Orville dijo:

—Mi carruaje está aquí mismo y mis criados dispuestos a recibir cualquier orden que tenga el honor de recibir de la señorita Anville. Yo regresaré a casa con un palanquín y así...

¡Cuán agradecida le estoy por haber hecho una propuesta tan prudente y con tanta delicadeza! La habría aceptado encantada, pero *sir* Clement ni siquiera permitió que finalizara su discurso; le interrumpió con evidente irritación y dijo:

—Muy señor mío, mi carruaje se encuentra esperando en la puerta.

Y precisamente en ese momento llegó su lacayo anunciando que el carruaje estaba listo. Él me imploró que le concediera el honor de acompañarme al coche e intentó tomar mi mano, pero yo la retiré mientras le decía:

—¡No puedo..., no puedo, de veras! Se lo ruego, vaya usted solo... y deje que yo alquile un palanquín.

—¡Imposible! —exclamó él con vehemencia—. No tengo intención de dejarla en manos de sirvientes desconocidos..., no puedo responder de ello ante la señora Mirvan..., vamos, mi querida señora, estará en casa en sólo cinco minutos.

Me quedé de nuevo indecisa. En ese momento habría sido capaz de hacer un pacto con mi orgullo y regresar con *madame* Duval y los Branghton, a cambio de no haberme encontrado con *lord* Orville. Pero me queda el consuelo de que no sólo se percatara sino que además se compadeciera de mi embarazo porque dijo con un tono insólitamente dulce:

—Ofrecerle mis servicios en presencia de *sir* Clement Willoughby sería superfluo; pero espero que no tenga necesidad de reiterarle a la señorita Anville cuán felicísimo me habría hecho haberle sido mínimamente útil.



Hice una reverencia para expresarle mi aprecio. *Sir Clement* me apremiaba para que nos fuéramos y, mientras con gran aturdimiento trataba de decidir qué hacer, creo que terminó el *ballet* porque la gente comenzó a agolparse en las escaleras. Si en aquel momento *lord Orville* hubiera repetido su oferta la habría aceptado, a pesar de la hostilidad de *sir Clement*; pero imagino que pensó que habría sido una impertinencia. Tras unos minutos escuché la voz de *madame Duval*, que bajaba del gallinero.

—Bueno —me apresuré a decir— si tengo que ir...

Me detuve, pero *sir Clement* me ayudó rápidamente a subir al carruaje mientras decía en voz alta «Queen Ann Street» y subía también. *Lord Orville*, con una inclinación de cabeza y una media sonrisa, me deseó buenas noches.

Tal era mi preocupación porque *lord Orville* me hubiera visto y me dejara en esa extraña situación, que habría preferido permanecer en silencio durante el trayecto hasta la casa, pero *sir Clement* se esmeró en evitarlo.

Comenzó a lamentarse de mi rechazo a confiar en él, interesándose por el motivo. Esta pregunta me confundió hasta el punto de no saber qué contestar, y me limité a decir que no quería causarle ninguna molestia acaparando su tiempo.

—Oh, señorita Anville —exclamó tomando mi mano—. Si usted supiera con cuanto frenesí le dedicaría no sólo el tiempo presente sino también aquel que el futuro me destine, no cometería el error de disculparse de este modo.

No conseguí encontrar las palabras para responder a éste y a otros muchos discursos igualmente encantadores con los que prosiguió, aunque sí habría retirado la mano gustosamente y efectivamente no dejé de intentarlo, pero en vano, porque en realidad la había aferrado con ambas manos haciendo caso omiso de mi oposición.

Luego dijo que le parecía que el cochero había equivocado el camino y le llamó para darle nuevas indicaciones. Después, dirigiéndose nuevamente a mí:

—¡Cuántas veces, con qué perseverancia he buscado una oportunidad como ésta para hablarle sin la presencia de ese bárbaro del capitán! Ahora la fortuna me ha gratificado amablemente con esta ocasión y permítame —aferrándome de nuevo la mano—, ¡permítame que la utilice para decirle que la adoro!

Ante tal imprevista e inesperada declaración quedé totalmente aturdida. Durante algunos instantes permanecí en silencio, pero cuando me recuperé de la sorpresa, dije:

—Señor, si estaba usted decidido a hacer que me arrepintiera de haberme alejado de mi grupo de un modo tan estúpido, claramente lo ha conseguido.

—Vida mía —exclamó—. ¿Es posible que sea tan cruel? ¿Su naturaleza y su rostro pueden ser tan diametralmente opuestos? ¿Puede el dulce rubor de esas cautivadoras mejillas, que obedece tanto a su índole generosa como a su belleza...?

—Oh, señor —le interrumpí— es muy bonito su alegato pero esperaba que este tipo de discurso se hubiera dado por terminado en el *ridotto* y no me gustaría que lo retomara tan pronto.

—Todo lo que dije entonces, mi dulce acusadora, fue debido al efecto de una errada y profana percepción: que su intelecto no entraba en competición con su hermosura. Pero ahora que la encuentro igualmente incomparable en ambos, cada palabra, cada plática, no podría jamás reflejar la admiración que despierta en mí.

—Efectivamente, si no hablara de un modo y pensara de otro, no tendría duda alguna de que no daría crédito a estos elogios tan por encima de mis méritos.

Estas palabras, pronunciadas con solemne seriedad, provocaron aún más vehemencia en sus protestas y una desaprobación más exaltada por mi parte, hasta que advertí con sorpresa que aún no habíamos llegado a Ann Queen Street y le imploré que ordenara al cochero que acelerara la marcha.

—Y este breve instante —exclamó él—, el más feliz que haya vivido jamás, ¿le parece usted tan eterno?

—Temo que el hombre haya equivocado el camino —respondí—; de lo contrario hace tiempo que habríamos llegado a nuestro destino. Debo implorarle que hable con él.

—¿Me considera tan enemigo de mí mismo?... Si mi buen ingenio ha inspirado en ese hombre el deseo de alargar mi felicidad, ¿de verdad espera que me oponga a su indulgencia?

Entonces, comencé a sospechar que había sido él quien había ordenado a aquel hombre que tomara un camino equivocado. Dicha idea me alarmó hasta el punto de que, en el mismo momento que tomé conciencia de ello, bajé la ventanilla e intenté precipitadamente abrir la puerta del carruaje con la intención de saltar, pero *sir* Clement me aferró con fuerza mientras gritaba:

—¡Por amor de Dios!, ¿qué hace?

—Yo... no sé —exclamé sin aliento—, pero estoy convencida de que este hombre ha confundido el camino y si usted no quiere hablar con él, estoy decidida a bajarme del coche.

—Me deja usted atónito —respondió (teniéndome siempre sujeta)—. No comprendo su temor. ¿No dudará usted de mi honor, verdad?

—Y mientras hablaba, me abrazaba cada vez con más fuerza. Yo me aterroricé y a duras penas conseguí decir:



—No, señor, no..., absolutamente..., es sólo que la señora Mirvan..., creo que estará preocupada.

—¿Y de dónde proviene esta inquietud, mi queridísimo ángel?... ¿Qué teme realmente?... Mi vida entera está dedicada a adorarla, ¿cómo puede, entonces, dudar de mi protección?

Y tras estas palabras besó apasionadamente mi mano.

Jamás, en toda mi vida, he sentido tanto miedo. Me aparté de él con fuerza y sacando la cabeza por la ventanilla, grité al cochero que se detuviera. En qué lugar nos hallábamos en ese momento, no lo sé, pero no se veía a ningún ser humano, pues de lo contrario habría pedido auxilio.

*Sir Clement*, con gran ímpetu, intentó serenarme y hacer que volviera en mí.

—¡Si no tiene intención de asesinarme —exclamé—, por misericordia, por piedad, déjeme salir!

—Tranquílícese, mi vida —respondió—. Haré lo que me pida.

Entonces él mismo le gritó al cochero que aligerara la marcha hacia Ann Queen Street.

—Este estúpido —continuó— seguramente ha malinterpretado mis órdenes; pero espero que ahora esté totalmente satisfecha.

No respondí, pero permanecí con la cabeza apoyada en la ventanilla observando el camino que tomaba, aunque sin sentir alivio alguno, dado que para mí todos eran iguales.

Llegados a ese punto, *sir* Clement se explayó en abundantes declaraciones de honor y respeto, implorando mi perdón por haberme ofendido y suplicándome que no tuviera un mal concepto de él; pero yo permanecí en silencio ya que tenía demasiado miedo como para reprocharle y demasiada rabia para hablarle en un tono calmado.

De este modo recorrimos varios caminos hasta que finalmente, con gran terror por mi parte, ordenó al cochero que se detuviera y dijo:

—Señorita Anville, ahora nos encontramos a una distancia de veinte yardas de su casa, pero no soporto separarme de usted hasta que su noble alma no me haya perdonado generosamente por el disgusto que le he ocasionado, y me prometa que no contará nada de lo sucedido a los Mirvan.

Yo vacilé, combatiendo entre el temor y la indignación.

—Su renuencia a hablar duplica mi contrición por haberla ofendido, porque me hace desconfiar de una promesa que realmente no quiere cumplir.

—Estoy muy, muy confusa —exclamé—. Me pide que le haga una promesa que usted debería comprender que no puedo conceder y que, sin embargo, no me atrevo a rehusar.

—¡Adelante! —gritó al cochero—. Señorita Anville, no quiero apremiarla; no pretendo ninguna promesa, pero me encomiendo enteramente a su generosidad.

Esto cuando menos me ablandó; apenas intuyó esta ventaja, decidió aprovecharla porque se arrodilló y me imploró con tanta sumisión que me vi realmente obligada a perdonarlo porque su humillación me avergonzaba; tras lo cual no me dejé en paz hasta que no le di mi palabra de que no me lamentaría de él a la señora Mirvan.

Mi locura y mi soberbia, que me hicieron caer en su poder, fueron justificaciones que no pude por menos que considerar a su favor.

Pero estaré particularmente atenta a no cometer nuevamente el error de quedarme a solas con él.

Cuando finalmente llegamos a casa me sentí tan alegre que seguramente le habría perdonado en ese momento si no lo hubiera hecho ya. Mientras me ayudaba a subir las escaleras, reprendió con rabia y a voces a su criado por haberse desviado del camino. La señorita Mirvan vino corriendo a mi encuentro, y a quién se imagina que vi detrás de ella, sino a... ¡*lord* Orville!

Y en ese momento, toda mi felicidad se desvaneció dando paso a la vergüenza y a la confusión porque no podía soportar que supiera cuánto tiempo habíamos estado a solas *sir* Clement y yo, ya que no era libre para aducir ninguna razón.

Todos expresaron su satisfacción al verme y dijeron que estaban extremadamente preocupados y sorprendidos de que hubiera empleado tanto tiempo en llegar a casa,

dado que sabían por *lord* Orville que ya no me encontraba en compañía de *madame* Duval. *Sir* Clement, fingiendo un gran enfado, explicó que el imbécil de su criado había entendido mal sus órdenes y nos había llevado a la otra punta de Piccadilly. Yo por mi parte me limité a sonrojarme pues, si bien no quería incumplir mi palabra, despreciaba avalar una versión que yo misma no creería.

*Lord* Orville, con gran amabilidad, se alegró de que la noche hubiera terminado felizmente para mí y dijo que le habría resultado imposible regresar a su casa sin tener la certeza de que yo estaba sana y salva.

Poco después se despidió al igual que *sir* Clement. Apenas se fueron, la señora Mirvan, aunque con gran dulzura, me reprochó que hubiera dejado la compañía de *madame* Duval. Le aseguré, y con total sinceridad, que en el futuro sería más prudente.

Las aventuras nocturnas me desconcertaron hasta tal punto que no conseguí dormir en toda la noche. Temo que *lord* Orville piense que mi presencia en las escaleras del gallinero junto a *sir* Clement fuera premeditada, e incluso, que el haber prolongado nuestro viaje en el carruaje contaba con mi aprobación ya que no había dicho ni una sola palabra sobre el tema y ni siquiera había expresado mi disgusto por el supuesto error del cochero.

Sin embargo, el hecho de que viniera aquí a esperar nuestra llegada, aunque parece presuponer una desconfianza, por otro lado demuestra también cierta ansiedad. Ciertamente, la señora Mirvan dice que parecía excesivamente ansioso y no simplemente extrañado o impaciente por mi regreso. Si no temiera pecar de vanidosa, pensaría que no es del todo imposible, a menos que sospechase de las verdaderas intenciones de *sir* Clement y simplemente estuviera preocupado por mí.

¡Qué carta más larga! En cualquier caso, ya no escribiré mucho más desde Londres porque esta mañana el capitán dijo que partiremos el próximo martes. Hoy cenará aquí *madame* Duval, así que se le comunicará esta intención.

Me sorprende mucho que haya aceptado la invitación de la señora Mirvan porque ayer estaba muy enojada. Así que imagino que hoy seré el objeto principal de su ira; me someteré con paciencia porque no puedo defenderme.

*Adieu*, mi querido señor. Si esta carta le provocara algún disgusto, me arrepentiría más que nunca de la desconsiderada imprudencia que refiere.



## CARTA XXII

### *Evelina continúa*

18 de abril, mañana del lunes

**L**a señora Mirvan me acaba de relatar una anécdota sobre *lord* Orville que me ha sorprendido mucho: me ha agradado y disgustado por igual.

Mientras estaban sentados uno junto a la otra durante el espectáculo en la ópera, le mostró su preocupación por la impertinencia que la joven dama que tiene bajo su protección había sufrido por parte del señor Lovel, pero que tenía el placer de asegurarle que en el futuro no la volvería a molestar.

La señora Mirvan, con gran inquietud, le rogó que se explicara y le dijo que confiaba en que él no tuviera en seria consideración un asunto tan insignificante.

—Nada —respondió él— requiere una atención más inmediata que la impertinencia, porque deriva siempre en un abuso, si viene tolerada.

Después añadió que debía disculparse por la libertad que se estaba tomando al intervenir, pero que habiendo tenido el honor de bailar con la señorita Anville, se consideraba *parte interesada*, por lo que no podía resignarse a una paciente neutralidad.

Luego prosiguió contándole que le había hecho una visita al señor Lovel la mañana siguiente al espectáculo; que ésta transcurrió de un modo amistoso, pero que los detalles no eran interesantes y mucho menos necesarios; únicamente le aseguraba que la señorita Anville podía estar totalmente tranquila ya que el señor Lovel había dado su palabra de honor de no volver a mencionar ni tan siquiera aludir a los hechos acontecidos en la recepción de la señora Stanley.

La señora Mirvan expresó su satisfacción por esta feliz conclusión y le agradeció las corteses atenciones hacia su joven amiga.

—Sería superfino —dijo *lord* Orville— pedir que esta historia no trascienda, dado que la señora Mirvan entiende perfectamente la necesidad de considerarla un secreto inviolable; pero pensé que era mi responsabilidad, ya que la jovencita se encuentra bajo su protección, asegurarles a ambas, el respeto del señor Lovel de aquí en adelante.

Si hubiera sabido de esta visita antes de que *lord* Orville la efectuase, ¡qué terrible disgusto me habría provocado! Y sin embargo, que se tome tantas molestias para evitarme cualquier ofensa, suscita en mí —debo reconocerlo— un íntimo placer mayor de aquel que puedo expresar, porque temía que se hubiera hecho una idea abominable sobre mí. Pero, después de todo, este interés podría tener como único

propósito el de satisfacer sus susceptibilidades, más que deberse a su buena opinión sobre mí.

¡Pero qué frío, qué silencioso es el verdadero coraje! Viendo a *lord* Orville en el teatro, ¿quién se hubiera imaginado que su resentimiento le haría poner en riesgo su vida? Y sin embargo, su irritación era evidente aunque su valentía y su distinción le impidieran involucrarse en una discusión en nuestra presencia.

Como esperaba, *madame* Duval estaba ayer terriblemente enojada; creo que estuvo regañándose durante dos horas por haberla abandonado y declaró que estaba tan sorprendida por haberme alejado sin haber solicitado su permiso que no sabía si estaba soñando. Pero me aseguró que si lo repetía no volvería a llevarme con ella a ningún lugar público; expresando también su irritación con *sir* Clement porque ni siquiera le había dirigido la palabra y porque en sus discusiones siempre toma parte por el capitán. Este último, como si se tratara de una cuestión de honor, lo defendió, dando lugar a una de sus habituales disputas.

Tras la cena la señora Mirvan introdujo en la conversación la cuestión de nuestra partida de Londres. *Madame* Duval nos comunicó que su intención era permanecer allí durante uno o dos meses. El capitán le dijo que podía hacer lo que quisiera, pero que él y la familia partirían para el campo la mañana del martes.

Se produjo entonces una escena muy desagradable: *madame* Duval insistía en que me quedara con ella, pero la señora Mirvan adujo que, ya que en realidad tenía un compromiso con *lady* Howard, quien había consentido en una separación de tan sólo unos días, ella no podía siquiera pensar en la idea de regresar sin mí.

Quizá, si el capitán no hubiera intervenido, la buena educación y dulzura de la señora Mirvan habrían surtido algún efecto sobre *madame* Duval, pero él no deja escapar ocasión de provocarla y dijo entonces una infinidad de palabras groseras y maleducadas —que la mujer rebatió punto por punto— que desencadenaron en la declaración de *madame* Duval de que recurriría a la ley, con los derechos derivados de su parentesco, antes que permitir que la abandonara.

Yo supe de esto por boca de la señora Mirvan, quien estuvo tan solícita y gentil de proporcionarme una excusa para dejar la habitación apenas se inició la disputa por miedo a que *madame* Duval se dirigiera a mí e insistiera en que la obedeciese.

El resultado final de la conversación fue que, para suavizar la situación actual, *madame* Duval acompañará al grupo a Howard Grove a donde llegaremos probablemente el próximo miércoles. (Y aunque ninguno está satisfecho con este programa, no estamos en grado de formular uno mejor).

La señora Mirvan está escribiendo a *lady* Howard para disculparse por llevar un huésped inesperado y para evitar la desagradable sorpresa que seguiría seguramente al momento de la llegada. Esta querida señora parece que siempre se prodiga en favorecer aquello que me hace feliz.

Esta noche iremos al Pantheon, que será el último divertimento del que gozaremos en Londres porque mañana...

\* \* \*

En este preciso momento, mi querido señor, he recibido su cariñosa carta.

Si piensa que durante la primera semana nos hemos comportado de un modo disoluto, temo saber su opinión respecto de la segunda; en cualquier caso, el Pantheon de esta noche será probablemente el último espectáculo al que asistiré.

La certeza de su apoyo y de su protección por lo que se refiere a *madame* Duval, aunque jamás lo he dudado, suscita en mí la mayor de las gratitudes: sintiéndome querida bajo su techo, feliz objeto de su constante indulgencia, ¿cómo habría podido soportar convertirme en esclava de su tiránico humor? Perdóneme si hablo tan duramente, pero cuando me asalta la idea de pasar mi vida con ella, la comparación que naturalmente conlleva me priva de una paciencia que creo que debo tener por obligación.

No tenía ya muy buena opinión de *sir* Clement, así que seguramente su comportamiento tras la ópera no le reconciliará con usted. En verdad, cuanto más lo pienso, más me enfado. Estaba completamente en su poder y fue muy cruel por su parte infligirme todo aquel terror.

¡Oh, queridísimo señor, si fuera yo digna de las plegarias y de los buenos deseos que me envía, habría satisfecho la más grande ambición de mi corazón! Pero ahora que me encuentro tan lejos de su prudencia auxiliadora, temo que me encontrará usted más débil e imperfecta de lo que esperaba.

Ahora no tengo tiempo de seguir escribiendo pues debo vestirme con premura para la noche.

## CARTA XXIII

### *Evelina continúa*

[\[« Ir a la nota 63\]](#)

Queen Ann Street, martes, 19 de abril

**H**ay algo vagamente melancólico en mí, al referirle nuestras últimas aventuras en Londres; pero dado que esta jornada está destinada únicamente a los equipajes y a los preparativos del viaje, y ya que en breve no tendré más aventuras que relatarle, creo poder concluir mi diario londinense. Y cuando tenga la colección completa, espero, querido señor, que me enviará a Howard Grove sus observaciones y reflexiones al respecto.

Nos fuimos al Pantheon alrededor de las ocho. Me impresionó la belleza del edificio, que sobrepasó con creces mis expectativas. Sin embargo, tiene más la apariencia de una capilla que de un lugar de esparcimiento y, si bien me quedé totalmente fascinada por la magnificencia del salón, sentía que allí no podía comportarme de un modo jovial y despreocupado como en Ranelagh porque hay algo en él que inspira respeto y solemnidad más que placer y alegría. Pero quizá sólo provoca este efecto en una novata como yo.

Tendría que haber dicho que nuestro grupo estaba formado exclusivamente por el capitán y por la señora y señorita Mirvan, ya que *madame* Duval transcurría su jornada en la ciudad, hecho que debo admitir no me apesadumbró.

Había mucha gente, pero la primera persona que vimos fue *sir* Clement Willoughby. Se dirigió a nosotros con su habitual desenfado y se nos unió durante toda la noche. Me sentí muy incómoda en su presencia porque no podía mirarle ni escucharle hablar sin recordar la aventura del carruaje, pero, con gran estupor por mi parte, noté que él me miraba sin el más mínimo azoramiento, si bien no debería pensar en su comportamiento sin abochornarse.

Me gustaría no haberle perdonado, así al menos no osaría hablarme.

Fue un concierto realmente excelente, pero el murmullo era demasiado molesto como para poder apreciarlo. Me asombra constatar lo difícil que resulta aquí escuchar la música en silencio; en verdad, aunque todos parecen admirarla, casi nadie le presta la más mínima atención.

No vimos a *lord* Orville hasta que no entramos en la sala del té, que es grande, baja y subterránea y cuya única utilidad es la de resaltar los compartimentos del piso superior. Luego se sentó con nosotros: parecía que formaba parte de un grupo

numeroso, la mayoría mujeres, pero entre los caballeros que le acompañaban pude reconocer al señor Lovel.

Estaba indecisa sobre si agradecerle o no a *lord* Orville su generosa conducta al protegerme de futuras impertinencias por parte de aquel hombre y pensé que, ya que parecía haber dado permiso a la señora Mirvan de que únicamente pusiera en mi conocimiento, y en el de nadie más, las medidas que había tomado, quizá me consideraría una ingrata si callaba. Pero me podía haber ahorrado la molestia de pensar en ello, ya que ni tan siquiera en una ocasión tuve oportunidad de hablarle sin que *sir* Clement estuviera presente. Él, por el contrario, se comportaba de un modo tan primoroso e impertinente que no podía dirigirle la palabra a nadie sin que inmediatamente girara su cabeza con expresión interesante dando la apariencia de que exclusivamente conversaba con él; y en realidad era todo lo contrario, porque no le dirigí la mirada ni tan siquiera una vez y no le habría hablado por nada del mundo.

Ciertamente, la propia señora Mirvan, aunque ignorante del comportamiento de *sir* Clement después de la ópera, dice que no está bien que una muchacha sea vista habitualmente en compañía del mismo caballero, y si nuestra estancia en la ciudad se hubiera prolongado, habría intentado hacerle entender al capitán que era muy inapropiado que le permitiera acompañarnos continuamente, porque *sir* Clement, con toda su desfachatez, no se uniría a nosotros eternamente si el capitán se mostrara menos entusiasta de su compañía.



Sentado en la mesa de *lord Orville* había un caballero (lo defino así únicamente porque estaba sentado en su misma mesa) que, desde el primer momento en que me senté, mantuvo fija su mirada sobre mí y no la dirigió a ninguna otra parte durante todo el tiempo que duró nuestro té, aunque mi incomodidad por aquella insistente mirada debía resultar —estoy segura— muy evidente. Estaba realmente sorprendida de que un hombre cuyo descaro era tan ofensivo fuera admitido en el grupo del cual formaba parte *lord Orville*; por ello, llegué a la natural conclusión de que era una persona inculta, de baja condición social y reforcé mi opinión cuando escuché que se dirigía a *sir Clement Willoughby*, y con un *susurro perfectamente audible* —un modo de hablar bastante irritante y desagradable para los allí presentes— dijo:

—Por amor de Dios, *Willoughby*, ¿quién es esa adorable criatura?

Pero cuál no fue mi estupor cuando, escuchando atentamente la respuesta aunque mantenía la cabeza fija en otra parte, pude oír a *sir Clement* que decía:

—Lamento mucho no poder ayudar a su señoría, pero yo también lo ignoro.

¡Su señoría! ¡Es extraordinario que un aristócrata, habituado con total probabilidad desde su infancia a frecuentar a las personas más refinadas del reino,

pueda carecer hasta ese punto de *buenas maneras*, por mucho que carezca de moral y de buenos principios! Incluso *sir Willoughby* parecía mesurado comparado con esta persona.

Durante el té se inició una conversación sobre los tiempos, las modas y los lugares públicos, en el curso de la cual los dos grupos se unieron. Comenzó con *sir Clement* preguntándole a la señora *Mirvan* y a mí si el *Pantheon* había respondido a nuestras expectativas.

Ambas reconocimos inmediatamente que lo había hecho sobradamente.

—Sí, claro —dijo el capitán—. ¿No pensaría usted ni por un momento que admitirían lo contrario, verdad? Cualquiera que sea la moda, deben mostrarse entusiastas de ella; apuesto a que no declararían jamás que no existe lugar más aburrido que éste.

—Así pues, ¿este edificio —intervino *lord Orville*— no tiene mérito alguno que suavice sus críticas? ¿Su mirada, señor, no puede decir nada a su favor?

—¡La mirada! —exclamó el *lord* (no conozco su nombre)—. ¿Puede haber aquí, quizá, una mirada que encuentre placer contemplando paredes o estatuas muertas cuando las celestiales criaturas vivientes que veo en este momento reclaman toda su admiración?

—Oh, ciertamente —respondió *lord Orville*—. Ningún hombre tendría tan poco juicio como para hacer competir la simetría carente de vida de la arquitectura, por muy hermoso que sea su diseño y sus proporciones, con la animada fascinación de la naturaleza: pero cuando en ciertas ocasiones, como la de esta noche, se da la circunstancia de que al mismo tiempo y con un solo golpe de vista, la mirada es deslumbrada con toda la excelencia del arte y con toda la perfección de la naturaleza, no creo que una u otra sufran al contemplarse juntas.

—Le concedo, señor —respondió *sir Clement*—, que el frío ojo de la lúcida filosofía pueda observar a ambas con igual aplomo y atención; pero cuando el corazón no se encuentra bien protegido, está abocado a interferir volviendo insípidas y poco interesantes, incluso a la mirada, todas las cosas salvo una.

—Claro, claro —exclamó el capitán—. Puede decir lo que quiera sobre este ojo o el otro y, no hay duda de que tiene dos..., pero todos sabemos que miran inadecuadamente en una sola dirección.

—Muy lejos de mi intención —dijo *lord Orville*— contradecir el poder *magnético* de la belleza que arrastra y atrae de un modo irresistible a cualquiera que tenga alma y un poco de sensibilidad y me siento orgulloso de reconocer que, aunque hoy no existan más *divinidades* que ocupen un edificio construido a propósito para ellas, sin embargo nos hemos asegurado su *mejor mitad* porque hay diosas a las que todos reverenciamos muy gustosamente.

Y en este punto, y con cómica expresión hizo una profunda reverencia a las damas.

—Deben ser realmente diosas —comentó el capitán— porque son mortalmente

caras de mirar. Sin embargo, estaría feliz de comprobar que es posible ver entre ellas un solo rostro por el cual merezca la pena pagar media guinea por el espectáculo.

—¡Media guinea! —exclamó de nuevo aquel *lord*—. Yo daría la mitad de todo lo que poseo por ver simplemente una, a cambio de que pueda elegir yo. Y, por favor, díganme de qué modo se puede emplear mejor el dinero si no al servicio de bellas mujeres.

—Si las señoras que le acompañan disculpan el discurso del capitán —dijo *sir Clement*—, creo que tiene justamente el derecho al perdón de todos.

—Por tanto depende, como no dudo que así sea —dijo *lord Orville*—, de la universal dulzura del género femenino; pero en cuanto a las señoras del grupo del capitán, pueden perdonarle fácilmente ya que no pueden sentirse ofendidas.

—Sin embargo deben tener una maldita buena opinión de sí mismas —comentó el capitán— para creer todas esas cosas. De cualquier modo, me encantaría que si alguno de ustedes es diestro en estos asuntos, me dijera qué clase de diversión puede encontrar en un lugar como éste, alguien que ya esté cansado de dar caza a hermosos rostros.

Todos rieron pero ninguno habló.

—Vamos, miren allí ahora —continuó el capitán—. ¡Se encuentran todos en un punto muerto! Ni siquiera uno de ustedes es capaz de responder a esta pregunta. Vamos, entonces debo tener el valor de concluir que todos ustedes vienen aquí con el único propósito de deleitarse con rostros hermosos; aunque, a decir verdad, la mitad son feos y por lo que se refiere a la otra mitad creo que no son en absoluto obra de la naturaleza.

—No nos toca a nosotros decidir —dijo el señor Lovel (acariciando sus galas y bajando la mirada)— el motivo que trae aquí a las damas, señores, pero en cuanto a nosotros, indudablemente no tenemos otra finalidad que admirarlas.

—Si no me equivoco —exclamó el capitán (mirándole seriamente a los ojos)— es usted la misma persona que vimos en la representación de *Love for Love* la otra noche, ¿no es cierto?

El señor Lovel inclinó la cabeza.

—Entonces, señores —prosiguió él con una sonora risotada—, tengo que contarles una anécdota realmente excelente: ¡una vez concluido el espectáculo, tan cierto como que están ustedes aquí, preguntó qué comedia se había representado! ¡Ja, ja, ja!

—Señor —respondió el señor Lovel sonrojándose—. Si fuera usted un hombre de ciudad como yo —lo cual presumo no sea precisamente su caso— imagino que no encontraría tan divertida una circunstancia tan corriente.

—¡Corriente! ¡Vamos, que es corriente! —repitió el capitán—. Y bien, entonces, ¡por Jorge!, es más adecuado mandar a todos estos tipos a la escuela y meterlos en vereda con un gato de nueve colas<sup>[34]</sup>, que hacerles meter la cabeza en un teatro. Vamos, hoy por hoy una comedia es la única cosa que aún conserva un grano de



sentido común porque por lo que se refiere a cualquier otro espectáculo, figúrense, incluso aún todos juntos, ¡no daría por ellos ni tan siquiera esto! —dijo chasqueando los dedos—. Y ya metidos en estos temas, también tenemos esas óperas líricas tuyas... Me gustaría saber qué argumentos pueden aducir en su favor.

Lord Orville, que era la persona más adecuada para responder, parecía pensar que no merecía la pena discutir sobre un asunto sobre el cual el capitán ni entendía ni sentía. Así que volviéndose hacia nosotras, dijo:

—Las señoras están muy silenciosas, parece que los hombres hemos monopolizado una conversación con la cual nos convertimos más en enemigos nuestros que suyos. Pero —dirigiéndose a la señorita Mirvan y a mí— ardo en deseos de escuchar la opinión de estas jóvenes damas para quienes todos los espectáculos deben ser aún una novedad.

Ambas, y con gran vehemencia, declaramos que habíamos disfrutado más en la ópera que en cualquier otro espectáculo, pero mejor hubiéramos estado calladas porque el capitán, muy enojado, dijo:

—¿Qué significa preguntar a las muchachas? ¿Acaso cree que saben si quiera qué cosa pensar? Pídales su opinión sobre cualquier representación y créame, le dirán que es excepcional. Son sólo una bandada de papagayos y hablan de memoria porque dicen todas lo mismo, pero pregúnteles si les gusta hacer tartas o dulces y verá como cierran la boca. En cuanto a los espectáculos del teatro de la ópera, ruego no volver a escuchar que aprecian estas tonterías. Y en cuanto a ti, Moll —dirigiéndose a la hija—, te ordeno, dado que tienes en alta estima mi cariño, no volver a cometer la impertinencia de manifestar una opinión personal en mi presencia. Ya tenemos bastantes locos en este mundo como para que tú aumentes el número. No toleraré que mi propia hija imite como un mono de repetición todos esos caprichos. Es una vergüenza que no las hagan callar; y si me dejaran actuar a mi modo, no habría magistrado en la ciudad que no recibiera un golpe en la cabeza por haberlos permitido. Si tienes en mente hacer un elogio sobre cualquier cosa, está bien, puedes hacerlo con una comedia y será bien recibido, porque también a mí me gusta.

Este reproche fue suficiente para hacernos callar a ambas por el resto de la velada. Es más, en realidad, durante algunos minutos hizo enmudecer a todo el mundo, hasta que el señor Lovel, no dejando pasar una oportunidad de restituir el sarcasmo del capitán, dijo:

—Vamos señor, en verdad, es perfectamente natural contentarse con aquello que nos es más familiar y creo que de todas nuestras diversiones no hay una más común para nosotros y para la gente de campo que una comedia. No existe aldea que no tenga sus graneros y sus cómicos, y por lo que se refiere a la historia que se representa sobre el escenario, puede ser ejecutada perfectamente en cualquier lugar. Y también respecto a *nosotros* y a los *canaille*, confinados como estamos en el interior del semicírculo de un teatro, no existe lugar donde la distinción sea menos evidente.

Mientras el capitán parecía reflexionar sobre el significado de aquello que había

dicho el señor Lovel, *lord* Orville, probablemente con intención de que no lo encontrara, cambió el discurso hablando del Museo de Cox y preguntándole qué pensaba de él.

—¡Pensar! —respondió—. Vamos, mi opinión es que ni siquiera merece la pena pensar en ello. No me gustan estas tonterías. Creo que únicamente pueden entretener a los monos... aunque, por lo que sé, también arrugarían la nariz ante esas cosas.

—¿Podemos pedir la opinión de su señoría? —preguntó la señora Mirvan.

—El mecanismo —respondió él— es maravillosamente ingenioso; lamento que no saquen mejor partido de él. Su sustancia es tan frívola, tan alejada de cualquier fin constructivo o útil que la contemplación de un espectáculo tan hermoso solo deja una amarga reflexión: que tanto trabajo e ingenio no hayan sido mejor empleados.

—La verdad es —dijo el capitán— que en toda esta enorme ciudad, con tantas y tal variedad de personas, no existe un solo lugar público, aparte del teatro de prosa, donde un hombre, es decir, un hombre que sea un hombre, pueda dejarse ver sin avergonzarse. El otro día me obligaron a ir al *ridotto*; pero pasará mucho tiempo antes de que me convenzan para volver. No sabía qué hacer, como si la gente de mi nave se hubiera transformado en una manada de franceses. Y luego tenemos ese famoso Ranelagh, sobre el que se cuentan tantas historias... Pero ¡qué lugar tan aburrido!... Es el peor de todos.

—¡Ranelagh aburrido!... ¡Ranelagh aburrido! —se propagó como un eco de boca en boca y todas las señoras, casi al unísono, clavaron sus miradas en el capitán expresando el más irónico de los desprecios.

—En cuanto a Ranelagh —dijo el señor Lovel— indudablemente y aunque el precio es plebeyo, no está en absoluto en consonancia con los gustos plebeyos. Requiere un cierto conocimiento de las reglas del gran mundo y... y... y un poco de... de... un poco *d'un vrai goût* para apreciar realmente sus méritos. Las personas cuyas... cuyas amistades y demás no se encuentran entre *les gens comme il faut* no pueden sentir más que *ennui* en un lugar como Ranelagh.

—¡Ranelagh! —exclamó *lord* \*\*\*—. Oh, es el lugar más divino que existe bajo el cielo... o... de lo que yo conozco...

—¡Oh, pobre criatura! —exclamó una dama joven y bonita, aunque demasiado petulante, dándole golpecitos con el abanico—. No debe usted hablar de ese modo, sé lo que trata de decir, pero realmente no quiero permanecer más tiempo sentada junto a usted si continúa mostrándose tan malvado.

—¿Y cómo se puede estar sentado justo a usted y ser bueno? —respondió aquél— ¿Cuándo el simple hecho de mirarla es suficiente para volver malvada a una persona... o al menos desear serlo?

—¡Qué vergüenza, señor mío! —rebatía ella—. Es usted verdaderamente insoportable. No creo que le vuelva a hablar en los próximos siete años.

—¡Qué metamorfosis —exclamó *lord* Orville— si pretende hacer de su señoría un patriarca!

—Siete años —dijo el otro—. Querida señora, conténtese con decirme que no me hablará después de pasados siete años y yo trataré de conformarme.

—Oh, muy bien, señor mío —respondió la mujer—; por favor, fije usted una fecha cercana para que dejemos de hablarnos y le prometo acatar cuanto disponga.

—Debe saber, querida señora —contestó él mientras bebía el té—, debe saber que sólo vivo en su presencia.

—Oh sí, mi señor, lo sé desde hace tiempo. Pero empiezo a temer que esta noche se está haciendo tarde para Ranelagh.

—Oh no, señora —dijo el señor Lovel mirando su reloj—, apenas pasan unos minutos de las diez.

—¡Sólo! —exclamó ella—. Oh, entonces podemos ir perfectamente.

Entonces todas las señoras se levantaron declarando que no había tiempo que perder.

—¡Pero qué diablos! —dijo el capitán inclinándose hacia adelante con los brazos apoyados en la mesa—. ¿Realmente tienen intención de ir a Ranelagh a esta hora de la noche?

Las mujeres se miraron y sonrieron.

—¿A Ranelagh? —exclamó *lord* \*\*\*—. Sí, y espero que usted también venga porque no podremos eximir a estas señoras en absoluto.

—¿Yo a Ranelagh? Si lo hago que sea...

Todos se habían levantado y el *lord* desconocido, acercándose me dijo:

—Espero que usted venga.

—No, mi señor, creo que no.

—Oh, usted no puede, no debería ser tan cruel.

Y tomando mi mano prosiguió con tan hermosas palabras y halagos que muy bien podría yo haber pensado que era una divinidad y él un simple pagano que me adoraba. Apenas me fue posible retiré la mano, pero él, en el curso de la conversación, se las ingeniaba continuamente para tomarla de nuevo aunque aquella situación a mí me resultaba realmente desagradable, sobre todo porque veía que *lord* Orville tenía su mirada clavada en nosotros con tal seriedad que me hacía sentir incómoda.

Definitivamente, mi querido señor, fue un gran atrevimiento por parte de este *lord*, a pesar de su rango, tratarme con tanta familiaridad. En cuanto a *sir* Clement, parecía haber caído en las garras de la infelicidad.

Todos intentaron convencer al capitán de que se uniera al grupo de Ranelagh y este *lord* me dijo, susurrando, que ir sin mí *le desgarraba el corazón*.

Durante esta conversación el señor Lovel se puso ante mí y, con fingida sorpresa, me hizo una reverencia y se informó sobre mi salud, para después declarar, por su honor, que no me había visto hasta entonces, pues de lo contrario me habría presentado sus respetos.

Aunque su amabilidad era evidentemente forzada, de algún modo me sentía

tranquila pues sabía que nada tenía que temer de él.

El capitán, lejos de escuchar los discursos encaminados a convencerle de ir con ellos a Ranelagh, se mostraba encolerizado por la propuesta y manifestó que prefería meterse en el *agujero negro de Calcuta*<sup>[35]</sup>.

—Pero —dijo *lord \*\*\**— si las señoras toman el té en Ranelagh, tenga por seguro que haremos que regresen a casa sanas y salvas ya que nos sentiremos todos muy orgullosos de tener el honor de acompañarlas.

—Puede que sea así —respondió el capitán—, pero sólo le diré una cosa: si ninguno de estos lugares es suficiente para ellas esta noche, mañana no verán ni tan siquiera uno.

Inmediatamente declaramos estar listas para regresar a casa.

—No es por usted que suplicamos —dijo *lord \*\*\**— sino por *nosotros*; si tiene un poco de misericordia, no sea tan cruel de negarnos este placer; simplemente le imploramos que alargue nuestra felicidad durante un rato... el favor es insignificante para usted que lo otorga, pero inmenso para quienes lo recibimos.

—A decir verdad —dijo el capitán enojado—, creo que no debería adular así a las muchachas: para ellas será palabra de evangelio. En cuanto a Molly, es bonita pero nada de extraordinario, aunque quizá pudiera persuadirla de que esa nariz de cachorrito es el último grito. Y en cuanto a la otra, vamos, es nívea y sonrosada, cierto, ¿y qué? Acabará marchitándose como el resto.

—¿Existirá —exclamó *lord \*\*\**— algún otro hombre en esta sala que ante estas criaturas pueda hacer un discurso como éste?

—Respecto a eso —rebatió el capitán—, no sé si existirá y para serle sincero, no me importa; porque no tengo intención de imitar a todos esos tipos de buena suerte que no se atreven a decir que su alma les pertenece y que, por lo que yo sé, ni tan siquiera tienen una. Me avergüenzo de mis compatriotas casi como si fuera francés y, dentro de mi corazón, siento que entre ellos no hay ni uno solo que merezca la pena, y que no pasará mucho tiempo antes de que escuchemos a los marineros hablar con esa jerga y contemplemos a un grumete ir por ahí con una redecilla para su peluca y una espada.

—¡Je, je, je, por mi honor! —exclamó el señor Lovel—. La gente de mar como usted juzga de un modo muy severo.

—¡Severo! ¡Por Jorge!, es imposible porque, resumiendo, los hombres, como ellos mismos se definen, no son mejor que los monos y en cuanto a las mujeres, vamos, son simples muñecas. Así que ya conoce mi opinión sobre este asunto; y de este modo le deseo buenas noches.

Las señoras, que estaban impacientes por marcharse, hicieron su reverencia y se fueron precipitadamente, seguidas de todos los caballeros del grupo, excepto el *lord* que mencioné anteriormente y *lord* Orville, que se quedó para informarse por la señora Mirvan sobre los detalles de nuestra partida de la ciudad. Luego, dirigiéndose con su habitual educación a cada una de nosotras, se despidió con aire serio.

*Lord \*\*\** se quedó algunos minutos más, los cuales pasó haciéndome todo tipo de halagos, impidiéndome escuchar claramente aquello que decía *lord Orville*, para mi gran irritación, sobre todo porque parecía —o al menos así creo— que estaba molesto con su extraño comportamiento hacia mí.

Al dirigirme a una sala exterior<sup>[36]</sup> para esperar al carruaje, caminé —sin poder evitarlo— entre este caballero y *sir Clement Willoughby*. Después, cuando el criado anunció que el coche había llegado, si bien el segundo me ofreció su mano —la cual hubiera preferido a la del otro—, aquel mismo *lord* me la aferró sin ceremonia alguna y *sir Clement*, extremadamente irritado, acompañó a la señora *Mirvan*.

¡Qué extrañamente diferentes pueden llegar a ser los caracteres en todas las castas y condiciones sociales! *Lord Orville*, con una educación que no tiene fisuras y sin hacer distinciones, es modesto y sin pretensiones, como si nunca hubiera frecuentado a los grandes e ignorase completamente los títulos que posee; este otro *lord*, aunque pródigo en elogios y hermosos discursos, parece totalmente ajeno a la buena educación; cualquiera que sea capaz de golpear su fantasía monopoliza toda su atención. Es audaz e impertinente, tiene una actitud altiva con los hombres y una mirada libertina con las mujeres y la conciencia de su propia condición social parece haberle otorgado una libertad para dirigirse a ambos sexos que roza la vulgaridad.

Volvimos a casa deprimidos: la diversión nocturna había contrariado al capitán y su contrariedad turbaba, creo, a todos.

Y aquí pensaba haber concluido mi carta; pero sorprendentemente acabamos de recibir una visita de *lord Orville*. Ha venido, según dijo, para presentar sus respetos antes de que partiéramos y ha manifestado gran interés por saber si regresaremos; y cuando la señora *Mirvan* le ha contestado que nos íbamos al campo sin perspectiva alguna de abandonarlo, expresó su decepción con tales términos —tan educados, tan halagadores, tan serios— que acabó contagiándome su disgusto.

Si tuviera que regresar en este momento a *Berry Hill*, no sentiría más que alegría, pero ahora que se han unido a nosotros este capitán y *madame Duval*, debo admitir que espero poco disfrute de *Howard Grove*.

Antes de que *lord Orville* se fuera, también nos visitó *sir Clement Willoughby*. Estaba más serio que nunca e intentó en varias ocasiones hablar conmigo en voz baja para confesarme que el pesar que le causaba nuestra marcha era única y exclusivamente por mí. Pero yo no estaba de humor y no soportaba que me atosigara. Sin embargo, le hizo tan bien la corte al capitán *Mirvan* que consiguió que éste le invitase acaloradamente a *Grove*. Lo cual le serenó... y justo en ese momento *lord Orville* se despidió.

No hay duda de que le molestó esta inoportuna y maleducada parcialidad porque efectivamente fue totalmente incorrecto hacer una invitación ante *lord Orville* sin incluirle a él. Me enfadé tanto que, apenas se marchó, salí de la habitación y no tengo intención alguna de bajar hasta que *sir Clement* se haya ido.

Seguramente *lord Orville* haya advertido sus asiduos intentos de congraciarse

conmigo, y esta extravagante cortesía del capitán Mirvan ¿no le dará motivos para pensar que aquel hombre cuenta con nuestra aprobación general? No puedo pensar en ello sin que me asalte una indescriptible inquietud... y sin embargo, no puedo pensar en otra cosa.

*Adieu*, mi queridísimo señor. Por favor, escríbame inmediatamente. ¡Cuántas y extensas cartas han provocado estas dos breves semanas! Más de las que, probablemente, podré escribir jamás; temo haberle fatigado con su lectura, pero ahora tendrá tiempo de descansar porque en el futuro tendré bien poco que contar.


¿Ahora, honradísimo señor, con todos los disparates e incorrecciones que hasta este momento le he relatado fielmente, aún me permitirá, con su imperturbable bondad, firmar como su devota y afectuosísima,

Evelina?

## CARTA XXIV

### *Del señor Villars a Evelina*

Berry Hill, 22 de abril

uánto me alegro de poder remitir nuevamente mis cartas a Howard Grove! Mi Evelina se habría entristecido si hubiera sido consciente de la ansiedad que he sentido durante su estancia en el *gran mundo*. Mis temores han sido indescriptiblemente preocupantes y tu diario, que al mismo tiempo suscitaba y aplacaba mis miedos, me ha mantenido muy ocupado desde el momento en que lo has datado desde Londres.

*Sir* Clement Willoughby debe de ser un hombre astuto e insidioso; estoy extremadamente enojado con su conducta. La pasión que finge por ti no es ni sincera ni honorable: el modo y las ocasiones que ha elegido para declararla rozan el insulto.

Su indigno comportamiento tras la ópera me ha convencido de que, si tu vehemencia no le hubiera asustado, Queen Ann Street habría sido el último lugar hacia el cual habría dirigido el carruaje. ¡Oh, mi niña, qué agradecido estoy de que te encuentres sana y salva!

No creo necesario dilatarme sobre tu imprudencia y falta de agudeza por haberte confiado tan incautamente a un hombre que apenas conoces y cuya hilaridad y superficialidad deberían haberte puesto en guardia.

El noble caballero que conociste en el Pantheon, audaz e impertinente como tú lo has descrito, no me asusta: una persona que se presenta tan abiertamente como un libertino y que conduce sus asaltos con tan poco decoro no puede ser tomado en consideración por una mente como la de mi Evelina, sino con el disgusto propio que sus modales deben provocar.

Pero *sir* Clement, aunque siempre busca una oportunidad para provocar una verdadera ofensa, se las ingenia para evitar cualquier apariencia de maldad. Es mucho más peligroso porque es más astuto, pero me siento feliz de comprobar que no ha calado en tu corazón y así un poco de atención y prudencia te protegerán de los planes que me temo se ha hecho.

*Lord* Orville parece pertenecer a una categoría mejor de hombres. Su enérgica conducta hacia el mezquino e impertinente Lovel y su ansia por ti tras la ópera demuestran que es un hombre con sentido común y gran sensibilidad. Indudablemente se percató de que había motivos para temer por tu seguridad mientras estabas expuesta al arbitrio de *sir* Clement y reaccionó con verdadero honor —lo cual me predispone a pensar siempre bien de él— informando inmediatamente a

la familia Mirvan de tu situación. Muchos hombres de su edad, por una falsa y pretendida delicadeza del concepto de amistad, habrían continuado tranquilamente con sus quehaceres y considerado más honorable dejar a una joven criatura privada de sospechas a merced de un libertino antes que arriesgarse a sufrir su ira al adoptar medidas que garantizaran la seguridad de dicha jovencita.

Tu evidente pena al abandonar Londres es totalmente natural; y sin embargo me aflige. Siempre he temido que conocieras los placeres de una vida disipada que la juventud y la vivacidad hacen que sea muy tentadora y casi me arrepiento de haber dado mi consentimiento a este viaje y de no haber mostrado entereza suficiente para oponerme a él.

¡Ay de mí, hija mía! La ingenuidad de tu naturaleza y la sencillez de tu educación te inhabilitan para recorrer los espinosos senderos de ese gran mundo vertiginoso. La presunta opacidad de tu nacimiento y de tu condición social te exponen a millones de desagradables aventuras. No sólo mis expectativas sino también mis esperanzas para tu futuro han girado siempre en torno al campo. Quizá deba decirte que, por mucho que discrepe en muchas cosas con el capitán Mirvan, mi opinión de la ciudad, de sus costumbres, de sus habitantes y de sus diversiones coincide totalmente con la suya. Ciertamente es el refugio del engaño y de la locura, de la hipocresía y de la mala educación; y pocas cosas deseo con mayor fervor que tu despedida para siempre de ella.

Pero recuerda que hablo solo de la vida pública y disipada, pues en las familias y en la vida privada podemos indiscutiblemente encontrar tanta bondad, honestidad y virtud en Londres como en el campo.

Si se contentara con una vida de retiro, espero vivir lo suficiente para ver a mi Evelina convertirse en la joya de estos lugares y en el orgullo y felicidad de su familia: dar y recibir alegría de las personas dignas de su benevolencia, dedicándose a las ocupaciones útiles e inocentes que puedan asegurarle y ser merecedora del más tierno afecto de los amigos y la más honorable satisfacción de su propio corazón.

Éstas son mis esperanzas y tales mis expectativas. No las desilusiones, mi amadísima niña, alégame con unas pocas líneas que me permitan asegurarme que estas pocas y aisladas semanas transcurridas en la ciudad no han arruinado la obra de diecisiete años vividos en el campo.

Arthur Villars



## CARTA XXV

### *De Evelina al reverendo señor Villars*

Howard Grove, 25 de abril

**N**o, mi querido señor, no; *la obra de diecisiete años* se queda como está, aún indigna de su tiempo y de sus esfuerzos, pero no más —o al menos así lo espero— que antes de las semanas que tanto le han alarmado.

Y sin embargo debo confesar que por el momento aquí no soy ni la mitad de feliz que era en la ciudad; pero el cambio no está en mí, sino en el ambiente. El capitán Mirvan y *madame Duval* han arruinado Howard Grove. La armonía que reinaba ha sido turbada, las costumbres interrumpidas, el modo de vivir ha cambiado y nuestro bienestar ha sido destruido. Pero no piense que *Londres* es la fuente de estos males porque si nuestro viaje se hubiera desarrollado en cualquier otro lugar, una intrusión tan desagradable en nuestro círculo familiar habría provocado al regreso el mismo cambio.

Estaba segura de que entraría en cólera con *sir Clement Willoughby*, así que no me sorprende aquello que dice de él, pero en cuanto a *lord Orville*, debo admitir que temía que mi laxo e imperfecto testimonio de él no le hubiera hecho ganar el juicio positivo que tanto merece y que estoy feliz de descubrir que sí parece tener sobre él. ¡Oh señor, si hubiera podido hacer justicia al mérito que considero que tiene, si hubiera conseguido dibujarlo ante *sus* ojos tal y como yo lo veo, entonces se haría una idea del derecho que tiene a su aprobación!

Después de la última carta que escribí en la ciudad no ha sucedido nada digno de mención antes de nuestro regreso aquí, excepto un litigio muy violento entre el capitán Mirvan y *madame Duval*. Dado que el capitán pretendía viajar a caballo, había dispuesto que nosotras cuatro utilizáramos su carruaje. Cuando *madame Duval* llegó a Queen Ann Street hacía ya un rato que el coche esperaba en la puerta; y entonces hizo su aparición acompañada de *monsieur DuBois*.

El capitán, impaciente por partir, no permitió que entraran en casa e insistió en que subiéramos inmediatamente al carruaje. Obedecimos, pero apenas habíamos tomado asiento cuando *madame Duval* dijo:

—Venga, *monsieur Du Bois*, estas señoritas pueden hacerle un poco de espacio: apretújense, muchachas.

La señora Mirvan parecía más bien confusa y *monsieur Du Bois*, tras excusarse por las molestias causadas, subió finalmente al coche, del lado donde nos encontrábamos la señorita Mirvan y yo. Pero nada más sentarse, el capitán, que había

observado en silencio esta maniobra, se acercó a la portezuela del carruaje diciendo:

—¿Y entonces? ¿Sin pedir ni licencia ni permiso?

*Monsieur* Du Bois parecía más bien turbado y comenzó a disculparse profusamente, pero el capitán, que no le entendía y ni siquiera le miraba le dijo muy rudamente:

—Escúcheme un momento, *monsieur*, por lo que sé podría tratarse de una moda francesa, pero como en cualquier país rige la norma del *Dar y Recibir*, mire, le mostraré una moda inglesa.

Y aferrándole por las muñecas, le sacó del carruaje.

*Monsieur* Du Bois se llevó inmediatamente la mano a su espada y amenazó con defenderse ante semejante ultraje. El capitán, alzando su bastón, le dijo que la desenvainara por cuenta y riesgo suyo. La señora Mirvan, muy alarmada, bajó del carruaje e interponiéndose entre los dos suplicó a su marido que entrara en la casa.

—¡Basta de charlatanería! —gritó él con rabia—. ¡Qué diablos! ¿Acaso piensa que no soy capaz de domar a un francés?

Mientras tanto, *madame* Duval le vociferaba a *monsieur* Du Bois:

—*Eh, laissez-le, mon ami, ne le corrigez pas; c'est une vilaine bête qui n'en vaut pas la peine.*

—*Monsieur le capitaine* —exclamó *monsieur* DuBois—. *Voulez-vous bien me demander pardon?*



—Oh, ¿suplica perdón, cierto? —respondió el capitán—. No esperaba menos de usted. ¿Así que ha perdido el gusto por un saludo inglés, cierto? —y se le acercó de modo altivo y con mirada desafiante.

La gente comenzaba a agolparse a nuestro alrededor y la señora Mirvan rogó nuevamente a su marido que entrara en la casa.

—¿Pero de qué diablos tiene miedo esta mujer? ¿Acaso ha conocido alguna vez a un francés que no supiera recibir una afrenta? Garantizo que *monsieur* Du Bois sabe perfectamente lo que hace. ¿No es así, *Monsieur*?

*Monsieur* Du Bois, que no le entendía, se limitó a responder:

—*Plait-il, monsieur?*

—No, a mí déjeme de *platos*<sup>[37]</sup> —rebató el capitán—. Además, ¿qué hacemos parlamentando aquí? Si tiene algo que proponer, hable de una vez, de lo contrario déjenos proseguir nuestro viaje sin más alboroto.

—*Parbleu, je n'entends rien, moi!* —exclamó *monsieur* Du Bois, encogiéndose de hombros totalmente confuso.

Entonces la señora Mirvan se acercó y le dijo en francés que estaba segura de que el capitán no tenía intención alguna de agraviarle y le imploró que desistiera de proseguir con un litigio que solamente podía ocasionar ulteriores recíprocos malentendidos, dado que ninguno de los dos conocía la lengua del otro.

Esta sensata petición obtuvo el efecto deseado y *monsieur* Du Bois, haciendo una reverencia a todos excepto al capitán, renunció muy sabiamente a la discusión y se despidió.

En ese punto esperábamos proceder tranquilamente con nuestro viaje, pero el turbulento capitán no nos lo permitió: se aproximó exultante a *madame* Duval y le dijo:

—¿Y qué ha pasado, señora? No me diga que su paladín la ha abandonado. Pero cómo es posible, creía que usted me había dicho que las ancianas damas de la nobleza como usted siempre se salían con la suya con esos dandis franceses.

—Sólo le diré, señor —respondió ella—, que lo que usted piense carece de importancia porque para mí una persona que se comporta de modo tan despreciable puede pensar lo que quiera, que a mí no me importa en absoluto.

—Entonces señora, ya que habla usted con tanta libertad —exclamó él—, haga el favor de decirme con qué derecho ha invitado a uno de sus admiradores a mi carruaje sin mi permiso. Responda.

—Y entonces, señor —rebató ella—, haga el favor de decirme usted la razón por la cual se ha tomado la libertad de tratar a ese caballero de un modo tan desconsiderado aferrándolo y arrastrándolo fuera sin contemplaciones. Estoy convencida de que no ha hecho nada que le haya podido ofender ni a usted ni a nadie; y no sé qué daño podría haber ocasionado sentándose en su carruaje; le aseguro que no se lo habría comido.

—¿Acaso piensa que mis caballos no tienen otra cosa que hacer que pasear a sus franceses llorones? En ese caso, señora, se equivoca porque antes prefiero verlos ahorcados.

—¡Entonces peor para usted! Porque nunca han llevado a una persona que valga si quiera la mitad que él.

—Escuche esto, señora. Si pretende provocarme le diré claramente lo que pienso: debe usted saber que soy muy capaz de reconocer un secreto como nadie, así que si tenía pensado endosarme a uno de sus remilgados cachorros franceses como yerno, lo lleva usted claro... Eso es todo.

—Señor, es usted un... No, no diré lo que es usted. Pero le aseguro que jamás he tenido esa intención y mucho menos *monsieur* DuBois.

—Querido mío —dijo la señora Mirvan—, se está haciendo tarde.

—Bueno, bueno —respondió él—. Pónganse en marcha entonces. Vayan lo más velozmente posible, van con el tiempo justo. En cuanto a Molly, en buena conciencia, es ya toda una señora; no quiero que ninguno de sus franceses la eche a perder.

Y diciendo esto montó su caballo y nosotras partimos, sin poder evitar pensar con

gran pesar en los sentimientos que nos provocaba nuestra marcha de Londres; ¡tan distintos de aquellos que nos habían acompañado a nuestra llegada!

Durante el trayecto *madame* Duval se mostraba tan violenta contra el capitán que la señora Mirvan se vio obligada a pedirle amablemente que, en su presencia, eligiera otro tema de conversación.

¡Fuimos recibidas con gran cariño por *lady* Howard!, cuya bondad y hospitalidad nunca faltan para hacer felices a todos aquellos que estén dispuestos a serlo.

*Adieu*, mi queridísimo señor. Espero, aunque hasta ahora no lo haya mencionado, que haya presentado mis respetos a todos aquellos que hayan preguntado por mí.

## CARTA XXVI

### *De Evelina al reverendo señor Villars*

Howard Grove, 27 de abril

**O**h, mi querido señor, le escribo presa de un enorme disgusto! *Madame* Duval ha hecho una propuesta que me ha aterrorizado mortalmente y que ha sido tan inesperada como sorprendente.

Esta tarde estuve dedicada durante horas a leer las cartas de Londres y, a la hora del té, me mandó llamar a su habitación y con expresión satisfecha me dijo:



—Ven aquí, niña, tengo muy buenas noticias para ti. Es algo que te sorprenderá,

te doy mi palabra, porque no te lo puedes imaginar.

Le pedí por favor que se explicara y así, con términos que no puedo repetir, dijo que pensaba que era una vergüenza que fuera una criatura tan rústica y modesta, cuando debería ser una dama de calidad; y que en diferentes ocasiones había hecho que se ruborizara, aunque tenía que admitir que no era culpa mía porque no se podía esperar algo mejor de una muchacha que había transcurrido su vida de un modo tan recluido. Pero me aseguró que había discurrido un plan que haría de mí una criatura completamente distinta.

Esperé, sin mucha impaciencia, para escuchar a dónde conducía aquella introducción; pero pronto suscitó en mí reacciones más vivaces cuando me informó que era su intención demostrar mi derecho de nacimiento y reclamar, conforme a la ley, ¡la herencia de mi verdadera familia!

Me resulta imposible describir mi gran consternación cuando finalmente me explicó su proyecto. La sorpresa y el terror me abrumaron a partes iguales. No podía pronunciar palabra, simplemente la escuchaba en silencio, un silencio que no fui capaz de romper.

Ella continuó dilatándose con mucho ardor sobre las ventajas que obtendría con su plan; hablaba con grandilocuencia de mi gloria futura; me aseguró que debería tratar con desprecio a casi todas las personas y cosas que había visto hasta ese momento; me anunció un matrimonio con alguno que perteneciera a una familia de categoría y finalmente dijo que tendría que pasar algunos meses en París donde mi educación y mis modales recibirían un retoque definitivo También se extendió sobre la felicidad de la que gozaría, junto a mí, al mortificar el orgullo de ciertas personas y al mostrarles que a ella no se le podía faltar al respeto impunemente.

En medio de este hermoso discurso el requerimiento para el té fue una liberación para mí. *Madame* Duval tenía la moral alta, pero mi angustia era demasiado grande para que consiguiera esconderla y todos se interesaron por el motivo que la provocaba. Gustosamente habría desviado el tema, pero *madame* Duval estaba decidida a hacerlo público. Contó que tenía en mente *hacer alguien de mí* y que pronto debería comenzar a llamarme con un nombre que no fuera Anville, pero que aún no tenía intención de que su niña contrajera matrimonio.

No soportaba seguir escuchándola y estaba a punto de abandonar la habitación, cuando *lady* Howard se percató y rogó a *madame* Duval que pospusiera el discurso para otra ocasión, pero ésta estaba tan ansiosa de comunicar su proyecto que no atendió a razones y así dejaron que me fuera sin oponerse. En verdad, cada vez que *madame* Duval habla de mi situación o sobre mis asuntos, lo hace con una franqueza tan cruel, que no conozco mayor tortura que aquella de escucharla.

Más tarde la señorita Mirvan me puso al corriente de algunos particulares, como que *madame* Duval les había informado de su plan con gran complacencia y parecía considerarse muy afortunada de haberlo concebido, pero poco después se le escapó decir que había sido inducida por sus parientes, los Branghton, cuyas cartas, recibidas

hoy mismo, mencionaban por vez primera la propuesta. Declaró que no quería saber nada de *procedimientos oblicuos*, pero que acudiría abierta e inmediatamente a la ley para demostrar mi nacimiento, mi verdadero nombre y mi derecho al patrimonio de mis antepasados.

¡Qué impertinencia y qué intromisión por parte de estos Branghton, qué manera de inmiscuirse en mi vida! No se imagina las molestias que este proyecto ha acarreado a la familia. El capitán, sin haberse informado sobre los detalles de la historia, se declaró perentoriamente en desacuerdo simplemente porque era una propuesta de *madame Duval*, y los dos debatieron la cuestión con gran violencia. La señora Mirvan dice que no quiere ni *pensar* en ello hasta que no conozca su opinión. Pero *lady Howard*, para mi sorpresa, apoya abiertamente los planes de *madame Duval*: en cualquier caso, será ella misma quien escriba sus razones y sensaciones sobre el tema.

Por lo que se refiere a la señorita Mirvan, es igual que yo y tiene mis mismas esperanzas y temores. En cuanto a *mí...* no sé qué decir y menos qué esperar. A menudo pienso que mi situación es particularmente cruel: tener un solo progenitor y que éste te destierre para siempre. Pero por otra parte, siempre he tenido clara la conveniencia de la separación. ¡Y sin embargo, puede usted imaginarse, mucho mejor de lo que yo puedo expresar, la angustia interior que a veces me oprime el corazón cuando reflexiono sobre la extraña indiferencia que hace que un padre no se interese ni mínimamente por la salud, el bienestar e incluso la vida de una hija!

¡Oh, señor, para mí, esta pérdida es insignificante! Con generosidad, dulzura y grandísima benevolencia me ha salvaguardado de esta sensación; ¡pero en realidad es por él por quien siento lástima...! Estaría privada no sólo de cualquier piedad filial sino incluso de toda humanidad si pensara en ello sin sentirme herida en lo más profundo de mi alma.

Debo repetir nuevamente que no sé qué debo *esperar*, así que piense usted en mi lugar, queridísimo señor, y permita que mi mente confusa, que no sabe a qué camino dirigir sus esperanzas, sea guiada por su sabiduría y por sus infalibles consejos,

Evelina



## CARTA XXVII

### *De lady Howard al reverendo señor Villars*

Howard Grove



Querido señor:

No puedo dar prueba mayor de la elevada opinión que tengo de su sinceridad, que con la libertad que estoy a punto de tomarme, osando ofrecerle un consejo referente a una cuestión sobre la cual tiene usted el más justo derecho de actuar con total soberanía: pero sé que siente un aprecio por la justicia demasiado natural como para ser parcialmente tenaz en su discernimiento.

*Madame* Duval ha anunciado un proyecto que nos ha dejado a todos conmocionados y contra el cual, al principio, junto al resto de la familia, protesté; pero tras una madura consideración, debo reconocer que mis objeciones han desaparecido casi en su totalidad.

Este proyecto no supone otra cosa que la puesta en marcha de una causa contra *sir* John Belmont para demostrar la validez de su matrimonio con la señorita Evelyn; la necesaria consecuencia de esta demostración será la certeza del patrimonio y de sus propiedades para la hija.

¿Y por qué, querido señor, esto no debería suceder? Sé que, escuchándolo por vez primera, este plan le habrá inspirado únicamente ideas turbadoras, pero también sé que su mente es demasiado extraordinaria como para dejarse guiar por prejuicios o para oponerse a una causa importante por unas pocas y desagradables circunstancias concomitantes.

Su adorable pupila, que ahora está haciendo su entrada en la vida, tiene méritos que no deberían quedar sepultados en la oscuridad. Parece haber nacido para servir de ornamento al mundo. La naturaleza ha sido generosa con ella en todo aquello que podía ofrecerle, y la particular atención que usted ha prestado a su instrucción ha formado su mente con una perfección que casi nunca he visto en una persona tan joven.

Únicamente la suerte ha sido hasta ahora avara con ella, pero ahora incluso esta abre el camino que conduce a todo cuanto queda por desearle a la muchacha.

Ignoro cuáles pueden haber sido sus razones, buen señor, para esconder con tanto celo el nacimiento, el nombre y los derechos de esta bondadosa muchacha y para que se abstenga de ejercer cualquier tipo de reivindicación contra *sir* John Belmont. Sin conocerle, le respeto por la elevada opinión que tengo de su índole y de su capacidad de juicio, pero espero que no sean insuperables porque no puedo evitar pensar que no

está escrito que una persona que parece destinada a adornar el mundo deba consagrarse a una vida de retiro.

*Sir* John Belmont, aun cuando esté demostrado que es un canalla, cuando vea a su hijita, tan bien educada, no podrá evitar sentirse orgulloso de reconocerla como propia y ansioso de garantizarle la herencia de su patrimonio. Ha sido tal la admiración que ha suscitado en la ciudad, aunque originada simplemente por su atractivo exterior, que la señora Mirvan me asegura que habría recibido las mejores ofertas, si no hubiera indicios de un misterio en torno a su nacimiento; un misterio que en multitud de ocasiones, y sin embargo en vano, se ha tratado de desvelar.

¿Es justo, querido señor, que esta joven y prometedor criatura sea privada de un patrimonio y de un rango social a los cuales tiene legalmente derecho y a la cual usted ha preparado para llevar y usar de un modo tan noble? El desprecio por las riquezas puede en efecto ser una posición filosófica, pero saber dispensarlas de un modo digno es definitivamente más ventajoso para la humanidad.

Esperar algunos años o incluso un período de tiempo más breve podrían hacer que este proyecto fuera irrealizable: *sir* John, aun siendo joven todavía, lleva una vida demasiado disoluta que no le hará llegar a la vejez y, cuando ya sea tarde, podremos arrepentirnos de no haber actuado porque, después de muerto, será casi imposible establecer o demostrar algo de esto con sus herederos o ejecutores.

Perdone la franqueza con la que escribo mi opinión sobre este asunto, pero su fascinante pupila me ha inspirado una amistad tan cálida que no puedo permanecer indiferente a un argumento de tal envergadura para su futura existencia.

*Adieu*, querido señor; envíe urgentemente su respuesta a esta petición y créame etc.,

M. Howard

## CARTA XXVIII

### *Del señor Villars a lady Howard*

Berry Hill, 2 de mayo

**S**u carta, señora, ha abierto la puerta a una angustia a la que miro con temor y casi no me atrevo a esperar a que se aplaque. Debo insistir en mi oposición ante la opinión de su señoría y, en efecto, no puedo hacerlo sin recurrir a argumentos que, en una época como ésta, creo que me harán aparecer ante sus ojos como un asceta ignorante del mundo y acostumbrado sólo a mi celda, más que como un tutor adecuado para una joven mujer llena de virtudes. Y sin embargo, interrogado, es necesario que explique y trate de defender las razones por las cuales me he guiado hasta ahora.

La madre de esta querida muchacha —que fue llevada a la destrucción por su propia imprudencia, por la dureza de corazón de *madame* Duval y por la perversidad de *sir* John Belmont— fue en un tiempo lo que su hija es ahora: ¡la delicia de mi corazón, y, hasta que mi memoria me lo permita, guardaré con cariño su recuerdo, lo lloraré y honraré! El fatídico día en que su dulce ánima abandonó su morada, y pocas horas antes de que expirase, juré solemnemente que *la hija, si sobreviviera, no conocería otro padre que yo o su esposo legal*.

No piense, señora, que he tenido mucha dificultad para mantener dicha promesa y evitar reclamar nada a *sir* John Belmont. ¿Podría yo quizá sentir el más grande de los afectos paternos por esta joven víctima sin detestar a su destructor? ¿Cree usted que podría querer entregar a aquél, que tan vilmente traicionó a la madre, la débil e inocente prole que, nacida entre tanto dolor, parecía tener derecho a toda la compasiva ternura de la piedad?

Durante muchos años, simplemente el *nombre* de aquel hombre, pronunciado accidentalmente en mi presencia, casi conseguía despojarme de toda caridad cristiana y a duras penas podía reprimir mis deseos de maldecirlo. Y sin embargo jamás habría intentado privarle de la hija, ni tan siquiera habría deseado hacerlo, si se hubiera esforzado, haciendo muestra de algún tipo de contrición o de un poco de humanidad, en volverse menos indigno de tal bendición, pero él es ajeno a cualquier sentimiento paterno y, con feroz insensibilidad, incluso ha evitado informarse sobre la existencia de esta dulce huérfana, aunque las circunstancias de su ultrajada consorte eran bien conocidas para él.

Desea que la ponga al corriente de mis intenciones. Debo reconocer que éstas, tal y como ahora lo veo, no habrían sido honradas con la aprobación de su señoría:

porque si bien es cierto que en alguna ocasión he pensado en presentar a Evelina a su padre y reclamar para ella lo que en justicia le pertenece, por otra parte desestimaba y temía presentar un recurso: ¡lo desestimaba por miedo a que fuera repudiada y lo temía por miedo a que fuera aceptada!

*Lady Belmont*, que estaba firmemente convencida de su inminente partida, me imploró en repetidas ocasiones y con gran ansia que, si daba a luz a una niña, no la abandonara a los cuidados de un hombre tan inadecuado para hacerse cargo de su educación; pero que si fuera insistentemente reclamada, me refugiara con ella en el extranjero y la mantuviera oculta de *sir John* hasta que un evidente cambio en sus sentimientos o en su conducta le declarase menos inapropiado para dicha tarea. Y a menudo me decía:

—Si la pobre criatura heredara los sentimientos de su desdichada madre, nada necesitará mientras permanezca bajo su protección.

¡Ay de mí! ¡Apenas ella la abandonó cayó en un abismo de infelicidad que devoró su paz, su reputación y su misma vida!

Durante la infancia de Evelina tracé un millón de proyectos para garantizar su derecho de nacimiento; pero otras tantas los deseché. Vivía en un eterno conflicto entre el deseo de que se hiciera justicia y el temor de que, mejorando su situación económica, corriera peligro su alma. Sin embargo, a medida que su carácter comenzaba a formarse y su índole a manifestarse, mi incertidumbre disminuía; el camino que ante mí se abría parecía presentarse menos espinoso e intrincado y creí discernir el sendero justo porque, cuando observaba aquella abierta franqueza, la ingenua sencillez de su naturaleza, cuando veía que su alma inocente y privada de malicia imaginaba a todo el mundo puro y desinteresado como ella y que su corazón estaba abierto a las impresiones que el amor, la piedad o el arte pueden provocar, entonces me ilusioné con la idea de que seguir mi instinto y asegurar su bienestar era, efectivamente, una misma cosa; porque exponerla a las insidias y peligros que rodean inevitablemente a una casa en la cual el patrón es un libertino carente de principios, sin la guía de una madre o una mujer prudente e inteligente, me resultaba equivalente a dejarla caer en un pozo terrible cuando el sol está en su cénit. Mi proyecto, por tanto, no ha sido simplemente aquel de instruirla y educarla como si fuera mi propia hija, sino adoptarla como heredera de mi modesto patrimonio y entregarla a un hombre digno junto al cual pudiera transcurrir sus días con absoluta tranquilidad, alegría y buen humor, ajena al vicio, la locura o la ambición.

Esto por lo que se refiere al pasado. Tales han sido las razones que me han guiado; y espero que les conceda el derecho no sólo de explicar sino de justificar la conducta que he tomado. Ahora sólo debemos dejar que el tiempo hable.

Y es aquí, efectivamente, donde tomo conciencia de la dificultad por la que casi desespero de conseguir superar mis deseos. Tengo el máximo respeto por la opinión de su señoría y me siento en extremo apenado de no coincidir con usted; sin embargo conozco tan bien su bondad que puedo presumir que no será del todo imposible para

mí presentar argumentaciones que la induzcan a pensar, como yo, que la posibilidad de una felicidad para esta joven criatura se presenta menos incierta en el ámbito de una vida de retiro que en un mundo frívolo y disipado. Pero ¿por qué tendría que confundir a su señoría con un razonamiento que puede obtener tan poca consideración?

Porque, ¡ay de mí! ¿Qué argumentos, qué persuasiones puedo alegar con perspectiva de éxito, ante una mujer como *madame* Duval? Su carácter y la violencia de su índole me vuelven temeroso: es demasiado ignorante para recibir instrucciones, demasiado obstinada para ceder a súplicas y demasiado débil para razonar con ella.

Por ello no entraré en una disputa de la cual sólo puedo esperar contiendas e impertinencias. Preferiría discutir sobre los efectos del sonido con un sordo o sobre la naturaleza de los colores con un ciego, antes que intentar iluminar a base de convicción una mente tan aberrante, llena de prejuicios y esclava de pasiones anárquicas y mezquinas. Poco acostumbrada como está al control, la persuasión sólo contribuiría a insensibilizarla y la oposición a endurecerla. Me doblego por tanto a la necesidad que obliga a mi rutilante aprobación y ahora dirigiré todos mis pensamientos hacia el modo de conducir esta empresa para que mi niña encuentre la felicidad y su sensibilidad no venga herida.

Por consiguiente desapruedo, de un modo total y absoluto, un proceso legal.

¿Quisiera, mi querida señora, perdonar la libertad de este anciano si me declaro muy sorprendido de que ni por un momento haya podido dar su aprobación a un proyecto tan violento, tan público, tan totalmente repugnante para una sensibilidad femenina? Estoy convencido de que su señoría no ha sopesado bien sus intenciones. Existió un tiempo, en efecto, en el que para defender la inocencia de *lady* Belmont y proclamar al mundo los agravios, que no la culpa, que sufrió, propuse, es más, intenté un proyecto análogo; pero en aquel momento toda ayuda y estímulo me fueron negados. ¡Qué cruel es, por el recuerdo que tengo de sus desprecios, este tardío resentimiento de *madame* Duval! Siempre se ha mostrado sorda a la voz de la *Naturaleza* si bien ha atendido a la voz de la *Ambición*.

Jamás consentiría que se expusiera de ese modo a la atención pública a esta deliciosa y tímida muchacha: un mundo que la sometería a la impertinencia de la curiosidad, a las risas burlonas de las conjeturas y a los agujones del ridículo. ¿Y para qué? Para conseguir una riqueza que la joven no desea y para gratificar una vanidad que no siente. ¡Que una hija comparezca en juicio contra un padre! No, señora, por muy viejo y enfermo que me encontrara, antes preferiría conducirla yo mismo a un remoto rincón del mundo aun estando cierto de que me aguardaba una muerte segura durante el viaje.

Muy diversos fueron los motivos que indujeron a la infeliz madre a tal procedimiento: toda la felicidad de este mundo estaba irreparablemente perdida; la vida se había convertido para ella en un peso y su buena reputación —que desde su infancia le habían enseñado a mantener impoluta por encima de todas las demás cosas

— había recibido una herida mortal. Por tanto, purgar el propio honor y garantizar de cualquier mancha el nacimiento de su criatura era todo el bien que la *Fortuna* se había reservado el *poder* de concederle. ¡Pero incluso este último consuelo le fue negado!

Que se adopten medidas que apelen a su misericordia —ya que así debe ser— y que se reclame a *sir* John Belmont; pero por lo que se refiere a una causa legal, espero que no se vuelva a mencionar en mi presencia.

Con *madame* Duval toda petición de delicadeza sería estéril; a su proyecto nos debemos oponer con argumentaciones más ajustadas a su intelecto. Así que no hablaré de su improcedencia pero me esforzaré en demostrar su inutilidad. Tenga la bondad, por tanto, de decirle que sus intenciones se frustrarían por su propio plan porque si abriera una causa legal, y aunque lograra ganarla, *sir* John Belmont tendría la sartén por el mango y al haberle irritado, conociendo su carácter, liquidaría a su nieta dejándole en herencia tan sólo un sólo chelín.

Deberá permanecer tranquila y ajena a todo este asunto; el viejo y recíproco rencor existente entre ella y *sir* John provocaría que su intromisión desencadenara discusiones y malevolencia. Y tampoco hacer comparecer a Evelina hasta que no sea convocada. Y en cuanto a mí, debo rechazar absolutamente la acción, aunque con indefenso celo dedicaré todas mis energías a darle consejo: pero, en realidad, no tengo ni la voluntad ni la índole idóneas para atacar personalmente a este hombre.

Mi opinión es que él mostraría un mayor respeto por una carta que tratara esta cuestión, remitida por su señoría más que por cualquier otra persona. Y así le aconsejo y confío en que se tomará la molestia de escribirle usted misma para dar inicio a este proyecto. Si él llegara a consentir en ver a Evelina, tengo para él una carta póstuma que la mujer ultrajada escribió para que le fuese entregada, si alguna vez se diera la circunstancia de dicho encuentro.

Las expectativas de los Branghton al sugerir este asunto son obviamente interesadas: ellos esperan, garantizando a Evelina el patrimonio de su padre, convencer a *madame* Duval de que disponga del suyo a su favor. Pero probablemente se equivocan porque las mentes mezquinas muestran siempre una propensión a repartir sus riquezas entre aquellos que nadan en la opulencia y por tanto, cuando menos la nieta necesitara de su asistencia, más feliz se sentiría ella de dársela.

Sólo tengo una cosa más que añadir, y sobre la cual no estoy dispuesto a dar mi brazo a torcer: es necesario atenerse inviolablemente a la palabra que en su momento di solemnemente a *lady* Belmont de que su hija no sería jamás reconocida si no lo fuera a su vez ella misma.


Querida señora, con gran respeto, el más devoto servidor de su señoría,

Arthur Villars

## CARTA XXIX

### *Del señor Villars a Evelina*

Berry Hill, 2 de mayo

ómo simpatizo sinceramente con el pesar y la preocupación que mi amada Evelina tiene tantos motivos para sentir! El cruel proyecto iniciado repugna a partes iguales tanto a mi capacidad de juicio como a mi voluntad... y sin embargo, oponerse parece misión imposible. Para seguir los dictados del corazón debería inmediatamente reclamarte aquí y nunca más consentiría que te separaran de mí, pero las costumbres y opiniones del resto de la gente exigen una conducta bien diferente. Sin embargo, debes tener esperanza y convencerte de que no te sucederá nada indigno. Si no fueras recibida en tu familia como se debiera y con la distinción oportuna, la abandonarías para siempre; ¡y de nuevo bajo mi protección te ganarás la tranquilidad y serás, como siempre hasta ahora, toda la felicidad de mi vida!

Arthur Villars

## CARTA XXX

### *De Evelina al reverendo señor Villars*

Howard Grove, 6 de mayo

**L**a suerte está echada y temblando espero los acontecimientos! *Lady* Howard ha escrito a París y ha enviado su carta a la ciudad para que sea expedida con el correo del embajador, y por tanto, en menos de dos semanas, esperamos recibir una respuesta. ¡Oh, señor, con cuánta ansiosa impaciencia espero su llegada! De ella parece depender mi futuro. Mi ansia es tan grande y la incertidumbre tan dolorosa que no consigo encontrar un momento de paz ni dirigir mis pensamientos hacia cualquier otro tema.

Por mucho que ahora esté profundamente interesada en esta cuestión, lamento que este plan haya sido propuesto: me parece que *no podrá tener* una conclusión satisfactoria para mí porque o bien me arrancará de los brazos de quien para mí es *mucho más* que un padre, o bien me provocará la infelicidad de convencerme finalmente de ser cruelmente repudiada de aquel que tiene el derecho natural a disfrutar de este apreciado título, un título que al escribirlo, pronunciarlo o simplemente pensar en él, me llena el alma de ternura filial.

Aquí no se habla de otra cosa. El capitán Mirvan y *madame* Duval, como de costumbre, discuten cada vez que sale a la luz: pero yo estoy tan monopolizada por mis propias reflexiones que ni siquiera consigo escucharles. Mi fantasía muta continuamente de panorama: en ciertos momentos me imagino abrazada por un padre bondadoso y cariñoso que me estrecha contra ese corazón que hasta ahora me era prohibido, y suplica, a través de mí, la paz y el perdón de las cenizas de mi madre. ¡En otros momentos él me mira con odio, me considera la imagen viviente de una santa ultrajada y me repudia horrorizado! Pero no quiero afligirle con los melancólicos fantasmas de mi imaginación. Me esforzaré en serenar mi alma, haciendo que alcance una mayor tranquilidad y me abstendré de escribir de nuevo hasta que, de algún modo, no sea capaz de lograrlo.

¡Que el Señor le bendiga, mi queridísimo señor! Y que le mantenga en la tierra por mucho, muchísimo tiempo para regocijo de su agradecida,

Evelina



## CARTA XXXI

*De lady Howard a sir John Belmont, baronet*

Howard Grove, 5 de mayo



Señor:

Indudablemente se sentirá muy sorprendido de recibir una carta de quien únicamente ha tenido el placer de conocerle por un brevísimo y lejano período de tiempo; pero el motivo que me induce a tomarme esta libertad es de una naturaleza tan delicada que si tuviera que comenzar a disculparme por mi intromisión, temo que mi carta se haría demasiado larga para su paciencia.

Probablemente habrá adivinado ya el tema que pretendo exponer. Mi respeto por el señor Evelyn y su amable familia es bien conocido por usted y jamás podré dejar de interesarme por cualquier acontecimiento que incumba a su recuerdo o a su familia.

Debo admitir mi angustia respecto al modo de introducir el objetivo de esta carta, y sin embargo, dado que sostengo que en cuestiones de este tipo la franqueza es el primer requisito para el buen entendimiento de las partes en causa, no le atormentaré a usted ni a mí misma con puntillosas formalidades, sino que procederé inmediata y abiertamente a exponer el motivo que me incita a molestarle.

Presumo, señor, que sería superfluo decirle que su hija reside todavía en Dorsetshire y que se encuentra aún bajo la protección del reverendo señor Villars en cuya casa nació: porque, aunque ningún interés por ella haya llegado a sus oídos, o a los míos, no podré considerar jamás la posibilidad de que usted lo haya evitado. Queda solo decir, por tanto, que su hija ha crecido, que ha sido educada con el mayor esmero y con grandísimo éxito y que se ha convertido en una joven dama encomiable, virtuosa y bondadosa.

Cualesquiera que sean sus intenciones respecto a su futuro destino en la vida, pienso que ha llegado el momento de manifestarlas. La jovencita es muy admirada y, no dudo, estará muy solicitada; por tanto, considero oportuno que haga públicas sus expectativas para el futuro y su voluntad al respecto.

Créame, señor, ella merece toda su estima y atención. No podría verla y conocerla sin conmoverse ante aquellas sensaciones de afecto que pertenecen a un parentesco tan estrecho y entrañable. La muchacha es la adorable imagen de su adorable madre; permíteme, señor, si nombro a aquella desdichada mujer, pero creo que me atañe a mí, en esta ocasión, mostrar la estima que sentía por ella. Permítame, pues, decir —y no se debe ofender por la libertad que me tomo— que el recuerdo de aquella

excelente mujer ha permanecido durante demasiado tiempo bajo la infamia de la calumnia; definitivamente ha llegado el momento de defender su reputación! ¿Y de qué modo más conveniente, más grato para sus amigos y más honorable para usted que reconociendo abiertamente como su prole a *la hija de la difunta lady Belmont*?

El venerable hombre que se ha encargado de su educación merece sus más calurosos tributos por las constantes penalidades que ha sufrido y por la atención que ha demostrado en el cumplimiento de su protección. La muchacha ha sido realmente afortunada al encontrar semejante amigo y tutor; no existe hombre más digno u hombre cuyo carácter se aproxime más a la perfección.

Permítame también asegurarle, señor, que la jovencita recompensará ampliamente cualquier consideración y favor que de ahora en adelante pueda mostrarle con el consuelo y la felicidad de que no le faltará jamás ni su amor ni su respeto. Ser *justamente* reconocida por usted es el principal deseo de su corazón, y estoy segura de que merecer su aprobación será la misión primordial de su vida.

Temo que considere mi discurso impertinente, pero creo que me justifica la bondad de mis intenciones para implorar su venia.

Señor, su más humilde y devota servidora,

M. Howard



## **PARTE SEGUNDA**



## CARTA I

### *De Evelina al reverendo señor Villars*

Howard Grove Rent, 10 de mayo

**N**uestra casa se ha visto animada por la llegada de una visita de Londres, y el hecho de haberme visto obligada a disimular mis preocupaciones, me hace pensar que van atenuándose; o, al menos, que mis pensamientos no se centran en un único tema como era habitual últimamente.

Esta mañana paseaba con la señorita Mirvan por un sendero situado a una milla de la alameda, cuando de repente oímos el galope de unos caballos, y, temiendo la angostura del camino, nos volvíamos precipitadamente, pero nos detuvimos al escuchar una voz que decía:

—¡Por favor, señoras, no teman, guiaré mi caballo!

Volvimos la cabeza y vimos a *sir* Clement Willoughby, que desmontó y una vez que nos hubimos recobrado, se acercó con las riendas en la mano, diciendo:

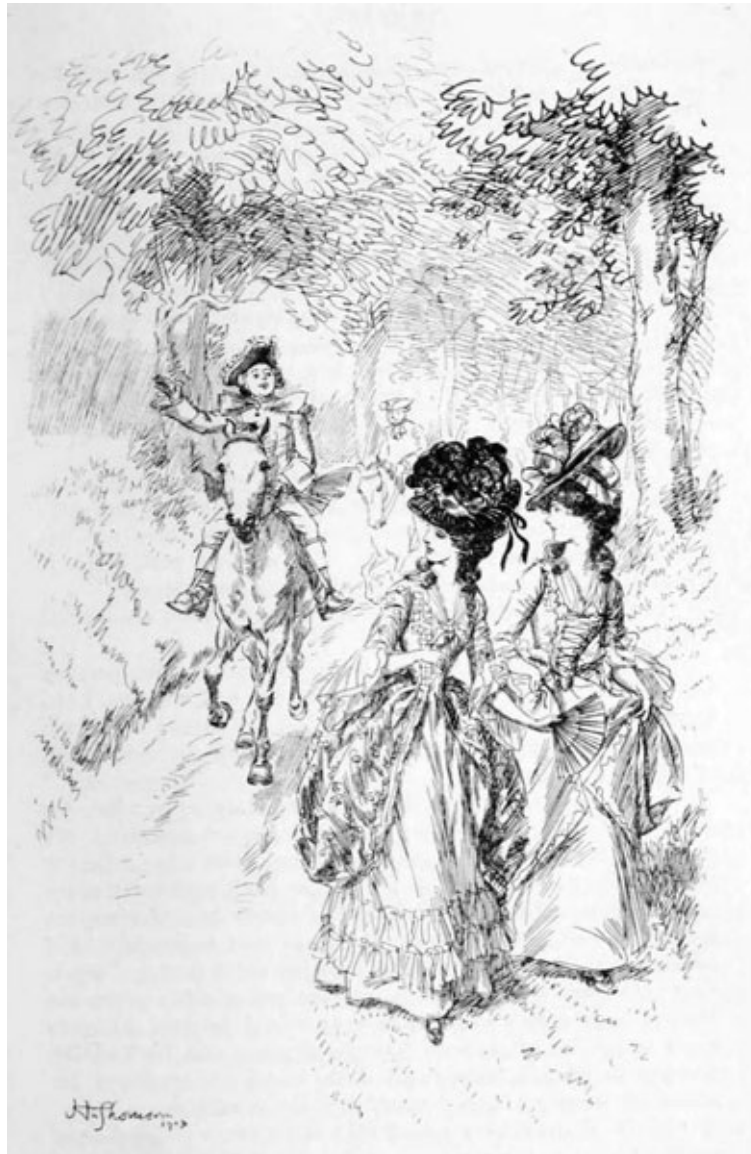
—¡Dios mío, si es la señorita Anville —dijo con la premura acostumbrada—, y también usted, señorita Mirvan!

Inmediatamente le ordenó a su criado que se hiciera cargo del caballo, y luego, avanzando hacia nosotras, tomó la mano de cada una, se las llevó a los labios, y nos dedicó mil delicadezas referidas a su buena ventura por encontrarnos, a nuestro mejorado aspecto y los encantos del campo cuando habitan en él tales deidades:

—La ciudad, señoras, languidece desde su ausencia, o al menos, yo así lo pienso, no encontrando en ella el más mínimo atractivo que ofrecerme. Sin embargo, disfruto ahora de una brisa estimulante, me hace revivir y despertar el vigor de nuevo en mí, la vida y el espíritu. Nunca antes vi el campo en tal grado de perfección.

—¿Queda mucha gente en la ciudad?

—Oh, señora, me da vergüenza contestarle, pero ciertamente está tan llena como siempre, y continuará igual hasta el día del aniversario<sup>[38]</sup>. No obstante, ustedes fueron tan poco vistas, que pocos saben lo que se han perdido. Por mi parte, no podía soportar ese ambiente por más tiempo.



—¿Hay entre los que quedan algún conocido nuestro?

—¡Oh, sí, señora!

Y nombró a dos o tres personas que habíamos visto con él, pero no mencionó a *lord Orville*, y yo no quise preguntarle no fuera a tacharme de curiosa. Quizá si se queda por un tiempo, hable de él por casualidad.

Cuando llegamos a la casa y nos encontramos con el capitán, *sir Clement* siguió con ese estilo suyo tan halagador, y cuando el capitán se apercibió de quién era, se apresuró hasta él, le dio un efusivo apretón de manos y una cordial palmadita en la espalda, y algunas otras señales igualmente efusivas de satisfacción, asegurándole que estaba tan complacido con su visita como si se tratara de un mensajero que le trajera noticias del hundimiento de un barco francés.

*Sir Clement*, por su parte, se expresó con igual calor, afirmando que estaba tan ansioso por ofrecer sus respetos al capitán *Mirvan* que había dejado Londres en todo su apogeo, con mil y un compromisos por cumplir, por darse ese placer.

Será muy divertido —dijo el capitán—, porque... ¿sabe usted que la vieja dama francesa está aquí? ¡Por Júpiter!, que apenas me he ocupado de ella todavía porque no

tenía a nadie con quien disfrutar mis bromas; no obstante, será un trabajo duro pero tendremos diversión segura.

*Sir* Clement aprobó con entusiasmo la propuesta, y por fin entramos en la casa, donde tuvo un recibimiento muy frío por parte de la señora Mirvan, que no estaba en absoluto satisfecha con su visita, y el manifiesto descontento de *madame* Duval, que me dijo en voz baja:

—Preferiría antes al mismísimo diablo que a este hombre, porque es lo más impertinente del mundo y nunca se pone de mi parte.

El capitán está ahora muy ocupado tramando alguna treta, que, dice, le *va a jugar a la vieja viuda*, y está tan ansioso y regocijado con la idea que apenas puede refrenar su entusiasmo lo suficiente para mantenerlo en secreto. No obstante, y visto que no me atrevo a poner en guardia a *madame* Duval, ojalá tenga él la delicadeza de no ponerme al corriente de sus intenciones.

## CARTA II

### *Evelina continúa*

13 de mayo

**L**as maniobras del capitán ya han dado comienzo, y, espero, pronto terminen, porque, verdaderamente, la pobre *madame* Duval tiene sobradas razones para lamentar la visita de *sir* Clement a Howard Grove.

Ayer por la mañana, durante el desayuno, cuando el capitán leía el periódico, *sir* Clement repentinamente le rogó que mirara si traía noticias de un suceso que había presenciado la tarde antes de su viaje aquí, concerniente a un pobre francés que se vio en un apuro que le podía costar la vida.

El capitán le pidió detalles, y entonces *sir* Clement contó una larga historia, explicando que estando con un grupo de amigos en la Torre, oyeron una voz que pedía socorro en francés, y que al preguntarle acerca de su desasosiego, fueron informados de que le habían prendido acusado de prácticas de traición contra su gobierno.

Y continuó:

—El pobre hombre, en cuanto se dio cuenta de que yo hablaba francés, me suplicó que le escuchara, manifestando su inocencia; que llevaba muy poco tiempo en Inglaterra, y que esperaba el regreso del campo de una señora para marcharse definitivamente.

La señora Duval cambió de color, escuchando con la mayor atención.

—Ahora bien, aunque de ninguna manera apruebo la invasión de extranjeros que padecemos —añadió dirigiéndose al capitán—, yo hubiera querido ayudar al pobre hombre, pues no sabía suficiente inglés para plantear su defensa; pero la multitud no me permitió intervenir. En verdad, temo que le hayan maltratado.

—¿Por qué?, ¿le echaron al agua? —dijo el capitán.

—Algo así —contestó él.

—¡Tanto mejor —dijo el capitán—, indecentes franceses! Le apuesto a que es un bribón. Sólo deseo que todos sus compatriotas corran la misma suerte.

—¡Desearía con toda mi alma que hubiera estado usted en su lugar! —dijo la señora Duval, calurosamente—. Pero dígame, señor, ¿nadie sabe quién era ese pobre hombre?

—Sí, yo oí su nombre —contestó *sir* Clement—, pero no lo recuerdo.

—¿No era..., no era... Du Bois? —tartamudeó con voz apagada la señora Duval.

—Ese mismo, ese nombre era —contestó él—, sí, Du Bois..., ahora lo recuerdo.

A *madame Duval* se le cayó la taza de las manos, mientras repetía:

—¡Du Bois! ¿*Monsieur Du Bois*, ha dicho?

—¡Du Bois! Pero si ése es mi amigo —dijo el capitán—. *Monsieur Resbalón*, ¿no? ¿Pero ese fastidioso sujeto está metido en este asunto? Sin duda no habrá tenido bastante.

—Y yo juro —dijo la señora Duval— que es usted un... ¡Pero no creo una palabra de esto! ¡No se alegre tanto, me atrevo a decir que no era *monsieur DuBois*!

—Creo haber visto antes a ese caballero —dijo *sir Clement*, muy serio—, y ahora que recuerdo, creo que estaba con usted señora.

—¿*Conmigo, sir?* —dijo *madame Duval*.

—¿De veras? —dijo el capitán—, ¡pues entonces es él, tan seguro como que está usted vivo y coleando! Pero, amigo mío, ¿qué harán con el pobre *monsieur*?

—Es difícil saber —contestó *sir Clement*, con aire pensativo—, pero puedo suponer que si no tiene buenos amigos que respondan por él, se encontrará en una situación muy desagradable; son asuntos muy serios.

—¿Piensa usted que le ahorcarán? —preguntó el capitán.

*Sir Clement* movió la cabeza pero no contestó.

*Madame Duval* ya no pudo contener su agitación; botaba en la silla, repitiendo con voz entrecortada:

—¡Ahorcarle! ¡No pueden..., no pueden dejarlo a su suerte! Sin embargo, todo es falso, no creeré ni una sola palabra, pero iré a Londres ahora mismo y veré a *monsieur Du Bois*. No esperaré inútilmente.

La señora *Mirvan* le rogó que no se alarmara, pero salió volando de la estancia escaleras arriba a su cuarto. *Lady Howard* censuró a los dos hombres por haber sido tan bruscos, y la siguió. Yo las habría acompañado pero el capitán me detuvo, y después de soltar una sonora carcajada, dijo que iba a leer el bando al personal de a bordo.

—Oye —dijo él—, en lo que respecta a *lady Howard* no pretendo alistarla en mis filas, e incluso le permito irse y hacer cuando quiera, pero en lo referido a ti, espero obediencia y sumisión a mis órdenes; estoy proyectando una arriesgada expedición habiéndome comprometido a escoltar a un viejo barco a la costa de la mortificación. Así pues, si alguien tiene alguna idea que proponer para reforzar la empresa, que hable y será bienvenido; pero en cambio, si alguno de ustedes capitula o se pasa al bando enemigo, le trataré como amotinado y le abandonaré a su suerte.

Una vez terminada esta extraña arenga, adornada con muchas expresiones de mar que no puedo recordar, guiñó un ojo a *sir Clement* y se fueron juntos.

Ciertamente, aun a pesar de mis intentos por escribirle sobre las extravagantes conversaciones del capitán, apenas puede hacerse una idea remota de su lenguaje, pues casi todas las palabras que pronuncia van acompañadas de un juramento, que, estoy segura, sería tan desagradable para usted de leer como para mí escribirlo. Y, además, utiliza unos términos de mar, que son ininteligibles para mí.



La pobre *madame* Duval envió a preguntar si habría sitio en alguna de las diligencias en la que poder acomodarse para ir a la ciudad, pero el criado del capitán trajo como respuesta que ninguna pasaría cerca de Howard Grove hasta hoy, por lo que decidió encargar una silla de posta, pero le dijeron que tampoco había caballos disponibles. Estaba tan irritada por el cúmulo de decepciones, que amenazó con irse a pie a la ciudad, y con gran dificultad *lady* Howard logró disuadirla de su propósito.

La mañana entera se pasó con todas estas averiguaciones, pero cuando fuimos convocados a comer, ella hizo grandes esfuerzos por parecer completamente despreocupada, y repetía constantemente que no le daba ningún crédito a la historia, o en todo caso, que *monsieur Du Bois* no era, con seguridad, el protagonista del incidente.

El capitán hizo todos los esfuerzos posibles para convencerla de su error, pero *sir* Clement, con más arte y no menos malicia, fingía ser de su misma opinión; y al mismo tiempo que fingía aliviar su desasosiego, afirmaba estar convencido de no haber equivocado el nombre, y cuidaba de acrecentar los peligros a los que el desconocido caballero se encontraba expuesto, mientras expresaba una honda preocupación por su peligrosa situación.

Apenas la comida estuvo servida, le entregaron una carta a *madame* Duval. En cuanto la leyó precipitadamente preguntó quién la había traído.

—La ha traído un campesino —le contestó el criado—, pero no ha querido esperar.

—Corra tras él inmediatamente —dijo ella— y asegúrese de quién lo trae de vuelta. *Mon dieu quelle aventure! Que ferai-je?*

—¿Qué ocurre? ¿Cuál es el asunto? —dijo el capitán.

—No pasa nada..., nada. Oh, *mon dieu!*

Y se levantó y paseó por la estancia.

—¿Pero es *monsieur* quien se la envía? —continuó el capitán—, ¿es suya esa carta?

—No, no lo es... y además no le importa.

—¡Oh, estoy seguro de que lo es! Por favor, señora, no sea tan reservada, cuéntenos algo. ¿Qué dice? ¿Le gustó el abrevadero? ¿Qué le pareció mejor, remojarse sólo o acompañado? ¡Voto a Bríos! ¡Qué fastidioso infortunio no encontrarse usted allí!

—No es tal cosa, señor —dijo ella, muy encolerizada—, y si tanto le gustan los abrevaderos de caballos, querría verle metido en uno de ellos en lugar de pensar siempre en cómo embrocar a otras personas.

El criado volvió sin el muchacho, al no poder alcanzarlo, y ella le regañó muy violentamente, quedando en tal estado de perturbación, que *lady* Howard intervino para rogarle que le dijera la causa de su desasosiego, por si podía ayudarla.

*Madame* Duval lanzó entonces una mirada de reproche al capitán y *sir* Clement, y dijo que le gustaría hablarle a su señoría, pero sin tantos testigos.

—Pues bien, entonces, señorita Anville —dijo el capitán volviéndose a mí—, usted y Molly vayan a otra habitación y no se muevan de allí hasta que *madame Duval* nos haya informado.

—Si piensa eso, señor —dijo ella—, ¿quién es el tonto entonces? No, no, no se moleste usted en hacerse el tonto, porque le aseguro que no me creo las cosas tan fácilmente.

La señora Howard le invitó entonces a posar a su vestidor, y yo quise acompañarla.

Tan pronto como se cerró la puerta, exclamó *madame Duval*:

—¡Oh, su señoría, lo que ha ocurrido es la cosa más cruel del mundo! Pero como ese capitán es tan bruto, no quiero decir nada delante de él..., pero todo es verdad. ¡Du Bois ha sido arrestado!

*Lady Howard* le rogó que se calmara, diciéndole que si *monsieur Du Bois* era inocente, que no dudara en su habilidad para probar su inocencia.

—Es cierto, su señoría —contestó ella—. Yo sé que es inocente, y estoy segura de que no serán tan malvados como para ahorcarle sin motivo, ¿verdad?

—¡Naturalmente! —dijo *lady Howard*—, no tiene razones para estar intranquilo. En este país no se condena sin pruebas.

—Es muy cierto, su señoría, pero lo peor es que no puedo soportar que este tipejo, el capitán, sepa nada acerca de eso... y espero que no le harán nada malo a *monsieur Du Bois*.

Bueno, bueno —dijo *lady Howard*—, enséñeme la carta y yo trataré de aconsejarle.

Entonces nos enseñó la carta, que iba firmada por el escribiente de un juzgado, y en ella informaban de que un detenido por sospechas en el delito de traición contra el gobierno estaba en trance de ir a la cárcel; pero como había declarado que la conocía, por instigación de este escribiente le dirigían unas líneas por si era cierto que ella pudiera declarar sobre la personalidad y la familia de un francés que se llamaba Pierre Du Bois.

Cuando vi el contenido de la carta me sorprendí de su éxito. Parecía tan improbable que un extranjero hubiera sido llevado a un juzgado *rural* por un delito de naturaleza tan peligrosa, que no puedo comprender cómo *madame Duval* pudo alarmarse ni por un momento. Pero a pesar de toda su violencia de temperamento veo que es fácil asustarla; y de hecho, mucho más cobarde que muchos que no tienen la mitad de su espíritu; reflexiona tan poco sobre las circunstancias o las probabilidades de cada asunto, que es una crédula..., no quiero decir ignorante, pero no puedo pensar en otra palabra.

Creo que *lady Howard*, desde el principio del asunto, sospechó alguna argucia del capitán, y esta carta creo que confirmó esas sospechas; sin embargo, aunque en desacuerdo completo con sus extravagancias, no quiso arriesgarse a descubrirle por temor a las consecuencias. Su conducta, sus modales, su carácter... me llevaron a

comprender su aparente perplejidad; pero no dijo una palabra que implicara cualquier duda de la autenticidad de la carta. Verdaderamente, parece una clase de convenio tácito entre ella y el capitán para que no parezca conoedora de sus planes, intentando de este modo evitar disputas y mantener su dignidad.

Mientras ella ideaba qué aconsejarle, *madame* Duval le rogó que le prestara el carruaje, para acudir inmediatamente en ayuda de su amigo. *Lady* Howard le aseguró cortésmente que estaba a su disposición, y entonces *madame* Duval le suplicó que no contara lo sucedido al capitán porque no podría soportar que se alegrara de la desgracia del pobre *monsieur* Du Bois. *Lady* Howard no pudo por menos que sonreír, aunque prometió fácilmente no darle al capitán cuento del asunto.

En lo que respecta a mí, me pidió que la acompañara, lo que no me alegró en absoluto, pues tenía la certeza de que se trataba de una misión baldía.

Fui entonces la encargada de ordenar el carruaje.

Al pie de la escalera me encontré al capitán, que esperaba muy impaciente el resultado de la reunión. En unos instantes se nos unió *sir* Clement. Me hicieron mil preguntas sobre la opinión de *madame* Duval sobre la carta y sobre sus intenciones; cuando ya me iba, *sir* Clement, fingiendo un ansia similar a la del capitán, repentinamente me detuvo para preguntarme frivolidades, cuyas respuestas le eran totalmente indiferentes. No obstante, sin embargo, conseguí dejarlos y cumplir con mi encargo, mientras se retiraban a la sala de visitas.



El carruaje estuvo listo con premura, y *madame* Duval, rogándole a *lady* Howard que dijera que no se encontraba bien, se escabulló escaleras abajo, pidiéndome que la siguiera. El coche estaba en la puerta del jardín, y cuando estábamos ya instaladas, llamó al cochero, y de acuerdo con las señas que figuraban en la carta, le indicó que nos condujera hasta el señor Justice Tyrell's, preguntándole al tiempo cuántas millas de distancia nos separaban.

Esperaba que contestara que no conocía a esa persona, pero para mi sorpresa, le oí decir:

—Pues Squire Tyrell vive a unas nueve millas más allá del parque.

—Conduzca rápido entonces, pero con cuidado —dijo ella.

Durante el trayecto, que fue sumamente tedioso, se atormentaba con mil temores sobre la salvación de *monsieur* Du Bois, y se regocijaba de haber escapado sin ser vista por el capitán, pues temía no sólo que evitara su intervención, sino que estaba segura de que si era conocedor de su relación con *monsieur* DuBois, predispusiera al juez en su contra y pusiera en peligro su vida. Por mi parte, sentí verdadera vergüenza de estar involucrada en un asunto tan ridículo y sólo podía pensar en lo absurdo del

papel que íbamos a representar al llegar a casa del señor Tyrell.

Cuando llevábamos viajando cerca de dos horas y esperando de un instante a otro llegar a nuestro destino, observé que el criado de *lady* Howard que nos acompañaba a caballo echó a correr hasta perderse de vista, y al poco de regresar, se acercó a la ventana del carruaje y le entregó un papel a *madame* Duval, diciendo que se lo había dado un muchacho que iba a Howard Grove, y que traía una nota del señor Tyrell.

Mientras ella leía la nota, el criado se acercó a la otra ventana, y haciéndome una señal de silencio, deslizó en mi mano un papel que decía:

—Pase lo que pase, no se alarme, estará usted segura aunque se hunda el universo culero.

Comprendí enseguida que *sir* Clement era el autor de la nota, lo que me puso en guardia para esperar alguna desagradable aventura, pero no tuve tiempo para pensar en ello, pues *madame* Duval, en cuanto terminó de leer su nota, exclamó con furia:

—¿Por qué ahora, qué cosa es ésta? ¡Hemos venido para nada!

Me dio la nota en la que se le informaba de que no necesitaba ir al juzgado, pues el prisionero se había escapado. La felicité por la feliz resolución del problema, pero estaba tan preocupada de haber viajado tanto trecho en vano, que pareció menos contenta que enojada. No obstante, ordenó al cochero que se diera prisa en dar la vuelta, para intentar regresar, al menos, antes de que el capitán sospechase lo que había pasado.

El carruaje dio media vuelta, y anduvimos tranquilamente cerca de una hora, en la que comenzaba a regocijarme por regresar a Howard Grove sin el menor contratiempo, cuando repentinamente dijo el lacayo:

—John, ¿vamos bien?

—Pues no estoy seguro —dijo el cochero—, pero temo haber equivocado el camino.

—¿Qué quiere decir, Sirrah?... —dijo *madame* Duval—, si equivoca el camino se nos va a hacer de noche.

—Creo que debemos girar a la izquierda —dijo el lacayo.

—¡Sí, a la izquierda! —contestó el otro—. No, no, estoy casi seguro de que debemos girar a la derecha.

—¡Debería pregunta a alguien! —dije yo.

—*Ma foi*, ¡pues sí que estamos apañados! Ninguno sabe más que el poste del camino. Tan seguro como que has nacido, que usted encontraría mejor el camino.

—Probaré por este camino —dijo el lacayo.

—No —dijo el cochero—, ése es el camino de Canterbury; deberíamos seguir adelante.

—Pero si es el camino directo a Londres —contestó el lacayo—; nos hemos desviado aproximadamente veinte millas.

—*Pardi* —dijo *madame* Duval—, ¡decídanse por uno u otro camino! Después de este paseo inútil, ¿no llegaremos a casa ni para la noche?

—Retrocedamos a la posada —dijo el lacayo—, y que nos den un guía.

—No, no —dijo el otro—, si nos quedamos aquí unos minutos, alguien pasará; además los caballos están exhaustos ya.

—¡Pues bien, protesto! —dijo *madame* Duval—, ¡daría una guinea por ver a este par fustigados por los caballos! ¡Diez a uno a que están borrachos, y terminarán volcándonos!

Después de mucho discutir entre ellos, decidieron seguir adelante hasta alguna posada, o hasta encontrarnos con algún caminante que nos pudiera guiar. Pronto llegamos a una casa de campo, y el lacayo se bajó y se adentró en ella.

Regresó a los pocos minutos, y nos dijo que debíamos seguir, pues ya le habían indicado bien la dirección.

—Pero —añadió— parece que hay algunos ladrones por las cercanías, y será mejor que dejen ustedes sus bolsos y sus relojes al granjero; lo conozco muy bien, y es un hombre honrado y arrendatario de mi señora.

—¡Ladrones! —dijo la señora Duval, horrorizada—; ¡Dios nos asista! ¡Sin duda seremos asesinadas!

El granjero vino hacia nosotras y le entregamos todo lo que llevábamos de valor, siguiendo los criados nuestro ejemplo. Luego proseguimos nuestro camino, y la cólera de *madame* Duval se apaciguó de la manera más suave imaginable. Les rogó que se dieran mucha prisa y prometió informar a su señoría cuán diligentes y serviciales eran. Constantemente les detenía para preguntarles si percibían cualquier peligro, y tan exagerados fueron sus temores que hizo que el lacayo sujetara su caballo en la parte trasera del carruaje y viniera a sentarse dentro; todos mis esfuerzos por animarla fueron inútiles, se sentó en medio, y sujetó al hombre por el brazo diciéndole que salvaba su vida. Su inquietud me preocupó muchísimo, y no sé cómo pude contenerme y no explicarle que estaba siendo engañada; pero el miedo al resentimiento del capitán hacia mí, y el de ella hacia él, ninguno de los cuales sería leve, me contuvo de contarle nada. En cuanto al lacayo, el pobre hombre estaba pasando una evidente tortura para contener su risa, y observé que frecuentemente se veía obligado a hacer terribles muecas de disgusto, fingiendo estar muerto de miedo, para guardar la compostura.

Al poco rato gritó el cochero:

—¡Vienen los ladrones!

El lacayo abrió la portezuela y saltó fuera del carruaje. *Madame* Duval dio un fuerte grito, y yo no pude callar más tiempo:

—Por el amor de Dios, señora, querida —le dije—, no se alarme; no hay peligro..., está usted a salvo..., esto no es más que...

En ese momento el carruaje fue bloqueado por dos enmascarados que, cada uno por un lado, nos exigió los bolsos. *Madame* Duval, hundida al fondo del coche, imploró piedad; yo, aún advertida, no puede reprimir un grito, pero uno de ellos me sujetó con fuerza, mientras el otro arrastraba a *madame* Duval fuera del carruaje, a

pesar de sus gritos, amenazas y resistencia.



Yo estaba realmente asustada y temblaba de miedo.

—¡Ángel mío! —dijo el hombre que me sujetaba—, no puede ser que esté tan aterrada. ¿No me reconoce? Me odiaré a mí mismo eternamente si en verdad he llegado a asustarla.

—La verdad, *sir* Clement, me ha asustado —dije yo—; pero, por amor de Dios, ¿dónde está *madame* Duval? ¿Por qué la han forzado a salir?

—Está a salvo, descuide, el capitán se encarga de ella; pero déjeme ahora, mi adorada señorita Anville, aprovechar la única oportunidad que se me presenta para hablarle de otro tema mucho más dulce e importante.

Entonces, entró precipitadamente en el carruaje y se sentó a mi lado. De buena gana me hubiera desembarazado de él, pero me fue del todo imposible.

—¡No me niegue, la más encantadora de las mujeres —dijo él—, no me niegue este único momento de desahogar mi alma en sus oídos..., decirle cuánto temo desagradarle, cuánto padezco por su ausencia y lo mucho que me atormenta su

indiferencia!

—Siento que no es hora para estas cosas, permítame ausentarme, déjeme ir en ayuda de *madame* Duval, no puedo consentir que se la trate tan indignamente.

—¿Lo desea usted..., quiere que me vaya? ¿Cuándo podré hablarle sino ahora? Este capitán no me deja respirar ni un momento fuera de mi vista. ¿Yo no hay siempre mil personas impertinentes a su alrededor?

—Ciertamente, *sir* Clement, debe cambiar de estrategia, o no le escucharé. Las *personas impertinentes* a quienes se refiere son mis mejores amigos; y si deseara mi bien, no me hablaría de ellos tan irrespetuosamente.

—¡Que si deseo su bien...! Oh, señorita Anville, dígame cómo y de qué manera puedo convencerla del fervor de mi pasión. Dígame qué favores aceptaría de mí, y dedicaré mi alma entera a su devoción.

—No quiero *nada* de cuanto pueda ofrecerme, y le ruego que no hable conmigo de esa forma..., tan extrañamente. Le aseguro que ningún método será tan favorable a ganarse mi aprecio que negarse a tomar parte en planes tan espantosos para *madame* Duval, y tan desagradables para mí misma.

—El plan fue del capitán; incluso me opuse a él, aunque no habría podido rehusar la tan ansiada ventura de hablarle a solas de nuevo, sin tantos *amigos* observando; creí que la nota que le entregué por mediación del lacayo bastaría para evitar la alarma que finalmente se le ha causado.

—Bueno, señor, por ahora ya ha hablado bastante; y si no va usted mismo a buscar a *madame* Duval, al menos permítame que averigüe yo misma lo que le ha ocurrido.

—¿Y cuándo puedo hablarle de nuevo?

—No importa cuándo..., no sé, quizá nunca.

—¿Quizá qué, ángel mío?

—Quizá *nunca*..., señor..., si me atormenta así.

—¡Nunca! ¡Oh, señorita Anville, qué crueldad, y cómo se ha clavado en mi alma esa fría palabra! Ciertamente, no pudo soportar semejante disgusto.

—Entonces, *sir*, no debe usted provocarlo. Por favor, déjeme irme de una vez.

—Voy, señora, pero déjeme, al menos, hacer mérito de mi obediencia; permítame tener la esperanza de que en adelante será menos reacia a pasar algunos momentos a solas conmigo.

Me asombró la libertad de esta petición; pero, mientras dudaba cómo contestarle, el otro enmascarado se acercó a la portezuela del carruaje y, con la voz medio ahogada por la risa, dijo:

—¡Ya está, el macho viejo está seguro!; pero debemos marcharnos o nos atraparán.

*Sir* Clement me dejó inmediatamente, montó en su caballo y se fue; el capitán, después de dar algunas órdenes a los sirvientes, le siguió.

Yo estaba muy inquieta e impaciente por conocer la suerte de *madame* Duval, y



salté presurosa del carruaje para buscarla; le pregunté al lacayo por dónde se había ido, y señaló con el dedo sin atreverse a hablar. Me acerqué a paso ligero, y enseguida, para mi consternación, vi a la pobre señora sentada en una zanja. Corrí hacia ella muy angustiada por su situación; no sollozaba, bramaba de furia y terror. Al verme redobló sus chillidos, pero con una voz tan entrecortada que no pude entender ni una sola palabra de lo que dijo.

Yo estaba tan horrorizada, que no sé cómo pude contenerme para no clamar contra la crueldad del capitán por ese injustificable maltrato; no podía perdonarme a mí misma haber actuado tan pasivamente ante tal engaño. Utilicé todos mis recursos para reconfortarla, asegurándole que ya estábamos a salvo y rogándole que se levantara para poder regresar al carruaje.

Casi reventando de rabia me señaló sus pies, y con espantosa violencia rasgó la tierra con las manos.

Entonces me di cuenta de que tenía los pies atados con una cuerda muy fuerte, y ésta, a su vez, estaba amarrada a la rama más alta de un árbol y a un seto que rodeaba la zanja donde se encontraba metida. Intenté desatar el nudo, pero pronto me di cuenta de que era superior a mis fuerzas, y me vi obligada a recurrir al lacayo, pero no quise acrecentar su regocijo con la visión de *madame* Duval en aquella situación, por lo que le pedí prestado un cuchillo, regresé y corté la cuerda.

Pude desatarle los pies con prontitud, y aunque con gran dificultad, pude ayudarla a levantarse; pero me quedé estupefacta cuando, nada más incorporarse, ¡me dio un violento bofetón en la cara! Instintivamente me alejé de ella con precipitación y temor, y empezó a lanzarme reproches que, sin embargo, me resultaron casi ininteligibles, acusándome de haberla abandonado voluntariamente; comprendí que no tenía la menor sospecha de que no había sido atacada por verdaderos ladrones.

Estaba tan sorprendida y confundida por el bofetón que, durante unos minutos, sufrí sus reproches sin contestarle; pero su extrema agitación y su sufrimiento era tan real, que mi enojo pronto se convirtió en lástima. Luego le expliqué que me habían retenido a la fuerza, impidiéndome seguirla, y le aseguré que me sentía realmente consternada por el trato que había recibido.

Entonces empezó a calmarse, e intenté que regresara al carruaje; o al menos, que me permitiera ordenar que se acercara hasta donde estábamos; no me contestó hasta que le hice ver que cuanto más tiempo permaneciéramos sin hacer nada, más peligroso sería nuestro viaje de regreso a casa; se sobresaltó mucho al escucharme y repentinamente, con pasos apresurados, avanzó hasta el carruaje.

Su vestido estaba en tales condiciones, que sentí mucho exponerla a la vista de los criados, quienes, al igual que su amo, lo tomaron a risa; pero la deshonra era inevitable.

Afortunadamente, la zanja estaba casi seca, pues de lo contrario hubiera sufrido consecuencias más serias; a pesar de ello, su aspecto era deplorable, como nunca antes la había visto; su tocado se había desprendido; las ropas, desgarradas, su

*déshabillé*, desatado; se veía continuamente obligada a recogerse las enaguas, y sus zapatos resbalaban a cada paso. Estaba cubierta de suciedad, maleza y porquería, y su cara aparecía monstruosa; entre los afeites y el empolvado de la cabeza, junto al polvo de la carretera y el *rouge*, hicieron una pasta espantosa al mezclarse con sus lágrimas, por lo que apenas parecía humana.

Los criados se murieron de la risa en cuanto la vieron, pero todas mis palabras para convencerla de meterse en el carruaje fueron vanas, pues se empeñó en reprochar con vehemencia a los criados el que no la rescataran. El lacayo, con los ojos fijos en el suelo, como asustado por si al volver a mirarla no era capaz de controlarse a sí mismo, protestaba diciendo que los ladrones habían jurado dispararle si se movía una sola pulgada, y que uno de ellos se había quedado vigilando el carruaje, mientras otro se la llevaba, y añadió que, indudablemente, la rabia por no encontrar nuestros bolsos les había hecho tomarse venganza comportándose tan bárbaramente. A pesar de su enojo, creyó inmediatamente lo que el criado decía, pues le pareció lógico que los ladrones, al no encontrar el dinero, desahogaran su rabia tratándola tan cruelmente.

Al verla tan crédula, decidí no revelarles la verdad, pues con ello solo podía ocasionar una brecha irreparable entre ella y el capitán.

En cuanto nos sentamos en el carruaje, descubrió que le faltaba algo en la cabeza, y comenzó a gritar:

¡Dios mío! ¿Qué ha pasado con mis cabellos? El bandido ese me ha robado mis bucles.

Y envió al hombre corriendo a la zanja, para ver si encontraba alguno de los rizos. Volvió con una gran cantidad de pelo en la mano, tan lleno de suciedad, que me asombró muchísimo que ella lo recogiera.

El hombre, al entregárselos, no pudo mantener la risa y de nuevo se desencadenó en ella toda su rabia; y golpeándole con los rizos en la cara, dijo:

—¡Bandido! ¿Por qué te ríes y haces esos gestos? ¡Es el hombre más desvergonzado que existe, y si veo que vuelve a burlarse de mí no dudaré en abofetearle!

Satisfecho con la amenaza, el hombre se retiró y seguimos el viaje.

Entonces su cólera se fue transformando en pena, y comenzó a lamentarse.

—No creo —dijo ella— que haya nadie en el mundo tan desgraciado como yo. ¡Como si no tuviera ya bastantes desgracias, me han hecho perder mis bucles! ¡No puedo exhibirme sin ellos!... Es que sólo de pensarlo me pongo mala. *Pardi!*, si lo llego a saber, habría traído dos o tres juegos conmigo; pero..., ¡quién iba a pensar en tal cosa!

Al verla más apaciguada, me aventuré a preguntar detalles de su aventura, y voy a intentar describirla con sus propias palabras.

—Mira, hija mía, todo esto ha sucedido porque estos bandidos no encontraron el dinero que buscaban; y tan pronto como el ladrón me sacó del carruaje, realmente

pensé que me asesinaría. ¡Era fuerte como un león, y en sus manos era como una niña; nunca me habían maltratado así antes, arrastrándome por el suelo, y empujándome como a un animal!

Te aseguro que desearía ver a este hombre humillado y encerrado de por vida; y si alcanzara la horca, sería una buena cosa. Tan pronto como perdimos de vista el carruaje, aunque no creo que temiera haberme golpeado ante esos dos cobardes que sin duda no habrían hecho nada para impedirlo, de repente me tomó por ambos hombros y comenzó a zarandearme como a un monigote. *Mon dieu!* ¡Nunca lo olvidaré aunque viva cien años! Estoy segura de haberme descoyuntado por varias partes. Y aunque me quejé y grité cuanto pude, no tuvo en cuenta mis súplicas en absoluto. Continuó dándome sacudidas de esa manera, como si eso fuera parte de una apuesta. ¡Estoy resuelta, así me cueste toda mi fortuna, a ver a ese villano en la horca! Le encontrarán y le prenderán, si es que hay justicia en Inglaterra. Tras sacudirme hasta agotarse, y sintiéndome como gelatina, me arrojó a la zanja sin decir ni una sola palabra. Creí que se proponía asesinarme más de lo que he creído nada en toda mi vida, pues siguió golpeándome como si aún no me hubiera causado suficientes males. Con todo, nunca más dejaré mi bolso tras de mí, con el día tan largo que he tenido que vivir. Cuando ya no pudo sostenerse sobre mí, quiso buscar a tientas el dinero, pero fue muy astuto porque no habló ni una palabra para que no pudiera reconocerlo por la voz; pero esto no le salvará, pues he jurado atraparlo. Entonces, al decirle que no tenía el dinero, comenzó a zarandearme con fuerza de nuevo, como al principio. Y, tras esto, me arrastró hasta un árbol y sacó una cuerda de su bolsillo; es increíble que no me desmayara en ese mismo momento, pues tan cierto como que estás viva, comprendí que iba a colgarme del árbol. Aterrada, grité como una loca, diciéndole que si no lo hacía, no le delataría en toda mi vida, ni diría a nadie lo que me había hecho. Entonces, se paró un momento, como pensando lo que debía hacer, y tras esto, me obligó a sentarme en la zanja y ató mis pies tal como has visto; luego, como si no hubiera sido bastante, me arrancó bruscamente el tocado, y sin decir nada, se subió al caballo y me dejó en estas condiciones, pensando, supongo, que tirada allí podría perecer.

Aunque todo este relato casi me compelió a reír, estaba muy irritada con el capitán que, llevado por su afición a atormentar —él lo llama buen perder—, sobrepasa los extremos más bárbaros e injustificables. Hice cuanto pude por consolarla y tranquilizarla, y le dije que ya que *monsieur* Du Bois se había escapado, esperaba que, cuando se recuperara del susto, todo terminara bien.

—¡Susto, hija mía! —repitió ella—. Eso es lo de menos; te aseguro que estoy magullada de pies a cabeza y quiera Dios que pueda llegar a usar mis extremidades de nuevo. Sin embargo estoy feliz porque el villano no se ha podido llevar nada excepto mi dolor por los golpes. Lo peor es que, al no disponer de mis bucles, no podré salir, y se escapará antes de que pueda reclamar a la justicia que lo detengan. Estoy decidida a contarle a *lady* Howard lo mal que me ha servido su criado, pues si

no me hubieran arrancado los cabellos, los habría prendido con alfileres y aún habría podido usarlos mientras estoy en el campo.

—Quizá *lady* Howard —dije yo— pueda prestarle un sombrero que pueda ponerse sin ellos.

—¿*Lady* Howard? ¿Piensas que puedo ponerme una de sus birrias? No, no pienso ponerme semejante disfraz. Es una pena que no hiciera recoger al criado mis rizos de nuevo, pero me puso tan furiosa que no pensé en ello en ese momento. Y en Howard Grove sé que no podré comprarlos, pues ni con todo el dinero del mundo podría encontrarse nada allí; es uno de los lugares más aburridos que he visto en mi vida, y en el que menos encuentra uno lo que necesita.

Esta clase de conversación duró hasta el final de nuestro viaje; y entonces otra contrariedad nueva nos salió al paso. *Madame* Duval estaba ansiosa por hablarle a *lady* Howard y la señora Mirvan para relatarles sus desgracias; pero por otra parte no quería que *sir* Clement y el capitán la vieran en tal desorden, pues decía que como eran de tan mal carácter, en lugar de compadecerla, sólo harían broma de sus desastres. Por esta causa me envió a mí por delante, para esperar la oportunidad de entrar sin ser vista. Esto fue fácil, pues los caballeros entendieron prudente no parecer vigilantes; aunque se confabularon para regocijarse cuando la atisbaron al pasar.

Inmediatamente se metió en la cama, donde cenó; *lady* Howard y la señora Mirvan se sentaron muy cortésmente a su lado y escucharon apenadas su relato; mientras, la señorita Mirvan y yo nos retiramos a nuestro cuarto, donde nos pusimos muy contentas por acabar ese problemático día con una agradable conversación.

Los arrebatos del capitán durante la cena por el éxito de su plan fueron exagerados. Después hablé con la señora Mirvan con la franqueza que su bondad alienta, y le rogué que censurase a su marido por atormentar tan cruelmente a *madame* Duval. Me prometió aprovechar la primera oportunidad, pero dijo que ahora estaba tan exaltado que no tendría paciencia para escucharla. De todos modos, que no haga nuevos esfuerzos para molestarla, pues de ninguna manera permaneceré pasiva. Si hubiera supuesto que sería tan violento, me habría arriesgado a su cólera en defensa suya, sin dudar.

Hoy ha permanecido en la cama todo el día, y dice que está magullada hasta la muerte.

*Adieu*, mi querido señor. ¡Qué carta más larga le he escrito! ¡Es casi tan larga como las que le enviaba desde Londres!

## CARTA III

### *Evelina continúa*

Howard Grove, 15 de mayo

**E**ste insaciable capitán, si por él fuera, creo que no descansaría de atormentar a *madame* Duval hasta hacerla enfermar. Parece que no tiene más deleite que aterrorizarla o afrentarla, y todos sus pensamientos parecen girar sobre la invención de planes odiosos para hacerlo más efectivamente.

Ayer por la mañana desayunó en la cama, pero durante nuestro desayuno, el capitán, con una significativa mirada a *sir* Clement, nos dio a entender que él creía que había descansado tiempo suficiente como para soportar las adversidades de un nuevo plan.

Su mirada fue obvia, por lo que resolví detenerle inmediatamente; cuando terminamos de desayunar, seguí a la señora Mirvan afuera, y le rogué que no perdiera tiempo en plantear al capitán sus planes con *madame* Duval.

—Mi amor —contestó ella—, le he reconvenido ya, pero todo cuando le diga será inútil mientras su favorito *sir* Clement se confabule con sus planes.

—Entonces iré a hablarle a *sir* Clement —dije yo—, pues sé que desistirá si yo se lo pido.

—Tenga cuidado, querida —dijo ella sonriendo—. En ocasiones es peligroso hacer ruegos a los hombros que están demasiado deseosos de recibirlos.

—Pues bien, entonces, mi querida señora, ¿me da permiso para hablar yo misma con el capitán?

—Con mucho gusto. La acompañaré.

Le di las gracias y fuimos en su busca. Paseaba por el huerto con *sir* Clement. La señora Mirvan, acertadamente, me preparó el terreno diciendo:

—Señor Mirvan, traigo conmigo a alguien que quiere pedirle algo.

—¿Qué es ello? —dijo.

Temí enojarle y tartamudeé muchísimo cuando le dije que deseaba que no tuviera nuevos planes para atormentar a *madame* Duval.

—¡Nuevos *planes*! —dijo él—. ¿Por qué, es que supone que repetiría los *antiguos*? No es que no fueran buenos, sólo que dudo que picara de nuevo.

—Ciertamente, señor —dije yo—, ella ya ha sufrido demasiado; y espero que me perdone si me tomo la libertad de decirle que creo mi deber hacer lo imposible para evitar que vuelva a aterrorizarla de esa manera.

Una hosca sombra nubló instantáneamente su cara, y, apartándose abruptamente

de mí, dijo que podía hacer lo que quisiera, pero que pronto me arrepentiría de mi entrometimiento.

Me desconcertó en gran medida su desplante para intentar responderle, y observando que *sir* Clement abogaba calurosamente por mi causa, me marché dando media vuelta, y los dejé para discutir el asunto conjuntamente.

La señora Mirvan, que nunca le hablaba al capitán cuando no estaba de humor, tuvo gusto en seguirme, y con la dulzura acostumbrada, disculpó de mil maneras los malos modos de su marido.

Cuando la dejé fui a ver a *madame* Duval, que estaba levantándose y se dedicaba a examinar las ropas que llevaba el día del accidente.

—¡Vaya un espectáculo! —dijo ella—. Ven aquí, niña, mira esto. ¡*Pardi*, tantos años como he vivido y nunca había visto algo semejante!

Es que todo, absolutamente todo, se ha echado a perder; y lo que es peor, mi pelliza, que estaba como nueva. Es la segunda que destrozo. Tonta de mí por ponérmela en un lugar tan solitario como éste. Tanto es así que no me pondré jamás un buen vestido, aunque me quede aquí otros diez años.

—¿Quiere que la criada intente limpiarlo y plancharlo a ver si mejora, señora?



—¡No!, terminaría por destrozarlo del todo. ¡Pero, mira aquí..., mi capa! ¡*Mon dieu*, si parece un trapo! ¡De todas las desgracias que he tenido, sin duda ésta es la peor!; porque has de saber que todo lo compré el día antes de dejar París. Además, y para más inri, perdí mi sombrero cuando el bandido me lo arrancó bruscamente; no sé dónde fue a parar, no he vuelto a verlo; pero has de saber que era el que mejor me sentaba de todos los que he tenido, pues era el único con la cinta rosa que me favorece mucho. Y, a decir verdad, no me lo hubiera puesto si no fuera para ir a ver a *monsieur* Du Bois, pues no sé ni para qué se viste uno, con lo aburrido que es este lugar.

Entonces me dijo que había pasado la noche pensando qué argucia utilizar para que el capitán no se diera cuenta de la pérdida de sus bucles, y que finalmente había decidido ponerse un gran pañuelo desde la cabeza a la barbilla, y decir que tenía una dolencia de muelas.

—A decir verdad —añadió—, creo que el capitán es uno de los hombres más perversos que he conocido; se pasa todo el tiempo haciendo bromas sobre mí, y en cuanto a ser un caballero, no tiene más modales que un oso, pues está siempre

haciendo burla de todo; no estoy dispuesta a seguir siendo causa de mofa, pues, a mi entender, es lo más desagradable del mundo.

Comprendí que la señora Mirvan había intentado disuadirla de acudir a la justicia para encontrar a los supuestos ladrones, pues temía que se descubriera al capitán durante su permanencia en Howard Grove, lo cual supondría un gran problema; por tanto, se esforzó en mostrarle la inutilidad de acudir a la justicia a menos que fuera capaz de describir a los bandidos; y le ha asegurado que, como ni siquiera oyó sus voces ni vio sus caras, no podría identificarles ni obtener ninguna compensación.

*Madame Duval* se lamentaba de su triste destino mientras me contaba todo esto, al verse imposibilitada de vengarse de las ofensas; no obstante, juró que no sería persuadida tan fácilmente, pues decía:

—Si a villanos como éstos no se les echa el guante, seguirán haciendo las cosas impunemente, y atando y metiendo a personas en las zanjas, y cosas como éstas. Sin embargo, consultaré con *monsieur Du Bois* en cuanto me entere en dónde está. Tengo derecho a pedirle consejo, pues todas estas desgracias me han ocurrido por su accidente en la Torre.

—Estoy segura de que *monsieur Du Bois* —dije yo— sentirá mucho todo lo que le ha ocurrido.

—¿Y qué va a hacer ahora? Ya no tiene remedio: ya se han echado a perder todas mis ropas, y aunque él no tenga la culpa, no estoy ya tan obligada con él. Estoy segura de que si hubiera estado allí y me hubiera visto de esa manera, metida en la zanja, no hubiera hecho más que si fuera el papa de Roma. Pero te aseguro que no importa lo que puedan pensar, no descansaré, noche y día, hasta que se encuentre a ese granuja.

—No tengo duda, señora, de que pronto le encontrará.





—¡Pardi, si le cojo, le ahorcaré! ¡Tan cierto como el destino! Lo que es ciertamente extraño es el rencor especial en mi contra. No sé qué mal pude hacerle para ser tratada de semejante manera. No le hice ofensa ninguna, ni siquiera vi su cara en todo el tiempo; y en lo que se refiere a gritar un poco, pienso que en momentos como ése es algo natural, con el tremendo terror que se pasa.

Durante esta conversación, se esforzaba por ajustarse el tocado, pero no conseguía nada en absoluto. Ciertamente, si yo no hubiera estado presente, no hubiera creído nunca que una mujer de su edad se preocupara tanto por su indumentaria. No podía imaginar que su *toilette* era el asunto principal de su existencia.

Cuando la dejé, al bajar la escalera me encontré con *sir* Clement que, con gran seriedad, me rogó que no le negara el honor de unos momentos de conversación, y sin esperar respuesta me condujo al jardín, en cuya puerta, no obstante, insistí en detenerme.

Parecía muy serio, y en tono solemne dijo:

—Señorita Anville, por fin puedo felicitar me por haber encontrado la forma de complacerla y, por consiguiente, aunque me cueste la vida, la pondré en práctica.

Le rogué que se explicara.

—He conocido su deseo de salvar a *madame* Duval de las conductas salvajes del capitán, y apenas puedo refrenarme de darle mi opinión real sobre el tema, pero tampoco tengo deseos de discutir airadamente con él, no sea que me niegue la entrada en la casa en la que habita usted; he puesto todo mi empeño en disuadirle de su nuevo y absurdo plan, pero lo veo imposible; por tanto, he determinado marcharme de este lugar tan querido para mí, y que encierra lo que más admiro y adoro, y me quedaré en la ciudad hasta que la racha de insensatez de este bobo se vea reducida.

Se detuvo, pero guardé silencio pues no sabía lo que debía contestar. Me cogió de la mano, que acercó a sus labios, diciendo:

—Y entonces, señorita Anville, ¿debo separarme de usted sacrificando voluntariamente mi máxima felicidad..., y no ser honrado con una palabra, ni una mirada de aprobación?

Retiré mi mano y dije medio riéndome:

—Sabe usted tanto de los favores que confiere, que estaría de más que yo los ensalzara.

—¡Encantadora, encantadora criatura! Su ingenio, su inteligencia crece a mis ojos por momentos..., ¿y debo..., debo separarme de usted? ¿No habría otro método?

—¡Oh, señor! ¿Tan pronto se arrepiente usted del favor que planificó para *madame* Duval?

—¿Para *madame* Duval? Pero qué criatura más cruel, y lo que me hace sufrir..., ¿ni siquiera me deja explicarle el sacrificio que estoy a punto de hacer?

—Puede explicármelo cuanto guste, señor, pero ahora tengo mucha prisa para detenerme aquí por más tiempo.

—Entonces quise dejarle, pero me sujetó más fuerte y muy impaciente me dijo:

—Si no va a agradecerme el sacrificio, señorita Anville, no debería sorprenderse si trato de complacerme a mí mismo. Si mi plan no se honra con su aprobación, motivo único para el que fue formulado, ¿para qué debería continuar con él, si lo desaprueba totalmente?

Ambos nos quedamos en silencio durante algunos minutos; yo no quería que desistiera de un plan que tan efectivamente interrumpiría los propósitos del capitán y, al mismo tiempo, me aliviaría del sufrimiento de desatender sus deseos; al mismo tiempo, agradecí su favor, sin tener en cuenta las temerosas advertencias de la señora Mirvan. Sin embargo, cuando me apremió para que hablara, dije, con voz irónica:

—Yo creí, señor, que el profundo conocimiento del favor que me hace sería suficiente recompensa; pero, como, al parecer, estaba equivocada, le doy las gracias, y..., ahora —dijo, haciendo un ceremonioso saludo— espero, señor, que quede completamente satisfecho.

—Es la más divina de las mujeres... —comenzó, pero me solté con fuerza y subí las escaleras corriendo.

Al poco tiempo la señorita Mirvan me dijo que *sir* Clement acababa de recibir

una carta que le obligaba a dejar Grove, y que había ordenado una silla inmediatamente. Entonces le informé el verdadero motivo de su marcha, pues es tan dulce y tan buena que me complace tener total confianza en ella.

Durante la comida, debo reconocerlo, todos le echamos de menos; pues, si bien la veleidad de su conducta hacia mí cuando estamos a solas es muy inquietante, cuando estamos todos en conversación general es sumamente entretenido y agradable. En cuanto al capitán, se quedó tan desolado con su marcha, que apenas habló una palabra desde que se fue; *madame* Duval, por el contrario, hizo su primera aparición desde el accidente, y se mostró encantada de poder librarse de verle.

El dinero que dejamos en la granja ya nos ha sido devuelto. ¡Lo que ha debido costarle al capitán el arreglo y organización de toda esta aventura! Temo que sea descubierto, pues *madame* Duval está muy extrañada de haber recibido una carta de *monsieur* Du Bois en la que no hace mención alguna a su encarcelamiento. Sin embargo, no sospecha nada, pues interpreta su silencio como temor a que la carta sea interceptada. No tuve oportunidad de preguntarle a *sir* Clement sobre su amigo *lord* Orville mientras estuvo aquí, pero me parece muy extraño que no le mencionara sin querer. Y me resulta raro que la señorita Mirvan no le preguntara tampoco por él, pues siempre se mostró especialmente atenta con él.

Y ahora, de nuevo, todos mis pensamientos giran involuntariamente sobre la carta que pronto llegará de París. Esta visita de *sir* Clement, no obstante, me ha distraído de mis preocupaciones y por tanto estoy contenta de que se haya producido. *Adieu*, mi querido señor.

## CARTA IV

### *De sir John Belmont a lady Howard*

París, 11 de mayo

**T**engo el honor de recibir en este momento la carta de su señoría, y no esperaré más para contestarla. Rara vez ocurre que un hombre, aun siendo ensalzado como santo, no tenga en realidad tacha alguna, o que otro, considerado como un demonio, carezca de todo sentimiento.

Tal vez no esté lejano el tiempo en que tenga el honor de probarle esta teoría, con relación al señor Villars y a mí mismo.

En cuanto a la señorita que el señor Villars tan obsequiosamente desea presentarme, le deseo toda la felicidad a la que, por informes de su señoría, parece estar destinada; y, si tiene una tercera parte de los méritos de *aquella* con quien usted la compara, no dudo que el señor Villars tendrá más éxito en cualquier otra gestión en beneficio suyo, que el que nunca alcanzará de mí con relación a este asunto.

Tengo el honor de ser señora, su humilde y más fiel servidor,

John Belmont

## CARTA V

### *De Evelina al reverendo señor Villars*

Howard Grove, 18 de mayo



hora, mi querido señor, ya todo se acabó! La carta tan ansiosamente esperada llegó al fin, y mi destino está decidido. Los distintos sentimientos que me oprimen, ni siquiera tengo palabras para describirlos..., y creo que tampoco es necesario... De sobra conoce mi corazón, usted mismo lo ha forjado, por lo que podrá intuirlos fácilmente. Paria como soy..., rechazada para siempre como he sido por mi padre a quien por derecho pertenezco..., ¿puedo yo ahora implorar de nuevo *su* protección? No..., no..., no quiero ofender a su generoso corazón, que, expuesto a la aflicción no deseo sino aliviar, con una pregunta que pudiera insinuar una duda. Estoy más segura que nunca de su bondad, ahora que de hecho es usted mi único afecto. Me esfuerzo por soportar este golpe con compostura, como si hubiera recibido ya su consejo y consuelo; pero son demasiadas emociones para mí. ¡Oh, señor, qué carta escrita por un padre! ¿No sería yo insensible a la voz de la naturaleza, si pudiera soportar verme absolutamente abandonada sin sentir tan honda pena? No me atrevo a admitirle a usted, ni siquiera a mí misma, todo lo que pienso; pero, ciertamente, tengo sentimientos en relación con este rechazo que mi sentido del deber apenas puede evitar... y pienso: ¿no habría podido suavizar al menos su respuesta? ¿No era suficiente con no querer conocerme nunca..., para tratarme con desprecio y herirme con sus chanzas?

Pero sólo estoy pensando en mí misma, y olvido que debiera ser él el objeto de mi pesar. ¡Ay! ¡Qué desagravios obtendrá de la angustia que atesora para su porvenir! Mi corazón se compadecerá de él siempre que piense en ello. ¡Y lo que dice de usted..., mi protector, mi amigo, mi benefactor! No me atrevo ni a comentarlo. ¡Santo Dios! Qué triste recompensa para una bondad tan incomparable.

Quisiera distraer mis pensamientos de este tema, pero no está en mi poder hacerlo aún, pues, aunque dolida por la carta, y pese a mis esperanzas de lo contrario, no se me permitirá dar por terminado este tema, pues *madame* Duval se ha propuesto que no puede acabar de este modo; escuchó la carta con gran indignación y protestó que a ella no le habrían contestado tan fácilmente; y lamentó su debilidad al haber permitido que otra persona dirigiera este asunto sin saber cómo hacerlo, jurando que será ella quien se ocupe de ello de aquí en adelante.

Mis protestas contra su resolución fueron vanas, y también la súplica para que desistiera de un ataque que sólo puede provocarle resentimiento; especialmente

porque todo parece indicar que *lady* Howard estará pronta a negociar más abiertamente. No me escuchará; está furiosamente decidida a llevar a cabo un proyecto que me horroriza, pues tiene intención de viajar conmigo a París y una vez allí, *frente a frente*, exigir justicia.

No sé cómo calmarla o disuadirla..., pero por nada del mundo querría yo ser arrastrada de ese modo a una entrevista tan terrible con un padre al que no conozco.

*Lady* Howard y la señora Mirvan están muy horrorizadas por el actual estado de las cosas, y se muestran aún más amables conmigo que de costumbre; y María, mi amiga del alma, hace esfuerzos sobrehumanos para consolarme, y, cuando fracasa en su propósito, aún con mayor generosidad, se compadece de mi dolor.

Estoy muy regocijada, no obstante, de que *sir* Clement Willoughby nos dejara antes de que llegase la carta, pues estoy segura de que la gran confusión que se respira en la casa le hubiera descubierto la historia que, ahora más que nunca, quisiera olvidar.

*Lady* Howard opina que no debo contrariar los deseos de *madame* Duval, aunque reconoce el disparate que supone el que la acompañe al extranjero en semejante empresa. La verdad, yo preferiría morir a verme forzada a presentarme ante él, pero *madame* Duval es tan vehemente que instantáneamente quería llevarme a Londres de camino a París, y lo hubiera hecho si no fuera por *lady* Howard, que dijo que bajo ningún concepto abandonaría su casa más que para entregarme a usted, con cuya autorización había entrado en ella.

Se enfadó mucho ante esta negativa, y el capitán, con sus mofas y burlas, aumentaba ese enfado, por lo que ella declaró que si su siguiente carta continuaba disputándole la autoridad para guiarme a su antojo, ella misma, sin titubear, se presentaría en Berry Hill para *darle a conocer in situ* quién es ella.

Me produce gran desasosiego que ponga en práctica esta amenaza, porque su violencia y su volubilidad sin duda le perturbarían.

Incapaz de obrar por mí misma, así como de juzgar qué conducta debo seguir, ¡cuán agradecida me sentiría si pudiera contar con su guía y sus consejos para dirigirme!

*Adieu*, mi querido señor. Confío en que el cielo no permita que sea nunca repudiada ni burlada por usted, de quien ahora puedo suscribirme enteramente su,

Evelina

## CARTA VI

### *Del señor Villars a Evelina*

Berry Hill, 21 de mayo

**N**o te dejes deprimir, mi Evelina, por un golpe de suerte del que no eres responsable. Ningún incumplimiento del deber por tu parte ha motivado la falta de amabilidad que has recibido. Ni, por ningún acto de imprudencia, has propiciado la censura y el reproche. Te ruego, por tanto, mi queridísima hija, que soportes el embate con el coraje que la inocencia debe inspirarte, y que dejes la aflicción que sientes solo para él, quien, no teniendo ese sustento, deberá un día soportarla gravemente.

Las alusiones que lanza me son del todo incomprensibles; mi corazón..., me atrevo a decir... lo declaro inocente de todo vicio; pero, sin *tacha*... nunca me aventuré a pronunciarlo; sin embargo, parece su intención ser a partir de ahora más explícito, y dejaremos para ese momento la resolución de este jeroglífico; y si según parece he sido la causa de tener que lamentar nuestras desgracias, déjame al menos decir que el más parcial de mis amigos no se sentiría tan asombrado como yo mismo, ante tal descubrimiento.

La alusión, asimismo, a futuras gestiones que pueda hacer está igualmente más allá de mi comprensión; pero no pensaré obsesivamente en un tema que casi a mí solo compete, imponiéndome reflexiones que sólo conseguirían herir un corazón tan tiernamente formado filialmente como el de mi Evelina. Hay un aire de misterio en toda la carta, cuya explicación aguardaré en silencio.

El plan de *madame* Duval es tal como podría ser razonable esperar de una mujer tan poco acostumbrada a las decepciones, y tan completamente incapaz de considerar la delicadeza de tu situación. Tu aversión a su plan me complace, pues coincide exactamente con la mía. ¿Por qué no emprende ella sola el viaje que proyecta? No encontraría entonces oposición ninguna. Y entonces, de nuevo, mi hija y yo volveríamos a gozar pacíficamente de la serena felicidad que sólo ella ha interrumpido. En cuanto a su venida aquí, ciertamente, quisiera poder prescindir de semejante visita; pero, si no está satisfecha con mi negativa por carta, tendré que someterme a la tarea de repetírsela personalmente.

Mi impaciencia por tu regreso ha aumentado desde que he leído tu informe sobre la visita de *sir* Clement Willoughby a Howard Grove. Estoy casi sorprendido por la perseverancia de sus asiduidades para interesarte en su favor; pero no me gusta que te espongas a esas charlas privadas que tienen una apariencia que me sobrecoge. No

puedes, querida, ser demasiado mesurada; la falta de cautela más leve podría ser aprovechada por un hombre de su disposición; no es suficiente con que seas reservada, su conducta demanda tu resentimiento; él, de nuevo, pondrá todo su empeño en confabularse para solicitar tus favores en privado, de forma que poco a poco vayas dejando el desdén y el desagrado a un lado, hasta conseguir un cambio en tu comportamiento; por tanto, si su visita a Howard Grove se repite mientras permanezcas allí, *lady* Howard deberá perdonarme si corto tu estancia repentinamente.


*Adieu*, hija mía, presenta mis respetos a esa hospitalaria familia, a la que tanta gratitud debemos.



## CARTA VII

### *Del señor Villars a lady Howard*

Berry Hill, 27 de mayo

 uerida señora, creo que no le sorprenderá saber que he recibido una visita de *madame* Duval, pues no dudo que le habrá dado a conocer sus intenciones antes de dejar Howard Grove. Con gusto me hubiera excusado si hubiese podido hacerlo decentemente, pero, después de un viaje tan largo, era imposible rehusar verla.

Me explicó que su viaje a Berry Hill era consecuencia de la carta enviada a su nieta en la que le prohibía acompañarla a París. Me pidió explicaciones sobre la autoridad con la que obraba, y si hubiese estado dispuesto a discutir con ella, habría disputado muy encolerizada los derechos asumidos por mí, pero rechacé toda discusión. Me limité a escucharla en silencio hasta que, cansada de tanto hablar, se contentó con callarse también. Entonces, le rogué que me expusiera el motivo de su visita.



Me contestó que venía dispuesta a hacerme renunciar al poder que le había usurpado sobre su nieta, asegurándome que no abandonaría el lugar hasta haberlo conseguido. Pero no quiero molestar a su señoría con los detalles de esa desagradable conversación; y no lo haré, pues, a juzgar por los resultados, preferiría escoger un tema más agradable para su lectura. De todos modos, seré tan conciso como me sea posible, pues su señoría tendrá mejores ocupaciones en que emplear su tiempo.

Cuando fue consciente de mi inexorable negativa a dejar que Evelina la acompañara a París, insistió en que al menos la dejara vivir con ella en Londres hasta el regreso de *sir* John Belmont; me opuse también a este proyecto con todas mis fuerzas, pero, ciertamente, fue en vano; ella perdió la paciencia y yo mi tiempo; y dijo que si estaba resuelto a seguir oponiéndome, redactaría inmediatamente un testamento en el que dejaría toda su fortuna a auténticos extraños, habiendo sido siempre su pretensión, sin embargo, en otro caso, reconocer a su nieta como única heredera.

Esta amenaza no tendría para mí gran importancia; durante mucho tiempo me he acostumbrado a pensar que, con aptitudes, que ciertamente tiene, mi hija podría ser tan feliz como en la posesión de millones. Pero la incertidumbre de su destino futuro me impide seguir implícitamente los dictámenes de mi juicio presente. Las relaciones que a partir de ahora pueda entablar, el estilo de vida al cual está destinada, y la familia a la que pertenecerá, son consideraciones que pesan demasiado en las amenazas de *madame* Duval. En resumen, señora, después de un discurso infinitamente tedioso, me vi obligado, aunque muy a regañadientes, a comprometerme con esta ingobernable mujer, consintiendo que Evelina pase con ella un mes.

Nunca hice una concesión de tan mala gana y con tanta pena. La violencia y la vulgaridad de esta mujer, su total ignorancia de las buenas costumbres, la familia a la que pertenece y las compañías con las que es propensa a relacionarse, son objeciones tan convincentes para no dejar a su cargo a mi querida niña, que sólo mi comedimiento en cuanto al derecho que tengo de despojarla de una fortuna tan grande, me ha conducido a escuchar su propuesta. Ciertamente, nos separamos ambos igual de descontentos; ella por lo que no había logrado, yo por lo que había consentido.

Sólo me resta, ahora, agradecerle humildemente a su señoría la amabilidad con la que desinteresadamente ha tratado a mi pupila, e implorar que tenga la bondad de partir con ella cuando *madame* Duval crea conveniente reclamar el cumplimiento de la promesa que, con chantaje, ha logrado arrancarme.


Siempre suyo, querida señora y compañía,

Arthur Villars

## CARTA VIII

### *Del señor Villars a Evelina*

Berry Hill, 28 de mayo

 Con una renuencia que me causa una inquietud indescriptible, me he visto casi forzado a consentir que mi Evelina abandone la protección de la hospitalaria y respetable *lady* Howard, para que acompañe a *madame* Duval a Londres; ciudad que no esperaba que volviera a visitar. ¡Pero, oh, ni querida niña, somos esclavos de las costumbres, tontos prejuiciosos, y no nos atrevemos a cortar los tallos de un mundo antagónico, ni aunque nuestro buen juicio condene nuestra sumisión!

Sin embargo, desde que salimos al mundo, debemos poner todo el empeño en sacar provecho de él.

En el transcurso del mes que pasarás con *madame* Duval, debes obrar con toda la circunspección y prudencia de que puedas ayudarte. Ella no te propondrá, lo sé, cualquier cosa que crea perjudicial para sí misma; pero debes aprender no solo a *juzgar*, sino a *valerte* por ti misma. Si algún plan o compromiso te pareciera impropio, será menester que resuelvas evitarlo; y, no arriesgarte, por pasividad, a la censura del mundo o lamentaciones futuras.

No debes dedicarte a acompañar asiduamente a *madame* Duval; antes al contrario, desearía que te relacionaras lo menos posible con sus amistades, que no estarán entre quienes te darán crédito alguno. Recuerde, mi querida Evelina, que nada es tan delicado como la reputación de una mujer, que es al mismo tiempo lo más frágil y bello de entre todas las cosas.

*Adieu*, mi querida niña, no permaneceré tranquilo hasta que haya concluido este dichoso mes.

A. V.

## CARTA IX

### *De Evelina al reverendo señor Villars*

Londres, 6 de junio

**D**e nuevo, mi queridísimo señor, le escribo desde esta gran ciudad. Ayer por la mañana, con honda preocupación, dejé a los queridos habitantes de Howard Grove, y ya cuento impaciente los días que faltan para verlos de nuevo. *Lady Howard* y la señora *Mirvan* se despidieron de mí con el cariño más encomiable, pero de *Maria...* no sabía cómo separarme, pues su pena, que no pudo ocultar, redoblaba la mía. Me hizo prometerle que le enviaría una carta en cada posta; y le escribiré con la misma libertad, y casi la misma confianza, de que se me permite hacer uso con usted mismo.

El capitán fue muy atento conmigo, pero se peleó con *madame Duval* hasta el último momento, y, llevándome aparte, poco antes de subirme a la silla, me dijo:



—Señorita Anville, tengo un favor que pedirle: que nos escriba contándonos la cara que pondrá la señora cuando se entere de la farsa, lo que dicen los patanes franceses y todo lo demás.

Contesté que lo haría, aunque no estaba contenta con el encargo, que, encontré, además, altamente impropio. Pero, o me tratará como a una *chivata*, o me involucrará en la broma.

Tan pronto como nos fuimos en el carruaje, *madame* Duval exclamó, con mucha satisfacción:

—*Dieu merci!*, que por fin nos vamos de aquí; estoy segura de no querer volver más a este lugar; es admirable que aún siga con vida, pues creo que he tenido la peor suerte que se conozca, desde que puse los pies aquí. Desearía no haber venido nunca. Y, por añadidura, es éste el lugar más aburrido de toda la cristiandad. No hay ningún entretenimiento ni nada de nada.

Y entonces comenzó a compadecerse de *monsieur* Du Bois, a propósito de sus aventuras, y continuó haciendo conjeturas sobre el tema durante el resto del viaje.

Cuando le pregunté dónde íbamos a alojarnos en Londres, me dijo que el señor

Branghton nos esperaba en una posada para conducirnos a nuestro alojamiento. Consecuentemente nos dirigimos a una casa en Bishopsgate Street y un criado nos condujo a un cuarto donde nos encontramos con el señor Branghton. Nos recibió muy cortésmente, pero pareció muy sorprendido de verme, diciendo:

—No esperaba que la señorita viniera; sin embargo, es muy bienvenida.

—Ya se lo explicaré —dijo *madame* Duval—; usted ya debe saber que tengo intención de llevarme a la señorita a París, para que vea mundo y pueda mejorar un poco; además, tengo otra razón que ya comentaremos más despacio, pero, ese viejo párroco entrometido, tal como le dije, no la deja acompañarme; sin embargo, he resuelto comportarme como él, pues me la llevaré sin decir una palabra más a nadie.

Esta insinuación me dejó muy sorprendida, pero me alegro de que descubriera sus intenciones; así estaré cuidadosamente en guardia para no aventurarme con ella lejos de la ciudad.

El señor Branghton esperó que hubiéramos pasado nuestra estancia en el campo muy agradablemente.

—¡Oh primo! —dijo ella—, ¡he sido la criatura más desgraciada de este mundo! Estoy segura de que todos los caballos de Londres no podrían arrastrarme al campo de nuevo. ¿Qué cree que me ha ocurrido? Adivínelo.

—La verdad, prima, no puedo adivinarlo.

—¿No puede? ¡Pues sepa usted que me han robado! Es decir, me habrían robado si no hubiera asegurado mi dinero.

—Pero, entonces, prima, la pérdida no habrá sido muy grande.

—¡Oh, señor, no sabe lo que está diciendo; habla sin pensar, porque fue precisamente por no haber encontrado dinero, por lo que he sufrido esta desgracia!

—¿Qué desgracia, prima? No veo gran desgracia si tenía su dinero asegurado.

—Pero es que no sabe nada del asunto, porque el villano se acercó al coche, y, al ver que no tenía dinero para darle, sin derecho ninguno, sepa usted, se encolerizó como no había visto en mi vida, maltratándome de tal modo que me arrojó en una zanja, cogiendo una cuerda con intención de ahorcarme. Y si ésa no es desgracia suficiente, no sé lo que lo es.

—Éste es un caso duro, ciertamente, prima... ¿Dará parte a la justicia?

—¡Oh, desde luego!, iré directamente, pero antes quiero ver a *monsieur* Du Bois, pues la cosa más extraña de todas es que me escribió, y no me dijo dónde está, ni lo que le ha ocurrido, ni nada de nada.

—¡*Monsieur* Du Bois! Pues está en mi casa en este momento.

—¡*Monsieur* Du Bois en su casa! Pues sí que me sorprende; no obstante, bien podía haber venido como usted a esperarme, considerando que me he vuelto loca buscando noticias tuyas. Y, a decir verdad, fue por su culpa que tuve ese accidente, así que me parece muy poco amable, se lo aseguro.

—Bueno, prima, pero... ¿quiere darme algunos detalles sobre el tema?

—En cuanto a los detalles, estoy segura de que, escuchándolos, se le rizarán los

pelos de la cabeza. Todo comenzó por culpa de *monsieur* Du Bois; pero, se lo aseguro, que se cuide en el futuro, pues ni siquiera vino a enterarse de si estaba viva o muerta; yo por él quise ir al juez de paz e hice todo lo posible, y sin embargo fui tratada peor que un perro, y todo por prestarle un buen servicio. Y él, para que vea, no ha hecho nada bien, fui una tonta por lamentarme; que se busque a otra, porque si volvieran a arrestarle, no iría tras él nunca más.

Todo esto dio lugar a una explicación, en el transcurso de la cual, *madame* Duval se enteró de que *monsieur* Du Bois no había abandonado Londres en ningún momento durante su ausencia. Su asombro absoluto creció cuando el señor Branghton le dijo que no creía que hubiera estado en la Torre, ni que le hubiera ocurrido ningún tipo de percance.

Casi instantáneamente toda la verdad de la trama pareció iluminarse en su mente, y su furia fue increíblemente violenta. Me hizo mil preguntas en un instante, pero, afortunadamente, fue demasiado vehemente como para darse cuenta de mi azoramiento, que de otra manera hubiera dejado traslucir mi conocimiento del engaño. Su primer impulso fue de venganza, jurando que iría a la mañana siguiente a denunciarlo, y a averiguar qué clase de castigo legal le podía ser aplicado al capitán por su asalto. Creo que permanecimos una hora en Bishopsgate Street antes de que la pobre *madame* Duval permitiera mencionar otra cosa que su historia; en todo caso, el señor Branghton le dijo que *monsieur* Du Bois y toda su familia la esperaban en casa. Avisaron un coche de alquiler y partimos hacia Snow Hill. La casa del señor Branghton es pequeña e incómoda, aunque la tienda, que ocupa toda la planta baja, es grande y confortable. Creo que ya se lo dije antes, es platero.

Subimos a la segunda planta, pues el comedor, según nos dijo el señor Branghton estaba *alquilado*. Sus dos hijas, su hermano, *monsieur* Du Bois, y un joven, tomaban el té. Habían esperado mucho rato por *madame* Duval, pero encontré que no esperaban que yo la acompañara, y las muchachas, creo, estaban más asombradas que complacidas cuando hice acto de presencia, pues parecían molestas por haber visto su cuarto; yo, la verdad, gustosamente les habría evitado esa contrariedad, si hubiera estado en mi poder. El primero que me vio fue *monsieur* Du Bois:

—Ah, *mon dieu!* —exclamó—. *Voilà mademoiselle!*

—¡Caramba! —dijo el joven Branghton—; ¡pero si no es la señorita!

—¡Válgame Dios!, vaya si es —dijo la señorita Polly—; la verdad es que ni en sueños creí que la señorita viniera.

—Ni yo tampoco, eso seguro —dijo la señorita Branghton—; de otro modo no habría estado en este cuarto para verla. Estoy realmente avergonzada, no pensaba que viniera nadie más que la tía... Pero toda la culpa es de Tom..., bien sabes que quise pedir el cuarto del señor Smith, pero fuiste tan gruñón que no me lo permitiste.

—¡Caramba, vaya cosa! —dijo su hermano—; juraría que no es la primera vez que la señorita sube dos pisos de escaleras... ¿No es cierto, señorita?

Les rogué que no se preocuparan, asegurándoles que no tenía ninguna preferencia



en relación con las habitaciones.

—Pues bien —dijo la señorita Polly—, la próxima vez que venga tendremos la habitación del señor Smith; es muy bonita, está en el primer piso, y muy bien amueblada; no le falta detalle.

—A decir verdad —añadió a la señorita Branghton— pensaba, de cualquier modo, que mi prima no vendría a la ciudad en verano, porque no *está de moda...*; entonces, imagino, se quedará hasta septiembre, cuando comience la temporada de teatro.

Éste fue el recibimiento que me hicieron, que no creo que pueda considerarse muy cordial.

*Madame Duval* que, después de haber reprendido severamente a *monsieur Du Bois* por sus desatenciones, se enfrascó de nuevo en el relato de sus infortunios, consiguió la atención de todo el grupo. *Monsieur Du Bois* la escuchaba extremadamente horrorizado, levantando repetidamente los ojos y las manos, y exclamando: *Oh, ciel! Quel barbare!*

Las muchachas le prestaron la atención más fervorosa, pero su hermano y el joven mantuvieron una amplia sonrisa en la cara durante todo el relato. Ella, no obstante, con lo concentrada que estaba no se percató de nada; pero, cuando mencionó que la habían atado en una zanja, el joven Branghton no fue capaz de contenerse y estalló en una carcajada, diciendo que no había oído cosa más *divertida* en toda su vida; su risa fue cordialmente secundada por su amigo, y las señoritas Branghton no pudieron evitar seguir su ejemplo. Y la pobre *madame Duval*, extremadamente asombrada, fue realmente avasallada y paralizada por el ímpetu de su regocijo.

Durante algunos minutos en la estancia se vivió un gran alboroto; de un lado, la cólera de *madame Duval*, el asombro de *monsieur Du Bois*, y las airadas preguntas del señor Branghton; del otro, las convulsas risotadas disimuladas de las hermanas, y las carcajadas de los jóvenes, ocasionaron tal ruido, tal acaloramiento y tal confusión que, si alguien se hubiese detenido un instante en las escaleras, hubiera creído encontrarse en *Bedlam*<sup>[39]</sup>. Por fin, el padre los llamó al orden y, medio entre risas, medio asustados, le pidieron mil torpes disculpas, pero no quiso continuar su relato hasta que le dijeron que se reían del capitán y no de ella. Aplacada con esto, reanudó la historia, que los jóvenes escucharon con tolerable decencia, disimulando ayudados por los pañuelos con que tapaban sus bocas.

Todos estuvieron de acuerdo en que la conducta del capitán era *legalmente punible*, y el señor Branghton dijo que estaba seguro de que podría reclamar daños puesto que había puesto en peligro su vida. Entonces, ella, con gran deleite, dijo que muy rápido satisfaría su venganza, prometiendo solemnemente que no se vería complacida con menos de la mitad de la fortuna del capitán, y añadió:

—No le doy valor al dinero, porque a Dios gracias no tengo necesidad, no lo deseo nada más que por escarmentar a ese tipejo; porque estoy segura de que, sea

cual sea la causa, me tiene un gran rencor, y no sé qué más puede hacerme, porque no ha dejado de atormentarme desde que le conocí.



Poco después del té, la señorita Branghton aprovechó una oportunidad para decirme en un susurro que el joven que había allí era un pretendiente de su hermana, que se llamaba Brown y que tenía una tienda, y la mar de detalles de su familia y demás circunstancias; entonces declaró su total antipatía por ese enlace, y añadió que su hermana no tenía espíritu ni ambición; sin embargo ella, diez veces preferiría morirse solterona antes que casarse con cualquiera que no fuera un caballero. Y añadió:

—No creo que a Polly le importe mucho él, lo que ocurre es que, imagino, tiene mucha prisa por casarse antes que yo; no debe preocuparse, porque me importa muy poco si nunca llego a casarme; me es indiferente.

Algún tiempo después, la señorita Polly se las ingenió para contarme su historia.

Me aseguré, con una risa disimulada, que su hermana tenía mucho miedo de que ella se casara primero, por lo que le hace creer que así lo desea. Y continué:

—Me gusta mortificarla un poco, pero, en realidad, no tengo ninguna intención con el señor Brown. No me gusta lo suficiente, ¿y a usted, señorita?

—No me es posible juzgar sus méritos —dije yo—, me es totalmente desconocido.

—Pero ¿qué le parece?

—Pues, realmente, no lo sé.

—Pero ¿piensa que es bien parecido? Dicen que es bello, pero a mí, se lo aseguro, me parece horrible..., ¿y a usted?

—Yo no soy quién..., pero pienso que está muy bien.

—¡Muy bien! Y ¿le parece —dijo en todo molesto—, que tiene algún defecto?

—¡Oh, ninguno en absoluto!

—Si usted supiera..., estoy segura de que le parecería mal. Buddy dice que no tiene la menor importancia, pero sé que es por despecho. Ha de saber, señorita, que se vuelve tan loca por temor a que tenga un novio antes que ella; pero es tan orgullosa que nadie la cortejará, y a menudo le digo que morirá solterona. La cosa es que se le ha metido en la cabeza enamorar al señor Smith, que se aloja en el primer piso. Pero, señor, nunca le hará caso, porque es un verdadero caballero; y además, el señor Brown le oyó decir un día que no se casaría nunca en la vida, pues es contrario al matrimonio.

—¿Y le dijo usted eso a su hermana?

—¡Oh, sí!, se lo dije inmediatamente, pero no me prestó atención. Si es tonta, allá ella.

Esta extrema falta de afecto y buenos sentimientos aumentó la aversión que sentía ya por estas hermanas tan poco cordiales. Y esta confianza, tan completamente innecesaria y no solicitada, manifiesta a partes iguales su insensatez y falta de decoro.

Me sentí muy complacida cuando llegó el momento de irnos. El señor Branghton dijo que nuestros alojamientos estaban en Holborn, para poder estar cerca de su casa, como buenos vecinos, y nos acompañó él mismo.

Nuestras habitaciones son grandes y cómodas; el arrendatario es vendedor de medias. Tengo mil razones para regocijarme de ser tan poco conocida, pues mi situación presente es, en todos los aspectos, muy poco envidiable; y a mí, por nada del mundo, me gustaría que me viese cualquier conocido de la señora Mirvan.

Esta mañana, *madame* Duval, acompañada por todos los Branghton, se fue a un juzgado cercano para dar parte de la ofensa recibida del capitán. Me fue difícil excusarme de acompañarles, pero hacerlo me habría violentado mucho. Estaba realmente ansiosa, en casa, esperando noticias, porque sentía el desasosiego que tal asunto causaría a la afable señora Mirvan. Pero, afortunadamente, *madame* Duval se ha desanimado de llevar adelante sus planes, pues fue informada de que, como ni oyó su voz, ni le vio la cara al atacante, tendrá dificultades para fundamentar sus

sospechas, y pocas serán las probabilidades de ganar su causa, a menos que pueda procurarse testigos de la fechoría.

El señor Branghton, por tanto, ha considerado que, con todas las circunstancias que rodean el asunto, en su opinión, la acción legar no sólo será larga, sino tediosa y arriesgada, y le ha desaconsejado seguir adelante. *Madame* Duval, aunque de mala gana, ha accedido a ello. Pero ha hecho votos en el sentido de que, si de nuevo es afrentada, se vengará aunque con ello se vea en la ruina.

Me alegro muchísimo de que esta ridícula aventura termine sin consecuencias más serias.

*Adieu*, mi querido señor; mis señas ahora son: Casa del señor Dawkins, calcetero en High Holborn.

## CARTA X

### *De Evelina a la señorita Mirvan*

7 de junio

**N**o tengo palabras, mi queridísima amiga, para expresar el agradecimiento que siento por la ilimitada amabilidad que tu estimada madre y la honorable *lady* Howard me han demostrado. Y todavía menos palabras encuentro para expresarte con qué renuencia me separé de mis estimados y generosos amigos, cuya bondad refleja al instante la honorabilidad de sus corazones, y que tan generosamente me ha sido otorgada. Pero no repetiré lo que ya he escrito a la afable señora Mirvan; recordaré sus advertencias y guardaré en mi corazón toda la gratitud hacia ustedes y trataré con mi pluma de pensar en temas menos dolorosos para mi generosa corresponsal.

¡Oh, Maria! Londres ya no parece el mismo lugar donde tiempo atrás disfruté de tanta felicidad. Todo es para mí nuevo y extraño; la misma ciudad no tiene el mismo aspecto: ¡mi situación ha cambiado tanto! ¡Mi casa es tan diferente! ¡Mis compañías tan distintas! Pero usted bien conoce mi aversión por este viaje.

En efecto, Londres me parece un desierto: el aspecto alegre y desenfadado que tenía recientemente ha sido sustituido por una apariencia de tristeza, fatiga y dejadez. El aire parece estancado, el calor es intenso, el polvo intolerable, y los habitantes ignorantes y brutos. O, al menos, así parece en la parte de la ciudad donde ahora resido.

Dime, querida Maria, ¿no recuerdas el tiempo que pasamos juntas aquí? ¡Yo siempre lo recordaré! Aún me parece un sueño o una fantasía más que una realidad. Que una vez fuera presentada a *lord* Orville..., que le haya hablado..., que haya bailado con él; todo me parece ahora una romántica ilusión; y aquella elegante cortesía, aquellas elogiosas atenciones, aquella refinada delicadeza que tanto le distinguieron sobre el resto de los hombres, y que provocó en nosotras tanta admiración..., ahora me encuentro recordándolo como si respondiera a un ideal perfecto, creado por mi imaginación..., una criatura de raza y naturaleza distinta a la de aquellos que ahora frecuento.

No tengo noticias para usted, mi querida señorita Mirvan, pues todo lo que pudiera aventurarme a decir sobre *madame* Duval ya se lo he escrito a tu dulce madre. Y en lo que se refiere al resto de acontecimientos, no recuerdo nada digno de mención. Situada como estoy ahora, cordialmente espero no encontrarme con nadie; mi deseo es permanecer tranquila y pasar desapercibida.

*Adieu!* Excusa la seriedad de esta carta, y créeme tu más sinceramente afectuosa y agradecida,

Evelina Anville

## CARTA XI

### *De Evelina al reverendo señor Villars*

Holborn, 9 de junio



ayer por la mañana recibimos una invitación para comer y pasar el día en casa de los Branghton, y el señor Du Bois, que también fue invitado, fue el encargado de llevarnos a Snow Hill.

El joven Branghton nos recibió en la puerta, y sus primeras palabras fueron:

—Le hago saber que mis hermanas no se han vestido aún.

Entonces, entrando en la casa, me dijo:

—Venga, señorita, suba a sorprenderlas, seguro que están mirándose al espejo.

Quiso tomarme del brazo, pero decliné tal cortesía, y le dije que quería seguir a *madame* Duval. Entonces, apareció el señor Branghton y él mismo nos indicó el camino. Subimos, como la otra vez, los dos pisos, pero en el momento en que el padre abría la puerta, las dos hermanas dieron un fuerte grito.

Todos nosotros nos detuvimos y entonces la señorita Branghton gritó:

—¡Por Dios, papa! ¿Por qué subes a la gente aquí? Polly y yo estamos a medio vestir.

—¿Y no os da vergüenza? —dijo él—, aquí están tu tía, tu prima y *monsieur* Du Bois, esperando, y no hay habitación donde meterles.

—¿Y quién pensaba que llegarían tan pronto? —dijo ella—; pensaba que la señorita estaba acostumbrada a horas de etiqueta.

—Pues yo no estaré lista hasta dentro de media hora —dijo la señorita Polly—; ¿no pueden esperar en la tienda hasta que estemos vestidas?

El señor Branghton estaba muy enojado y las reprendió muy duramente; no obstante, nos vimos obligados a bajar, y nos sentamos en unos taburetes en la tienda, donde encontramos al hermano, que se regocijó muchísimo, dijo, de que hubiéramos sorprendido a sus hermanas, y le pareció oportuno entretenerme con un largo relato de su aburrimiento y las muchas disputas que tenían entre ellos.

En fin, cuando aquellas damas estuvieron arregladas a su satisfacción, hicieron su aparición; pero antes de cruzar cualquier conversación con nosotros, tuvieron una discusión larga y desagradable con su padre, a cuyas reprimendas, bien justas por cierto, replicaban ellas con grandes impertinencias, mientras el hermano reía estrepitosamente todo el tiempo.

Cuando se percibieron de esto, se enojaron muchísimo, y en lugar de disculparse con *madame* Duval, empezaron a discutir airadamente con él:

—Tom, ¿de qué te ríes? ¿A qué asunto viene reírse siempre cuando papá nos reprende duramente?

—¿Y por qué tardáis tanto en vestiros? Nunca estáis listas a tiempo, bien lo sabes.

—¡Señor, quisiera saber qué te importa a ti eso! Preferiría que pusieses atención a tus asuntos, y no te preocupases de los nuestros. ¡Cuánto le gusta al niño saber todo lo que pasa!

—No tan niño, no tan niño. Lo que os gustaría ser tan niñas cuando os quedéis solteras.

Con esta clase de diálogo fuimos deleitados hasta que la comida fue servida y de nuevo tuvimos que subir a la segunda planta.

Por el camino la señorita Polly me dijo que su hermana le había pedido al señor Smith su cuarto para comer en él, pero que había rehusado cederlo, y añadió:

—Porque un día ocurrió que se quedó todo engrasado. Pero lo tendremos para tomar el té, y entonces puede ser que lo vea. Le aseguro que es un hombre de categoría, vestido finamente, que va a bailes y fiestas, y hace esas cosas tan distinguidas. Y además, mantiene a un criado también.

La comida estuvo mal servida, mal cocinada y mal digerida. La criada que nos atendía tuvo que bajar tantas veces por algo que se le olvidaba, que los Branghton se vieron constantemente obligados a levantarse para coger platos, cuchillos, tenedores, pan o cerveza. Si no fueran pretenciosos, todo esto carecería de importancia, pero pusieron mucho empeño en que pareciera correcto, y aun imaginaron que había sido todo un éxito. No obstante, la parte más desagradable de la comida fue que toda la familia discutía continuamente sobre quién debía levantarse y quién tenía permiso para sentarse.

Cuando terminamos de comer, *madame* Duval, que estaba ansiosa por discursar sobre sus viajes, inició una discusión con el señor Branghton y con *monsieur* Du Bois, en su inglés chapurreado, sobre Francia; y la señorita Polly, dirigiéndose a mí, dijo:

—¿No piensa usted, señorita, que es muy aburrido quedarnos sentadas aquí arriba? Mejor bajamos a la *tienda* y así veremos a las personas que pasan.

—¡Por Dios, Polly! —dijo el hermano—, siempre quieres mirarlo todo y quedarte con la boca abierta. Estoy seguro de que no deberías dejarte ver tanto, pues eres tan fea como para asustar a un caballo.

—¿Fea, verdad? Me pregunto quién lo es más, si tú o yo. Pero, te diré que..., no te des tantos aires... o le diré a la señorita tú ya sabes el qué.

—¿Y a quién le importa lo que hagas? Puedes decir lo que quieras, me tiene sin cuidado.

—La verdad —dije yo—, no quiero saber ningún secreto.

—Pero como ya he decidido decírselo..., porque Tom es tan, tan rencoroso..., debe saber, señorita, que la otra noche...

—¡Polly! —gritó el hermano—, si cuentas eso, la señorita lo sabrá todo acerca de



su encuentro con el señor Brown; así es que dejaré que decidas.

La señorita Polly se puso colorada y volvió a proponerme que bajáramos hasta que el cuarto del señor Smith estuviera listo para recibirnos.

—Sí, así lo haremos —dijo la señorita Branghton—, porque le aseguro, prima, que pasan personas muy refinadas por nuestra tienda algunas veces; Polly y yo siempre vamos a sentarnos allí cuando ya estamos arregladas.

—Sí, señorita —dijo el hermano—, no hacen otra cosa en todo el día cuando papá no las reprende. Pero la mejor diversión es cuando están desaseadas y con el pelo alborotado, y envío al señor Brown al piso de arriba a sorprenderlas. ¡Y se forma tal alboroto!... Se esconden, corren, se escapan y chillan como locas. Después meto a los dos gatos en el cuarto, les doy una buena azotaina y también chillan muchísimo. ¡Arman un ruido y un alboroto!... Dios, no se puede imaginar, señorita, lo divertido que es.

Esto ocasionó una nueva pelea entre las hermanas; y cuando terminó se decidió por fin que bajáramos a la tienda. Por la escalera la señorita Branghton dijo en voz alta:

—Me pregunto cuándo estará listo el cuarto del señor Smith.

—Eso digo yo —le contestó Polly—, estoy segura de que no le haríamos perjuicio ninguno ahora en ella.

Esta insinuación no produjo el efecto deseado, y pudimos esperar tranquilamente.

Cuando entramos en la tienda, vi a un hombre de luto riguroso, recostado contra la pared, con los brazos cruzados y sus ojos fijos en profunda y melancólica meditación; pero en cuanto nos vio, se sobresaltó y se retiró muy bruscamente saludando al pasar. Como entendí que nadie le prestaba atención, no pude abstenerme de preguntar quién era.

—¡Válgame Dios! —contestó la señorita Branghton—, sólo es un pobre poeta escocés.

—Yo creo que acabará muerto de hambre —dijo la señorita Polly—, pues no se ve que tenga medios de qué vivir.

—¡De qué vivir! —dijo el hermano—, pero si es un poeta, ya se sabe, puede vivir de su erudición.

—Claro, eso estaría bien —dijo la señorita Branghton—, porque es tan orgulloso como pobre.

—Es cierto —contestó el hermano—, pero a pesar de eso, no podrá vivir sin comer ni beber; no, no, no encontrarás a ningún escocés al que le falte... Sólo vienen aquí por lo que puedan obtener.



—Yo os aseguro que me deja perpleja que papá sea tan tonto que le permita permanecer en la casa —dijo la señorita Branghton—, pues me atrevo a decir que nunca pagará el hospedaje.

—¿Por qué?, lo haría si pudiera encontrar otro huésped. Sabes que el aviso era por dos semanas. Señorita, si usted supiera de alguien que necesitara un cuarto, le aseguro que es muy bueno, aunque esté en el tercer piso.

Le contesté que no conocía a nadie en Londres, y que no tenía posibilidad de ayudarles, pero mi compasión y mi curiosidad se entusiasmaron a la vez por este pobre joven, y les pedí algunos detalles más sobre él.

Entonces me dijeron que sólo hacía tres meses que le conocían; que al principio de alojarse acordó hospedarse con comida también, pero últimamente les había indicado que comería por su cuenta, aunque creían que no había vuelto a saborear un bocado de carne desde que dejó de comer a su mesa. También me dijeron que siempre había dado la apariencia de estar muy bajo de ánimo, pero que desde el mes pasado estaba más apagado que nunca; y de repente había comenzado a llevar luto, aunque no sabían por quién, ni para qué, y creían que había sido sólo por

conveniencia, pues nadie había ido a verle o preguntaba por él desde que residía entre ellos; y estaban seguros de que era muy pobre puesto que no había pagado el hospedaje de las tres últimas semanas. Y, finalmente, concluyeron que era poeta, o medio loco, porque en distintas ocasiones habían encontrado fragmentos de poesía en su cuarto.

Entonces sacaron algunos versos inacabados, escritos en pedacitos de papel, inconexos, y la mayoría de ellos en tono de melancolía. Entre ellos estaba el fragmento de una oda, que, a petición mía, me han copiado, y que le escribo por si le agradara leerla.

*¡Oh, vida!, con tus lánguidos ensueños de dolor y pena,  
y toda la amargura que la naturaleza encierra,  
¡salvaje, variable y extraña!  
Tan pronto nos halaga con bellas esperanzas,  
como nos deprime con cruel desesperación,  
enfermera de la culpa, esclava del orgullo,  
tal cual niño caprichoso,  
enemigo de sí mismo,  
ve sólo goce en lo que se le deniega,  
¡y desesperación en lo que se le concede!*

*¡Oh!, tú, pobre, débil, efímero,  
seducido por el vicio, por locuras conquistado,  
perseguido por miseria, locura, afrenta, remordimiento,  
con pasos laboriosos avanzas,  
pareciendo para el joven la flor más bella,  
mostrando la vejez como frondosa maleza,  
una píldora dorada pero amarga.  
¡Oh, mal enorme, grave e intrincado!*

Estas líneas son duras, pero indican una desdicha interna muy honda, que me ha afectado mucho. Con seguridad este joven estará envuelto en tribulaciones fuera de lo común, pero no puedo entender qué puede inducirle a permanecer con esta insensible familia, siendo como es tan indignamente despreciado por ser pobre, y mayoritariamente detestado por ser escocés.

Indudablemente tendrá poderosos motivos que no es capaz de superar para obrar de este modo. Sea lo que fuere, le compadezco de todo corazón, y desearía que estuviera en mi mano proporcionarle un poco de consuelo.

Durante esta conversación, el criado del señor Smith vino a decirle a la señorita Branghton que podían pasar a la habitación de su amo cuando gustasen, pues se disponía a marcharse.

Este mensaje tan cortés, aunque complació enormemente a las señoritas Branghton, a mí no me agradó en modo alguno, pues no tenía deseo alguno de ser presentada a este caballero, y al ver su precipitación en aceptar el ofrecimiento, rogué que me excusaran de acompañarles, y les dije que me sentaría con *madame* Duval hasta que el té estuviera listo.

Por tanto, una vez más subí los dos pisos de escaleras, junto al joven Branghton, que insistió en acompañarme, y permanecimos allí hasta que seguí a *madame* Duval al comedor cuando el criado del señor Smith nos llamó para el té.

Las señoritas Branghton estaban sentadas en una ventana, y el señor Smith indolentemente apoyado en la otra. Todos se acercaron cuando entramos, y el señor Smith, probablemente para demostrar que era el dueño de la estancia, me condujo hasta una silla en el ángulo más alejado del cuarto, sin preocuparse de *madame* Duval, hasta que me levanté y le ofrecí mi asiento.

Se ocupó de mí ignorando al resto con brusquedad, con un estilo de caballerosidad nueva y desagradable para mí. Realmente, nadie me dedica mayores cumplidos y más elegantes discursos que *sir* Clement Willoughby: aun en su lenguaje demasiado florido, es siempre un perfecto caballero, y su conducta y modales son tan superiores a todos los habitantes de esta casa que cualquier comparación entre él y el señor Smith, por ejemplo, sería sumamente injusta.



Este último parece tan deseoso de parecer alegre y animado que su vivacidad es

muy ordinaria y su comportamiento tan atrevido y desagradable que preferiría la compañía de la *insulsez* misma, incluso como esa diosa descrita por Pope, que la de este joven tan *vivaracho*.

Se deshizo en disculpas por no habernos prestado el cuarto para la comida diciendo que lo hubiera hecho de haberme visto primero; y me aseguró que cuando volviera estaría muy contento de complacerme.

Le dije, sinceramente, que cada parte de la casa me era igualmente indiferente.

—Es que, señora, la verdad, las señoritas Bidy y Polly no son nada cuidadosas; de lo contrario, le aseguro que serían siempre bienvenidas en mi cuarto, porque a mí me hace muy feliz complacer a las damas..., es mi forma de ser, señora, pero realmente, la última vez que estuvieron me lo dejaron todo muy sucio y grasiento, y le doy mi palabra..., para un hombre al que le gustan las cosas bien hechas, fue muy desagradable. Ahora bien, señora, en lo que se refiere a usted, es todo bien distinto, pues no prestaría atención a que todo se echara a perder, con tal de poder complacerla; y le aseguro, señora, que es un honor disponer de un cuarto lo suficientemente bueno para recibirla.

Este elegante discurso fue seguido de otros del mismo estilo, por lo que estaría de más escribirlos; y como no me concedió la posibilidad de hablar con ninguna otra persona, el resto de la tarde la pasé penosamente atendiendo a este fastidioso joven, que se empeñaba en aparecer ante mí como un ser superior.

*Adieu*, mi querido señor. Temo que esté ya aburrido de leer tanto sobre esta familia; pero he de hablar de ellos o de nada, pues no veo a nadie más. ¡Qué felicidad cuando me separe de ellos para regresar a Berry Hill!

## CARTA XII

### *Evelina continúa*

10 de junio

**E**sta mañana el señor Smith vino —según dijo, expresamente— a ofrecerme una invitación para el próximo baile en Hampstead<sup>[40]</sup>. Le di las gracias, pero le rogué que me excusara por no poder aceptarla. No obstante, no me contradijo ni me contestó, pero de una manera vehemente y baldía se apresuró a apremiarme de nuevo para que aceptara su propuesta, hasta que estuve realmente agotada. Cuando comprendió que estaba decidida, se mostró muy sorprendido y me pidió que le explicara mis razones.

Por lo obvias que resultarían para cualquier otra persona, no supe qué contestarle, y, cuando vio que vacilaba, me dijo:

—Verdaderamente, señora, es usted demasiado modesta; le aseguro que la invitación es suya y estaré encantado de bailar con usted, así es que le ruego que no sea tan recatada.

—Ciertamente, señor —contesté yo—, está muy equivocado; nunca se me ocurriría pensar que me ofrecería una invitación sin el deseo de que fuera aceptada; pero no le mencionaré las razones que me inducen a rechazarla, puesto que no tengo intención alguna de cambiar de opinión.

Estas palabras parecieron mortificarle, pero no me preocupó en absoluto, pues me desagradaba muchísimo la libertad con que me trataba. Cuando, finalmente, se convenció de que sus esfuerzos eran inútiles, se dirigió a *madame* Duval y le rogó que intercediera en su favor, ofreciéndole al mismo tiempo una invitación para ella.



—*Ma foi*, señor! —contestó ella irritada—, bien podía habérmelo pedido antes, pues le aseguro que no apruebo tales descortesías. Puede guardarse las invitaciones para usted mismo, pues no queremos ninguna.

Este reproche le alteró, y se deshizo en mil disculpas, alegando que ciertamente debería haberse dirigido a ella previamente, pero no pensaba que la *señorita* iba a rehusar, sino todo lo contrario, pues contaba con que le ayudaría a persuadir a la propia *madame* Duval.

Esta disculpa la aplacó, y él aprovechó para presentarle de nuevo la causa tan exitosamente que, para mi gran desazón, consiguió el consentimiento de *madame* Duval, que no sólo le prometió que iría y me llevaría con ella a la asamblea de Hampstead, sino que lo haría cada vez que él quisiera.

Entonces, el señor Smith, acercándose a mí con aire triunfal, me dijo:

—Bien, señora, imagino que ya no sostendrá su negativa.

No contesté, y al poco rato se marchó, pero no sin haberse ganado antes, para mi asombro, el favor de *madame* Duval, que una vez se hubo ido, dijo que era el joven más encantador que había visto desde su llegada a Inglaterra.

Tan pronto como pude encontrar la oportunidad, me aventuré a rogarle a *madame* Duval, de la manera más humilde, que no me obligara a acompañarla al baile; y le hice ver, de la mejor manera que pude, lo impropio de aceptar la invitación de un hombre que era un completo desconocido; pero ella se rió de mis escrúpulos, diciendo que yo era una tonta ignorante pueblerina, y que corría de su cuenta enseñarme algo de mundo.

Este baile es la semana que viene. Creo que no es impropio que, siendo tan desagradable para mí, intente cualquier medio para evitar acudir. Tal vez recurra a la señorita Branghton pidiendo consejo, pues creo que estaría dispuesta a ayudarme, ya que le resultará tan desagradable como a mí, que yo baile con el señor Smith.

### *11 de junio*

¡Oh, querido señor! ¡Me he asustado hasta morir!..., y al mismo tiempo estoy más regocijada de lo que puedo expresar, porque felizmente he salvado la vida de un hombre.

Esta mañana *madame* Duval dijo que quería invitar a la familia Branghton mañana, para devolver así nuestra visita; y como no quería levantarse, pues pasa generalmente las mañanas en la cama, pidió que les llevara yo su mensaje, y *monsieur* DuBois, que llegaba justo en ese momento, insistió en acompañarme.

El señor Branghton estaba en la tienda, y nos dijo que su hijo y las señoritas estaban fuera, pero me hizo subir las escaleras porque estaban a punto de llegar. Y así lo hice, quedando abajo *monsieur* Du Bois. Entré en la habitación donde habíamos comido el día anterior, y por una asombrosa casualidad, acerté a sentarme de forma que tenía una buena vista de las escaleras pero no podía ser vista desde ellas.

A los diez minutos, más o menos, vi pasar por delante de la puerta, con mirada extraviada y asustada, al mismo joven que mencioné en mi última carta. Supongo que no miraba por dónde iba porque, al doblar la esquina de la escalera, que es estrecha y sinuosa, su pie resbaló y se cayó, levantándose casi instantáneamente; pero fugazmente percibí claramente el extremo de la pistola, que saliendo de su bolsillo golpeaba las escaleras.

Me asusté muchísimo. Todo lo que sabía de su sufrimiento acudió a mi memoria, y me hizo concluir que en ese momento estaba meditando un suicidio. Sacudida por este atroz pensamiento, mis fuerzas parecieron fallarme. Se alejó lentamente, pero pronto le perdí de vista; me senté inmovilizada por el terror, y las fuerzas me abandonaron, aumentando mi espanto; hasta que recordé que quizá era posible impedir esa fatalidad, y entonces, mis facultades parecieron regresar ante la esperanza de salvarle.



Mi primer pensamiento fue avisar al señor Branghton, pero temí que un instante perdido podría hacer la pérdida irreparable, y, por tanto, guiada por el impulso de mis aprensiones, le seguí escaleras arriba, caminando sin hacer ruido, sosteniéndome en la barandilla.

Cuando llegué al rellano me detuve, y como aún no había cerrado la puerta, pude investigar sus movimientos. Había colocado la pistola sobre la mesa y sacaba otra en ese momento de su bolsillo; luego vació algo sobre la mesa de una bolsa de cuero pequeña; entonces, cogiendo las pistolas una con cada mano, las dejó caer precipitadamente sobre sus rodillas, diciendo:

—¡Dios mío, perdóname!

En un momento, las fuerzas y el coraje parecieron inundarme como por inspiración, y me arrojé precipitadamente en el cuarto, agarrando justamente su brazo, y luego, desesperada por el miedo, caí a su lado jadeante y sin sentido...; no obstante, me recobré, creo, casi instantáneamente, y luego, a la vista de este hombre infeliz, que me miraba con una apariencia de asombro inexpresable mezclada con preocupación, volví a recordar. Me levanté con dificultad y él me imitó; las pistolas, pronto la vi, estaban ambas tiradas en el suelo. No quería dejarlas allí, y estando tan débil, me apoyé sobre la mesa y permanecí un tiempo inmóvil, mientras él, mirándome como un loco, parecía también demasiado sobrecogido para poder hablar o actuar.

Creo que estuvimos algunos minutos en esta extraordinaria situación, pero, cuando recuperé mis fuerzas, sintiéndome avergonzada y torpe, me fui hacia la puerta. Él, pálido e inmóvil, me dejó pasar en silencio y sin cambiar de postura; y, ciertamente, *parecía la imagen sin sangre de la desesperación*<sup>[41]</sup>.

Al llegar a la puerta me volví, y miré atemorizada las pistolas, e impelida por una fuerza superior que no pude reprimir, retrocedí con intención de llevármelas lejos; pero su infeliz dueño, percibiendo mi intención y recobrándose de su asombro, arrojándose repentinamente sobre ellas, las alcanzó.

Descontrolada por el espanto y casi sin saber lo que hacía, le agarré, sujetándole por los brazos, y exclamé:

—¡Oh, señor, tenga piedad de usted mismo!

Las pistolas cayeron de sus manos, y, desembarazándose de mí, las cruzó fervientemente, gritando:

—¡Dios mío!, ¿es un ángel?

Animada por su mansedumbre, traté de coger de nuevo las pistolas, pero con una mirada casi desesperada, me lo impidió, diciendo:

—¿Qué va a hacer?

—Arrastrarle a pensamientos más dignos —le dije con un coraje que aún ahora me sorprende— y librarle de la perdición.

Luego cogí las pistolas; no dijo una palabra, ni hizo el menor esfuerzo para detenerme; me deslicé, y con paso vacilante aún, bajé las escaleras antes de que se

hubiera recobrado de su asombro.

Cuando alcancé la habitación de la que tan temerosamente había salido, tiré las pistolas, y, precipitándome sobre la primera silla que encontré, di rienda suelta a los sentimientos que tan dolorosamente había reprimido, rompiendo a llorar violenta y desesperadamente, de tal forma que, ciertamente, resultó un gozoso consuelo para mí.

Permanecí en esta situación por un tiempo, pero, cuando al fin levanté la cabeza, lo primero que vi fue al pobre hombre causa de mi terror, de pie, petrificado, en la puerta, contemplándome con ojos de salvaje admiración.

Salté de la silla, temblando de tal forma, que casi instantáneamente caí en ella de nuevo. Entonces, él, sin moverse, y con voz entrecortada, dijo:

—Quienquiera que sea, alívieme de la incertidumbre que tengo en mi alma y dígame, verdaderamente..., ¿estoy soñando?

No tuve presencia de ánimo para contestar estas palabras tan singulares y solemnes; pero cuando percibí que sus ojos se apartaban de mí para fijarse en las pistolas como queriendo recobrarlas, grité con toda la fuerza que pude, diciendo:

—¡Por el amor de Dios, deténgase!

Me levanté y las cogí.

—¿Es que mis sentidos me engañan? —dijo él— ¿estoy vivo? ¿Y usted?

Mientras hablaba avanzó hacia mí, y yo, aún escondiendo las pistolas, retrocedí diciendo:

—No, no, no debe tenerlas usted.

—Pero dígame, ¿con qué propósito las retiene usted?

—Para darle tiempo a *pensar*, para salvarle del sufrimiento eterno, y, confío, preservarle misericordia y perdón.

—¡Admirable —dijo él, con las manos y los ojos alzados—, maravilloso!

Durante un tiempo pareció verse envuelto en un profundo pensamiento, hasta que un ruido de voces abajo anunció la llegada de los Branghton, y le despertó de su ensueño. Saltó hacia mí, hincó precipitadamente una rodilla en tierra, acercó mi vestido a sus labios, y luego, precipitadamente, se levantó y subió rápidamente a su cuarto.

Hay algo en toda esta extraordinaria aventura tan verdaderamente conmovedor, que mis ánimos se vieron agotados y mi coraje extenuado, y antes de que los Branghton llegaran a la habitación, caí a tierra sin sentido ni movilidad.

Supongo que debió ser una horrible visión para ellos cuando entraron en el cuarto, pues tenía toda la apariencia de haber sufrido una muerte violenta, ya sea por mi irreflexión o por la crueldad de un asesino, pues las pistolas se encontraban tiradas muy cerca de mi cuerpo.

Cuánto tardé en recobrar el sentido, no lo sé, pero probablemente, me ayudaron más sus gritos que la asistencia prestada, pues todos ellos creyeron que había muerto, y durante unos minutos, no hicieron nada por reanimarme.

Cuando recordé *dónde* estaba y *qué* había pasado, me acribillaron a preguntas de

tal modo que quedé casi aturdida por sus voces; no obstante, tan pronto como me fue posible, me propuse satisfacer su curiosidad, relatando lo sucedido tan claramente como fui capaz. Todos se quedaron consternados con mis explicaciones, pero no encontrándome lo suficientemente bien como para entrar en detalles, les rogué que me pidieran un coche para regresar cuanto antes a casa.

Antes de marcharme, les pedí con gran seriedad que vigilaran al infeliz huésped, para evitar en lo posible que consiguiera poner fin a su vida. *Monsieur Du Bois* pareció sumamente preocupado con mi indisposición y fue a pie a la par que la silla hasta dejarme en casa sana y salva.

La temeridad y el sufrimiento de este infortunado joven acapara todos mis pensamientos. Si está verdaderamente decidido a quitarse la vida, todos los esfuerzos por salvarle resultarán infructuosos. ¡Cuánto hubiera deseado descubrir la naturaleza del dolor que tanto le enloquece, para ofrecerle alivio a sus sufrimientos! Estoy segura, querido señor, de que estará usted muy preocupado por este pobre muchacho; y si estuviese aquí, no dudo que encontraría el modo de sacarle del error que le ciega, y vertería en él el bálsamo de paz que reconfortara su alma afligida.

## CARTA XIII

### *Evelina continúa*

Holborn, 13 de junio

**A**yer todos los Branghton comieron aquí. Nuestra conversación fue casi totalmente concerniente a la aventura del día anterior. El señor Branghton dijo que su primer pensamiento fue poner en la calle a su huésped, no fuera que se matara en su casa y eso le causara algún problema, pero, continuó:

—Tuve miedo de no poder recuperar nunca el dinero que me adeuda, mientras que, si se muere en mi casa, tengo derecho a quedarme con todo lo que deje atrás para compensar la deuda. En verdad, debería haberle denunciado y que le encarcelasen, pero... ¿qué sacaría yo de eso? No podría ganar nada allí para pagarme; así es que reflexioné un rato sobre ello, y decidí pedirle sin rodeos el dinero en mano; me dijo que me pagaría la próxima semana, sin embargo, le di a entender que aunque no fuera escocés, no me gustaba sobreexcederme, como a él; y entonces me dio un anillo del que no hubiera querido separarse mientras viviera, y qué sé yo cuántas cosas más por el estilo; pero me dijo que se lo guardara hasta que pudiera pagarme.

—Esto es diez a uno, padre —dijo el joven Branghton—, si viniera con justicia por ello.

—No es muy probable —contestó él—, pero no habría gran diferencia, pues podría probarle mi derecho a todo su valor.

¡Qué principios! Apenas podía permanecer en el cuarto.

—Estoy decidido a enfrentarme a él en cuanto tenga oportunidad —dijo el hijo— y decirle que ahora ya sé lo pobre que es, y echarle en cara los aires de importancia que se daba cuando llegó a casa.

—¿Puedes contar qué pasó, niño? —dijo *madame* Duval.

—Pues no se puede imaginar el alboroto que armó porque, un día, comiendo, acerté a decir que suponía que nunca antes había comido tan bien como desde que llegó a Inglaterra; se puso como una fiera, y, en fin, por mi parte, no hice demasiado caso de su enfado, pero tal cual creí que se trataba de un caballero, o nunca se habría enojado tanto; sin embargo, ahora nunca más podrá venirme con embustes de nuevo.

—Pues bien —dijo la señorita Polly—, tal parece otra persona, pues ya no huye de nosotros ni se esconde, ni nada; es muy amable y está todo el tiempo en la tienda, paseando tranquilamente cerca de las escaleras, mirando la gente que entra.

—¿Pero es que no entendéis algo tan simple? —dijo el señor Branghton—. Quiere ver de nuevo a la señorita.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!, señores, qué risa —dijo el hijo—, se habrá enamorado de ella.

—Pues estoy segura de que para la señorita es bienvenido —dijo la señorita Branghton—, lo que es a mí, realmente me daría mucha vergüenza una conquista tan miserable.

Así fue el diálogo hasta la hora del té, cuando la aparición del señor Smith dio un giro a la conversación. La señorita Branghton comentó el *aire tan distinguido* con que entró en la estancia, y me preguntó si no me parecía un hombre con *mucha clase*.

—Venga —dijo él avanzando hacia nosotras—, las señoras no deben sentarse juntas. Dondequiera que voy siempre tengo por regla separar a las señoras.

Y diciendo esto, dándole a la señorita Branghton la siguiente silla, se sentó entre nosotras.

—Ahora estamos bien, ¿no creen? Yo pienso que es un cambio delicioso.

—Si a mi prima también le parece bien —dijo la señorita Branghton— por mí no hay objeción.

—¡Oh! —dijo él—, al primer golpe de vista siempre estudio lo que a las señoras les gusta; y ciertamente, es natural que les guste más sentarse entre caballeros, pues si no ¿qué pueden hablar entre ustedes?

—¿Hablar? No piense tal cosa —dijo el joven Branghton—, siempre encuentran de qué hablar; ¡bien sabe que nunca se cansan!

—¡Oh, Tom! —dijo el señor Smith—, no sea duro con las señoras; ya sabe que yo siempre las defiendo.

Al poco rato, cuando la señorita Branghton me ofreció un pastel, este hombre tan caballeroso me dijo:

—Si yo fuese usted, no tomaría nada de manos de esa mujer.

—¿Por qué no, señor?

—Porque siendo tan bonita temería que me envenenaran.

—¿Y quién es severo con las damas *ahora*? —dije yo.

—Realmente, señora, se me fue la lengua; no tenía intención de decir tal cosa, pero uno no siempre puede estar en guardia.

Luego la conversación giró sobre espectáculos y lugares públicos; el joven Branghton me preguntó si había estado alguna vez en el George<sup>[42]</sup> de Hampstead.

—No, no conozco ese lugar —contesté.

—¿De veras, señorita? —dijo él ansioso—, pues tiene que venir, es muy divertido, se lo prometo. La llevaré pronto, algún domingo. Y ahora, Bid y Poll, no vayáis a contarle nada a la señorita sobre las sillas y todo lo demás que hay allí, porque quiero sorprenderla; y si pago, tengo derecho a hacer lo que quiera.

—¡El *George* de Hampstead! —repitió el señor Smith desdeñosamente—. ¿Cómo puede suponer que a esta señorita le gustará ir a un sitio tan vulgar como ése? Dígame, señora, ¿ha estado alguna vez en Don Saltero's<sup>[43]</sup>, en Chelsea?

—No, señor.

—¿No? Pues insistiré en ser su guía antes de que pase mucho tiempo. Le aseguro,

señora, que allí sólo acude gente refinada, o le doy mi palabra de que en otro caso no se lo recomendaría.

—Dígame, prima —dijo el señor Branghton—, ¿no ha estado aún en Sadler's Wells<sup>[44]</sup>?

—No, señor.

—¿No?, pero entonces no ha visto usted nada.

—¿Y no le gusta la Torre<sup>[45]</sup> de Londres?

—Nunca he estado, señor.

—¡Por Dios! —exclamó él—, ¿no haber visto la Torre? ¿Entonces tampoco ha subido a la cúpula del monumento<sup>[46]</sup>, no?

—No, en verdad.

—Pues, entonces, si no ha visto eso, ha de hacerse a la idea de que no ha visto Londres.

—Dígame, señorita —dijo Polly—, ¿ha visto la catedral de St. Paul<sup>[47]</sup>?

—No, señora.

—Bien, pero, señora —dijo el señor Smith—, ¿le gustan los jardines de Vauxhall<sup>[48]</sup> y Marybone?

—No los conozco, señor.

—¡Bendito sea Dios!, ¡realmente me asombra, porque Vauxhall es el primer deleite de la vida! No he visto cosa igual; pues bien, señora, debe usted relacionarse con gentes muy extrañas, para que no la hayan llevado a Vauxhall. Y no ha visto nada de Londres aún. No obstante, podemos intentar compensarla.

Durante esta *disertación*, fueron mencionados muchos otros lugares, de los cuales he olvidado los nombres; pero los gestos de desprecio y sorpresa que esbozaban ante mis continuas negativas fueron muy divertidos.

—Veamos —dijo el señor Smith después del té—, como esta señorita ha estado con gente tan extraña, hay que demostrarle la diferencia; ¿por qué no vamos esta noche a alguna parte? Me gusta organizar las cosas impulsivamente. A ver, señoras, ¿a dónde iremos? Yo creo que debíamos ir a Foote<sup>[49]</sup>, pero las señoras escogen; yo nunca digo nada.

—El señor Smith está siempre de buen ánimo —dijo la señorita Branghton.

—Sí, señora, sí, a Dios gracias, tiene un humor bastante bueno; no tengo preocupaciones aún, no estoy casado, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!: excúsenme señoras, pero... no puedo evitar reírme.

Ninguno objetó nada, y por fin fuimos al pequeño teatro de Haymarket, donde me divertí mucho con la representación de *The Minor and The Commissary*<sup>[50]</sup>.

Luego regresamos todos para la cena.

## CARTA XIV

### *Evelina continúa*

15 de junio

**A**yer por la mañana *Madame* Duval volvió a enviarme a casa de los Branghton acompañada por *monsieur* Du Bois, para preparar la reunión de la tarde, pues el día anterior se había quedado en casa y se encontraba deprimida.

Cuando entré en la tienda vi al infeliz escocés sentado en un rincón, con un libro entre las manos. Levantó sus melancólicos ojos cuando entramos y debió de recordarme, pues se sobresaltó y cambió de color. Yo le di el mensaje de *madame* Duval al señor Branghton, que me dijo que subiera a buscar a Polly, y que los demás habían salido.

Subí, y sentada en una ventana estaba la señorita Polly con el señor Brown a su lado.



Me sentí incómoda por estar molestando y más aún con su comportamiento posterior, pues tan pronto como se hicieron las preguntas de rigor, el señor Brown se puso tan cariñoso y tan tonto que me disgustó muchísimo. Polly le reprendía todo el tiempo:

—Vamos, señor Brown, ¿no puede estar formal? No debería comportarse así cuando tenemos compañía, ¿qué pensará esta señorita de mí?

Pero mientras decía esto, parecía sumamente complacida y orgullosa por las atenciones que le dirigía.

No creí necesario castigarme presenciando tantas muestras de ternura y, por tanto,



les dejé, pretextando que quería ver si había regresado ya la señorita Branghton, y bajé a la tienda.

—¡Ah!, ¿está aquí de nuevo? —dijo el señor Branghton—; se sentará un poco para ver pasar la gente, ¿no? —No contesté; y *monsieur* Du Bois me trajo inmediatamente una silla.

El infeliz extranjero, que se había levantado al entrar yo, se sentó de nuevo, pero aun cuando su cabeza estaba inclinada sobre el libro, pude observar que de soslayo sus ojos se fijaban en mí con interés.

*Monsieur* Du Bois, con el poco inglés que chapurreaba, intentaba entretenernos hasta que regresaron la señorita Branghton y su hermano.

—Señores, ¡qué cansada estoy! —dijo al entrar—; no me sostengo en pie. Y sin ceremonia ninguna se precipitó en la silla de la que me había levantado yo para saludarla.

—¿Cansada tú? —dijo su hermano—, ¿y cómo debería estar yo, que he caminado el doble que tú? Y pagó con la misma cortesía a *monsieur* Du Bois que su hermana había hecho conmigo.

Dos sillas y tres taburetes completaban el mobiliario de la tienda; y el señor Branghton, que conservaba su asiento, dijo a *monsieur* Du Bois que tomara otro, y al ver que faltaba uno, dijo al extranjero:

—Señor Macartney, déjenos su asiento.

Molesta por su brusquedad, rehusé la oferta, y acercándome a la señorita Branghton, dije:

—Si fuera tan amable de hacerme un hueco en la silla no tendríamos que molestar a este caballero.

—Dios, ¿qué es esto? —dijo el hermano—, juraría que ya ha estado sentado un rato.

—Y, si no —dijo la hermana—, hay sillas arriba; de todos modos, la tienda es nuestra.

Esta grosería me disgustó tanto que cogí el taburete yo misma y se lo llevé al señor Macartney, dándole las gracias lo más amablemente que pude por su cortesía, y diciéndole que ya había estado bastante de pie.

Me miró extrañado, como si no estuviera acostumbrado a tales atenciones; me saludó respetuosamente, y aunque no habló, tampoco se atrevió a sentarse.

Pronto me di cuenta de que era tomada a risa por todos los presentes, excepto por *monsieur* Du Bois; y por tanto, y en vista de ello, le rogué al señor Branghton que me diera una contestación para *madame* Duval, pues tenía prisa por regresar a casa.

—Pues bien, entonces, Tom, Bidy, ¿dónde quieren ir esta noche? Su tía y su prima quieren salir y ver algo nuevo.

—Entonces, papá —dijo la señorita Branghton—, iremos a Don Saltero's. Al señor Smith le gusta ese lugar, así que estará de acuerdo con nosotros.

—No, no —dijo el hijo—, prefiero White-Conduit House<sup>[51]</sup>; vamos allí.

—¡White-Conduit House! —gritó su hermana—. No, Tom, no quiero.

—Pues entonces, iremos sin ti. No nos importa tu compañía, es más, te prometo que estaremos mejor incluso.

—Te aviso, Tom, si no controlas la lengua, te arrepentirás, te lo aseguro.

Entonces el señor Smith entró en la tienda con intención de pasar de largo, pero cuando me vio, se paró y empezó a preguntarme cortésmente por mi salud, diciendo que, de haberlo sabido, habría bajado antes.

—Pero, por Dios, señora —dijo él—, ¿por qué está de pie?

Y corrió a traerme el asiento que había dejado.

—Señor Smith, llega a tiempo —dijo el señor Branghton— para participar en la discusión de mis hijos sobre el sitio al que irán esta noche.

—¡Oh, qué vergüenza, Tom, discutir con una dama! —dijo el señor Smith—; y en cuanto a mí, iré donde ustedes quieran, con tal de que les guste a las señoras.

Y dirigiéndose a mí:

—Con usted, señora, iría a cualquier parte... menos, por supuesto, a la iglesia. ¡Ja, ja, ja! Usted me excusará, pero, la verdad, nunca podré dominar mi temor a los curas; ¡ja, ja!, ciertamente, señoras, ruego su perdón por ser tan rudo, pero no puedo evitar reírme.

—Yo decía, señor Smith —dijo la señorita Branghton—, que me gustaría ir a Don Saltero's; ahora dígame, ¿a dónde le gustaría ir a usted?

—Yo, la verdad, señorita Bidy, sabe que siempre dejo la elección a las señoras; nunca decido nada, pero supongo que haría demasiado calor en el café..., no obstante, señoras, decídanlo ustedes mismas; estaré complacido con la elección.

He descubierto que este hombre, con todo ese aspecto de *condescendencia*, desapruaba casa cosa que no decide por sí mismo. Pero esta familia le pondera tanto por su clase, que ha llegado a creerse un caballero refinado.

—Vaya —dijo el señor Branghton—, lo mejor será ponerlo a votación, y que cada uno exprese su opinión. Bidy, llama a Polly que baje, lo haremos equitativamente.

—Vaya, papá —dijo la señorita Branghton—, ¿por qué no envías a Tom?, siempre me mandas los recados a mí.

Entonces comenzó una disputa, pero la señorita Branghton terminó por ceder.

La señorita Polly apareció seguida del señor Brown, protestando porque les hubieran llamado y diciendo que estaban muy bien arriba.

—Vamos a ver, señoras, sus votos —dijo el señor Smith—; y bien, señora —mirándome a mí—, empezaremos por usted, ¿a dónde le gustaría ir?

Y luego, susurrando, añadió:

—Le aseguro que diré lo mismo que usted, me guste o no.

Dije que no sabía qué escoger, y rogué que me permitieran escuchar primero sus opiniones. Lo admitieron a regañadientes, y la señorita Branghton votó por el café Don Saltero's; su hermana por una excursión al Mother Red Cap's<sup>[52]</sup>; su hermano por la White-Conduit House, el señor Brown por Bagnigge Wells<sup>[53]</sup>, el señor

Branghton por Sadler's Wells, y el señor Smith por Vauxhall.

—Bien, señora —dijo el señor Smith—, ya hemos votado todos, ahora le toca decidir a usted. ¿Qué lugar elige?

—Señor —le contesté—, quedamos en que escogería la *última*.

—Pues bien, así es —dijo la señorita Branghton—, hemos hablado todos.

—Perdone —le contesté—, la votación no ha sido general.

Y miré hacia el señor Macartney, a quien deseaba ardientemente demostrar que no era de la misma naturaleza brutal que aquella gente que le había tratado tan groseramente.

—Pero ¿quién falta? —dijo el señor Branghton—, ¿quiere que voten también los perros y los gatos?

—No, señor —dije yo con energía—, quisiera que votara *ese caballero*, si ciertamente no es tan superior como para unirse al grupo.

Todos me miraron como si dudaran de mis palabras, pero, en pocos instantes, su sorpresa dejó paso a un estallido de ruidosas carcajadas.

Muy disgustada, le dije a *monsieur* Du Bois que si no estaba listo para marcharse, llamaría un coche yo misma.

Me contestó que estaba dispuesto a acompañarme.

El señor Smith avanzó entonces hacia mí y quiso cogerme la mano, al tiempo que me rogaba que me quedara hasta que se hubieran decidido los planes de la tarde.

—No tengo nada que ver con eso —dije yo—, pues mi intención es quedarme en casa; así que, señor Branghton, hará el favor de enviar recado a *madame* Duval, del sitio acordado, cuando lo crea conveniente.



Y entonces, haciendo un leve saludo general, dejé la tienda.

¡Cuanta más repugnancia siento por esta gente, más incrementa mi piedad por el pobre señor Macartney! A ellos evitaré verlos cuanto pueda, pero, en cada oportunidad que se me presente, estoy decidida a demostrarle buena educación a ese pobre infeliz, cuyas desgracias con esta familia sólo le suponen motivo de desprecio.

No habíamos caminado ni diez pasos, cuando fuimos alcanzados por el señor Smith, que venía a disculparse y a asegurarme que todo era una broma, rogándome que no lo tomara a mal, pues si lo hiciera, provocaría una riña con los Branghton antes que consentir que me ofendieran.

Le rogué que no convirtiera en un problema un asunto de tan poca importancia, y le aseguré que yo misma no se la daba. Estuvo tan solícito que no logré persuadirle de que regresara hasta que llegamos a casa del señor Dawkins.

*Madame* Duval se disgustó mucho por no llevarle respuesta en ese momento. Finalmente White-Conduit House fue el lugar elegido, y yo, a pesar de mi aversión a tales grupos y lugares, me vi obligada a acompañarles.

Tal como esperaba, la noche resultó muy desagradable. Había muchas personas,

todas ellas vivarachas y llamativas, y tan insolentes y vulgares, que apenas pude soportar estar entre ellas; pero el grupo que me acompañaba se encontraba *en su salsa*.

## CARTA XV

### *Evelina continúa*

Holborn, 17 de junio

**A**yer el señor Smith vino con el propósito de organizar una excursión a Vauxhall, contando con *madame Duval*, *monsieur Du Bois*, los Branghton, el señor Brown, él y yo, pues no encuentro medio de librarme de las cosas que organiza este grupo.

Se pelearon veinte veces antes de ponerse de acuerdo; primero, respecto a la *hora* de salida, el señor Branghton, su hijo y el joven Brown, decían que a las seis; y todas las señoras y el señor Smith, a las ocho; sin embargo, ganaron los últimos.

Entonces, en lo referido a la *forma* de transporte, algunos opinaron que en barca, otros que en carruaje, y el señor Branghton prefería caminar; finalmente se decidió ir en barca, que me agradó mucho porque el Támesis estaba deliciosamente encantador. El jardín es bonito, pero demasiado formal; me hubiese gustado más si hubiera menos paseos rectos donde

*La arboleda saluda a la arboleda y cada avenida tiene su hermana.*

[54]

Los árboles, la profusión de luces y la multitud en la galería alrededor de la orquesta forman una escena muy alegre y brillante; si hubiera estado con un grupo más agradable, hubiera pensado que era un lugar creado para la alegría y el entretenimiento. Hubo un concierto, en el transcurso del cual se interpretó una sonata para oboe tan fascinante que hubiera creído encontrarme en un lugar encantado, si tuviera de acompañantes personas menos vulgares. El oboe al aire libre, celestial.



El señor Smith se dedicó a mí con una asiduidad tan insistente, y una familiaridad tan impertinente, que me provocó un gran disgusto. En realidad, *monsieur* Du Bois fue el único hombre del grupo al que le dirigí voluntariamente la palabra; es cortés y respetuoso, y no he conocido nadie más así desde que dejé Howard Grove. Su inglés es pésimo, pero lo prefiero antes que aventurarme a hablarle en francés. Conversamos frecuentemente para desembarazarme de los otros, y para complacer a *madame* Duval, que se pone muy contenta cuando ve que se le atiende.

Cuando paseábamos cerca de la orquesta, oí sonar una campana, y rápidamente el señor Smith, precipitándose hacia mí, me cogió de la mano, y con un movimiento demasiado rápido para oponer resistencia, corrió conmigo una cuantas yardas dejándome sin aliento para preguntar la causa, a pesar de forcejear cuanto pude para desasirme de él. Por fin insistí en detenerme:

—¿Detenemos, señora? —dijo él—. Debemos seguir corriendo o nos perderemos la cascada<sup>[55]</sup>.

Y de nuevo a correr entre una multitud de personas que corrían a tanta velocidad, que no podía imaginar el motivo de semejante alarma. Pronto nos siguió el resto del

grupo, y mi sorpresa e ignorancia fueron motivos de chanza para todos ellos la noche entera; especialmente el joven Branghton que, de tanta risa, apenas podía mantenerse derecho.

La escena de la cascada me pareció sumamente bonita, y el efecto general, sorprendente y vivaz.

Pero no fue ésta la única sorpresa que les divirtió a costa mía, pues me guiaron por el jardín con el objeto de disfrutar de mis reacciones ante el vistazo de muchas otras *ilusiones*.

Sobre las diez, después de que el señor Smith hubiera escogido un palco en lugar preferente, fuimos todos a cenar. Encontraron defectos en todo lo que pidieron, aunque no quedó bocado de nada; y la carestía de las viandas, con varias hipótesis sobre las ganancias que generaban, fue el tema de conversación durante toda la cena.

Cuando sirvieron el vino y la sidra, el señor Smith dijo:

—Entonces, vamos a divertirnos; ahora o nunca. Y bien, señora, ¿le gusta Vauxhall?

—Contestaré por ella: ¡le gusta! —dijo el joven Branghton—. ¿Cómo no va a gustarle si en su vida ha visto un lugar semejante?

—Pues a mí me gusta porque no es vulgar —dijo la señorita Branghton.

—Éste ha debido ser un buen regalo para usted —dijo el señor Branghton—, porque supongo que nunca ha disfrutado tanto en toda su vida.

Intenté expresar mi satisfacción con un poco de entusiasmo, pero creo que se quedaron asombrados por mi frialdad.

—La señorita debería quedarse en la ciudad hasta fin de año —dijo el joven Branghton—, y entonces, creo que estaría encantada. ¡Porque, Jesús, es la mejor noche!: hay siempre un alboroto... La gente corre por todas partes... y, luego, ¡todo son gritos y chillidos! Las luces se rompen y las mujeres corren en medio de una gran confusión. Lo digo sin rodeos, no me perdería la última noche ni aunque me dieran cinco guineas.

Me puse muy contenta cuando se cansaron de estar sentados y llamaron al mozo para pagar la cuenta. Las señoritas Branghton dijeron que querían pasear mientras los caballeros pagaban la cuenta, y me invitaron a acompañarlas; no obstante, yo decliné la invitación.

—Pueden hacer lo que gusten —dijo *madame Duval*—, pero en lo que a mí respecta, les aseguro que no iré a ninguna parte sin los caballeros.

—Y lo mismo hará mi *prima*, supongo —añadió la señorita Branghton, mirando con expresión de reproche al señor Smith.

Esta frase, que tuve miedo que halagara su vanidad, me convenció —desgraciadamente— para pedirle permiso a *madame Duval* para acompañarlas. Me lo concedió y nos fuimos, habiendo prometido reunirnos en el salón.

Yo hubiera querido ir directamente al salón, pero las hermanas acordaron que primero se *divertirían* un poco, y se reían disimuladamente y hablaban tan alto, que



atraían la atención de todo el mundo.

—¡Jesús, Polly! —dijo la mayor—, supongo que daremos una vuelta por los paseos oscuros<sup>[56]</sup>, ¿no?

—¡Ay, sí! —contestó ella— y nos esconderemos y el señor Brown pensará que nos hemos perdido.

Protesté muy enérgicamente en contra de este plan, argumentando que nos exponíamos a perdernos el resto toda la noche.

—¡Oh, querida! —gritó la señorita Branghton—, qué inquieta se pondría esta señorita sin un enamorado cerca.

No pensé que mereciera la pena contestar esta impertinencia y, obligada, las seguí por un largo paseo que apenas estaba iluminado.

Para cuando llegamos al final, un numeroso grupo de caballeros que parecían muy alborotados y que gritaban mucho, venían apoyándose los unos en los otros, riéndose estrepitosamente, y tirándose de repente tras los árboles; entonces se dieron de bruces contra nosotras y uniendo las manos nos encerraron formando un círculo que primero nos impidió el paso y después nos hizo retroceder, por lo que nos encontramos completamente rodeadas. Las señoritas Branghton se pusieron a gritar y yo me asusté muchísimo; nuestros gritos fueron contestados con fuertes carcajadas y por algunos minutos permanecimos aprisionadas, hasta que uno de ellos, de forma muy grosera, me agarró diciéndome que era una criatura preciosa.

Asustada de muerte, forcejeé con tal vehemencia para desembarazarme, que finalmente lo conseguí, a pesar de sus esfuerzos por retenerme; e, inmediatamente, y con una rapidez que sólo el miedo pudo darme, volé más que corrí a lo largo de la calle, con la esperanza de garantizar mi seguridad dirigiéndome hacia la luz y al grupo que tan tontamente habíamos abandonado; pero antes de que pudiera cumplir mi propósito, me encontré con otro grupo de hombres, uno de los cuales se interpuso en mi camino, diciendo:

—¿Adónde va tan rápido, amor mío?

Con el empuje que llevaba no pude evitar caer en sus brazos.



Un momento después, varias personas me aferraron por las manos, y una de ellas, con gran familiaridad, quiso correr a mi lado cuando intenté escaparme, mientras el resto del grupo se quedaba parado riéndose.

Estaba casi loca de terror, y tan jadeante de la carrera, que no podía hablar, hasta que otro avanzó también, y dijo que era tan hermosa como un ángel y quiso unirse a nosotros... En ese momento pude articular:

—¡Por el amor de Dios, caballeros, déjenme pasar!

Entonces otro se abalanzó de repente hacia mí, gritando:

—¡Cielos! ¿Qué voz es ésa?

—La voz de la actriz más bonita que he visto en este siglo —respondió uno de mis perseguidores.

—No, no —exclamé—, yo no soy actriz, por favor, déjenme pasar..., se lo suplico, déjenme pasar.

—¡Por todo lo sagrado! —dijo la misma voz, en la que reconocí a *sir* Clement Willoughby—, ¡si es ella!

—¡*Sir* Clement Willoughby! —dije yo—. ¡Oh, señor, ayúdeme..., ayúdeme..., o

moriré de miedo!

—¡Señores! —exclamó él, apartándolos a todos de mí en un instante—, permítanme, yo me encargo de esta dama.

Estrepitosas carcajadas surgieron de todas las bocas, y dos o tres de ellos, dijeron:

—¡Vaya una suerte que tiene Willoughby!

Pero uno de ellos, en tono apasionado, juró que no se desprendería de mí, porque me había cogido primero y defendería su derecho.

—Está usted equivocado —dijo *sir* Clement—, esta señora es..., se lo explicaré en otro momento, pero les aseguro que están todos equivocados.

Y luego, tomando gustosamente mi mano, me sacó de allí en medio de fuertes aclamaciones, risas y el vulgar regocijo de sus impertinentes compañeros.

Tan pronto como les hubimos dejado, *sir* Clement, con voz de sorpresa, exclamó:

—¡Mi querida criatura! ¿Qué admirable, qué extraña revolución os ha traído a semejante lugar?

Avergonzada de mi situación y sumamente azorada por haber sido reconocida en aquel lugar, guardé silencio durante un tiempo; y cuando repitió su pregunta, sólo pude tartamudear:

—No sé cómo... me extravié de mi grupo... apenas sé...

Me cogió la mano y presionándola ansiosamente, dijo con voz apasionada:

—¡Oh, y que no te haya encontrado antes!

Sorprendida por una familiaridad tan inesperada, me separé enojada, diciendo:

—¿Es ésta la protección que me dispensa, *sir* Clement?

Y entonces me di cuenta de que, aprovechando mi turbación, que me había impedido prestar atención con anterioridad, me conducía por otra calle oscura, en lugar de la calle por la que tenía intención de ir.

—¡Buen Dios! —dije yo—. ¿Por dónde me lleva?

—Por donde menos nos observen —contestó.

Atónita al escuchar estas palabras, me detuve en seco negándome a seguir adelante.

—¿Y por qué no, ángel mío? —e intentó tomar mi mano de nuevo.

Mi corazón latía por mi resentimiento; le aparté de mí con todas mis fuerzas, y le pregunté qué motivos le había dado yo para que me tratara con tal insolencia.

—¿Insolencia? —repitió él.

—Sí, *sir* Clement, *insolencia*; a usted que me conoce le he pedido protección, y no un trato como éste.

—¡Por Dios! —dijo él, acalorándose—, me desconcierta..., pero dígame..., ¿por qué la veo aquí? ¿Es este lugar para la señorita Anville? ¡Estas calles tan sombrías! ¡Sin amigos! ¡Sin nadie que la acompañe! ¡Por lo más verdadero del mundo, que apenas puedo creer lo que veo!

Sumamente ofendida por sus palabras, me aparté y, no queriendo contestarle, seguí caminando hacia la parte del jardín donde percibía luces y gente.

Él me siguió, pero íbamos los dos callados.

—¿De manera que quiere explicarme su situación? —dijo él, finalmente.

—No, señor —contesté yo, desdeñosamente.

—Y al menos... hacer mi propia interpretación.

No pude soportar esta extraña manera de hablar; se me estremeció el alma, y me eché a llorar.

Sin pensar en quién pudiera verle, corrió hacia mí, y se arrojó a mis pies, diciendo:

—¡Oh, señorita Anville! ¡La más preciosa de las mujeres!... Perdóneme..., mi..., mi... le suplico que me perdone, si la he ofendido..., si la he lastimado... podría morirme de sólo pensarlo...

—No importa, señor, no importa —dije yo—, lo que necesito es encontrar a mis amigos..., y no quiero verle nunca más.

—¡Dios mío! ¡Cielos! ¿Qué le he hecho, querida mía? ¿Qué es lo que he dicho?

—Lo sabe mejor que nadie, señor, sabe muy bien el porqué, pero no me retenga, déjeme marchar..., ¡déjeme! Por favor...

—¡No hasta que me perdone! ¡No puedo separarme de usted así!

—Qué vergüenza, qué vergüenza, señor —exclamé indignada—, ¿piensa que debe forzarme de este modo? Aprovecha la ausencia de mis amigos para ofenderme.

—No, señora —dijo él, levantándose—, antes perdería mi vida que obrar de un modo tan mezquino; pero me ha arrojado a un estado de estupor indescriptible, y no condesciende a darme ninguna explicación...

—La forma en que me hace esa petición conlleva mi desprecio a contestarle.

—¡Desprecio! Reconozco que no esperaba de la señorita Anville tal desaprobación.

—Señor, tal vez si la ha tenido, será que la merece.

—Vida mía, debe saber que seguramente no existe hombre que la adore tan apasionadamente, tan fervientemente, tan tiernamente como yo. ¿Por qué ahora se deleita en confundirme, en tenerme en suspenso, en torturarme con la duda?

—¡Yo, señor, deleitarme en confundirle! Está muy equivocado. Sus dudas, sospechas, asombro... son todo invenciones suyas; y, créame, señor, pueden *ofenderme*, pero nunca *deleitarme*. Si usted las ha creado, usted mismo debe satisfacerlas.

—¡Dios mío! ¡Que tanta arrogancia y tanta dulzura puedan convivir en la misma persona!

No contesté, pero apretando el paso, me fui silenciosa y malhumorada, hasta que el más impetuoso de los hombres me arrebató la mano con violencia, suplicándome que le perdonara con tales ruegos y tal vehemencia que, meramente por librarme de sus impertinencias, me vi obligada a hablarle y concederle el perdón que me rogaba; no obstante, se lo concedí de muy mala gana, aunque, realmente, no supe cómo resistirme a la humildad de sus súplicas; sin embargo, nunca recordaré los motivos de

irritación que me ha dado, sin renovar mi indignación.

Pronto llegamos al centro del gentío, y estando mi seguridad garantizada, he comenzado a sentirme muy inquieta por las señoritas Branghton; yo sabía que había que temer por su seguridad, pues el peligro había sido fruto imprudente de su propia insensatez. Con esta consideración todo mi orgullo se desvaneció, y decidí buscar al grupo a toda prisa; aunque no sin un suspiro lamenté el intento infructuoso que había hecho después de la ópera, encubriendo a este hombre los infelices parentescos que ahora me veía obligada a revelar.

Me apresuré, por tanto, hacia el salón, con idea de enviar al joven Branghton en ayuda de sus hermanas. Al poco tiempo vi a *madame* Duval y los demás admirando una de las pinturas.

Debo reconocer honestamente, mi querido señor, que me sobrecogió una involuntaria repugnancia al tener que presentarle semejante compañía a *sir* Clement, que estaba acostumbrado a verme en grupos tan diferentes. Iba disminuyendo el paso según me acercaba a ellos, pero enseguida me percibieron:

—Ah, *mademoiselle!* —dijo *monsieur* DuBois—. *Que je suis charmé de vous voir!*

—Por favor, señorita —dijo el señor Brown—, ¿dónde está la señorita Polly?

—Pero, señorita, ¿por qué se han alejado tanto? —dijo el señor Branghton—. Pensamos que se habían perdido. Pero ¿dónde están sus primas?

Vacilé, pues *sir* Clement me miraba estupefacto.

—*Pardi* —dijo *madame* Duval—, jamás te permitiré alejarte de nuevo con tanta precipitación. ¡Estábamos muy preocupados! Y mientras tanto, imagino, vosotras sin pensar en ello.

—Bueno —dijo el joven Branghton—, con tal que la señorita haya vuelto..., el resto no me preocupa, Bid y Poll saben cuidarse solas. Pero lo bueno es que el señor Smith ha ido a buscarla.

Estas frases se dijeron en un momento y cuando, finalmente, esperaban recibir una respuesta, les conté que, al volver por una de las largas avenidas, nos habían asustado y nos separamos.

—¡Largas avenidas! —repitió el señor Branghton—. Y, dígame, ¿qué hacían en las largas avenidas? Porque, ¡seguramente tenían en mente que las insultaran!

Estas palabras no fueron más impertinentes para mí que sorprendentes para *sir* Clement, que miraba a todo el grupo con evidente asombro. Sin embargo, le dije al joven Branghton que no perdiera tiempo pues sus hermanas podían requerir protección inmediata.

—¿Y cómo la obtendrán? —exclamó aquel hermano brutal—. Si piensan que es necesario comportarse de este modo, que se protejan ellas mismas. Yo también pienso hacerlo.

—Pues bien —dijo el simple del señor Brown—, mientras piensa si va o no, yo voy a buscar a la señorita Polly.

Entonces intervino el padre, insistiendo en que su hijo y él deberían acompañarle; y se fueron juntos.

Y fue entonces cuando por primera vez *madame* Duval reparó en *sir* Clement, y mirándole de reojo con profundo desagrado, dijo enojada:

—*Ma foi*, usted, entre todas las personas del mundo...! Me maravilla, niña mía..., que te permitas frecuentar una compañía como ésta.

—Lamento mucho, señora —dijo *sir* Clement en tono de sorpresa—, si he tenido la desgracia de ofenderla; pero no creo que se deba lamentar ahora porque haya acompañado a la señorita Anville, cuando ha escuchado usted que he tenido la suerte de serle útil.

Cuando *madame* Duval, con su acostumbrado *Ma foi*, se disponía a replicarle, la atención de *sir* Clement se concentró por entero en la persona del señor Smith, que apareció repentinamente por detrás de mí, y poniéndome las manos sobre los hombros, dijo:

—¡Oh, mi pequeña fugitiva, por fin la encuentro! Por usted he recorrido los jardines decidido a encontrarla si estaba sobre la tierra. Pero ¿cómo ha podido ser tan cruel de abandonarnos?

Me volví bruscamente, y le miré con tal muestra de desprecio que tenía la esperanza de que le acallara; pero no fue capaz de comprenderme, y, tratando de tomar mi mano, añadió:

—¿Quién habría pensado de una señora tan modesta como usted que se habría dirigido a semejante baile? Venga aquí, no sea tan tímida, piense en las molestias que me he tomado al buscarla.

—Las molestias, señor, se las ha tomado por su elección personal..., no por la mía.

Y le rodeé para colocarme al otro lado de *madame* Duval. Tal vez estuve demasiado orgullosa, pero no podía soportar que *sir* Clement, que tenía los ojos puestos en él con expresión de curiosa sorpresa, presenciara su inoportuna familiaridad.

Al alejarme, se dirigió a mí, y en voz baja, me dijo:

—¿No está, entonces, con los Mirvan?

—No, señor.

—Y si me lo permite..., ¿hace mucho que los ha dejado?

—No, señor.

—¡Qué desafortunado soy!... Justo ayer he mandado aviso para advertir al capitán que llegaría a Grove el mediodía de mañana. No obstante, me escaparé tan rápido como me sea posible. ¿Va a continuar mucho tiempo en la ciudad?

—Creo que no, señor.

—Y entonces, cuando deje la ciudad, ¿me permite preguntarle a dónde irá?

—En verdad, no lo sé.

—¡No lo sabe! ¿Pero no regresa más con los Mirvan?

—No puedo decírselo.

Luego me dirigí a *madame* Duval, con tan pretendido interés, que se vio obligado a guardar silencio.

Dado que no pudo por menos que notar el gran cambio de mi situación, al que no sabe dar explicación, hay en todas aquellas preguntas y en toda su incontenible curiosidad algo impropio de un hombre tan correcto como *sir* Clement Willoughby. Parece dispuesto a pensar que el hecho de haber cambiado de compañía lo autoriza para cambiar sus modales. Es cierto que siempre me ha tratado con familiaridad, pero nunca antes con esa irrespetuosa brusquedad.

Esta observación, que me ha permitido ver su volubilidad, que *cambia según cambia la marea*, le ha hecho perder más ante mis ojos que cualquier otra particularidad de su conducta.

Aún me habría reído cuando miré al señor Smith, el cual, tan pronto como se dio cuenta de que *sir* Clement me hablaba, se retiró del grupo, y de pronto pareció haber perdido toda su aparente felicidad, mirando ora al *baronet*, ora a sí mismo, analizando con mirada triste su traje, impresionado por su actitud, sus gestos, su despreocupada alegría; lo contempló con envidiosa admiración, y, consciente de su propia inferioridad, pareció encogerse hasta desaparecer.

Poco después llegó corriendo el señor Brown preguntando en voz alta:

—Y bien, ¿aún no ha aparecido la señorita Polly?

—Venga —respondió el señor Branghton—, pensé que había ido usted a buscarla.

—Sí, pero no he podido encontrarla... y eso que he recorrido al menos medio jardín.

—¿Medio? ¿Y por qué no lo ha recorrido entero?

—Sí, así lo haré, pero he pensado que primero podía acercarme a ver si ya había llegado aquí.

—¿Dónde está Tom?

—Pues no lo sé, porque no se ha quedado conmigo, y todo eso. Nos encontramos con algunos jóvenes señores conocidos suyos, y me ha invitado a buscarlas yo solo, porque ha dicho:

—Me divertiré más de otra forma.

Y una vez que nos contó esto, el estúpido joven se ha ido de nuevo, y el señor Branghton, sumamente indignado, dijo que iría él mismo a buscarlas.

—¿Ahora? ¿Se va también? —dijo *madame* Duval—. A este paso tendremos que esperarnos unos a otros toda la noche.

Observando que *sir* Clement parecía dispuesto a reemprender sus preguntas, me volví hacia una de las pinturas<sup>[57]</sup>, y fingiendo sumo interés, le hice a *monsieur* Du Bois algunas preguntas sobre las figuras.

—*Oh, Mon dieu!* —exclamó *madame* Duval—, no le pregunte a él; será mejor que le pregunte al señor Smith, que ha estado aquí más veces. Vamos, señor Smith, imagino que podrá decirnos todo sobre las pinturas.

—Pues sí, señora, sí —dijo el señor Smith que, animándose ante esta solicitud, se aproximó a nosotros asumiendo un aire de importancia (que, sin embargo, le favorecía bien poco), preguntándonos qué deseábamos saber primero, porque:

—He visto todas las pinturas —dijo—, y conozco cada detalle referida a las mismas perfectamente bien, porque soy un apasionado de la pintura, señora, y en verdad debo decir que pienso que son unos bellos cuadros... sí, realmente..., son algo muy bonito.

—También yo —respondió *madame* Duval—, pero, díganos ahora, señor, ¿qué representa aquello? —señalando la figura de Neptuno.

—¡Eso! Pues eso, señora, eso es... Bendito sea Dios, no sé cómo puedo ser tan estúpido, pero he olvidado su nombre... y lo sé tan bien como el mío; de todos modos, es un *general*, señora, todos son generales.

Vi a *sir* Clement morderse los labios, y yo, por otra parte, hice lo mismo.

—Pues bien —dijo *madame* Duval—, es el traje más extraño para un general que he visto en mi vida.

—Parece una figura tan importante —dijo *sir* Clement al señor Smith—, que imagino será el *generalísimo* de los ejércitos.

—Sí, señor, sí —contestó el señor Smith inclinándose de modo respetuoso, y muy contento de ser interpelado de aquel modo—, tiene toda la razón..., pero no puedo, por mi vida que no consigo traer a mi mente su nombre. Quizá, señor, pueda recordarlo usted.

—No, la verdad —dijo *sir* Clement—, mi conocimiento sobre los generales no es tan amplio.

El tono irónico de la voz con el cual *sir* Clement pronunció estas palabras desconcertó por completo al señor Smith, que retirándose de nuevo humildemente pareció sensiblemente mortificado ante el fracaso de su intento por recobrar su propia importancia.

Al poco volvió el señor Branghton con su hija menor, a quien acababa de rescatar de un grupo de jóvenes insolentes; pero no había podido encontrar a la mayor. La señorita Polly estaba muy asustada, y dijo que no volvería por las avenidas oscuras de nuevo: su padre la dejó con nosotros y se fue en busca de su hermana.

Mientras nos relataba sus aventuras, que nadie escuchaba con más atención que *sir* Clement, vimos entrar en el salón al señor Brown:

—¡Oh, la, la! —dijo la señorita Polly—, dejen que me esconda, no le digan que he vuelto.

Y se colocó tras *madame* Duval, de modo que no se la viera.

—¡De manera que aún no ha aparecido la señorita Polly! —dijo el pretendiente simplón—. Pues no sé dónde puede estar; he mirado y mirado, y vuelto a mirar por todas partes, y no la puedo encontrar; ya no puedo hacer más.

—¡Y bien!, señor Brown —dijo el señor Smith—, ¿no irá de nuevo a buscar a la señora?



—Sí, señor —dijo él, sentándose—, pero primero debo descansar un rato, no imagina lo cansado que estoy.

—¡Oh, qué vergüenza, señor Brown, qué vergüenza! —dijo el señor Smith guiñándonos un ojo—, ¡cansado de buscar a una señora! ¡Vaya, vaya, qué vergüenza!

—Voy ahora, señor, pronto; ¿acaso no estaría usted también cansado si hubiese caminado hasta ahora?; además, creo que se ha ido del jardín, de otra forma la habría visto.



—¡Eh, eh, eh! —dijo Polly riendo y delatándose al salir de su escondite. Y así terminó esta pequeña broma.

Por fin apareció el señor Branghton con la señorita Bidy, que con expresión entre airada y confundida, dirigiéndose a mí, dijo:

—Así es que, señorita, se escapó. Bien, verá como haré lo mismo por usted en otra ocasión. Pero sabía que no escaparía de los caballeros como escapó de mí.

Me sorprendió tanto su ataque que no pude contestarle de mi mismo asombro, y entonces comenzó a contarnos el modo en que había sido maltratada y cómo dos

jóvenes la habían hecho pasearse de arriba abajo por las calles sombrías, arrastrándola por la fuerza a gran velocidad, lastimándola, y muchos otros detalles, que no relató para no cansarnos. En conclusión, mirando al señor Smith, le dijo:

—Pero yo pensé, estaba segura, que el grupo entero vendría a buscarme; así que poco me esperaba encontrarles a todos ustedes aquí conversando cómodamente. ¡Sé que debo darle las gracias a mi prima por todo esto!

—Si se refiere a mí, señora —dije muy sorprendida—, ignoro en qué forma puedo haber sido cómplice de sus desgracias.

—Pues escapándose así... Si se hubiese quedado con nosotras, le garantizo que el señor Smith y *monsieur* Du Bois hubiesen venido a buscarnos, pero imagino que no podrían dejar a su señoría...

La insensatez y sin razón de estas palabras no merecían respuesta. Pero ¡qué escena en presencia de *sir* Clement! Su sorpresa fue evidente, y confieso que mi confusión era igualmente grande.

Entonces tuvimos que esperar al joven Branghton, que no apareció durante un tiempo, y durante esa espera, tuve dificultades para evitar las preguntas de *sir* Clement, que estaba mortificado de curiosidad y se moría de ganas de hablarme.

Cuando por fin aquel joven aspirante regresó, se entabló una horrible discusión entre él y su padre a propósito de su negligencia, en la que intervenían ocasionalmente las hermanas, y él se defendía de ellas con grosera hilaridad.



Entonces todos parecían deseosos de retirarse cuando, como siempre, una discusión volvió a surgir sobre el *modo* en que debíamos volver, ya fuera en carruaje o en barca. Después de mucho discutir, se decidió que formáramos dos grupos: uno por el río y otro por tierra, porque *madame* Duval dijo que de ningún modo saldría en barca por la noche.

Entonces *sir* Clement dijo que si no teníamos un carruaje esperando, estaría encantado de acompañarnos a ella y a mí a casa sanas y salvas, dado que el suyo estaba listo.

Con la furia saliéndole por los ojos, y la cólera enardeciendo su cara, dijo:

—*Pardi*, no... Ocúpese de sí mismo, por favor; en cuanto a mí, le garantizo que no confío en personas de su clase.

Él fingió no comprender el significado de lo que había dicho, e incluso, para evitar una discusión, aceptó su negativa. El grupo que iba en el carruaje se componía de *madame* Duval, *monsieur* Du Bois, la señorita Branghton y yo.

Me regocijé interiormente, pues pensé que de esta forma, al menos, *sir* Clement no sabría la dirección de nuestro alojamiento, ni tampoco lo vería. Pronto

encontramos un coche de alquiler en el que me ayudó a subir, y después se despidió.

*Madame Duval* se subió al carruaje después de haberle dado al cochero nuestra dirección, y en el momento que nos íbamos, *sir Clement* exclamó:

—¡Caramba! Pero si ése es el mismo coche que me estaba esperando.

—¿Este coche, su señoría? —dijo el hombre—, no, señor, no lo es.

*Sir Clement*, sin embargo, juró que así era, e inmediatamente, el hombre, pidiéndole excusas, declaró que se había olvidado de que estaba ya comprometido.

No tengo ninguna duda de que este plan se le ocurrió en ese momento, y que le hizo algún signo al cochero que le indujo a apoyarlo, porque no existe la más mínima probabilidad de que ese incidente hubiera ocurrido de este modo, pues lo más verosímil es que lo estuviera esperando su propio carruaje personal.

Entonces el hombre abrió la puerta y *sir Clement* avanzó hacia él, diciendo:

—Señoras, no creo que haya otro carruaje disponible, de otro modo no les incomodaría; pero, dado que para ustedes sería desagradable esperar ahora, les ruego que no salgan porque les acompañaré primero a casa, si son tan amables de hacerme un poco de sitio.

Y diciendo esto, de un salto se sentó entre *monsieur Du Bois* y yo, mientras nuestra sorpresa nos impedía expresar palabra alguna. Luego le ordenó al cochero ponerse en marcha, según las indicaciones que había recibido.

En los primeros instantes nadie pronunció palabra; y luego, *madame Duval*, incapaz de contenerse, exclamó:

—¡*Ma foi...* si esto no es de las cosas más desvergonzadas que he visto en mi vida!

*Sir Clement*, a pesar de este reproche, se ocupaba sólo de mí, pero yo no le contestaba a nada de lo que me decía, si me era posible evitarlo. La señorita Branghton intentó varias veces atraer su atención, pero en vano, pues él no se tomó la molestia de dirigirle ni una sola mirada.

*Madame Duval*, durante el resto del paseo, habló todo el tiempo en francés con *monsieur DuBois*, y en ese idioma clamó, con gran vehemencia, contra la desvergüenza y el descaro.

Me alegré cuando pensé que nuestro viaje tocaba a su fin, pues la situación era muy violenta para mí, con *sir Clement* constantemente empeñado en tomar mi mano. Miré por la ventana del carruaje para ver si ya estábamos cerca de casa; *sir Clement*, inclinándose sobre mí, hizo lo mismo, y después, en un tono lleno de sorpresa, dijo en voz alta:

—¿Por dónde diablos nos lleva este hombre? ¡Pero si estamos en Broad St. Giles's!

—¡Oh, es correctísimo! —exclamó *madame Duval*—, no se moleste con ese argumento porque no acepto indicaciones de usted, se lo aseguro.

Cuando por fin nos detuvimos en la *calcetería* de High Holborn, *sir Clement* no dijo nada, pero sus ojos, lo vi, estaban muy ocupados observando el lugar y las

condiciones de la casa. Insistió en pagar el carruaje —porque decía que era suyo— y después se marchó. *Monsieur DuBois* y la señorita Branghton se fueron a casa a pie, y *madame Duval* y yo nos retiramos a nuestras habitaciones.

¡Qué aventuras tan desagradables las de esta noche! Nadie estuvo satisfecho excepto *sir Clement*, que estuvo muy animado, pero *madame Duval* estaba furiosa por encontrarse con él; el señor Branghton, irridadísimo con sus hijos; la aventura de las señoritas Branghton había excedido sus planes y acabado en disgusto; su hermano, irritado porque no había habido pelea; el señor Brown cansado, y el señor Smith, mortificado; en cuanto a mí, nada hubiera podido ser más desagradable que ser vista por *sir Clement* en compañía de un grupo tan vulgar y familiar para mí.

Sé, mi querido señor, que sentirá que le haya encontrado; de todos modos, no hay temor de que venga a visitarnos, porque *madame Duval* está demasiado enojada con él para recibirlo.

## CARTA XVI

### *Evelina continúa*

Holborn, 18 de junio

**M**adame Duval se levantó muy tarde esta mañana, y a la una, apenas acabábamos de desayunar, cuando la señorita Branghton, su hermano, el señor Smith y *monsieur* Du Bois llegaron para informarse sobre nuestra salud.

La cortesía del joven Branghton era muy sospechosa, mera consecuencia de las órdenes de su padre, pero su hermana y el señor Smith, lo descubrí bien pronto, tenían motivos personales. Apenas le habían dirigido la palabra a *madame* Duval cuando, avanzando ansiosamente hacia mí:

—Por favor, señora —dijo el señor Smith—, ¿quién era ese caballero?

—Dígame, prima —dijo la señorita Branghton—, ¿es el mismo caballero con quien se escapó la noche del espectáculo de la ópera?

—¡Buen Dios!, claro que era él —dijo el joven Branghton—, tan pronto como le vi, pensé que ya había visto antes su cara.

—Estoy segura de que a mí no se me olvidaría fácilmente —contestó su hermana—. Es el caballero más elegante que he visto en mi vida, ¿no lo cree así, señor Smith?

—No dejan tiempo a la señora para hablar —dijo el señor Smith—; por favor, señora, ¿cuál es el nombre del caballero?

—Willoughby, señor.

—¡Willoughby! Creo haber oído ese nombre... Y dígame, ¿está casado?

—¡No, válgame Dios, no lo está! —dijo la señorita Branghton—, tiene un aspecto demasiado elegante para ser un hombre casado. Díganos, prima, ¿dónde le conoció?

—¿Y a qué se dedica? —dijo el joven Branghton al mismo tiempo.

—En verdad no lo sé —contesté.

—A algo muy refinado, imagino —añadió la señorita Branghton—, porque viste muy bien.

—Debe de ser algo que le procura buenos ingresos —dijo el señor Smith—; estoy seguro de que el traje que llevaba cuesta al menos treinta o cuarenta libras..., conozco muy bien el precio de la ropa. ¿Puede decirme qué renta tiene, señora?

—¡No hablen más de él! —exclamó *madame* Duval—; no me agrada escuchar ese nombre. Creo que es una de las peores personas de este mundo, pues aunque no le he hecho el más mínimo daño ni en un solo pelo de su cabeza, fue cómplice del capitán Mirvan en su intento de asesinar-me.

Todos, menos yo, se hacinaron a su alrededor pidiéndole explicaciones, y en ese momento, se oyó un fuerte golpe en la puerta de la calle, y sin previo aviso, en medio de la narración, entró *sir* Willoughby en la estancia. Todos se sobresaltaron, y con expresiones de culpable embarazo, como si temieran su resentimiento por haber escuchado a *madame* Duval, buscaron sus sillas y en un momento estaban todos formalmente sentados.

*Sir* Clement, después de un saludo general, distinguiendo a *madame* Duval, dijo con su acostumbrada familiaridad:

—He tenido el honor de hacerle esta visita, señora, para preguntarle si tenía algún encargo para Howard Grove, a donde me dirijo mañana por la mañana.

Luego, viendo la tempestad que se formaba en sus ojos, antes de darle tiempo a contestar, se dirigió a mí:

—Y si usted, señora, tiene alguno con el que poder honrarme, estaría encantado de poder cumplirlo.

—Absolutamente ninguno, señor.

—¡Ninguno! ¡Nada para la señorita Mirvan! ¡Ningún mensaje! ¡Ninguna carta!

—Le escribí a la señorita Mirvan ayer con la posta.

—Habría hecho primero el ofrecimiento, de haber sabido antes su dirección.

—*Ma foi* —exclamó *madame* Duval recobrándose de la sorpresa—, creo que nunca había visto cosa semejante!

—¿El qué, señora? —exclamó impertérrito *sir* Clement volviéndose rápido hacia ella—. ¡Espero que nadie la haya ofendido!

—¡No espera tal cosa! —dijo ella medio sofocada por la ira y levantándose de la silla. Este gesto fue seguido por el resto, y en un instante, todos estaban en pie.

El tranquilo *sir* Clement aún no se sintió azorado, y fingiendo hacer un saludo de agradecimiento a todo el grupo, dijo:

—Por favor..., les imploro..., señoras..., caballeros..., por favor, no quiero molestarles..., por favor, permanezcan sentados.

—Por favor, señor —dijo la señorita Branghton acercándole una silla—, ¿por qué no se sienta usted?

—Es muy amable, señora..., con tal de no molestar...

Y diciendo esto, este extraño personaje se sentó, y lo mismo hicieron todos los demás después, incluso *madame* Duval, que, sobrepasada por su atrevimiento, parecía demasiado confundida para hablar.

Y luego, tan tranquilo como si hubiera sido un invitado esperado, comenzó a discursar sobre el tiempo y su incertidumbre, del calor en los lugares públicos durante el verano, de cómo la ciudad se iba quedando vacía..., y de otras vulgaridades por el estilo.



No obstante, nadie le contestó; el señor Smith parecía asustado, el joven Branghton, avergonzado, *monsieur* Du Bois, sorprendido, *madame* Duval, enfurecida, y yo decidida a no intervenir. Todo lo que pudo obtener fue la atención de la señorita Branghton, cuyos asentimientos, risas y atenciones reflejaban su interés en entablar conversación con él.

Por fin, cansado, imagino, de atraer todas las miradas y la lengua de ninguno, se dirigió a *madame* Duval y a mí, diciendo:

—Me considero particularmente desafortunado, señoras, por haber decidido visitar Howard Grove justo cuando están ustedes ausentes.

—Supongo que sí, señor, supongo que sí —exclamó *madame* Duval levantándose precipitadamente y volviéndose a sentar inmediatamente—. Le falta una persona para que sea su hazmerreír, y tal vez piensa en que vuelva allí; pero le aseguro, señor, que no le será tan fácil jugar conmigo esta vez, y, además —alzando la voz—, que sepa que ya lo he descubierto todo, se lo aseguro, y si tiene intención de hacerme sus trucos de nuevo, no voy a hacer alboroto, pero iré directamente a un juez de paz. Así pues, señor, si no puede pensar en nada más que en hacer danzar a la gente por las



carreteras hacia el campo, a todas horas de la noche y sólo por vuestro divertimento, descubrirá que conozco algunos otros juzgados como el juzgado Tyrrel.

*Sir Clement* se mostró evidentemente avergonzado ante este ataque, pero aún fingió una aparente sorpresa, y declaró que no entendía de qué estaba hablando.

—Pues bien —dijo ella—, ¡me admira que la gente pueda llegar a tal impudencia! Si dice esto, sería capaz de decir cualquier cosa. De todos modos, aunque continuara jurando hasta ponerse negro, no me persuadiría, porque nadie me hará creer otra cosa distinta de aquello que me dicen mis sentidos, se lo garantizo.

—¡Indudablemente, señora! —contestó vacilante—; espero que no sospechase que alguna vez tuve tales intenciones; mi respeto por usted...

—¡Oh, señor, de repente tiene usted un trato increíblemente educado! Pero yo sé por qué... ¡Es sólo por lo que espera obtener! Pues bien, podía tratarme así en Howard Grove, y como ahora ve que estoy en mi casa, tiene en mente persuadirme para que acepte recibirle; pero he descubierto su plan, así que no es necesario que se tome tantas molestias pues en mi casa no obtendrá nunca nada, ni siquiera una taza de té. Ya ve, señor, que estoy en disposición de devolver golpe por golpe.

Fueron unas palabras tan sumamente groseras que, desconcertaron incluso a *sir Clement*, que se encontró demasiado confuso para dar una respuesta.

Fue curioso observar el efecto que su embarazo —añadido a la familiaridad con que *madame Duval* se dirigía a él—, tuvo en el resto del grupo: todos aquellos que antes parecían dubitativos sobre cómo asignar una silla, o incluso ocuparla, ahora se sentaban con desenvuelta tranquilidad; y el señor Smith, cuyo semblante había mostrado las muestras más sorprendentes de envidia mortificada, ora comenzaba a recobrar su natural expresión de soberbia satisfacción. El joven Branghton, que parecía tan aparentemente impresionado por la presencia de un caballero tan distinguido, volvió a ser el mismo: rudo y poco ceremonioso, mientras la boca se le distendía en una amplia sonrisa al escuchar a *la tía dar una buena lección a aquel petimetre*.

*Madame Duval*, alentada por su éxito, miraba a su alrededor con aire de triunfo, y continuó su arenga:

—Y bien, señor, supongo que había pensado que podría hacerlo todo a su modo, y que comería aquí siempre que le agradara, y que me llevaría de nuevo a Howard Grove con el propósito de burlarse de mí como ya hicieron una vez; pero recuerde que soy tan astuta como usted, así es que tendrá que buscarse a otro para tratarle de ese modo, para ponerse su máscara y burlarse de él. En cuanto a mí, si viniera a contarme la historia de la Torre durante un mes seguido, no le creería jamás; y le garantizo, señor, que si piensa que me gustan tales bromas, descubrirá que no soy ese tipo de persona.

—Le aseguro, señora..., por mi honor..., de veras no comprendo..., imagino que hay un malentendido...

—Supongo que, después de todo, dirá que no sabe nada del asunto.

—Ni una palabra, por mi honor.

Oh, *sir* Clement, he pensado yo, es éste el valor que le da a su honor.

—¡*Pardi* —dijo *madame* Duval—, ésta es la cosa más irritante que he visto! También puede decirme que ni siquiera sé cómo me llamo.

—Aquí seguramente hay un error, porque le aseguro, señora...

—No me asegure nada —dijo *madame* Duval alzando la voz—; sé muy bien lo que me digo, y usted también; ¿no es verdad que me dijeron lo de la Torre y *monsieur* Du Bois?... Pues bien, *monsieur* Du Bois no estuvo allí, ni cerca..., así que todo fue una invención de ustedes.

—Pero ¿no puede haber dos personas con el mismo nombre? La equivocación fue natural...

—No me hable de equivocaciones, porque todo fue intencionado; además, ¿no vino usted todo enmascarado a la portezuela del carruaje y ayudó a meterme en aquella zanja?... Le aseguro que he tenido la intención de llevarles ante un tribunal desde entonces, y si se repite de nuevo, lo haré, se lo garantizo.

En este punto la señorita Branghton rió disimuladamente; el señor Smith sonrió despreciativamente, y el joven Branghton tuvo que meter el pañuelo en la boca para contener una carcajada.

La situación de *sir* Clement —que era consciente de lo que pasaba— se tornó muy embarazosa, y tartamudeando muchísimo, dijo:

—Sin duda alguna, señora..., sin duda..., no puede ser tan injusta de pensar... que yo tomara parte en... en la desgracia que...



—*Ma foi*, señor! —exclamó *madame* Duval con ira creciente—, sería mejor que no continuara hablándome de ese modo. Sé que fue usted... y si continua mortificándome, mandaré llamar a un agente inmediatamente.

El joven Branghton, al oír estas palabras, y a pesar de todos sus esfuerzos, no pudo reprimir una sonora carcajada; ni su hermana ni el señor Smith pudieron abstenerse de participar de su hilaridad, aunque con más moderación.

*Sir* Clement volvió sus ojos hacia ellos con expresión de rabioso desprecio, y después le dijo a *madame* Duval que no quería dejar de exponer su justificación, pero que prefería hacerlo en una visita cuando estuviese sola.

—¡Oh, *pardi*, señor! —exclamó ella—, no deseo su compañía en absoluto; y si no fuese usted la persona más descarada del mundo, no se atrevería a mirarme de frente.

Los ah, ah, ah y los eh, eh, eh crecieron incontroladamente, como si, al contenerse tanto rato, hubieran explotado incrementando su violencia.

*Sir* Clement no pudo soportar por más tiempo ser el objeto de las carcajadas, y no teniendo contestación preparada para *madame* Duval, se dirigió a grandes pasos hacia el señor Smith y el joven Branghton, y les preguntó severamente el motivo de sus

risotadas.

Impresionados por el aire de importancia que asumió, y alarmados por el tono rabioso de su voz, sus risas cesaron al instante, como si hubieran sido reguladas por una maquinaria mecánica, y se quedaron mirando estúpidamente, ora a él, ora al otro, sin dar ninguna respuesta, sino un simple:

—De *nada*, señor.

—*Oh, por le coup!* —dijo *madame* Duval—. ¡Esto es demasiado! Dígame, ¿qué derecho tiene de venir aquí a dar órdenes a las personas que han venido a visitarme? ¡Supongo que ahora nadie puede reírse salvo usted!

—Conmigo, señora —dijo *sir* Clement inclinándose respetuosamente—, una dama puede permitírsele todo, y, por tanto, no hay libertad que no esté encantado de concederle. Pero nunca ha sido mi costumbre otorgar el mismo privilegio a los *caballeros*.

Entonces, avanzando hacia mí, que durante esta escena había permanecido en silencio en una ventana, dijo:

—Señorita Anville, ¿podré al menos informar a nuestros amigos de Howard Grove que tuve el honor de dejarla en buena salud?

Y luego, bajando la voz, añadió:

—¡Por el amor de Dios, queridísima criatura! ¿Quiénes son estas personas y de qué modo ha llegado a encontrarse en tan extraña situación?

—Le ruego que presente mis respetos a toda la familia, señor —contesté yo en voz alta—, y espero que los encuentre bien.

Me miró con expresión de reproche, pero besó mi mano; y luego, inclinándose ante *madame* Duval y la señorita Branghton, pasó precipitadamente al lado de los hombres y salió.

Supongo que no estará ansioso por repetir su visita, pues imagino que raramente se habrá encontrado, si no nunca, en una situación tan embarazosa y desagradable.

*Madame* Duval se quedó animadísima y exultante desde que se fue, y sólo desea que venga a visitarla el capitán Mirvan para *rendirle el mismo servicio*. El señor Smith, al enterarse de que era un *baronet* y verle marchar en un carruaje tan bello, declaró que por nada del mundo se hubiera burlado si hubiese sabido su rango, y lamentó muchísimo haber perdido la oportunidad de tener un conocido tan *refinado*. El joven Branghton juró que si lo hubiera sabido, le habría preguntado *dónde se proveía*; y la hermana, desde entonces, ha cantado sus alabanzas proclamando que *siempre* pensó que era un hombre de *rango*, simplemente por su *aspecto*.

## CARTA XVII

### *Evelina continúa*

Holborn, 21 de junio

**L**as últimas tres noches transcurrieron relativamente tranquilas, pues las aventuras de Vauxhall dejaron a *madame* Duval harta de lugares públicos. De todos modos, en casa siempre termina aburriéndose, por lo que ha decidido aliviar su *tedio* esta noche con alguna diversión, visitando a los Branghton y desde allí irnos a Marybone Gardens.

Pero, antes de que llegásemos a Snow Hill, nos sorprendió un chaparrón; nos precipitamos a la tienda, donde lo primero que vi fue al señor Macartney con un libro en la mano, sentado en la misma esquina donde le había visto la última vez; pero tenía un aspecto aún más triste, con el rostro aún más demacrado y los ojos muy hundidos. Los levantó cuando entramos y me pareció ver en ellos un brillo de alegría. Involuntariamente le saludé primero y se levantó saludando con una precipitación que manifestaba confusión y sorpresa.

A los pocos minutos nos reunimos con toda la familia, excepto el señor Smith, que afortunadamente estaba comprometido.

Si toda la prosperidad futura de nuestras vidas hubiera dependido del clima bueno o malo de esta noche, el tema no hubiera sido tratado con mayor importancia.

«¡Cierto, no se puede tener más mala suerte!» «¡Señores, qué fastidio!» «¡Podía llover por siempre, con tal de que levantara el tiempo ahora!».

Éstas y parecidas expresiones, con muchas ansiosas miradas hacia los sumideros, ocuparon toda la conversación hasta que el aguacero hubo terminado.

Y entonces se estableció un caluroso debate sobre si debíamos realizar el plan inicial o bien retrasarlo a alguna noche mejor. Las señoritas Branghton eran partidarias de lo primero; el padre aseguraba que llovería de nuevo, y la señora Duval, aunque detestaba volver a casa, temía por la humedad de los jardines.

*Monsieur* Du Bois propuso que subiéramos al piso superior de la casa, para ver si las nubes parecían amenazantes o tranquilas. La señorita Branghton se sobresaltó al oír esta propuesta, diciendo que fuéramos al cuarto del señor Macartney, pero no al suyo.

Esto fue suficiente para el hermano, que, con una carcajada, declaró que quería *divertirse* un poco, e inmediatamente inició el camino, llamándonos a todos para que le siguiéramos. Sus hermanas echaron a correr, pero nadie más se movió.

A los pocos minutos, el joven Branghton, bajando hasta la mitad de la escalera,

gritó:

—Señor, ¿por qué no vienen todos ustedes? Vamos, aquí están todas las cosas de Poll tiradas por el cuarto.

Entonces el señor Branghton se fue, y *madame* Duval —que no puede soportar quedar excluida de nada— subió ayudada de *monsieur* DuBois.

Vacilé unos momentos entre seguirles o no, pero percibiendo que el señor Macartney había dejado caer su libro, y que yo captaba toda su atención, me preparé, a causa del embarazo, a seguirles.

Cuando me iba, noté que se levantaba de su silla y caminaba lentamente tras de mí. Creyendo que deseaba hablarme, y deseando ansiosamente saber si, de algún modo, podía serle de alguna utilidad, reduje primero mi paso y luego me volví. Pero, aunque me lo encontré a mitad de camino, pareció faltarle el coraje o la resolución para dirigirse a mí, porque, cuando me volví, se retiró precipitadamente con expresión muy turbada.

No sabiendo qué hacer, me dirigí a la puerta de la calle, donde permanecí por un tiempo, esperando que pudiera recuperarse; pero, al contrario, su agitación aumentó a cada instante. Paseaba de aquí allá por el cuarto con paso rápido e inseguro, y parecía angustiado e indeciso; finalmente, con un profundo suspiro, se dejó caer en una silla.



Me conmovió tanto verle en una angustia tan extrema, que no podía quedarme en el cuarto; por tanto, me escurrí y me lancé escaleras arriba; pero antes de haber caminado cinco pasos, me siguió precipitadamente, y con voz entrecortada, me dijo:

—¡Señora!... ¡Por el amor de Dios!...

Se detuvo, pero yo descendí inmediatamente procurando reprimir, tanto como me fue posible, toda mi preocupación; esperé algún tiempo —en penosa expectación— a que hablara: me vino a la mente todo aquello que había oído sobre su pobreza y me sentí impulsada a ofrecerle mi bolso, pero por temor a equivocarme y ofenderle, no lo hice. Viendo que aún permanecía en silencio, me aventuré a decir:

—Caballero, ¿desea... hablar conmigo?

—¡Sí! —dijo presuroso—, pero ahora... no puedo.

—Tal vez, señor..., en otra ocasión... en que esté más tranquilo...

—¿En otra ocasión? —repitió tristemente—. ¡Oh, destino! ¡No veo en mi futuro más que infelicidad y desesperación!

—¡Oh, señor! —exclamé muy turbada—, no debe hablar así. Si se abandona a sí mismo, cómo puede esperar...

Me interrumpí.

—Dígame, dígame —dijo él con angustia—, ¿quién es usted?, ¿de dónde viene?, ¿y de qué extraña manera parece ser árbitro del destino de un miserable como yo?

—¡Válgame Dios! —grité yo—, ¡si pudiera ayudarle!

—¡Puede!

—¿Y de qué forma? Por favor, dígame cómo.

—¡Decírselo... para mí es la muerte! Y aún *quiero* decírselo, tengo *derecho* a su ayuda... Usted me ha privado del único recurso al cual podía apelar... y, por consiguiente...

—Hable, por favor, hable... —dije yo, metiendo mi mano en el bolsillo—, bajarán en un momento.

—Lo haré, señora..., puede..., quiere..., ¡creo que sí! Podría entonces... —se detuvo e hizo una pausa—. Dice..., quiere..., —y luego, de repente, dándome la espalda—: ¡Dios mío, no puedo hablar! —Y regresó a la tienda.

Entonces, cogí mi bolso en la mano y, siguiéndole, le dije:

—Si de veras, señor, puedo ayudarle, ¿por qué me niega una satisfacción tan grande? ¿Me permite...?

No me atreví a seguir; pero él, con un semblante muy dulce se acercó a mí y me dijo:

—¡Su voz, señora, es la voz de la compasión!... Hace mucho tiempo que mis oídos no escuchan una voz como ésta.

En aquel momento el joven Branghton me llamó en alta voz y con vehemencia para que subiera; me aferré a esa oportunidad para escapar apresuradamente, diciendo:

—¡Que el cielo le proteja y le reconforte, señor!

Dejé caer mi bolso al suelo, no atreviéndome a dárselo, y eché a correr escaleras arriba lo más rápidamente que pude.

Le conozco demasiado bien, mi honorable señor, para temer su desagrado por esta acción. Sin embargo, le aseguro que no necesitaré más fondos durante mi permanencia en la ciudad, pues tengo muy pocos gastos y espero regresar pronto a Howard Grove.

—¡Pronto, he dicho! ¡Cuando no han pasado ni quince días de este largo y tedioso mes que debo pasar aquí!

Tuve que soportar muchos chascarrillos de los Branghton por haber permanecido tanto tiempo con el *deprimido escocés*, como ellos le llaman; pero les hice muy poco caso, pues todo mi corazón rebosaba piedad y preocupación.

Me puse muy contenta cuando supe que el plan de Marybone era aplazado, dado que otro aguacero había puesto freno a las disensiones sobre el tema. El resto de la noche se empleó en una violenta disputa entre la señorita Polly y su hermano, a causa del desorden descubierto por este último en la habitación de la primera.

Volvimos a casa temprano, y me escapé furtivamente de *madame Duval* y



*monsieur* Du Bois, que está todavía aquí, para escribirle a mi mejor amigo.

Me alegro sinceramente de que se me haya dado la oportunidad de ofrecer a este pobre infeliz el pequeño alivio que estaba a mi alcance; y espero que será suficiente para permitirle pagar sus deudas con esta despiadada familia.

## CARTA XVIII

### *Del señor Villars a Evelina*

Berry Hill

**D**esagrado, Evelina mía? Has cumplido sólo con tu deber; has demostrado simplemente una humanidad sin la cual me avergonzaría de reconocer a mi hija. Me corresponde a mí, sin embargo, hacer lo posible para que tu generosidad no merme tu disfrute, por lo que, no sólo envío mi aprobación, sino una señal de mi deseo de participar en tu caridad.

¡Oh, mi niña! ¡Si mi fortuna igualara mi confianza en tu benevolencia, con qué embeleso desearía, por intermediación tuya, dar alivio al virtuoso indigente! Y sin embargo, lamentablemente debemos limitarnos a nuestras posibilidades, pues mientras nuestra generosidad es proporcional a nuestras capacidades, la diferencia entre una mayor o menor donación pesa poco sobre la balanza de la justicia.

Al leer tu relato sobre el pobre infeliz cuyo sufrimiento ha despertado tu compasión hasta tal punto, me lleva a temer si su situación desafortunada es efecto de la desgracia o la mala conducta. Si se ha visto reducido al estado de pobreza descrito por los Branghton, debe buscar, con ayuda de su trabajo, recuperar sus asuntos en vez de pasar tiempo leyendo ociosamente en la tienda de su acreedor.

La escena de la pistola me hizo estremecer; el coraje con el que has seguido a ese hombre desesperado me deleitó y aterrorizó al mismo tiempo. Sé siempre así, mi querida Evelina, intrépida en defensa de la injusticia. No dejes que los débiles temores ni las tímidas dudas te impidan hacer tu deber, en el sentido más pleno, que la naturaleza ha sembrado en tu mente. Aunque la gentileza y la modestia son atributos peculiares de tu sexo, la fortaleza de ánimo y la firmeza, cuando la ocasión lo exige, son virtudes nobles y convenientes tanto en las mujeres como en los hombres: la línea recta de la conducta es la misma para ambos sexos, aunque el modo en que es seguida por cada uno puede variar y adaptarse a la fuerza o debilidad de los diferentes viajeros.

Hay, sin embargo, algo tan misterioso en todo aquello que has visto y escuchado sobre este hombre desgraciado, que soy reacio a formarme una impresión negativa de su carácter, basado en un conocimiento tan superficial y parcial. Donde hay dudas, los lazos de la sociedad y las leyes humanas aconsejan una interpretación favorable; pero, recuerda, mi estimada niña, que aquellos de la discreción reclaman al mismo tiempo tu consideración.

En cuanto a *sir* Clement Willoughby, no sé cómo expresar mi indignación por su

conducta. Su insufrible insolencia y sus ofensivas insinuaciones de sospecha me han irritado y provocado una cólera tan profunda como ya no pensaba que mis agotadas pasiones fueran capaces de experimentar de nuevo. No debes hablarle nunca más; se imagina, por la docilidad de tu temperamento, que puede ofender con impunidad; pero su comportamiento justifica, e incluso reclama, tu resentimiento declarado; no vaciles, por consiguiente, en prohibirle visitarte.

Los Branghton, el señor Smith y el joven Brown, por muy maleducados y desagradables que sean, son demasiado insignificantes para un serio resentimiento; pero me acongoja mucho que mi Evelina deba estar expuesta a su rudeza e impertinencia.

El mismo día que este tedioso mes llegue a su fin, enviaré a la señora Clinton a la ciudad para acompañarte a Howard Grove. Tu permanencia será, espero, breve, pues siento cada día más impaciencia por estrechar a mi amada niña en mi pecho.

Arthur Villars

## CARTA XIX

### *De Evelina al reverendo señor Villars*

Holborn, 27 de junio

**A** cabo de recibir, mi querido señor, su amable regalo y su carta aún más amable. ¡Seguramente nunca una huérfana tendrá menos pena por serlo que su agradecida Evelina! Sin madre, peor que huérfana de padre, despojada desde el nacimiento de las dos primeras y más grandes bendiciones de la vida, nunca ha sentido la falta de ternura, cuidados e indulgencia para deplorar su pérdida; nunca echó de menos la ternura, cuidados e indulgencia de un padre; nunca, sino por el dolor de su pérdida, ha tenido motivo para lamentar esta separación. Con gratitud recibo señal de su aprobación y estudiaré con sumo cuidado la forma de distribuirlo tal como merece su confianza en mi conducta.

Sus dudas referidas al señor Macartney me producen un cierto desasosiego. Ciertamente, señor, no tiene la apariencia de un hombre cuyos pesares sean efecto de una culpa. De todos modos, espero —antes de salir de la ciudad— tener mejor conocimiento de su situación para recomendarlo a su benevolencia con mayor certeza de su valor.

Estoy muy inclinada a renunciar a relacionarme con *sir* Clement Willoughby en tanto en cuanto dependa de mí misma el poder hacerlo. Pero, ciertamente, no sé cómo *podría prohibirle absolutamente visitarme*.

La señorita Mirvan, en su última carta, me informa de que está ahora en Howard Grove, que continúa siendo alto el favor del capitán, y representa la esencia y el espíritu de la casa.

Mi tiempo, desde que le escribí por última vez, ha transcurrido muy tranquilamente, dado que *madame* Duval se quedó en casa por un fuerte resfriado, y los Branghton también, por el mal tiempo. El joven, en verdad, nos ha visitado dos o tres veces, y su comportamiento, aunque siempre absurdo, es más extraño que nunca: habla poco, no presenta atención ninguna a *madame* Duval y nunca me mira sin una amplia sonrisa. Algunas veces se me acerca, como si tuviese intención de decirme algo importante, y luego, repentinamente, se detiene y me suelta una grosera carcajada en la cara.

¡Oh, qué contenta estaré cuando llegue la buena señora Clinton!



29 de junio

Ayer por la mañana, el señor Smith vino para hacernos saber que el baile de Hampstead se celebraba esta noche, y después, le regaló a *madame* Duval un billete y me trajo otro para mí. Le di las gracias por la cortesía, pero le dije que estaba sorprendida de que hubiera olvidado tan pronto que había declinado la invitación de asistir al baile.

—¡Por Dios, señora! —dijo él—. ¿Cómo podía suponer que hablaba en serio? Venga, venga, no esté enojada; su abuela está pronta a cuidarla, así es que no puede tener objeciones válidas, pues verá que no me escapó con usted. Además, señora, he tomado los billetes a propósito.

—Si está decidido, señor —dije yo—, a hacerme esta oferta, a no darme la posibilidad de elegir entre rehusar o aceptar, debo considerarme menos agradecida a su atención de lo que estaba dispuesta a hacer.

—Estimada señora —dijo él—, es tan ingeniosa que no hay medio de hablarle;

¡en verdad, es sumamente ingeniosa, señora!, pero venga, será su abuela la que le pregunte, y sé que no será tan cruel.

*Madame* Duval estaba pronta a entrometerse; no deseaba que siguiera oponiéndome, pues quería asistir e insistía en que la acompañara. Fueron vanas todas mis protestas, sólo provoqué su cólera; y el señor Smith, dándole ambos boletos a *madame* Duval con aire de triunfo, dijo que volvería temprano por la tarde a buscarnos, y se ausentó.

Me sentí muy abochornada viéndome obligada a deberle siquiera la sombra de un favor a un joven tan impertinente; pero decidí que nada ni nadie me persuadiría de bailar con él, por mucho que mi negativa pudiera ofenderle.

Por la tarde, cuando volvió, era evidente que intentaba deslumbrarme y sorprenderme con su aspecto: estaba vestido de un modo muy llamativo pero sin gusto alguno; la falta de elegancia de su aspecto junto con su comportamiento y los esfuerzos visibles por controlar su propia educación asumiendo la máscara de caballero, añadidos a las frecuentes miradas a su vestimenta, a la cual estaba tan poco habituado, anularon eficazmente su objetivo de *figurar* haciendo inútiles todos sus esfuerzos.

Mientras tomábamos el té entraron la señorita Branghton y su hermano. Sentí mucho observar la consternación de la primera cuando vio al señor Smith. Había pensado dirigirme a ella para pedirle consejo en esta ocasión, pero siempre me disuadía su desagradable brusquedad. Después de lanzar varias miradas al señor Smith y a mí, con manifiesto desagrado, se sentó malhumorada en la ventana, sin apenas contestar a las preguntas de *madame* Duval; y cuando le hablé, me volvió la espalda totalmente.



El señor Smith, deleitado por esta señal de su importancia, se sentó ociosamente silencioso en su silla, y se esforzaba en mostrar, con expresión ostentosa, antes que encubridora, su satisfacción interior.

—¡Dios mío! —dijo el joven Branghton—, ¿por qué van todos tan lustrosos como una moneda de cinco peniques? ¿A dónde van?

—Al baile de Hampstead —dijo el señor Smith.

—¡A un baile! —dijo él—. ¿La tía también va al baile? ¡Ja, ja, ja!...

—Sí, cierto —dijo *madame* Duval—, no conozco ningún motivo que pueda impedírmelo.

—Y, dígame, tía, ¿bailará?

—Quizá, pero supongo, señor, que no es asunto suyo si lo hago o no.

—¡Jesús, bien!..., ¡cómo me gustaría ir! ¡Me gustaría sobre todo ver bailar a la tía! Pero lo mejor es que no creo que encuentre pareja.

—¡Es el chico más grosero que he visto nunca! —dijo *madame* Duval, rabiosa—, pero le garantizo que se lo he de decir a su padre, porque toda esta mala educación me desagrada.

—¡Por Dios, tía! ¿Se ha enojado por eso? No se le puede decir palabra sin que rápidamente se enoje; es tan mala como Bidy o Poll, porque no hace otra cosa que reprenderme.

—Te ruego, Tom —dijo la señorita Branghton—, que hables por ti y no uses mi nombre con tanta ligereza.

—¡Vale, ahora ya está alborotada! No hay como discrepar con las mujeres; creo que les gusta más que comer y beber.

—¡Avergüénzate Tom! —dijo el señor Smith—, nunca recuerda los modales ante las damas; estoy seguro de que nunca me habrá oído decir nada tan grosero.

—¡Jesús señor, porque es usted un *petimetre*, pero a mí eso no me afecta! Así es que, si ésa es su idea, puede ser tan gentil de bailar con la tía.

Después, con una sonora carcajada, aseguró que sería *divertidísimo* poder verlos.

—No verá nada de eso, se lo aseguro —dijo *madame* Duval—, así es que no quiero oír tantas vulgaridades, no me complace. Y en cuanto a mi baile con el señor Smith, cualquier día de la semana es posible ver cosas más increíbles.

—Y bien, en cuanto a eso, señora —dijo el señor Smith muy sorprendido—, siempre pensé que tenía intención de jugar a las cartas..., así es que pensaba bailar con la joven señora.

Aproveché gustosa esta oportunidad para decir que yo no pensaba bailar.

—¡No piensa bailar! —repitió la señorita Branghton—. Es un extraño comportamiento para alguien que acude a un baile.

—Espero que así sea —dijo el hermano—, porque entonces el señor Smith sólo tendrá de pareja a la tía. ¡Jesús, se volverá loco!

—¡Oh, en cuanto a eso —dijo el señor Smith—, una vez en la sala procuraré convencer a la señorita!

—Ciertamente, señor —dije yo muy ofendida por su engreimiento—, está usted muy equivocado; permítame desengañarle; le aseguro que mi decisión no cambiará.

—Entonces, señorita, dígame, si no es impertinente —dijo la señorita Branghton—, ¿para qué va?

—Única y exclusivamente —contesté yo—, para cumplir con la petición de *madame* Duval.

—Señorita —dijo el joven Branghton—, Bid desea estar en su lugar, pues le hace ojitos al señor Smith desde hace tiempo...

—¡Tom! —dijo su hermana levantándose—, ¡qué ganas de tirarte de las orejas! ¿Cómo osas decir algo así de mí?

—No, Tom, detente, estás equivocado —dijo el señor Smith sonriendo tontamente—. Ciertamente, no está bien contar los secretos de las damas. No le ponga cuidado, señorita Bidy, no le creeré.

—Pues Bidy daría cualquier cosa por ir —rebatí el hermano—; es sólo que el señor Smith prefiere a la señorita... igual que todos los demás.

Mientras la hermana le respondía enfadada, el señor Smith me dijo en voz baja:





—¿Por qué es tan cruel, señora, siendo increíblemente más hermosa que sus primas, que pasan desapercibidas en su presencia?

—Señorita —exclamo el joven Branghton—, no le preste atención a cualquier cosa que diga, porque no tiene buenas intenciones. Le doy mi palabra de que nunca se casará con usted, pues me ha dicho mil veces que no se casará mientras viva; además, si tuviera intención de casarse, aquí está Bidy, que desea tomarle desde hace mucho tiempo, y le quedaría muy agradecida si lo hiciera.

—Venga, venga, Tom, no cuente secretos, que me ahuyentará a las damas; pero le aseguro —bajando la voz— que si me casara, sería con su prima ¡Sería! ¿Ha visto usted, mi querido señor, qué desfachatez? Le miré con un desprecio que no deseaba reprimir, y me fui al lado opuesto del cuarto.

Al poco tiempo, el señor Smith envió a por un coche de alquiler, y cuando quise despedirme de la señorita Branghton, me volvió la espalda colérica, sin darme respuesta. ¿Supondrá, acaso, que buscaba las atenciones y las gentilezas de este engreído joven, en vez de verme forzada a evitarle?

El baile se celebraba en la gran sala de Hampstead, Esta sala parece tener un

nombre muy apropiado, pues creo que sería difícil encontrar otro calificativo con el que poder distinguirla, al estar privada de ornamento, elegancia o cualquier otra particularidad que pueda definirla, salvo la de su amplitud.

Al comienzo de la velada, me salvé de las impertinencias del señor Smith, al declarar *madame* Duval su intención de bailar con él los dos primeros bailes. La desazón del señor Smith fue muy evidente, pero como ella no hacía caso, se vio forzado a sacarla.

Sin embargo, me disgustó cuando me dijo que había decidido bailar un minué. En verdad me quedé atónita, pues nunca pensé que aceptara, y mucho menos propusiera tal exhibición de su persona. Tuvo algunas dificultades en darle a conocer sus intenciones, pues el señor Smith era reacio a hablar con el maestro de ceremonias.

Durante el minué me sentí muy contenta de estar rodeada de desconocidos. ¡Bailó con un estilo tan raro! Su edad, su llamativo vestido y una insólita cantidad de *rouge* atrajeron la mirada y me temo que la burla de todos los presentes. No sé con quién bailó, pero el señor Smith fue tan maleducado de reírse abiertamente de ella y ridiculizarla tanto como pudo. Yo ni le miraba ni le escuchaba, ni soportaba que se siguiera lamentando por la vejación de verse obligado a bailar con ella.

Le dije, muy seriamente, que lanzase sus quejas sobre este tema, con menos impropiedad, a las personas de la sala menos a mí.

Cuando *madame* Duval volvió, me mortificó preguntándome qué pensaba de su minué. Me expresé lo más civilmente posible, pero era evidente que la frialdad de mis cumplidos le decepcionaron. Después acudió al señor Smith para asegurarse un buen puesto entre los bailarines de la contradanza. Y se fueron, pero antes él se tomó la libertad de decirme en voz baja:

—Le aseguro, señora, que será muy embarazoso si alguna de mis conocidas me ven bailando con esta vieja señora.

Durante unos instantes me sentí muy regocijada de verme liberada de este molesto acompañante; pero apenas tuve tiempo de congratularme conmigo misma, antes de que otro se acercara *implorando el favor de dar unos saltos conmigo*.

Le dije que no quería bailar en absoluto, pero él consideró oportuno insistir con gran libertad para que no fuese tan cruel, por lo que me vi obligada a asumir una conducta no poco arrogante para lograr convencerle de que hablaba en serio.

Después de esto, fui solicitada en los mismos modos por otros varios jóvenes cuyo aspecto y lenguaje eran igualmente poco elegantes y vulgares; hasta que pronto descubrí que mi situación era al mismo tiempo desagradable e impropia, ya que al encontrarme sola, temía estar dando la impresión de querer atraer las ofertas y atenciones más que intentar evitarlas. Y tan grande fue mi aprensión al pensar que podía ser malinterpretada, que estoy segura de que se habría reído, mi querido señor, si hubiese visto lo altiva y seria que intenté aparecer para mantenerles alejados.

No sabía si sentirme contenta o apenada cuando *madame* Duval y el señor Smith regresaron. El último, instantáneamente renovó sus fastidiosas proposiciones;

*madame* Duval, por su parte, dijo que se iba a jugar a la mesa de cartas, y en cuanto quedó acomodada, quiso que nos uniéramos a los bailarines.

No quiero aburrirle con las discusiones que siguieron. El señor Smith me importunó hasta que me sentí cansada para oponer resistencia, y al final casi me vi obligada a ceder; pero por fortuna recordé el asunto del señor Lovel, y le dije a mi perseguidor que me era imposible bailar con él, aunque lo deseara, porque había rechazado varias proposiciones en su ausencia. No se contentó con parecer sumamente abochornado, sino que se tomó la libertad de recriminarme, abierta y vehementemente, por no haber dicho que estaba comprometida.

La total desatención con la que, sin querer, le escuchaba, le hizo cambiar pronto de tema. En verdad, no podía prestarle atención, pues mis pensamientos estaban ocupados por entero en reconstruir los eventos de los dos bailes anteriores a los que había asistido. La comitiva..., la conversación..., la compañía... ¡Oh, qué inmenso contraste!

En breve, no obstante, logró captar mi atención con su extrema impertinencia, pues decidió expresar su admiración por mí en términos tan francos e indiscretos, que me obligó a expresar mi desagrado con igual franqueza.

Pero me sorprendí muchísimo cuando tuvo la temeridad —de qué otro modo podría llamarlo— de imputar mi resentimiento a dudas sobre su honor, diciendo, de hecho:

—Mi estimada señora, debe tener un poco de paciencia. Le aseguro que no tengo malas intenciones, le doy mi palabra; pero, en verdad, no puede decidirse una cosa como el matrimonio tan de repente, pues se pierde la propia libertad y se siente uno ridículo frente a sus conocidos..., pero le aseguro, señora, que es usted la primera dama que me ha hecho, aunque sólo fuera, poner objeciones en este terreno, porque, después de todo, mi estimada señora, el matrimonio es el demonio.

—Su opinión, señor —contesté yo—, sobre la vida de casado o de soltero, no tiene interés ninguno para mí; y por eso, señor, de ninguna manera quiero que se tome la molestia de discutir sus diferentes méritos.

—En verdad, señora mía, en cuanto a su irritación, debo admitir que no estoy sorprendido porque, seguramente, el matrimonio está en la naturaleza de las mujeres; ¡pero para nosotros los caballeros es otra cosa! Ahora, pónganse en mi lugar... Suponga que tiene una gran cantidad de amigos... y que está habituada a aparecer ante ellos un poco... *inteligente*... y bien, ¿le gustaría decepcionar a su propio ego apareciendo de repente en el papel de hombre casado?

No supe qué contestar; tanto engreimiento y tanta ignorancia me sorprendieron y silenciaron al tiempo.

—Le aseguro, señora —añadió—, que no es sólo la señorita Bidy —aunque hubiese evitado mencionarla si su hermano no lo hubiese dicho ya, porque soy muy atento en mantener los secretos de las señoras—, pero hay una gran cantidad de señoras que me han propuesto... Pero no he pensado ni dos veces en ninguna de

ellas, quiero decir, no de manera seria..., así que puede estar bien orgullosa — intentado cogerme la mano—, pues le aseguro que, finalmente, ninguna ha estado tan cerca de pescarme como usted.

—Señor —exclamé yo echándome hacia atrás tan arrogantemente como pude—, está usted totalmente equivocado si imagina que con esta conversación me ha concedido un honor que no había tenido nunca antes; al contrario, permítame decirle que lo encuentro tan humillante que no puedo soportarlo por más tiempo.

Me coloqué entonces tras la silla de *madame* Duval que, cuando supo los caballeros que había rechazado, compadeció mi ignorancia del mundo, pero no insistió más en que bailara.

En verdad, la desmesurada vanidad de este hombre me induce a mostrar un carácter que, hasta este momento, no sabía que poseía, pero no puedo soportar que me considere a su disposición.

El resto de la noche transcurrió muy tranquilamente porque el señor Smith no intentó hablarme de nuevo, pero, en verdad, después de que hubiéramos dejado la sala, mientras *madame* Duval se acomodaba en el carruaje, él dijo con tono *picaresco*:

—La próxima vez que me tome la molestia de conseguir billetes para una señorita, cerraré de antemano el trato para que no me entregue a su abuela.

Volvimos a casa muy tranquilamente y así finaliza este asunto planeado desde hace tiempo y que me ha resultado tan desagradable.

## CARTA XX

### *Evelina continúa*



cabo de recibir una conmovedora carta del señor Macartney. Se la incluyo, mi querido señor, para su lectura. Tengo más motivos que nunca para alegrarme por haberle ayudado.

#### *Del señor Macartney a la señorita Anville*

Señora:

Impresionado por el profundísimo y más sincero sentido de sublime humanidad gracias al cual salvó usted de la destrucción a este infeliz desconocido, permítame, con humilde gratitud, ofrecerle mi más ferviente reconocimiento, e implorar su perdón por el terror que le he causado.

Me ordenó vivir, señora, y ahora tengo, ciertamente, una razón para desear la vida, porque no abandonaré voluntariamente el mundo mientras niegue a los necesitados e infelices una parte de la caridad que una disposición tan noble como la suya, de otra forma, les concedería a ellos.

La benevolencia con la que se ha interesado en mis asuntos me induce a suponer que desearía conocer la causa de aquella desesperación de la cual me ha salvado, y los detalles de ese sufrimiento del que, de una forma tan maravillosa, ha sido testigo. Pero, como esta explicación requerirá que divulgue secretos de naturaleza tan delicada, debo suplicarle que los considere sagrados, si bien evitaré mencionar los nombres de las partes interesadas.

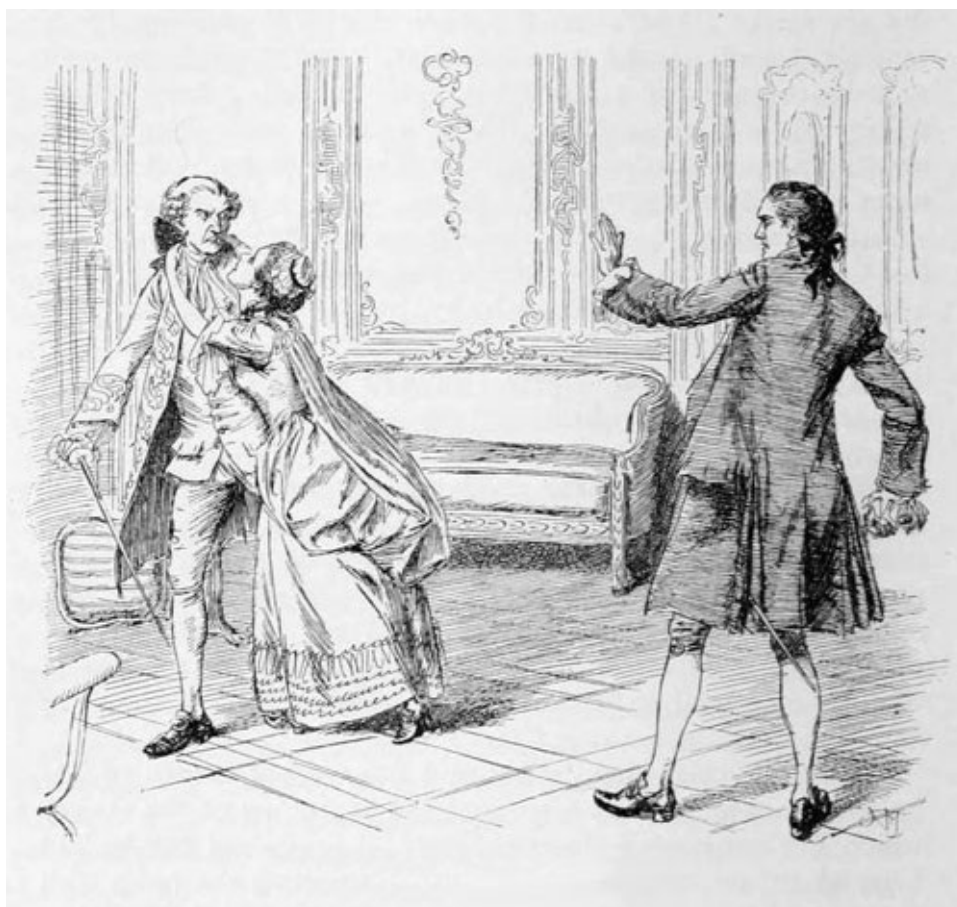
Fui criado en Escocia, aunque mi madre, que se ocupaba de mí ella sola, era inglesa, y no tenía ninguna amistad en ese país. Me dedicaba todo su tiempo, y la soledad en que vivíamos, y la distancia de nuestros amigos, según me dijo a menudo, eran debidas a la insuperable melancolía a que la llevó la repentina muerte de mi padre, algún tiempo antes de que yo naciese.

En Aberdeen, donde terminé mi educación, entablé amistad con un joven de fortuna, situación que consideré la principal fuente de felicidad de mi vida; pero cuando terminó sus estudios, lo consideré como mi peor desgracia porque, aconsejado por sus amigos, se preparó inmediatamente para un viaje por Europa. Respecto a mí, destinado a la iglesia y sin perspectiva de mantenerme sino de mi propio trabajo, apenas me atreví siquiera a desear acompañarle. Bien es verdad que él gustosamente habría sufragado mis gastos, pero mi afecto estaba tan libre de baja

como el suyo, y decidí solemnemente no rebajar mi dignidad sometiéndolo a obligaciones de carácter pecuniario.

Mantuvimos correspondencia con regularidad y con la mayor confianza por espacio de dos años, hasta que llegó a Lyon en su vuelta a casa. Entonces me escribió con la invitación más apremiante para que nos encontráramos en París, donde tenía la intención de quedarse por un tiempo. Mi deseo de complacerle y anticipar nuestro encuentro era tan vehemente que, mi madre, demasiado indulgente para controlarme, me prestó toda la ayuda que pudo, y en mala hora me encaminé hacia París.

El rencuentro con mi querido amigo fue el acontecimiento más feliz de mi vida; me presentó a todos sus conocidos, y el tiempo pareció pasar tan rápidamente en aquel delicioso periodo que las seis semanas que me había concedido de permanencia transcurrieron antes de darme cuenta de que se habían ido todos aquellos días. Pero debo confesar que no fue solo la compañía de mi amigo la causa de mi felicidad: conocí a una joven, hija de un inglés distinguido, con la que entré en relaciones, por la que sentí un afecto que mil veces juré, y mil veces pensé que duraría toda la vida. Ella acababa de salir de un convento en el que había sido ingresada de niña, y aunque inglesa de nacimiento, apenas hablaba su lengua materna. Su persona y su disposición atraían por igual, pero la adoré principalmente por su grandeza de las expectativas a las que estaba dispuesta a renunciar por mí.



Cuando expiró el plazo fijado para mi permanencia en París, me volví loco de pensar en abandonarla, pero no tuve valor para poner en conocimiento de su padre

nuestras relaciones, pues lógicamente debía tener para ella perspectivas que le obligarían a rechazar una oferta como la mía, con un desprecio que no tolero siquiera pensar; y, sin embargo, tuve libre acceso a la casa, donde la joven se había quedado al cuidado de una vieja criada que fue rápidamente mi amiga.

Pero, para abreviar, el regreso repentino e inesperado de su padre, una tarde fatal, marcó el comienzo de un sufrimiento que me devora desde entonces. No hay duda de que oyó nuestra conversación, porque entró precipitadamente en el cuarto con la furia de un loco. ¡Cielos! ¡Qué escena la que siguió a su entrada! ¡La vergüenza de una relación clandestina y la conciencia de haber actuado mal me indujeron a tolerar un lenguaje tan ofensivo! Finalmente, sin embargo, su furia sobrepasó mi paciencia... Me llamó escocés, pordiosero, cobarde... Enardecido con sus palabras, desenvainé mi espada; él, igualmente alerta, empuñó la suya, pues no era un viejo, al contrario, era tan fuerte y capaz como yo mismo. En vano su hija imploró; en vano yo, arrepentido de mi cólera, retrocedía; sus reproches continuaron; mi país y yo fuimos ofendidos infamemente, hasta que, no pudiendo contener mi rabia, peleamos..., ¡y cayó!

¡Hubiera debido morirme en ese momento! La joven se desmayó de terror. La vieja criada, alertada por los ruidos de la pelea, me rogó que escapara, y prometió ir a mi casa a informarme sobre lo que ocurriera. El alboroto ocasionado me obligó a acceder, y, en un estado de ánimo inconcebiblemente desgraciado, huí.

Mi amigo, a quién encontré en casa, pronto descubrió todo el asunto. Era cerca de medianoche cuando vino la mujer; me dijo que su amo vivía, y que la señorita había recuperado el conocimiento. Mi amigo alegó que era preciso que saliera de París mientras persistiera el peligro. La criada prometió ponerle al corriente de cualquier cosa que pasara y a su vez mi amigo me transmitiría la información. Así las cosas, con la ayuda de mi querido amigo, abandoné París y poco tiempo después regresé a Escocia. De buena gana me habría quedado más cerca del escenario de todas mis preocupaciones, pero el reducido estado de mis finanzas me negó esa satisfacción.

La desgraciada situación de mi mente fue bien pronto observada por mi madre, que no descansó hasta que le hube comunicado la causa. Escuchó toda mi historia con una agitación que me desconcertó; el nombre de las partes aludidas pareció estremecerle de terror..., pero cuando dije: peleamos y cayó, gritó: «Hijo mío, has asesinado a tu padre».

Y cayó sollozando a mis pies. Piense, señora, en una escena semejante, aunque será tan superflua para usted como angustiosa para mí. Por diversas razones, no puedo ser muy conciso. Cuando se recuperó, confesó todos los detalles de una historia que esperaba no tener que revelarme jamás. ¡Ay! ¡No era la muerte la que me había arrebatado a mi padre! Ligado a ella sólo por el vínculo del honor, la había abandonado voluntariamente. Su instalación en Escocia no fue fruto de su elección, sino del destierro que le impuso una familia demasiado encolerizada. ¡Perdón, señora, que no pueda ser más explícito!

Tal era mi infelicidad que mis sentidos me abandonaron y deliré por más de una semana. Mi desgraciada madre era más digna de compasión, pues se consumía por un dolor implacable, reprochándose el peligro en el que me había expuesto su estricto silencio.

En cuanto recobré la razón, mi impaciencia por saber algo de París casi me privó de ella de nuevo; y a pesar de que el tiempo que estuve sin noticias podía atribuirse a vientos en contra, no podía soportar el retraso, y veinte veces estuve a punto de regresar a toda costa. Finalmente, sin embargo, llegaron varias cartas de inmediato, aliviando mis más insoportables aflicciones, pues me pusieron al corriente de que el destino no me había reservado los horrores del parricidio. Me informaron también de que tan pronto como la herida estuviera curada, regresarían a Inglaterra, donde mi infeliz *hermana* debía ser recibida por una tía con la que había vivido.

La noticia aquietó la violencia de mis pesares, e instantáneamente formulé un plan para encontrarme con ellos en Londres y revelarles la triste historia por completo; de este modo convencería al enojado padre de que ya no tenía nada que temer por la desafortunada elección de su hija. Mi madre consintió y me dio una carta para probar la veracidad de mis aseveraciones. Como apenas podía permitirme el viaje, lo hice de la forma más económica posible; tomé un vulgar alojamiento, no necesito decirle dónde, señora, y me hospedé con las personas de la casa.

Aquí languidecí, semana tras semana, esperando en vano la llegada de mi *familia*; mi ímpetu me había cegado para cometer la imprudencia de abandonar Escocia tan precipitadamente. Mi padre herido, una vez repuesto, recayó, y cuando ya llevaba seis semanas esperando en una incómoda situación, mi amigo me escribió para notificarme que el viaje se retrasaría todavía un largo tiempo.

Mis recursos estaban casi agotados y me vi obligado, aunque de mala gana, a pedir ayuda a mi madre para poder regresar a Escocia. ¡Oh, señora! La contestación no fue suya... sino de una dama que había convivido con ella mucho tiempo; me contaba que se había puesto enferma repentinamente..., y ¡había muerto!

La naturaleza compasiva que tan noblemente me ha demostrado me hace pensar que no necesitaría decirle, aunque pudiera, la angustia que acudió a mi mente repleta de abundantes pesares acumulados.

Me incluía una carta para un pariente cercano, al que con mucha dificultad había escrito mi madre durante su enfermedad; y en la cual, con una gran ternura maternal, describía mi deplorable situación tratando de que se interesara en proporcionarme algún empleo.

Tan hundido estaba yo ante tal desgracia, que tardé unas dos semanas en encontrar el coraje y el ánimo suficientes para intentar la entrega de la carta. Me vi forzado por la necesidad, y para adecentar mi apariencia, fue necesaria la melancólica tarea de cambiar mis ropas de color por un traje de luto. Y entonces, fui en busca de mi pariente, del que me informaron que se había ausentado de la ciudad. En esta desesperada situación, el orgullo de mi corazón, que hasta ahora no había declinado



ante la adversidad, cedió terreno; y determiné pedir ayuda a mi amigo, cuyos ofrecimientos había rechazado en mil y una ocasiones. Y aún, señora, siendo tan duro para mí desarraigar de la mente mis propios prejuicios y convicciones, me demoré una semana antes de decidir enviarle la carta que consideraba como la muerte de mi independencia.

Finalmente, reducido al último chelín, insolentemente solicitado por las personas de la casa, y casi famélico, sellé la carta fatal, y con el corazón oprimido decidí llevarla a la oficina postal. Pero el señor Branghton y su hijo no me dejaron atravesar la tienda impunemente; me insultaron groseramente y me amenazaron con la cárcel si no accedía a sus demandas inmediatamente. Ofendido en el alma, les rogué que tuvieran un poco de paciencia, y me alejé en un estado de ánimo demasiado terrible para poder describirlo.

Rompí en mil pedazos la carta, al comprender que llegaría demasiado tarde para salvarme de la deshonra, y apenas pude refrenar mi impulso repentino de poner fin a mi existencia.

En este desorden de mis sentidos, tracé el horrible plan de hacerme salteador de caminos, y con ese propósito regresé a mi habitación para recoger mis ropas, venderlas, y con las ganancias comprar un par de pistolas, pólvora y balas. Puede creerme cuando le digo que mi única intención era *asustar* a los viajeros con las armas, que había cargado con la única idea —terrible, lo admito— de salvarme de una muerte ignominiosa en el caso de que me atraparan.

Y ciertamente, pensé, que si pudiera reunir lo suficiente como para pagarle al señor Branghton y regresar a Escocia, estaría en disposición más tarde, merced a los periódicos, de descubrir y restituir anónimamente a cada uno de los que había perjudicado.

Nuevo en este tipo de villanías, mi turbación era tan grande que a duras penas podía sostenerme en pie cuando atravesaba la tienda, pero los Branghton no lo notaron.

Aquí me detengo; lo que sigue lo conoce usted mejor que yo. Pero nunca, aunque pase mucho tiempo, lograré borrar de mi memoria el momento en el que, preparando mi propia autodestrucción o el secuestro ilegal de las propiedades ajenas, entró usted precipitadamente en mi cuarto y detuvo mi brazo. Ciertamente fue un momento terrible. La mano de la providencia pareció intervenir entre la eternidad y yo mismo. ¡La vi como un ángel!... ¡Jamás se me había presentado una visión tan celestial! ¿Qué hay de extraño entonces, en que un espectáculo tan asombroso aparezca, a los ojos de un hombre tan turbado como yo, demasiado bello para ser humano?

Y ahora, señora, cumplida la penosa tarea de relatarle mis infortunios, sólo me resta agradecer de la forma más grata que me sea posible su generosa bondad, asegurándole que no habrá sido otorgada en vano. Me hizo tener conciencia del falso orgullo que me movía; un orgullo tal que, mientras me hacía despreciar la ayuda de un amigo, no tenía escrúpulos para imponerlo por la fuerza a un extraño, aun a riesgo

de reducir al desconocido a un estado de abandono similar al mío.

¡Y aún, qué violenta fue la lucha que destrozó anímicamente mi alma conflictiva antes de poder persuadirme de aprovechar la benevolencia que tan evidentemente dispuso ejercer a mi favor!

Gracias a un anillo, regalo de mi amada madre, he podido pagar al señor Branghton por el momento; y gracias a su compasión, espero sostenerme hasta recibir noticias de mi amigo, al que finalmente escribí, o hasta que el pariente de mi madre regrese a la ciudad.

Hablarle, señora, de pagarle mi deuda, sería vano; ¡no podré hacerlo nunca!, pues el inmenso favor que me ha hecho excede toda capacidad de restitución; ¡me ha hecho volver en mí, me ha enseñado a reprimir las pasiones que me dominaban, y dado que no puedo evitar la calamidad, a soportarla como un hombre! Una intervención tan maravillosa no podrá ser recordada en vano. Pero permítame decirle que la parte pecuniaria de mi obligación será devuelta tan pronto tenga capacidad para hacerlo.


Soy, señora, con el más profundo respeto y la más sincera gratitud, su leal, devoto y humilde servidor,

J. Macartney

## CARTA XXI

### *Evelina continúa*

Holborn, 1 de julio, 5 de la mañana

h, señor, qué aventura tengo que contarle! He estado pensando en ello toda la noche, y me he levantado así de temprano para escribirle.

Ayer se acordó que por la noche iríamos a Marybone Gardens, donde *monsieur* Torre<sup>[58]</sup>, un célebre extranjero, exhibía ciertos fuegos de artificio. La comitiva estaba formada por *madame* Duval, todos los Branghton, *monsieur* du Bois, el señor Smith y el señor Brown.

Fuimos casi los primeros en entrar a los jardines, porque el señor Branghton decía que *iba a aprovechar el dinero al máximo posible*, pues, en la mayoría de los casos, le embaucaban en lugares tontos y anodinos.

Paseábamos en grupos bastante distanciados unos de otros. El señor Brown y la señorita Polly caminaban delante solos; el señor Branghton y el señor Smith les seguían, y este último parecía decidido a vengarse por mi comportamiento en el baile, desplazando todas las atenciones que antes me dirigía a mí hacia la señorita Branghton, que las recibió con aire exultante; y con frecuencia, uno y otro, por diferentes motivos, volvían su mirada hacia mí para ver si yo me percataba de su buen entendimiento. *Madame* Duval paseaba con *monsieur* Du Bois, y el señor Branghton solo; pero el hijo quería formar pareja conmigo y frecuentemente decía:

—¡Venga, señorita, divirtámonos un poco juntos!

Pero le rogué que me excusara, y me coloqué al otro lado de *madame* Duval.



Este jardín, como lo llaman, no deslumbra por su magnificencia ni su belleza; y todos estábamos tan atontados y lánguidos que me animé muchísimo cuando nos llamaron junto a la orquesta porque iba a empezar el concierto, en el transcurso del cual, tuve el placer de oír una pieza al violín ejecutada por el señor Barthelemon que me pareció exquisita por su variedad y sentimiento.

Cuando nos avisaron de que estaban preparando los fuegos artificiales, nos apresuramos a buscar buenos sitios para presenciarlos, pero enseguida fuimos rodeados y hasta tal punto incomodados por el gentío, que el señor Smith propuso que las damas nos subiéramos a las plataformas para ver mejor, cosa que hicimos enseguida; mientras, los señores nos dejaron para acomodarse mejor, y dijeron que volverían cuando la exhibición hubiera terminado.

Los fuegos, realmente bellos, representaban ingeniosamente la maravillosa historia de Orfeo y Eurídice; pero en el momento fatal que los separó para siempre, hubo tal explosión de fuego y un ruido tan horrible, que todos, de común acuerdo, saltamos de las plataformas y corrimos algunos pasos, temiendo estar en peligro debido a las chispas de fuego que brillaban intensamente en el aire.

Por unos instantes no supe ni hacia dónde iba, pero en cuanto se avivó mi memoria oí a un extraño que decía:

—Venga conmigo, querida, me encargaré de usted.

Me sobresalté, y entonces, para mi terror, percibí que había perdido de vista a mis acompañantes y que no había nadie conocido a mi alrededor. Con toda la rapidez de que fui capaz, y recuperada del primer sobresalto, me apresuré a regresar a mi sitio..., pero descubrí que ya estaba ocupado por otro grupo.

En vano, de un lado a otro, busqué alguna cara conocida, y me encontré en el centro del gentío, pero sin grupo, amigos ni conocidos. Caminé desconcertada, sin saber qué hacer ni a dónde conducirme. A cada momento se me dirigían hombres atrevidos e insolentes, para los que mi angustia, que pienso que debía ser muy aparente, era sólo un pretexto para impertinencias y galanterías gratuitas.

Al final, un joven oficial, dirigiéndose a mí con paso marcial, dijo:

—Es usted una dulce y bonita criatura, y la tomo a mi servicio.

Y luego, con gran violencia, aferró mi mano. Muerta de miedo, di un grito y, forcejeando, de un tirón logré desasirme y correr precipitadamente hacia dos señoras, gritando:

—¡Por amor de Dios, queridas señoras, concédanme un poco de protección!

Soltaron una carcajada al oírme, pero pronto respondieron:

—¡Oh, sí, dejémosla caminar entre nosotras!

Y me cogieron cada una por un brazo.

Luego, arrastrando las palabras, con tono irónico, me preguntaron *qué era lo que había asustado a su señoría*. Les conté mi aventura con mucha simplicidad y supliqué que tuvieran la bondad de ayudarme a encontrar a mis amigos.

—¡Oh, sí!, seguro —dijeron—, estando con nosotras no echará en falta a sus amigos.

—Mis acompañantes —contesté— estarán muy agradecidos por su amabilidad.

¡Pero, imagínese, querido señor, cuán embarazada me sentí cuando noté que cada dos palabras que pronunciaba provocaban sonoras carcajadas!

Con todo, no retrasaré el relato, pues pronto, para mi inexpresable horror, me convencí de que había buscado protección del ultraje en las mismas personas que más probabilidades tenían de ofrecérmelo. Bien sé, mi queridísimo señor, que lo siente, y tiene compasión de un terror que no tengo palabras para describir.

Si hubiera estado libre, instantáneamente me habría escapado de ellas apenas hice el terrible descubrimiento, pero, dado que me sujetaban con fuerza, me fue completamente imposible; y tal era mi temor a su resentimiento e injurias, que no osé hacer ningún intento de fuga.

Me hicieron mil preguntas, acompañadas de otras tantas exclamaciones sobre quién era, a dónde iba o de dónde venía... Mis respuestas eran muy incoherentes, pero, ¡Dios Santo!, cuál fue mi sorpresa cuando, algunos momentos después, ¡vi avanzar hacia nosotras a... *lord* Orville!

Nunca olvidaré lo que sentí en ese instante; si realmente hubiese sido sorprendida en la culpable situación que tales compañías pudieran inducir a sospechar, no hubiese tenido sentimientos más cruelmente deprimentes. Sin embargo, para mi infinita alegría, pasó sin reconocermé, aunque noté que distraídamente su mirada se posaba en el grupo.

Tan pronto como se hubo ido, una de aquellas infelices mujeres me dijo:

—¿Conoce a ese muchacho?

No creyendo posible que se refirieran a *lord* Orville en esos términos, respondí con premura:

—No, señora.

—Pues entonces —contestó ella—, tiene usted buen ojo para ser una muchacha de provincias, señorita.

Me di cuenta de que no me había entendido, pero me alegré de evitarme una explicación.

Algunos minutos después, cuál fue mi deleite al oír la voz del señor Brown, que gritaba:

—Jesús, ¿no es ésa la señorita como-se-llame?

—A Dios gracias —dije yo desasiéndome repentinamente de ambas—, a Dios gracias encontré mi grupo.

Sin embargo, el señor Brown estaba solo, y sin saber lo que hacía, me cogí de su brazo.

—¡Jesús, señorita —exclamó—, ni se imagina cómo la hemos buscado! Algunos creyeron que se había ido a casa, pero yo dije..., dije yo:

—No creo que sea probable que haya ido a casa sola.

—¿Es éste su caballero, señorita? —dijo una de las mujeres.

—Sí, señora —le contesté—; gracias por sus atenciones, y como ya estoy a salvo, no quiero molestarlas más.

Hice una pequeña reverencia y quise irme, pero, desgraciadamente, *madame* Duval y las dos señoritas Branghton se unieron a nosotros en ese momento. Entonces comenzaron a hacerme mil preguntas a las que contesté brevemente, diciendo que había obligado a aquellas dos señoras a caminar conmigo...; e iba a contar algunos detalles más, pero, aunque sentía un *relativo* coraje, estaba aún más intimidada por su presencia, para atreverme a ser más explícita.

No obstante, me aventuré de nuevo a desearles buenas noches y propuse ir a buscar al señor Branghton. Aquellas infelices mujeres escucharon todo lo que decía con una curiosidad privada de toda sensibilidad y parecieron decididas a no entender ninguna de mis alusiones. Pero mi irritación aumentó cuando, después de cuchichear entre ellas, declararon con prepotencia que pretendían unirse al grupo. Y entonces, una de ellas, con gran atrevimiento, se sujetó a mi brazo, mientras la otra, dando una vuelta, se agarró del señor Brown; y así, casi a la fuerza, echamos a andar entre ellas, seguidas por *madame* Duval y la señorita Branghton.



Sería muy difícil decir qué era más grande, si mi espanto, o la consternación del señor Brown, que no se atrevió a oponer la más mínima resistencia, aunque su desasosiego le hacía temblar casi tanto como a mí. Habría retirado inmediatamente mi brazo, pero me sujetaron con tanta fuerza que no pude moverme, y el pobre señor Brown estaba en las mismas condiciones, pues le oí decir:

—¡Caramba, señora, no hay necesidad de estrujarme el brazo de este modo!

Tal era nuestra situación cuando —no habíamos dado tres pasos—, ¡oh, señor... nos encontramos de nuevo a *lord Orville*! Pero no pasó tranquilamente sin vernos... Desgraciadamente nuestros ojos se encontraron, e inmediatamente bajé los míos..., pero se acercó, y todos nos detuvimos.

Entonces levanté la mirada, él se inclinó... ¡Dios mío!, me miró con tal expresión... Nunca la sorpresa y la preocupación fueron tan obvias; sí, querido señor, parecía muy preocupado, y ese recuerdo es el único consuelo que siento de una noche que fue la más dolorosa de mi vida.

Yo no sé lo que dijo porque, en verdad, ni oía ni entendía, pero recuerdo que me limité a hacer una reverencia en silencio. Él se detuvo por un instante, como si —creo

— fuese renuente a continuar el viaje; pero luego, al encontrar que todo el grupo se había detenido, se inclinó de nuevo, y se despidió.

Ciertamente, mi querido señor, pensé que me desmayaría; fue tan grande mi emoción por la vergüenza, la vejación y mil y un sentimientos que no puedo expresar. Me libré con decisión del brazo de la mujer, y luego, librándome también del señor Brown, me acerqué a *madame* Duval y le rogué que no permitiese que me separaran de ella de nuevo.

Creo que *lord* Orville vio lo que ocurría, pues apenas estuve libre, regresó. Puede creerme, querido señor, si le digo que el placer y la sorpresa que sentí en ese momento me compensó de toda la desazón que había experimentado antes. ¿No opina usted que su regreso manifiesta, para un carácter tan tranquilo y reservado como el de *lord* Orville, un interés especial en mis preocupaciones? Ésta fue, al menos, la interpretación que involuntariamente hice al volver a verle.

Con una cortesía a la que no estaba acostumbrada desde hacía algún tiempo, se disculpó por regresar, y entonces preguntó por la salud de la señorita Mirvan y el resto de la familia de Howard Grove. Las halagadoras sospechas que concebí restauraron tan asombrosamente mi ánimo, que creo que nunca le contesté con tanta premura y sin cohibirme apenas. Sin embargo, nuestra conversación fue mi corta, pues por desgracia fuimos interrumpidos muy pronto.

Las señoritas Branghton, a pesar de que se habían dado cuenta casi de inmediato de la índole de aquellas mujeres que por desgracia habían vuelto, fueron, no obstante, tan lánguidas y tontas que se limitaron a *reírse* de su comportamiento. En cuanto a *madame* Duval, estuvo engañada durante unos instantes, pues pensaba que eran dos buenas señoras; realmente es admirable ver con qué frecuencia resulta engañada. El alboroto, sin embargo, provino del joven Brown, pues iba entre las dos mujeres, que le aprisionaban de tal modo los brazos, que parecía completamente atado. Durante un tiempo sus quejas fueron sólo murmullos, pero ahora gritaba en voz alta:

—¡Bondad, señoras, me hacen un daño terrible! ¡Venga, no puedo caminar si continúan estrujándome los brazos de este modo!

Estas palabras provocaron las carcajadas de las mujeres y redoblaron las risas de las señoritas Branghton. Yo estaba terriblemente azorada, mientras el semblante de *lord* Orville reflejaba una indignante sorpresa, y desde ese momento no habló más hasta que se despidió.

*Madame* Duval, que ya empezaba a sospechar de aquella compañía, propuso tomar el primer palco que viéramos libre, ordenar una cena y esperar a que nos encontrase el señor Branghton.

La señorita Polly dijo que había visto uno y nos dirigimos todos allí. *Madame* Duval se sentó instantáneamente, y las atrevidas mujeres, obligando al señor Brown a sentarse entre ellas, siguieron su ejemplo.

Entonces, *lord* Orville, con una seriedad que me hirió el alma, me deseó buenas noches. No dije una sola palabra, pero si mi cara tiene algún contacto con mi corazón,



sin duda reflejaría tristeza; y tengo razones para creer que así ocurrió, pues él, con suma dulzura aunque no menos dignidad, añadió:

—Señorita Anville, ¿me permitirá preguntarle su dirección para presentarle mis respetos antes de marcharme?

¡Oh, cómo me sonrojé con esta inesperada petición! Y cuán grande fue la mortificación que sentí al contestar:

—Su señoría, estoy en Holborn.

Entonces inclinó la cabeza, y nos dejó.



¿Qué pensará..., qué pensará de esta aventura? ¡De qué modo extraño y cruel todas las apariencias se vuelven en contra mía! Si estuviera bendecida con un poco de valor, le habría explicado instantáneamente lo que me había ocurrido para que me viera en semejante compañía... ¡Pero no lo tengo!

En cuanto al resto de la tarde, no puedo relatar los detalles de cuanto sucedió, porque a usted le escribo sólo aquello que pienso y ya no consigo pensar en otra cosa más que en este desgraciado y deshonesto encuentro.

Estas dos miserables mujeres continuaron atormentándonos a todos, pero especialmente al pobre Brown, que parecía ofrecerles una diversión muy especial, hasta que el señor Branghton dio con nosotros y encontró los medios para librarnos de sus persecuciones, espantándonos. Después de que se fueron nos quedamos un rato para dar todas las explicaciones.

Cualquiera que sea la interpretación que se haya formado *lord* Orville, no puede ser favorable. ¡Ser vista..., buen Dios...! ¡Ser vista en compañía de dos mujeres de semejante reputación! Con cuánta vanidad, con cuánto orgullo deseaba no encontrarlo cuando estaba con los Branghton y *madame* Duval... Y ahora, qué contenta estaría si me hubiera visto en una situación menos desfavorable. ¡Y además... Holborn! ¡Qué dirección! Él que siempre..., no, no le atormentaré, mi querido señor, con más temores y conjeturas mortificantes. Quizá nos visite... y entonces tendré la oportunidad de explicarle la parte más terrible de mi aventura. E incluso, como no le dije la casa en que vivía, tal vez no pueda encontrarla: me limité a decir *Holborn* y él, que imagino notó mi vergüenza, se abstuvo de pedir más indicaciones.

¡Pues bien, debo correr el riesgo!

Y aún, por justicia hacia *lord* Orville y por justicia hacia la elevada opinión que siempre he tenido de su honor y delicadeza, déjeme observar la diferencia entre su comportamiento y el de *sir* Clement Willoughby. Tenía, al menos, las mismas razones para despreciarme en su opinión, mortificarme y rebajarme, pero qué conducta tan diferente: ciertamente, pareció perplejo y muy sorprendido, pero con benevolencia y no con insolencia. Estoy inclinada a pensar que no podía ver, sin un poco de piedad y preocupación, a una joven criatura que no hace mucho conoció en una esfera más alta, y ahora aparece ante él así, súbitamente en una condición extraña y deshonorosa; pero sean cuales sean las dudas y sospechas, lejos de influir en su comportamiento, me habló y me miró con la misma educación y las mismas atenciones con que siempre me había honrado cuando me protegía la señora Mirvan.

Una vez más el mismo tema.

En cada mortificación, en cada turbación, qué agradecido mi corazón, al recuerdo de la certeza de su ternura, a la comprensión y la protección que nunca me faltan. ¡Oh, señor, si pudiera escribir sobre este tema aquello que siento, qué animado sería el lenguaje de su devota,

Evelina!

## CARTA XXII

### *Evelina continúa*

Holborn, 1 de julio

**A**pática, inquieta y sin fuerza ni coraje para ninguna iniciativa desde el momento en que terminé la última carta, me senté indolentemente en la ventana, donde, mientras esperaba la llamada de *madame* Duval para desayunar, entre los carruajes que pasaban, vi uno con insignia nobiliaria y, al rato, *lord* Orville en la ventanilla... Me retiré al instante creyendo no ser vista..., pero el carruaje se detuvo en nuestra puerta.

Ciertamente, querido señor, debo reconocer que estaba agitada en extremo; la idea de recibir sola a *lord* Orville..., el conocimiento de que su visita estaba destinada enteramente a mí..., el deseo de explicarle mi desafortunada aventura de ayer y la mortificación de mis actuales circunstancias... Todos estos pensamientos, acudiendo a mi mente al unísono, me causaron más ansiedad, embarazo y perplejidad de la que puedo expresar.

Creí que querría anunciarse; pero la doncella, poco acostumbrada a tales ceremonias, lo olvidó por el camino y sólo me dijo que su señoría estaba abajo y deseaba verme; un momento después, apareció.

Si en el pasado, cuando estaba en el círculo de la alta sociedad, y acostumbrada a sus modales, admiraba la gracia y elegancia de *lord* Orville, imagínese ahora, señor..., viviendo lejos de ese círculo espléndido, con gentes para quienes la cortesía y el decoro les son desconocidos.

Estoy segura de que le recibí muy torpemente: ¿deprimida por una situación tan desagradable podía hacerlo de otro modo? Cuando las primeras preguntas fueron hechas, dijo:

—Me considero muy afortunado por encontrar a la señorita Anville en casa, y más aún, de encontrarla libre de compromisos.

Me limité a hacer una pequeña reverencia. Luego me habló de la señora Mirvan, me preguntó el tiempo que llevaba en la ciudad y otras preguntas genéricas con las que, por fortuna, me dio tiempo a recobrar me de mi vergüenza. Después, dijo:

—Si la señorita Anville me concede el honor de sentarme con ella unos minutos —porque ambos estábamos de pie—, me aventuraré a decirle el motivo que, tras informarme sobre su estado de salud, me ha inducido a visitarla tan temprano.

Nos sentamos ambos, y tras una breve pausa, dijo:

—No sé cómo excusarme por una libertad como la que estoy a punto de

tomarme... Me confío enteramente a su bondad y no me disculparé en absoluto.

Me limité a inclinar la cabeza.

Sentiría mucho parecer impertinente... y aún no sé cómo evitarlo.

—¿Impertinente? ¡Oh, su señoría! —exclamé ansiosamente—, ¡estoy segura de que eso es imposible!

—Es muy buena —contestó— y me alienta a ser franco.

Se interrumpió de nuevo, pero mi impaciencia era demasiado grande para hablar; por fin, sin mirarme, en voz baja y vacilante, dijo:

—Esas señoras con las que la vi anoche... ¿la habían acompañado antes?

—No, su señoría —dije levantándome y sonrojándome violentamente—, ni las veré más.

Se levantó también, y con la expresión de preocupación más condescendiente, dijo:

—Perdone, señora, la brusquedad de mi pregunta, que no he sabido introducir como debería y para la que no tengo excusa sino ofrecerle mi respeto por la señora Mirvan, unido a los más sinceros deseos de felicidad para usted; ¡y aún temo haber ido demasiado lejos!

—Estoy muy agradecida por el honor de las atenciones de su señoría —dije yo—, pero...

—Permítame asegurarle —dijo él al ver que vacilaba— que ser entrometido no es lo que me caracteriza, y que en modo alguno me arriesgaría a desagradarla si no estuviera plenamente convencido de que es demasiado generosa para ofenderse sin un verdadero motivo.

—¡Ofendida! —dije yo—, ¡no, su señoría, sólo estoy afligida, verdaderamente afligida!, por encontrarme en una situación tan desafortunada que me veo obligada a dar explicaciones que no hacen sino mortificarme y disgustarme.

—Soy yo —exclamó él con calidez— quien está disgustado, pues merezco estar mortificado. No busco explicaciones, porque no tengo dudas; pero con el malentendido, señorita Anville, se hiere a sí misma. Permítame, por tanto, decirle lisa y llanamente la intención de mi visita.

Me incliné y regresamos a nuestros asientos.

—Reconozco que me sorprendí mucho —continuó— cuando la encontré ayer por la noche en compañía de dos personas que sabía que no merecían el honor de sus atenciones; ni fue fácil para mí conjeturar sobre los motivos por los que se encontraba en tal situación. Y créame, sin embargo, que mi incertidumbre no me hizo censurarla ni por un momento; estaba convencido de que la reputación de esas mujeres le era desconocida y pensé con mucha preocupación en el disgusto que tendría cuando descubriera su indignidad. Después de una relación tan breve sabía que no podía, sin embargo, hacer uso del privilegio de su confianza para darle una opinión no solicitada en un tema tan delicado; si no hubiese sabido que la credulidad es hermana de la inocencia, no hubiese temido que fuera engañada; algo a lo que no me pude

resistir me indujo a tomarme la libertad de advertirla, pero no me perdonaré fácilmente el haber sido tan desafortunado de angustiarla.

El orgullo que había despertado en mí su primera pregunta dejaba paso a la alegría y la gratitud, e inmediatamente le expliqué, de la mejor manera que pude, el incidente que ocasionó que me acompañaran las desgraciadas mujeres con las que me había encontrado. Él me escuchó con elogiosa atención durante el relato, y parecía muy interesado; cuando terminé, me dio las gracias en tan educados términos, por lo que tuvo el gusto en llamar mi condescendencia, que casi me avergoncé de mirarle o escucharle.

Al poco vino la doncella para decirme que *madame* Duval quería desayunar en su habitación.

—Temo —dijo *lord* Orville levantándose inmediatamente— haberle ocupado demasiado tiempo..., pero, en similares circunstancias, ¿qué otra cosa podía hacer?

Después, tomando mi mano, dijo:

—¿Me permite, señorita Anville, sellar mi paz así?

Se la llevó a sus labios, oprimiéndola, y se ausentó.

¡Generoso y noble *lord* Orville! ¡Qué delicado su comportamiento! ¡Dispuesto a darme consejos y aún temeroso de herirme! ¿Podré, en el futuro, arrepentirme de la aventura en que me vi inmersa en Marybone, sabiendo que ha propiciado una visita tan halagadora? Si mis mortificaciones fueran aún más humillantes, mis terrores aún más alarmantes, tal muestra de estima —¿puedo definirla así?— de parte de *lord* Orville habría constituido un generoso desagravio.

Y, verdaderamente, mi querido señor, necesito cualquier tipo de consuelo en esta situación tan desagradable porque, desde que se fue, ocurrieron dos incidentes que, si no hubiera tenido buen ánimo, me habrían disgustado muchísimo.

Mientras desayunábamos, *madame* Duval me preguntó bruscamente si me gustaría casarme, y añadió que el señor Branghton le había propuesto un matrimonio con su hijo. Sorprendida y, debo admitirlo, irritada, le aseguré que si el señor Branghton pensaba en mí para su hijo, perdía el tiempo.

—¿Por qué? —dijo ella—. Hubiera tenido aspiraciones más grandiosas para ti si te hubiera podido llevar a París y hacer que te reconocieran; pero si no puedo hacerlo, no puedes aspirar a nada mejor, y, como ambos sois de mi familia, y como pienso dejaros mi fortuna, si os casáis, nunca te faltará nada.

Le supliqué que no continuara con el tema, asegurándole que el señor Branghton me era profundamente desagradable, pero ella continuó con sus admoniciones y sus reflexiones, con la acostumbrada indiferencia hacia todo aquello que pudiera contestarle. Me impuso, muy perentoriamente, que no desalentara ni aceptara totalmente la oferta del señor Branghton hasta que ella viera lo que podía hacer por mí; el joven, añadió, había tenido la intención de hablarme a menudo, pero no sabiendo cómo enfocar el asunto, había recurrido a ella para que le preparara el camino.

No tuve escrúpulos para declarar, calurosa y francamente, mi aversión por esta propuesta, pero fue inútil porque concluyó tal como había comenzado, diciendo que *no le aceptara, si podía conseguir algo mejor*. No obstante, nada me persuadirá de escuchar a nadie, respecto a este odioso asunto.


La segunda causa de mi desasosiego nace, muy inesperadamente, de *monsieur* Du Bois, quien, para mi infinita sorpresa, cuando *madame* Duval salió del comedor después de la cena, me puso una nota en la mano y se fue inmediatamente. La nota contenía una declaración de amor para mí que, según dice, nunca hubiera querido confesar; pero sabiendo que *madame* Duval destinaba mi mano al joven Branghton, y siendo ésa una unión de la que no puede ni oír hablar, me suplicaba seriamente que perdonara su atrevimiento, que me profesaba el más inviolable respeto, y confiaba su destino al tiempo, la paciencia y la piedad.

Esta conducta de *monsieur* Du Bois me preocupa verdaderamente, pues estaba dispuesto a pensar muy bien de él. De todos modos, no será difícil desalentarle, y, por tanto, no informaré a *madame* Duval de su carta, pues tengo motivos para creer que le desagradaría mucho.

## CARTA XXIII

### *Evelina continúa*

3 de julio

h, señor, cuánto desasosiego debo sufrir para compensar una mañana de felicidad! Ayer los Branghton propusieron una excursión a los jardines de Kensington y, como de costumbre, *madame* Duval insistió en que les acompañara.

Fuimos en un coche de alquiler a Piccadilly, y dimos un paseo a través de Hyde Park que, en cualquier otra compañía, me hubiera parecido delicioso. Me gustaron muchísimo los jardines de Kensington y los preferí a los de Vauxhall.

El joven Branghton estuvo terriblemente irritante; insistió en ir a mi lado y habló casi compulsivamente, aunque mi reserva y frialdad le impidieron entrar en el odioso tema que *madame* Duval le había preparado.

En un momento que quedamos algo distanciados del resto, me dijo:

—Supongo, señorita, que la tía le habrá dicho que... ¿Eh? ¿Verdad, señorita?

Pero me di media vuelta y no le contesté. Ni el señor Smith ni el señor Brown habían venido con nosotros, y el pobre señor Du Bois, cuando se dio cuenta de que le evitaba, me miraba con tal melancolía, que realmente me daba lástima.

Mientras paseábamos por el parque, descubrí a una cierta distancia a *lord* Orville en compañía de un grupo de señoras. Retrocedí inmediatamente y me coloqué detrás de la señorita Branghton, escondiéndome mientras pasaba, pues temí que volviera a verme en un paseo público y con gente de la cual me avergonzaba.

Afortunadamente tuve éxito en mi propósito y no lo vi más, pues un repentino y violento aguacero se desencadenó de pronto y nos hizo salir de los jardines apresuradamente; corrimos hasta que alcanzamos un pequeño negocio de verduras, donde pedimos refugio. Allí nos encontramos con dos lacayos a quienes la lluvia había empujado dentro de la tienda. Me pareció reconocer sus libreas, y al mirar por la ventana, vi la misma en un cochero que estaba en el carruaje, que inmediatamente reconocí como el de *lord* Orville.



Temiendo ser reconocida, susurré a la señorita Branghton que no pronunciaran mi nombre. Si lo hubiera pensado un momento, hubiera visto la inutilidad de tal cautela, pues no me llamaban más que *prima* o *señorita*, pero siempre terminé involucrándome en situaciones embarazosas o problemáticas por mi inconsciencia.

Esta petición despertó mucho su curiosidad, y me asaltó con preguntas tan bruscas y directas, que no pude evitar darle una explicación completa y, por consiguiente, revelé que conocía a *lord* Orville: una revelación que resultó ser la más desafortunada del mundo, pues no descansó hasta sacarme todos los detalles desde nuestro primer encuentro. Luego, llamando a su hermana en voz alta, dijo:

—¡Jesús, Polly! ¡La señorita ha bailado con un *lord*!

—¡Pues bien —dijo Polly—, eso es algo que no hubiera pensado nunca! Y dígame, señorita, ¿de qué le habló?

Hecha la pregunta, no me dejaron tiempo de responder y se volvieron tan indiscretas y apremiantes que pronto atrajeron la atención de *madame* Duval y el resto del grupo, al cual, en brevísimo tiempo, le repitieron todo lo que yo les había contado.

—¡Caramba! —exclamó el joven Branghton—, si estuviese en su lugar, me



aprovecharía del carruaje de su señoría para que me llevara a la ciudad.

—Pues sí —dijo el padre— sería una cosa sensata hacer un buen uso de la amistad de un *lord*, pues nos ahorraría el alquiler de un coche.

—¡Jesús, señorita..., hágalo! —dijo Polly—; me gustaría más que cualquier otra cosa dar un paseo en un carruaje con insignia nobiliaria.

—Les garantizo —dijo *madame* Duval— que me alegro de que hayan pensado en eso, pues no veo objeción alguna; llamemos al cochero.

—¡Por nada del mundo! —dije yo muy alarmada—, en verdad es del todo imposible.

—¿Por qué no? —preguntó el señor Branghton—. Pues entonces, ¿de qué le sirve conocer a un *lord* si no puede aprovecharse de ello?

—*Ma foi*, niña —dijo *madame* Duval—, no sabes más del mundo que si fueras un bebé. Por favor, señor —a uno de los lacayos—, dígame a ese cochero que se acerque; quiero hablarle.

El lacayo se quedó mirando fijamente, pero no se movió.

—Por favor, señora —dije yo—, por favor, señor Branghton, tengan la bondad de desistir de su plan; conozco muy poco a su señoría, y no puedo, por ninguna razón, tomarme una libertad tan grande.

—No digas nada —dijo *madame* Duval—, pues lo haremos a mi modo; si usted, señor, no quiere llamar al cochero, le garantizo que lo llamaré yo misma.

El lacayo, con gran impertinencia, se rió y le volvió la espalda. *Madame* Duval, sumamente irritada, salió corriendo bajo la lluvia y llamó por señas al cochero, que instantáneamente obedeció a su reclamo.

Indescriptiblemente horrorizada, corrí hasta ella y le rogué, con la mayor vehemencia, que permitiera que regresáramos en un coche de alquiler, pero... ¡Oh, es insensible a la persuasión! Le dije al hombre que quería que la llevara directamente a la ciudad<sup>[59]</sup>, y que se responsabilizaría de él ante *lord* Orville.

El hombre, en tono de burla, se lo agradeció, pero le dijo que debería responsabilizarse él mismo; y se alejaba, cuando otro lacayo llegó a su lado con información de que su señor estaba en el palacio de Kensington<sup>[60]</sup>, y que no le necesitaría por una o dos horas.

—Pues entonces, amigo —dijo el señor Branghton (porque todo el grupo nos había seguido)—, ¿qué mal haría en conducirnos a la ciudad?

—Además —dijo el hijo—, le prometo un vaso de cerveza por mi cuenta.

Estas palabras no tuvieron respuesta del cochero más que una carcajada, a la que siguieron otras de los insolentes lacayos. Yo me regocijé por su resistencia, aunque tuve la seguridad de que, si su señor hubiera presenciado sus impertinencias, habrían sido instantáneamente desempleados de su servicio.

—¡*Pardi* —gritó *madame* Duval—, yo no sabía que los lacayos eran la raza más imprudente del reino! Les aseguro que diré a su amo su manera de comportarse, y no sacarán nada bueno.

—Y bien, señora —dijo el cochero bastante alarmado—, ¿le dio su señoría permiso para usar el carruaje?

—Eso no le importa —contestó—. Sé que es un caballero y que estaría encantado de ofrecérselo, antes que vernos caladas hasta los huesos; pero le prometo que sabrá lo descarado que ha sido, pues esta señorita le conoce muy bien.

—Sí, es cierto —dijo la señorita Polly—, y también bailó con él.

¡Oh, cómo me arrepentí de mis tontos errores! Los hombres se mordieron los labios, mirándose unos a otros con cierta confusión. Este gesto fue percibido por los de mi grupo, que aprovechándose de la situación protestaron diciendo que iban a escribir a *lord* Orville dándole cuenta, sin demora, de su proceder. Esto les sobresaltó, y uno de los lacayos se ofreció a ir corriendo al palacio para preguntarle a su señoría si daba su permiso para que usaran el carruaje.

Esta propuesta me hizo temblar, y todos los Branghton vacilaron, pero *madame* Duval nunca retrocede ante un plan que haya formado, y dijo:

—Haga eso —dijo ella— y dele recuerdos de la niña a su amigo; dígame que como no tenemos carruaje, le agradeceríamos que nos prestara el suyo hasta Holborn.

—¡No, no, no! —grité yo—, no vaya... No conozco a su señoría, ni le envío recados, ni tengo nada que decirle.

Los hombres, muy perplejos, con dificultades pudieron refrenarse de reanudar su impertinente regocijo. *Madame* Duval me regañó coléricamente, y después les ordenó que fueran inmediatamente.

—Entonces —dijo el cochero—, ¿qué nombre he de darle a su señoría?

—Anville —contestó *madame* Duval—; dígame que la señorita Anville quiere el carruaje; la señorita con quien bailó una vez.

Estaba realmente atormentada, pero mis ruegos no pudieron ser más sordos para aquéllos a quienes imploré, y por tanto, el lacayo, urgido por las amenazas repetidas de *madame* Duval y quizá recordando mi nombre, se fue al palacio con tan extraño mensaje.

Él regresó a los pocos minutos e, inclinándose ante mí con el mayor respeto, dijo:

—Su señoría le manda saludos y dice que su carruaje estará siempre a disposición de la señorita Anville.

Estaba tan conmovida por su amabilidad, y tan enojada por todo el asunto, que apenas pude contener las lágrimas. *Madame* Duval y la señorita Branghton subieron ansiosamente al coche y me ordenaron que las siguiera. Antes me hubiera sometido al castigo más severo, pero toda resistencia era vana.

Durante todo el camino no hablé una sola palabra; sin embargo, el resto del grupo estuvo tan hablador que mi silencio fue irrelevante. Llegamos a nuestro alojamiento, pero cuando *madame* Duval y yo nos bajamos, los Branghton preguntaron si no podrían llevarlos a Snow Hill. Los criados, con toda amabilidad, no hicieron objeción alguna. Mis protestas, bien lo sabe, fueron inútiles, y por tanto, con el corazón oprimido, me retiré a mi cuarto y les dejé que se fueran.

Rara vez he pasado una noche más angustiada: yo acababa de recuperar la buena opinión del señor Orville... para perderla tan pronto. ¡Darle motivos para suponer que presumía de conocerle..., que he pregonado que bailé con él! ¡Tomarme una libertad que me hubiera sonrojado tomar con el más íntimo de mis amigos! ¡Tratar con semejante impertinencia a alguien que me honra con tan distinguido respeto! En verdad, señor, no pude tener un incidente que me atormentara tan cruelmente.

Si éstos eran mis sentimientos en ese momento, imagínese lo que sufrí con la escena que le voy a describir.

Esta mañana, mientras estaba sola en el comedor, llegó el joven Branghton. Entró dándose aires de importancia, y, pavoneándose ante mí, dijo:

—Señorita, *lord* Orville le envía sus cumplidos.

—¡*Lord* Orville! —repetí, asombrada.

—Sí, señorita, *lord* Orville, porque ahora le conozco tanto como usted. Es un caballero bien cortés, por algo es un *lord*.

—¡Por amor de Dios —dije yo—, explíquese!

—Sepa usted, señorita, que después de dejarla tuvimos un pequeño contratiempo; pero eso no importa ahora, porque todo se resolvió de la mejor manera: cuando llegábamos a Snow Hill chocamos contra una carreta con tal fuerza que casi rompimos la rueda del carruaje; sin embargo, esto no fue lo peor, porque abrí la portezuela con tal premura pensando que volcábamos, que la mala suerte quiso que no viera el cristal de la ventana subido y me golpeé la cabeza. Mire, señorita, cómo me he cortado en la frente.

Si en ese momento hubiera tenido un accidente mucho más grave, creo que no me hubiera preocupado en absoluto. Sin embargo continuó su relato porque estaba demasiado confundida para interrumpirle.

—Buen Dios, señorita, nosotros, los criados y todos, estábamos muy azorados, como se puede imaginar, porque además de los cristales rotos, el conductor dijo que no era seguro que el carruaje volviera en ese estado a Kensington. No sabíamos qué hacer; sin embargo, el lacayo dijo que irían a advertirle de lo sucedido a su señoría. Entonces papá se inquietó muchísimo, tanto por temer que su señoría se ofendiera, como porque su enojo podía poner en peligro nuestro negocio; así es que dispuso que fuera esta mañana a excusarme por romper el cristal; por eso le pregunté al lacayo la dirección, y me dijo que vivía en Berkeley Square; esta mañana he ido y enseguida encontré la casa.

—¿Fue? —dije yo, sin aliento.

—Sí..., señorita; y una casa bien bonita que tiene. ¿La conoce?

—No.

—¿No?... Pues, entonces, señorita, sé yo más de su señoría que usted, que le conoció antes. Cuando llegué a la puerta me vi en dificultades, sin saber qué decirle; sin embargo, los sirvientes no creyeron que pudiera verle, pues dijeron que estaba muy ocupado y que podía dejar el mensaje; luego, cuando estaba a punto de irme, se

me ocurrió decir que iba de su parte.

—¡De mi parte!

—Claro, señorita... ¿Por qué hacer una caminata tan larga para nada? Y así le dije al portero que le dijera a su señoría que una persona quería hablarle y que venía de parte de una tal señorita Anville.

—¡Dios mío! —dije yo—. ¿Y con qué derecho se toma esa libertad?

—Caramba, señorita, no sea impaciente, porque se alegrará tanto como yo cuando sepa lo bien que ha salido todo. Entonces me dieron paso y me dijeron que su señoría me recibiría enseguida. Me condujeron a través de un ejército de sirvientes y tantas estancias que mi corazón estaba casi temeroso, pues pensé que sería tan orgulloso que apenas me dejaría hablar; pero no es más orgulloso que yo, y ha sido tan cortés como si yo mismo fuera también un *lord*. Entonces le dije que esperaba que no se tomara a mal lo del cristal, porque había sido un accidente; y me ordenó no hacer mención a ello, pues no tenía importancia, y luego dijo que esperaba que hubiera llegado usted a casa sana y salva y que no se hubiera asustado; así es que le dije que sí y le di las gracias en su nombre.

—¿Las gracias en mi nombre? —exclamé—, ¿y quién le ha dado permiso? ¿Quién se lo ha ordenado?

—Oh, lo recordé sólo para hacerle creer que iba de su parte. Pero debería haberle dicho antes lo que el lacayo me contó: que su señoría se marcha mañana de la ciudad; que su hermana se casa pronto, y que tiene un montón de cosas que hacer por esa circunstancia; eso vino a mi cabeza, y dado que estaba tan amable, me atreví a decirle..., le dije...: si su señoría no tiene un compromiso especial..., mi padre es platero y estaría muy orgulloso de servirle; y dije...: la señorita Anville, la que bailó con usted, es prima mía y estará muy agradecida también, se lo aseguro.

—Qué locura —dije yo levantándome de la silla—, me ha hecho un daño irreparable, pero no quiero oírle más —y entré corriendo a mi cuarto.

Casi me vuelvo loca, en realidad deliré: la buena opinión que *lord* Orville tenía de mí me parecía irremediabilmente perdida; la remota esperanza que alenté por la mañana de hablarle y poder explicarle lo ocurrido desapareció totalmente, ahora que sé que se ausenta de Londres, y deduje que, por el resto de mi vida, me consideraría una persona absolutamente despreciable.

La sola idea era como una daga en mi corazón, no podía soportarla y —me avergüenzo de seguir— temo su desaprobación; sin embargo, no creo haberla merecido, aunque la repugnancia que siento al contarle lo que hice me hace sospechar que puedo haberme equivocado. ¿Me perdonará usted si le confieso que *ya* escribí contándole todo a la señorita Mirvan y que pensaba *encubrírsele* a usted? Esta ingrata idea, no obstante, fue breve, y preferí arriesgarme a su justo reproche antes que traicionar indignamente su generosa confianza.

Ahora estará preparado para lo que sigue, una carta..., una apresurada carta que, en el cénit de mi agitación, le escribí a *lord* Orville:

*A lord Orville*

*Su señoría:*

*Me siento profundamente avergonzada por la petición del carruaje formulada ayer en mi nombre, y estoy profundamente turbada al saber de los daños sufridos; no puedo abstenerme de escribir unas líneas para justificarme de la acusación de impertinencia de la que su sola sospecha me hace sonrojar, para hacerle saber que la solicitud del carruaje se presentó sin mi consentimiento y que también desconocía la visita con la que le han importunado esta mañana.*

*Estoy indescriptiblemente consternada por haber sido el instrumento, aunque inocente, de tantas molestias para su señoría; pero le ruego que me crea cuando le digo que estas líneas son lo único en lo que he tomado parte voluntariamente.*

*Soy, señor, la humildísima sierva de su señoría,*

*Evelina Anville*

Acudí a la criada de la casa para que llevara la nota a Berkeley Square, pero apenas la entregué ya lamentaba haberla escrito, echando a correr escaleras abajo para recuperarla, cuando la voz de *sir* Clement Willoughby me detuvo. Como *madame* Duval había ordenado que no se le recibiera, me vi obligada a regresar escaleras arriba, y cuando se fue, mi intención ya era tardía, pues la criada ya le había dado la nota al portero.

Pasé un tiempo muy intranquila en su ausencia; no obstante, cuando regresó no trajo respuesta, porque *lord* Orville no estaba en casa. De todos modos, no sé si se molestará en contestarme..., o si preferirá venir..., o si se quedará todo como está..., no sé; pero esta ignorancia me tiene en una cruel ansiedad.

## CARTA XXIV

### *Evelina continúa*

4 de julio



hora, mi querido señor, ya puede enviar a la señora Clinton a por su Evelina lo más pronto que le sea posible venir, porque ya no se opondrá nadie a que deje la ciudad. Sería mejor que no hubiera venido nunca.

Esta mañana *madame* Duval quiso que fuera a Snow Hill para invitar a los Branghton y al señor Smith a pasar la tarde con ella, y quiso que el señor Du Bois, que había desayunado con nosotras, me acompañara. Yo era reacia a obedecerla, porque ni deseaba ir con *monsieur* DuBois, ni encontrarme con el joven Branghton. Tenía además una razón aún más poderosa para mi renuencia, pues pensaba que quizá *lord* Orville me enviara alguna respuesta, o se le ocurriera venir durante mi ausencia. Sin embargo, no me atreví a discutir sus órdenes.

El pobre *monsieur* Du Bois no abrió la boca en todo el camino, que creo fue igualmente desagradable para los dos. Encontramos a toda la familia reunida en la tienda. El señor Smith, en el momento que me vio, se dirigió a la señorita Branghton con toda la galantería de que fue capaz; me complace ver los buenos resultados de mi conducta en el baile de Hampstead; pero el joven Branghton fue sumamente molesto, riéndose en mi cara y con una expresión tan significativamente impertinente, que me vi obligada a dedicarme a *monsieur* Du Bois y comenzar una conversación simplemente para evitar tales insolencias.

—Señorita —dijo el señor Branghton—, lamento lo que me dice mi hijo, que no le agradó lo que hicimos con el tal *lord* Orville; pero me gustaría saber qué encontró de malo en ello, pues lo hicimos con la mejor intención.

—¡Caramba! —dijo el hijo—, es que si hubiera visto a la señorita se habría asombrado..., salió del cuarto muy encolerizada.

—Es muy tarde ya —dije yo— para discutir este tema, pero me permito la libertad de rogarle que de aquí en adelante nunca use mi nombre sin que yo lo sepa. ¿Puedo decirle a *madame* Duval que aceptan su invitación?

—En cuanto a mí, señora —dijo el señor Smith—, estoy muy agradecido a la vieja señora, pero no tengo ánimo para dejarme engañar por ella de nuevo; mis excusas, señora.

Todos los demás aceptaron venir, y entonces me ausenté; pero, cuando dejaba la tienda, dijo el señor Branghton:

—Coraje, Tom, sólo es timidez.

Y antes de que hubiera dado diez pasos, el joven ya me seguía.

Estaba tan ofendida que ni le miré, y me puse a conversar con *monsieur* Du Bois, que estaba más animado que nunca porque, desgraciadamente, interpretó mal la razón de mis atenciones.

La primera información que recibí cuando volví a casa fue que habían ido dos señores y habían dejado sus tarjetas de visita. Las pedí y leí los nombres de *lord* Orville y *sir* Clement Willoughby, respectivamente. No lamenté en absoluto no haber visto al último, pero quizá lamentaré toda mi vida no haber visto al primero, pues probablemente haya dejado ya la ciudad y no pueda verle de nuevo.

—¡Bondad divina! —dijo el joven Branghton leyendo groseramente por encima de mí—. Y pensar que aquel *lord* ha venido de tan lejos. Supongo que querrá hacerle un encargo a mi padre, y por eso querrá preguntarle si yo le había dicho la verdad.

—Por favor, Betty —dije yo—, ¿cuánto tiempo hace que se ha ido?

—Ni dos minutos, señora.

—Pues entonces le apuesto que nos ha visto a pie por Holborn Hill —dijo el joven Branghton.

—¡Qué Dios nos guarde! —grité yo impaciente y demasiado abochornada para soportar por más tiempo sus comentarios.



Subí escaleras arriba, pero oí que le decía a *monsieur* Du Bois:

—La señorita está tan *engreída* esta mañana, que creo que es mejor no hablarle más.

Deseé que *monsieur* Du Bois hubiera tomado la misma resolución, pero eligió seguirme al comedor, que encontramos vacío.

—*Vous ne l'aimez donc pas, ce garçon, Mademoiselle!* —dijo él.

—¡Yo! ¡No, le detesto! —dije, porque me salió del alma.

—*Ah, tu me rends la vie!* —dijo él, tirándose a mis pies.

Y precisamente cogía mi mano cuando *madame* Duval abrió la puerta.

Precipitadamente, y con signos de culpable confusión en la cara, se levantó; pero la furia de esta señora realmente me asombró y, avanzando hacia *monsieur* DuBois, que retrocedía, empezó a atacarle en francés con una cólera y una locuacidad tan prodigiosas que no permitían entender nada, y aun así entendí demasiado, pues sus reproches me convencieron de que se había propuesto ser el objeto del afecto de aquel hombre.

Él se defendió de una forma débil y con evasivas, y cuando le ordenó que



desapareciera de su vista, se retiró con gran premura; y entonces, con mayor violencia aún, me reprendió por haberle *conquistado* el corazón, llamándome ingrata e insidiosa. Dijo que no me llevaría a París, ni se interesaría por mis asuntos, a menos que accediera inmediatamente a casarme con el joven Branghton.

Asustada como estaba por su vehemencia, esta propuesta me hizo recobrar todo el coraje, y le dije que, francamente, sobre ese punto nunca podría obedecerla. Más irritada que nunca me ordenó abandonar la estancia.

Así está la situación en este momento. Me excusaré de ver a los Branghton esta tarde; en verdad, no tengo ningún deseo de verlos de nuevo. Lamento mucho haber desagradado a *madame* Duval, aunque no sea por mi culpa, y estaré muy contenta de abandonar esta ciudad en la que no queda ninguna persona por la que sienta deseos de volver. Si hubiese visto a *lord* Orville no lamentaría nada, porque habría podido explicarle lo que tan precipitadamente le escribí; pero siempre será un placer para mí recordar que vino a verme, pues me halaga creer que le satisfizo mi carta.

*Adieu*, mi querido señor; se acerca el momento en que espero recibir de nuevo su bendición y ser deudora de toda mi alegría y felicidad por su bondad.

## CARTA XXV

### *Del señor Villars a Evelina*

Berry Hill, 7 de julio

**B**ienvenida, mil veces bienvenida, mi querida Evelina, a los brazos del más verdadero, del más cariñoso de tus amigos!

La señora Clinton, que llegará pronto a tu lado con estas líneas, te conducirá directamente aquí, ¡porque no puedo estar por más tiempo separado de la niña de mi corazón!, la que reconforta mi vejez, el dulce consuelo de todas mis enfermedades. Tus dignos amigos de Howard Grove deben perdonarme por privarles de la visita que propusiste hacerles antes de tu regreso a Berry Hill, porque veo que mi fuerza de ánimo no soporta una separación más larga.

Tengo muchas cosas que decirte, muchos comentarios sobre tus últimas cartas, algunos de cuyos fragmentos me han causado no poco desasosiego, pero reservo mis consejos para nuestras futuras conversaciones. Apresúrate, pues, al lugar donde naciste, a la morada de tu juventud, donde nunca las penas ni las preocupaciones puedan alcanzarte. ¡Oh, que puedas desterrarlas para siempre y sea ésta una morada llena de paz!

¡Adieu, mi queridísima Evelina! ¡Sólo pido que tu satisfacción por nuestro encuentro pueda ser comparable a la mía!

Arthur Villars

## CARTA XXVI

### *De Evelina a la señorita Mirvan*

Berry Hill, 14 de julio

**M**i dulce Maria va a sorprenderse mucho y quiero creer que a disgustarse cuando, en lugar de recibir a la amiga, recibas la presente carta; esta fría carta inanimada, que quiere expresar con palabras los dolorosos sentimientos de mi corazón. Cuando te escribí el viernes pasado esperaba de un momento a otro a la señora Clinton, con quien tenía intención de dirigirme a Howard Grove: la señora Clinton llegó, pero mi plan tuvo necesariamente que modificarse, pues me traía una carta..., la más dulce que jamás fue escrita, del mejor y más gentil amigo con que jamás huérfana alguna fue bendecida, y que requería mi inmediata presencia en Berry Hill.

He obedecido... y perdóname si te digo que sin renuencia; después de una separación tan larga, ¿no sería la más ingrata de las criaturas si no fuera así? Y aún..., ¡oh, Maria!, aunque *deseaba* dejar Londres, la realización de este deseo no me ha procurado ninguna felicidad; y aunque sentía suma impaciencia por regresar aquí, palabra alguna, lengua alguna, pueden explicar la tristeza con la que hice el viaje. Creo que no me hubieras reconocido, en verdad, apenas me conozco yo misma. Tal vez, si antes te hubiera visto, si en tu pecho gentil y comprensivo hubiera podido hablarte y confiarte cada secreto de mi alma...; pero ahora voy a seguir con mi diario.

La señora Clinton le entregó a *madame* Duval una carta del señor Villars en la que le pedía permiso para mi regreso, que, en verdad, fue concedido con gran premura. Entonces, cuando descubrió, por mi voluntad para abandonar la ciudad, que *monsieur* Du Bois me era totalmente indiferente, se inclinó un poco a mi favor y declaró que, si no quisiera castigar su insensatez por pensar en la niña, no habría consentido que me sepultara de nuevo en el campo.

Todos los Branghton vinieron a despedirme; pero no escribiré una palabra más sobre ellos. ¡Verdaderamente no consigo pensar con calma en esa familia, a cuyo atrevimiento e impertinencia debo todo el desasosiego que sufro en este momento!

Fue tan grande la depresión de mi ánimo durante el viaje, que difícilmente pude persuadir a la buena señora Clinton de que no estaba enferma. Pero, ay Dios, mi estado mental era tal que, en comparación, casi envidié cualquier dolor puramente corporal. Pero, cuando llegamos a Berry Hill..., cuando la *chaise*<sup>[61]</sup> se detuvo en este lugar, cómo latió de alegría mi corazón... Y cuando, a través de la ventana vi al más estimado, al más venerable de los hombres que con las manos alzadas agradecía, sin

duda, mi llegada sana y salva... ¡Dios todopoderoso! Creí que mi corazón se me salía del pecho. Abrí la puerta de la calesa yo misma, y volé..., pues mis pies parecían no tocar la tierra... y entré en la sala de visitas; él se había levantado para venir a mi encuentro, pero cuando me vio entrar se hundió de nuevo en la silla y, con un profundo suspiro, aunque su cara resplandecía de deleite, dijo:

—¡Gracias, dios mío!

Me arrojé a él y, con un gozo al borde de la agonía, abracé sus rodillas, besé sus manos, lloré sobre ellas..., pero no pude hablar; mientras, él, ahora levantando los ojos en señal de agradecimiento, ahora inclinando respetuosamente la cabeza y estrechándome entre sus brazos, apenas podía articular las bendiciones que derramaba su gentil y buen corazón.

¡Oh, señorita Mirvan! ¿No es para sentirse feliz ser tan amada por el mejor de los hombres? ¿Debería tener otro deseo salvo aquel de merecer su bondad? No pienses que soy ingrata, en verdad no lo soy, pero la tristeza interior de mi alma me incapacita, en este momento, para gozar como debo de las generosidades de la providencia.



—No puedo seguir con mi diario, no puedo poner en orden mis ideas.

¡Qué poco tiene que ver la felicidad con mi situación actual! Me había ilusionado con que, regresando a Berry Hill, recuperaría la tranquilidad; pero las cosas son muy diferentes, porque la tranquilidad y Evelina nunca han tenido menos que ver la una con la otra.

Me sonrojo por lo que acabo de escribir... ¿Puedes, María, perdonar mi seriedad?; me reprimo tanto, y tan dolorosamente, en presencia del señor Villars, que no sé cómo negarme el consuelo de desahogarme en tu compañía.

Adiós, mi querida señorita Mirvan.

Aún una cosa debo añadir. No te dejes engañar por la seriedad de la presente carta; no imputes a una causa equivocada la melancolía que confieso, suponiendo que el corazón de tu amiga se lamenta por una susceptibilidad demasiado grande; ¡no es cierto! Puedes creerme, nunca me he sentido y nunca me sentiré tan segura como en este momento. Así lo firma con toda sinceridad, su afectuosa,

Evelina

Excúsame ante la honorable *lady* Howard y tu estimada madre.

## CARTA XXVII

### *Evelina continúa*

Berry Hill, 21 de julio

**M**e acusas de misteriosa y reservada, y no dudo que he merecido esa acusación, aunque explicarme..., no sabes qué dolorosa será esa tarea. Pero no puedo resistir tus amables súplicas, y es que, ciertamente, no deseo resistirme porque tu amistad y tu afecto calmarán mi pesar. Si la causa de mi pesar fuera otra, ni un solo momento hubiera diferido el comunicártela; pero tal como están las cosas, si fuera posible, no sólo lo ocultaría al mundo entero, sino que trataría de no creérmelo yo misma. Pero si debo decírtelo, ¿para qué jugar con tu impaciencia?

No sé cómo empezar, y veinte veces lo intenté en vano, pero me *obligaré* a continuar.

Oh, señorita Mirvan, ¿hubieras podido creer que aquel que parecía un modelo para todos sus semejantes, un modelo de perfección..., uno cuya elegancia sobrepasaba toda descripción, de quien la dulzura de modales deshonraba toda comparación...

Oh, señorita Mirvan ¿habrías podido creer que *lord* Orville me tratara de un modo tan indigno?

¡Nunca, nunca más me fiaré de las apariencias... Nunca confiaré en mi débil capacidad de juicio... Nunca más creeré en la bondad porque la persona parezca amable! ¡Con qué crueldad tan grande se nos enseña el conocimiento del mundo! Pero mientras me absorben mis reflexiones, olvido que aún estás en incertidumbre.

Acababa de terminar la última carta que te escribí desde Londres, cuando la sirvienta de la casa me trajo una nota. Se la había dado, según dijo, un lacayo, que le informó de que volvería al día siguiente por una respuesta.

La nota... dejaré que hable por sí sola.

*Para la señorita Anville:*

*¡Oh, encantadora criatura del género femenino! Leo con embeleso la carta con que me favoreció ayer por la mañana. Lamento que el asunto del carruaje le haya causado la menor preocupación, pero estoy muy halagado por la ansiedad que con tanta bondad expresa.*

*Créame, adorable muchacha, estoy sinceramente conmovido por la*

*honorabilidad de su buena opinión, y me siento profundamente impregnado de amor y gratitud. Estaré orgulloso de continuar la correspondencia que tan amablemente ha empezado y espero que el conocimiento del favor que me hace le impedirá interrumpirla. Esté segura de que no hay nada que desee más ardientemente que poner de aquí en adelante mi agradecimiento a sus pies, y ofrecerle estas promesas que son un tributo a su encanto y sus habilidades. En su próxima le suplico que me informe del tiempo que permanecerá en la ciudad. El criado que enviaré por su respuesta tiene orden de entregármela a vuelta de correo. Mi impaciencia hasta su llegada será grandísima, aunque inferior a mi ardiente deseo de decirle, en persona, hasta qué punto soy, mi dulce muchacha, su agradecido admirador.*

Orville

¡Qué carta! Cómo se inflamaba mi orgulloso corazón con cada línea que copiaba. Tú sabes lo que le escribí..., dime entonces, mi querida amiga, ¿piensas que merecía esa respuesta?; ¿piensas que merecía la libertad que se ha tomado? Yo no tenía otra intención, salvo, simplemente, la de excusarme ante mí misma y ante él; y, sin embargo, por las explicaciones que expone, ¿no parecería que contenía una declaración de sentimientos que, en efecto, hubiera provocado su desprecio?

En el instante que se me entregó la carta, me retiré a mi cuarto a leerla, y en la primera lectura estaba tan ansiosa que, me avergüenza reconocerlo..., no me dio más sensación que de felicidad... Al no esperar incorrección alguna por parte de *lord Orville*, no percibí de inmediato la impertinencia que insinuaba: sólo noté las expresiones de consideración, y me sorprendió tanto que, durante un tiempo, me sentí incapaz de tranquilizarme y leerla de nuevo. Sólo podía andar de aquí para allá por el cuarto, repitiéndome a mí misma: Dios mío, ¿es esto posible? ¿Entonces soy amada por *lord Orville*?

Pero este sueño se desvaneció muy pronto, y empezaron a despertarse en mí sentimientos muy distintos: con la segunda lectura pensé que cada palabra cambiaba de significado... No parecía la misma carta... No pude encontrar ninguna frase que leer sin sonrojarme; mi asombro era enorme y fue seguido de una indignación extrema.

Si, como estoy presta a reconocer, erré con mi escrito a *lord Orville*, ¿merecía que él castigara así mi error? Si se sintió ofendido, ¿no pudo guardar silencio? Si pensaba que mi carta era inoportuna, ¿no se debería haber compadecido de mi ignorancia? ¿No debería haber considerado mi juventud y tenido en cuenta mi inexperiencia?

¡Oh, Maria! ¡Cómo me he engañado con este hombre! No había palabras para expresar la elevada opinión que tenía de él; a ella fue debida la desafortunada solicitud que me apremió para la escritura de aquella nota. Una solicitud que

lamentaré mientras viva.

Aunque tal vez tenga más motivos para regocijarme que para afligirme, puesto que este incidente me ha mostrado su verdadera naturaleza y ha borrado esa parcialidad que, cubriendo todas sus imperfecciones, tan sólo dejaba ver sus virtudes y buenas cualidades. Si el engaño se hubiera prolongado por más tiempo, mi mente se habría nutrido de cualquier prejuicio adicional a su favor, y quién sabe a dónde me hubieran conducido mis erradas ideas. Ciertamente, temo haber corrido un peligro peor de aquel que me preocupaba y en el que ahora puedo pensar sin temblar, porque si en mi débil corazón hubiera calado una huella demasiado profunda para sus méritos, mi paz y mi felicidad se habrían perdido para siempre.

Estaría muy feliz si pudiera alentar pensamientos más alegres, si pudiera arrancar de mi mente la melancolía que me embarga, pero no puedo vencerla, pues, además de los humillantes sentimientos que me oprimen tan poderosamente, tengo aún otro motivo de preocupación. ¡Oh, querida Maria, he quebrantado la tranquilidad del mejor de los hombres!

Nunca he tenido el valor de mostrarle esta carta cruel; no podría soportar que desmereciera tanto su opinión sobre mí, opinión que, con gran cuidado, había alimentado yo misma. En verdad, mi primera intención fue reservarme este dolor para mí sola, pero tus afectuosas preguntas me han hecho exteriorizarlo, y ahora desearía no haberlo ocultado desde un principio, pues no sé cómo justificar una tristeza que no consigo silenciar, pese a todos mis esfuerzos por reprimirla.

Mi mayor temor es que piense que mi estancia en Londres me ha hecho sentir aversión por el campo. Todas las personas que me ven notan mi cambio y mi aspecto pálido y enfermo.





Sería del todo indiferente a tales observaciones si no percibiera que atraen hacia mí los ojos del señor Villars, que me miran brillando de afectuosa preocupación.

Esta mañana, hablando sobre mi aventura londinense, mencionó a *lord Orville*. Me sentí tan turbada que habría cambiado de tema inmediatamente, pero no me lo permitió, y del todo inesperadamente, comenzó un panegírico ensalzándole, en términos firmes, su comportamiento viril y honorable en relación con la aventura de *Marybone Gardens*. Mis mejillas resplandecían de indignación con cada palabra que pronunciaba; tanto le había ponderado últimamente como el más noble de su sexo, que ahora que estaba convencida de mi error, no podía soportar oír las inmerecidas alabanzas pronunciadas por un hombre tan bueno, tan libre de sospechas, tan puro de corazón.

Tengo miedo de saber lo que pensó sobre mi silencio y mi desasosiego, pero espero que no mencione más el asunto. Sin embargo, no dejaré paso, con ingrata indolencia, a una tristeza que encuentro contagiosa pues se merece mi disposición de ánimo más alegre. Estoy agradecida de que se haya contenido de indagar sobre mi herida, e intentaré curarla por la conciencia de que no he merecido el insulto recibido.

¡Y aún no puedo menos que lamentar encontrarme en un mundo tan engañoso, en el que debemos sospechar de lo que vemos, desconfiar de lo que oímos y dudar incluso de lo que sentimos!

## CARTA XXVIII

### *Evelina continúa*

Berry Hill, 29 de julio

**H**e de reconocer que estoy un poco angustiada por cómo contestar a tus reprimendas; pero, créeme, mi querida Maria, tus sugerencias son fruto de la *fantasía* y no de la *realidad*. No soy consciente de la debilidad de tus sospechas y aun, para ahuyentar tus dudas, me animaré más que nunca por vencer mi pena y recobrar mi ánimo.

Te preguntas, dado que mi corazón no toma parte en este asunto, por qué me siento tan desgraciada. Y conociendo como conoces la elevada opinión que tenía de *lord Orville*, ¿puedes asombrarte tú de que tan gran desengaño sobre su carácter haya podido afectarme? En verdad, si hubiera recibido una carta tan extraña de *cualquier* otro, no me habría disgustado; ¿cuánto más serio es, entonces, sufrir una afrenta cuando se recibe del hombre que, sobre la faz de la tierra, menos había supuesto capaz de cometerla?

Te alegras de que no le haya contestado; te aseguro, mi querida amiga, que aunque la carta hubiera sido la más respetuosa que se haya escrito, el aire clandestino atribuido a su propuesta de enviar a su sirviente por mi respuesta en lugar de dirigirla a su casa, decididamente me habría impedido escribirla. En verdad, tengo una invencible aversión por todo lo misterioso, por todo cuanto se hace en secreto; y ya ves, cuán tonta y condenablemente, en lo que respecta a esta carta, me he desviado del camino de honestidad por el que desde mi más tierna infancia se me enseñó a caminar.

Dice que *he iniciado una correspondencia con él*; ¿y cree de veras *lord Orville* que ése era mi propósito?, ¿me cree tan audaz, tan atrevida, tan extrañamente ridícula? No sé si ese hombre iría o no a la casa, pero me alegro de haber abandonado Londres antes de que viniese, y sin dejarle ningún mensaje. ¿Qué hubiera podido decirle? Habría sido una condescendencia del todo inmerecida conceder siquiera la más mínima atención a semejante carta.

Nunca dejaré de preguntarme cómo pudo escribirla. Oh, Maria, ¿qué pudo inducirle, sin motivo, a herir y ultrajar a una persona que hubiera preferido morir antes que ofenderle voluntariamente? ¡Qué mortificante libertad de actuación! ¡Qué crueles implicaciones las que comunica con sus *agradecimientos* y expresiones de gratitud! ¿No es asombroso que un hombre pueda *parecer* tan modesto siendo en realidad tan vanidoso?

Cada vez lamento más haberle guardado el secreto a mi amado señor Villars; no sé por qué, pero al principio sentí una repugnancia a publicar este asunto que no pude superar... ¡y ahora me avergüenza reconocer que tengo algo que confesar! Y aún merezco castigo por la falsa delicadeza que provocó mi silencio porque, si *lord Orville* en persona es feliz de comprometer su reputación, ¿me toca a mí defenderla aun a costa de la mía?

Ahora que los primeros momentos de cólera han pasado, me resultaría más fácil considerar el asunto con todo el resentimiento que merece, si todos los amigos de aquí, que me ven sumamente cambiada, no me importunasen preguntándome sobre las causas de mi tristeza y si no atormentasen al señor Villars con observaciones sobre mi abatimiento y abandono. Tan pronto como se toca el tema, una profunda tristeza se extiende sobre su venerable semblante, y me mira con una ternura tan melancólica, que no sé cómo soportar saberme la causa.

La señora Selwyn, una dama de gran fortuna que vive a unas tres millas de Berry Hill y que me ha honrado siempre con distintivas muestras de afecto, se va dentro de muy poco a Bristol, y le ha propuesto al señor Villars llevarme con ella para que recupere mi salud. Él pareció muy indeciso ya fuera para aceptar o rehusar; pero yo, sin vacilar, me opuse al proyecto con gran vehemencia, objetando que no podría recuperar mi salud mejor que con el aire puro de este lugar. El señor Villars tuvo la bondad de agradecer mi presteza a permanecer a su lado, ¡porque es todo bondad! ¡Oh, si estuviera en mi poder ser, como él en la bondad de su corazón me llama, el consuelo de su vejez y el alivio de sus enfermedades!

No deseo separarme más de él; si aquí estoy triste, en otro lugar sería desgraciada. En su presencia, con un mínimo esfuerzo, toda la alegría de mi carácter parece pronta a retornar. ¡La benevolencia de su semblante me reanima, la armonía de su temperamento me aplaca, la pureza de su carácter me motiva! Se lo debo todo a él y, lejos de suponer un peso esta deuda de gratitud, el primer orgullo, el primer placer de mi vida es el recuerdo de las obligaciones que tengo hacia su bondad inigualable.

Hubo un tiempo, en verdad, en que pensé que existía otra persona que..., *cuando el tiempo hubiese encanecido sus rizos*, habría brillado entre sus iguales con la misma luminosidad que ahora dignifica al honrado señor Villars; ¡una luminosidad superior al valor que surge de la simple vivacidad de ingenio, espíritu e imaginación! ¡Una luminosidad que, no contenta con limitarse a difundir sonrisas y obtener admiración de los caprichos del espíritu, refleja un lustre verdadero y glorioso sobre toda la humanidad! ¡Oh, qué grande fue mi error! ¡Qué desconsiderado mi juicio! ¡Cuán cruelmente he sido engañada!

No iré a Bristol, aunque la señora Selwyn insista mucho, pues no deseo ver más mundo... Los pocos meses que he pasado en él fueron suficientes para que me dé repugnancia siquiera oír hablar de ello. Espero también no volver a ver a *lord Orville*. Habituada desde el primer momento que le conocí a considerarlo una criatura superior a sus semejantes, su presencia podría, quizá, hacer desvanecer mi

resentimiento y olvidar su mala conducta; porque..., ¡oh, Maria, no sabría cómo mirar a *lord* Orville y guardarle rencor! Le quise como una hermana... Le habría confiado cada pensamiento de mi corazón si se hubiera dignado a desear mi confianza. ¡Tan segura estaba de su honorabilidad, sintiendo tan *femenina* su delicadeza y tan amable su carácter! Mil veces he imaginado que su vida parecía dedicada, como sus reflexiones, exclusivamente al bienestar y la felicidad del prójimo; ¡pero no quiero hablar, ni escribir, ni pensar más en él! ¡*Adieu*, querida amiga!

## CARTA XXIX

### *Evelina continúa*

Berry Hill, 10 de agosto

**T**e quejas de mi silencio, mi querida señorita Mirvan..., pero ¿qué voy a escribirte? No tengo nada que contar, ni tengo la imaginación animada para compensar la falta de noticias. No obstante, en este momento tengo bastante material para una carta, por una conversación que tuve ayer con el señor Villars.

El desayuno había sido el más alegre desde mi regreso y, cuando terminamos, él no se retiró como de costumbre a su estudio, sino que continuó conversando conmigo mientras trabajaba. Habríamos pasado así toda la mañana, de un modo tan agradable, si no hubiera sido por la llegada de un agricultor que vino a solicitar consejo sobre algunos asuntos domésticos. Se retiraron juntos al estudio.

En el momento que me quedé sola me faltó el ánimo; el esfuerzo realizado había fatigado mi mente. Tiré la labor y, apoyando los brazos sobre la mesa, dejé paso a una secuencia de tristes reflexiones que, huyendo de la atemperación que las había sofocado, me llenó de una inusual tristeza.

Ésta era mi situación cuando, mirando hacia la puerta que estaba abierta, descubrí que el señor Villars me estaba mirando ansiosamente.

—¿El granjero Smith se fue ya, señor? —dije alzándome y tomando de nuevo mi labor.

—Déjame, no me perturbes —dijo él, seriamente—, regreso a mi estudio.

—¿De veras, señor? Esperaba que viniera a sentarse conmigo.

—¡Esperabas! ¿Y por qué, Evelina, esperabas eso?

Esta pregunta fue tan inesperada que no supe cómo contestarla, pero apenas vi que se marchaba, le seguí y le rogué que regresara.

—No, querida —dijo con una sonrisa forzada—, sólo interrumpo tus meditaciones.

De nuevo no supe qué decir y, mientras dudaba, se retiró. Mi corazón se fue con él, pero no tuve el valor de seguirle. La idea de una explicación, provocada de una forma tan seria, me asustó. Recordé las sospechas que habías deducido de mi desasosiego, y temí que pudiera hacer una interpretación similar.

Solitaria y pensativa, pasé el resto de la mañana en mi cuarto. En la comida traté de estar alegre de nuevo, pero el señor Villars estaba muy serio, y yo no tenía suficiente ánimo para soportar una conversación sólo gracias a mi esfuerzo. Apenas

la comida estuvo terminada, él tomó un libro y yo caminé hacia la ventana. Creo que permanecí cerca de una hora en esa situación.

Todos mis pensamientos estaban dirigidos a encontrar el modo de disipar las dudas que temía se hubiese formado el señor Villars, sin tener que admitir una circunstancia que, simplemente por encubrirla, ya me había hecho sufrir tanto. Mientras pensaba en el futuro, olvidé el presente, y tan absorta estaba, que lo extraño de mi insólita inactividad y extrema seriedad no cruzó por mi mente. Pero cuando finalmente me tranquilicé y me volví, encontré al señor Villars, que había dejado su libro, contemplándome ensimismado. Desperté de mi ensueño, y, sin saber apenas lo que decía, le pregunté si había estado leyendo.



Él hizo una pequeña pausa, y luego contestó:

—Sí, mi niña, un libro que me aflige y al mismo tiempo me desconcierta.

Entendí que se refería a *mí*, y por eso no contesté.

—¿Y si lo leyéramos juntos? —continuó—, me ayudaría a aclarar los puntos oscuros.

No supe qué decir, pero involuntariamente suspiré desde lo más profundo de mi corazón. Se levantó, y acercándose, me dijo con emoción:

—Mi niña, ya no puedo ser testigo silencioso de tu dolor..., tu dolor que no es sino *mi* dolor... ¿Debo permanecer extraño a su causa, cuando compadezco tan profundamente su efecto?

—¿La causa, señor? —exclamé muy alarmada—. ¿Qué causa? No sé..., no sé decir..., yo...

—No temas —dijo amablemente— abrirte a mí, mi queridísima Evelina; ábreme tu corazón..., no puede haber sentimientos para los cuales no sea indulgente. Dime entonces lo que nos aflige a los dos, y quién sabe si encontraré algún consuelo.

—Es demasiado bondadoso —dije yo muy avergonzada—, pero en verdad desconozco lo que quiere decir.

—Entiendo —dijo él—, te es doloroso hablar: supongamos, entonces, que me esfuerzo por intentar adivinar.

—¡Imposible! ¡Imposible! —dije yo ansiosa—. Nadie podría adivinarlo..., ni tan sólo suponer...

Me interrumpí bruscamente pues, en ese momento, me di cuenta de que estaba confesando que había algo que podía adivinarse. No obstante, no reparó en mi error, y siguió insistiendo.

—Al menos déjame intentarlo —contestó dulcemente—, tal vez sea mejor adivino de lo que imaginas. Si adivino todo aquello que es probable seguramente pueda acercarme a la verdadera razón. Sé honesta, entonces, tesoro, y habla sin reserva: ¿quizá el campo, después de tanta alegría, tanta diversión, te resulta soso y aburrido?

—¡No, de verdad! ¡Lo amo más que nunca, y más que nunca desearía no haberlo abandonado!

—¡Oh, mi niña! ¡Ojalá no hubiera permitido tu viaje! Mi juicio siempre fue contrario a eso, pero mi resolución no estuvo a prueba de persuasiones.

—¡En verdad me sonrojo! —exclamé recordando mi vehemencia—. Ya me he castigado yo misma.

—Es demasiado tarde para reflexionar sobre este tema —contestó—; intentemos evitar el arrepentimiento en el futuro y no habremos errado sin obtener alguna enseñanza.

Después, sentándose, y haciéndome sentar a su lado, siguió:

—Ahora debo adivinar de nuevo: ¿tal vez lamentas la pérdida de los amigos que conociste en la ciudad...?, ¿quizá te falta su compañía y temes no verlos más? Quizá *lord Orville*...

No pude permanecer sentada y, levantándome precipitadamente, dije:



—¡Querido señor, no me pregunte más! No tengo nada que declarar..., nada que decir... Mi seriedad es meramente accidental y no estoy en posición de darle ningún motivo. ¿Le traigo otro libro o seguirá leyendo el mismo?

Por algunos minutos permaneció en completo silencio y fingí estar ocupada buscando un libro; finalmente, con un profundo suspiro, dijo:

—¡Entiendo, entiendo muy bien que, aunque Evelina ha vuelto a mí..., he perdido a mi niña!

—No, señor, no —exclamé indeciblemente turbada—, le pertenece más que nunca. Sin usted, el mundo sería un desierto para ella, y la vida una carga insoportable; perdónela..., entonces, y, si puede, condescienda a ser, de nuevo, el confidente de todos sus pensamientos.

—Bien sabe cuánto aprecio, cuánto deseo su confianza —contestó—, pero forzarla para arrancársela... Mi sentido de la justicia y mi afecto, se revuelven ante esta idea. Lamento haber sido tan impetuoso contigo; vete, hija mía, vete y tranquilízate; nos veremos a la hora del té.

—Entonces, ¿es que rechaza escucharme?

—No, hija mía, pero aborrezco obligarte. Hace tiempo que veo que estás disgustada, y en gran medida he compartido tu preocupación. Me contuve de preguntarte porque confiaba que el tiempo y la ausencia de lo que fuera que motivó tu inquietud podrían actuar mejor en silencio. Pero, Dios mío, tu aflicción parece aumentar..., tu salud decae..., tu aspecto cambia. ¡Oh, Evelina, mi envejecido corazón sangra al ver ese cambio! ¡Sangra al contemplar el tesoro que amaba, el sostén que había educado para mi apoyo cuando estuviera inclinado por los años y las enfermedades, cediendo bajo la presión de las penas del alma! ¡Combatir por esconder aquello en lo que debería intentar tomar parte! Pero, ve, querida mía, ve a tu cuarto... Ambos necesitamos recuperar la compostura y hablaremos de este asunto otro día.

—¡Oh, señor! —dije yo conmovida hasta el fondo de mi alma—. No me ordene que me vaya. No me considere hasta tal punto extraña a los sentimientos y la gratitud...

—Ni una palabra de eso —interrumpió él—. Me atormenta que debas pensar en este tema. Me aflige que siempre recuerdes que no tienes derecho natural y hereditario a todo cuanto puedo hacer por ti. No pretendía turbarte así... Esperaba calmarte, pero mi ansiedad me ha traicionado y mi urgencia te ha angustiado. Consuélate, tesoro mío, y no dudes que el tiempo será tu amigo y todo acabará bien.

Me eché a llorar; me había reprimido hasta aquel momento con mucha dificultad, porque el corazón, resplandecido de ternura y gratitud, se vio abrumado por el sentimiento de su propia indignidad.

—¡Usted es todo, todo bondad! —exclamé con voz apenas audible—; tan poco como lo merezco..., y a pesar de que no puedo corresponder tanta bondad..., aún mi alma entera lo siente..., y le doy las gracias por ello.

—Mi queridísima niña —dijo él—. No soporto ver tus lágrimas... Enjuágalas por *mi* amor... Verlas es demasiado para mí; ¡piensa en esto, Evelina, y tranquilízate, te lo exijo!

—Diga entonces —exclamé yo arrodillándome a sus pies—, ¡diga entonces que me perdona, que perdona mi reserva..., que me permitirá contarle de nuevo mis pensamientos más secretos y que confiará en mi promesa de no renunciar más a su confianza! ¡Padre mío! ¡Mi protector! ¡Mi mejor y único amigo, le honraré y le amaré siempre! ¡Diga que perdona a su Evelina y ella se esforzará en merecer siempre su bondad!

Se levantó y me abrazó. Me llamó su única alegría, su única esperanza terrenal y niña de su corazón. Me estrechó contra su corazón y, mientras yo lloraba para desahogar el mío, me calmó y me tranquilizó con las palabras más dulces y consoladoras.

Siempre recordaré con cariño el momento en que, venciendo la reserva que tan tontamente había planificado y que tan dolorosamente había soportado, recuperé la confianza del mejor de los hombres.

Cuando finalmente nos sentamos tranquila y sosegadamente uno junto al otro, con el señor Villars esperando la explicación que le había rogado que escuchara, me sentí sumamente avergonzada y sin saber cómo empezar el asunto que debía aclararlo todo. Viendo mi desasosiego, me preguntó bromeando si podía seguir adivinando; yo asentí en silencio.

—Entonces, ¿regreso al punto en que me había interrumpido?

—Si..., si le agrada..., está bien —respondí tartamudeando.

—Pues bien, entonces, tesoro mío, creo que estábamos hablando de la natural tristeza que sentías por haber dejado atrás a las personas de las que habías recibido tantas atenciones y amabilidad... sin la certeza de volver a verlas para poder devolverles sus buenos servicios. Éstas son circunstancias que provocan melancólicas reflexiones en la joven mente y la afectuosa naturaleza de mi Evelina que, abierta a la amistad, seguramente la hieren más de lo normal por tales consideraciones. ¿Guardas silencio, querida mía? ¿Debo nombrar a las personas que considero más dignas de la pena de que hablo?

Seguí callada, y él continuó:

—En tu diario londinense ninguno aparecía a tus ojos más respetable que *lord* Orville, y tal vez...

—Sabía que lo diría —exclamé presurosa—, y durante mucho tiempo temí que sus sospechas recaerían en él, pero en realidad, señor, está muy equivocado: odio a *lord* Orville... Es el último hombre en el mundo hacia quien estaría bien dispuesta.

Me detuve porque el señor Villars me miró con tan infinita sorpresa, que mi propio apasionamiento me hizo sonrojarme.

—¡Odias a *lord* Orville! —repitió.

Me quedé sin habla, pero tomé la carta de mi bolsillo y se la entregué, diciéndole:

—¡Mire, señor —dije yo—, cómo el mismo hombre puede *hablar y escribir* de un modo tan diferente!

La leyó tres veces antes de hablar, y luego dijo:

—Estoy tan asombrado que no sé ni lo que leo. ¿Cuándo recibiste esta carta?

Se lo dije. La leyó de nuevo, y después de considerar por unos instantes su contenido, dijo:

—Sólo puedo encontrar una explicación para una conducta tan extraordinaria: debía de estar ebrio cuando la escribió.

—¡*Lord Orville* borracho! —repetí—. Siempre lo había considerado ajeno a todo tipo de excesos, pero es muy posible... Ahora podría creer cualquier cosa.

—Que un hombre que se había comportado con un respeto tan riguroso por la delicadeza —continuó el señor Villars— y que, apenas se le presentaba la ocasión, manifestaba sentimientos tan honorables, ultrajara a una joven modesta de un modo tan insolente y libertino y estando en pleno uso de sus facultades... no lo creo posible. Pero, querida mía, debiste cerrar la carta y devolvérsela con una cuartilla en blanco: tal resentimiento habría estado en consonancia con *tu* reputación y al mismo tiempo le habría dado a él la oportunidad, hasta cierto punto, de justificar la suya. No habría podido leerla, a la mañana siguiente, sin darse cuenta de cuán impropio había sido escribirla.

¡Oh, Maria! ¿Por qué no pensé en esto? Habría podido recibir alguna excusa, y la mortificación sería *suya*, no *mía*. En verdad, no podría tenerle ya en tan alta consideración, pues la convicción de tal exceso le habría rebajado al mismo nivel de su imperfecta raza, pero mi mortificado orgullo habría recibido consuelo de sus excusas. Pero ¿por qué había yo de permitir ser humillada por un hombre que tolera que la razón se corrompa de un modo tan despreciable, si estoy ensalzada por una persona que no conoce vicio y apenas falta... sino de oídas? Pensar en su bondad y reflexionar sobre sus alabanzas puede animarme y consolarme aun en medio de la aflicción.

—Tu indignación —me dijo— es consecuencia de la virtud; habías imaginado que *lord Orville* no tenía tacha: aparentaba merecer la máxima consideración y supusiste que su carácter era acorde a su apariencia; siendo tan honesta como eres, ¿cómo podías prepararte para la doblez de los demás? Tu decepción ha sido proporcional a tus expectativas y su gravedad se debe principalmente a la inocencia con que enmascaró su acercamiento.

Me aseguraré de que estas palabras se fijan para siempre en mi memoria; me alegrarán, reconfortarán y animarán. Esta conversación, aunque sumamente conmovedora en ese momento, liberó mi mente de mucha ansiedad. La ocultación, mi querida Maria, es enemiga de la tranquilidad; aun cuando pueda errar en el futuro, nunca más seré insincera al confesar mis errores. Para ti y para el señor Villars prometo una confianza constante.

Y todavía, aunque me siento tranquila, estoy lejos de estar bien; me tomó un

tiempo escribir la presente, pero espero que pronto te enviaré una más alegre.

*Adieu*, mi dulce amiga; te imploro que no pongas en conocimiento de este asunto a tu querida madre; estima mucho a *lord* Orville y ¿para qué hacer público que no merece tal honor?

## CARTA XXX

### *Evelina continúa*

Bristol Hotwells<sup>[62]</sup>, 28 de agosto

**V**as a sorprenderte de nuevo, mi querida Maria, cuando veas dónde está fechada mi carta, pero estuve muy enferma y el señor Villars se alarmó tanto que, no sólo insistió en que acompañase aquí a la señora Selwyn, sino que deseó apasionadamente que apurara el viaje que tenía planeado.

Viajamos muy despacio y no me fatigué tanto como esperaba. Estamos situados en un lugar muy pintoresco; el panorama es bello, el aire puro, y el clima muy favorable para los enfermos. Ya me encuentro mejor y no dudo que pronto estaré tan bien como deseo en lo que respecta a la salud.

No puedo expresar la renuencia con que me separé de mi venerado señor Villars; no fue como la separación de abril pasado que precedió a mi viaje a Howard Grove, cuando todo eran esperanzas y expectativas y, mientras lloraba, también me regocijaba, pues aun sintiendo tristeza por dejarle, también deseaba irme. El dolor que he sentido ahora estaba desprovisto de sentimientos felices; las expectativas se habían desvanecido y no tenía esperanza alguna. Dejaba todo aquello que me es más querido en la tierra, y para una tarea cuyo éxito me es completamente indiferente: el restablecimiento de mi salud. Si hubiese sido para ver de nuevo a mi dulce María o a su estimada madre, no me habría lamentado.

La señora Selwyn es muy amable y atenta conmigo. Es en extremo inteligente; su intelecto puede, de veras, definirse como *masculino*, pero, desafortunadamente, sus modales merecen el mismo calificativo porque, en el estudio necesario para adquirir sus conocimientos del sexo contrario, ha perdido toda la dulzura del suyo. En cuanto a mí, sin embargo, como no tengo ni el coraje ni he sentido la inclinación de discutir con ella, no he recibido ofensa personal ninguna por su falta de delicadeza; una virtud que parece constituir una parte tan esencial de la naturaleza femenina que hace que me sienta muy azorada y menos cómoda con una mujer que carece de ella, que con un hombre.

El señor Villars no le tiene demasiada simpatía, pues se ha disgustado a menudo por su despiadada propensión a la sátira; pero su ansiedad por que comprobara el efecto de las aguas de Bristol venció la aversión a confiarme a su cuidado. La señora Clinton también se encuentra aquí, por lo que estaré mejor atendida de cuanto su afecto pudiera desear.

Continuaré escribiéndote, mi querida señorita Mirvan, con tanta constancia como

si no tuviera que escribir a nadie más; aunque, durante mi ausencia de Berry Hill, mis cartas, quizá, deban ser más breves a causa de la minuciosidad del diario que debo escribir a mi amado señor Villars. Pero tú, que conoces sus expectativas y los vínculos que me inducen a satisfacerlas, estoy segura de que excusarás cualquier omisión contigo antes que una negligencia con él.



## PARTE TERCERA



## CARTA I

### *De Evelina al reverendo señor Villars*

Bristol Hotwells, 12 de septiembre

**L**as primeras dos semanas que pasé aquí fueron tan tranquilas, tan serenas, que tenía motivos para esperar una prolongada calma durante mi estancia; sin embargo, si debo juzgar el futuro por el presente estado de mi ánimo, siento que la tormenta sucederá a la calma y temo la violencia con la que ésta pueda desencadenarse.

A saber, esta mañana, de camino al salón termal con la señora Selwyn, fuimos incomodadas por tres caballeros que paseaban a lo largo de la orilla del Avon, riendo, vociferando y holgazaneando de una manera tan desagradable que no sabíamos cómo adelantarles, y entonces los tres posaron sus ojos en mí, mirándome uno tras otro bajo el sombrero de un modo muy impertinente y murmurando entre sí. La señora Selwyn adoptó entonces una expresión inusualmente seria diciendo:

—Sean tan amables, caballeros, de seguir o dejarnos pasar.

—¡Oh, señora! —exclamó uno de ellos—, la dejaremos pasar con muchísimo gusto.

—O mucho me equivoco o nos dejarán *pasar a las dos* sin formar alboroto —contestó ella—; sentiría mucho que mi criado tuviera que tomarse la molestia de enseñarles mejores modales.

Su porte autoritario les sorprendió, pero todos optaron por echarse a reír, mientras uno le pedía al criado que comenzara la lección para tener el placer de arrojarle al Avon después; al tiempo, otro, avanzando hacia mí con una familiaridad que me sobresaltó, dijo:

—¡Por mi alma, si no la reconozco! Estoy seguro de no estar equivocado. ¿No he tenido el honor de verla en una ocasión en el Pantheon<sup>[63]</sup>?





Entonces recordé al caballero que había conseguido ruborizarme en aquel lugar; me incliné sin decir nada mientras todos saludaban respetuosamente, y de una manera sencilla se disculparon ante la señora Selwyn dejándonos el paso libre, aunque tuvieron a bien acompañarnos.

—¿Y dónde —continuó el caballero— permaneció escondida todo este tiempo? ¿Acaso no sabe usted que desde aquel día no he dejado de buscarla? Nadie sabía dónde encontrarla ni tenía noticias suyas..., ni un alma fue capaz de decirme a dónde se había marchado; no conseguía imaginar dónde podría estar recluida, y cada noche salía en su busca a dos o tres lugares públicos con la esperanza de encontrarla. Dígame..., ¿dejó usted la ciudad?

—Sí, mi señor.

—¡Al comienzo de la temporada! ¿Qué pudo motivarla a ausentarse antes del aniversario<sup>[64]</sup>?

—Señor, yo no tengo nada que ver con el aniversario.

—Por mi alma que todas las mujeres que asistieron pudieron regocijarse de que estuviera usted ausente... ¿Está aquí desde hace tiempo?

—No más de quince días, señor.

—¡Quince días! ¡Qué desgraciado que no la encontré mucho antes! Desde que llegué he tenido muy mala suerte. ¿Y cuánto tiempo se quedará?

—La verdad, señor, no lo sé.

—Seis semanas..., espero; le cederé este lugar al mismísimo diablo en cuanto usted se vaya.

—Le felicito entonces, señor —dijo la señora Selwyn, que hasta ese momento había escuchado atentamente en despreciativo silencio—, si encuentra un lugar tan bello como éste cuando visite los dominios del diablo.

—¡Ajá! A fe que esta dama está siendo dura con usted, señor —dijo uno de los acompañantes que caminaba con nosotros mientras el otro se había alejado.

—De ningún modo —contestó la señora Selwyn—, no hay duda de que la importancia y el rango de su señoría le aseguran un lugar allí, y estaría por encima de su inteligencia suponer que no desearía ampliar y embellecer su residencia.

Pese a mi disgusto con el caballero, confieso que la severidad de la señora Selwyn me sorprendió; pero usted, que tantas veces ha sido testigo de ella, no se asombrará de que aprovechara la oportunidad de mostrarse antipática.

—Esos *lugares* me son indiferentes —rebató él impasible—. ¡Que el diablo me lleve si me importa la dirección en la que voy!; los *objetos*, ciertamente, me interesan más, y por eso espero que los ángeles con cuya belleza me he sentido fascinado en este mundo tengan la bondad de prodigarme algún consuelo en el otro.

—¡Cómo, señor! —exclamó la señora Selwyn—. ¿Degradaría la residencia de *su amigo* admitiendo la insípida compañía de las regiones celestiales?

—¿Qué va a hacer esta noche? —dijo el caballero volviéndose hacia mí.

—Quedarme en casa, señor.

—Oh, a *propósito*, ¿dónde está?

—Las señoritas, señor mío —respondió la señora Selwyn—, no están en ninguna parte.

—Excúseme —susurró su señoría—, ¿esta extravagante mujer es su madre?

¡Santo cielo, señor mío, qué palabras empleó para hacerme una pregunta de ese tipo!

—No, señor.

—¿Su tía solterona, quizá?

—No.

—Pues quienquiera que sea, desearía que se ocupara de sus propios asuntos. No sé para qué diantres viven las mujeres después de los treinta. Sólo son un estorbo. ¿Irá usted al baile?

—Creo que no, señor.

—¿No? Entonces... ¿cómo va a ingeniárselas para pasar el tiempo?

—De una forma que su señoría calificaría como extraordinaria —exclamó la señora Selwyn—, la señorita *lee*.

—¡Ajá! Pardiez, caballero, ha caído usted en malas manos —exclamó el compañero bromeando.

—Haría usted mejor, señora, en atacar a Jack Coverley, pues de mí no conseguirá nada.

—¿De usted, señor? —dijo ella—. Dios no quiera que abrigue una esperanza tan vana. Sólo hablo por hablar, como una tonta mujer; de ninguna manera tengo una opinión tan baja de su señoría como para suponerle vulnerable a la censura.

—Se lo ruego, señora... —clamó él—, diríjase a Jack Coverley..., es muy adecuado para usted; sería muy ingenioso si no fuera tan modesto.

—Cállese, por favor, caballero —dijo el otro—, si la señora se complace en otorgarle sus favores, ¿por qué tanto empeño en que participe yo también?

—No teman, señores —dijo la señora Selwyn secamente—, no soy una *romántica*; no tengo la más mínima intención de ayudar a ninguno de los dos.

—¿Ha estado enferma desde que no la veo? —preguntó el caballero dirigiéndose a mí de nuevo.

—Sí, señor.

—Me lo figuraba, está usted más pálida..., y supongo que por ese motivo no la reconocí mucho antes.

—No es muy galante, señor —dijo la señora Selwyn—, descubrir la enfermedad de una señorita por su aspecto.

—Con este diablo de mujer no se puede hablar una palabra —dijo él en voz baja—; haga el favor Jack, encárguese de ella.

—Dispéñeme, señor —contestó el señor Coverley.

—¿Cuándo la veré de nuevo? —continuó el caballero—. ¿Viene a la sala termal cada mañana?

—No, señor.

—¿Pasea en carruaje?

—No, señor.

Justo en ese momento llegamos a la sala termal, poniendo punto final a nuestra conversación; si es que puede denominarse de ese modo a una serie de preguntas groseras y cumplidos gratuitos. Ya no tuvo ocasión de hablarme más, pues la señora Selwyn se reunió con un grupo muy numeroso y yo volví a casa caminando entre dos señoras, aunque tuvo la curiosidad de acompañarnos hasta la puerta.

La señora Selwyn estaba muy ansiosa por saber cómo había conocido a aquel caballero cuyos modales denotaban un carácter libertino; apenas he podido satisfacerla pues ignoraba incluso su nombre, pero esa misma tarde, el señor Ridgeway, el boticario, nos informó ampliamente.

Pudimos describirle fácilmente, pues es un hombre extraordinariamente alto, y el señor Ridgeway señaló que se trataba de *lord* Merton, un noble que ha recibido su título recientemente, aunque ya ha dilapidado más de la mitad de su fortuna; un declarado admirador de la belleza con fama de licencioso que, entre hombres,

generalmente se rodea de jugadores y *jockeys* y, entre mujeres, raramente es aceptado.

—Bueno, señorita Anville —dijo la señora Selwyn—, me alegro de no haber sido más amable con él. Puede contar conmigo para mantenerle a distancia.

—¡Oh, señora! —dijo el señor Ridgeway—, a partir de ahora será admitido en todas partes, pues va a *reformarse*.

—¿Es que a pesar de esos informes ha persuadido a alguna tonta para casarse con él?

—Todavía no, señora, pero se espera una boda próximamente; ha tenido contratiempos, pues los amigos de la señorita le han pedido que espere a la mayoría de edad; sin embargo, su hermano, que era el que principalmente se oponía a esa unión, ahora que ella está próxima a ser dueña de su voluntad, parece ceder. Es muy bonita, y tendrá una gran fortuna. La esperamos en los salones de un momento a otro.

—¿Cómo se llama? —dijo la señora Selwyn.

—Larpent —contestó—, *lady* Louisa Larpent, hermana de *lord* Orville.

—¡*Lord* Orville! —repetí yo, asombrada.

—Sí, señora; su señoría viene con ella, estoy bien informado. Se hospedarán en casa de la honorable señora Beaumont. Es pariente del *lord* y tiene una bellísima casa en Clifton Hill.

*¡Su señoría viene con ella!* ¡Dios mío, qué emoción me produjeron aquellas palabras! ¡Qué extraño, señor mío, que justamente en este momento decidan visitar Bristol! Me será imposible evitar verle, pues la señora Selwyn es muy amiga de la señora Beaumont. Ciertamente ha sido providencial que no nos haya cobijado el mismo techo, pues la señora Beaumont nos invitó a su casa inmediatamente después de nuestra llegada; sólo la inconveniencia de estar tan distante del salón termal hizo que la señora Selwyn declinara la invitación.

¡Oh, si el primer encuentro ya se hubiera producido, o si pudiera marcharme de Bristol sin verle! Temo enormemente una entrevista. Si viera expresada en sus ojos la misma impertinente libertad que dictó esa insolente carta, no sabría cómo soportarla, ni por él, ni por mí misma. Si la hubiese devuelto sería más fácil, porque al hacerlo, sabría cuáles son mis sentimientos; pero ahora sólo puede deducirlos de mi comportamiento, ¡y temo que confunda mi indignación con desconcierto! ¡Que malinterprete mis reservas como embarazo! Porque, mi querido señor, ¿cómo haré para despojarme del respeto con el que me había habituado a pensar en él, del placer con el que estaba acostumbrada a verle?

Forzosamente, él, al igual que yo, recordará la carta en el momento de nuestro encuentro; y tendrá la intención, probablemente, de inferir de mi semblante mis pensamientos. ¡Si pudiera expresarle lo mucho que detesto la impertinencia y la vanidad!, comprendería entonces lo equivocado que estaba al juzgar mi actitud tan inmerecidamente.


Hubo un tiempo en el que la sola idea de que un hombre como *lord* Merton

pudiera emparentar con *lord* Orville me hubiera sorprendido y afligido al mismo tiempo; no obstante, me complace saber de su repugnancia hacia ese matrimonio. Pero qué extraño que un hombre de tan dudosa reputación haya sido la elección de la hermana de *lord* Orville. Y qué extraño también que, casi a punto de casarse, se dedique a importunar con su galantería a otra mujer. ¡Qué mundo éste en el que vivimos, qué corrompido, qué degenerado! ¡Felicísima estoy de no tener ocasión de conocerlo! Si descubro que los ojos de *lord* Orville coinciden con su pluma..., pensaré que, de toda la humanidad, el único individuo noble reside en Berry Hill.

## CARTA II

### *De Evelina al reverendo señor Villars*

Bristol Hotwells, 12 de septiembre

h señor! *Lord Orville* es el mismo de siempre; nada más verle supe que seguía siendo todo lo amable que un hombre puede ser. Y su feliz Evelina, restituido nuevamente el ánimo y la tranquilidad, ya no tendrá mala opinión de sí misma ni estará descontenta con el mundo; ¡ya no considerará más, con la mirada abatida, la perspectiva de sus días futuros transcurriendo entre la tristeza, la duda y la sospecha! Ahora afrontará el porvenir con renovado coraje y esperará encontrar bondad en el género humano, mientras siente más fuerte que nunca la loca esperanza de encontrar la *perfección*. Su conjetura era perfectamente cierta: *lord Orville*, cuando escribió la carta, no podía estar en sí. ¡Oh, qué vicio tendrá el poder de degradar a semejante bajeza a un hombre tan noble! Esta mañana acompañé a la señora Selwyn a Clifton Hill donde, magníficamente situada, se encuentra la casa de la señora Beaumont. Durante el camino, que recorrimos lentamente, mi agitación era grande, quizá más porque mi mente aún está muy sensible. Cuando entramos en la casa, invoqué en mi ayuda a toda mi resolución y determiné morir antes que darle motivos a *lord Orville* para atribuir mi debilidad a una causa equivocada. Me sentí felizmente aliviada en mi turbación en cuanto vi que la señora Beaumont estaba sola. Permanecimos sentadas con ella por espacio de una hora al menos, y entonces vimos llegar a la verja un faetón<sup>[65]</sup>, del que descendieron un caballero y una dama.

Entraron en el vestíbulo con la soltura de quien se siente en su propia casa. Enseguida vi que el caballero era *lord Merton*; entró en la sala arrastrando los pies, con botas y el látigo en la mano, hizo algo parecido a un saludo dirigido a la señora Beaumont y se volvió hacia mí; su sorpresa fue manifiesta, pero hizo como si no me reconociera. Esperaba descubrir primero, creo, la razón que me había llevado a aquella casa, en la que no sintió regocijo alguno por encontrarme. Y se sentó en la ventana tranquilamente sin hablar con nadie.

Mientras tanto, la dama, que parecía muy joven, cojeando antes que andando, entró en la sala y saludó al pasar a la señora Beaumont, diciendo:

—¿Cómo está, señora? —y sin preocuparse de nadie más, con aire lánguido se dejó caer en un sofá, protestando con voz afectada y hablando tan suave que apenas se la oía: estaba muerta de cansancio—. Es que las carreteras, señora, están monstruosamente polvorientas, ¡y no se puede imaginar lo molesto que es el polvo en los ojos!..., y el sol..., ¡también es monstruosamente desagradable! Imagino que

tendré un tono tan bronceado que no estaré presentable para ser vista en una buena temporada. Ciertamente, señor, no saldré más con usted; no pone cuidado por dónde lleva a las personas.

—Por mi honor —dijo *lord* Merton— que la he llevado a dar el paseo más agradable de toda Inglaterra; es culpa del sol, no mía.

—Tiene razón, señor —dijo la señora Selwyn—, al echarle la culpa al sol, pues posee tantas excelencias que contrarresten sus pequeñas inconveniencias, que una pequeña culpa no lo dañará en nuestra estimación.

A *lord* Merton no le agradó en modo alguno esa alusión, que por otra parte no creo que hubiera sido hecha con tanta ligereza si no fuera para vengarse por su negligencia hacia nosotras.

—*Lady* Louisa, ¿encontró a su hermano? —dijo la señora Beaumont.

—No, señora, ¿ha salido en el carruaje esta mañana?

Entonces comprendí lo que ya sospechaba, que la dama era la hermana de *lord* Orville; qué extraño que con tan cercano parentesco sean tan distintos uno de otro. Ciertamente hay alguna semejanza en su apariencia, pero en modo alguno en sus modales.

—Sí —contestó la señora Beaumont—, y creo que deseaba verla.

—Su señoría conduce a tal velocidad —dijo *lady* Louisa—, que quizá le pasamos sin verle. Me asusté de muerte y confieso que estoy mareada. Y no sabe señora, no hemos hecho otra cosa que pelearnos toda la mañana. ¿No es verdad, señor mío, que le he regañado duramente? —y mirando a *lord* Merton le sonreía expresivamente.

—Ha sido la de siempre..., todo dulzura, *milady* —dijo él, mientras retorció el látigo entre los dedos.

—¡Oh, señor mío! Qué ignominia, sé que no piensa de ese modo; me atribuye muy mal carácter, ¿no es cierto?

—No, por mi honor, ¿cómo puede preguntar tales cosas, *milady*? Por favor, ¿sabe qué hora es?, mi reloj está parado.

—Son casi las tres —contestó la señora Beaumont.

—¡Por Dios, señora, me asusta usted! —exclamó *lady* Louisa, y volviéndose a *lord* Merton—: qué malvada criatura, ¿por qué me dijo que no era más que la una?

En ese instante la señora Selwyn se levantó para ausentarse, pero la señora Beaumont le preguntó si le gustaría ver la zona de arbustos, a lo que ella contestó:

—Me complacería mucho, pero temo que eso fatigue a la señorita Anville.

Entonces la señorita Louisa levantó la cabeza que tenía apoyada en su mano y la volvió para mirarme; una vez satisfecha su curiosidad dio media vuelta y volvió a su postura anterior sin apreciar el embarazo que me había causado ni reparar más en mí.

Me declaré perfectamente capaz de caminar y rogué que me permitieran acompañarlas.

—¿Qué dice usted, *lady* Louisa? —dijo la señora Beaumont—, ¿un paseo por el jardín?

—Yo, señora, le aseguro que no puedo dar ni un paso; el calor es tan sofocante que me mataría, estoy medio muerta ya; además, no tendré tiempo de vestirme. ¿Tendrá invitados hoy, señora?

—Creo que no, a menos que *lord* Merton nos honre con su presencia.

—Con mucho gusto, señora.

—No merecía ser invitado por lo malvado que es —dijo *lady* Louisa—, porque ha de saber, señora, lo abominable que ha sido: hemos encontrado al señor Lovel en su nuevo faetón, y su señoría tuvo la crueldad de echársele encima. De veras hemos volado, no podía ni respirar. Doy mi palabra, señor: nunca más confiaré en usted; ciertamente no lo haré.

Entonces nos fuimos al jardín, dejándoles discutir el asunto a sus anchas.

¿Recuerda usted, señor, una *dama muy bonita pero afectada* que le mencioné haber visto en el grupo de *lord* Orville en el Pantheon? ¡Qué poco imaginaba yo que era su hermana! La misma *lady* Louisa Larpent. Ahora comprendo la coquetería con que se dirigía a *lord* Merton aquella noche, y el desagrado con que *lord* Orville señaló la incorrecta atención de su futuro cuñado hacia mí.

No habíamos caminado demasiado cuando de lejos percibí a *lord* Orville, que desmontaba de su caballo y entraba en el jardín. Toda mi turbación regresó al verle, aunque me esforcé en reprimir mis emociones..., todas, menos mi resentimiento. Se acercó y saludó al grupo en general, pero yo volví la cabeza a un lado para eludir su saludo. Se dirigió inmediatamente a la señora Beaumont y le preguntó por su hermana, pero al verme más de cerca, exclamó sorprendido:

—¡Oh, señorita Anville!

Luego avanzó hacia mí, me prodigó cumplidas palabras sin expresión alguna de vanidad o impertinencia, ni siquiera de concienciación o vergüenza..., sino, más bien, con un semblante franco, varonil y encantador, con una sonrisa placentera y los ojos brillando de satisfacción. La *conciencia* estaba toda de *mi* parte, porque creo que para él, en ese instante, la carta estaba completamente olvidada.

¡Con cuánta cortesía se ha dirigido a mí! ¡Con qué dulzura me ha mirado! Incluso el tono de su voz parecía elogioso. Se ha felicitado por la fortuna de haberme encontrado; esperaba que me quedara algún tiempo en Bristol, y con ansiedad me preguntó si era mi salud la causa de mi viaje, en cuyo caso su satisfacción se convertiría en preocupación.

Y sin embargo, aunque hechizada por encontrarle como acostumbraba a ser, no suponga, muy señor mío, que olvidé el resentimiento que siento hacia él, o los motivos por los que me ha causado tanto pesar.

No, mi comportamiento fue tal que, si usted lo hubiera visto, no lo habría desaprobado en absoluto: estuve seria y distante, apenas le miré mientras hablaba ni le contesté cuanto permanecía en silencio.

Pienso que fue consciente del cambio obrado en mi conducta, y creo que esto no dejará de recordarle y hacerle lamentar la provocación causada, ya que ciertamente



no habría perdido la razón tanto como para mostrarse ahora ignorante de la ofensa cometida.

En cuanto me fue posible hacerlo sin demasiada brusquedad, le di la espalda y le pregunté a la señora Selwyn si no sería demasiado tarde para volver a casa. No sé cuál fue la reacción de *lord* Orville porque evité cruzar su mirada, pero no pronunció palabra en el trayecto que nos separaba de la verja. Creo que mi determinación le asombró, pues quizá no esperaba que tuviese tanto carácter. Para ser sincera, aún segura de la conveniencia, más incluso, de la necesidad de mostrarle mi desagrado, casi me odié a mí misma por recibir sus atenciones tan descortésmente.

Cuando nos despedimos y nuestras miradas se encontraron accidentalmente, le encontré tan serio como yo misma; la sonrisa y el buen humor con el que lo había encontrado habían desaparecido de su semblante.

—Temo que esta señorita esté demasiado débil para otra caminata sin haber descansado antes —dijo la señora Beaumont.

—Si estas señoras confiaran en mi conducción —dijo *lord* Orville— y no sintieran miedo del faetón, el mío estará listo en un momento.

—Es usted muy amable, señor —dijo la señora Selwyn—, pero mis últimas voluntades están aún sin firmar, y la verdad, prefiero no aventurarme en un faetón en manos de un joven mientras pueda evitarlo.

—¡Oh! —dijo la señora Beaumont—, tratándose de *lord* Orville no debería sentir miedo, pues es notablemente prudente.

—Bueno, señorita Anville, ¿qué dice usted?

—Realmente puedo seguir caminando —dije yo.

Pero entonces percibí en el rostro de *lord* Orville una sorpresa tan grande ante mi brusca negativa, que no pude menos que añadir:

—Porque sentiría mucho causarle la menor molestia.

El rostro de *lord* Orville se iluminó al escuchar estas palabras y renovó su ofrecimiento de forma que no pudiera negarme, al tiempo que pedía el faetón.

Yo no sé muy bien cómo ni por qué, muy señor mío, desde ese momento mis reservas disminuyeron sensiblemente; no se enoje conmigo, no fue mi intención, me esforzaré en renovar mi firmeza; cuando tracé mi plan, sólo pensé en la carta, no en *lord* Orville..., pero ¿cómo me será posible persistir en mi resentimiento sin mediar provocación? Porque, créame, queridísimo señor, si hubiese visto en él una actitud semejante a la de su desgraciada carta, su Evelina no habría perdido el derecho a ser objeto de su estima consintiendo ser tratada con indignidad.

Continuamos en el jardín hasta que el faetón estuvo preparado, y cuando nos separamos de la señora Beaumont, repitió a la señorita Selwyn su invitación para instalarnos en su casa; pero por la razón ya mencionada anteriormente fue de nuevo rechazada.

*Lord* Orville nos guió tan lentamente, con tan gran cautela que, pese a la altura del faetón, habría sido ridículo sentir miedo. No tomé parte alguna en la

conversación, pero la señora Selwyn suplió ampliamente la de las dos. El propio *lord* Orville no habló demasiado, pero el excelente sentido y las refinadas maneras que acompañan cada palabra que pronuncia dan valor y peso a todo lo que dice.

—Supongo, señoría —dijo la señora Selwyn cuando llegamos a nuestro alojamiento—, que le habría puesto en extremo embarazo haberse encontrado con alguno de los caballeros que tienen el honor de conocerle.

—En ese caso —respondió él con galantería—, habría sentido compasión de lo mucho que me envidiarían.

—No, señor mío —insistió ella—, habrían sentido vergüenza de que, en estos tiempos tan osados, hubiera sido tan cobarde de evitar espantar a las damas.

—¡Oh! —dijo él riéndose—, cuando un hombre siente miedo por sí mismo, las señoras no tienen peligro a su lado; el temor que usted ha sentido por su seguridad no es ni la mitad del que yo he sentido por la salud de mi corazón.

Entonces descendió, nos ayudó a bajar, se despidió encaramándose de nuevo al faetón y al momento estaba fuera de nuestra vista.

—Ciertamente —comentó la señora Selwyn cuando él se fue—, ha habido un error en el nacimiento de este joven; estaba indudablemente destinado a vivir en otra época; ¡es realmente educado!

Y ahora, mi querido señor, estando así las cosas, ¿puedo renunciar a mi resentimiento sin imprudencia o inconveniencia? Espero que usted no me censure. Si, como a mí, le complace, visto su respetuoso comportamiento, se habrá convencido de la imposibilidad de sostener mi indignación por más tiempo.

## CARTA III

### *De Evelina al reverendo señor Villars*

Bristol Hotwells, 19 de septiembre



ayer por la mañana la señora Selwyn recibió una tarjeta de la señora Beaumont, que la invitaba hoy a cenar; y otra, con el mismo propósito, dirigida a mí. La invitación fue aceptada y acabamos de llegar de Clifton Hill.

Encontramos a la señora Beaumont a solas en el salón. Voy a describirle la personalidad de esta señora tal como la he escuchado de nuestra irónica amiga la señora Selwyn, y con sus mismas palabras: es una *beata absoluta del almanaque de la corte*, porque, habiendo tenido la fortuna de nacer en una noble y antigua familia, sostiene la teoría de que *nobleza y virtud* son una misma cosa; tiene algunas buenas cualidades, pero más bien debidas al orgullo que a los principios; se alaba a sí misma de ser demasiado bien nacida para ser capaz de una acción indigna, y se cree en la obligación de conservar la dignidad de sus antepasados. Afortunadamente para el mundo en general, se le ha metido en la cabeza que la tolerancia es la virtud más distintiva de la nobleza, y ese mismo orgullo de familia que vuelve a otros despóticos es en ella motivo de amabilidad. Pero su cortesía es demasiado formal para ser agradable y demasiado mecánica para ser halagadora. Que me haga a mí el honor de tantas atenciones es debido sencillamente a un incidente que, estoy segura, le es penoso recordar; ocurrió que una vez le presté un pequeño servicio con relación a un alojamiento en Southampton, y he sido informada de que, cuando aceptó mi ayuda, ella pensaba que yo era una dama de categoría y no dudo de su desolación cuando descubrió que yo era simplemente una noble dama de campo: sin embargo, sus bellas normas de decoro la obligan a colmarme de favores desde entonces. Pero no me siento muy halagada por su gentileza, porque sé que no son debidas al cariño ni la gratitud, sino exclusivamente al deseo de cumplir una obligación que no soporta tener con una persona cuyo nombre no se encuentra en la lista de la corte.

Usted bien conoce, querido señor, el deleite con el que la señora Selwyn trata de dar rienda suelta a su ironía.

La señora Beaumont nos recibió muy amablemente, aunque a mí me molestó en parte la gran cantidad de preguntas que hizo referidas a mi familia; tales como si estaba emparentada con los Anville del norte..., si alguien que lleva mi nombre vivió en Lincolnshire..., y muchas otras indagaciones que me han hecho sentir no poco embarazo.

La conversación giró después sobre el pretendido matrimonio en su familia. Trató el asunto con reserva, pero es evidente que desapruaba la elección de *lady* Louisa. Habló de *lord* Orville en términos de gran estima, definiéndole, en palabras de Marmontel: *Un jeune homme comme il y en un peu*.

Lamenté que esta agradable conversación fuera interrumpida por la llegada del señor Lovel. En efecto, me sentí muy apesadumbrada con que se encontrara ahora en Hotwells. Presentó sus respetos con exquisitas maneras a la señora Beaumont, pero no se dignó atender a ninguna otra persona.

A los pocos minutos hizo su aparición *lady* Louisa Larpen, y prevalecieron los mismos modales, haciendo una reverencia con un «espero que esté bien, señora» dirigido a la señora Beaumont, y pasando rápidamente a sentarse en el sofá, donde, apoyando la cabeza en su mano, posó su mirada lánguida por todo el salón con una expresión vacía, como si, al mirar, estuviera decidida a no ver quién estaba presente.

El señor Lovel se acercó a ella inmediatamente, y con la más profunda reverencia, le preguntó cómo se encontraba.

—¡Oh, señor Lovel! —dijo ella levantando la cabeza—, no le había visto, ¿hace mucho que está aquí?

—Por mi *reloj*, señora, sólo cinco minutos —respondió él—, pero en ausencia de su señoría parecen siglos.

—¡Oh! Ahora recuerdo que estoy enojadísima con usted, así que váyase, se lo ruego, porque no pienso dirigirle la palabra en todo el día.

—Quiera Dios que su enojo no dure tanto tiempo. En tan crudas circunstancias un día me parecería un siglo. Pero dígame, ¿en qué he tenido la desgracia de ofenderla?

—¡Oh, la otra mañana casi muero de terror por su culpa! Todavía no me he repuesto del susto. ¿Cómo pudo ser tan cruel dirigiendo su faetón contra el de *lord* Merton?

—¡Por Dios, señora! No me hace justicia; los caballos tuvieron la culpa, no había medio de frenarlos; no puede imaginar lo mucho que sufrí de pensar que su señoría podía haberse asustado.

En aquel momento entró *lord* Merton, que se dirigió con paso majestuoso hacia la señora Beaumont, a quien saludó a solas inclinándose respetuosamente y se disculpó por haberse hecho esperar; luego, avanzando hacia Louisa, dijo de un modo indiferente:

—¿Cómo se encuentra esta mañana, señora mía?

—Nada bien —respondió ella—, desde que me levanté estoy muriendo de un gran dolor de cabeza.

—¿De veras? —dijo él con semblante totalmente impertérrito—. Me desagrada oírlo, pero... ¿por qué no consulta a un médico?

—Estoy realmente aburrida de consultas —contestó ella—. El señor Ridgeway acaba de irse pero no me ha dado nada para aliviarme; nadie aquí sabe lo que tengo, aunque todos ven lo apática que estoy.

—La constitución de su señoría —dijo el señor Lovel— es extremadamente delicada.

—Sí que lo es —dijo ella con voz queda—; soy un *puro nervio*.

—Me alegro entonces de que no me haya acompañado esta mañana —dijo *lord* Merton—, pues Coverley se me ha venido encima como un loco; tiene los dos caballos más fogosos que he visto en mi vida.

—Dígame su señoría por qué no ha venido Coverley con usted —se lamentó ella—, es divertidísimo. Me agrada mucho.

—Sí, me ha prometido venir enseguida. Supongo que llegará cuando ya hayamos cenado.

En medio de esta trivial conversación *lord* Orville hizo su aparición. ¡Oh, qué diferentes sus maneras! ¡Su aspecto y su forma de moverse eran muy superiores a los de todos aquellos que le rodeaban! Tras presentar sus respetos a la señora Beaumont y la señora Selwyn, se dirigió hacia mí, diciendo:

—¡Espero que la señorita Anville no haya padecido ya la fatiga del lunes por la mañana!

Y volviéndose a *lady* Louisa, que parecía sorprendida al ver que me hablaba, añadió:

—Permíteme, hermana, que te presente a la señorita Anville.

*Lady* Louisa, medio levantándose, dijo fríamente que se alegraba de conocerme, y luego se volvió bruscamente hacia *lord* Merton y el señor Lovel, continuando la conversación a media voz.

En cuanto a mí, me levanté, saludé y, sintiéndome tonta, me volví a sentar; primero me sonrojé ante la inesperada cortesía de *lord* Orville, y a continuación por la desafiante falta de educación de su hermana. ¿Cómo es posible que esta señorita vea en su hermano una persona tan universalmente admirada por sus modales y su conducta y, aun así, sea tan descortésmente opuesta a él en su comportamiento? Mientras la mentalidad de él, acrecentada y noble, se alza por encima de los pequeños prejuicios de su rango, la de ella, débil e inestable, se hunde bajo su influencia.

Estoy segura de que *lord* Orville se sintió herido y disgustado, pues se mordió los labios y, volviéndole la espalda a su hermana, se dedicó por entero a mí hasta que fuimos llamados para la cena. ¿Piensa usted que no agradecí sus atenciones? Por supuesto que sí, y todos los motivos de irritación que pudieran acecharme fueron completamente desechados.

Mientras estábamos sentados a la mesa entró en la estancia el señor Coverley; se excusó mil veces por haberse retrasado tanto diciendo que había tenido un accidente y se le había volcado el faetón haciéndose mil pedazos. *Lady* Louisa dio un grito al oír esto, y mirando a *lord* Merton le dijo que en su vida volvería a subirse a un faetón.

—¡Oh! —dijo él—, no se fije en lo que dice Jack Coverley porque no sabe guiarlo.

—Su señoría —dijo el señor Coverley—, conduciré contra usted y apuesto mil

libras a que gano.

—Hecho —dijo el otro—. Señale un día y escojamos un juez.

—Lo antes posible —dijo el señor Coverley—. Mañana mismo si el carruaje puede repararse.

—Estas apuestas son a propósito para hombres de rango —dijo la señora Selwyn—, pues un millón contra uno por ambas partes, se incapacita para cualquier empleo mejor.

—¡Por el amor de Dios —lloró *lady* Louisa palideciendo—, no hable así! Por favor, señoría; se lo ruego, señor Coverley, no me alarmen de esta manera.

—Tranquilícese, *lady* Louisa —dijo la señora Beaumont—, los caballeros meditarán mejor su plan. Ninguno de ellos habla en serio.

—La sola mención de semejante plan —dijo *lady* Louisa cogiendo sus sales— me hace temblar todo el cuerpo. La verdad, señoría, me ha asustado usted muchísimo. No voy a probar bocado.

—Permítanme —dijo *lord* Orville— proponer otro tema por el momento, y ya discutiremos este asunto más tarde.

—Por favor, hermano, perdóname —dijo *lady* Louisa—, su señoría tiene que darme su palabra de abandonar este proyecto, pues declaro que me he puesto enferma de muerte.

—Vamos a ver —dijo *lord* Orville—, suponiendo que ambas partes estén dispuestas a no perder la apuesta, para tranquilizar a las señoras, ¿cambiamos el proyecto por algo menos peligroso?

Esta propuesta fue ampliamente secundada por todos, y *lord* Merton y el señor Coverley no tuvieron más remedio que aceptarla; se acordó que el asunto quedaría resuelto por la tarde.

—Ahora estaré en disputa con los faetones de nuevo —dijo la señora Selwyn—, aunque *lord* Orville casi consigue reconciliarme con ellos.

—¡*Lord* Orville, pobre de mí! —dijo el ocurrente señor Coverley—. ¡Mi queridísimo *lord* Orville es tan prudente..., por Júpiter, prudente como una vieja! Bueno, ¡conduciría un carro tirado de un solo caballo contra el faetón de su señoría por cien guineas!

Esta salida causó gran regocijo, pues el señor Coverley, por lo visto, es considerado un hombre de ingenio infinito.

—Y usted, señor —dijo la señora Selwyn—, ¿ha descubierto la razón por la que *lord* Orville es tan prudente?

—No, señoría, debo reconocer que nunca conocí razones particulares para ello.

—Pues yo sí, señoría, se la diré a usted —dijo ella— y convendrá conmigo en que es muy particular. Los amigos de *lord* Orville aún no se han cansado de él.

*Lord* Orville rió y saludó de un modo muy respetuoso. El señor Coverley, algo confuso, se volvió a *lord* Merton y dijo:

—¡No juegue sucio su señoría! Recuerdo que la otra mañana me recomendó usted

que atendiera a esta señora, y a ella que la tomara conmigo, ¡y creo que hoy ha vuelto a hacerle la misma recomendación!

—¡Alégrate, Jack! —dijo *lord* Merton echándose a reír.

Después de esto la conversación giró sobre las comidas, tema que fue discutido con extremo deleite. Si yo no hubiera sabido que eran hombres de nobleza y condición, podría haber imaginado que *lord* Merton, el señor Lovel y el señor Coverley eran cocineros profesionales, pues ostentaban tantos conocimientos de salsas y platos y los diversos modos de adornar los mismos, que estoy convencida de que han empleado mucho tiempo y mucho estudio para hacerse tan expertos en este arte. Sería muy difícil determinar si se distinguieron más como glotones o epicúreos, porque ambos fueron exquisitos y voraces, sabiendo el derecho y el revés de cada plato y vaciándolo del mismo modo. Debería haberme aburrido de sus comentarios si no me hubiera divertido ver que *lord* Orville, estoy segura, estaba igualmente disgustado, no sólo leyendo mis pensamientos, sino comunicándome a su vez, con su expresión, los suyos.



Terminada la comida la señora Beaumont recomendó el cuidado de los caballeros a *lord* Orville y después acompañó a las señoras al salón.

La conversación hasta la hora del té fue sumamente insípida; la señora Selwyn se reservaba para los caballeros, la señora Beaumont estaba seria, y *lady* Louisa, lánguida.

Pero, al tomar el té, nos reunimos todos y la alegría sustituyó al aburrimiento.

Entonces yo, que como dice el señor Lovel, no soy *nadie*<sup>[66]</sup>, me senté silenciosamente junto a una ventana, un poco alejada de todos. *Lord* Merton, el señor Coverley y el señor Lovel, separadamente, no me hicieron caso al pasar y rodearon la silla de *lady* Louisa Larpent. Debo confesar que estaba resentida por el comportamiento del señor Lovel, pues era el primero que se me había presentado; es verdad que desprecié su afectación, aunque me duele despreciar a nadie; pero no lamenté en absoluto que *lord* Merton tomara la determinación de no conocerme delante de *lady* Louisa, pues su indiferencia me evita un gran embarazo. En cuanto al señor Coverley, su atención o su *desprecio* me es totalmente indiferente. En general, no obstante, me sentí sumamente incómoda al verme considerada a muy inferior altura por el resto del grupo.

Pero cuando *lord* Orville apareció, la escena cambió. Llegó el último, y viéndome sentada sola, no sólo se dirigió hacia mí, sino que aproximó una silla junto a la mía y me dedicó toda su atención. Me hizo varias preguntas sobre mi salud y esperó que ya hubiera encontrado beneficio de los aires de Bristol.

—¡Qué poco esperaba yo —añadió— cuando tuve el placer de verla en Londres, que la mala salud la traería aquí al poco tiempo! Me avergüenzo ahora de la satisfacción que sentí al verla. Si puedo ayudarla de alguna forma...

Me preguntó mucho por los Mirvan y habló de la señora Mirvan en términos de la más justa admiración.

—Es fina y afable, un auténtico carácter femenino.

—Ciertamente —contesté yo—, y su hija es tan dulce que, para alabarla en justicia y brevemente, puede decirse que es digna hija de su madre.

—Me alegro —dijo él— por el bien de ambas, pues en tan íntimas relaciones se refleja la reputación o la deshonra de uno en el otro.

Después comenzó a hablar de las bellezas de Clifton, pero al poco rato le interrumpieron con una llamada desde el grupo para discutir el tema de la apuesta. *Lord* Merton y el señor Coverley habían estado discutiendo algún tiempo sin encontrar la forma de arreglar el asunto con un acuerdo satisfactorio para ambos. Cuando pidieron ayuda a *lord* Orville, este propuso que cada uno votase un proyecto preferente, y que los dos caballeros formaran dos lotes que, con los respectivos votos, decidieran la apuesta.

—Entonces comenzaremos por las damas —dijo *lord* Orville. Y se dirigió a la señora Selwyn.

—Con mucho gusto —dijo ella con su presteza habitual—. Y ya que estos



caballeros acceden a no arriesgar sus *pescuezos*, imagino que se apostará por sus *cabezas*.

—¿Por nuestras cabezas? —exclamó el señor Coverley—. Caramba, señora, no la entiendo.

—Me explicaré más claramente. Como no dudo que ambos conocen muy bien a los clásicos, aprovechando su memoria, y para entretenimiento y sorpresa de la concurrencia, la apuesta consistirá en medir esos conocimientos, y las mil libras caerán de la parte que pueda recitar la oda más larga de Horacio.

Nadie pudo contener la risa excepto los dos caballeros aludidos, que parecían perplejos, ambos, por el modo en que acogieron la inesperada propuesta. Al fin, el señor Coverley, haciendo una gran reverencia, dijo:

—Su señoría, ¿quiere usted tener el placer de comenzar?

—¡Que el diablo me lleve si lo hago! —contestó el otro girando sobre sus talones y dirigiéndose a la ventana.

—Vamos, caballero —dijo la señora Selwyn—, ¿por qué vacila usted? ¿No tendrá miedo de una débil *mujer*? Además, si usted se equivoca estoy segura de que el señor Lovel tendrá la bondad de ayudarle.

Todas las risas fueron entonces a expensas del señor Lovel, cuyo semblante no manifestó agrado alguno por el cambio de situación.

—Yo, señora —respondió sonrojándose—. No, en verdad, debo implorar ser excusado.

—¿Por qué, señor?

—¿Que por qué, señora? Pues porque..., en realidad..., en ese caso... mi honorabilidad, señora, usted es más bien... un poco severa. Porque ¿cómo es posible para una persona que está en la Cámara estudiar a los clásicos? Le aseguro, señora —encogiendo los hombros de manera afectada—, que encuentro que ya es bastante para mi pobre cabeza estudiar política.

—¿Ha estudiado política en la escuela y la universidad?

—¡En la universidad! —repitió él con gran embarazo—. Pues, en cuanto a eso, señora..., no, no puedo decirle... Entre montar a caballo y..., y..., y demás, uno no tiene mucho tiempo, incluso en la universidad, para la mera lectura.

—Pero seguramente ha leído a los clásicos.

—¡Oh, sí, seguro, señora! Muy a menudo, pero..., no recientemente.

—¿Con qué oda recomienda comenzar a este caballero?

—¿Con qué oda? Realmente, señora..., no tengo especial predilección, pues debo confesar que Horacio no fue nunca uno de mis favoritos.

—¡Le creo! —dijo la señora Selwyn secamente.

*Lord* Merton avanzó hacia el centro, y con una inclinación de cabeza y una carcajada, dijo:

—¡Regocíjate, Lovel!

—*Lord* Orville se dirigió entonces a la señora Beaumont para el voto.

—Me sería muy agradable recordar tiempos pasados —dijo ella—, cuando las *reverencias* estaban de moda y la apuesta la ganaba el que saludara más correctamente.

—¡Pardiez, su ilustrísima! —dijo el señor Coverley—. Ahí sí que debería ganar usted ampliamente, pues su señoría nunca saluda con reverencia.



—Y *usted...*, ¿las hace? —dijo la señora Selwyn.

—¿Que si las hago? —dijo él—. ¡No hay más que verlo!

—Perdón, señores —dijo ella—, dijimos *reverencias*, no *saludos*.

—Su señoría —dijo el señor Coverley—, practiquemos; —y se pavoneó por la sala ridículamente haciendo cabriolas y marcando reverencias.

—Ahora vamos a preguntar a la señorita Anville —dijo *lord* Orville volviéndose hacia mí.

—¡Oh, no, su señoría! —dije yo—, realmente no se me ocurre nada que proponer. Sin embargo, no permitió que rehusara, insistiéndome en que dijera algo, y al fin,

por no hacerle esperar más, me aventuré a proponer un pareado improvisado sobre un tema dado.

El señor Coverley me hizo inmediatamente una *reverencia* o, según la señora Selwyn, un encogimiento de hombros, exclamando:

—Gracias, señora. ¡Pardiez, ése es mi fuerte! Bien, señor mío, el destino parece en su contra.

Después fue interpelada *lady* Louisa y todos parecían ansiosos por escuchar su opinión:

—Les aseguro que no sé qué decir, lo confieso. ¿No pueden prescindir de mí?

—¡De ningún modo! —dijo *lord* Merton.

—¿Cómo es posible que su señoría pueda hacer una petición tan cruel? —dijo el señor Lovel.

—¡Pardiez! —exclamó el señor Coverley—, si su señoría no nos resuelve este dilema nos veremos forzados a regresar a nuestros faetones.

—¡Oh! —gritó *lady* Louisa—. ¡Criatura infame! ¿Cómo puede ser tan abominable?

Creo que estas tonterías duraron una media hora al menos; cuando finalmente todos se cansaron, se dejó el asunto y ella dijo que lo consideraría de nuevo.

*Lord* Orville se dirigió al señor Lovel, quien, después de unos diez minutos de deliberación, propuso, con aires de importancia, que quien ganara la apuesta fuera ¡el que apostara por la pajita más larga!

Me fue muy difícil contener la risa ante la insensatez de esta propuesta; pero, para mi sorpresa, no noté el mínimo cambio de expresión en ninguno de los presentes; y, cuando volví a casa, la señora Selwyn me informó de que *sortear las pajas* es una moda de apuesta en modo alguno rara. ¡Buen Dios! Mi querido señor, ¿no parece como si el dinero no tuviera valor alguno, visto que quien lo posee lo malgasta de un modo tan infinitamente absurdo?

Faltaba sólo que se pronunciara *lord* Orville, y la atención de todos en él demostraba las expectativas que suscitaba. Esto no impidió que su propuesta fuera escuchada con asombro, pues no fue otra que..., ¡el dinero lo merecería aquel que, según la opinión de dos jueces, trajera la propuesta más digna para compartirlo con alguien necesitado!

Todos quedaron con la boca abierta, sin hablar. En realidad creo que todos, por un momento al menos, experimentaron alguna clase de vergüenza por haber propuesto o abogado por unas cosas tan extravagantes como frívolas e inútiles. En cuanto a mí, me sentí tan conmovida con aquella reprimenda tan noble a aquellos derrochadores, que mis ojos se llenaron de lágrimas.

El señor Coverley fue el primero en romper el breve silencio y la momentánea reflexión a la que fueron inducidos los presentes, diciendo:

—¡Pardiez, su señoría! ¡Tiene usted una forma extrañamente asombrosa de plantear las cosas!

—¡Caramba! —dijo el incorregible *lord* Merton—. Si vence esta propuesta escogeré a mi *suizo* para repartir conmigo, porque no conozco a un tipo más digno respirando.

Después de algunas otras frases ingeniosas, los dos caballeros dejaron la resolución del asunto para la mañana siguiente. La conversación tomó un giro diferente, pero no puse la atención suficiente para poder escribirle sobre ello.

No mucho después, *lord* Orville, recuperando su asiento junto al mío, dijo:

—¿Por qué está la señorita Anville tan pensativa?

—Siento pesar, señor —respondí—, por encontrarme entre aquellos que han merecido su censura.

—¿Mi censura? ¡Me asombra!

—En verdad, señor mío, me ha hecho avergonzarme de mí misma por haber hecho una propuesta tan tonta cuando me ofrecieron la oportunidad, si sólo hubiese tenido el buen sentido para usarlo —como hizo su señoría— demostrando un poco de humanidad.

—Trata el asunto demasiado seriamente —respondió él sonriendo—. Y no sé si entenderlo como un reproche hacia *mí*.

—¿Hacia usted, señor?

—No sé quiénes lo merecen más: quiénes acatan la opinión de la mayoría, o los que permanecen en un nivel superior.

—¡Oh, señor!, ¿qué otros se harían tan poca justicia?

—Me congratula —contestó él— que en efecto su opinión y la mía coincidan en este punto, a pesar de ser condescendientes con las bromas del grupo. Me toca a mí, por tanto, disculparme por una seriedad tan inoportuna que, si no fuera por el interés particular que me tomo ahora en los asuntos de *lord* Merton, no hubiera estado tan dispuesto a mostrar.

Un cumplido como éste no podía dejar de reconciliarme conmigo misma y, con el ánimo en alza, continuamos una conversación que le mantuvo a mi lado hasta que se anunció el carruaje de la señora Selwyn y regresamos a casa.

Durante el trayecto la señora Selwyn me sorprendió preguntándome si pensaba que mi salud me permitiría renunciar al paseo matutino hasta el salón termal, para poder pasar una semana en Clifton; y añadió:

—Porque esta pobre señora Beaumont se cree tan obligada a cumplir conmigo que, por pura compasión, no voy a tener más remedio que complacerla. Además, tiene la casa siempre llena de gente y, aunque son principalmente tontos y petimetres, aún hay algo placentero en *hacerlos pedacitos*.

Le dije que no quería en modo alguno ser obstáculo a sus deseos, pues mi salud estaba completamente restablecida. Así pues, querido señor, desde mañana seremos las invitadas de la señora Beaumont.

No me seduce gran cosa este proyecto, pues si bien es cierto que me agradan las atenciones de *lord* Orville, me es muy desagradable ser ignorada por el grupo.

Además, como estoy segura de que la particularidad de su cortesía se debe a un generoso sentimiento a la vista de mis circunstancias, no puedo esperar que la mantenga durante toda una semana.

¡Cómo echo de menos, desde que estoy lejos de su lado, la protección de la señora Mirvan! Es cierto que la señora Selwyn es muy complaciente conmigo, y me trata muy bien en todos los sentidos, pero se contenta ocupándose de ella y no se preocupa de que yo sea considerada a su mismo nivel.

No es que la censure, no lo hago, pues su amistad es sincera, pero en compañía, y tan absorbida por la conversación, no tiene pensamiento ni tiempo para quien no interviene, y me quedo aislada del grupo.

¡Pues bien, debo correr el riesgo!, pero hasta ahora no sabía cuán necesarios son el nacimiento y el patrimonio para obtener respeto y cortesía.

## CARTA IV

### Continúa Evelina

Clifton, 20 de septiembre

**A**quí estoy, mi señor, bajo el mismo techo que *lord* Orville! Ciertamente, si no fuera por él, mi situación sería, como fácilmente puede usted suponer, muy desagradable, pues ya conoce detalles de cómo soy considerada en esta casa.

—Querida mía —dijo la señora Selwyn—, ¿había coincidido antes con este mequetrefe de Lovel?

Pude satisfacer fácilmente su curiosidad, refiriéndole la forma y circunstancias en que le conocí.

—¡Oh! Ahora ya no me sorprende la mala disposición desde que comenzaron sus ofensas.

Le rogué que se explicara, y entonces me contó que mientras *lord* Orville conversaba conmigo, *lady* Louisa le dijo al señor Lovel:

—¿Conoce usted a ésa?

—¿Por qué, señora?, no puedo decirle con seguridad, por mi honor. Sólo sé de ella que es un tipo de *parásito* que hizo su primera aparición la pasada primavera, acompañando a la señorita Mirvan, una joven de Kent.

¡Qué crueldad, mi señor, estar expuesta de esta forma a la maledicencia de un hombre que está decidido a hacerme cuanto daño pueda! *Lady* Louisa desprecia sin duda a los *parásitos*, pero, gracias a Dios, su hermano no da crédito a tan mortificante denominación.

La señora Selwyn me aconseja *rendirme* ante el señor Lovel porque, según ella:

—Aunque es malicioso, está muy de moda y podría hacerme daño en el *bello mundo*.

Pero me despreciaría a mí misma, tanto como le desprecio a él, si fuera tan hipócrita de adular a un hombre al que menosprecio y aborrezco.

Fuimos recibidas por la señora Beaumont con gran amabilidad y por *lord* Orville con más aún. En lo que respecta a *lady* Louisa, apenas se percató de que estábamos en la sala.

Por aquí ha habido gente toda la jornada; parte de la misma la he pasado felizmente, pues después del té, cuando las señoras jugaron a las cartas, a *lord* Orville, que no juega, y a mí, que no sé jugar, nos dejaron solos, y su señoría se dedicó a conversar conmigo hasta la hora de cenar.

Casi sin darme cuenta, la timidez y la reserva que acostumbraba a sentir en su presencia ha desaparecido; la cortesía, la dulzura con la que me habla restablece toda mi alegría natural, y me siento con la soltura necesaria para *igualarme* a él; y, más incluso, a juzgar por su expresión, últimamente creo haber mejorado antes que empeorado en su opinión sobre mí.

Le pregunté qué se había acordado finalmente con respecto a la apuesta, y me dijo que, para su satisfacción, las dos partes habían accedido a rebajar la cantidad apostada de mil a cien libras; y que habían decidido celebrar una carrera entre dos viejas elegidas una por cada uno de ellos, las cuales debían tener más de ochenta años; no obstante, era preciso, por supuesto, que estuvieran tan fuertes y saludables como fuera posible.

Cuando expresé mi sorpresa por este extraordinario método de gastar tanto dinero, me contestó:

—Estoy encantado por la novedad de encontrarme con alguien tan auténtico en el mundo, como para no dejarse influenciar por la costumbre de olvidar el uso de razón; lo cierto es que, el seguir las modas hace que se permitan los mayores dislates sin censura alguna, y que las mentes se acomoden, aun a riesgo de las más ridículas manifestaciones, a estos absurdos que tan a menudo acontecen.

—Yo hubiera deseado que la humanitaria propuesta hecha ayer por usted hubiera tenido mejor acogida.

—¡Oh! —dijo él riéndose—. Yo estaba muy lejos de esperar ningún éxito, ¡y aún me consideraré afortunado si consigo librarme del ingenio del señor Coverley en un pasquín de los suyos! Hablé sin reparos porque no tengo el más mínimo deseo de ocultar que no soy partidario de los juegos.



Después de esto, cogió la *New Bath Guide*<sup>[67]</sup> y leyó conmigo hasta la hora de la cena. Al bajar la escalera, *lady* Louisa dijo:

—Hermano, pensé que estaba comprometido esta noche.

—Sí, hermana, en efecto —contestó él—, he estado comprometido. Y me saludó con un aire de caballerosidad que más bien me dejó confundida.

### *23 de septiembre*

Casi sin darme cuenta han transcurrido tres días desde la última vez que le escribí, y tan serenos, que de no ser por su ausencia no hubiera podido desear nada más. Mi estancia aquí se ha revelado más feliz de lo que me atrevía a esperar. Las atenciones con las que *lord* Orville me honra son tan constantes como halagadoras, y parecen resultar de una benevolencia de corazón que prueba lo extraordinariamente ajeno que es al capricho y el orgullo; y al ser sus buenas maneras consecuencia de un generoso resentimiento por verme desatendida por los demás, confío en que continuarán en la medida en que sea merecedora de ellas.



Ahora ya no estoy simplemente tranquila, sino que recobro mi habitual alegría en su presencia; tal es el efecto de su genuina cortesía, que descarta toda cohibición y vergüenza. Cuando salimos a pasear acepta ser mi acompañante y no se separa de mi lado. Cuando leemos, me señala los pasajes más dignos de ser considerados, me arranca mis sentimientos y me favorece confiándome los suyos. En la mesa, en la que siempre se sienta a mi lado, me colma de innumerables atenciones, mientras el distinguido refinamiento con el que me trata compensa mi pesar por la ostensible superioridad que siente hacia mí el resto del grupo. Mil encuentros casuales no habrían provocado el grado de confianza que estos cuatro días nos han proporcionado conviviendo bajo el mismo techo; y, como mi única amiga en esta casa es la señora Selwyn, que está, por otra parte, demasiado enfrascada en sus propias conversaciones para preocuparse por mí, *lord* Orville parece considerarme muy indefensa, y se siente autorizado, por tanto, a procurarme buenas atenciones y protección.

Ciertamente, mi querido señor, tengo motivos para creer que a la opinión despreciativa que tenía anteriormente de mí, le ha sucedido una infinitamente más parcial. ¿Será excesiva vanidad por mi parte? ¿Pudiera ser que sus miradas, sus gentilezas, sus deseos de conversación y su solicitud para complacerme, todo ello, conspire para hacerme tener engañosas esperanzas?

¡En resumen, queridísimo señor, estos últimos cuatro felicísimos días me compensan ampliamente de los meses de sufrimiento y dolor!

## CARTA V

### *Continúa Evelina*

Clifton, 24 de septiembre

**E**sta mañana bajé muy temprano, y suponiendo que la familia tardaría un rato en reunirse, salí con la intención de dar un paseo, como solía hacer en Berry Hill antes del desayuno; pero apenas había cerrado la verja del jardín, cuando me encontré de bruces con un caballero que al tiempo que se inclinaba ante mí pude reconocer como el infeliz señor Macartney. Muy sorprendida hice una reverencia y me detuve hasta que se hubo acercado a mí. Aún iba de luto, pero con mejor aspecto que la última vez que le vi; no obstante, tenía el mismo aire melancólico que tanto me impresionó cuando le conocí.

—Estoy encantado de haberla encontrado tan pronto —me dijo muy respetuosamente—. Llegué ayer a Bristol y he tenido alguna dificultad en seguir su rastro hasta Clifton.

—¿Sabía usted, entonces, que estaba aquí?

—Sí, señora; el único motivo de mi viaje fue verla. Estuve en Berry Hill y allí me informaron y me dieron la desagradable noticia de su enfermedad.

—¡Dios mío! Señor, ¿y por mí se ha molestado tanto?

—¿Molestia? Oh, señora, ¿podría ser molestia para mí expresar, en cuanto me ha sido posible, mi gratitud por su bondad?

Me informé después sobre *madame* Duval y su familia de Snow Hill. Me dijo que estaban todos bien y que *madame* Duval se proponía regresar en breve a París. Cuando le felicité por su mejoría, me dijo:

—Es con *usted misma* con quien debe congratularse, pues es exclusivamente a su humanidad a quien debo el hecho de estar vivo todavía.

Luego me dijo que sus asuntos estaban en situación menos desesperada y que, con ayuda del tiempo y la razón, esperaba acomodar su mente a una sumisión más gozosa de su destino.

—El interés que, con tanta generosidad, sintió usted en mi aflicción —añadió—, garantiza que no le será desagradable tener noticias de mi mejor fortuna. Estaba, por tanto, ansioso por hacérselo saber.

Me ha contado después que su amigo, «en cuanto recibió su carta, abandonó París y acudió presuroso a prodigarle ayuda y consuelo personalmente». Él aceptó —admitió— con el corazón encogido. «Pero aun así —añadió— acepté y, por tanto, obligado en la misma medida por un sentido del deber y la honorabilidad, el primer

paso fue acudir presuroso a la benefactora de mi angustia y reembolsar —y me dio algo en una hoja— la única parte de mis obligaciones que puede ser restituida. Por lo demás, no tengo más que mi gratitud para ofrecerle y estaré satisfecho de ser considerado su eterno deudor».

Le felicité muy sinceramente por su incipiente prosperidad, pero le imploré que no me privara del placer de su amistad rechazando el dinero hasta que sus asuntos se hubieran arreglado.

Mientras debatíamos sobre este punto, escuché la voz de *lord* Orville preguntándole al jardinero si me había visto. Inmediatamente se abrió la puerta del jardín y *lord* Orville se dirigió a mí apresuradamente diciendo:

—Por Dios, señorita Anville, ¿ha salido sola? El desayuno está listo desde hace un rato y me he vuelto loco buscándola.

—Ha sido usted muy bueno —dije yo—, pero espero que no me hayan esperado.

—¿Qué no la hemos esperado? —me contestó sonriendo—, ¿piensa que podemos sentarnos tranquilamente a desayunar con la idea de que ha huido de nosotros? Pero venga —dijo ofreciéndome el brazo—, si no regresamos supondrán que yo también he huido, atraído, naturalmente, por su magnetismo.

—Voy enseguida, señor —dije yo más bien azorada—, en dos minutos.

A continuación, dirigiéndome al señor Macartney y aún más avergonzada, le deseé una buena mañana. Él avanzó hacia el jardín con el papel todavía en la mano.

—No, no —dije yo—, otro día.

—¿Puedo entonces, señora, tener el honor de verla de nuevo?

No me atreví a tomarme la libertad de invitarle a casa de la señora Beaumont, ni tuve fuerzas para excusarme; y por consiguiente, no sabiendo cómo rehusar, le dije:

—Tal vez mañana por la mañana, a esta hora, pueda encontrarme aquí, pues creo que saldré a pasear antes de desayunar.

Él saludó respetuosamente y se fue; mientras, yo, volviendo a donde estaba *lord* Orville, vi su semblante tan alterado que me asusté de lo que tan ligeramente había dicho. No me ofreció su brazo como antes, sino que caminaba silenciosa y lentamente a mi lado. ¡Dios mío! —pensé yo—. ¿Qué se habrá imaginado? Si me ve salir mañana y encontrarme con el señor Macartney supondrá que lo de hoy también ha sido premeditado. Atormentada con estos temores determiné hacer uso de la confianza que su comportamiento, desde hace tiempo, venía alentando: y puesto que él no preguntaba decidí explicarme yo misma; por tanto, reduje mi paso para ganar tiempo, y le dije:

—¿Su señoría no se ha sorprendido de verme hablando con un desconocido?

—¿Un desconocido? ¿Es posible que ese caballero fuera un desconocido para usted?

—No, señor —dije yo tartamudeando—, para mí no lo es, pero..., podría usted suponer que...

—No, créame —dijo él con una sonrisa forzada—, nunca podría suponer que la

señorita Anville tuviera una cita con un desconocido.

—¿Una cita, señor? —repetí yo enrojando violentamente.

—Perdóneme, señora —contestó él—, pero creí haber *escuchado* una.

Me desconcerté de tal modo que no podía hablar; no obstante, viendo que él caminaba callado, no pude soportar que hiciera su propia interpretación de mi silencio, y por tanto, tan pronto me recobré de mi sorpresa, dije:

—Verdaderamente, señor, está usted muy equivocado; el señor Macartney tiene asuntos particulares conmigo, y no pude..., no supe cómo rehusar verle; pero no crea..., no suponga... —Tartamudeaba tan terriblemente que apenas podía seguir—, ciertamente no supe...

—Siento mucho —dijo él seriamente— haber sido tan desafortunado molestándola, pero le aseguro que no me hubiera acercado si no hubiese imaginado que estaba usted simplemente tomando el aire.

—¡Y eso hacía, señor! —exclamé ansiosamente—, en realidad eso hacía. Mi encuentro con el señor Macartney ha sido accidental; y si usted piensa que es impropio verle mañana estoy dispuesta a suspender mi intención.

—¡Si yo pienso! —dijo él sorprendido—. Seguramente la señorita Anville no permitirá la arbitrariedad de una opinión sobre un punto tan delicado, a quien desconoce las circunstancias que lo rodean.

—Si dispusiera de tiempo para oírlas, su señoría no desconocería tales circunstancias.

—Desde hace tiempo admiro —dijo él con voz suave— la dulzura de disposición de la señorita Anville, y el ofrecimiento de esa confianza me honra y me es demasiado grata como para no aprovecharla de inmediato.

Justo en ese instante la señora Selwyn abrió la ventana del salón dando término a nuestra conversación. Se burló de mi afición por los paseos solitarios, pero no me hizo ninguna pregunta.

Cuando el desayuno terminó, esperé tener oportunidad de hablar con *lord* Orville, pero *lord* Merton y el señor Coverley entraron e insistieron en pedirle opinión sobre el lugar que habían establecido para la carrera de las dos viejas. Las señoras comentaron que también querían participar y, en consecuencia, nos fuimos todos. La carrera se efectuará en el jardín de la señora Beaumont; los dos caballeros participantes estaban tan ansiosos como si de ello dependieran sus propias vidas.

Finalmente escogieron a las personas, pero encontraron gran dificultad en persuadirlas de ejercitar la carrera con el objetivo de medir sus fuerzas. Este importantísimo asunto se decidirá el próximo jueves.

Cuando regresamos a la casa, la entrada de otras personas me impidió cualquier conversación con *lord* Orville. Esto me irritó muchísimo porque sabía que tenía un compromiso en Hotwells por la tarde. No viendo, por consiguiente, oportunidad alguna de hablarle antes de que llegase el momento de mi encuentro con el señor Macartney, decidí que, antes de correr el riesgo de una opinión negativa, prefería

dejar al señor Macartney hacer sus propias conjeturas.

No obstante, cuando reflexioné sobre su situación particular, su pobreza, su desgracia y, más que todo lo demás, la idea de lo que él llama sus obligaciones hacia mí, no pude decidirme por un incumplimiento de mi promesa por varias razones, de entre todas ellas, la más hiriente, el que la desgracia lo hubiera convertido en receptor de desaires y desprecios.

Después de muchas consideraciones desagradables, decidí finalmente enviarle una tarjeta excusándome, que, en principio, me salvaría de un encuentro o afrenta. Por consiguiente le rogué a la señora Selwyn permiso para enviar a su criado a Hotwells, consintiendo ella inmediatamente. Luego escribí la siguiente nota:

*Al señor Macartney*

*Señor, como me va a ser imposible salir mañana por la mañana, no querría de ninguna manera que se molestase en venir a Clifton.*

*Espero, sin embargo, tener el placer de verle antes de que se ausente de Bristol.*

*Soy, señor, su humilde servidora,*

*Evelina Anville*

Encargué al criado que se informara en el salón termal de la dirección del señor Macartney, y regresé al vestíbulo.

Tan pronto como la gente se dispersó, las señoras se retiraron a vestirse; y entonces, inesperadamente, me encontré a solas con *lord* Orville, que en el momento que yo me levantaba para seguir a la señora Selwyn se acercó y me dijo:

—¿Querrá perdonar mi impaciencia si le recuerdo la promesa que tan amablemente me hizo esta mañana?

Me detuve, y habría regresado a mi asiento, pero enseguida entraron los criados para poner la mesa.

Él retrocedió y fue hasta la ventana; y, mientras consideraba la forma de comenzar, me pregunté si tenía *derecho* a revelar los asuntos del señor Macartney; y dudé, si para aclarar una imprudencia, no estaría cometiendo otra.

Angustiada por esta reflexión pensé que era mejor abandonar la sala y darme tiempo para meditar sobre el tema; y entonces, diciéndole que debía apresurarme para vestirme, subí escaleras arriba más bien bruscamente. Temo lo que *lord* Orville pueda pensar, pero ¿qué podía hacer? Poco acostumbrada a las situaciones en las que me encuentro, y avergonzada por las más mínimas dificultades, rara vez descubro a tiempo la conducta que debo seguir.

Cuando estábamos reunidos para comer, el criado de la señora Selwyn, entrando en el vestíbulo, me entregó una carta diciéndome:

—No pude encontrar al señor Macartney, pero los empleados de correos se lo harán saber si tienen noticias de él.

Me dio mucha vergüenza este recado en voz alta, y al encontrar la mirada de *lord Orville* con sus ojos fijos en mí, mi confusión se vio redoblada, y ya no supe dónde mirar. Toda la comida estuvo tan silencioso como yo, y en cuanto pude levantarme de la mesa me fui a mi cuarto. La señora Selwyn me siguió, y sus preguntas me obligaron a confesarle todos los detalles de mi encuentro con el señor Macartney para justificar mi escrito. Me dijo que era un asunto puramente romántico, y habló de sus sentimientos con gran severidad, declarando que no tenía dudas de que se trataba de un aventurero y un impostor.

Y ahora, mi querido señor, estoy totalmente desorientada respecto a lo que debo hacer. Cuanto más pienso en ello, más creo que sería absolutamente impropio revelar la historia y dar publicidad a las desgracias y la extrema pobreza del señor Macartney que, sin duda, tiene derecho a mi silencio y discreción, y cuya carta me obliga a considerar sagrada su confianza; y sin embargo, el aire de misterio —y quizás algo peor— que este asunto debe tener para *lord Orville*, su seriedad... y la promesa que le hice son motivos a los que a duras penas puedo resistirme para sincerarme con él, con la franqueza que él espera de mí.

Estoy igualmente preocupada por si, de todos modos, debo ver o no al señor Macartney mañana por la mañana.

¡Oh, señor, si pudiera iluminarme ahora con su consejo, cuánta ansiedad y preocupación podría evitarme!

Pero no..., no debo traicionar al señor Macartney; no perderé el derecho a una confianza que nunca debería haber sido depositada en mí si no mediara una fe ciega en mi honor de la cual me avergonzaría descubrirme indigna. Deseosa como estoy de la buena opinión de *lord Orville* me esforzaré en conducirme como si fuera guiada por su consejo y, tomando como único objetivo aquel de *merecerla*, dejo al tiempo y al destino mi éxito o mi decepción.

Desde que he tomado esta resolución mi mente está más tranquila; pero no terminaré esta carta hasta que el asunto esté solucionado.

*25 de septiembre*

Esta mañana me levanté muy temprano, y después de un millar de planes diferentes, y no pudiendo asumir que el pobre señor Macartney supusiera que le había olvidado, consideré de obligado cumplimiento el mantener mi palabra, ya que no había recibido mi nota; por tanto, decidí pedirle disculpas, no dedicarle más de dos minutos y excusarme para no volver a verle. Aún insegura de si obraba bien o mal, me dirigí temblando de miedo hacia la portilla del jardín. Juzgue usted mis sentimientos ¡cuando lo primero que vi fue a *lord Orville*! Aunque parecía sumamente desconcertado, dijo, vacilando:

—Perdón, señora..., no intentaba..., no imaginaba verla aquí tan temprano..., o..., de otro modo..., de otro modo no habría venido. —Y después, saludándome con precipitación, pasó de largo entrando en el jardín.

Me sentí tan turbada que apenas podía mantenerme en pie; pero involuntariamente exclamé:

—¡Oh, señor!

Él se volvió, y después de una breve pausa, dijo:

—¿Me habla a mí, señora?

No pude contestar inmediatamente, me sentí *sofocada* y me vi forzada incluso a apoyarme en la portilla del jardín.

*Lord Orville*, recobrando su dignidad, dijo:

—No sé cómo disculpar mi presencia, en este instante, en este lugar; y no estoy en grado ahora —si eso fuera posible— de justificarme de la imputación de impertinente curiosidad que tiene todo el derecho de atribuirme. No obstante, ahora sólo imploro su perdón, sin entretenerla más tiempo.

Se inclinó respetuosamente de nuevo y se alejó.

Por algunos instantes permanecí inmóvil, en el mismo punto y en la misma posición, como si me hubiera transformado en una piedra. Mi primer impulso fue llamarlo de nuevo y contárselo todo de inmediato, pero deseché esa idea, aunque hubiera dado el mundo entero por poder llevarla a cabo.

Algo similar al orgullo acudió al rescate de cuanto pensaba debía al señor Macartney, y decidí, no sólo mantener su secreto, sino aplazar cualquier tipo de explicación hasta el momento en que *lord Orville* se dignara a pedirla.

Caminaba lentamente y, antes de entrar en la casa, se volvió, pero, al darse cuenta de que yo le observaba, desvió rápidamente la mirada.

Ciertamente, señor mío, no podrá imaginar fácilmente una situación más incómoda que la mía en ese momento; que *lord Orville* sospechara que estaba inmersa en acciones clandestinas me hería el alma; estaba demasiado confusa para esperar al señor Macartney, ni en verdad podía soportar que mi plan para permanecer allí fuese tan conocido. Pero estaba tan sumamente agitada que apenas podía moverme, y estaba segura de que *lord Orville* me había visto vacilar desde la ventana del salón, porque no había dado cinco pasos y, apresurándose a mi encuentro, dijo:

—Temo que no se encuentre bien; le ruego me permita —ofreciéndome su brazo — ayudarla.

—No, su señoría —dije yo con toda la resolución que pude; pero al mismo tiempo su inesperada atención me conmovió tanto que tuve que volver mi cabeza para ocultar mi emoción.

—Sí, debe —dijo él con seriedad—, debe aceptarlo..., estoy seguro de que no se encuentra bien, no me rechace el honor de ayudarla.

Y casi a la fuerza tomó mi mano, la colgó de su brazo, y me obligó a apoyarme en él. Me sometí, en parte, porque me sorprendió su autoridad tan poco corriente en *lord*

Orville, y en parte, porque en ese momento no tenía ni fuerzas para protestar.

Cuando entramos en la casa me condujo al saloncito y, sentándome en un sillón, me ofreció un vaso de agua.

—No, señor, gracias —dije—, ya estoy perfectamente; y, levantándome, caminé hasta la ventana, donde, por unos momentos, fingí interés en mirar al jardín.

Decidida como estaba a actuar con el señor Macartney honradamente, estaba más ansiosa de restituirme la buena opinión de *lord* Orville, pero su silencio y su aspecto preocupado me desalentaron de hablar.

Mi situación era cada vez más desagradable y bochornosa, y decidí regresar a mi cuarto hasta que el desayuno estuviera listo. Si permanecía más tiempo allí temía estar exponiéndome a sus preguntas, y estaba segura de que aún me encontraba peor dispuesta a hablar que él a escuchar.

Cuando abrí la puerta se volvió rápidamente, diciendo:

—¿Se retira, señorita Anville?

—Sí, su señoría —contesté yo, deteniéndome.

—Quizá para volver a...; pero le ruego me perdone...

Hablaba tan agitado que me fue fácil comprender que se refería al *jardín*, y contesté inmediatamente:

—A mi cuarto, señor.

Y otra vez intenté irme; pero al ver en mi respuesta que le había entendido, lamentó su insinuación, se acercó con aire solemne aunque queriendo dibujar una sonrisa, y dijo:

—No sé qué mal espíritu me persigue esta mañana, que parezco destinado a decir aquello que no debo; estoy tan avergonzado de mí mismo que apenas me atrevo a solicitar su perdón.

—¿Mi perdón, señor? —dije yo más consternada que exaltada por su condescendencia—. Con seguridad no puede hablar en serio.

—Nunca tanto como ahora; pero sí, interpreto que el semblante de la señorita Anville acepta mi perdón.

—No comprendo, señor, cómo puede *perdonar* quien nunca fue ofendida.

—Es usted muy amable; no podría esperar menos de una dulzura incomparable. ¿No me tachará de inmiscuido si me aprovecho de su bondad y le recuerdo su promesa de ayer?

—No, en verdad, al contrario, estaré encantada de exonerarme a mí misma en la opinión de su señoría.

—Una exoneración que usted no necesita —dijo él conduciéndome de nuevo a la ventana—; yo, es que..., mi curiosidad es más fuerte que yo.

Cuando estuve sentada me encontré muy perdida, sin saber qué decir; pero, después de un corto silencio y, armándome de valor, dije:

—¿No me juzgará frívola y caprichosa si le confieso que me arrepiento de la promesa que le hice, y le rogara a su señoría que no insistiera en su estricto



cumplimiento?

Hablé tan precipitadamente que no fui consciente en el momento de la impropiedad de lo que dije.

Como *lord* Orville permanecía silencioso y muy atento continué sin interrumpirme:

—Si supiera usted, por otra parte, las circunstancias referidas a mi encuentro con el señor Macartney, estoy más que segura de que usted mismo desaprobaría que se las relatara. Es un caballero, y ha sido muy desgraciado. Pero no me creo con derecho a decir nada más... Aunque quizá si él supiera el interés que usted tiene en sus asuntos, fácilmente consentiría en admitir que se los revelara... ¿Me permite su señoría que se lo pregunte?

—¡Sus asuntos! —repitió *lord* Orville—, de ningún modo; no tengo la más mínima curiosidad sobre ellos.

—Le ruego que me perdone, señor..., pero ciertamente había entendido lo contrario.

—¿Es posible, señora, que pueda suponer que los asuntos de un absoluto desconocido puedan despertar mi curiosidad?

La seriedad y frialdad con las que me hizo esta pregunta me avergonzaron muchísimo. Pero *lord* Orville es el hombre más delicado del mundo y, reponiéndose al momento, añadió:

—No quiero con ello despreciar a su amigo, ni mucho menos; siempre desearé para él toda la felicidad del mundo, pero estoy más bien decepcionado, y aunque no dudo de la justicia de sus motivaciones, a las cuales me someto, no debería extrañarse porque en el momento en que esperaba ser honrado con su confianza sienta un gran pesar al tener que renunciar a ella.

¿Piensa usted, mi querido señor, que, en ese momento, no requerí de toda mi resolución para evitar decirle francamente lo que fuera que deseara oír? Pero me regocijo de no haberlo hecho; porque, además del real agravio que hubiera cometido estoy segura de que el propio *lord* Orville me hubiera culpado una vez lo hubiera conocido.

Afortunadamente se me ocurrió esta idea y dije:

—Usted mismo puede juzgar; la promesa que hice, aunque voluntaria, fue impulsiva pero desconsiderada; y aun si me hubiera concernido no hubiera vacilado en cumplirla, pero el caballero cuyos asuntos estaba obligada a relatar...

—Perdone por interrumpirla —dijo—, y permítale asegurarle que no tengo el más mínimo deseo de tener conocimiento de sus asuntos más allá de los motivos que la indujeron ayer por la mañana...

Se detuvo, pero ya no era necesario añadir nada más.

—Eso, su señoría —dije yo—, se lo diré honestamente. El señor Macartney tuvo algún asunto particular conmigo y no puedo tomarme la libertad de recibirle aquí.

—¿Y por qué no? La señora Beaumont, estoy seguro...

—Yo, señor, no me atrevería a abusar de la complacencia de la señora Beaumont; y, con la misma insensatez precipitada con la que le hice a usted la promesa, y aun más, le ofrecí a él encontrarnos.

—¿Y... lo hizo usted?

—No, su señoría —dije enrojeciendo—, regresé antes de que llegara.

Nuevamente, durante algún tiempo, nos quedamos callados; pero, no queriendo darle tiempo a reflexiones que no irían sino en contra mía, me armé de todo mi valor para decirle:

—No hay criatura joven en el mundo que más necesite y más vehementemente precise los consejos y la protección de sus amigos que yo misma; no conozco el *mundo* y no estoy acostumbrada a obrar por cuenta mía; mis intenciones no son nunca voluntariamente censurables, pero me equivoco continuamente. Antes tenía a mi lado al más cariñoso de los amigos y al más capaz de los hombres para guiarme e instruirme en cada ocasión, pero ahora que tanto lo necesito está demasiado lejos... y aquí, no hay un solo ser humano a quien pedirle consejo.

—¡Quiera el cielo! —dijo él con semblante del que toda seriedad y frialdad había desaparecido convirtiéndose en la más dulce benevolencia—, que sea digno y capaz de reemplazar a ese amigo para la señorita Anville.

—Me hace usted demasiado honor —dije yo—, y espero su franqueza..., quizá debiera decir su benevolencia..., para poder disculpar mi inexperiencia para proceder de un modo tan desconsiderado. ¿Puedo confiar, su señoría, en que lo hará?

—¿Puedo yo esperar —dijo él— que usted perdonará la mala gana con que me someto a sus deseos y permitirme así —besando mi mano— sellar mi paz?

—¡Nuestra paz, señor! —dije yo, con el ánimo renovado.

—Entonces, éste —dijo, besándola otra vez—, por nuestra paz. Y ahora, ¿somos amigos?

En ese momento se abrió la puerta y apenas tuve tiempo de retirar mi mano antes de que las señoras entraran a desayunar.

Durante todo el día fui la más feliz de las criaturas. Reconciliarme con *lord* Orville y, aun más, adherirle a mi resolución..., ¿qué más puedo desear? Él también ha estado muy alegre, y más atento y solícito conmigo que nunca antes. No permita Dios que de nuevo me encuentre en una situación semejante, pues no alcanzo a expresar la angustia que he sufrido por el temor de su mala opinión sobre mí.

Pero ¿qué pensará el pobre señor Macartney? Tan feliz como soy lamento mucho haberme visto obligada a decepcionarle.

*Adieu*, mi queridísimo señor.

## CARTA VI

### *Del señor Villars a Evelina*

Clifton, 28 de septiembre

**M**uerto para el mundo, e igualmente insensible a sus placeres y a sus pesares, he sido durante mucho tiempo indiferente a todo sufrimiento, y me despedí de toda alegría, con la única excepción de aquella que brota de mi Evelina, la única fuente para mí de mi propia felicidad terrenal. ¡Qué extraño, entonces, que la carta en la que dice ser la *más feliz de las criaturas* me procure una angustia mortal!

—¡Ay, niña mía! ¡Que la inocencia, el primer y más preciado don del cielo, sea, de entre todos, el más ciego y peligroso, el más expuesto a la traición, y el menos capaz de defenderse en un mundo donde es casi desconocido, menospreciado y perpetuamente burlado! ¡El cielo quisiera que estuvieras a mi lado! Entonces, dulce, gradualmente, podría afrontar un tema demasiado delicado para ser discutido a distancia; pero es demasiado importante, y la situación muy crítica, para tolerar la demora.

—¡Oh, mi Evelina!, ciertamente tu situación es muy crítica. Tu paz interior está en juego, y tu felicidad futura puede depender de la conducta del momento presente.

Hasta ahora evité hablarte de la más importante de todas las preocupaciones: el estado de tu corazón: ¡ay de mí, no necesito preguntarte! He guardado silencio, es cierto..., pero no he estado ciego. Hace ya tiempo que, con el más profundo pesar, percibí la influencia que *lord Orville* ha ido ganando en tu mente. Sólo con la mención de su nombre..., tu temblor a cada palabra leída... Me aflige procurarle dolor a mi dulce Evelina, pero no me atrevo a callarme por más tiempo.

Ya tu primer encuentro con *lord Orville* fue decisivo. Vigoroso, valiente, libre de prejuicios, tal es el hombre que describes que no podía dejar de despertar tu admiración; y del modo más peligroso..., porque parece tan inconsciente de su poder sobre ti como tú de tu propia flaqueza; y por eso, no hubo alarma por su *vanidad* e incluso por tu propia *prudencia*. Joven, llena de vida, completamente privada de defensa, y sin ninguna reflexión sobre las consecuencias, la *imaginación* ha tomado las riendas, y la razón, con su paso lento aunque seguro, fue desigual en una carrera con tan excéntrica e inconsciente compañera. ¡Qué rápido fue el progreso de mi Evelina a través de las regiones de la fantasía y la pasión a donde era conducida por su nuevo guía! Vio a *lord Orville* en un baile... y *¡era el más amable de los hombres!* Lo encontró de nuevo en otro baile y *¡ya tenía todas las virtudes que existen bajo el*

*cielo!*

No es que yo pretenda despreciar los méritos de *lord Orville*, quien, con una sola y misteriosa excepción, parece haber merecido el concepto que te has formado de su carácter; pero aún no era el tiempo; aun sin el conocimiento de su valor, obtuvo tu consideración. Tu nuevo compañero no tuvo paciencia para esperar ninguna prueba; tu inflamado lápiz impregnado de los vividos colores de las ideas creativas le ha pintado, a tus ojos, en el momento de tu primer encuentro, con todas las excelencias, todas las raras cualidades que sólo en un gran lapso de tiempo, y con una gran intimidad, se pueden descubrir.

Te halagó que su parcialidad fuese efecto de la estima fundada en un amor al mérito y en un principio de la justicia; y tu corazón, que ha advertido el sacrificio del error, estaba completamente entregado antes de sospechar que estaba en peligro siquiera.

Mil veces he estado a punto de mostrarte los riesgos de tu situación; pero yo esperaba que la misma inexperiencia que ocasionó tu error lograría, con la ayuda del tiempo y la separación, tu curación. En realidad me resistía a destruir tu ilusión mientras osaba esperar que la misma pudiese contribuir a restablecer tu tranquilidad, pues tu ignorancia del peligro y la intensidad de tus sentimientos podría, tal vez, evitar el desaliento con el que los jóvenes, en circunstancias similares, son propensos a persuadirse de que lo simplemente difícil se transforma en absolutamente imposible. Pero ahora, desde que de nuevo lo has encontrado y se ha convertido en un amigo más íntimo que nunca, toda mi esperanza en el silencio y la aparente ignorancia se ha desvanecido.

Despierta, pues, mi querida niña ilusa; despierta ante la percepción del peligro y esfuérzate en evitar los males que te amenazan..., males que, para una mente como la tuya, son especialmente temibles: ¡una secreta tristeza, una pena encubierta, y sin embargo, devoradora!

Haz un noble esfuerzo por recobrar tu paz, que ahora —lo veo con pesar— depende enteramente de la presencia de *lord Orville*. Este esfuerzo será muy doloroso, es cierto, pero confía en mi experiencia cuando te aseguro que es necesario.

¡Debes separarte de él! ¡Su presencia es perniciosa para tu sosiego y su trato mortal para tu tranquilidad futura! Créeme, mi amadísima niña, mi corazón se aflige mientras dicta lo que el tuyo necesita imperiosamente. Si hubiese podido congraciarme de que *lord Orville*, ciertamente, fuera consciente de tu valor, y actuara con una nobleza de mente que se hubiese demostrado recíproca, no privaría a mi Evelina de su felicidad en sociedad, y aumentaría mi respeto por el hombre al que tanto admira. Pero ésta no es una época en la que podamos confiar en las apariencias, y la imprudencia es más pronto lamentada que reparada.

Me dices que ya estás muy mejorada: ¿estás de acuerdo entonces en abandonar Bristol? Bruscamente no, no es eso lo que deseo; pero a los pocos días de que recibas esta carta escribiré a la señora Selwyn y le diré lo mucho que deseo tu regreso; la

señora Clinton puede muy bien cuidarte en el camino.

He meditado mucho sobre todas las opciones posibles para alcanzar tu felicidad, antes de exigir una obediencia que estoy convencido será dolorosa para ti; pero no he encontrado ninguna que pueda satisfacerme. Esta determinación, cuando menos, es segura, y en lo que se refiere a su éxito..., demos tiempo al tiempo.

Me alegra mucho escuchar las buenas nuevas sobre la mejoría del señor Macartney.

¡Adiós, mi querida niña! ¡Que el cielo te guarde y te dé la fortaleza que necesitas!  
A. V.

## CARTA VII

### *De Evelina al reverendo señor Villars*

Clifton, 28 de septiembre

**D**ulcemente, muy dulcemente, han pasado dos días más desde mi última carta; pero he estado demasiado ocupada para guardar exactitud en mi diario.

Hoy ha sido el día menos tranquilo, pues debía decidirse la famosa apuesta, y esto ha causado confusión general en toda la casa. Se resolvió que la carrera tuviera lugar a las cinco de la tarde. *Lord* Merton desayunó aquí y se quedó hasta el mediodía. Quiso comprometer a las señoras para apostar por él, con el genuino espíritu del juego, por intuición. No pudo convencer más que a *lady* Louisa, pues la señora Selwyn dijo que nunca apostaba en contra de sus propios deseos, y la señora Beaumont no tomará partido.

De mí no se preocuparon. Es inaudita la desatención de *lord* Merton hacia mí en presencia de *lady* Louisa. Pero, poco antes de la comida, estando sola en la sala, volvió *lord* Merton, que con su familiaridad habitual, entró diciendo:

—Mire, *lady* Louisa. —Pero se detuvo repentinamente y, dirigiéndose a mí, dijo —: Por favor, ¿a dónde se han ido?

—Ciertamente no lo sé, su señoría.

Entonces cerró la puerta y, con semblante alterado y nervioso, dijo:

—¡Qué felicidad, deliciosa criatura, encontrarla finalmente a solas! Por mi alma que empezaba a pensar que había un complot en mi contra, pues nunca me ha dedicado ni un solo momento.

Y con toda confianza me agarró por el brazo.

Me sorprendió tanto su actitud, dado que antes parecía no haber reparado en mí en absoluto, que no pude ni contestar, y me quedé mirándole fijamente con sincero asombro.

—Si no hubiera sido usted el angelito más cruel del mundo me habría procurado alguna ocasión para verla, pues ya ve cómo estoy de vigilado aquí; los ojos de *lady* Louisa nunca se apartan de mí. ¡Me procura un anticipo encantador de los placeres del matrimonio! Sin embargo, no será lo bastante duradero.

Profundamente disgustada por su conducta traté de soltar mi brazo; pero creo que no hubiese tenido éxito si la señora Beaumont no hubiese hecho acto de presencia. Entonces me volvió la espalda y dijo:

—¿Cómo está, señora? ¿Cómo está *lady* Louisa? Ya ve que no puedo vivir ni un

momento fuera de esta casa.

¿Puede creer usted, mi querido señor, semejante descaro?

Antes de comer vino el señor Coverley, y antes de las cinco, el señor Lovel y algunos amigos más. El sitio marcado para la *carrera* era un paseo de arena del jardín de la señora Beaumont y su prolongación, unas veinte yardas.

Cuando fuimos convocados para la carrera aparecieron las dos pobres viejas que, aunque saludables para su edad, se veían muy débiles, enfermizas y tan delgadas que, a la vista, no pude remediar un sentimiento de piedad. Sin embargo, éste no fue el sentimiento general del grupo, pues nada más verlas se echaron todos a reír, con la única excepción de *lord* Orville, que mantuvo una expresión muy seria todo el tiempo; indudablemente debía estar muy disgustado de la disipada conducta y la extravagancia de un hombre con el que pronto va a estar emparentado.

Durante un rato la escena fue verdaderamente ridícula: la agitación de los participantes y las apuestas que hacían sobre las viejas fueron absurdas y sin medida: *¿Por quién apuesta? ¿De qué lado está?* Eran las preguntas que corrían de boca en boca por toda la concurrencia. *Lord* Merton y el señor Coverley estaban tan excesivamente alegres y ruidosos que pronto comprendí que se habían excedido brindado para celebrar su éxito. Acompañaban con fuertes gritos a las viejas y las alentaban con generosas promesas a hacer el mayor esfuerzo posible.

Cuando fue dada la señal para la salida, las pobres criaturas, débiles y asustadas, chocaron la una contra la otra, y no estando ninguna en disposición de soportar el choque, cayeron a tierra.

*Lord* Merton y el señor Coverley corrieron raudos en su auxilio; se les acercaron unas sillas, y cada una de ellas se bebió un vaso de vino. Se quejaban de magulladuras, pues, torpes y desvalidas, no fueron capaces de levantarse por sí mismas y cayeron con su propio peso a la arena. Sin embargo, como parecían igual de achacosas, ambas partes se mostraron demasiado ansiosas para aplazar el asunto.

Entonces las levantaron de nuevo, y cojeando y estrechándose la una contra la otra, y ante el inenarrable divertimento general, siguieron tropezando y tambaleándose durante un rato. Saludadas con los confusos gritos de «*Ahora Merton*», «*Ahora Coverley*» siguieron corriendo de un lado a otro durante toda la prueba; hasta que no mucho tiempo después, una de las pobres mujeres perdió pie y, con gran estrépito, volvió a desplomarse. Involuntariamente me adelanté a ayudarla, pero *lord* Merton, como no era la *suya*, me detuvo gritando:

—¡Nada de juego sucio! ¡Nada de juego sucio!

El señor Coverley, después, repitiendo las mismas palabras, corrió él mismo en su ayuda, insistiendo en que la otra debía detenerse.

Surgió entonces un encendido debate, pero la pobre criatura estaba demasiado herida para poder moverse, y declaró su incapacidad absoluta para hacer otro intento. El señor Coverley se puso fuera de sí soltando injurias contra ella de un modo muy poco caballeroso, y dando la impresión de que apenas era capaz de refrenarse para no

golpearla.

*Lord* Merton, entonces, con gran alegría, celebró su triunfo; pero el señor Coverley sostenía que la caída era accidental y se le debía conceder un poco más de tiempo a la mujer para poder reponerse. Sin embargo, todos estaban en su contra y fue declarado vencido.

Nos dirigimos entonces al salón a tomar el té y, después, al ser la tarde bastante calurosa, salimos al jardín a pasear. *Lord* Merton estaba muy alborotado y *lady* Louisa de muy buen humor, pero *lord* Orville, enfadado, en vano intentaba ocultar su desazón; como parecía preocupado y paseaba sólo pensé que, como siempre, sería ignorada y podría dedicarme a mis propias meditaciones. Pero no fue el caso, pues *lord* Merton, enteramente fuera de sí y mareado por igual de vino y éxito, se mostró muy inoportuno, y a pesar de la presencia de *lady* Louisa, que hasta ese momento le había hecho prescindir de las más estrictas normas de cortesía, se unió a mí durante el paseo con una galantería tan exagerada que me desconcertó sumamente.

Me dedicó los cumplidos más altisonantes y con frecuencia tomaba mi mano a la fuerza, aunque yo, repetidamente y con enojo no disimulado, conseguía soltármela. *Lord* Orville, pude ver, nos observaba atentamente y la sonrisa de *lady* Louisa se trancó en mirada de desdén. La situación se me hizo insoportable y pretextando cansancio aligeré mi paso con intención de regresar a la casa. Pero *lord* Merton me siguió precipitadamente, cogió mi mano y, diciendo que *era su día*, juró solemnemente que no me dejaría ir.





—Debe dejarme marchar —dije yo sumamente alarmada.

—Es usted la muchacha más encantadora del mundo —dijo él—, y nunca me ha parecido tan bella como en este momento.

—Su señoría —dijo la señora Selwyn avanzando hacia nosotros— debe considerar que cuanto mejor es la apariencia de la señorita Anville, mayor es el contraste con su señoría; por eso, y por su bien, le aconsejo que no la retenga.

—¡Pardiez! Su señoría —gritó el señor Coverley—, no veo qué derecho tiene a quedarse con la *mejor vieja* y la *joven más bella* en el mismo día.

—¡La *joven más bella*! —repitió el señor Lovel—. Por mi honor, Jack, que sus palabras son muy desafortunadas; sin embargo, si *lady* Louisa puede perdonarle —siendo como es su señoría, todo bondad—, ya puede agradecerlo porque nadie más podría hacerlo: ha cometido la falta de respeto más escandalosa en lo que respecta a las buenas maneras.

—Y dígame, señor —dijo la señora Selwyn—, ¿bajo qué denominación podrían

calificarse sus palabras?

El señor Lovel, caminando hacia otro lado, no se dio por aludido, y al tiempo, el señor Coverley, inclinándose ante *lady* Louisa, dijo:

—Bien conoce, su señoría, la fervorosa admiración que siento por usted. Pero, ¡pardiez!, que yo no sé qué me pasa; siempre he tenido la desgracia de soltar sátiras y nunca en mi vida he podido resistirme a la agudeza de un juego de palabras.

—¡Se lo ruego, señor, suelte mi mano! —dijo yo—. ¡Por favor, señora Selwyn, dígaselo usted!

—Su señoría —dijo ella— pierde el tiempo sujetando a la señorita Anville, ya nos hemos convencido de sobra de su valor y su fuerza para retenerla un siglo entero.

—Su señoría —dijo la señora Beaumont—, permítame que intervenga; no sé si *lady* Louisa podrá perdonarle o no, pero no quiero que esta señorita que se aloja en mi casa se viole lo más mínimo.

—¿Que si le perdono? —dijo *lady* Louisa—, lo que estoy es encantadísima de librarme de él.

—¡Pardiez!, su señoría —dijo el señor Coverley—, mientras trata de retener una sombra, deja perder la esencia. Haría mejor en hacer las paces mientras pueda.

—Por favor, señor Coverley, guarde silencio, le aseguro que no le necesito para nada. Hermano —agarrándose del brazo de *lord* Orville—, ¿quieres pasear conmigo?

—Por el cielo —dijo yo, asustada al ver que *lord* Merton estaba muy ebrio—, si yo también tuviera un hermano, no estaría expuesta a semejante trato.

Al oír esto, *lord* Orville dejó inmediatamente a *lady* Louisa, diciendo:

—¿Quiere la señorita Anville concederme el honor de tomar ese título?

E inmediatamente después, sin esperar respuesta, me separó de *lord* Merton, y conduciéndome hacia *lady* Louisa, añadió:

—Dejen que me encargue a la vez de las dos hermanas.

Y luego, haciendo que su hermana se cogiera de uno de sus brazos, me ofreció a mí el otro, y alcanzamos la casa en un momento. *Lord* Merton, tan confuso como estaba, no intentó detenernos.

Tan pronto como entramos en la casa solté mi brazo y balbucee mil agradecimientos, pues mi corazón estaba demasiado exultante como para pronunciar palabra.

*Lady* Louisa, evidentemente herida ante la amabilidad de su hermano hacia mí, y sumamente enojada por el comportamiento de *lord* Merton, se mantuvo en silencio mientras soltaba el suyo, y mordiéndose los labios con aspecto irritado se dirigió al vestíbulo.

*Lord* Orville le preguntó si no deseaba entrar en el salón.

—No —contestó ella con arrogancia—, le dejo junto a su nueva hermana.

Y seguidamente subió las escaleras.

Me quedé absolutamente atónita ante la arrogancia y la rudeza de estas palabras. El mismo *lord* Orville parecía desconcertado; le dejé para dirigirme al salón y él me

siguió, diciendo:

—¿Puedo solicitar en este momento el perdón de la señorita Anville por la libertad que me tomé al intervenir? ¿O debo disculparme más bien por no haber intervenido antes?

—¡Oh, señor! —dije con emoción apenas reprimida—. Es sólo de usted de quien recibo muestras de respeto; ¡todos los demás me tratan con impertinencia o desprecio!

Lamenté no poder contenerme, pues él debió suponer, y con razón, que me refería a su hermana, cuyo comportamiento, estoy segura, le había disgustado también a él.

—¡Buen Dios! —dijo él—. ¡Tanta dulzura y valía no pueden sino despertar el amor y la admiración que se merece! ¡No puedo, no me atrevo a expresarle ni la mitad de la indignación que siento este momento!

—Lamento mucho, señor —dije más calmada— haber sido la causa de ella..., ¡pero en una situación que exige protección, encontrarse sólo con mortificaciones..., ciertamente no estoy acostumbrada a soportarlas!

—¡Mi *querida* señorita Anville —dijo él cálidamente—, permítame ser su amigo; piense en mí como si fuera realmente su hermano; le suplico que acepte mis servicios, pues no hay nada que pueda hacerme más dichoso que demostrarle toda mi consideración y mi respeto!

Antes de que yo pudiera contestar, el resto del grupo entró en el salón, y como no deseaba ver a *lord* Merton, al menos hasta que hubiera dormido, decidí marcharme.

*Lord* Orville, al ver mi intención, me dijo al pasar a su lado:

—¿Se va?

—¿No es lo mejor, señor? —contesté.


—Me temo... —dijo sonriendo—. Me temo, ahora que debo hablarle como un *hermano*, que debe confiar en mí, pues me siento obligado a aconsejarla aun en contra de mis propios intereses.

Salí del salón y he estado escribiendo desde entonces. Y tal parece que nunca podré lamentar la brutalidad de *lord* Merton, pues ha servido para confirmarme aún más la estimación que me profesa *lord* Orville.

## CARTA VIII

### *Evelina continúa*

Clifton, 30 de septiembre

h, señor! ¡Qué extraño incidente tengo que contarle! ¡Qué de conjeturas a la vista! Ayer noche fuimos a un baile. *Lord Orville* trajo invitación para todos y, con gran sorpresa de toda la concurrencia, me hizo el honor de bailar conmigo. Cada día aumenta sus atenciones hacia mí, y siempre que puede aprovecha la oportunidad para llamarme *amiga o hermana*.

*Lord Merton* ofreció una tarjeta a *lady Louisa*, pero ella estaba tan encolerizada en su contra que la rehusó con el mayor desdén, no pudiendo persuadirla para bailar con él. Se limitó a quedarse sentada la tarde entera y no se dignó a hablarle ni a mirarle. Con respecto a mí, su comportamiento es prácticamente similar: está fría, distante y altiva, y sus ojos expresan un extraordinario desprecio. Si no fuera por *lord Orville*, ¡qué triste sería mi vida aquí!

En el salón de baile estábamos todos reunidos, con el señor *Coverley*, el señor *Lovel* y *lord Merton*, que tenía la expresión de un penitente sentado toda la tarde al lado de *lady Louisa*, vanamente empeñado en aplacar su cólera.

*Lord Orville* dio inicio al minueto con una señorita que, al ser nueva aquí, atraía la atención general. Es bonita y se ve dulce y de carácter alegre.

—Por favor, señor *Lovel* —dijo *lady Louisa*—, ¿quién es esa joven?

—La señorita *Belmont* —contestó él—, la joven heredera. Llegó a las termas ayer.

Atónita repetí el nombre involuntariamente, pero nadie me oyó.

—¿De qué familia es? —dijo la señora *Beaumont*.

—¿No ha oído usted hablar de ella? —dijo él—. Es la hija única y heredera de *sir John Belmont*.

¡Oh, señor! El nombre de mi padre centelleó en mis oídos como un rayo; la señora *Selwyn* me miró inmediatamente, diciendo:

—Cálmate, querida, ya nos enteraremos de la veracidad de todo esto.

Hasta entonces no imaginaba que ella tuviera conocimiento de mi historia; pero, desde que me dijo que conoció a la infeliz de mi madre, comprendí que estaba informada de todo el asunto.

Hizo una multitud de preguntas al señor *Lovel*, y yo recogí todas las respuestas:

—Esta joven viene del extranjero con *sir John Belmont*, que está ahora en Londres; está bajo los cuidados de su tía, la señora *Paterson*, y recibirá una dote

considerable.

No puedo expresarle los sentimientos que me embargaron al escuchar las noticias. Pero, mi querido señor, ¿qué puede querer decir todo esto? ¿Sabe usted si mi padre volvió a casarse? ¿O debo suponer que mientras su hija legítima ha sido rechazada, otra ha sido adoptada? ¡No sé qué pensar, no consigo coordinar mis ideas...!

Cuando volvimos a casa la señora Selwyn pasó más de una hora en mi cuarto conversando sobre este tema. Dice que debo irme directamente a Londres a encontrarme con mi padre y aclararlo todo. Me asegura que mi parecido con mi querida madre es asombroso, tanto como para no permitir la menor duda en reconocerme, una vez en presencia de mi padre. En cuanto a mí, sólo deseo, señor, actuar según sus directrices.

No tengo nada más que contar respecto al resto de la velada; estuve tan turbada y preocupada por este tema, que no pude pensar en ningún otro. Le he rogado a la señora Selwyn que guarde absoluto secreto y me ha prometido hacerlo. En verdad, tiene demasiado sentido como para entregarse a ociosas revelaciones.

*Lord Orville* percibió que yo estaba ausente y silenciosa, pero no me aventuré a confiarle la causa. Por fortuna, no formaba parte del grupo en el momento que el señor Lovel hizo sus revelaciones.

La señora Selwyn dice que, si usted aprueba mi viaje a Londres, ella misma me acompañará. Yo hubiera preferido mil veces solicitar la compañía de la señora Mirvan, pero después de este ofrecimiento, eso ya no será posible.

*Adieu*, mi querido señor. Estoy segura de que me escribirá inmediatamente, y estaré muy impaciente hasta que llegue su carta.

## CARTA IX

### *Evelina continuación*

Clifton, 1 de octubre

**D**ios mío, mi querido señor, de nuevo tengo una historia maravillosa que contarle! Todavía no salgo de mi asombro.

Ayer por la mañana, tan pronto como terminé mi carta, me invitaron a ir de excursión a los salones termales. El grupo lo componían tan sólo la señora Selwyn y *lord* Orville. Este último caminó a mi lado todo el tiempo, y su conversación alivió mi ansiedad, y dulcemente me devolvió la calma.

En el balneario vi al señor Macartney; le saludé dos veces antes de que se decidiera a hablarme y, cuando lo hizo, comencé por disculparme por haberle decepcionado. No me fue fácil excusarme, pues los ojos de *lord* Orville se movían de uno a otro con una ansiedad que me afligía. Convencida, sin embargo, de que realmente me había portado mal con el señor Macartney, no tuve reparos en implorarle perdón. El pobre no sólo se mostró aliviado sino que quedó muy agradecido.

Me pidió verme al día siguiente, pero no cometí la insensatez de incurrir de nuevo en una tontería, pues bastantes desasosiegos había sufrido ya; y por eso le dije francamente que no me era posible verle sino por casualidad, y para evitar que se ofendiera le insinué la razón por la que no podía recibirle como hubiera sido mi deseo.

Cuando el asunto quedó arreglado para satisfacción de ambos me volví a *lord* Orville, y vi con preocupación la seriedad de su semblante; quise hablarle pero ni supe cómo hacerlo, aunque creo que él adivinó mis pensamientos porque al poco rato dijo con amarga sonrisa:

—¿No se ha lamentado el señor Macartney de su decepción?

—Poca cosa, su señoría.

—¿Y cómo le ha consolado usted?

Viendo que vacilaba en contestar, dijo:

—Siendo su hermano, ¿no puedo informarme sobre sus asuntos?

—Por supuesto, su señoría —dije yo riendo—, pero desearía que fuera en temas de mayor importancia.

—Entonces, permítame que haga uso inmediato de mi privilegio. ¿Cuándo verá al señor Macartney de nuevo?

—La verdad, señor, no sé decirle.

—¿Pero no sabe que no puedo permitir que mi *hermana* tenga citas secretas?

—Se lo ruego, señor —dije yo seriamente—, no use más esa palabra que me ofende en extremo.

—Eso sí que no lo haría por nada del mundo —dijo él—, usted no sabe cuán ardientemente interesado estoy, no sólo en sus asuntos, sino en cada una de sus acciones.

Estas palabras, las más especiales que *lord Orville* me ha dirigido nunca, dieron fin a nuestra conversación, pues yo estaba demasiado dolida para contestar.

Al poco tiempo el señor Macartney me rogó en voz baja que no le negara la satisfacción de devolverme el dinero. Mientras él me hablaba entró en el salón termal la joven heredera que vimos ayer en el baile, y el señor Macartney se volvió tan pálido como la cera, le faltaba la voz, y parecía como si no supiera lo que estaba diciendo. Yo me desconcerté igualmente por el torbellino de ideas que se agolparon en mi mente. ¡Dios mío! —pensé yo—. ¿Será ésta la joven de quien estaba enamorado?

A los pocos minutos abandonamos el salón termal y, aunque me despedí dos veces del señor Macartney, estaba tan ausente que no me oyó.

No regresamos inmediatamente a Clifton, pues la señora Selwyn tenía que ir a una tienda a comprar unos libros. Mientras ella ojeaba los nuevos poemas, *lord Orville* me preguntó de nuevo cuándo volvería a ver al señor Macartney.

—En verdad, señor —dije yo—, lo ignoro, pero daría el mundo entero por unos minutos de conversación con él...



Dije esto con sincera naturalidad, sin darme cuenta de la importancia de mis palabras.

—¡El mundo entero! —repitió él—. Dios mío, señorita Anville, ¿me dice usted eso a mí?

—Se lo diría a cualquiera, señor —dije yo.

—Perdón —dijo él con tono enfadado—; ya estoy contestado.

—Su señoría —contesté—, no debe juzgarme precipitadamente. Si usted supiera las dolorosas dudas que estoy sufriendo en este momento no se sorprendería de lo que acabo de decir.

—¿Y un encuentro con el señor Macartney la libraría de esas dolorosas dudas?

—Sí, su señoría, dos palabras serían suficientes.

—¡Quiera el cielo —dijo él tras una pausa— que yo merezca conocerlas!...

—¿Merecer, señor? ¡Oh, si fuera eso todo, su señoría no podría preguntar nada que yo no estuviera dispuesta a contestar! Si yo pudiera hablar con libertad, me sentiría *orgullosa* de sus preguntas; pero es que no puedo, no tengo derecho a revelar los asuntos del señor Macartney..., no puede imaginar...



—Debo confesarle que no sé ni lo que imagino; pese al misterio veo lealtad y franqueza en su semblante, aún tengo esperanza...

Se detuvo un momento y añadió:

—¿Ese encuentro es indispensable para su tranquilidad?

—No he dicho eso, su señoría; pero tengo importantes razones para desear hablar con él.

Hizo una pausa durante unos momentos y luego dijo cálidamente:

—Bien, pues hablará con él. ¡Yo mismo la ayudaré! Tengo la seguridad de que la señorita Anville podría formular el más absurdo deseo y ¡no preguntaré nada confiando en su pureza!, y sin saber nada, con los ojos vendados como estoy, ¡le serviría con todas mis fuerzas!

Y diciendo esto salió de la tienda dejándome tan emocionada por su generoso comportamiento, que casi tuve deseos de seguirle para darle las gracias.

Cuando la señora Selwyn hubo tramitado sus asuntos regresamos a casa.

Después de la comida *lord* Orville salió y no regresó hasta la hora de la cena. Ése fue el lapso de tiempo más largo que estuvo ausente desde que estoy en Clifton, y no puede suponer, señor mío, cuánto le eché de menos. Antes no era consciente de lo infinitamente agradecida que debo estarle por la felicidad de la que he gozado desde que estoy en casa de la señora Beaumont.

Como por lo general soy la última que bajo al comedor, se me acercó cuando ya habían pasado las señoras y me dijo:

—¿Estará usted en casa mañana por la mañana?

—Así lo creo, señor.

—¿Querrá recibir a una visita mía?

—¿Suya, señor?

—Sí, he conocido al señor Macartney y ha prometido venir a verme mañana sobre las tres<sup>[68]</sup>.

Y luego, tomando mi mano, me guió escalera abajo.

¡Oh, señor! ¡No hay más que un hombre como *lord* Orville y reside en Berry Hill!

Esta mañana ha habido aquí mucha gente, pero a la hora señalada por *lord* Orville —sin duda por esa razón lo acordó así—, el salón está casi siempre desierto, pues todos se están vistiendo.

Sin embargo la señora Beaumont no se había ido a vestir aún cuando anunciaron al señor Macartney.

*Lord* Orville dijo inmediatamente:

—Ruéguele que pase aquí. Ya ve, señora, que me considero como en mi propia casa.

—Claro que sí —contestó la señora Beaumont—, me enojaría si fuera de otro modo.

Entonces entró el señor Macartney. Creo que ambos comprendimos para quién era la visita, pero *lord* Orville le recibió como su invitado y no solamente le entretuvo

como tal mientras la señora Beaumont permaneció en el salón, sino durante un rato más después de haberse marchado; una delicadeza que me salvó de la vergüenza que hubiera sentido si nos hubiera dejado inmediatamente solos.

A los pocos minutos, no obstante, le dio al señor Macartney un libro, pues también yo —para justificar mi presencia en la sala— parecía absorta en la lectura, y le rogó que le echara un vistazo mientras él contestaba una nota que acababa de recibir y que despacharía en pocos minutos para regresar con él de nuevo.

En cuanto se marchó los dos dejamos nuestros libros y el señor Macartney sacó el dinero de nuevo, suplicándome que lo aceptase.

—Le ruego —dije rehusándolo— que me diga si conoce a la señorita que entró en el salón termal ayer por la mañana mientras estaba conmigo.

—¿Que si la conozco? —repitió él palideciendo—. ¡Oh, demasiado bien!

—¿De veras?

—¿Por qué lo pregunta, señora?

—Le suplico que me dé todas las respuestas sobre este tema. ¿Podría decirme quién es?

—A pesar de mi intención de conservar mi secreto inviolable, no puedo negarle nada, señora. Esa dama es... la hija de *sir* John Belmont. ¡De mi padre!

—¡Dios santo! —grité sin poder contenerme, cogiéndole por un brazo—. Entonces usted es... —*mi hermano* iba a decir, pero me faltó la voz y me eché a llorar.

—¡Oh, señora! —dijo él—, ¿qué significa esto? ¿Qué ha podido afligirla de esta manera?

No pude contestarle, pero alargué mi mano. Él pareció gratamente sorprendido y habló en elevados términos de mi condescendencia.

—Tenga piedad —dije yo secándome los ojos—, y perdone que no sea más explícita; baste decir que tiene absoluto derecho a todo cuanto yo pueda hacer por usted..., nuestra similitud de circunstancias...

Fuimos interrumpidos por la llegada de la señora Selwyn, y el señor Macartney, comprendiendo que ya no habría ocasión de seguir hablando a solas, solicitó ausentarse, aunque muy a regañadientes por irse sin saldar sus deudas.

Entonces la señora Selwyn, a fuerza de preguntas, me sonsacó el estado de este asunto: es tan perspicaz que no hay posibilidad de evadirse a sus deseos.

¿No es éste un extraño acontecimiento? ¡Dios mío! ¿Cómo podía yo imaginar que aquellas visitas hechas de mala gana al señor Branghton habían de ponerme en contacto con un pariente tan cercano?

No volveré a lamentar el tiempo que pasé en Londres este verano, pues la circunstancia tan afortunada de haber conocido al señor Macartney me hará pensar en ello con mucho gusto.

\* \* \*

Acabo de recibir su carta, que me ha desgarrado el corazón. ¡Oh, señor! ¡La ilusión se ha desvanecido! ¡Me siento engañada, infelizmente decepcionada! Tanto tiempo dudando del estado de mi corazón, temiendo escrutarlo...; pero ahora que, después de tantas dudas me creía salvada, y comenzaba a pensar que mi seguridad estaba garantizada, que mis temores eran infundados, y que mi buena opinión y estima por *lord Orville* estaban libres de sospecha y sin peligro posible... ¡Qué triste decepción, Dios mío!

*¡Su presencia es perniciosa para tu sosiego y su trato mortal para tu tranquilidad futura!*

¡Oh, *lord Orville*! ¿Pude yo imaginar que una amistad brindada tan noblemente..., que calma todos mis desasosiegos, una amistad que me honra siempre en todos los aspectos..., sería fatal para mi tranquilidad futura?

¡Qué extraña e infeliz circunstancia, que mi gratitud, si bien suscitada tan justamente, deba ser hasta tal punto fatal para mi paz personal!

Sí, señor, le dejaré. Quiera Dios que pueda ser en este momento, sin tener que volver a verle; no confío en mis propias emociones. ¡Oh, *lord Orville*! ¡Muy poco sabe de los males que le debo! ¡Qué poco supone que, cuanto más me honraba con sus atenciones, más debía ser compadecida, y cuanto más me exaltaba con su respeto, más se convertía en mi mayor enemigo!

Usted, señor, se basa en mi ignorancia; yo, ¡oh, destino!, confío en su experiencia; y cuando dudaba de la debilidad de mi corazón, la idea de que usted no sospechaba nada me reconfortaba; recuperado mi coraje se confirma mi error. ¡Me conmueve la gentileza de su silencio! ¡Oh, señor! ¿Por qué me separé de usted? ¿Por qué exponerme a peligros tan superiores a mi experiencia? ¡Pero dejaré a *lord Orville*..., le dejaré... tal vez para siempre! No importa; su consejo, su bondad, me enseñarán a recobrar la paz y la serenidad que mi tonta insensatez me ha arrebatado. Sólo en usted debo confiar, y sólo en usted confío, para cada esperanza futura que pueda forjar.

Cuanto más pienso en separarme de *lord Orville* menos fuerte me siento para soportar la separación; la amistad que me ha demostrado..., su cortesía..., sus buenas maneras..., su preocupación por mis asuntos..., su solicitud para complacerme..., todo..., tener que dejarlo...

¡No puedo decirle que me voy, no me atrevo a confiar en mí misma, a despedirme de él..., no, me iré sin verle! Seguiré su consejo tácitamente, evitaré su presencia y rehusaré su trato.

Mañana por la mañana saldré para Berry Hill. Sólo la señora Selwyn y la señora Beaumont sabrán mis intenciones. Y el día lo pasaré... en mi habitación. La presteza de mi obediencia es la única expiación que le puedo ofrecer por mi debilidad, pues requiere un supremo esfuerzo.

¿Puede usted, mi honorable señor, mi más estimado apoyo..., el único que sostiene a la pobre Evelina..., puede, sin reproche, sin desagrado, recibir a la hija que tan cuidadosamente ha criado, de cuya educación esperaba mejor fruto, y que en estos

momentos se sonroja por su falta de mérito temerosa de encontrar su mirada... que tanto aprecia?

¡Oh, sí, estoy segura, sé que así será! ¡Los errores de Evelina son errores sólo de juicio...! ¡Y usted los perdona todos, bien lo sabe, menos los del corazón!

## CARTA X

### *Evelina continúa*

Clifton, 1 de octubre

**S**ólo tengo tiempo, mi querido señor, para ponerle unas palabras y prevenirle para que no me espere inmediatamente, pues cuando le comuniqué mi intención a la señora Selwyn, no quiso ni oír hablar de ello, y declaró que sería un disparate irme antes de recibir su respuesta a mi consulta sobre el viaje a Londres. Insiste en esperar su carta, y espero que a usted no le disguste si así lo hago, pues obro en contra de mis propios deseos.

La señora Selwyn consiguió avasallarme con la fuerza de sus argumentos. No obstante, veré muy poco a *lord* Orville; nunca bajo antes del desayuno..., he suprimido todos mis paseos por el jardín..., me siento al lado de la señora Selwyn, y no sólo evito su conversación, sino que rehúyo su presencia. Utilizaré toda la prudencia y la resolución a mi alcance para impedir que este corto retraso pueda ser causa de más desasosiego.

*Adieu*, mi queridísimo señor. No dejaré Clifton hasta que reciba sus indicaciones.

## CARTA XI

### *Evelina continúa*

Clifton, 2 de octubre

**A**yer, desde el momento que recibí su carta no me moví de la habitación, pues ni deseaba ni fui capaz de ver a *lord* Orville; pero esta mañana, comprendiendo que tendría que pasar al menos unos días más aquí, encontré el coraje suficiente para calmar mi ánimo y aparecer como siempre, aunque, por supuesto, decidida a evitarle cuanto pudiera. En verdad, al entrar en el salón para desayunar, sentí gran confusión al verlo, pues su carta ocupaba de tal forma mis pensamientos que parecía como si él mismo hubiera sido informado de su contenido.

La señora Beaumont me hizo un pequeño cumplido por mi mejoría, pues había pretextado mi enfermedad para excusarme por quedarme en mi cuarto. *Lady* Louisa no pronunció una palabra, pero *lord* Orville, ajeno a cuál era la causa de mi indisposición, preguntó cómo me encontraba con la más exquisita cortesía. Apenas le contesté, pues por mi primera vez desde que estoy aquí, procuré sentarme distanciada de él.

Observé que mi reserva le sorprendió persistiendo en sus atenciones y deseoso de aproximarse, pero le presté muy poca atención; y cuando el desayuno finalizó, en lugar de pasear por el jardín, con el pretexto de coger un libro, me retiré a mi cuarto.

Poco después la señora Selwyn vino a decirme que *lord* Orville le había propuesto llevarla a tomar el aire, persuadiéndola de que debíamos ambas dar un paseo en su faetón. Cumplió el encargo con una picardía que me sonrojó, y añadió que tomar el aire *en el carruaje de mi señor Orville* me levantaría el ánimo. No hay forma de librarse de sus astutos argumentos; siempre me embroma con las atenciones de su excelencia, y, ¡oh Dios!, con qué placer las recibiría yo. Sin embargo, rehusé el ofrecimiento por completo.

Pues bien —dijo ella riéndose—, ya no debo pedirle nada más; a decir verdad, tengo un asunto en Wells y deseaba excusarme. Le quería rogar que me acompañara..., pero en vista de que la propuesta de *lord* Orville ha sido rechazada, no tengo esperanza alguna en que acepte la mía.

—En realidad está equivocada señora —dije yo—, la acompañaré con mucho gusto.

—¡Oh, extraña coquetería! —dijo ella—, ciertamente debe de ser natural en nuestro sexo, pues no puede haberla aprendido en Berry Hill.

No tuve ánimo para contestarle, y en silencio, me puse la capa y el sombrero.

—Supongo —dijo ella secamente— que su señoría vendrá con nosotros.

—En ese caso, señora —dijo yo—, como ya tendrá compañía, yo me quedaré en casa.

—Mi querida niña —contestó—, ¿ha traído su certificado de nacimiento con usted?

—¡No señora, no!

—Pues entonces no nos reconocerán en Berry Hill —bromeó.

Estaba demasiado preocupada para disfrutar de su broma, pero creo que determinó atormentarme, pues preguntó si podía informar a *lord* Orville de que no deseaba que nos acompañara.

—De ningún modo, señora; no es eso, es que en verdad no tenía ganas de salir.

—Querida —dijo ella—, no sé lo que le pasa esta mañana, ciertamente parece haber tomado lecciones de *lady* Louisa.

Entonces bajó, y enseguida regresó después de poner al corriente a *lord* Orville de que no quería salir en el faetón y que prefería un paseo a pie, *tête-à-tête* sola con ella, para variar.

No dije nada, pero estaba realmente molesta. Me envió por delante, escaleras abajo, diciendo que me seguiría inmediatamente.

En el vestíbulo me encontré con *lord* Orville.

—Temo que la señorita Anville no se encuentre del todo restablecida —dijo él, y quiso coger mi mano, pero pasé de largo y, saludándole ligeramente, entré en el salón.

La señora Beaumont y *lady* Louisa estaban trabajando; *lord* Merton hablaba con esta última pues habían hecho las paces y de nuevo aceptaba sus favores.

Me senté, como de costumbre, junto a la ventana. A los pocos minutos *lord* Orville se acercó a mí y me dijo:

—¿Por qué está la señorita Anville tan seria?

—No, señor —contesté—, seria no, sólo atontada —y cogí un libro.

—¿Irá esta noche a la fiesta?

—No, su señoría, seguramente no.

—Pues yo tampoco iré; sentiría mucha nostalgia del feliz recuerdo de la última vez.

Entonces vino la señora Selwyn y se preguntaron unos a otros excluyéndome a mí, quiénes iban a la reunión de la noche. *Lord* Orville declaró inmediatamente que tenía cartas que escribir en casa, y todos los demás acordaron acudir.

Luego apuré a la señora Selwyn a salir, sin poder impedir, no obstante, que le dijera a *lord* Orville:

—¿Obtuvo el permiso de la señorita Anville para favorecernos con su compañía?

—No, señora —contestó él—, no he tenido la vanidad de pedírselo.

Durante el camino la señora Selwyn me atormentó sin piedad, diciéndome que desde el momento que rechacé cualquier acompañante para el paseo daba por hecho que confiaba en mi capacidad para entretenerla, y me rogó que se lo demostrara

libremente. Me arrepentí mil veces de haber accedido a pasear a solas con ella, pues a pesar de mis dolorosos esfuerzos por parecer animada, su ironía me intimidaba por completo.

Fuimos primero al salón termal, que está abarrotado de gente, y desde el momento que entré, oí murmuraciones del tipo: «¡Ésta es!» y, para gran confusión mía, vi que todos los ojos se dirigían a mi persona. Me calé bien el sombrero y, con la ayuda de la señora Selwyn, intenté ocultarme de los observadores; no obstante, comprendiendo que era objeto de la atención general, le rogué que nos fuéramos de allí, pero, desgraciadamente, había entablado seria conversación con un caballero desconocido y ya no me escuchaba. Únicamente me dijo que si me cansaba de esperar podía irme a la sombrerería con las señoritas Watkins, dos damas que había conocido en casa de la señora Beaumont y que se dirigían hacia allí.

Acepté el ofrecimiento con mucho gusto y nos fuimos; pero no habíamos dado dos pasos cuando percibimos que unos jóvenes nos seguían y nos miraban y hablaban en voz alta de manera incomprensible y absurda.

—Sí —decía uno—, es ella, ciertamente; ¡fíjate en sus sonrosadas mejillas!

—Y en sus ojos..., sus ojos lánguidos —dijo otro.

—Cierto, ¡oh!, muy cierto —dijo un tercero—, todas las bellezas se reúnen en ella.

—Pero... —dijo el primero—, nos será difícil valorar su inteligencia, pues no dice una sola palabra.

—Es tímida —dijo otro—, ¡fíjate qué aire tan tímido tiene!

Durante toda esta conversación permanecemos en silencio, apresurando el paso; visto que no sabíamos a cuál de nosotras se referían estábamos igualmente avergonzadas y deseosas de evitar tan inexplicables observaciones.

Al poco tiempo comenzó a llover y apresuramos aún más el paso; los caballeros también corrieron, ofreciéndonos sus brazos y rogándonos que aceptáramos su ayuda; aun corrí más para evitar sus impertinencias y me tropecé de repente ¡con *sir* Clement Willoughby!

Los dos nos sorprendimos.

—¡Dios mío! ¡Señorita Anville! —exclamó, y luego, mirando a los impertinentes jóvenes con desagrado, me preguntó si me ocurría algo.

—No, no —le dije yo; y no fue difícil desembarazarse de los jóvenes pues cuando vieron el aire de mando de *sir* Clement y su predisposición a protegerme, abriéndose paso, salieron huyendo.





Con su ímpetu habitual empezó a formularme mil preguntas acompañadas de otros tantos cumplidos, y luego me dijo que había llegado a Bristol esta mañana y que había dedicado todos sus esfuerzos a descubrir dónde me alojaba.

—¿Sabía que yo estaba en Bristol?

—Ojalá pudiera ignorar sus andanzas con la misma satisfacción que ignora usted las mías. ¡Viajo en las alas del deseo para mi propia desesperación! ¡Usted no podría creer en la crueldad de mi destino, pues la serenidad de su carácter la incapacita para compadecerse de la agitación del mío!

¡Serenidad de carácter! ¡Cuán lejos estoy de merecer esas palabras!

—Pues vine aquí por casualidad —añadió él—, y aunque conocía su viaje, la voz de su fama me lo proclamó nada más llegar.

—¡La voz de mi fama! —repetí yo.

—Sí, pues fue su nombre de pila lo primero que oí en el salón termal. Una vez oído el nombre, la descripción sólo podía ser la vuestra.

—La verdad —dije yo— es que no le entiendo.

Pero, como entonces llegamos a la sombrerería, nuestra conversación se dio por

terminada y la señorita Watkins me llamó para mirar unos gorritos y unas cintas.

*Sir Clement*, no obstante, tiene la habilidad de estar siempre como en casa y enseguida se familiarizó con el tema mirando los volantes fruncidos y las cintas con tanto interés como nosotras mismas. Y en cuanto tuvo oportunidad me dijo en voz baja:

—¡Me encanta verla tan saludable! Me informaron de que estaba enferma, pero nunca la había visto tan sana ni tan infinitamente bonita.

Di media vuelta para examinar las cintas y al poco tiempo la señora Selwyn hizo acto de presencia; vi que ya conocía a *sir Clement* y por su manera de hablarle comprendí que era muy de su agrado.

Una vez cruzados los mutuos cumplidos de rigor, ella, dirigiéndose a mí, exclamó:

—Dígame, señorita Anville, ¿cuánto tiempo puede vivir sin alimentarse?

—La verdad, señora —dijo yo, riéndome—, no lo he comprobado nunca.

—Pues el poco tiempo que pueda permanecer en Bristol.

—¿Y eso por qué, señora?

—¿Que por qué? Pues porque todas las señoras están en guerra manifiesta con su persona, y es usted el motivo por el que reina la confusión en el salón termal... Y mientras, la señorita, pretendiendo parecer inocente, es la causa. No obstante, si sigue mi consejo, tenga cuidado de lo que come y bebe durante su permanencia en este lugar.



Le rogué que me lo aclarara y me dijo que se había filtrado una copia de unos versos en los salones termales y se recitaban allí en voz alta: *Las bellezas de Wells*.

—Están todas incluidas, pero usted es la ganadora.

—Pero ¿es posible que no haya visto esos versos? —dijo *sir Clement*.

—Ni los he visto yo, ni creo que los haya visto nadie tampoco.

—Le aseguro —dijo la señora Selwyn— que si me atribuye la invención de los mismos me hace un honor que de ninguna manera merezco.

—Esta mañana, en el salón termal, escribí en mi cuaderno de notas las estrofas referentes a la señorita Anville —dijo *sir Clement*—, y tendré el honor de copiarlas para ella esta tarde.

—Pero ¿cómo la parte referida a la señorita Anville? ¿Es que ya la conocía?

—¡Oh, sí! —contestó *sir Clement*—, he tenido el gusto de verla frecuentemente en casa del capitán Mirvan. ¡Demasiado, demasiado frecuentemente...! —añadió él en voz baja, mientras la señora Selwyn hablaba con el sombrerero. Y tan pronto como la vio entretenida con los encajes, se acercó a mí, y quisiera yo o no, entró en conversación conmigo de nuevo.

—Tengo mil cosas que decirle —exclamó—. Por favor, ¿dónde se aloja?

—Con la señora Selwyn, señor.

—¿De veras? Por una vez, La suerte es mi amiga. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Unas tres semanas, aproximadamente.

—¿Tanto? ¡Con la ansiedad que tenía yo de descubrir su alojamiento desde que se fue tan precipitadamente de Londres! La malvada *madame* Duval no quiso darme ninguna dirección. ¡Oh, señorita Anville, si supiera usted lo que he soportado: los desvelos y la ansiedad que me ha torturado, no se mostraría tan cruel, ni con la fría indiferencia que me ha recibido!

—¿Recibirle, señor?

—Claro, ¿pues no es mi visita para verla a usted? ¿Para qué cree usted que habría hecho este viaje si no es por la felicidad de volver a verla?

—Pudiera ser, ciertamente..., porque aquí llega mucha gente que no viene a verme a mí.

—¡Muchachita cruel, cruel! Sabiendo como sabe cuánto la adoro..., que es la dueña absoluta de mi alma y el árbitro de mi destino.

La señora Selwyn avanzó hacia nosotros y entonces él, asumiendo una apariencia libre de compromisos, preguntó si no tendría el gusto de verla en la reunión de la noche.

—¡Oh, sí! —dijo ella—, estaremos allí seguramente; así es que puede traer los versos que la señorita Anville esperará ansiosamente.

—En ese caso —dijo él—, ¿podré tener el honor de que baile conmigo?

Le di las gracias, pero le dije que no pensaba ir.

—¿Qué no va usted al baile? Qué..., ¿es que también tiene cartas que escribir? —dijo la señora Selwyn. Y me miró con semblante tan irónico que conseguí sonrojarme. Precipitadamente contesté:

—¡No, por Dios, señora!

—¡No! ¿Entonces se quedará en casa para ayudar o para impedir que otros las escriban? —dijo más secamente.

—Para no hacer nada, señora —contesté yo confusa—, por lo que, si usted lo prefiere, no me quedará en casa.

—Entonces —dijo *sir* Clement—, ¿me permite esperar el honor de ser mi pareja?

—Asentí respetuosamente, pues por temor a las bromas de la señora Selwyn no me atreví a rehusarle.

Poco después nos fuimos a casa; *sir* Clement nos acompañó y la conversación que sostuvieron entre ambos fue tan viva y entretenida que afortunadamente me libró de intervenir, y mi mente pudo descansar. ¡Pero, Dios mío!, no puedo pensar más que en lo caprichosa y carente de significado que la alteración de mi conducta debe parecer a los ojos de *lord* Orville..., y por mucho que tenga el deseo de evitarle tanto como anhelo superar mi debilidad por él..., ¿cómo podría no despreciarme ante un cambio tan inexplicable de mis actos, sin estar familiarizado con las razones que lo han

motivado?

Cuando entramos en el jardín, él fue la primera persona que vimos. Se adelantó hacia nosotros y, cuando se vieron el uno al otro, observé perfectamente que, tanto él como *sir* Clement, palidecieron.

Entramos en el salón, donde encontramos al mismo grupo que habíamos dejado al salir. La señora Selwyn presentó a *sir* Clement a la señora Beaumont; *lady* Louisa y *lord* Merton, al parecer, también le conocían ya.

La conversación fue general, sobre el tiempo, la gente, el balneario y las noticias de actualidad. Pero *sir* Clement, acercando su silla a la mía, aprovechaba todas las oportunidades para dirigirse sólo a mí.

No pude dejar de apreciar la diferencia notable entre sus atenciones y las de *lord* Orville; este último tiene tal suavidad de maneras, tal delicadeza en su conducta, un aire tan respetuoso que, aunque adule en demasía, no molesta, y cuando hace un honor, parece que es él quien lo recibe. El otro impone su atención con insistencia forzando la mía; es tan puntilloso que me confunde, y tan extravagante que atrae la atención general. He llegado a pensar, ciertamente, que más bien desea que su preferencia por mí sea conocida, y pone gran cuidado en impedir que hable con nadie, excepto con él mismo.

Cuando se fue *sir* Clement, *lord* Orville tomó su asiento y dijo con media sonrisa:

—¿Quién es el usurpador de este sitio, *sir* Clement o yo? ¿No me contesta...? Entonces..., debo suponer que es *sir* Clement...

—Señor, no merece la pena suponer nada sobre algo tan insignificante.

—Perdón —contestó él—; para mí nada que tenga relación con usted es insignificante.

No contesté ni él dijo nada más, hasta que las señoras se retiraron a vestirse. Y cuando me disponía a seguirlas me detuvo, diciendo:

—¡Un momento, se lo ruego!

Me volví y continuó:

—Temo haber tenido la desgracia de ofenderla, y eso es para mi alma tan abominable como la idea de que sin saberlo y sin intención haya podido cometer en el mundo aquello que tan a propósito ansío evitar.

—No, su señoría, ciertamente no ha sido así.

—¿Suspira? —dijo cogiéndome la mano—. ¡Ojalá pudiera yo apagar esa pena en el momento mismo en que brota, o al menos, aliviarla! Dígame, mi estimada señorita Anville, mi hermana adoptiva, mi dulce y más encantadora amiga, dígame..., se lo suplico: ¿me permite proporcionarle algún consuelo?

—¡Ninguno, ninguno, su señoría! —dije yo retirando la mano y dirigiéndome hacia la puerta.

—Entonces, ¿no puedo servirle de ayuda?... ¿Es que acaso tiene de nuevo el deseo de ver al señor Macartney?

—No, señor —dije abriendo la puerta.

—Confieso que no es eso lo que temo..., ¡oh, señorita Anville, hay algo..., conjeturas..., que ni me atrevo a mencionar..., porque temo la respuesta! Veo que está impaciente, quizá esta noche pueda tener el honor de una conversación más larga. Pero, ahora, ¿tendrá la bondad de permitirme preguntar? Esta mañana, cuando fue a Wells, ¿sabía a quién se iba a encontrar?

—¿A quién, señor?

—Imploro mil veces su perdón por una curiosidad que no debería permitirme...; pero no diré más ahora.

Me saludó respetuosamente esperando que me fuera; y luego, con paso rápido y el corazón dolido, alcancé mi cuarto.

Su pregunta, estoy segura, se refería a *sir* Clement Willoughby; y, de no haberme impuesto a mí misma la obligación de evitar a *lord* Orville, inmediatamente le hubiera hecho partícipe de mi ignorancia respecto al viaje de *sir* Clement. Y también le hubiera hablado sobre la reunión de esta noche, pues comprendí que se quedaba en casa por mi causa.

No bajé hasta que todos estuvieron reunidos para comer. Al verme vestida, *lord* Orville se mostró sorprendido, y yo me aparté avergonzada por aparecer ante sus ojos como una niña caprichosa y variable..., tanto, que no me atrevía a levantar la vista.

—Creí entender —dijo la señora Beaumont— que la señorita Anville no saldría esta noche.

—Ésa era su intención esta mañana —dijo la señora Selwyn—, quedarse en casa, pero por lo visto, hay un poder fascinador en la reunión al que no ha podido resistirse.

—¡La reunión! —dijo *lord* Orville—. ¿Es que va a la reunión?

No contesté y nos sentamos a la mesa. No fue fácil eludir ocupar el asiento acostumbrado, pero estoy decidida a cumplir la promesa que le hice en mi carta de ayer, aunque *lord* Orville se mostró muy desorientado ante mis evidentes intentos de evitarle.

Después de comer fuimos todos al salón, pues no había invitados que su señoría tuviera que atender y, allí, antes de que pudiera posicionarme lejos de él, me dijo:

—De manera que es cierto que va a la reunión... ¿Puedo preguntarle si bailará?

—Creo que no, su señoría.

—Si no temiera que estuviera cansada de tener la misma pareja en las dos reuniones dejaría mis cartas para mañana y solicitaría el honor de su mano para el baile.

—Si llegara a bailar... —dije muy atolondrada—, creo que estoy comprometida.

—¿Comprometida? —gritó él, con ansiedad—. ¿Puedo preguntarle con quién?

—Con *sir* Clement Willoughby, su señoría.

Él no dijo una palabra, pero parecía muy poco complacido y no se dirigió más a mí en toda la tarde. ¡Oh, señor!, en tal situación, ¡qué desconsolados los sentimientos de su Evelina!

Por la noche, temprano, llegó *sir* Clement dispuesto a acompañarnos a la reunión;

inmediatamente se sentó a mi lado y, en voz baja, me dedicó tantos cumplidos que ya no sabía a dónde mirar.

*Lord Orville* apenas habló una palabra y su semblante estaba serio y preocupado; al levantar la vista percibí sus ojos fijos en mí, aunque, instantáneamente, al encontrarse con los míos, miraron hacia otro lado.

Al poco rato *sir Clement*, sacando un papel de su bolsillo, dijo susurrando:

—Aquí tiene la más adorable de las mujeres, un ligero e infructuoso intento de pintar al objeto de mi adoración; con todo y lo pálido del reflejo para este propósito, envidio más allá de toda expresión al feliz mortal que ha osado hacer tal esfuerzo.

—Lo miraré —dije yo— en otro momento.

Plenamente consciente de que *lord Orville* me observaba, no quise arriesgarme a que me viera coger una nota secretamente entregada, y por *sir Clement*. Pero *sir Clement* es tan obstinado que no tuve éxito en frustrar lo que fuera que hubiera planificado.

—No, debe cogerlo ahora que *lady Louisa* está ausente; ahora que se ha ido con la señora *Selwyn* a terminar de vestirse, pues de ninguna manera debe verlo ella.

—La verdad, no tenía intención alguna de mostrárselo.

—Pero la única forma —dijo él— de evitar sospechas es cogerlo en su ausencia. Habría leído los versos en voz alta, pero no es correcto que sean vistos por nadie de esta casa, excepto usted misma y, si acaso, la señora *Selwyn*.

Volvió a presentarme la nota, que ahora estaba tan complacida de aceptar como antes de rechazarla en vano. Pero lamenté que fuera vista la acción, y observé las murmuraciones, si bien el objeto de la conversación se prestaba a las conjeturas.

*Sir Clement* me obligó a leerlo inmediatamente; y me dijo que la razón por la que no podía leerlo en voz alta era que entre las damas mencionadas no se encontraba *lady Louisa Larpent*. Esta circunstancia me preocupó bastante, aunque dudo que pudiera ser aún más desagradable conmigo de lo que ya es si alguna vez tuviera noticias de ello.

Ahora copiaré los versos, pues no tuve más remedio que leerlos, visto que *sir Clement* no me dejaría en paz hasta que lo hubiera hecho.

*Observen su avance con modesta elegancia,  
Mejillas sonrosadas y mirada lánguida,  
Con aire tímido y faz hermosa,  
Anville, de entre todas las Gracias, la diosa.  
Toda la belleza en ella se une,  
Su mente toda virtud reúne,  
La bella Anville su gran poder desconoce,  
En su inconsciencia mata, en su modestia hiere.*

Estoy segura, mi querido señor, de que no le asombrará un panegírico como éste, aunque yo, al leerlo, me sentí muy confundida; y, desafortunadamente, antes de que lo hubiera terminado, las señoras regresaron.

—¿Qué tiene ahí, querida?

—Nada, señora —dije yo, doblando la nota precipitadamente y metiéndola en el bolsillo.

—¿Y por nada —dijo— enrojece de ese modo?

No contesté; un hondo suspiro de *lord* Orville alcanzó en ese instante mis oídos y me provocó sentimientos... ¡que no me atrevo a mencionar!

*Lord* Merton condujo a *lady* Louisa y a la señora Beaumont al carruaje de esta última. Y *sir* Clement nos condujo al suyo a la señora Selwyn y a mí. Durante el trayecto no hablé, pero en cuanto llegamos a la sala de baile, *sir* Clement se ocupó de obligarme a hablar. Me sacó a bailar inmediatamente y yo le rogué que me excusara y que se buscara otra pareja; pero me dijo que no le importaba, y que estaba muy feliz de quedarse conversando, pues tenía un sinfín de cosas que contarme.

Después ha comenzado a decirme cuantísimo había sufrido en mi ausencia, lo mucho que se alarmó cuando se enteró de que había dejado Londres; las grandes dificultades para encontrarme y, finalmente, haber tenido que sacrificarse viviendo una semana con el capitán Mirvan. Y continuó:

—Howard Grove, que en mi primera visita me pareció el lugar más encantador de la tierra, ahora se apareció ante mí triste y deprimente; el campo, distinto; los paseos, que antes encontraba tan agradables, ahora me parecieron aburridos; a *lady* Howard, que me parecía una señora de edad muy respetable, la encontré ahora como una vieja vulgar, al estilo de John Trot<sup>[69]</sup>; la señora Mirvan, a quien calificaba como un amable ejemplar de naturaleza muerta, me parecía tan insípida que apenas pude mantenerme despierto en su compañía. Su hija, a la que encontraba buena y bonita, me pareció demasiado insignificante; y en cuanto al capitán, ¡siempre le creí un imbécil, pero ahora me pareció un salvaje!

—Ciertamente, *sir* Clement —dije yo presa de cólera—, no estoy dispuesta a oírle hablar así de mis mejores amigos.

—Perdóneme —dijo él—, pero el contraste entre mis dos visitas fue demasiado notable como para no mencionarlo.

Luego me preguntó lo que opinaba sobre los versos.

—Pues que están escritos irónicamente o por algún loco.

Seguidamente comenzó tal profusión de cumplidos que me vi obligada a proponer un baile en mi defensa. Cuando nos levantamos me dijo:

—He intentado descubrir al autor por sus miradas, pero siendo su persona el centro de atención y admiración general, cambio de sujeto sospechoso a cada instante. Seguramente usted pueda adivinar quién es...

Le dije que no, pero debo confesar que no he tenido dudas de que su autor fuera el señor Macartney: nadie más hablaría de mí de un modo tan parcial; y, ciertamente, su tono poético, por lo que a mí se refiere, eleva la historia fuera de toda discusión.

Me hizo mil preguntas sobre *lord* Orville; que cuánto tiempo llevaba él en Bristol..., cuánto en Clifton..., a dónde iba por las mañanas..., si alguna vez viajé en



su faetón..., y muchas otras preguntas, todas tendentes a descubrir si había sido honrada con las atenciones de su señoría; preguntas todas ellas hechas con la impetuosidad y la libertad de costumbre. Afortunadamente, y coincidiendo con mis deseos de retirarme temprano, *lady* Louisa resolvió ser la primera en abandonar la sala y, por consiguiente, llegamos a casa a una hora muy razonable.

*Lord* Orville nos recibió fría y ceremoniosamente. Lejos de distinguirme, como de costumbre, con especiales muestras de cortesía, la propia *lady* Louisa no me habría recibido con más gélida indiferencia, ni habría evitado con más escrúpulo dedicarme la más mínima atención. Pero lo más hiriente fue que, habiéndose quedado *sir* Clement para la cena, le soportase sentado entre ambos sin esfuerzo alguno por impedirlo, cuando, hasta entonces, siempre buscaba sentarse a mi lado.

Esta circunstancia me afectó más de lo que puedo expresar; debería estar regocijada con este hecho, visto que su indiferencia y su falta de atenciones es lo que debe darme la felicidad... Pero, ¡Dios mío!, ¡perderlas tan repentinamente, tan brutalmente!, ¡perder su amistad! ¡Oh, señor, estos pensamientos me parten el alma! Apenas pude permanecer sentada, pero todos mis esfuerzos no pudieron evitar que las lágrimas recorriesen mis mejillas; sin embargo, *lord* Orville no las vio, pues la cabeza de *sir* Clement se lo impedía. Traté de aunar esfuerzos y pude lograr conservar mi decencia con éxito hasta que *sir* Clement se ausentó y, más tarde, no atreviéndome a confiar en mis ojos en su encuentro con los de *lord* Orville, me retiré.

He estado escribiendo desde entonces, pues segura de que no podría dormir no quise acostarme. Dígame, mi queridísimo señor, si fuera posible, que aprueba mi cambio de conducta; dígame si la alteración de mi proceder con *lord* Orville es correcta; que huir de su trato y evitar sus atenciones son acciones que usted habría dictado. ¡Dígame que esto, y los sacrificios que he hecho, me reconfortarán en medio de la pena, pues nunca dejaré de lamentar haber perdido la amistad de *lord* Orville! La he rechazado, la he menospreciado, la he arrojado... No importa, fue un honor que no merecí conservar; y ahora veo que, de todos modos, mi mente era incapaz de salvaguardarla sin peligro.

Y es tan fuerte el deseo que me ha inculcado de obrar con integridad y decoro, por más que la debilidad de mi corazón pueda afligirme y angustiarme, que no fallaré voluntariamente; en eso confío, humildemente. El deseo de hacer el bien supera a todos los demás, en lo que respecta a mi conducta. Pues, ¿no soy acaso hija suya? ¡La criatura que usted ha moldeado! ¡Y aún, oh, señor..., amigo y padre de mi corazón, mis sentimientos van en contra de mis deberes!, y ¡mientras ansío complacerle..., mi paz, mi felicidad, mis esperanzas..., se desvanecen!

Sólo usted puede calmar una mente tan cruelmente agitada. Usted, bien lo sabe, sabrá tener compasión por esta debilidad a la cual es extraño y, aunque culpe la aflicción, sabrá apaciguar y reconfortar al afligido.

## CARTA XII

### *Del señor Villars a Evelina*

Berry Hill, 3 de octubre

**T**us últimas noticias, queridísima niña, son ciertamente asombrosas; que una hija heredera y reconocida por *sir* John Belmont esté en Bristol y que todavía mi Evelina lleve el nombre de Anville es para mí del todo inexplicable; aunque ya la misteriosa carta dirigida a *lady* Howard me preparó para esperar algo extraordinario del regreso de *sir* John Belmont a Inglaterra.

Quienquiera que esta señorita pueda ser, lo cierto es que ocupa el lugar que sin ninguna duda te pertenece por derecho. Un matrimonio posterior, del que nunca tuve noticias, se sabría; y aun suponiendo que se hubiera celebrado, la señorita Evelyn, fue, ciertamente, la primera esposa, y por consiguiente, su hija, al menos, debe llamarse Belmont.

En este asunto existen circunstancias del todo incomprensibles; de lo contrario, algún atroz y extraño y fraude ha sido cometido; cuál de los casos es el que nos ocupa es lo que nos incumbe ahora averiguar.

Mi renuncia a dar este paso cede su lugar a la convicción de su conveniencia pues, si la reputación de tu querida madre ha sido ofendida, debe ser limpiada ahora de toda mancha, o llevarla a recibir la última y definitiva herida.

La aparición pública de una hija de *sir* John Belmont reanimará el recuerdo de la historia de la señorita Evelyn en todos aquellos que la conocieron..., y si se preguntara quién es la madre..., y se nombrara a cualquier otra *lady* Belmont, el nacimiento de mi Evelina recibiría un estigma contra el cual, ¡la honorabilidad, la verdad y la inocencia se apelarán en vano! ¡Un estigma que tacharía eternamente la buena reputación de tu virtuosa madre y lanzaría sobre tu inocente persona la detestación de un título que ni toda su pureza podrá salvar de una deshonra y una vergüenza ahora sagradas!

No, querida hija mía, no; ¡no me quedaré en silencio mientras las cenizas de tu madre son tratadas con ignominia! Su inmaculada reputación será justificada ante el mundo entero; su matrimonio se verá reconocido, y su hija llevará el nombre al que tiene legítimo derecho.

Es cierto que la señora Mirvan llevaría este asunto con más delicadeza que la señora Selwyn; pero, tal vez, ganar tiempo pueda ser ahora lo más importante desde el momento que prolongar este misterio sea tolerar que continúe y, cuanto más tiempo pase, más difícil será su aclaración. Por eso, cuando menos tardes en partir

para la ciudad, menos penosa será la tarea.

No dejes que la timidez deprima tu ánimo, mi querida niña; en verdad temeré por ti en tan singular y conmovedor encuentro, pero no hay duda de las probabilidades de éxito. Incluyo una carta de tu infeliz madre escrita y conservada expresamente para esta ocasión. El señor Clifton, que la atendió en su última enfermedad, también te acompañará a la ciudad. Pero sin ningún otro certificado de nacimiento, el que llevas en tu semblante, que no puede ser alterado por artificio, no admitirá duda alguna.

¡Y ahora, mi Evelina, confiada por fin a los cuidados de tu verdadero padre, recibe las más fervientes plegarias, los deseos y las bendiciones de quien con tanto amor te adoptó!

Que puedas..., hija de mi corazón, ¡que puedas permanecer fiel a tu carácter, aun después de tu ascenso en la posición social!; ¡recibe con humildad y dulzura el honor al cual estás a punto de ser elevada! ¡Que tus modos, tu lenguaje y tu comportamiento puedan mostrar la modesta ecuanimidad y la serena gratitud que no se limita a merecer sino que dignifica la prosperidad! ¡Que puedas, hasta los últimos momentos de una vida inmaculada, mantener la genuina simplicidad, sencillez de corazón e ingenua sinceridad! ¡Y que puedas ser ajena a la ostentación, y superior a la insolencia y, con verdadera grandeza de alma, resplandecer distinguiéndote sólo por la caridad!

Arthur Villars

## CARTA XIII

[Incluida en la precedente]

*De lady Belmont a sir John Belmont*



Con la firme esperanza de que el angustioso momento que se acerca pondrá fin a mi sufrimiento, una vez más me dirijo a *sir* John Belmont en favor del hijo que, si sobrevive a su madre, será a su tiempo el portador de esta carta. Y aun, ¿en qué términos —cruel entre todos los hombres— la moribunda Caroline podría dirigirse a usted y no hacerlo en vano?

Sordo a la voz de la compasión, sordo al aguijón de la verdad, indiferente a los lazos del honor..., dígame, ¿en qué términos la perdida Caroline puede dirigirse a usted y no hacerlo en vano?

¿Debo llamarle por el amoroso, respetuoso título de marido? ¡No, usted lo repudió!... ¿Por el de padre de mi criatura? ¡No, usted lo condena a la infamia! ¿El enamorado que me salvó de un matrimonio de conveniencia? ¡No, usted mismo me traicionó! ¿El amigo de quien esperé socorro y protección? ¡No, me empujó al sufrimiento y la destrucción!

¡Oh, insensible a todas las súplicas de la justicia, el remordimiento y la compasión!

¿Y de qué forma puedo esperar conmoverle? ¿Hay algún sistema que no haya probado? ¿Queda algún recurso que no haya empleado? ¡No! He agotado todas las amarguras del reproche, y vaciado hasta la última gota de la compasión.

Sin esperanza y desesperada, mil veces desperdicié mi pluma; pero los sentimientos de una madre..., de una madre angustiada por su criatura, reavivan mi coraje de nuevo.

Tal vez cuando ya no esté, cuando la medida de mis desgracias esté colmada y la tierra inmóvil, silenciosa, sin reproches, haya cubierto de polvo mis tristes restos..., quizá entonces, cuando no tema la culpa ni las indagaciones, la voz de la justicia y el grito de la naturaleza puedan oírse.

¡Escuche oh, Belmont, sus dictámenes! No condene a nuestro hijo como ha condenado a su madre. No lamente todo el mal que ha hecho cuando sea demasiado tarde; porque cuando sea demasiado tarde lamentará haber destruido a la joven criatura que sin descanso persiguió; podrá pensar con horror en los engaños que ha perpetrado y las punzadas de remordimiento le seguirán hasta la tumba; ¡oh, Belmont, todo mi resentimiento se mitiga con la piedad de este pensamiento! ¡Qué será de usted, Dios mío, cuando reconsidere su conducta pasada con los ojos del pecador!

Escuche, pues, el último, solemne discurso, con el que la infeliz Caroline le importunará a usted.

Si cuando llegue el momento del arrepentimiento —porque seguramente llegará—, si cuando la conciencia de su traición le robe el sueño..., si su torturado corazón suspirara por expiar su culpa, le señalo las condiciones que impongo para otorgarle mi perdón: usted sabe muy bien que soy su esposa. ¡Póngalo entonces de manifiesto ante el mundo entero, borre la mancha que empañó mi reputación, y reciba como heredero legítimo al hijo que le presente esta carta..., mi petición moribunda!

El más digno, el más bueno, el mejor de los hombres, a cuya bondad y consuelo adeudo la poca tranquilidad que he podido conseguir, ha dado su palabra de que bajo ninguna circunstancia se separará del indefenso huérfano.

Si viera usted en las características de este niño abandonado cualquier parecido con esta infortunada Caroline..., si llevara en su semblante la señal evidente de su nombre y reviviera en su memoria la imagen de su madre, ¿podría renunciar a ella?

¡Oh, hijito de mi corazón!, para quien ya experimentó toda la ternura de maternal piedad. No te parezcas a tu desgraciada madre, por temor a que el padre que quizás te será ahorrado por la mano de la muerte, te venga arrancado por una aversión aún más cruel y antinatural.

No puedo seguir..., la poca serenidad que tan dolorosamente he adquirido no soportará la sacudida de las atroces ideas que se acumulan en mí.

¡Adieu... para siempre!

¡Oh, aún no languideceré en este último adiós que no leerá hasta que cada pasión tempestuosa esté extinta y la amable tumba haya contenido todos mis pesares; ofrezco al hombre que un día fue para mí tan querido un rayo de consuelo para esas aflicciones que llegarán...!

Quiero decirle que mi piedad supera mi indignación..., que rogaré por usted en mis últimos momentos, y que me precipitaré al abismo con el recuerdo del amor que un día le di.

¡Adieu..., otra vez!

Caroline Belmont

## CARTA XIV

### *De Evelina al reverendo señor Villars*

Clifton, 3 de octubre

**E**sta mañana vi desde mi ventana que *lord* Orville paseaba por el jardín, pero no quise bajar hasta que el desayuno estuvo preparado. Y entonces me hizo sus cumplidos casi tan fríamente como *lady* Louisa.

Ocupé mi sitio de costumbre y la señora Beaumont, *lady* Louisa y la señora Selwyn se pusieron a hablar de sus cosas. No así su Evelina: olvidada por todos, silenciosa y triste, como un cero a la izquierda que a nadie pertenece y a nadie le interesa.

Me fue imposible soportar la situación y, sobre todo, la desatención de *lord* Orville; en cuanto terminó el desayuno salí de la estancia y comencé a subir las escaleras cuando, desafortunadamente, fui abordada por *sir* Clement Willoughby, que volando por el vestíbulo me lo impidió.

Me preguntó muy en particular por mi estado de salud y me rogó que volviera al salón. Consentí de muy mala gana, pues pensé que cualquier cosa era preferible a quedarme a solas con él, y no parecía dispuesto a dejarme ir; pero al volver a entrar, me sentí un poco avergonzada, pues parecía que la visita de *sir* Clement era exclusivamente para mí y, en realidad, su forma de dirigirse a mí parecía confirmarlo.

Se quedó al menos una hora y tal vez no se hubiera marchado si no fuera porque la señora Beaumont deshizo la tertulia proponiendo un paseo en carruaje. *Lady* Louisa estuvo de acuerdo en acompañarla, pero la señora Selwyn dijo:

—Si su señoría o *sir* Clement se unieran a nosotras, estaría encantada de acompañarlas; pero, de lo contrario, un trío de mujeres está destinado al mayor de los histerismos.

*Sir* Clement se prestó gustoso a acompañarlas. Ciertamente parece decidido a conquistar el favor de la señora Beaumont. *Lord* Orville se excusó de salir y yo me retiré a mi cuarto. No sé lo que hizo de su persona, pues no bajé hasta que la comida estuvo dispuesta; su frialdad, aunque sé que la he motivado yo, deprime tan cruelmente mi ánimo que no puedo soportar estar en su presencia.

A la comida también acudió *sir* Clement que, ciertamente, actúa según sus ideas y parece estar conquistando a la señora Beaumont, con lo difícil que resulta complacerla. La comida, la tarde y la noche, fueron para mí de lo más insoportables. Fui atormentada por la asiduidad de *sir* Clement, que no sólo aprovechaba sino que provocaba las situaciones para hablarme. Y yo estaba ofendida, dolida, al ver que

*lord Orville* no sólo no actuaba como de costumbre —buscando hablarme—, sino que evitaba cualquier ocasión de dirigirme la palabra.

Empiezo a pensar, mi querido señor, que la alteración repentina de mi comportamiento ha sido mal interpretada e impropia; porque al no haber recibido ofensa anterior, y estando su motivación exclusivamente en mi mente, y no en la de él, no debí obrar así, tan bruscamente, con una reserva que la persona agraviada no asigna a razón ninguna, habiendo rehuido su presencia de forma tan obvia y sin considerar la extraña apariencia de tal comportamiento.

¡Ay de mí!, mi querido señor, que siempre han de ser tardías mis reflexiones para servirme de algo; ciertamente, adquiero experiencia..., mucha, pero me temo que sufriré aún más amargamente por la incauta falta de tacto de mi temperamento antes de lograr la necesaria prudencia y consideración para, previendo lejanas consecuencias, poder resolver y orientar las presentes exigencias.

*4 de octubre*

Ayer por la mañana salieron todos, excepto la señora Selwyn y yo misma; durante algún tiempo estuvimos sentadas hablando en su cuarto, pero en cuanto tuve oportunidad la dejé para ir a pasear tranquilamente por el jardín; se pone tan pesada con las bromas sobre *lord Orville* y mis reservas hacia él, que temo cualquier tipo de conversación con ella.

Creo que llevaba una hora en el jardín cuando de repente vi abrirse la portilla; me alejé hasta un cenador que hay al final del paseo, donde, reflexionando sobre mis difíciles propósitos futuros, permanecí sentada por algunos minutos antes de ser interrumpida por la aparición de *sir Clement Willoughby*.

Me sobresalté y quise abandonar el cenador, pero él me lo impidió; en realidad, estoy casi segura de que se había informado en la casa acerca de mi paradero, pues de otro modo resulta improbable que hubiese paseado a solas por el jardín.

—¡Alto, deténgase —gritó él—, las más deliciosa y amada de las mujeres, deténgase y escúcheme!

Luego, conduciéndome a mi lugar, se sentó a mi lado y quiso cogerme la mano, pero la retiré y le dije que no podía quedarme.

—¿Me rechaza usted —dijo— después del martirio que sufrí ayer, sólo por el placer de verla?

—¿Martirio, *sir Clement*?

—¡Sí, belleza insensible! Martirio. ¿Qué fue si no pasarme toda una tediosa mañana aprisionado en el carruaje en compañía de las tres mujeres más aburridas de Inglaterra?

—Le doy mi palabra de que están muy complacidas.

¡Oh, todas tienen tan alta opinión de sí mismas que no tienen motivos para quejarse si el mundo no las respeta, y ciertamente, serían las últimas en enterarse!

—¡Qué poco imaginan estas señoras la severidad con la que las juzga!

—Están tan seguras de su felicidad y tan afianzado es su engreimiento que no se dan cuenta si alguien lo cuestiona. ¡Oh, señorita Anville!, ser arrancado de su lado para ser confinado con ellas es..., ¿habría algún ser humano con excepción de usted, que es la crueldad en persona, que pudiera abstenerse de compadecerme?

—Creo, no obstante, *sir* Clement, que juzga mal; su situación sería más envidiada que compadecida por el mundo en general.

—¡El mundo en general tiene la misma opinión de ellas que yo mismo! ¡De la señora Beaumont se ríe todo el mundo, a *lady* Louisa la ridiculizan y a la señora Selwyn la odian!

—¡Dios mío, *sir* Clement, de qué palabras más crueles hace uso usted!

—¿Y es usted, mi ángel, quien me censura, la que con sus perfecciones pone de relieve los defectos de los demás? Le aseguro que durante nuestro paseo en carruaje pensé que conducía caracoles; el absurdo orgullo de la señora Beaumont y el respeto que impone son de inmediato insufribles y estúpidos; si no la hubiera tratado antes, habría pensado que era su primer viaje en carruaje desde el Herald's Office<sup>[70]</sup> y no le deseo a ella nada peor, ya que también podría ser el último. Le aseguro que si no fuera por ganarme la admisión en su casa hubiera huido de ella como de una plaga. La señora Selwyn, ciertamente, alivió un poco las formalidades, pero se toma muchas libertades con *su lengua*...

—¡Oh, *sir* Clement!, ¿y se atreve precisamente usted a criticar tal cosa?

—Sí, mi dulce reprochadora..., en una mujer me parece absolutamente intolerable. Es ingeniosa y más inteligente que la mitad de las mujeres juntas, pero mantiene viva una permanente sátira punzante que crea un ambiente de desasosiego entre quienes la rodean; y habla tanto que no la atienden ni cuando dice algo digno de atención. En cuanto a *lady* Louisa, es un bonito objeto, tan lánguida..., que resulta casi cruel hablar racionalmente de ella. Si hubiera de decir algo sería que es una mera composición de afectación, impertinencia y orgullo.

—Estoy realmente asombrada —dije yo— de que con tales opiniones pueda comportarse con ellas con semejante muestra de atención y cortesía.

—¡Cortesía! ¡Ángel mío..., es que yo las adoraría..., las adoraría si ello me proporcionara un momento de conversación con usted! ¿No me ha visto hacer la corte al capitán Mirvan y al marimacho de *madame* Duval? Si fuera posible que se creara una monstruosa criatura a partir de las peores cualidades de todos estos personajes..., una criatura que tuviera la arrogancia de la señora Beaumont, la brutalidad del capitán Mirvan, el engreimiento de la señora Selwyn, la afectación de *lady* Louisa y la vulgaridad de *madame* Duval..., aun a un monstruo semejante sería yo capaz de hacerle la corte y deshacerme en adulaciones, tan sólo para obtener una palabra suya, una mirada de mi adorada señorita Anville.

—*Sir* Clement —dije yo—, está usted muy equivocado si supone que la duplicidad de carácter le hace mejorar en mi opinión. Debo aprovechar esta



oportunidad para rogarle que nunca más me hable de esta forma.

—¡Oh, señorita Anville! Sus reproches, su frialdad..., me atraviesan el alma. Sea menos rigurosa conmigo y hágame lo que quiera. Gobernará y dirigirá todas mis acciones, hará de mí un hombre nuevo, un modelo de hombre: sus deseos serán mis deseos. ¡Míreme al menos con piedad, si no favorablemente!

—Permítame —dije yo muy seriamente— que aproveche la ocasión para ponerle punto final a este tipo de expresiones; le ruego que nunca más me dirija la palabra con un lenguaje tan ligero e impertinente; ya me ha causado bastantes disgustos y, francamente, le aseguro, que si no quiere desterrarme de donde quiera que se encuentre, adopte de aquí en adelante un estilo y una conducta completamente distinta.

Me levanté para marcharme, pero se arrojó a mis pies impidiéndolo, exclamando de la manera más apasionada:

—¡Por Dios, señorita Anville! ¿Qué está diciendo? ¿Puede ser que con esa petrificante indiferencia..., impertérrita, aleje de mí la esperanza más remota?

—No sé, señor —dije yo intentando desembarazarme de él—, a qué esperanza se refiere; tengo la certeza de que nunca tuve intención de proporcionarle ninguna.

—¡Me enloquece usted! —gritó él—, no puedo resistir semejante desprecio; le suplico que modere su crueldad, pues me empuja a la desesperación..., ¡dígame que siente lástima de mí! ¡Oh, adorada tirana, hermosura inexorable..., oh, dígame al menos que me compadece!

Justo entonces vi que entraba *lord* Orville y que parecía dirigirse al cenador. ¡Dios mío lo que sentí! Al verme palideció y se retiró precipitadamente, pero grité:

—¡*Lord* Orville! ¡*Sir* Clement, suélteme!

*Sir* Clement, muy confundido, se levantó repentinamente, pero sin soltar mi mano. *Lord* Orville, que se había vuelto, de nuevo seguía su camino, pero yo, esforzándome por liberarme grité:

—¡Por favor, por favor, su señoría, no se vaya! ¡*Sir* Clement, insisto en que me suelte!

*Lord* Orville se acercó entonces apresuradamente a nosotros, diciendo con valentía:

—¡*Sir* Clement, no es posible que desee retener a la señorita Anville a la fuerza!

—Ni tampoco, señor —dijo *sir* Clement con altanería—, le he pedido que me haga el honor de intervenir.

No obstante, me soltó la mano y yo, al verme libre, entré corriendo en la casa.

Me asusté muchísimo, pues con el orgullo herido de *sir* Clement temí que se provocara un enfrentamiento con *lord* Orville, por lo que fui presurosa al cuarto de la señora Selwyn y le rogué, de forma apenas comprensible, que se dirigiera al cenador.

No me preguntó nada, pues es muy rápida de mente, e inmediatamente corrió al jardín.

Imagine, mi querido señor, qué angustiada fue mi espera hasta su regreso. Apenas

pude refrenar mis ansias de ir tras ella corriendo; no obstante, contuve mi impaciencia y esperé, aunque angustiada, a que regresara.

Y ahora, mi queridísimo señor, tengo que contarle la conversación más interesante que he escuchado en toda mi vida; los comentarios y preguntas con las que la señora Selwyn interrumpía el relato, los omitiré, como puede suponer.

Lord Orville y *sir* Clement estaban silenciosamente sentados en el cenador cuando la señora Selwyn se acercó cuanto pudo sin ser vista, sigilosamente, y escuchó decir a *sir* Clement:

—Me alarma enormemente su pregunta —su señoría— y de ninguna manera le contestaré a menos que me permita formularle otra a usted.

—Indudablemente, señor.

—Me pregunta usted, señoría, cuáles son mis intenciones. Yo quisiera que me refiriera las suyas.

—Nunca he tenido ninguna, señor.

Ambos callaron por un instante, y luego *sir* Clement, dijo:

—¿A qué se debe entonces su curiosidad?

—A un interés sincero por la felicidad de la señorita Anville.

—Tal interés —dijo *sir* Clement secamente— es ciertamente muy generoso; pero excepto un padre, un hermano..., o un enamorado...

—*Sir* Clement —interrumpió su señoría—, sé lo que quiere decir y reconozco que no tengo derecho de indagatoria con referencia a cualquiera de esos tres títulos, por lo que sólo pudo alegar mi ferviente deseo de ampararla y verla feliz. ¿Me permite entonces que repita mi pregunta?

—Sí, si su señoría me permite repetirle que la encuentro más bien extraordinaria.

—Puede ser —dijo *lord* Orville—, pero esta señorita parece estar en circunstancias muy críticas; es muy joven, inexperta y parece quedar enteramente a su propia dirección. No creo que vea los peligros a que se expone y le confieso que siento un ardiente deseo de señalárselos.

—No entiendo muy bien lo que quiere decir, señor, pero ¿no será que la quiere predisponer en contra mía?

—Sus sentimientos, señor, son una incógnita para mí, así como sus intenciones hacia ella. Quizá si me informara sobre ello, mi oficiosidad tendría un fin, pero no quiero preguntarle los términos...

Aquí se detuvo, y *sir* Clement dijo:

—Sabe, señoría, no soy afecto a desesperarme; no soy ningún perrito para decirle que voy sobre seguro; sin embargo..., la perseverancia...

—¿Entonces, está decidido a perseverar?

—Lo estoy, señor.

—Perdone, entonces, *sir* Clement, si le hablo con franqueza. Esta señorita, aunque parece sola, y hasta cierto punto sin protección, no está enteramente sin amigos. Es sumamente educada y está acostumbrada a las buenas compañías. Tiene

una predisposición natural a la virtud y una inteligencia que podría resaltar cualquier posición que ocupe, por muy elevada que sea. ¿Cree usted que una señorita de tales cualidades puede ser objeto para el juego? Porque sus principios, señor, excúseme, son bien conocidos.

—En lo que respecta a esto, señoría, deje a la señorita Anville que decida por sí misma. Tiene una inteligencia excelente y no necesita los consejos de nadie.

—Su inteligencia, es cierto, es excelente; pero es demasiado joven para la suspicacia, y tiene una ingenuidad de disposición como nunca había visto antes.

—Señoría —dijo *sir* Clement cálidamente—, sus alabanzas me hacen dudar de su desinterés; y no existe hombre a quien más de mala gana quisiera tener como rival. Pero debe permitirme decir que me ha engañado usted extraordinariamente en relación con este asunto.

—¿Cómo es eso, señor? —dijo *lord* Orville, igual de cálido.

—Tuvo usted el gusto, en nuestra primera conversación referida a esta señorita, de referirse a ella en términos de mucho desacuerdo con los elogios presentes. Su señoría dijo de ella que era una muchacha pobre, débil e ignorante, y yo tuve el gusto de decirle que tenía usted una opinión de ella muy despreciable.

—Es muy cierto —dijo *lord* Orville— que en nuestra primera conversación no hice honor a los méritos de la señorita Anville; pero no sabía entonces que acababa de *salir al mundo*; ahora, sin embargo, comprendo que lo que daba la apariencia de extraño comportamiento en ella no era más que el fruto de su inexperiencia, timidez y una educación retraída, pues la encuentro ahora informada, sensata e inteligente. No es, ciertamente, como la mayoría de las señoritas modernas a las que se conoce en cinco minutos; es instruida y modesta y requiere tiempo y ánimo para mostrar sus cualidades. No intenta, bella como es, conquistar el alma por sorpresa sino que su fascinación es más peligrosa, pues la va acaparando casi imperceptiblemente.

—Basta, su señoría —gritó *sir* Clement—, su solicitud por su felicidad está suficientemente demostrada.

—Mi amistad y mi estima —contestó *lord* Orville— no deseo ocultarlas; pero tenga la seguridad, *sir* Clement, de que no le hubiera molestado con este asunto si la señorita Anville y yo no fuéramos otra cosa que buenos amigos; sin embargo, desde el momento en que usted no desea confesar sus intenciones, debemos dejar el asunto.

—Mis intenciones —dijo él—, francamente no las conozco ni yo mismo. Encuentro que la señorita Anville es la más preciosa de las mujeres; y si yo fuera propenso al matrimonio pensaría en ella, de entre todas las mujeres que he visto, para hacerla mi esposa; pero creo que ni la filosofía de su señoría me recomendaría una unión de este tipo con una joven de nacimiento oscuro, cuya única dote es su belleza, y que está, evidentemente, en situación de inferioridad en todas partes.

—*Sir* Clement —dijo *lord* Orville, cálidamente—, no discutiremos más sobre ello. Ambos somos libres y obraremos por nuestra cuenta.

En este punto, la señora Selwyn, temiendo que la descubrieran y encontrando que

mis pretensiones sobre una confrontación eran infundadas, se retiró al paseo y vino a contármelo todo.

¡Dios mío, qué hombre este *sir* Clement! ¡Tan astuto y tan simple! ¡Tan deliberadamente sagaz y, sin embargo, tan necio!

¡Cuán equivocado está..., esta pobre niña ignorante, tan inferior a todos..., lejos de desear la honorabilidad de un enlace, no lo hubiera aceptado ahora, ni nunca!

En cuanto a *lord* Orville, no confiaré mis ideas a la pluma, pero..., dígame, mi querido señor, ¿qué piensa de él?, ¿no es el más honorable de los hombres?, ¿verdad que no es de extrañar mi admiración por él?

La idea de que me vieran tras esta singular conversación me resultaba embarazosa e inquietante, pero al comparecer para la comida, *sir* Clement parecía preocupado e inquieto; me observaba a mí, después observaba a *lord* Orville, y se le notaba muy alterado. Cada vez que me hablaba le volvía la espalda con desdén no disimulado, pues estoy muy enojada con él como para soportar sus malintencionados propósitos por más tiempo.

¡Pero, ni siquiera una vez..., ni un instante, he osado mirar a *lord* Orville! Plenamente consciente de mí misma, temí sus penetrantes ojos dirigidos a los míos, y resolví mirar hacia cualquier lugar menos hacia él. El resto del día lo pasé con la señora Selwyn.

*Adieu*, mi querido señor, mañana espero sus directrices, bien para regresar a Berry Hill o visitar Londres de nuevo.

## CARTA XV

### *De Evelina al reverendo señor Villars*

Clifton, 6 de octubre



hora, si la perturbación de mi espíritu me lo permite, mi querido señor, terminaré mi última carta desde Clifton Hill.

Esta mañana, aunque no bajé temprano, *lord* Orville era la única persona en el salón cuando yo entré.

Sentí no poca confusión al verle a solas, después de tanto tiempo evitando su encuentro con éxito. Tan pronto como se hicieron los cumplidos acostumbrados, quise salir de la estancia, pero me detuvo diciendo:

—Si le estorbo, me voy. Me halagaría —dijo él— haber podido tener unos momentos de conversación con usted.

Retrocedí, y él pareció perplejo, pero después de una breve pausa, dijo:

—Es muy amable atendiendo mi petición; hace algún tiempo que deseaba ardientemente tener la oportunidad de hablarle.

De nuevo hizo una pausa, pero no dije nada y siguió:

—Hace unos días me concedió derecho a su amistad..., a interesarme por sus asuntos, a llamarla por el cariñoso título de *hermana*. Nadie hubiera podido agradecer más la honorabilidad que me hizo; ignoro, no obstante, cómo he sido tan desafortunado como para perder tal derecho, pero, ahora, todo ha cambiado; usted me huye, evita encontrarme, hablar conmigo..., sus ojos se apartan de los míos y diligentemente elude mi conversación.

Me desconcerté bastante ante esta acusación, y aun a riesgo de parecer tonta no contesté, y él continuó:

—Espero que no me condene sin haberme escuchado; si he cometido alguna falta, o he descuidado cualquier cosa, le pido, le suplico, dígame qué es ello, y estudiaré la forma de merecer su perdón.

—¡Oh, su señoría! —dije yo, traspasada de inmediato de vergüenza y gratitud—. ¡Su extraordinaria cortesía me oprime el corazón! Usted no ha hecho nada..., yo..., nunca he recibido de usted la menor ofensa; si alguien ha de pedir perdón, ésa soy yo.

—Es usted todo dulzura y condescendencia —dijo él—, y le ruego que me permita recobrar esos títulos que no podría perdonarme haber perdido. Pero, aún me causa desasosiego una idea, y espero que no me crea impertinente si le ruego que me confiese la causa de su repentino cambio de comportamiento, tan doloroso para mí.

—Verdaderamente, su señoría —dije yo tartamudeando—, no sé..., la verdad,

señor...

—Lamento mucho afligirla —dijo él— con mi premura..., pero es que cuando el cambio tuvo lugar..., no sé cómo solventar esta duda..., sospeché... ¿Puedo decirle a la señorita Anville lo que sospeché?

—Ciertamente, su señoría.

—Dígame entonces, y perdone si pregunto lo más esencialmente importante para mí..., ¿tuvo algo que ver *sir* Clement Willoughby en su cambio?

—No, señor —contesté con firmeza—, absolutamente nada.

—Mil gracias, mil gracias —dijo él—; me ha eximido del peso de una conjetura que era muy dolorosamente insoportable. Pero una cosa más..., es que su cambio de comportamiento sucedió el mismo día que *sir* Clement llegó a las termas.

—A *sir* Clement, señor —dije yo— no le atribuya nada. Es el último hombre en el mundo que tendría algún tipo de influencia en mi conducta.

—¿Me restituirá usted, entonces, esa confianza y favores con las que me honró antes de que él llegara?

Justo en ese momento, para alivio mío, pues no sabía muy bien qué contestarle, la señora Beaumont abrió la puerta, y en pocos minutos nos fuimos a desayunar.

Lord Orville fue todo alegría, nunca le vi más contento o más agradable.

Poco después, *sir* Clement Willoughby vino a presentar sus respetos —dijo— a la señora Beaumont; entonces fui a mi cuarto, donde, dando vueltas a mis reflexiones, tan pronto me calmaba como me alarmaba, hasta que recibí su carta más amable.

¡Oh, señor, qué dulces oraciones ofrece por su Evelina! ¡Qué agradecida estoy a las bendiciones que derrama sobre mi cabeza! *Me remite usted a mi verdadero padre.* ¡Ah, el guardián, el amigo, el protector de mi juventud!, por quien fui atendida en mi infancia abandonada, formada mi inteligencia, y a quien debo mi vida. *Usted* es el padre que mi corazón reconoce, y para quien prometo solemnemente deber, gratitud y afecto eterno.

Estoy esperando el encuentro con más miedo que esperanza; pero, con lo importante que es este asunto, hay otro que me tiene totalmente absorta, que debo apresurarme a comunicarle. Puse inmediatamente al corriente a la señora Selwyn con el contenido de su carta. Estuvo encantada de encontrarle de acuerdo con su opinión y decidió que nos fuéramos a la ciudad mañana por la mañana; ya ha ordenado que esté aquí el carruaje a la una en punto.

Entonces me encargó que hiciera mi equipaje y dijo que se iba a *contar cuentos* a la señora Beaumont.

Cuando bajamos a comer, *lord* Orville, que todavía conservaba su buen ánimo, me reprochó que me apartara tanto del grupo. Se sentó junto a mí, y debió de pensar lo mismo que dijo el día que me conoció, pues agotó *todos los recursos inimaginables para entretenerme infructuosamente*; pero la verdad es que no tenía deseos de entretenerme..., estaba tan desanimada y decaída. ¡La idea de mi viaje, la separación, me partía el alma!, tanto, que no pude reprimirlo ni animarme.

Lamentaba las explicaciones, aunque a medias, a *lord Orville*, y hubiera deseado que mantuviera su reserva permitiéndome a mí soportar la mía. Pero cuando la señora Beaumont, durante la cena, habló de nuestro viaje, no fui la única entristecida; una nube cubrió el semblante de *lord Orville*, y se tornó pensativo y silencioso como yo misma.

Fuimos todos juntos al salón. Al poco rato de una aburrida conversación la señora Selwyn dijo que tenía que prepararse para el viaje y me rogó que le recogiera algunos libros que había dejado en la sala.

Mientras los buscaba, *lord Orville* me siguió, y después de cerrar la puerta se acercó a mí con ansiedad, y dijo:

—¿Es cierto, señorita Anville, que se va?

—Eso creo, señor —dije yo buscando los libros.

—¿Así de repente, de forma tan inesperada voy a perderla?

—No es una gran pérdida, señor —dije yo intentando parecer alegre.

—¿Es posible —dijo seriamente— que la señorita Anville pueda dudar de mi sinceridad?

—No sé —dije yo— dónde ha podido dejar los libros la señora Selwyn.

—Si permitiera Dios que se lo pudiera probar —continuó.

—Voy a tener que subir —dije yo muy confundida— y preguntarle lo que ha hecho con ellos.

—Entonces, se marcha —dijo él cogiendo mi mano— y no me da la menor esperanza sobre su regreso. ¿No quiere entonces ser mi amiga querida? ¿No quiere enseñarme al menos la forma en que puedo soportar su ausencia, como usted misma?

—Señor —dije yo intentando soltar mi mano—, por favor, déjeme marchar.

—Lo haré —dijo él aumentando mi confusión, mientras hincaba una rodilla en tierra—, si tiene el deseo de dejarme...

—¡Oh, su señoría! —exclamé yo—, ¡levántese, se lo suplico, levántese! Usted así ante mí... ¡No creo a su señoría tan cruel como para burlarse así de mí!

—¿Burlarme yo de usted? —repitió él seriamente—. ¡Si la reverencio! ¡Si la admiro por encima del mundo entero! ¡Es usted la amiga a quien mi alma se siente adherida como a mí mismo! ¡Es usted la más amable, la más perfecta de las mujeres! ¡Y la amo tanto que no tengo palabras para expresarlo!

No necesito describir mis sensaciones en ese momento; apenas podía respirar..., dudaba de si estaba despierta..., la sangre huyó de mis mejillas y mis pies se negaron a sostenerme: *lord Orville* se levantó rápido y me acercó una silla en donde caí como sin vida.

Durante algunos minutos ninguno habló, y cuando *lord Orville* vio que me recuperaba, casi imperceptiblemente, me rogó que le perdonara por su brusquedad. En el momento que recuperé mis fuerzas quise levantarme, pero él no me lo permitió.

No puedo describir la escena que siguió a continuación, aunque cada palabra está grabada en mi corazón; pero sus protestas, sus expresiones, fueron demasiado

halagadoras para repetirlas. No consintió, a pesar de mis repetidos esfuerzos para dejarle, en dejarme marchar; en resumen, mi querido señor, no supe resistirme a sus ruegos, y conseguí arrancarme el secreto más sagrado de mi corazón.

No sé cuánto tiempo permanecimos juntos, pero sé que *lord* Orville estaba de rodillas cuando se abrió la puerta y apareció la señora Selwyn. Expresarle, señor, la abrumadora vergüenza que me embargó, sería imposible; solté mi mano de la de su señoría, y él también, sobresaltado, se levantó, y mientras, la señora Selwyn permaneció unos instantes mirándonos en silencio.

—A fin de cuentas, su señoría —dijo ella sarcásticamente—, ¿ha sido usted tan amable de ayudar a la señorita Anville a buscar mis libros?

—Sí, señora —contestó él tratando de bromear—, y espero que pronto podamos encontrarlos.

—Es en extremo amable, señor —dijo ella, secamente—, pero no puedo consentir que ocupe más su tiempo.

Y mirando el asiento junto a la ventana encontró los libros, y añadió:

—Mire, justo aquí hay tres, y, como los sirvientes en *The Drummer*<sup>[71]</sup>, este importante asunto puede ocuparnos a los tres.





Presentó entonces uno de ellos a *lord Orville*, otro a mí, y cogiendo un tercero salió de la habitación mirándonos provocativamente.

La habría seguido instantáneamente, pero *lord Orville*, sonriendo, me rogó que me quedara un momento con él, pues tenía varios asuntos de importancia que discutir conmigo.

—No, por Dios, su señoría, no puedo, creo que ya me he quedado lo suficiente.

—¿Se arrepiente la señorita Anville tan pronto de su bondad?

—¡Apenas sé lo que hago, su señoría, estoy realmente asombrada!

—Una hora de conversación —dijo él— creo que serenaría su ánimo y confirmaría mi felicidad. ¿Cuándo podré verla a solas? ¿Bajará usted al jardín mañana antes del desayuno?

—No, no, su señoría, no quiero que por segunda vez me reproche tener *una cita*.

—¿Reserva, pues, ese honor sólo para el señor Macartney?

—El señor Macartney —dije yo— es pobre y se cree obligado conmigo, de otro modo...

—Eso de la pobreza no lo discuto —dijo él—, pero si estarle agradecido tiene algún peso, ¿quién disputará mi título para una cita?

—Su señoría, no puedo continuar aquí, la señora Selwyn perderá toda la paciencia.

—No la prive del placer de las *conjeturas*, pero dígame, ¿está usted bajo los cuidados de la señora Selwyn?

—Solamente por el momento, su señoría.

—No son pocas las preguntas que tengo que hacerle a la señorita Anville; entre ellas la más importante es si depende totalmente de ella o si hay alguna persona a quien deba solicitarla.

—Apenas sé, su señoría..., apenas sé a quién pertenezco.

—Permítame entonces —dijo él, cálidamente— precipitar el momento para que no haya lugar a duda cuando su agradecido Orville pueda llamarla toda suya.

Por fin, y tras no poca dificultad, pude separarme de él. Me fui a mi cuarto, pues estaba demasiado agitada para seguir a la señora Selwyn. ¡Dios mío, mi queridísimo señor, qué escena! ¡Ni el extraordinario encuentro para el que me preparo mañana podría emocionarme tanto! ¡Ser amada por *lord* Orville..., ser honrada por la elección de su noble corazón...!; mi felicidad era demasiado grande para poder soportarla y... lloré, lloré amargamente por la extraordinaria felicidad que me desbordaba.

En ese estado de casi dolorosa felicidad continué hasta que me llamaron para el té. Cuando volví a entrar en el salón me tranquilizó encontrarlo lleno de gente, para que así la confusión al encontrarme con *lord* Orville pasara más desapercibida.

Inmediatamente después del té la mayor parte del grupo se puso a jugar a las cartas y entonces, hasta la hora de la cena, *lord* Orville se dedicó por entero a mí.

Vio que mis ojos estaban rojos, y no me dejó en paz hasta que me hizo confesar la causa; y cuando, aunque con gran renuencia, admití a regañadientes mi debilidad, apenas pude refrenar mis lágrimas, henchida de gratitud por sus palabras.

Quería saber si mi viaje podría posponerse, y cuando le dije que no, me rogó autorización para acompañarme a la ciudad.

—¡Oh, su señoría!, ¡vaya petición!

—Cuanto antes haga pública mi devoción por usted —contestó él—, antes puedo esperar de su delicadeza que convenza al mundo de que no alentará a otros enamorados.

—¿Puede enseñarme entonces, señor, las consecuencias que puedo esperar si accedo?

—¿Se pregunta por qué quiero precipitar el tiempo feliz en que ninguna discreción y ningún escrúpulo nos exija separarnos? ¿El momento en el que la delicadeza más honorable proveerá más que se opondrá a mi felicidad por poder

cuidarla?

Guardé silencio y él repitió su ruego.

—Señor —dije yo—, me pide algo que no está en mi mano conceder. Este viaje me privará de todo el derecho a obrar por mi cuenta.

—¿Qué quiere decir, señorita Anville?

—No puedo aclarárselo en este momento; no obstante, si pudiera, la tarea sería penosa y aburrida.

—¡Oh, señorita Anville! —dijo él—, ¿cuándo puedo esperar que se aclare este misterio? ¿Cuándo podré enorgullecerme de que mi prometida me honre verdaderamente con su confianza?

—Señor, no quiero aparentar misterio alguno, pero mis asuntos están complicados de tal modo, que sólo podrían explicarse con una larguísima y triste historia. Sin embargo, si un corto espacio de tiempo le puede causar a su señoría desasosiego alguno...

—Mi queridísima señorita Anville —dijo él, ansioso—, ¡perdone mi impaciencia! No me diga nada de lo que desea ocultar; esperaré la información a su propio tiempo, y confiaré en su bondad para revelármela cuanto antes.

—No hay nada, señor, que yo desee ocultar; todo lo que deseo es aplazar una explicación.

Entonces me pidió que, al no poder acompañarme, le permitiera escribirme y prometiera contestar sus cartas.

Un repentino recuerdo de las dos cartas intercambiadas entre ambos pasó por mi mente y contesté precipitadamente:

—¡No, señor, por cierto!

—Lamento mucho —dijo seriamente— que usted piense que soy un impertinente. Confieso que me agradecería suavizar por ese medio la inquietud de su ausencia, que al atender a inexplicables circunstancias, no creí que le disgustara.

Me hirió la seriedad con que pronunció estas palabras, y no pude abstenerme de decirle:

—¿Puede usted desear, ciertamente, que por segunda vez cometa una imprudente precipitación al escribirle?

—¡Por segunda vez! ¡Imprudente precipitación!

—¿Ha olvidado ya la carta que imprudentemente le envié cuando estuve en Londres?

—No tengo la más mínima idea —dijo él— de lo que quiere usted decir.

—Entonces, su señoría —dije yo—, mejor olvidamos el asunto.

—¡Imposible —dijo él—, no descansaría sin una explicación!

Y me obligó a contarle entonces extensamente lo ocurrido con las cartas; ¡pero, mi querido señor, imagine mi sorpresa cuando me aseguró solemnemente que, lejos de haberme escrito ni una sola línea, no había recibido ninguna carta mía!

Este tema, que nos causó mutuo asombro y perplejidad, nos ocupó el resto de la

tarde, y me hizo prometerle que mañana le mostraría la carta que había recibido en su nombre para intentar descubrir a su autor.

Después de la cena la conversación se hizo general.

Y ahora, mi querido señor, debo pedirle que me felicite por los acontecimientos de este día. ¡Un día que recordaré siempre con la más extraordinaria alegría!

Ya conozco la inclinación que siente hacia *lord* Orville y, por consiguiente, no temo que mi franqueza pueda desagradarle. Quizá llegue en un corto espacio de tiempo el día en que Evelina pueda recibir de su mejor amigo la autorización y aprobación por su elección; ¡es todo lo que puedo desear!

Con relación al cambio que va a tener lugar en mi situación, seguramente no soy la única responsable de lo que ha ocurrido; la preferencia de *lord* Orville no es sólo un honor para mí, sino para todo aquel que se relacione conmigo, o a quien pueda pertenecerle.

*Adieu*, mi querido señor; volveré a escribirle cuando llegue a Londres.

## CARTA XVI

### *Evelina continúa*

Clifton, 7 de octubre



Como ve, mi querido señor, estaba equivocada al suponer que no volvería a escribirle desde aquí, donde mi residencia parece ahora más incierta que nunca.

Esta mañana, durante el desayuno, *lord* Orville aprovechó la oportunidad para rogarme, en voz baja, que le concediera unos momentos de conversación antes de irme de Clifton.

—¿Puedo esperar que baje al jardín después del desayuno?

No contesté, pero creo que mis ojos no lo negaron, pues realmente deseaba conocer lo concerniente a la carta.

En cuanto pude salir del salón subí en busca de mi capota, pero antes de llegar a mi cuarto, la señora Selwyn me llamó, diciéndome:

—Si va a salir a caminar, señorita Anville, tenga la bondad de decirle a Jenny que baje mi sombrero, y la acompañaré.

Muy desconcertada me metí en el salón sin contestar nada, y creí que podía esperar sin ser vista hasta saber lo que disponía para mí. Pero a los pocos minutos, se abrió la puerta y entró *sir* Clement Willoughby.

Sobresaltada al verle, me levanté precipitadamente y se me cayó la carta que había cogido para examinarla con *lord* Orville; antes de poder recuperarla, *sir* Clement se arrojó sobre ella, y cuando iba a entregármela, mientras me preguntaba por mi salud, la firma le llamó la atención, leyendo en voz alta: «Orville».

Intenté arrebatarla ansiosa, pero no me lo permitió y, sujetándola con fuerza, exclamó apasionadamente:

—¡Dios mío, señorita Anville!, ¿es posible que aprecie una carta como ésta?

La pregunta me sorprendió y me dio vergüenza contestarla; pero, comprendiendo que no quería soltarla, le advertí y vehementemente le exigí que me la devolviera.



—Dígame antes —dijo él elevándola por encima de mi alcance—, si ha recibido más cartas de esta misma persona.

—¡No, en verdad —dije yo—, nunca!

—¿Y quiere prometerme la más dulce de las mujeres que nunca recibirá otra? Dígamelo, y me hará el más feliz de los hombres.

—*Sir Clement* —dije yo muy confundida—, le ruego que me dé la carta.

—¿Y satisfará mis dudas? ¿Lo hará usted? ¿Aliviará la tortura de mi incertidumbre? ¡Dígame que el maldito Orville no le ha escrito nunca más!

—*Sir Clement* —dije yo, colérica—, no tiene derecho a ponerme condiciones... Le ruego que me dé la carta inmediatamente.

—¿Pero a qué tanto empeño en esta odiosa carta? ¿Con sinceridad me dice que merece esta carta la más mínima ansiedad?

—Eso no importa, señor —dije yo, perpleja—, la carta es mía y por consiguiente...

—Deduzco entonces —dijo él— que esa carta merece su extremo desprecio; pero el nombre de Orville le da valor para usted.

—*Sir Clement* —dije yo, enrojando—, está completamente..., está muy..., la carta no es...

—¡Oh, señorita Anville! —dijo él—; se ruboriza, tiembla... ¡Dios mío!, lo que yo tanto temía.

—No sé... —dije yo, medio asustada— lo que usted quiere decir; pero le suplico que me dé la carta y que se calme.

—La carta —dijo él, haciendo rechinar sus dientes— no la volverá a ver. La debió quemar en cuanto la leyó —y dicho esto la rompió en mil pedazos.

Asustada por su violenta furia, quise salir hacia mi cuarto, pero me cogió por el traje, diciendo:

—No, todavía no puede irse; estoy medio loco y tiene que quedarse a terminar su obra. Dígame, ¿sabe *lord* Orville que le ama? ¡Diga sí —añadió él, temblando de rabia—, y me iré para siempre!

—¡Por el amor de Dios, *sir Clement*! —dije yo—; ¡suélteme!... Si no lo hace, me obligará a pedir auxilio.

—Llame entonces —dijo él—, mujer dura e insensible. Llame si quiere y publique a gritos su triunfo. Pero, aunque diez mundos atendieran su llamada, nadie podría separarme de usted hasta que me haya contestado. ¿Sabe Orville que le ama?

En cualquier otro tiempo, una pregunta tan grosera me hubiera provocado gran sonrojo; pero entonces la fiereza de sus maneras me aterrorizó, y sólo contesté:

—Sea lo que fuere lo que quiera saber, *sir Clement*, se lo diré en otra ocasión; pero por ahora deje usted que me vaya.

—¡Basta! —dijo él—, comprendo; la astucia de Orville ha triunfado. Frío, indiferente..., flemático como es, le ha hecho usted el más envidiado de los hombres... Una última pregunta y basta: ¿se casará con usted?

¡Qué pregunta! Mis mejillas ardían de indignación, y me sentí demasiado orgullosa para contestarle.

—Ya veo, ya veo lo que pasa —dijo él tras una pausa—, y encuentro que estoy acabado para siempre.

Luego, soltando mi vestido, anduvo de aquí para allá por la estancia de manera apresurada e inquieta, con la mano apoyada en la frente.

Al verme libre, no obstante, no tuve valor para irme, pues su evidente disgusto despertó toda mi compasión. Y ésta era la situación cuando *lady* Louisa, el señor Coverley y la señora Beaumont entraron en el cuarto.

—*Sir Clement Willoughby* —dijo la última—, le imploro perdón por haberle hecho esperar tanto tiempo, pero...

No tuvo tiempo para decir una palabra más; *sir Clement*, demasiado confuso para darse cuenta de lo que hacía, cogió su sombrero y, pasando precipitadamente junto a ella, corrió escaleras abajo y salió de la casa.

Yo sentía piedad por él, aunque sinceramente esperaba no verle nunca más. Pero, mi querido señor, ¿qué debo deducir de sus extrañas palabras en lo referente a la

carta? ¿No le parece como si él mismo fuera el autor de la misma? ¿Cómo, si no, estaba tan bien informado del desprecio que merecía? No conozco a nadie más que pudiera haber hecho tal engaño. Recuerdo también que cuando le di la primera carta a la criada, *sir* Clement entró en la tienda, probablemente la sobornó para que se la diera, y después, con el mismo procedimiento, entregó la respuesta.

La verdad es que de ninguna manera puede ser de otra forma. ¡Oh, *sir* Clement, si no fuese en sí mismo tan infeliz, no sé cómo podría perdonar un engaño que causó tanto sufrimiento!

Su precipitada marcha ocasionó confusión general.

—¡Vaya comportamiento tan extraordinario! —dijo la señora Beaumont.

—¡Pardiez! —dijo el señor Coverley—, el *baronet* ha tenido un toque heroico esta mañana.

—En mi vida he visto cosa más monstruosa —dijo *lady* Louisa—, completamente abominable. Estará disgustado..., me ha asustado terriblemente.

Al poco tiempo subió la señora Selwyn con *lord* Merton, y la primera, avanzando presurosa hacia mí, dijo:

—¿Señorita Anville, tiene usted un calendario?

—¿Yo? No, señora.

—¿Quién tiene uno, entonces?

—¡Pardiez! —dijo el señor Coverley—, no he comprado uno en mi vida; se me hace pesado tener un reloj en mi bolsillo. Prefiero vagar todo el día ante un reloj de arena.

—Tiene razón en no observar el tiempo —dijo la señora Selwyn—, por temor a ser traicionado por sorpresa, al reflejar cómo lo emplea.

—¡Pardiez, señora! —replicó él—, si el *Tiempo* pensara en mí como yo pienso en él, creo que por un tiempo retaría a la vejez y las arrugas, a que el diablo me lleve si alguna vez pienso en ello.

—Por favor, señor Coverley —dijo la señora Selwyn—, ¿por qué piensa que es necesario decirme eso tan a menudo?

—¿A menudo? —repitió él—. ¡Pardiez, señora!, yo no sé por qué lo dije ahora. Pero estoy seguro de no haberlo dicho desde hace un siglo.

—¿Un siglo? —dijo ella—. Pues, muy señor mío, usted lo dice todo el tiempo. Cada palabra, cada mirada, cada acción lo proclama.

No sé si entendió la entera severidad de su sátira, pero le contestó con una carcajada. Entonces ella se dirigió al señor Lovel y le preguntó si tenía un calendario.

El señor Lovel, que siempre se asusta cuando ella le dirige la palabra, contestó con vacilación:

—Le aseguro que no tengo la menor antipatía por los calendarios..., ni la más mínima, se lo aseguro; me atrevo a decir que tengo cuatro o cinco.

—¿Cuatro o cinco? ¿Puedo preguntar qué uso hace de ellos?

—¡Usarlos! Mire, señora, en cuanto a usarlos..., realmente, no los uso mucho;



únicamente para saber el día en el que vivo; de otro modo nunca podría recordarlo.

—Entonces, ¿sin un calendario no podría distinguir un día de otro?

—Realmente, señora —dijo él, enrojeciendo—, no veo nada de particular en tener algunos calendarios; muchas otras personas los tendrán...

—No se ofenda —dijo ella—, he querido divagar un poco. Todo lo que quiero saber es la fase de la luna; si estamos en luna llena me salvaré de un sinfín de conjeturas, y sabré de inmediato la causa a la que atribuir las incongruencias que he presenciado esta mañana. En primer lugar oí a *lord* Orville excusarse de salir para tener asuntos importantes que arreglar en casa, y luego le vi hace media hora paseando a solas por el jardín. Por otro lado, la señorita Anville: la invito a pasear y después de recorrer toda la casa buscándola la encuentro tranquilamente sentada en el salón. Y hace cinco minutos, *sir* Clement Willoughby que, con más cortesía de la habitual me había dicho que iba a pasar la mañana aquí..., y ahora me lo encuentro escaleras abajo, como si le persiguieran las *Furias*, y en lugar de repetir sus cumplidos o aducir alguna excusa, ni siquiera me contestó a una pregunta que le hice, y pasó rozándome con la rapidez de un ladrón.

—La verdad es que no sé lo que podía pasarle —dijo la señora Beaumont—; tal rudeza en un hombre de principios es incomprensible.

—Su señoría —dijo *lady* Louisa a *lord* Merton—, ¿no sabe que conmigo hizo lo mismo? Le iba a preguntar qué le ocurría, pero salió tan disparatado que casi deslumbró mis discernimientos. No puede usted imaginarse lo mucho que me asustó..., debo estar muy pálida; ¿no estoy muy pálida, su señoría?

—Su señoría —dijo el señor Lovel—, está tanto o más bonita que el lirio, y las rosas podrán ruborizarse de verse superadas.

—Por favor, señor Lovel —dijo la señora Selwyn—, si las rosas se ruborizaran, ¿cómo se las imaginaría?

—¡Pardiez! —dijo el señor Coverley—, supongo que de ruborizarse, como dice el refrán, se volverán azules, pues son rojas ya...

—Por favor Jack —dijo *lord* Merton—, no hable de rubores..., en la vida supo lo que era el rubor.

—Su señoría —dijo la señora Selwyn—, si la sola experiencia pudiera justificar el poder mencionarlos..., qué admirable tratado se podría esperar de la suya.

—¡Oh, se lo ruego, señora! —contestó él—, tómela contra Jack Coverley, que es *su hombre*; yo confieso que tengo aversión mortal por las discusiones.

—¡Oh, qué vergüenza, su señoría! —dijo la señora Selwyn—, un senador del reino, un miembro del parlamento más noble del mundo..., y aún descuida el aire de la oratoria.

—A fe mía, su señoría —dijo el señor Lovel—, creo que, en general, su Cámara no es muy aficionada al estudio; nosotros, en la Cámara Baja, indudablemente nos aplicamos mucho más; y, si no hablara ante un poder superior (inclinándose ante *lord* Merton), añadiría que allí tenemos asimismo oradores más capaces.

—¡Señor Lovel —rebatió la señora Selwyn—, usted merece la inmortalidad por este descubrimiento! Si no fuera por esta observación y la confesión de *lord* Merton, hago constar que hubiera supuesto que un par del reino o un *lógico hábil* eran términos sinónimos.

Lord Merton, girando sobre sus talones, le preguntó a *lady* Louisa si quería tomar el aire antes de comer.

—No sé, realmente —dijo ella—, temo este horrible calor; además (poniendo la mano en la frente) estoy algo indispuesta. ¡Es horrible tener tan sensibles los nervios! La cosa más nimia me descompone; me ha dado tal sacudida la excentricidad de este hombre..., que no sé cuándo me recobraré. Soy una triste, débil criatura..., ¿no lo cree así, señor?

—¡Oh, de ningún modo! —contestó él—, su señoría es sencillamente delicada..., y que el diablo me lleve si alguna vez me enamoré de una amazona.

—Tengo el honor de participar de la opinión de su señoría —dijo el señor Lovel mirando maliciosamente a la señora Selwyn—, pues tengo una insuperable aversión a la fuerza, ya sea de cuerpo o mente en una mujer.

—A fe mía que pienso igual —dijo el señor Coverley—. ¡Pardiez!, preferiría ver a una mujer cortando madera antes que discutiendo sobre lógica.

—Eso es lo que quiere un hombre con sentido común —dijo *lord* Merton—, pues una mujer sólo necesita ser bonita y de buen ánimo; todo lo demás resulta impertinente y antinatural. En cuanto a mí, diantre si alguna vez en mi vida deseé oír palabras de sabiduría en boca de una mujer.

—Siempre se ha convenido —dijo la señora Selwyn mirando a todos despreciativamente— que nunca un hombre debe unirse a una mujer con una inteligencia superior a la suya. Mucho me temo que para proveer a todo este grupo esta regla es completamente impracticable, a menos que escogieran parejas en el *hospital de idiotas de Swift*<sup>[72]</sup>.

¡Cuántos enemigos, mi querido señor, se crea con esta desmesurada severidad la señora Selwyn! Lord Merton, no obstante, sólo silbó; el señor Coverley cantó, y el señor Lovel, después de morderse los labios, dijo que si la señora no fuera como es, una señora, estaría tentado a decir que en tal severidad había algo..., observaba algo, quiso decir, que más bien era... *raro*.

Justo en ese momento el criado le trajo a *lady* Louisa una nota en una bandeja, ceremonia empleada siempre con su señoría, y yo aproveché la oportunidad para escabullirme de la sala.

Fui de inmediato al salón, que encontré completamente vacío. Pero no me atreví a pasear por el jardín después de lo que había dicho la señora Selwyn.

A los pocos minutos un criado anunció al señor Macartney, y dijo al entrar que iba a preguntar si *lord* Orville estaba en casa. El señor Macartney se alegró mucho de encontrarme allí sola, y me dijo que se había tomado la libertad de preguntar por *lord* Orville tan sólo como pretexto para venir a la casa.

Entonces le pregunté ansiosa si había visto a su padre.

—Sí, señor —dijo—; y, como conozco la compasión que usted me ha demostrado, vine presuroso a contarle que al leer la carta de mi desgraciada madre no dudó en reconocerme.

—¡Dios mío —dije yo emocionada—, qué similares son nuestras circunstancias! ¿Y le recibió amablemente?

—No podría esperarse que lo hiciera. El cruel motivo que me obligó a alejarme de París estaba muy reciente en su memoria.

—¿Y ha visto a la señorita?

—No, señora —dijo él tristemente—, me fue prohibido verla.

—¿Prohibido verla? ¿Por qué?

—En parte, quizá, por prudencia..., y en parte por un resentimiento al que no se sustrae uno fácilmente. Yo sólo pedí ponerla al corriente de nuestra relación y que se me permitiera llamarla hermana; pero me fue negado: «Usted no tiene ninguna hermana —dijo *sir* John—; debe olvidar su existencia». Dolorosa y vana pretensión...

—¡Sí la tiene, sí... tiene una hermana! —dije yo, en un arranque de piedad que no pude reprimir—. Una hermana que está ardientemente interesada en su bienestar y que sólo espera la oportunidad de manifestarle su amistad y su aprecio.

—¡Bendito sea Dios! —dijo él—, ¿qué quiere decir, señorita Anville?

—Anville —dije yo— no es mi verdadero nombre; ¡*sir* John Belmont es mi padre, como también lo es de usted, y por tanto soy su hermana! Vea que el mutuo aprecio que nos tenemos no se deriva tan sólo de lazos de amistad, sino de lazos de sangre. Yo ya siento por usted el afecto de una hermana; en realidad lo sentí antes de saber que lo era. Pero hermano mío, ¿por qué no habla? ¿Duda en reconocerme?

—Estoy tan confuso en mi asombro —dijo él—, que no sé si oigo bien.

—¿Habré entonces encontrado un hermano —dije yo tendiéndole mi mano— que no quiera reconocerme?

—¿Reconocerla? ¡Oh, señora! —dijo él aceptando la mano que le ofrecía. ¿Y cómo puede reconocerme usted? Un pobre y desgraciado aventurero que se sostiene últimamente de su generosidad, y que gracias a su benevolencia no se quitó la vida... ¿Puede usted, oh señora..., puede usted, ciertamente, sin sonrojo, condescender a reconocer como hermano a semejante paria?

—¡Oh, desista, desista! —dije yo—. ¿Es este lenguaje adecuado para una hermana? ¿No estamos unidos uno a otro recíprocamente? No me haga sufrir esperando las noticias que trae... ¿Dónde está nuestro padre ahora?

En Hotwells, señora. Llegó ayer por la mañana, Habría seguido preguntando, pero la entrada de *lord* Orville me lo impidió. Le vi sobresaltarse al vernos y quiso retirarse, pero yo, retirando mi mano de la del señor Macartney, le rogué que entrara.

Durante unos momentos estuvimos todos callados, y creo, igual de desconcertados. No obstante, volviendo en sí, el señor Macartney dijo:

—Espero que su señoría me perdonará la libertad que me he tomado usando su nombre.

Lord Orville, más bien fríamente, se inclinó de modo respetuoso, pero no dijo nada.

Otra vez nos quedamos todos callados y luego el señor Macartney se ausentó.

—Sospecho —dijo *lord* Orville cuando se marchó— que he acertado la visita del señor Macartney.

—¡Oh, no señor, en absoluto!

—Había supuesto —dijo un poco vacilante— que vería a la señorita Anville en el jardín; no sabía que estaba mejor comprometida.

Antes de poder contestar un criado vino a decirme que el carruaje estaba listo, y que la señora Selwyn preguntaba por mí.

—Voy enseguida —dije yo disponiéndome a irme, pero *lord* Orville, deteniéndome, dijo muy emocionado:

—¿Entonces, señorita Anville, se separa de mí?

—Su señoría —dije yo—, ¿acaso puedo remediarlo?

—¡Buen Dios! —dijo él—, me toma usted por un estoico. ¿Qué mejor oportunidad puedo esperar? ¿No está la silla esperándola...? Y aún no se ha dignado a decirme a dónde.

—Mi viaje, señor, ahora debe aplazarse. El señor Macartney me ha traído noticias que lo hacen del todo innecesario.

—El señor Macartney —dijo él seriamente— parece tener en usted una gran influencia; pero es un consejero muy joven.

—¿Es posible, su señoría, que el señor Macartney le cause desasosiego alguno?

—Mi querida señorita Anville —dijo él tomando mi mano—, veo y adoro la pureza de su pensamiento tal como es, por encima de todo artificio y toda pretensión de sospecha y, sería injusto conmigo e incluso con usted misma, si osara tener la más mínima duda de la benevolencia que la hace mía para siempre; no obstante, permíteme si me muestro asombrado, cuando no alarmado, ante estas frecuentes reuniones con un joven como el señor Macartney.

—Su señoría —dije yo, ansiosa por exonerarme—, el señor Macartney es mi hermano.

—¿Su hermano? ¡Me asombra usted! ¿Qué misterio oculto, entonces, hace de este parentesco un secreto?

En ese momento la señora Selwyn abrió la puerta.

—¡Ah, está aquí! —dijo—. ¿Será su señoría tan amable de acompañarnos, o retrasar nuestro viaje?

—Sería muy feliz —dijo *lord* Orville—, si estuviera en mi mano conseguir *lo último*.

Entonces la puse al corriente de la conversación con el señor Macartney. Inmediatamente ordenó que el carruaje se retirara, y me llevó a su habitación para

considerar lo que debíamos hacer. Pocos minutos le bastaron para tomar una decisión, y escribió la siguiente nota:

*A sir John Belmont, Baronet.*

*LA SEÑORA SELWYN le presenta sus respetos a sir John Belmont, y le ruega, si no ha de causarle molestia, que la reciba esta mañana para un asunto de suma importancia.*

Luego la entregó a su criado para que, tras informarse en el balneario de la dirección, la llevara a su destinatario; y fue a disculpase directamente con la señora Beaumont por retrasar su viaje.

La contestación fue rápidamente recibida con la notificación de que *sir John* tendría mucho gusto en recibirla.

Quería que la acompañase inmediatamente al balneario, pero le rogué que me evitase la angustia de una presentación tan brusca, y por favor abriera el camino para mi visita. Ella consintió más bien a regañadientes, y asistida únicamente por su criado, se dirigió al balneario.

No estuvo ausente ni dos horas, y aun así, me pareció una espera tan larga, que imaginé que mil accidentes habían ocurrido, y temí que nunca regresara. Pasé todo el tiempo en mi cuarto, pues estaba demasiado agitada para estar de conversación con *lord Orville*.

En el momento en que desde mi ventana la vi regresar corrí escaleras abajo y salí a su encuentro en el jardín, dirigiéndonos ambas hacia el cenador.

En su mirada se reflejaba decepción y enojo, lo que me anunció el fracaso de su empeño. Viendo que no hablaba le pregunté con voz entrecortada si tenía o no un padre.

—¡No lo tiene, querida! —dijo bruscamente.

—Muy bien, señora —dije con relativa calma—, encargue de nuevo la silla, que me voy a Berry Hill..., donde confío en encontrarme con uno.

Pasó un buen rato antes de que pudiera relatarme el modo en que se había desarrollado la visita; y entonces, me la contó de forma apresurada, aunque creo poder recordar cada palabra:

*Encontré a sir John a solas, que me recibió con extrema cordialidad. No le mantuve en suspenso sobre el objeto de mi visita, pero, tan pronto como se lo di conocer, dijo con arrogante sonrisa:*

*—¿Y la han convencido para resucitar esa vieja y ridícula historia?*

*—Ridícula —le dije— no es un término del que debiera hacer uso para aplicarlo a las acciones horribles que dieron origen a esa vieja historia —como él tan a la ligera la denominaba—. Acciones —continué yo— que merecen inscribirse en los*

negros anales de Nerón o Calígula.

Intentó en vano tomárselo a broma, pero continué con toda la severidad de que soy capaz, y no cesé de pintarle la enormidad de su crimen hasta llegarle a la médula, y con ira e impaciencia me dijo:

—Basta ya, señora; éste no es un asunto en el que yo necesite instructor.

—Entonces —dije yo— haga usted la única reparación que está en su mano ahora. Su hija está en este momento en Clifton, hágala venir y, ante el mundo entero, proclame la legitimidad de su nacimiento y limpie la reputación de su injuriada esposa.

—Señora —dijo—, está usted muy equivocada si supone que esperaba el honor de su visita para hacer justicia a la memoria de aquella infortunada mujer; su hija está conmigo desde que cumplió diez meses, la he amparado en mi casa, lleva mi nombre, y será mi única heredera.

Durante unos instantes esta aseveración me pareció tan absurda, que sólo pude burlarme de ella, pero, finalmente, me aseguró que la misma mujer que había atendido a lady Belmont en su última enfermedad le había llevado la niña a Londres cuando él aún se encontraba allí, y antes de que se cumpliera el año de su nacimiento.

—Como por aquel entonces —añadió— no deseaba propagar la noticia de mi matrimonio, envié a esta mujer con la niña a Francia; tan pronto como tuvo edad suficiente la metí en un convento en el que se ha criado conforme a su rango; y ahora la he traído conmigo y la he reconocido como hija legítima, pagando así a la memoria de su desgraciada madre el tributo de fama que me hace desear ocultarme de todo el mundo de ahora en adelante.

Esta historia me sonó tan improbable que no tuve escrúpulos en decirle que no creía una palabra. Entonces llamó preguntando si había llegado su peluquero y me dijo que sentía mucho tener que dejarme; pero que si quería favorecerle con mi compañía mañana, él mismo tendría el honor de presentarme a la señorita Belmont en lugar de molestarme en presentársela yo.

Me levanté entonces con gran indignación, asegurándole que haría pública su infame conducta, y me fui.

¡Dios mío, qué historia tan extraña! ¡Qué incomprensible asunto! La señorita Belmont que está ahora en Bristol pasa por ser la hija de mi desgraciada madre, es decir, ¡suplanta a su Evelina! Quién sea ella o lo que esta historia pueda significar no alcanzo a comprenderlo.

La señora Selwyn, al cabo de un rato, me dejó sola con mis reflexiones que, ciertamente, no eran demasiado agradables. Había escuchado muy calmada su relato, pero en cuanto me quedé sola, sentí amargamente la deshonra y el pesar de un rechazo tan cruelmente inexplicable.

No sé cuánto tiempo podría haber continuado esta situación si no me hubiera

despertado de mi ensueño melancólico la voz de *lord Orville*, diciendo:

—¿Puedo entrar o estorbo?

Yo me mantuve callada y se sentó a mi lado.

—Temo —continuó— que la señorita Anville pensará que la acoso; pero como tengo tantas cosas que decirle y tantas cosas que preguntar, y tan pocas oportunidades para hacerlo...; no tiene que ofenderse de que con tanta avidez intente aprovechar los momentos en que pueda hablarle. Está triste —dijo cogiendo mi mano—, ¿no será que lamenta el retraso de su viaje?... Espero que el placer que eso ha supuesto para mí no sea motivo de disgusto para usted... ¿No me contesta? Algo la aflige... ¡Quiera Dios que yo sea capaz de consolarla! ¡Que merezca participar en su dolor!

Mi corazón rebosaba ante tanta bondad, y sólo pude contestarle deshaciéndome en lágrimas.

—¡Dios mío —dijo él—, me alarma usted! Mi amor, mi dulce señorita Anville, no me niegue por más tiempo el ser partícipe de sus penas. ¡Dígame, al menos, que no me ha retirado su estima, que no se arrepiente de la bondad que me ha demostrado; que me cree siempre su agradecido Orville cuyo corazón ha dignado aceptar!

—¡Oh, señor! —dije yo—. ¡Su generosidad me supera!

Y lloré como un niño, porque ahora, mis esperanzas de ser reconocida parecieron vencidas, y sentí tan intensamente la nobleza de su aprecio desinteresado que apenas podía respirar bajo el peso de la gratitud que me oprimía.

Él pareció muy alarmado, y en los términos más elogiosos, más respetuosamente tiernos, quiso consolar mi desasosiego y urgirme para conocer la causa.

—Su señoría —dije yo cuando pude hablar—, poco sabe usted qué paria ha honrado con su elección; a una hija de la generosidad, a una huérfana desde la infancia..., destinada a sostenerse de la bondad y la compasión, rechazada por mis amigos y negada por la persona más próxima que se pueda imaginar... ¡Oh, señor!, en tales circunstancias ¿puedo merecer la distinción con la que usted me honra? No, no..., ¡siento tan dolorosamente la desigualdad...! ¡Usted debe dejarme, señor; debe permitirme que regrese a la oscuridad; y allí, sobre el pecho del primero, del mejor..., de mi único amigo, derramaré toda la pena de mi corazón!..., mientras usted, su señoría, puede buscar en cualquier otra parte...

No pude continuar, mi alma entera se echó atrás impulsivamente..., y mi voz rehusó pronunciar tales palabras.

—¡Nunca! —gritó él cálidamente—, ¡mi corazón es suyo, y le juro una unión eterna! Me prepara para contarme algo espantoso, y yo estoy sin aliento de la expectación. Pero es tan firme mi convicción, que cualesquiera que sean sus desventuras, más fuertemente me inclinan a mostrarle mi devoción. Dígame, si no, dónde puedo encontrar a ese noble amigo cuyas virtudes me ha ensalzado, y volaré para obtener su consentimiento y su intercesión, para que de ahora en adelante nuestros destinos estén indisolublemente unidos. Y luego, será mi único empeño en la

vida consolarla de su pasado, y guardarla de desgracias venideras.

Levanté la vista para contestar al más generoso de los hombres, y lo primero que encontraron mis ojos fue a la señora Selwyn.

—¿Qué hay, querida? —dijo—. ¿Todavía admirando las penumbras rurales? Creí que ya se habría cansado de este sitio retirado y la estuve buscando por toda la casa. Pero veo que la única forma de encontrarla es preguntando por *lord* Orville. Pero... no quiero perturbar sus meditaciones, quizá están planeando un dúo pastoral.

Y tras estas provocadoras palabras se fue.

Completamente confundida quise abandonar el cenador, pero *lord* Orville dijo:

—Permítame que siga a la señora Selwyn, pues ya es tiempo de acabar con tanto comentario impertinente. ¿Me permitirá hablarle abiertamente?

—Asentí en silencio y se alejó.

Entonces me dirigí a mi cuarto, donde estuve confinada hasta que me avisaron para comer; después la señora Selwyn me invitó a pasar al suyo.

En cuanto entré cerró la puerta y dijo:

—Puede sentarse *su señoría*.

—¡Señora! —dije yo, sorprendida.

—¡Oh, la dulce inocente! ¿No comprende lo que significa mi tratamiento? Pero, querida mía, mi único propósito es acostumbrarla un poco a la dignidad a la cual está destinada, pues cuando se dirijan a usted utilizando ese título no deberá mirar para otra parte por temor a escuchar un discurso no dirigido a usted.

Después de divertirse un rato por mi confusión en referencia a su broma, acabó felicitándome muy seriamente por la distinción de *lord* Orville, y me contó, en los términos más enérgicos, su deseo desinteresado de casarse conmigo inmediatamente. Ella le contó mi historia completa y él se mostró dispuesto, o mejor ansioso, a que nuestra unión se llevara a cabo sin dar lugar a implicaciones de la familia.

—Ahora, querida —continuó—, le aconsejo que se case inmediatamente; nada es más precario que nuestro éxito con *sir* John, y a los jóvenes de esta edad no se les debe dejar reflexionar demasiado tiempo cuando sus intereses están afectados.

—¡Dios mío, señora! —dije yo—, ¿me cree capaz de apresurar a *lord* Orville?

—Bueno, haga lo que quiera —dijo ella—, hay tema para una escena quijotesca; de otra manera, este retraso podría significar su ruina, pero afortunadamente *lord* Orville es casi tan romántico como si hubiera nacido y crecido en Berry Hill.

Entonces propuso, como lo más razonable, que la acompañara al día siguiente en su visita al balneario. La sola idea me hizo temblar, pero demostró tanto empeño en continuar este desafortunado asunto con ánimo o abandonarlo por completo que, con la falta de fuerza de mis argumentos, fui casi obligada a dejarme vencer por su propuesta.

Por la noche todos paseamos por el jardín y *lord* Orville, que nunca se separa de mí, me dijo que había escuchado una historia que, aunque había desvanecido las dudas que por mucho tiempo le habían atormentado, le había provocado pesar y



compasión. Le conté el plan de la señora Selwyn para mañana y le confesé el terror que me causaba. Entonces, de una forma en cierto modo incontestable, me suplicó que le cediera el manejo del asunto, consintiendo en unirme a él antes de que la entrevista tuviera lugar.

No pude menos que agradecerle su generosidad, y le dije que dependía enteramente de usted y que, aunque estaba segura de que su opinión coincidiría con la mía, consideraba muy impropio obrar por mi cuenta estando tan próximo el momento en que finalmente se decidiera la autoridad por la que debía guiarme. El asunto de mi temida entrevista, con las mil conjeturas y aprensiones a que dio lugar, ocuparon nuestra conversación y ocupa también todos mis pensamientos desde entonces.

Sólo Dios sabe si podré sostenerme cuando llegue el terrible y esperado momento en que me postre a los pies de quien, por ser el más cercano de los afectos, mi corazón aspira a conocer y desea amar.

## CARTA XVII

### *Evelina continúa*

9 de octubre

**N**o pude escribir ayer, tal era la agitación de mi mente. Pero no perderé un momento hasta que dé a mi mejor amigo un informe detallado de un día que no podré recordar sin emocionarme.

La señora Selwyn decidió no avisar, para tomarlo por sorpresa.

—No sea que *sir* John —dijo—, desesperado con la sola idea de mis reproches, de cualquier pretexto para evitar la visita, tanto si le hace justicia como si no.

Fuimos temprano en el carruaje de la señora Beaumont, al cual nos condujo *lord* Orville, prodigándonos las palabras de ánimo más amables.

Mi desasosiego durante el trayecto fue enorme pero, cuando llegamos a la puerta, se transformó en auténtico terror. El encuentro, finalmente, no fue tan atroz como ese preciso momento. Creo que me condujeron a la casa, pero apenas recuerdo nada que de lo que hicieron conmigo. No obstante, sé que esperamos un buen rato en la antesala, antes de que la señora Selwyn pudiera enviar arriba ningún mensaje. Cuando me recuperé un poco, le rogué que me dejara volver a casa, asegurándole que no me sentía con fuerzas para soportar la entrevista.

—No —dijo ella—, debe quedarse; sus temores sólo retrasarían el encuentro, y este impacto no debemos repetirlo.

Entonces, dirigiéndose al criado, le hizo llevar arriba su tarjeta.

La respuesta fue que estaba a punto de marcharse, pero que la atendería inmediatamente. Volví a sentirme indispuesta, tanto que la señora Selwyn temía que me desmayara; y, abriendo una puerta de una estancia interior, me rogó que la esperara allí hasta que estuviera más serena, y mientras, ella, prepararía mi recepción.

Contenta por este temporal alivio, voluntariamente accedí a la propuesta, y la señora Selwyn tuvo el tiempo justo de cerrar la puerta antes de que fuera necesaria su presencia.

La voz de un *padre*... ¡Oh, querido y reverenciado nombre!, que por primera vez golpeaba mis oídos, me impresionó de un modo que no puedo describir, aunque sólo la oí dando órdenes a un criado mientras bajaba la escalera.

Luego, entrando en la sala de visitas, le oí decir:

—Siento mucho, señora, haberla hecho esperar, pero es que tengo un compromiso que me reclama fuera; sin embargo, si tiene cualquier cosa para mí, tendré el honor de recibirla en otra ocasión.

—He venido, señor —dijo la señora Selwyn—, a presentarle a su hija.

—Le estoy infinitamente agradecido —contestó él—, pero acabo de temer la satisfacción de desayunar con ella. Señora..., a sus pies.

—¿Rehúsa verla, entonces?

—Le agradezco, señora, estos deseos de aumentar mi familia, pero debe excusarme si renuncio a aprovecharme de ello. Tengo ya una hija a quien se lo debo todo, y aún no hace tres días que tuve el placer de descubrir un hijo. Cuántos hijos más me van a seguir trayendo, aún no lo sé, pero estoy ya satisfecho con el tamaño de mi familia.

—Mil hijos que tuviera, *sir John* —dijo la señora Selwyn—, sólo hay *una* cuya madre fue *lady Belmont*, y debe ser distinguida como tal; y lejos de evitarla, debía usted dar las gracias a su buena estrella por darle la oportunidad de conceder a su injuriada esposa al menos la justicia de reconocer a su hija.

—No tengo ningún deseo, señora, de entrar en discusiones sobre este punto; pero usted parece obligada a hacerme hablar. No vive a esta hora el ser humano que pudiera hablarme de la memoria debida a aquella infortunada mujer; nadie lo siente tan severamente como yo mismo. Pero déjeme asegurarle, no obstante, que ya he hecho todo lo que estaba en mi mano para probar el respeto que ella me merecía. He educado a su hija y la he reconocido como heredera legal; si la señora puede sugerirme alguna otra manera por la cual pueda yo honrarla, y más claramente pueda manifestar su inocencia, dígamela, y aunque me hiera aún más profundamente, estoy dispuesto a realizarlo.



—Todo esto está muy bien —dijo la señora Selwyn—, pero es demasiado complicado para mi comprensión. ¿Tendría objeción en ver a la señorita?

—Ninguna, en absoluto.

—Entonces, ven, querida mía —dijo ella abriendo la puerta—. Venga a ver a su padre.

Luego, cogiendo mi temblorosa mano, me condujo hasta él. Yo hubiera querido soltarme y retroceder, pero como él se acercó instantáneamente, me encontré ya frente a él.

¡Qué momento para su Evelina! Un grito involuntario se escapó de mi garganta, y cubriéndome la cara con las manos me desplomé en el piso.

Pero él ya me había visto porque con voz apenas perceptible, exclamó:

—¡Dios mío! ¡Caroline Evelyn vive todavía!

La señora Selwyn dijo algo, pero no la pude escuchar. Y en pocos minutos él añadió:

—¡Levante su cabeza si mi vista no la espanta! ¡Levante su cabeza, imagen viva

de mi perdida Caroline!

Impresionada en extremo me levanté a medias y abracé sus rodillas, estando arrodillada también.

—¡Si, sí —decía él mirando ardientemente mi cara—, ya veo, ya veo que es *su* niña, que respira, que está a mi vista...! ¡Oh, Dios mío, que de veras vive! Vete, criatura, vete —añadió echando a andar alocadamente y apartándome lejos de sí—. ¡Sáquela de aquí, señora..., no puedo soportar mirarla!

Y luego, separándose precipitadamente de mí, salió corriendo de la sala. Muda, inmóvil, no intenté detenerle, pero la señora Selwyn, corriendo tras él, le cogió por un brazo.

—Déjeme, señora —dijo él con presteza—, y cuide de la pobre niña. Que no crea que soy cruel; dígame que en este momento clavaría una daga en mi corazón para servirla, pero ha incendiado mi cerebro y no puedo verla más.

Luego, con un ímpetu frenético, corrió escaleras arriba.

¡Oh, señor! ¿Verdad que tenía razones para temer esta entrevista? Una entrevista tan inenarrablemente dolorosa y angustiosa para nosotras.

La señora Selwyn quería regresar inmediatamente a Clifton, pero le rogué que esperáramos un poco, con la esperanza de que mi infeliz padre, al reponerse de las primeras emociones, pudiese verme de nuevo.

Al poco tiempo envió a su criado para preguntar cómo me encontraba y para decirle a la señora Selwyn que estaba muy indispuesto, pero que esperaba tener el honor de verla al día siguiente, a la hora que quisiera señalar.

Ella señaló las diez de la mañana y, entonces, con el corazón oprimido, entré en el carruaje. Aquellas angustiosas palabras: *no puedo verla más*, no se apartaban ni un momento de mi mente. Pero la presencia de *lord* Orville, que nos ayudó a bajar del carruaje, proporcionó un alivio a mis tristes pensamientos. Sin embargo, no pude ocuparme de relatarle un asunto tan doloroso y rogándole a la señora Selwyn que lo hiciera, me retiré a mi cuarto.

Tan pronto como le comuniqué a la buena de la señora Clinton la situación actual de mis asuntos, se le ocurrió una idea que parece aclarar todo el misterio ignorado tanto tiempo.

La mujer que dice ella que asistió a mi infeliz madre en su última enfermedad, y que cuidó de mí los primeros cuatro meses de mi vida, al poco tiempo de haber sido despedida de casa se fue de Berry Hill con su hija, que tenía seis semanas más que yo.

La señora Clinton recuerda que, al abandonar el lugar fue muy comentado el hecho en toda la vecindad, pero como nunca más se oyó hablar de ella, pasó por completo al olvido.

En cuanto le mencioné esto a la señora Selwyn convino al igual que la señora Clinton, que mi padre había sido engañado, y que la enfermera que dijo llevarle la hija de *lady* Belmont, en realidad le había llevado a su propia hija.

El nombre que yo llevaba, el secretismo observado en relación con mi familia, la vida retirada en que viví..., todo esto favoreció ese plan tan atrevido y fraudulento de una manera horrible; y, en resumen, antes de que la sospecha estuviera perfilada, la convicción pareció seguirla.

La señora Selwyn determinó enseguida descubrir la verdad o falsedad de esta sospecha, y en cuanto comió se fue al balneario acompañada de la señora Clinton.

Esperé en mi cuarto hasta su regreso y al volver hizo el siguiente relato de la visita:

Encontró a mi padre muy agitado e inmediatamente le informó del motivo que le hacía volver a verle con tanta urgencia, y de las sospechas sobre la mujer que habiendo fingido llevarle a su hija, muy probablemente le había llevado la suya propia. Interrumpiéndola con presteza, dijo que precisamente la había llamado a su presencia, y que la certeza de mi nacimiento, que llevaba escrita en mi semblante, le había hecho sospechar por sí mismo —en el momento en que se recobró de su sorpresa que casi le había hecho perder la razón— de la falsedad de la suplantación. Por tanto había enviado a por la mujer y la había interrogado con una severidad extrema; ella palideció y se avergonzó sumamente, pero insistió en afirmar que realmente le había llevado a la hija de *lady* Belmont. Su confusión, dijo, casi le distrajo. Añadió que *siempre* había observado que su hija no se parecía a nadie de su familia, pero como nunca había dudado de la sinceridad de la nodriza, esta circunstancia no le dio origen a ninguna sospecha.

Por deseo de la señora Selwyn se llamó de nuevo a la mujer, que fue interrogada con igual severidad y destreza. Su confusión era evidente, y sus respuestas a menudo contradictorias, pero declaró que no era una impostora.

—Eso lo veremos ahora mismo —dijo la señora Selwyn, y luego mandó llamar a la señora Clinton para que subiera. La desgraciada, cambiando de color, quiso escapar de la estancia, pero al no serle permitido, cayó al suelo de rodillas implorando perdón. Y ya entonces confesó enteramente el asunto completo de la extorsión.

Sin duda alguna, mi querido señor, recordará usted a la señora Green, que fue mi primera nodriza. Dijo que puso en práctica el engaño al escuchar, casualmente, una conversación de mi madre en la que le suplicaba a usted que si su hijo la sobrevivía, se encargara en exclusiva de su educación, y si se trataba de una niña, nunca se separara de ella mientras fuese menor de edad. Usted no sólo consintió, sino que afirmó que se la llevaría al extranjero si mi padre me reclamaba insistentemente. Dijo que ella tenía entonces a su hija en brazos y no pudo evitar desear para ella la fortuna que parecía tener tan poco aprecio para mí. Una vez formulada, fue imposible sustraerse a esta tentación, y lo que en principio parecía un mero deseo sin importancia, en breve se convirtió en un plan factible. Su marido había muerto y nada le importaba más que su hija.

Y en resumen, habiendo ahorrado dinero para el viaje, se confabuló para

averiguar la dirección de mi padre y, diciendo a sus vecinos que iba a instalarse en Devonshire, emprendió la expedición.

Cuando la señora Selwyn le preguntó cómo tuvo valor para perpetrar semejante fraude, contestó que no tenía mala intención, y que como la *señorita* no había de ejercer nunca sus derechos, le parecía una lástima que otro no aprovechara la situación.

Ya tenemos conocimiento de su éxito. Ciertamente todo pareció contribuir a ello. Mi padre no se escribía con Berry Hill; la niña fue enviada a Francia inmediatamente, y como he vivido tan retirada, nada, a menos que ocurriera una casualidad, podría descubrir el fraude.

Y entonces sentí una inmensa alegría interior y un gran regocijo al entender que el olvido en el que siempre me creí no era fruto de insensibilidad y desafecto, sino motivado por un error, y esto me hizo pensar que, puesto que mi abandono no había sido voluntario, podía esperar de mi padre su favor y protección.

Confesó que la carta de *lady* Howard le había confundido muchísimo y que se lo comunicó enseguida a la señora Green, quien subrayó que era la mayor ofensa que había recibido en su vida; pero tuvo la destreza y la intrepidez de afirmar que la misma *lady* Howard debía haber sido engañada, y como ella le había dicho desde el principio del asunto que se había llevado a la niña sin el consentimiento de usted, pensó que era entonces cuando querían engañarle y ese pensamiento motivó su brusca contestación.

La señora Green comprendió que con el viaje a Inglaterra estaba todo perdido, y puso toda su esperanza en ver casada a su hija antes de que tuviera lugar, de ahí que apoyara tanto la causa del señor Macartney; pues aunque esta unión no estuviera a la altura de las pretensiones de la *señorita* Belmont, sabía que no era superior en realidad a las posibilidades de su hija una vez se descubriera su origen verdadero.

Mi primera pregunta fue si la inocente hija estaba informada de los manejos de su madre. La señora Selwyn dijo que no, y que no se había decidido nada sobre cómo revelárselo. ¡Pobre desgraciada! ¡Qué duro es su destino! Merece todas mis simpatías y siempre la consideraré como una hermana.

Entonces le pregunté si mi padre consentía en volver a verme.

—No, querida, aún no. Dice que tenerla a la vista es aún demasiado para él. No obstante, mañana debemos decidir todo lo concerniente a usted, pues ya ve que hoy hemos dedicado todo el tiempo a esta mujer.

Esta mañana, por tanto, se fue de nuevo al balneario, y estoy esperando con impaciencia su regreso; pero le enviaré esta carta sin más demora, pues sé que está deseoso de conocer las noticias que contiene.

## CARTA XVIII

### *Evelina continúa*

9 de octubre



Qué vida tan agitada lleva actualmente su Evelina, mi querido señor! Cada día trae algo importante y los acontecimientos se suceden.

La señora Selwyn regresó esta mañana del balneario y entró en mi cuarto, diciendo:

—¡Oh, querida, tengo noticias terribles para usted!

—¿Para mí, señora? ¡Dios mío!, ¿qué ocurre ahora?

—¡Prepárese —dijo ella— con toda su filosofía aprendida en Berry Hill, con toda la fortaleza y la resignación que aprendió en su vida, pues ha de saber que la semana que viene se va a casar con *lord* Orville!

Duda, asombro y una turbación indescriptible me hizo sentir esta repentina afirmación que me sorprendió en grado sumo, y casi sin aliento, sólo pude exclamar:

—¡Dios mío, señora! ¿Qué me dice usted?

—Comprendo el temor que demuestra —dijo ella irónicamente—, pues es realmente terrorífico convertirse de repente en la esposa del hombre que adora..., y al mismo tiempo en condesa.

Le rogué que me ahorrara sus ironías y me dijera claramente las cosas, pero me lo hizo repetir dos veces antes de complacerme.

Me dijo que mi pobre padre continuaba en gran desasosiego y le había hablado de sus asuntos con mucha franqueza, indicándole que estaba muy atormentado por no saber qué hacer respecto a la hija verdadera que había descubierto y la que le había sido entregada. Con respecto a la primera temía volver a verla y respecto a la segunda no sabía cómo comunicarle su desgracia.

Entonces la señora Selwyn le informó sobre mi situación en relación con *lord* Orville, lo cual le complació sumamente; y cuando supo del ansia de *lord* Orville dijo que era de la misma opinión y que la boda debía celebrarse lo más pronto posible; después le informó del asunto del señor Macartney.

—Después de una larguísima conversación —continuó la señora Selwyn—, convinimos que la mejor solución para las partes sería que ambas hijas se casaran sin demora. Por tanto, si aspira usted al título de señorita Belmont, lo debe agilizar a toda prisa, pues la semana que viene habrá cambiado todo y finalizado el plazo para esas pretensiones.

—¡La semana que viene! ¡Mi querida amiga, qué plan tan extraño! ¡Sin contar



con el señor Villars, ni conmigo..., ni siquiera con *lord* Orville!

—En cuanto a consultarle a usted, querida, estaba fuera de toda duda, pues ya sabe que las señoritas dan siempre su corazón y su mano con cierta renuencia. En lo que respecta al señor Villars, es suficiente que sea amigo suyo, y en cuanto a *lord* Orville... es parte interesada.

—¿Parte interesada? ¡Me asusta usted!

—¿Por qué? Cuando comprendí que nuestra consulta probablemente redundaría en beneficio suyo, persuadí a *sir* John para enviar a buscarle.

—¿Enviar a buscarle? ¡Dios mío!

—Sí, y *sir* John estuvo de acuerdo. Le dije al criado que si no estaba en la casa, le encontraría en el cenador... ¿Por qué se ruboriza, querida? Pues enseguida acudí y nos pusimos de acuerdo.

—¡Lo siento muchísimo! ¡Lord Orville pensará que todo es demasiado precipitado!

—No, querida, está equivocada. Lord Orville tiene mucho sentido común, y todo se discutió de manera racional. Se casarán en privado, aunque no en secreto, y luego se irán a una de las casas solariegas de su señoría, y la pobre señorita Green y su hermano, que no tienen casa propia, irán a una de *sir* John.

—Pero ¿por qué, querida señora? ¿Por qué toda esta prisa? ¿Por qué no pueden concedernos un poco más de tiempo?

—Podría darle mil razones —contestó—, pero creo que con dos o tres será suficiente aun con toda la lógica de genuina coquetería. En primer lugar, usted, indudablemente, desea dejar la casa de la señora Beaumont. ¿A cuál, entonces, se puede trasladar que sea más conveniente que la de *lord* Orville?

—Espero, señora —dije yo—, no estar ahora más desposeída que cuando era huérfana.

—Su padre, querida —me contestó—, está dispuesto a salvar a la pequeña impostora de la mortificación de la deshonra hasta donde pueda. Si tomara usted inmediatamente el lugar que le corresponde como señorita Belmont, como está en su derecho, podría ocasionar un estigma eterno en la pobre muchacha y todo el mundo sabría que es la chiquilla de la señora Green, lavandera y nodriza de Berry Hill, en Dorsetshire. Y esta genealogía no será muy halagadora ni siquiera para el señor Macartney que, por muy sentimental que sea, no dejará de tener orgullo y amor propio.

—¡Por todo el universo! —interrumpí—. No sería cómplice de la degradación que menciona; por eso, señora, debería regresar a Berry Hill.

—¡De ninguna manera! —dijo ella—, porque aunque la compasión nos haga tener el deseo de salvar a la pobre muchacha de la degradación pública, la justicia exige que de ahora en adelante aparezca usted en su lugar como la hija de *sir* John Belmont. Además, entre nosotras, yo, que tengo experiencia, puedo ver que la mitad de esta maravillosa delicadeza para con esta pequeña usurpadora es el resultado de un

mero interés propio; pues, mientras sus asuntos estén encubiertos, *sir John* está eximido de tener que hacerlo todo público. Y entonces, el doble matrimonio que hemos proyectado evita todo comentario. *Sir John* le entregará inmediatamente treinta mil libras, las fincas y demás, todo ello a nombre de *Evelina Belmont*. El señor *Macartney* se casará al mismo tiempo con la pobre *Polly Green*, aunque en un principio sólo será de conocimiento general que se casa *una hija de sir John Belmont*.

De esta forma, y aunque no me convenció, con la rapidez de sus argumentos me dejó perpleja y sin saber cómo rebatirla. Pregunté, no obstante, si me sería permitido ver de nuevo a mi padre, o tendría prohibido verlo para siempre.

—Querida —dijo ella—, él no la conoce, y piensa que ha sido usted criada detestándole, por lo que teme llegar a amarla demasiado.

Esta respuesta me entristeció, pues deseaba ardientemente sustraerle de sus prejuicios y su empeño consiguiendo sus simpatías con mi asidua obediencia. Pero no supo cómo proponer verle, pues era su deseo evitarme.

Esta tarde, tan pronto como los demás se pusieron a jugar, *lord Orville* apuró toda su elocuencia para reconciliarme con este apresurado plan; pero cómo me sobresaltó cuando me dijo que el próximo martes era el día señalado por mi padre para la celebración más importante de mi vida.

—¡El martes próximo...! —repetía yo sin aliento apenas—. ¡Oh, su señoría!

—Mi dulce *Evelina* —dijo él—, el día en que me hará el más feliz de los hombres le parecería horrible aunque se retrasara un año. La señora *Selwyn* la habrá informado de los muchos motivos que, ajenos a mi anhelo, exigen esa rapidez; soporte pacientemente esa precipitación, y complete generosamente mi felicidad, ocultando a mis ojos la repugnancia de sufrirla.

—Verdaderamente, su señoría, no es que yo quisiera intencionadamente hacer objeciones ni aparecer insensible al honor que me hace, pero es que en este apresurado plan hay una irrazonable precipitación... Además, no tengo tiempo de recibir noticias de *Berry Hill*, y créame su señoría, sería una desagradecida y la más miserable de las criaturas si en un asunto tan importante actuara sin la aprobación del señor *Villars*.

Se ofreció a ir él mismo a *Berry Hill*, pero yo le dije que ya le había escrito a usted. Entonces propuso que en lugar de acompañarle inmediatamente a *Lincolnshire* podíamos primero pasar un mes *en mi Berry Hill*.

Agradecí muchísimo la proposición y me produjo una franca alegría, y, en resumen, me sentí obligada a consentir en todo, rogando que, al menos, se retrasara al jueves. Él se comprometió a solicitar de mi padre el consentimiento para ese pequeño retraso, y le supliqué, al mismo tiempo, que hiciera uso de su influencia para conseguirme una segunda entrevista y así poder manifestarle la profunda preocupación que sentí por verme desterrada de su vista.

Quiso hablar de las fincas, pero yo le aseguré que lo ignoraba todo.

Y ahora, mi querido señor, ¿cuál es su opinión sobre estos apresurados

acontecimientos? Créame que casi lamento haber accedido con tanta facilidad y dar mi conformidad a planes tan precipitados, y si usted tiene la menor objeción, insistiría en que se me concediera más tiempo.

Ahora debo escribir dando cuenta sucintamente de mis asuntos a Howard Grove y a *madame* Duval.

*Adieu*, mi honorable y queridísimo señor. Todo depende ahora de usted, y aunque temerosa, me someto a su decisión.

## CARTA XIX

### *Evelina continúa*

11 de octubre

**A**yer por la mañana, tan pronto como terminó de desayunar, *lord* Orville se marchó al balneario para presentarle a mi padre mi doble petición. Entonces la señora Beaumont propuso a todos un paseo por el jardín. La señora Selwyn dijo que tenía cartas que escribir, pero *lady* Louisa se levantó para acompañar a la señora Beaumont.

Tengo razones para suponer, por las atenciones que me brindó su excelencia durante el almuerzo, que su hermano le había hablado de mi situación presente, y su comportamiento de ahora me confirmó las sospechas; porque cuando subía las escaleras, en lugar de ignorarme, como de costumbre, me llamó con afectada sorpresa, diciendo:

—Señorita Anville, ¿no pasea con nosotras?

Me pareció tan brusco su cambio de conducta que hice sin querer un gesto de desprecio y rechacé su oferta dándole las gracias con una frialdad similar a la suya; pero observando su sonrojo ante mi negativa y recordando que era la hermana de *lord* Orville se aplacó mi indignación y, aprovechando que la señora Beaumont repitió la invitación, acepté.

Nuestro paseo resultó sumamente aburrido. La señora Beaumont, que no suele hablar mucho, estaba aún más silenciosa que de costumbre; *lady* Louisa se esforzaba en vano por aligerar la distancia que había conservado hasta ahora; y en lo que se refiere a mí, era demasiado consciente de las circunstancias por las que se motivaba su atención como para sentirme orgullosa o complacida por recibirla.

Lord Orville no estuvo demasiado tiempo ausente, y se unió a nosotras en el jardín con gesto alegre y de tan buen humor que nos animó a todos.

—¡Están reunidas! —dijo—, ¡deseaba verlas así, juntas! ¿Me permite, señora (tomando mi mano) tener el honor de presentarla con su nombre verdadero a dos personas de mi familia? Señora Beaumont, permítame presentarle a la hija de *sir* John Belmont, una señorita a la que, estoy seguro, profesaba estima y admiración aun desconociendo su nacimiento.



—Su señoría —dijo la señora Beaumont, haciéndome una graciosa reverencia—, la categoría de esta joven dama en el mundo, la recomendación de su señoría, o sus propios méritos, habrían sido suficientes para ganarse mi consideración, y espero que haya encontrado en mi casa el respeto que tanto merece; no obstante, si hubiese conocido antes de qué familia procede, sin duda habría sabido asegurarlo mejor.

—La señorita Belmont —dijo *lord* Orville— no necesita recibir el lustre de su nombre, sino que es ella la que puede dárselo. Estoy seguro de que estarás encantada, Louisa, de interesarte en la amistad de la señorita Belmont, de quien espero en poco tiempo (besando mi mano y uniéndola a la de *lady* Louisa) tener la felicidad de presentarla a ustedes con otro nombre, y por el más cautivador de los títulos.

Creo que sería difícil decir qué mejillas estaban más sonrojadas, si las de *lady* Louisa o las mías; porque el orgullo con que hasta ahora me había desairado le dio tal azoramiento que igualó la perplejidad que una presentación tan inesperada causó en mí. No obstante me saludó, y con una sonrisa apenas perceptible, dijo:

—Me sentiré muy dichosa de ser favorecida con el honor que me hace la señorita Belmont otorgándome su amistad.

Yo saludé solamente y seguimos paseando, pero fue evidente, por la escasa sorpresa que expresaron, que habían sido previamente informadas de la situación.

Al poco tiempo nos unimos a más gente y *lord* Orville aprovechó entonces para hablarme del éxito de su visita. En primer lugar, fue concedido el aplazamiento hasta el jueves y, en segundo lugar, mi padre, que estaba muy preocupado por mí al tener noticias de mi desasosiego, me enviaba sus bendiciones y accedía a mi petición de verle con la misma presteza que accedería a cualquier otra cosa que quisiera pedirle. *Lord* Orville, por tanto, acordó que fuera por la noche a verle, pero me rogaba particularmente que lo hiciera sin la compañía de la señora Selwyn.

Este amable mensaje y la perspectiva de verle tan pronto me causaron tantas emociones encontradas de dolor y placer, que ocuparon totalmente mi mente hasta el momento en que me fui al balneario.

La señora Beaumont me prestó su carruaje y *lord* Orville insistió obstinadamente en acompañarme.

—Si va sola —dijo él—, la señora Selwyn seguramente se sentirá ofendida. Pero si me permite que la acompañe, aunque nos haga víctimas de sus bromas, no podrá molestarse, y es mil veces preferible soportar su risa que provocar su sátira.

En verdad, no tuve razones para lamentar haber estado acompañada, pues la conversación sostuvo mi ánimo e hizo el paseo tan corto, que cuando llegamos hasta el alojamiento de mi padre, creí que sólo habíamos recorrido diez yardas.

Me ayudó a bajar del carruaje, me condujo hasta la sala de visitas y, en la puerta, me encontré con el señor Macartney.

—¡Oh, mi querido hermano, cuánto me alegro de encontrarlo aquí!

Él me saludó y se mostró muy agradecido. Entonces *lord* Orville le tendió su mano, diciendo:

—Señor Macartney, espero que seamos buenos amigos; auguro gran placer en cultivar su amistad.

—Me honra sobremanera con ello, su señoría —dijo él.

—¿Pero dónde está mi hermana? —dije yo—, pues así es como debo llamarla y lo que siempre será para mí; temo que quiera evitarme, por eso debe intentar, hermano mío, predisponerla en mi favor y reconciliarla con la idea de conocerme.

—¡Oh, señora —dijo él—, es usted todo bondad y benevolencia!, pero espero que la excusará, pues temo que no tendría fortaleza de ánimo suficiente para verla; en poco tiempo, tal vez...

—En *muy* poco tiempo —dijo *lord* Orville—, espero que usted mismo pueda presentarla, y que tengamos el placer de darles la enhorabuena. ¿Me permite, Evelina, que en su nombre y en el mío propio, ofrezca que el señor y la señora Macartney sean los primeros invitados que tengamos la felicidad de recibir en casa?

Un criado vino entonces a decirme que podía subir. Le supliqué a *lord* Orville que me acompañara, pero él temió desagradar a *sir* John, que había pedido verme a solas. Me guió, no obstante, hasta el pie de la escalera, y se esforzó amablemente en

animarme, pero en verdad no lo consiguió, pues la entrevista se apareció ante mí con todo el horror, y no dejó espacio salvo a la aprensión.

En el momento que llegué al rellano, la puerta de la sala se abrió y mi padre me dijo con dulzura:

—¿Eres tú, hija mía?

—¡Sí, señor —dije yo, adelantándome y arrodillándome a sus pies—, soy su hija si se digna a reconocerme!

Se arrodilló a mi lado, y estrechándome entre sus brazos repetía:

—¿Reconocerte? ¡Sí, pobre hija mía! ¡Y sólo Dios sabe con qué amargo arrepentimiento!

Luego, levantándonos los dos me llevó al salón y colocándome frente a la ventana y mirándome con gran ansiedad, murmuró:

—¡Pobre, desgraciada Caroline! Y ante mi inexpresable angustia se echó a llorar.

¿Necesito decirle, mi querido señor, cuáles fueron mis ideas en aquel momento?

Quise abrazarme a sus rodillas, pero él se apartó y se precipitó en un sofá, y cogiéndose la cara con las manos, pareció durante algún tiempo sumergido en una amarga pena.

Respeté su pesar y no quise interrumpirle, esperando en silencio y a distancia a que se recobrará su serenidad. Pero de repente pareció como si le invadiera una furia frenética, pues repentinamente y con una severidad que me produjo asombro y temor, me dijo:

—Criatura..., ¿aún no has humillado lo suficiente a tu padre? Ya puedes estar satisfecha con esta prueba de mi debilidad y no obligarme a soportar por más tiempo tu presencia.

Atónita por esta orden tan inesperada me quedé inmóvil y sin palabras, dudando si mis oídos me engañaban.

—¡Oh, vete! —dijo él airado—. ¡Por piedad, por compasión, si aprecias mi juicio, déjame para siempre!

—Lo haré, lo haré —dijo yo aterrada, y me dirigí precipitadamente hacia la puerta, pero antes de alcanzarla me volví y caí sobre mis rodillas, diciendo, casi involuntariamente:

—¡Dígnese, señor, dígnese..., a darle la bendición a su hija y nunca más le ofenderé con mi presencia!

—¡Dios mío —dijo con voz casi imperceptible—, no soy digno de bendecirte! ¡No soy digno de llamarte mi hija! ¡Ni merezco que la luz del cielo ilumine mis ojos! ¡Oh, Dios mío, que pueda yo retroceder justo al tiempo en que nació, o que pueda enterrar para siempre su recuerdo!

—¡Y yo pediría al cielo —dijo yo— que mi presencia no fuera tan terrible para usted y que en lugar de irritarle, pudiera calmar su sufrimiento! ¡Oh, señor, cuan agradecida cumpliría entonces con mi deber, aun a riesgo de mi propia vida!

—¡Eres tan buena! —dijo él, amablemente—. ¡Ven aquí, niña, levántate, Evelina,

oh Dios mío, soy yo quien debe arrodillarse! ¡Me arrastraría por el suelo..., besaría el polvo..., si con ello pudiera obtener el perdón de la más injuriada de las mujeres!

—¡Oh, señor —dije yo—, si pudiera ver cuánta ternura filial derrama mi corazón!, entonces, no me hablaría así..., ¡no me arroje de su presencia ni me excluya de su afecto!

—Dios mío, Dios mío —dijo él—, ¿es entonces posible que no me odies? ¿Puede la hija de mi injuriada Caroline mirarme y no execrarme? ¿No naciste aborreciéndome y te criaste maldiciéndome? ¿No te otorgó tu madre la bendición con la condición de que me detestaras y me evitaras?

—¡Oh, no, no, no! ¡No piense tan injustamente de ella ni de mí tampoco!

Y entonces tomé de mi libreta su última carta y besándola, con mano temblorosa y todavía de rodillas, se la tendí.

Se precipitó hacia mí arrebatándomela, diciendo:

—¡Gran Dios, es su letra...! ¿De dónde sale esto? ¿Quién te la dio y por qué no la he tenido antes?

No contesté; su vehemencia me acobardaba y no me atreví a moverme de la postura suplicante en que me había colocado.

Se alejó de mí dirigiéndose a la ventana, contemplando fijamente la carta, y su mano tembló tan violentamente que apenas podía sujetarla. Luego me la tendió diciendo:

—¡Ábrela, pues yo no puedo!

Yo apenas tenía fuerzas para obedecerle, pero cuando la abrí, la cogió de nuevo y se puso a pasear precipitadamente de un lado a otro de la estancia, como temiendo leerla. Por fin, volviéndose a mí, dijo:

—¿Conoces su contenido?

—No, señor —contesté—, nunca se abrió.

Entonces volvió a la ventana y empezó a leer. La leyó precipitadamente hasta el fin, y levantando los ojos con una mirada de desesperación, dijo, mientras la carta se caía de sus manos:

—¡Sí, tú eres una santa! ¡Estás bendita!..., y yo..., ¡maldito para siempre!

Continuó algún tiempo fijo en esa posición melancólica. De repente se arrojó al suelo con violencia y dijo:

—¡Oh, miserable..., indigno de la vida y la luz! ¿En qué tinieblas podría esconderme?

No pude contenerme más, me levanté y fui hacia él; no me atreví a hablar, pero con piedad y preocupación indescriptible me colgué de su cuello y lloré. Al poco tiempo, sobresaltándose, cogió la carta de nuevo exclamando:

—¡Reconocerte, Caroline! ¡Sí, con toda la sangre de mi corazón..., lo haré! ¡Oh, si pudieras ser testigo de la agonía de mi alma! ¡Diez mil puñales no me hubieran herido como esta carta!

Entonces, después de leerla de nuevo, dijo:



—Evelina, me encarga que te reciba. ¿Quieres, para obediencia de la voluntad de tu madre, reconocer a tu padre como su destructor?

¡Qué pregunta tan atroz! Me estremecí, pero no pude hablar.

—Esclarecer su reputación y recibir a su hija —continuó él mirando fijamente la carta— son las condiciones bajo las que me concede su perdón. Su reputación ya la he esclarecido. Con qué deseo acercaría a su hija a mi pecho, la encerraría en mi corazón..., mitigaría mi angustia, y vertería el bálsamo reconfortante en mis heridas, si no me reconociera indigno de recibirla y seguro de que mi aflicción es consecuencia de mi culpa.

En vano traté de hablar; el horror y la pena me quitaron toda capacidad de expresión. Entonces leyó en voz alta la carta... «Si no se parece a su infortunada madre...».

—Oh, alma mía, con qué amargura de espíritu escribió esto... Ven aquí, Evelina. ¡Dios mío! —mirándome seriamente—, ¡nunca hubo parecido más extraordinario! Los ojos, la forma de la cara... ¡Oh, hija mía, hija mía!

¡Imagínese señor, pues no puedo describir mis sentimientos, lo que sentí cuando le vi caer de rodillas ante mí!

—¡Oh, amada semejanza de su madre asesinada! ¡Oh, todo se conserva de la más herida de las mujeres!..., contempla a tu padre a tus pies, así, encorvado, pidiéndote que no le odies. ¡Oh, tú, que representas a la esposa que perdí, háblame en su nombre y dime que el remordimiento que anega mi alma no me tortura en vano!

—¡Oh, levántese, levántese, padre amadísimo —dije yo, tratando de ayudarle—, no puedo soportar verle así! No cambie la ley de la naturaleza, levántese y bendiga a su hija que se lo ruega de rodillas.

—El cielo de mayo te bendiga, hija mía —dijo—, pues yo no me atrevo a hacerlo. Entonces se levantó, y abrazándome del modo más afectuoso, añadió:

—Ya veo, hija mía, que eres todo ternura, dulzura y bondad. No debí temer, eres la hija más cariñosa que un padre podía desear, y trataré de dominar la impresión que me causa tu presencia. Quizá el tiempo me tranquilice y pueda conocer la felicidad que supone una hija; ahora necesito estar solo; mis reflexiones son atroces y a mí solo deben atormentarme. Adiós, hija mía..., no te enojas, pero no puedo quedarme contigo. ¡Oh, Evelina, tu semblante es un puñal para mi corazón! Así miraba tu madre, igual que tú...

Lágrimas y suspiros le sacudían y, agitando la mano, quiso dejarme; pero yo, abrazándome a él, le dije, sollozando:

—¡Oh, padre! ¿Me abandona usted tan pronto? ¿Soy huérfana de nuevo? ¡Oh, mi amado..., mi padre perdido, no me deje, se lo suplico, tenga piedad de su hija, y no la despoje del padre que tan cariñosamente esperó apreciar!

—No sabes lo que me pides —dijo él—, las emociones que rasgan mi alma son más de lo que mi corazón puede soportar. Permíteme que te deje ahora, no lo atribuyas a la falta de cariño. Lord Orville se ha comportado noblemente, y creo que

te hará feliz.

Entonces, abrazándome de nuevo, dijo:

—¡Que Dios te bendiga, mi querida hija! ¡Que Dios te bendiga, Evelina mía!, intenta quererme, al menos no odiarme..., y hazme un sitio en tu corazón, pensando en mí como en tu padre.

No pude hablar; besé sus manos de rodillas y, entonces, aún con mayor emoción si cabe, volvió a bendecirme y salió corriendo del cuarto, dejándome anegada en lágrimas.

¡Oh, señor, con todo lo bueno que es usted, cuánta compasión sentirá por su Evelina, en tales escenas de agitación! ¡Le ruego al cielo que acepte el tributo de tan doloroso remordimiento y le devuelva a mi padre su tranquilidad!

Cuando me sentí lo suficientemente serena para regresar a la sala de visitas, encontré a *lord* Orville esperándome con extrema ansiedad. Y entonces fui presa de una nueva emoción, aunque de muy distinta naturaleza, pues supe por el señor Macartney que el más noble de los hombres, mi amado, insistía en que la hasta entonces señorita Belmont fuera considerada mi hermana y coheredera de mi padre; aunque no por ley, en justicia, dice él, siempre será tratada como la hija de *sir* John Belmont.

¡Oh, *lord* Orville!, será el único anhelo en mi feliz vida futura demostrar, mejor que con palabras, el agradecimiento que siento por su bondad y grandeza de alma.

## CARTA XX

### *Evelina continúa*

Clifton, 12 de octubre



Esta mañana temprano recibí la siguiente carta de *sir* Clement Willoughby:

*A la señorita Anville:*

*Acabo de enterarme de los preparativos para su boda con lord Orville.*

*No imagine que escribo estas líneas con la estúpida idea de destruir esos preparativos. No, no estoy tan loco. Mi único propósito es poder explicar el motivo de mi conducta en un momento particular, y borrarla acusación de traidor que seguramente me ha imputado.*

*Mi indiscreción de la última vez que la vi la habrá puesto al corriente de que la carta en cuestión había sido escrita por mí. Para su satisfacción, permítame el honor de informarle que la carta que escribió usted a lord Orville cayó en mis manos. Reconozco que me dominó la pasión más violenta que pueda impulsar el corazón de un hombre, y de ningún modo puedo soportar serenamente el estigma de una acción tan aparentemente deshonrosa. Es por esta razón que me dirijo a usted para intentar justificarme.*

*Lord Orville, el afortunado Orville a quien usted está a punto de hacer tan feliz, me hizo creer que no la amaba; incluso que la despreciaba. Tal era la idea que tenía de sus sentimientos hacia usted cuando me apropié de la carta que a él le dirigía. No pretendo justificar las argucias que empleé para obtenerla, pero fui incitado por una imperiosa necesidad de descubrir los términos en que le escribía.*

*No obstante, el significado de la carta fue totalmente ininteligible para mí, y su lectura sólo añadió perplejidad; y, puesto que no he nacido para resistirme a la curiosidad, determiné despejar esas dudas a toda costa..., y de ahí mi respuesta, por tanto, con el nombre de lord Orville.*

*Reconozco que lo que voy a admitir ahora le será sin duda desagradable, pero odio los disimulos.*

*Resumiendo, oculté la carta para evitar ser descubierto, y escribí una respuesta de forma que no deseara usted recibir ninguna otra.*

*Soy consciente de lo que puede pensar sobre todo esto, y lord Orville*

*posiblemente se sentirá ofendido, pero su opinión me resulta por completo indiferente, y no escribo para disculparme ante él, sino simplemente para hacerle saber a usted las razones que me empujaron a obrar tal como lo hice.*

*Tengo la intención de salir para el continente la próxima semana. Si su señoría tiene algo que decirme en estos días, tendré mucho gusto en recibir sus órdenes. No digo esto en tono de desafío, me avergonzaría ser sospechoso de obrar por conducto indirecto, sino simplemente por si le muestra esta carta a él, para que sepa que estoy dispuesto a defender mi conducta, lo mismo que a confesarla.*

*Clement Willoughby*

¡Qué carta tan extraña! El autor aparece en su escrito ofendido y orgulloso. A qué bajeza e irreflexión conducen las pasiones cuando la razón y la propia estima no se oponen a ellas. *Sir Clement* es consciente de que ha actuado deshonorosamente, pero su desenfrenada vehemencia, que le empujó a complacer una censurable curiosidad, antes le instigará a arriesgar su vida que a confesar su mala conducta.

La rudeza de su forma de escribirme nace de la misma causa, la prueba de mi indiferencia hacia él le ha llegado al alma, y no tiene ni la tolerancia ni la delicadeza de disimular su desagrado.

Determiné no mostrarle la carta a *lord Orville* y creyendo prudente hacérselo saber a *sir Clement*, le escribí la siguiente nota:

*A sir Clement Willoughby.*

*Señor:*

*La carta que ha tenido a bien dirigirme es tan poco a propósito para suponerle a lord Orville cualquier desagravio, que puede esperar de mí que se la oculte cuidadosamente. No le guardo resentimiento alguno por lo ocurrido, pero le ruego..., le suplico muy encarecidamente que no vuelva a escribir, mientras persista en su disposición de ánimo presente, por ningún canal directo o indirecto.*

*Deseo que su próxima expedición le reporte un gran placer y le aseguro que abrigo para usted mis mayores deseos de felicidad.*

No sabiendo muy bien qué nombre utilizar, opté por enviarlo sin firmar.

Respecto a los *preparativos*, tal como dice *sir Clement*, van adelante como si su consentimiento de usted hubiera sido dado. En vano hago mis protestas; *lord Orville* dice que, si cualquier objeción fuera hecha, todo se suspendería, pero sus esperanzas

le prohíben esperar tal circunstancia, y procede confiando en su aprobación.

Esta tarde tuvimos una conversación muy interesante en la que nos hemos descubierto nuestros mutuos sentimientos desde que nos conocimos. Le hice confesar lo mal que pensó de mí por mi atolondramiento en el baile de la señora Stanley; pero me halagó asegurándome que cada vez que volvía a verme adquiría a sus ojos más y mayores méritos. Cuando le expresé el asombro que me produjo al honrarme con su elección, a mí, que me creo a su lado tan insignificante en todos los aspectos, me confesó francamente que pretendió hacer averiguaciones sobre mi familia y allegados, en particular, los concernientes a *aquellas personas* con las que me vio en Marybone, antes de reconocer su preferencia en mi favor. Pero que al verme de nuevo, desistió de su preocupación, y revistiéndose de prudencia, lo dejó todo al amor. Éstas fueron sus palabras..., e incluso me ha asegurado repetidamente que su preferencia por mí no ha dejado de crecer desde mi llegada a Clifton.

\* \* \*

El señor Macartney ha venido a traerme noticias de mi padre. Me envía su mayor afecto y la seguridad de favorecerme por completo; y quiere saber si me satisface mi cambio de situación y si hay cualquier cosa que pueda hacer por mí.

Al mismo tiempo, el señor Macartney me entregó una orden de pago para el banquero de mi padre, por mil libras, que insiste en que acepte enteramente para mi uso personal, para equiparme con todo lo necesario para que esté a la altura del nuevo rango al que parezco destinada.

Estoy segura de que no necesito expresarle lo que me conmovió este gesto de generosidad. Le escribí dándole las gracias, y le confesé, francamente, que el más ardiente deseo de mi corazón era ver restablecida su tranquilidad.

## CARTA XXI

### *Evelina continúa*

Clifton, 13 de octubre

**S**e va acercando el momento de nuestro encuentro, pero no consigo dormir, pues las grandes alegrías emocionan tanto como los pesares, y por eso continuaré con mi relato.

Como no había tenido oportunidad de ver Bath, se organizó anoche una excursión para enseñarme esta famosa ciudad, y, esta mañana, tras el desayuno, nos pusimos en camino en tres faetones: *lady* Louisa y la señora Beaumont con *lord* Merton, el señor Coverley y el señor Lovel con la señora Selwyn, y yo, con *lord* Orville.

Apenas habíamos recorrido media milla, cuando un caballero, desde una silla de posta que venía al galope detrás de nosotros, gritó a los criados:

—Hola, muchachos, ¿va en alguno de estos carruajes la señorita Anville?

De inmediato reconocí la voz del capitán Mirvan, y *lord* Orville detuvo el carruaje. Él saltó de la silla y rápidamente se acercó a nosotros:

—Entonces, señorita Anville, ¿cómo se encuentra? He oído decir que ahora es usted la señorita Belmont; por favor, ¿cómo se encuentra la vieja dama francesa?

—*Madame* Duval —dije yo— creo que está muy bien.

—Deseo que se encuentre en su hermosa *casa* —dijo él guiñando un ojo significativamente— y no se encoja ante su deber. Que haya descansado lo suficiente para reparar los daños y vuelva a estar *en forma* de nuevo<sup>[73]</sup>. ¿Y qué es del pobre *monsieur Doloroso*, sigue con la mandíbula flácida como siempre?

—No están en Bristol ninguno de los dos —dije yo.

—¡No! —dijo él con aparente decepción—, pero seguramente la vieja viuda pretende asistir a la boda. Será una excelente ocasión para lucir su mejor seda de Lyon. Además, tengo intención de bailar una nueva danza con ella, ¿no sabe usted cuándo llegará?

—No tengo motivo alguno esperarla.

—¡No!, por Júpiter, ésta es la peor noticia que podría darme; todo el camino he pensado en la treta con la que podría aprovecharme de ella.

—Ha sido muy galante —dije yo, riéndome.

—¡Oh!, le prometo que mi Molly nunca me hubiera engatusado con halagos para hacer esta excursión si hubiera sabido que ella no estaba; porque déjeme decirle un secreto..., tenía toda la intención de gastarle a la *vieja cabra* otra chanza.

—¿Entonces fue la señorita Mirvan la que le persuadió para hacer este viaje?

—Sí, y hemos estado viajando toda la noche.

—¿Hemos? —dije yo—, ¿acaso viene su hija con usted?

—¿Quién, Molly? Sí, está ahí, en la silla.

—¡Por Dios, señor!, ¿por qué no me lo dijo usted antes? —dije yo.

Inmediatamente, ayudada por *lord* Orville, salté fuera del faetón y corrí hacia la estimada muchacha. Lord Orville abrió la puerta de la silla y estoy segura de que no necesito decirle la sincera alegría que acompañó nuestro encuentro.

Pedimos que nos dejaran continuar el viaje sin separarnos, y *lord* Orville fue tan amable de invitar al capitán Mirvan a su faetón.

Fui feliz como nunca con este encuentro tan oportuno con mi querida Maria, que me contó que, apenas tuvo noticia de mi situación, con ayuda de *lady* Howard y su buena madre, le suplicó a su padre ardientemente que le diera su consentimiento para el viaje; y que él no pudo resistirse a sus plegarias conjuntas. Aunque Maria no cree que hubiera cedido tan prontamente si no hubiera esperado encontrarse a *madame* Duval.

Llegaron a casa de la señora Beaumont algunos minutos después de que nos hubiéramos marchado, y nos han alcanzado sin demasiada dificultad.

No le relato nuestra conversación, pues ya podrá suponer usted los temas que escogimos y nuestra manera de discutirlos.

Nos detuvimos en un gran hotel donde nos vimos obligados a pedir una habitación, pues *lady* Louisa, que estaba *fatigada hasta morir*, quiso tomar algo antes de que empezásemos nuestras andanzas.

Tan pronto como estuvimos todos reunidos, el capitán, saludándome bruscamente, dijo:

—Entonces, señorita Belmont, hay que darle la enhorabuena. ¿Ha discrepado ya con su nuevo nombre?

—¿Yo?, oh, no, en verdad, señor.

—¿Quiere entonces explicarme la razón por la que tan precipitadamente está a punto de cambiarlo de nuevo?

—¡Señorita Belmont! —dijo el señor Lovel mirando alrededor con sorpresa—, perdón, pero..., si no es impertinente..., debo decir que siempre había entendido que el nombre de esta joven era Anville.

—¡Por Júpiter! —dijo el capitán—. Se me ocurre que le he visto en alguna parte antes. Ahora que lo pienso, ¿no es usted la persona que vi una noche en el teatro y que al terminar la función no sabía si se trataba de una tragedia o una comedia, o un concierto de violín?

—Creo, señor —dijo el señor Lovel tartamudeando—... Creo que le vi una vez..., que tuve el placer de verle la última primavera.

—Sí, y aunque viviera cien primaveras —contestó él—, nunca lo olvidaré, porque, caramba, le he utilizado desde entonces como una broma excelente. Bueno, joven, de todos modos estoy encantado de verle de nuevo en la tierra de los vivos —

estrechándole brutalmente la mano—; y dígame, si se me permite el atrevimiento: ¿cuánto gasta por noche para mantener alejados a los sepultureros?

—Yo, señor —dijo el señor Lovel muy desconcertado—, nunca me vi en peligro tan inminente como para..., realmente, señor, no le entiendo.

—¡Oh, no me comprende!, pues voy a darle explicaciones más claras. Señoras y señores, voy a decirles una cosa, sepan que este caballero, tan cierto como que está ahí sentado, paga cinco chelines la noche sólo para que sus amigos sepan que está vivo.

—Pues aún es poco dinero —dijo la señora Selwyn—, si tenemos en cuenta el valor de la información.

Con *lady* Louisa ya repuesta, comenzamos la excursión.

La encantadora ciudad de Bath ha cumplido en general mis expectativas. The Crescent, la perspectiva que se disfruta desde allí y la elegante simetría del Circus me encantaron. The Parades<sup>[74]</sup> confieso que me defraudó. Una sola de ellas es apenas preferible a algunas de las calles de Londres; y la otra, aparte de presentar una hermosa perspectiva, una vista bonita de Prior Park y del Avon, no contaba con elegancia más notable que un mero pavimento ancho como para satisfacer la idea que me había formado de ella.

En el salón termal me asombró ver la exhibición pública de las señoras en el baño. Bien es verdad que llevaban gorritos en la cabeza, pero la sola idea de exhibirse en tal situación, para quienquiera que se complazca en mirar, es indelicada.

—¡Por Júpiter! —dijo el capitán, contemplando las termas—. Éste sería un lugar excelente para hacerle bailar ahí dentro un *fandango* a la vieja *señora Francia*. Sería divertidísimo zambullirla en el estanque.

—Ella estaría muy complacida por tal distinción a su favor —dijo *lord* Orville.

—Es que, déjeme decirle —contestó al capitán—, me fascina poderosamente. Nunca había sentido tanta simpatía por una *vieja bruja*.

—La verdad —dijo el señor Lovel—, es que debo confesar que no comprendo por qué las señoras escogen esos espantosos trajes tan impropios para bañarse aquí<sup>[75]</sup>. A menudo he pensado en ello y no consigo entender la razón.

—Pues bien, declaro... —dijo *lady* Louisa— que habría que discurrir algo nuevo para reemplazarlos; siempre aborrecí los baños por eso, porque no se puede ir bien vestido para la ocasión. ¡Aquí hay alguien que me ayudará con eso!

—¿Quién, yo? ¡Oh, querida señora! —dijo el señor Lovel sonriendo estúpidamente—, ¿cómo puedo pretender ayudar a una persona del gusto de su señoría?; además, no tengo la más mínima idea de moda, ni he inventado nada en toda mi vida. Nunca tuve la menor inclinación para el vestir, ni la menor noción de imaginación o elegancia.

—¡Oh, qué vergüenza, señor Lovel! ¿Cómo puede hablar así? ¿No sabemos todos que da la nota elegante en el *beau monde*? Pienso que no hay hombre que se vista mejor que usted.



—¡Oh, por Dios, estimada señora, me confunde usted en grado sumo! ¿Que visto bien? Pero si siempre pienso que no se me puede mirar. Me escandalizo a menudo hasta morir por pensar en la facha que tengo. Puede su señoría creerme cuando le diga que esta mañana me pasé media hora completa sin saber qué ponerme.

—¡A fe mía! —dijo el capitán—, desearía haberlo presenciado, y de seguro que habría aligerado sus movimientos un poco... ¡*Media hora* pensando lo que se iba a poner...! ¿Y a quién diablos piensa que le puede importar eso o no?

—¡Oh, capitán!, no sea tan severo con este caballero porque *piensa*; sea cual sea la causa, le aseguro que no practica muy a menudo este tipo de ofensa.

—Realmente, señora, es usted maravillosamente amable —dijo el señor Lovel, colérico.

—Y dígame ahora —dijo el capitán—, ¿se ha dado una buena zambullida en este sitio alguna vez?

—¿Una zambullida, señor? —repitió el señor Lovel—; ése es más bien un término extraño, pero si se refiere a un baño, es un honor que he repetido muchas veces.

—Y dígame, si se me permite cierto atrevimiento en este punto, ¿qué hace con todo ese arbusto rizado y liso que tiene en la cima? Vamos, apuesto lo que quiera a que en su gruesa coronilla hay grasa suficiente para mantenerle a flote, aunque estuviera cabeza abajo.

—Yo no sé —dijo la señora Selwyn—, pero podría ser muy sencillo, porque estoy segura de que es la parte más ligera.

—Ahí está el asunto —dijo el capitán—, se necesita hacer de él un soldado antes de decidir si es más ligero de cabeza o pies. Apostaría diez libras contra un chelín a que podría arrojarlo tan diestramente sobre la terma, que caería desplomado sobre el copete y lo haría girar como una peonza.

—¡Hecho! —gritó *lord* Merton—. Acepto la apuesta.

—¿Quiere, usted? Por Júpiter, lo haremos lo más pronto posible, como diría Jack Robinson<sup>[76]</sup>.

—Je, je —dijo el señor Lovel riéndose acobardado, mientras se acercaba bruscamente hacia la ventana—. Por mi honor que sería divertidísimo, pero no creo que nadie tenga derecho a hacer apuestas sin el consentimiento del interesado.

—Está equivocadísimo Lovel —dijo el señor Coverley—, cualquiera pude apostar sobre usted sin su consentimiento, que no viene al caso. Puedo apostar a si tiene usted la nariz azul celeste, si quiero, por ejemplo.

—Sí —dijo la señora Selwyn—, o a que su inteligencia es superior a su físico..., o un absurdo cualquiera.

—Protesto —dijo el señor Lovel—, no me gustan semejantes privilegios, y debo implorar que nadie se tome esas libertades conmigo.

—Lo haría a pesar de sus protestas —dijo el capitán—: Suponga que a mí se me antoja decir que no tiene un diente siquiera, ¿podría impedírmelo?

—Permítame preguntarle, al menos, señor, ¿cómo lo probará usted?

—¿Que cómo? Pues haciéndoselos saltar todos de un puñetazo.

—¡Haciéndomelos saltar todos de un puñetazo! —repitió el señor Lovel con mirada de horror—. En mi vida vi cosa más espantosa. Y me permito observar que no hay apuesta que pueda justificar una acción tan bárbara.

Aquí intervino *lord* Orville, y corrimos todos a nuestros carruajes. Regresamos en la misma forma en que vinimos. La señora Beaumont invitó a todo el grupo a comer y tuvo la amabilidad de rogarle a la señorita Mirvan que se hospedase en su casa durante su estancia. El capitán se alojará en el balneario.

La primera media hora tras nuestro regreso fue ocupada escuchando las disculpas del señor Lovel por comer con el traje de montar. La señora Beaumont se dirigió entonces a la señorita Mirvan y a mí, preguntándonos si nos había gustado Bath.

—Yo creo que las señoras —dijo el señor Lovel— *no han visto Bath*.

—No, pues..., ¿qué han hecho entonces?, supone usted que se han metido los ojos en los bolsillos, ¿eh?

—No, señor, no; pero imagino que no se puede ver Bath en una mañana.

—Ya —dijo el capitán—, ¿es que piensa que sería mejor verlo a medianoche?

—No, señor, no —dijo el señor Lovel, con sonrisa arrogante—, percibo que no me entiende. No creemos que se pueda *conocer* Bath si se visita *fuera de temporada*.

—¡Vaya una estupidez! Entonces —dijo él—, no se puede ver Bath si no es en temporada.<sup>[77]</sup>

El señor Lovel sonrió de nuevo, pero creyó más oportuno no responder.

—Las diversiones de Bath —dijo *lord* Orville— son tan repetitivas que, después de un corto tiempo, se vuelven aburridas. Pero la máxima objeción que puede hacerse a ese lugar es que es un estímulo para los jugadores.

—Pues espero, su señoría, que no pensaría abolir el juego —dijo *lord* Merton—, ¡es la esencia misma de la vida! Que el diablo me lleve si tuviera que vivir sin él.

—Pues lo lamento extraordinariamente —dijo *lord* Orville mirando a *lady* Louisa.

—Usted no es juez en este asunto —continuó el otro—, pero si en alguna ocasión pudiéramos llevarle a una mesa de juego, ya nunca podría ser feliz lejos de ella.

—Supongo, su señoría —dijo *lady* Louisa—, que nadie aquí conseguirá nunca apartarle de ella.

—Su señoría —dijo *lord* Merton, recobrándose— tiene poder suficiente para hacerme renunciar a cualquier cosa.

—Menos a ella —dijo el señor Coverley—. ¡Pardiez, su señoría, no se queje de mi apoyo!

—Los hombres de ingenio como usted, Jack, sí que saben contestar a su señoría justo a tiempo; en cuanto a mí, reconozco que no tengo talento en ese campo.

—¿Realmente, su señoría? —preguntó la sarcástica señora Selwyn; pues es extraordinario, visto que tendría el éxito tan a su alcance.

—Dígame, señora —dijo el señor Lovel a *lady Louisa*—, ¿está al tanto de las novedades?

—¡Novedades! ¿Qué novedades?

Pues los rumores que circulan por el balneario sobre cierta persona...

—Oh, señor, no. ¿A qué se refiere?

—No, señora, le ruego que me perdone; es un gran secreto y no lo hubiera mencionado si no hubiera pensado que estaba al tanto de ello.

—Señor, pero ahora... ¿cómo puede ser tan malvado?, es un provocador; venga aquí, ¿verdad que usted me lo dirá ahora mismo?

—Su señoría sabe lo feliz que me hace complacerla, pero por mi honor que no puedo decir una palabra si no me promete el secretismo más inviolable.

—Desearía que esperase eso de mí —dijo el capitán—, y le doy mi palabra de enmudecer un rato. ¡Secretismo dice! ¡Por Júpiter, me maravilla que no le avergüence mencionar tal palabra cuando habla de decírselo a una mujer! Aunque en lo referido a este asunto, preferiría chismorreárselo a todo el género femenino de inmediato que decírselo a uno como usted.

—¿A uno como yo? —dijo el señor Lovel, dejando caer el cuchillo y el tenedor y adoptando aires de importancia—, no tengo el honor de comprender sus palabras.

—En cuanto a eso —dijo el capitán—, se lo explicaré cuando guste.

—Por mi honor, señor —contestó el señor Lovel—, voy a tomarme la libertad de decirle que debería estar muy ofendido, pero supongo que se trata de una frase en *jerga marinera* y por eso la dejaré pasar sin darle más importancia.

Entonces *lord Orville*, para cambiar de tema, le preguntó a la señorita *Mirvan* si pensaba pasar el invierno en Londres.

—Seguramente no —dijo el capitán—. ¿Para qué? Ya vio todo lo que merecía la pena ver.

—Entonces, Londres —dijo el señor Lovel sonriendo a *lady Louisa*—, ¿debe considerarse como un *espectáculo*?

—Y bien, entonces, señor sabelotodo, ¿cómo le gustaría considerarlo? Contésteme a eso.

—Oh, señor, imagino que mi opinión le resultaría escasamente comprensible. No entiendo de *jerga marinera* lo suficiente como para hacerme comprender. ¿Su señoría no comparte que la tarea sería sumamente difícil?

—¡Oh, Jesús, sí —dijo *lady Louisa*—, antes preferiría enseñar a mi loro a hablar galés!

—¡Ja, ja, ja! ¡Admirable! Por mi honor, su señoría, que está hoy inspiradísima, pero, ciertamente, lo está siempre.

Desde luego, siendo sincero, debo reconocer que los marinos tienen unos juegos de palabras..., casi como un dialecto propio, tan opuesto a nuestro modo de hablar, que no sorprende que consideren Londres como una mera función, que una vez visto el espectáculo ya se ha visto todo. ¡Ja, ja, ja!

—Je, je —haciendo coro *lady Louisa*—. La verdad es que es usted muy chistoso.

—El que es cómico es él. Por mi honor que no puedo evitar reírme cuando escucho que Londres se puede ver en unas pocas semanas.

—¿Y por qué no? —dijo el capitán—, ¿es que quiere dedicarle un día a cada calle?

Aquí hubo de nuevo intercambio de sonrisas entre *lady Louisa* y el señor Lovel.

—... Porque le garantizo que si tuviera que enseñárselo, le arrastraría desde St. James a Wapping<sup>[78]</sup> la primerísima mañana.

Las carcajadas fueron entonces constantes y unidas al desprecio más absoluto, que fue captado perfectamente por el capitán, el cual, mirando fieramente al señor Lovel, dijo:

—No me importan sus muecas burlonas, es una jerga que no entiendo. Pero si sigue haciéndolas, me falta poco para darle un puñetazo en la oreja.

—Protesto, señor —dijo el señor Lovel, poniéndose muy pálido—, creo que se toma muchas libertades; ese lenguaje lo puede emplear cualquiera.

—Puede hacerlo —dijo el capitán—, pero con un buen trago le garantizo que se pasa pronto.

Y entonces, pidiendo un vaso de cerveza, y con un gesto de cabeza retador y muy significativo, se lo bebió de un trago.

El señor Lovel no contestó, pero parecía muy contrariado. Y al poco tiempo dejamos a los caballeros solos.

Me entregaron luego dos cartas, una de *lady Howard* y la señora Mirvan, con las más amables felicitaciones, y otra de *madame Duval*..., pero ni una sola palabra suya, para mi preocupación y no poca sorpresa.

La señora Duval parece muy regocijada con mis últimas noticias; dice que un fuerte enfriamiento le impide venir a Bristol; que los Branghton están bien, y que la señorita Polly pronto se casará con el señor Brown, pero que el señor Smith ha cambiado de hospedaje; lo cual —añade— ha dejado la casa muy triste. No obstante ésa no es la noticia peor, ¡aunque desearía que lo fuera!..., «y es que he sido tratada de la peor manera posible por *monsieur DuBois*, pues ha tenido la bajeza de regresar a Francia sin mí». Finalmente me asegura, tal como usted me pronosticó, que seré su única heredera, cuando sea *lady Orville*.

A la hora del té nos volvimos a reunir con los caballeros, excepto el capitán Mirvan, que se fue al hotel en el que se hospeda, e hizo que su hija le acompañara para separar sus *bagatelas*, como él las llama, de sus propias ropas.

Tan pronto como se fueron, el señor Lovel, que parecía continuar muy malhumorado, dijo:

—No he visto un tipo tan vulgar y mal educado como el capitán en toda mi vida. Por mi honor que creo que ha venido con el único propósito de provocar pelea. No obstante, les aseguro que, por mi parte, no pienso seguirle la corriente.

—La verdad es que me dio un susto monstruoso —dijo *lady Louisa*—, jamás en

mi vida había oído hablar de semejante forma.

—Yo creo —dijo la señora Selwyn— que amenazó con golpear sus orejas, ¿no es cierto?

—Realmente, señora —dijo el señor Lovel, enrojeciendo—, pero uno no debe hacer caso de esa clase de bajezas, o no podría descansar entonces de tanta impertinencia; lo mejor es no darles importancia ninguna.

—Pero... —dijo la señora Selwyn muy seria—, ¿y entonces aguantar el *golpe* en silencio?

Mientras hablaban, oí detenerse la silla del capitán en la puerta y corrí escaleras abajo a recibir a Maria. Venía sola, y me dijo que su padre, que estaba segura de que tramaba algo contra el señor Lovel, la había invitado a adelantarse.

Hasta su regreso continuamos en la sala de visitas, en donde se nos unió *lord Orville*, que me rogó que no insistiera en agotar su paciencia excluyéndolo de nuestro grupo. Y, permítame decirle, mi querido señor, que mi agradecido corazón nunca pasó una media hora coronada por una felicidad tan perfecta.

Creo que todos lamentamos el regreso del capitán. Pese a toda la satisfacción que rebosaba, aunque por diferente causa, no parecía mayor que la que nosotros habíamos gozado en su ausencia. Hizo mimos a Maria bajo la barbilla, se restregaba las manos, y apenas podía contener el regocijo que le invadía. Le acompañamos al salón, en donde con semblante más sereno, sin saludar previamente a la señora Beaumont, se fue directamente hacia el señor Lovel, y bruscamente dijo:

—Dígame, por favor, ¿tiene aquí algún hermano?

—¿Yo, señor? No, gracias a Dios, estoy libre de preocupaciones de ese tipo.

—Pues bien —dijo el capitán—, acabo de ver una persona que se parece tanto a usted, que hubiera jurado que era su hermano gemelo.

—Hubiera sido un gran placer para mí haberle visto también —dijo el señor Lovel—; la verdad es que no tengo la menor noción de cómo soy, y tengo gran curiosidad por averiguarlo.

En ese instante el criado del capitán abrió la puerta, diciendo:

—Hay abajo un pequeño caballero que desea ver al señor Lovel.

—Dígale que suba —dijo la señora Beaumont—, pero ¿cuál es la razón de que William no esté en su puesto?

El hombre cerró la puerta sin contestar.

—No puedo imaginar quién es —dijo el señor Lovel—; no recuerdo a ningún caballero bajito conocido mío que se encuentre en Bristol..., exceptuando..., es cierto, al marqués de Charlton; pero no creo que sea él. Déjeme pensar, ¿qué otro puede ser bajito?



Un ruido confuso entre los criados hizo que todos fijáramos los ojos en la puerta; el capitán, impaciente, se apresuró a abrirla. Y luego, aplaudiendo ruidosamente, gritó:

—¡Por Júpiter, si es el mismo que tomé por su hermano!

Y entonces, ante el asombro general, entró en aquel momento en la sala un mono completamente vestido, y extravagantemente a la moda.

La consternación fue generalizada; el pobre señor Lovel parecía fulminado de indignación y sorpresa; *lady* Louisa comenzó a gritar sin cesar; la señorita Mirvan y yo saltamos involuntariamente sobre nuestras sillas; la propia señora Beaumont siguió nuestro ejemplo; *lord* Orville se colocó delante de mí para protegerme; y la señora Selwyn, *lord* Merton y el señor Coverley estallaron en un fuerte, escandaloso e ingobernable ataque de risa, al que se unió el capitán, que rodó por el suelo incapaz de mantenerse derecho.

La primera voz que se pudo oír en medio de aquel barullo fue la de *lady* Louisa, que chillando esperpénticamente, gritaba:

—¡Quítenlo, llévense a ese monstruo! ¡Me desmayaré si no se lo llevan!

El señor Lovel, irritado y rabioso, le preguntó coléricamente al capitán qué significaba todo aquello.

—¿Que qué significa? —dijo el capitán, tan pronto pudo hablar—. Pues que he querido mostrarle tal cual es —levantándose y señalando al mono—; señoras y señores, júzguenlo ustedes mismos, ¿vieron en su vida algo que más les guste? Apuesto mi vida a que si no fuera por el rabo, no distinguiría a uno de otro.

—Señor —dijo el señor Lovel dando una fuerte patada—, tiempo tendré de mostrarle mi furia.

—Venga —continuó el capitán sin hacerle caso—, vamos a divertirnos, quítese el abrigo y el chaleco y se lo pondremos al mono, y verá que no se sabrá quién es quién.

—Nunca creí que fuera un mono. Le aseguro, señor, que jamás me trataron de esta manera, y no estoy dispuesto a soportarlo. ¡Maldición si lo hago!

—¡Qué esplendoroso! —dijo el capitán—, el instructor está enardecido. Vamos, cálmese, no se enoje. Venga, no le hará daño, hombre..., hale, un apretón de manos; ¡un beso y tan amigos!

—¿Quién?, ¿yo? —dijo el señor Lovel casi loco de irritación—. ¡Como que me llamo Lovel que no le toco ni por todo el oro del mundo!

—Rétele —dijo el señor Coverley—, y seré su padrino.

—Sí, hecho —dijo el capitán—, y seré apadrinado por mi amigo el señor Clapperclaw. ¡Vamos, a brazo partido!

—¡Dios nos guarde! —dijo el señor Lovel, retrocediendo—, antes me confiaría a un toro loco.

—No me gusta cómo mira el bicho —dijo *lord* Merton—, hace muecas horrendas.

—¡Oh, qué espanto —dijo *lady* Louisa—, o le echan fuera o moriré!

—Capitán —dijo *lord* Orville—, las señoras están alarmadas y debo implorar que saque este mono de aquí.

—¿Pero es que puede hacer más daño un mono que otro? —contestó el capitán—; no obstante, si les complace a las señoras, los sacaremos a ambos.

—¿Cómo es eso, señor? —dijo el señor Lovel enarbolando su bastón.

—¿Y qué quiere decir usted? —dijo el capitán furioso—, haga el favor de bajar su bastón.

El pobre señor Lovel, demasiado cobarde para mantener su causa, y aún demasiado enfurecido para someterse, se revolvió y, olvidando las consecuencias, descargó su rabia dándole un furioso bastonazo al mono.

La criatura se lanzó hacia delante, y al instante saltó sobre él, y aferrándose a su cuello, clavó los dientes en sus orejas.

Sentí pena por el pobre hombre que, aunque era un insigne mequetrefe, no había cometido ofensa que mereciera tal castigo.

Fue imposible distinguir entonces qué gritos eran más ensordecedores, si los de dolor del señor Lovel, o los de la aterrorizada *lady* Louisa que, creo, pensaba que

ahora podría tocarle el turno a ella; pero el implacable capitán rugía de alegría.

No así *lord* Orville, que siempre humanitario, generoso y bueno, abandonó a su pupila viendo que estaba fuera de peligro y, agarrando al mono por el cuello, le hizo soltar la oreja y después, con un repentino balanceo, le arrojó fuera de la estancia y cerró la puerta.

El pobre señor Lovel, casi desvanecido de terror, se desplomó en el suelo, gritando:

—¡Oh, moriré, moriré!... ¡Oh, me ha mordido de muerte!

—Capitán Mirvan —dijo la señora Beaumont, con no poca indignación—, confieso que no veo la gracia de esta acción, y siento mucho que en mi casa se haya cometido tal crueldad.

—Pero por qué, señora —dijo el capitán cuando su entusiasmo disminuyó lo suficiente como para permitirle hablar—. ¿Cómo iba yo a suponer que se pelearían así? ¡Recórcholis, no lo traje para que se liaran uno con el otro!

—¡Pardiez! —dijo el señor Coverley—, no habría querido estar en su lugar ni por mil libras.

—Pues, ahí está la apuesta —dijo el capitán—, ya ve usted que se prestó a ello por nada. Pero venga —continuó dirigiéndose al señor Lovel—, sea de buen corazón y termine las cosas bien, que el *señor colalarga* y usted aún pueden ser buenos amigos para siempre.

—Me sorprende, señora Beaumont —dijo el señor Lovel sobresaltándose—, que haya permitido que en su casa se me trate tan cruelmente.

—¿A qué tanta palabrería? —dijo el capitán, insensible—. Sólo es un corte en la oreja. Ni que le hubiera mandado a la picota.

—Muy cierto —agregó la señora Selwyn—, ¿y quién sabe si no adquirirá el crédito de un escritor antiministerial?

—Protesto —dijo el señor Lovel mirándose el vestido con arrepentimiento—, ¡mi traje nuevo de montar lleno de sangre!

—¡Ja, ja, ja! —dijo el capitán—, ahora estudiará una hora lo que se pondrá.

El señor Lovel se fue hacia el espejo y, contemplándose, exclamó:

—¡Oh, cielos, qué herida tan monstruosa! ¡Esta oreja no se arreglará nunca más!

—Pues entonces —dijo el capitán— la esconde usted. Vaya encargando una peluca<sup>[79]</sup>.

—¿Una peluca? —dijo el señor Lovel, asustado—. ¿Ponerme una peluca? ¡No, no si usted no me paga mil libras por hora!

—En mi vida oí una propuesta tan rara —dijo *lady* Louisa.

Lord Orville, viendo que el altercado no cesaba, invitó al capitán a dar un paseo; éste aceptó y, saludando al señor Lovel con gesto triunfal, acompañó a su señoría escaleras abajo.

En el momento que la puerta se cerró, dijo el señor Lovel:

—Por mi honor que este tipo es el mayor bruto que existe; no debería ser



admitido en una sociedad civilizada.

—Lovel —dijo el señor Coverley afectando hablar en un susurro—, ciertamente debería usted *pincharle*, no debe soportar una afrenta de esta naturaleza.

—Señor —dijo el señor Lovel—, con cualquier persona refinada no lo dudaría un instante, pero con un tipo que no ha hecho sino pelearse toda su vida, por mi honor, señor, que no puedo pensar en eso.

—Lovel —dijo *lord* Merton en la misma forma—, debe usted pedirle explicaciones.

—Cada hombre es el mejor juez de sus propios asuntos —dijo él, ásperamente—; así que no necesito honorables consejos de nadie.

—¡Pardiez, Lovel! —dijo el señor Coverley—, tendrá dificultades, no puede dejarlo así.

—Señor —dijo él impaciente—, en cualquier ocasión normal estaría en disposición de medir mi valía con cualquiera, pero en lo que respecta a pelear por tal *bagatela*, me abochorna sólo pensar en ello.

—¿*Una bagatela*? —dijo la señora Selwyn—, ¡Por Dios!, ¿y ha causado tanto alboroto por una *bagatela*?

—Señora —le contestó el pobre hombre, confuso—, no conocía al principio el peligro de ser mordido; pero no ha sucedido nada peor, vamos, nada importante. Señora Beaumont, tengo el honor de desearle una buena tarde, estoy seguro de que mi carruaje está ya esperando.

Y, así, bruscamente, abandonó la sala.

¡Qué conmoción causa este capitán tan amante de las diabluras! Si continuara mucho tiempo aquí, ni la compañía de mi querida Maria me compensaría de los disturbios que causa.

Cuando regresó y se enteró de que el señor Lovel se había ido tranquilamente, sus demostraciones de triunfo fueron intolerables.

—¡Creo, creo —dijo— que le he acribillado bien! Garantizo que mañana no tardará una hora en decidir lo que se pondrá, porque su casaca combina excelentemente con la mejor seda de Lyon de la vieja *madame Furbelow*<sup>[80]</sup>. ¡Por Júpiter, no desearía otro entretenimiento que haber tenido aquí a esa vieja gata para darle su parte!

Después, todos, menos *lord* Orville, la señorita Mirvan y yo, se pusieron a jugar, y nosotros, oh, cuánto mejor empleamos nuestro tiempo.

Cuando entablamos una encantadora conversación un criado me trajo una carta que, me dijo, por accidente se había extraviado. Juzgue mis sentimientos cuando vi, mi querido señor, su reverenciada escritura. Pronto mis emociones le revelaron a *lord* Orville de quién era la carta: conocía bien la importancia del contenido y, asegurándome que los jugadores, abstraídos, no me verían, me suplicó que la abriera sin demora.

En efecto la abrí, pero no era capaz de leerla..., el consentimiento favorable..., la

ternura de sus expresiones..., la certeza de que no restaba ningún obstáculo para mi unión eterna con el amado dueño de mi corazón me produjo sensaciones demasiado diversas, y sin embargo gozosas, no dejando espacio a una lectura tranquila. Viéndome incapacitada para proseguir, y cegada por las lágrimas de gratitud y deleite que se agolpaban en mis ojos, suspendí la lectura hasta encontrarme en mi habitación. Y no teniendo voz para contestar a las preguntas de *lord* Orville puse la carta en sus manos y le dejé hablar por la carta... y por mí misma.

Lord Orville fue asimismo afectado por su bondad; besó la carta al devolvérmela y, estrechando mi mano afectuosamente contra su corazón, me dijo, en un susurro:

—¡Ahora eres toda mía! Oh, Evelina, ¿cómo encontrará mi alma espacio para tanta felicidad? Parece que vaya a estallar...

No pude contestar; en verdad, apenas hablé el resto de la velada. La plena felicidad es poco amiga de la charlatanería.

Oh, queridísimo señor, al encontrarnos debo dar desahogo al agradecimiento de mi corazón, cuando, a sus pies, mi felicidad reciba la confirmación de su bendición, y cuando mi noble, mi amado *lord* Orville le presente a la altamente honrada y tres veces feliz Evelina.

Procuraré escribirle el jueves algunas líneas que le serán enviadas por correo urgente para decirle con cierta seguridad la hora de nuestra llegada.

Y ahora, permítame, por primera y probablemente última vez que podrá reconocerme por este nombre, que firme, mi queridísimo señor, como su agradecida y afectísima,

Evelina Belmont

*Lady* Louisa, por expreso deseo personal, estará presente en la ceremonia, así como también la señorita Mirvan y la señora Selwyn; el señor Macartney se unirá la misma mañana a mi hermana de leche, y será mi propio padre en persona quien nos acompañará a ambas al altar.

## CARTA XXII

### *Del señor Villars a Evelina*



ada deseo de mi alma se ha cumplido, porque la felicidad de mi Evelina es comparable a sus merecimientos.

Sí, hija mía, tu felicidad está grabada en letras de oro en mi corazón; y su huella es indeleble, pues, aunque la tosca y larga mano de la desgracia tratara de arrancarla de su legítima depositaría, el fugaz tejido de la vida cedería, y al lacerar mis órganos esenciales, el alimento por el cual se sostienen no aferraría más que una sombra insensible a su roce.

¿Darte mi consentimiento? Oh, para ti que regocijas, reconfortas y enorgulleces mi vida, qué fría es esa palabra para expresar el favor de mi aprobación. ¡Sí, ciertamente te doy mi consentimiento!; y tan fervorosamente que, con la gratitud más humilde a la providencia, lo sellaría para el resto de mis días.

¡Apresúrate, luego, mi amor, a bendecirme con tu presencia y recibir a su vez las bendiciones que derrama mi afectuoso corazón! Y, oh, mi Evelina, escucha y asísteme en un único ruego..., humilde, ardiente, que aviva mis devociones: ¡que la altura de la dicha que alcanzaste no te llene de frivolidad, y que la pureza de pensamiento sea para siempre el esplendor más brillante de tu porvenir!, y que el débil y anciano cuerpo del padre que te venera, casi consumido por las enfermedades y aflicciones del tiempo pasado, tenga fuerzas para soportar el encuentro con el ser que más ama en el mundo; y entonces, todas las heridas que la severa fortuna infligió puedan ser curadas y purificadas por un último consuelo, el de verter con mis moribundas palabras mis bendiciones sobre mi querida niña, cerrando estos ojos que desprenden alegría en su presencia, y exhalando mis últimos suspiros, apenas perceptibles, entre sus amadísimos brazos.

¡No temas, hija de mi corazón! ¡No te entristezcas por ese momento inevitable; que tu propio fin sea igualmente propicio! Y que cuando completes tus días, y llena de honorabilidad, suavemente cierras tus ojos para siempre y puedas descansar, tengas la dicha de estar velada y atendida con la misma ternura y cuidados que tu venturoso padre. Y que, cuando el fin se acerque, lo haga dulce pero no amargamente, pues alguien querido sobrevivirá a Evelina y llevará luto por el afecto faltante.

Arthur Villars

## CARTA XXIII

*De Evelina al reverendo señor Villars*

**T**odo está consumado, mi querido señor, y el destino de su Evelina decidido! Esta mañana, temblando de gratitud y radiante de felicidad, se unió para siempre al ser más amado, su afecto eterno.

No tengo tiempo para nada más; la silla espera para llevarnos a mi querido Berry Hill, a los brazos del mejor de los hombres.

Evelina



## POSFACIO





**F**rances (Fanny) Burney, posteriormente conocida como *madame* D'Arblay, nació en el año 1752, hija del célebre músico Charles Burney, personalidad insigne en la vida cultural londinense de la segunda mitad del siglo XVIII.

El debut literario de Fanny será de forma anónima en 1778 con *Evelina, or the History of a Young Lady's Entrance into the World*, entregado secretamente a la imprenta con la complicidad de su hermano por miedo al juicio negativo de su padre, y por temor a la exposición pública derivada de su publicación.

Pero *Evelina* era, de hecho, una secuela literaria. En un intento por «extinguir para siempre su pasión por la escritura», Fanny, en su decimoquinto cumpleaños, hizo una hoguera con todos sus escritos entre los que se incluía una obra completa en prosa, *The History of Caroline Evelyn*, es decir, la historia de la madre de Evelina. No obstante, aunque la novela fue destruida y hubo lágrimas sobre las cenizas imaginarias de Caroline, la pasión no fue extinguida. En sus diarios, Fanny deja patente que todos sus esfuerzos fueron inútiles, y explica con gran lujo de detalles el proceso de escritura de *Evelina* que define como una lucha heroica, al tiempo que describe el motivo de tanto «secretismo», que no es otro que el de ocultar, como tantas otras escritoras contemporáneas, una actividad que no era bien vista para una «señorita», protegiéndose de la opinión de su padre hasta que su éxito de crítica estuviese asegurado.

Se sabe incluso que escribió su manuscrito fingiendo una caligrafía distinta a la suya en un intento de disfrazar su autoría ante los propios impresores, que la conocían sobradamente por los manuscritos de las obras de su padre que ella se encargaba de copiar y enviar a imprenta.

Porque Burney no fue, en verdad, una ociosa señorita refinada durante los años que escribió *Evelina*. Tiempo atrás se había convertido en la asistente de su padre en sus proyectos literarios, con un trabajo a jornada completa que además de hacerla sentir importante a ojos de su progenitor, le sirvió como excusa ante la probable insistencia de su familia para casarse. Trabajando a su lado fue como Fanny se vio aún más estimulada en su pasión por la literatura, y gracias también a su círculo de amistades tuvo una educación mucho más beneficiosa para su mente de novelista que la que hubiera logrado siendo «simplemente» una «señorita»; pues no sólo le abrió la puerta a un profundo conocimiento sobre literatura, historia, música y arte, sino que le permitió un mayor conocimiento de la «vida real» (incluidos los distintos tipos de entretenimiento y lugares públicos de la sociedad londinense), más allá del que la mayoría de las señoritas bien educadas pudieran aspirar a alcanzar.

Tras el gran éxito de *Evelina*, Fanny se ve encumbrada como «novelista costumbrista» y se erige como brillante «escritora satírica». En el círculo de amistades de su padre, Fanny traba amistad con Samuel Johnson, Hesther Thrale, Joshua Reynolds y otras personalidades de la cultura contemporánea. Es entonces cuando Burney, que siempre tuvo alma de dramaturga, escribe una comedia, *The Witlings*, un retrato satírico de «señoritas instruidas»; pero recibe fuertes presiones

por parte de su padre y las amistades de éste para que renuncie al teatro, pues esta disciplina era vista con un aura más bien negativa en lo que se refiere a la fragilísima reputación femenina.

El teatro será, por tanto, uno de los sueños irrealizados de Fanny que, tras *The Witlings*, escribirá en el curso de los años otras dos comedias, *Love and Fashion* y *A Busy Day*, prácticamente desconocidas.

En su regreso a la novela, publica *Cecilia, or Memoirs of an Heiress*, en el año 1728, bastante diferente de la primera, por su tono serio y menos optimista. Y pasarán catorce años entre la segunda y la tercera novela; son años muy densos de acontecimientos en los que sufre una gran desilusión amorosa y un período de cinco años marcado por la soledad y una profunda depresión, exacerbada por la reclusión forzada que la locura de Jorge III impuso a todo su entorno, del que Frances formaba parte en ese momento como dama de la reina. Durante todos estos años Burney continúa escribiendo los diarios que la acompañarán toda su vida y la única forma de escritura creativa que practica es aquella con tintes dramáticos: escribe cuatro tragedias de las cuales sólo una, *Edwy and Elgiva*, será puesta en escena con poco éxito. Cuando logra dejar los servicios en la corte por motivos de salud, ganándose incluso una pequeña pensión, su vida cambia radicalmente en unos pocos meses.

En 1793, cuando contaba cuarenta y un años y desde hacía tiempo se veía encaminada a la soltería, se encuentra con un refugiado francés que había combatido con Lafayette y en poco más de seis meses se casa con él dándole un hijo «a lo loco» —para aquella época—, a sus cuarenta y tres años.

En 1796 publica su tercera novela acuciada por necesidades económicas: *Camilla, or a Picture of Youth*, que cuenta con el patrocinio de la reina. La novela resulta un verdadero éxito editorial cuyos beneficios permiten a Burney la construcción del Camilla's Cottage en Surrey.

Posteriormente Fanny y su familia se trasladan a Francia en un «exilio» que dura diez años; y en ese lapso de tiempo, en 1811, vive una terrible y traumática experiencia cuando se le diagnostica un cáncer de mama, que obviamente necesitaba extirpación quirúrgica. En la operación (sin anestesia, sólo se utilizó un poco de *whisky*) Burney vive un horror infinito que trata de exorcizar describiéndolo fríamente en su diario y en sus cartas.

En el año 1812 regresa a Inglaterra con su hijo, y dos años más tarde publica su cuarta y última novela, *The Wanderer, or Female Difficulties*, de la cual obtiene una suma más bien discreta.

Cuando su marido se encontraba combatiendo en Bélgica contra Napoleón tras su fuga de la isla de Elba, Fanny sigue a D'Arblay en un carruaje y se encuentra en Bruselas durante la batalla de Waterloo; una batalla que describe en su diario consciente de estar ante un pequeño trozo de historia. Su marido resulta herido en la batalla y regresan ambos a Inglaterra —donde a él se le distingue con el título de conde otorgado por Luis XVIII—, y muere posteriormente tres años después. Fanny



sigue adelante con su vida y su hijo hasta que el horror de la muerte de éste se ceba con ella en 1837, no pudiendo sobrevivirle más que tres años, falleciendo el 6 de enero de 1840. Fue enterrada junto a su marido y su hijo en el Wolcot Churchyard de Bath.

Éste es el resumen de la vida de una de las «madres de la novela», una mujer con una personalidad extremadamente interesante y talentosa, que tiene en *Evelina* su obra maestra, una novela que la Enciclopedia Británica define como un «hito en el desarrollo de la novela social y de costumbres».

Muchos autores ha caído rendidos ante su obra, como el propio Samuel Johnson con sus elogios hacia su narrativa y su preferencia por encima incluso de Samuel Richardson y Henry Fielding; y a menudo se establece una estrecha vinculación entre Burney y Austen dado que esta última fue una gran admiradora suya, e incluso fuente de inspiración de su propia obra. Recordemos que la propia Austen utiliza las palabras puestas por Burney en boca de uno de los personajes de su novela *Cecilia*, para dar título a su obra maestra *Orgullo y prejuicio* (1813).

Es evidente que se inspira en Burney, pero basta recordar cualquiera de las novelas de Austen para darse cuenta de que el *mundo* que retrata Burney está muy alejado de aquél que radiografía Austen, cuyas heroínas se mueven en un ámbito más cercano, muy distinto al de la señorita Anville. La propia Jane, en una de sus cartas a su sobrina Anna, circunscribe la geografía *austeniana* a su círculo de amigos, un tranquilo pueblo del campo, dos o tres familias rurales..., nada que ver con el universo Burney, que se centra en Londres, la vida social del *beau monde* y los lugares de entretenimiento públicos que ponen marco a *Evelina*.

Aunque parece cierto que la continuidad es evidente, pues antes que las protagonistas de Austen, las heroínas de Burney aprender a pensar y actuar por sí mismas cuando entienden que las restricciones de los prejuicios crean falsas apariencias; en *Evelina* ese proceso de maduración interior se desarrolla al llegar al *gran teatro del mundo*, la ciudad de Londres.

La joven Evelina, de tan sólo dieciocho años, asiste con sorpresa al espectáculo de la vida social londinense, desde el punto de vista de una chica de campo para quien aparentemente todo es hermoso y brillante. La crítica de la autora se vuelve muy aguda cuando se enfatiza el proceso de madurez interior de la protagonista y, en contra de su voluntad inicial, se ve obligada a reconocer que tras la fachada reluciente se esconde un mundo muy diferente al imaginado.

Las escenas que consiguen un resultado final de comedia son fruto del trato de la autora con conocidos del mundo teatral, a los que suma su innegable talento individual para los juegos y tics lingüísticos utilizados en los diálogos, así como para radiografiar la amplia variedad de lenguajes, principalmente acusada en el capitán Mirvan con su propia jerga salpicada de términos náuticos y, cómo no, en la terca afectación del señor Lovel.

La analogía implícita entre el teatro y el contexto social es evidente, ficción y

realidad se funden el uno en el otro. Además de ser un lugar de ocio, el teatro se convierte así en una metáfora de la vida misma. El propio Thackeray se vio influenciado por Burney al escribir *La Feria de las Vanidades* (1847), utilizando sus personajes como meros títeres en manos del autor, y en el escenario del *gran mundo*, tal como anteriormente había hecho Burney en *Evelina*.

Al final de su *aprendizaje* en la ciudad, en la vida, Evelina no sólo aprende a comportarse de acuerdo a las buenas costumbres, sino también a discernir el bien del mal y a reconocer el uno y el otro mirando *más allá de las apariencias*. De ahí que se considere *Evelina* como una novela de «formación». Aprende a sobrevivir en un mundo en el que la mujer se siente desprotegida, en un enorme escenario en el que todos desempeñan un *papel*. Esto es particularmente cierto en referencia a las mujeres, que son *personajes* para ser *observados*, y como *personajes* que son, también pueden ser instruidos. En ese sentido Evelina va superando una tras otra esas diferentes etapas del proceso que le permite llegar a la madurez en su capacidad de juicio, aunque tal vez Burney se traiciona a sí misma al final de la obra al verse *forzada* a finalizar la novela refugiando a la protagonista en una jaula de oro con la rendición incondicional a la guía de un hombre; sucede que las limitaciones impuestas por la sociedad patriarcal de su época eran demasiado fuertes..., y Burney, aunque ansiaba independencia, necesitaba desesperadamente el pleno reconocimiento de su propio padre.

Ese final, ese retiro de *lord Orville* y Evelina camino de Berry Hill, nos anticipa de alguna forma el camino recorrido años después por Elizabeth y Darcy, que buscan refugio en la cómoda y elegante residencia familiar en Pemberley, al final de *Orgullo y prejuicio*.



FRANCES BURNEY (King's Lynn, Inglaterra, 13 de junio de 1752 - Bath, Inglaterra, 6 de enero de 1840) fue una reconocidísima escritora satírica que describió de un modo brillante la opresiva forma de vida de la mujer, así como otras formas de hipocresía social de finales del siglo XVIII. Fue una de las «madres de la novela».

Frances (Fanny) Burney, también conocida como Fanny Burney y después de su matrimonio como *Madame D'Arblay*, fue una escritora de novelas británica. Hija de Charles Burney (1726-1814), un compositor e historiador de la música muy reconocido en su tiempo; y de Esther Sleepe Burney (1725-62). La muerte de su madre en 1762, cuando la pequeña Fanny tenía solamente diez años, sería un hecho que la marcaría para toda la vida. Fanny era la tercera de seis hermanos.

Fanny no tuvo acceso a una educación formal. Fue autodidacta, y comenzó a escribir a los diez años. Publicó su primera novela *Evelina*, en forma anónima, en 1778, al que siguió *Cecilia* en 1782 y *Camilla* en 1796.

Se casó en 1793 a los 42 años, con un exiliado francés, el General Alexandre D'Arblay. Su único hijo, Alexander, nació en 1794. Después de una larga carrera como escritora, y de viajes que la llevaron a Francia a lo largo de diez años, se estableció en Bath, Inglaterra, donde murió.

# Notas

[1] El destinatario de esta dedicatoria es el músico e historiador Charles Burney (1726-1814), conocido como Dr. Burney y padre de Frances Burney. Aunque la identidad de la autora de *Evelina* permaneció oculta al publicarse la obra anónimamente, Frances quiso con este poema dedicarle la novela a su padre (que desconocía también su autoría), con quien mantenía una intensa aunque a veces difícil relación: deseaba ardientemente su aprobación, pero necesitaba establecer una idealidad independiente por sí misma. <<

[2] La diosa griega de la salud. <<

[3] Referencia al discurso de Portia implorando misericordia en el acto IV, escena I de «El mercader de Venecia» de Shakespeare. <<

[4] Referencia al discurso de Shylock en la misma escena anotada anteriormente. <<



[5] «Epístola a Arbuthnot» (1735), de Alexander Pope. <<

[6] Recordemos que *Evelina* se publicó anónimamente sin mención alguna al sexo del escritor. <<

[7] *Essay upon Poetry* (1682), de John Sheffield, duque de Buckingham. <<

[8] Ranelagh Gardens: nombre de un parque público de Chelsea, abierto en 1742, donde los mayores exponentes del *gran mundo* se reunían y paseaban. Se cerró en 1804. El nombre se debe al conde de Ranelagh, propietario del terreno sobre el cual se extendían los jardines. <<

[9] El Pantheon, en Oxford Street, era una espléndida sala abierta durante la temporada invernal, famosa por sus conciertos y sus hermosos bailes de disfraces. <<

[10] Papel protagonista masculino de *The Suspicious Husband*, de Benjamin Hoadly. El actor, un ídolo francés, era amigo del doctor Burney padre de Frances Burney. <<

[11] Fanny Burney confunde los roles femeninos de la comedia *The Suspicious Husband*. Al final de ésta, Ranger no baila con Clarinda, sino con la señora Strickland. <<

[12] Se trata de Buckingham House, construido por John Sheffield, duque de Buckingham, en 1705. Se rehabilitó para la reina Carlota por Jorge III ese mismo año. En aquella época era conocido como Queen's House. Se erigía sobre los jardines de Mulberry, muy célebres en el siglo XVII, y el actual palacio de Buckingham. <<



[13] El minueto era la danza de apertura de los bailes de moda. <<

[14] El rapé es un preparado de tabaco (*Nicotiana tabacum*) molido y habitualmente aromatizado dispuesto para ser consumido por vía nasal. La palabra proviene del francés *râpé*, que significa «rallado». <<

[15] La mañana siguiente a un baile, el caballero debía informarse sobre la salud de su pareja de baile con una visita personal o a través de un criado. <<

[16] Entretenimiento durante el cual se podía escuchar música y bailar. Introducido en Inglaterra en el año 1722 en el Teatro de la Ópera de Haymarket, se convirtió en un rasgo distintivo de la vida social londinense durante el siglo XVIII. <<

[17] Remontar, después de haber bajado significaba continuar hasta el fondo de la fila de bailarines y volver a subir mientras las otras parejas bajaban. Abandonar un baile antes de que concluyera era un *faux pas*. <<

[18] Derivado del italiano *fantoccino*, marioneta. Representación teatral interpretada por marionetas. <<

[19] La palabra inglesa *frog* (rana) es el término despectivo que los ingleses usan para referirse a los franceses. <<

[20] *Sir John*, hermanastro del novelista Henry Fielding. Aunque ciego de nacimiento, ejerció de magistrado en Westminster de 1761 a 1780, año de su muerte. <<



[21] Los paseos por la sala permitían ver a los asistentes, y sobre todo, *ser visto*. <<

[22] En el siglo XVIII esta empinada callejuela, estrecha y tortuosa, se ubicaba entre Holborn Bridge y Newgate. <<

[23] En los últimos años del siglo XVIII el delantal era un elemento cotidiano que no sólo se utilizaba para las labores caseras, sino que formaba parte del atuendo tal y como puede verse reflejado en las pinturas de la época. Las damas los lucían de telas livianas como la lustrina (un tipo de seda brillante) o muselina, en ocasiones adornados con encajes. <<

[24] Museo en el que se celebraba una exposición de carísimos juguetes elaborados por el joyero James Cox. <<

[25] Georg Friedrich Händel obtuvo la nacionalidad inglesa en el año 1726 y en 1727 se le encargó la composición de cuatro de los himnos entonados durante la coronación de Jorge II. El primero y más famoso de los cuatro sería *Zadock the Priest*. Nuevamente utilizado en la coronación de Jorge III, se convirtió en un elemento tradicional en este tipo de ceremonias, pasando a ser conocido como *Himno de la coronación*. <<

[26] Los palcos laterales se ubicaban en los lados de la platea, más alejados del proscenio. Los dos palcos proscenio estaban sobre el palcoscenio, el lugar más cercano al escenario. Eran las localidades más caras. <<

[27] Comedia de William Congreve, representada por vez primera en abril del año 1695. <<

[28] Breve texto de recurrente argumento burlesco que formaba parte del espectáculo nocturno de un teatro. <<



[29] El señor Lovel era miembro de la Cámara de los Comunes. <<

[30] El señor Tattle y el señor Ben son personajes de *Love for Love*. El señor Tattle es un hipócrita y, como su propio nombre indica (*Tattle* significa *chisme* en inglés), adora las habladurías y el escándalo. El señor Ben es un marinero aún más ignorante que vulgar. <<

[31] La señorita Prue es otro de los personajes de *Love of Love*. Es una joven ingenua educada en el campo, muy sagaz y agresiva en sus conversaciones con el señor Tattle.

<<

[32] Farsa de George Colman el viejo, representada por vez primera en el año 1763 en el Drury Lane Theatre. <<

[33] El más célebre tenor durante la temporada 1771-1772, amigo del doctor Burney y muy admirado por Fanny. En su *General History of Music*, el doctor Burney sostiene que el reconocimiento tributado a Millico fue tardío debido a las facciones presentes en el mundo musical londinense. <<

[34] Látigo de nueve nudos (*Oxford English Dictionary*), y castigo autorizado en la Marina. <<

[35] Tras dos días de feroz batalla, la guarnición inglesa del Fuerte Williams, en Calcuta (India), se rindió al gobernador de Bengala, Siraj ud-Daulah. Era el 20 de junio de 1756. Aquella noche, 143 europeos fueron encerrados en un minúsculo agujero, cumpliendo el castigo impuesto por el sanguinario nawah. Al amanecer, sólo 23 seguían con vida. <<

[36] Expresión común del siglo XVIII para referirse al vestíbulo, al atrio o a la antesala.

<<



[37] Fanny Burney hace aquí un juego de palabras entre la pronunciación francesa de «plait» en la frase anterior y el «plate» (plato) inglés. <<

[38] El 4 de junio era el cumpleaños de Jorge III y marcaba el fin de la temporada social londinense. <<

[39] El hospital de St. Mary of Bethlehem era usado como residencia para personas con enfermedades mentales. Originariamente ubicado en Bishopsgate, en 1676 fue reconstruido junto al London Wall y en el año 1815 transferido a Lambeth. <<

[40] Hampstead era la más famosa de las termas presuntamente curativas y el más célebre de los parques de entretenimiento próximos a Londres. Una diligencia unía diariamente Londres con Hampstead. Estaba abierta al público de marzo a noviembre. Era muy popular y estaba de moda porque se podían encontrar lugares de reunión muy elegantes, donde comer o cenar, prados para jugar a la petanca y varios comercios. Bailes y conciertos se celebraban en la Great Room. Los bailes de Hampstead eran entretenimientos que se desarrollaban en la Long Room, que se encontraba en el extremo opuesto del Well Walk. <<

[41] De *La Ilíada*, En el original la autora utiliza la traducción de Alexander Pope. <<

[42] Se trataba del New Georgia en Turner's Wood, Hampstead. Era una campana de madera, de dos pisos, construida de modo irregular y ubicada en un parque solitario, dispuesto con «delicioso gusto romántico». El propietario, Robert Caston, construyó el campanario en 1737, año en que lo abrió al público. El té se servía dentro del *cottage* o en los jardines, pero la principal atención eran las numerosas maravillas mecánicas que se movían en el jardín o en las diversas estancias en las que estaba dividido el *cottage*. Los comerciantes de Londres se acercaban habitualmente en las tardes dominicales y se divertían con el desfile de reptiles cuando se pisaba una tabla o un resorte, o una silla que se venía abajo cuando te sentabas en ella, y muchos más dispositivos hidráulicos. Parece que el lugar no fue frecuentado después de 1758. Probablemente Burney había oído hablar de él y, fiándose de su memoria, confundió el nombre. <<

[43] Fue inaugurado probablemente a finales del siglo XVII. En sus inicios se trataba de una combinación entre una cafetería y una barbería, en la que se entretenía a los clientes con el violín, mientras se les afeitaba e incluso se les extraían los dientes. *Sir Hans Sloane* (1660-1753) donó algunas piezas para la colección de curiosidades, y *Salter*, a su vez, amplió la colección para utilizarla como atracción, de forma que la cafetería fue casi absorbida por el museo. <<

[44] Inicialmente era un jardín que se había proyectado durante la Restauración, un Vauxhall para las clases bajas. El entretenimiento consistía en representaciones de acrobacias, saltos mortales y música. A principios del siglo XVIII era conocido principalmente como un *music-hall*. En 1744, los propietarios fueron denunciados por contar con un local en el que a menudo había afluencia de un gran número de gente ociosa, salvaje y tumultuosa. En 1765 se construyó un nuevo teatro. Hasta el siglo XIX no fue del todo respetable. <<



[45] Una de las principales atracciones de Londres: la Torre y en su interior la sala de armas, los cañones, las coronas y las insignias reales, el zoológico con animales salvajes y la cueva. <<

[46] Situado en el cementerio de St. Margaret, Fish Hill Street, se trata de una columna estriada dórica erigido para conmemorar el *Gran Incendio de Londres*. El proyecto fue realizado por Wren. Mide 61 metros de altura y está situado a 61 metros de Pudding Lane, donde se originó el incendio. Es hueco y su escalera tiene 345 escalones. <<

[47] Otra atracción arquitectónica de Londres que era posible visitar de forma gratuita a continuación de los oficios. Si se quería acceder a la cúpula o visitarla a otras horas, había que pagar una entrada. <<

[48] Situados en Lambeth, los jardines fueron abiertos al público en 1661. Las primeras salas fueron construidas en 1667. Ocupaban alrededor de doce hectáreas con árboles plantados muy próximos. Entre los árboles discurrían cuatro avenidas principales, bifurcadas en ángulos rectos por caminos más pequeños. En los claros había columnas griegas, pérgolas, teatros, templos, una orquesta, un área para bailar. Fueron muy populares entre 1732 y 1790. En ellos se desdibujaban las divisiones de clase pues atraían visitantes de la aristocracia y la burguesía. Estaban abiertos desde principios de mayo hasta finales de agosto. Se vendían todo tipo de bebidas y comidas, y el público rara vez se iba antes de las dos de la mañana. Estaban situados a unos dos kilómetros y medio de la ciudad, pero el camino estaba vigilado. <<

[49] El Little Theatre de Haymarket fue inaugurado por Samuel Foote (1720-1777) en 1760 como un teatro de verano, pues abría durante el cierre de teatros habituales. En 1767 fue completamente renovado en estilo chino. <<

[50] Se cree que Burney escribió dos obras para Foote: *The Minor* y *The Commissary*. El teatro de Foote tenía a menudo dos funciones en una sola noche. El grupo de Evelina se fue allí a la hora del té (aproximadamente las 17:30) y llegó a tiempo para la cena (alrededor de las 23:00). <<

[51] Un lugar de entretenimiento muy conocido cerca de Islington que toma su nombre de un acueducto que abastecía de agua a Charter House. Sus jardines estaban muy ordenados. En el centro había un estanque, donde los visitantes podían sentarse y comer bebida. Tenía campos de bolos, campos de golf y un campo de *cricket*. Estaba muy animado las tardes del sábado. <<

[52] Un *pub* que se encuentra en el cruce entre Hampstead y Kentish Town. <<



[53] Situado en Cold Bath Fields, fue una especie de Vauxhall de menor categoría, que contaba con un salón de té y jardines. Era popular entre los comerciantes que acudían los domingos. Se abrió al público por primera vez en 1767, cuando se descubrieron dos fuentes, una ferruginosa y otra purgativa. <<

[54] Alexander Pope, «Ensayos sobre la moral», epístola IV. <<

[55] A las nueve sonaba una campana y el público corría a lo largo del lado norte de los jardines para ver la cascada. Entonces se retiraba una cortina revelando un paisaje iluminado por luces ocultas. En primer plano destacaba la casa de un molinero y la cascada. Se podía observar «la reproducción exacta del agua». <<

[56] Referencia a las avenidas de los enamorados, flanqueadas por densos árboles y largas ramas. En 1759 hubo algunas quejas sobre el tipo de personas que las frecuentaban y en 1763 los paseos se cenaron con rejas; al año siguiente cincuenta jóvenes las derribaron con el fin de reabrir los paseos oscuros de nuevo. <<

[57] Según la antigua guía de Vauxhall podría tratarse de la representación alegórica de la derrota del almirante Hawke en Quiberon Bay, de Hayman. Las pinturas se colgaron en la denominada *Picture Room*. <<

[58] En realidad, el apellido era Torr , identificado gracias a *Vida de Samuel Johnson*, de James Boswell, como se or Torr , un comerciante de grabados y fuegos artificiales. Dichos fuegos, especialmente el llamado «La fragua de Vulcano», fueron parte de los entretenimientos de Marybone Gardens entre 1772 y 1774. Los vecinos de la zona de los jardines trataron de prohibirlos al considerarlos una molestia. <<

[59] En 1778, Kensington era un pueblo situado «en la gran carretera occidental, a una milla y media de distancia de Hyde Park Corner». <<

[60] Adquirido por el rey Guillermo poco después de la ascensión al trono, el palacio fue utilizado anteriormente por Ana y los dos primeros «Jorge». Se abandonó en tiempos de Jorge III. Este vasto edificio albergaba una impresionante colección de pinturas de los grandes maestros. Dichas pinturas eran, quizás, la razón por la que *lord Orville* visitaba el palacio. <<



[61] Carruaje ligero diseñado para llevar a dos personas. Evelina utiliza un medio de transporte de lujo en lugar de la diligencia pública. Una *chaise* podría recorrer nueve millas por hora parando únicamente para cambiar de caballo. <<

[62] Localidad que toma su nombre de un manantial al pie de St. Vincent's Rocks junto a la orilla del Avon y al sur de Clifton. Se creía que las aguas tenían propiedades medicinales. Además de hacer la cura de agua, Hotwells ofrecía conciertos y entretenimiento social con bailes públicos. La temporada se desarrollaba entre mayo y septiembre y, por tanto, no interfería con la de su vecina Bath, superior desde el punto de vista social. <<

[63] Ver Carta XXIII en la parte primera [\[» Ir a la Carta XXIII\]](#). <<

[64] El cumpleaños de Jorge III, el 4 de junio, marcaba el fin de la temporada en Londres. <<

[65] Carruaje descubierto de cuatro ruedas, alto y ligero, habitualmente tirado por dos caballos. <<

[66] Fanny Burney abre su *Early Diary* en 1768 refiriéndose a sí misma como «una tal señorita Nadie», jugando con el concepto de un insignificante *alter ego*. <<

[67] Las ediciones de *The New Bath Guide*, la guía turística de Bath, fueron publicadas a lo largo de la década de 1770, pero es más probable que Evelina y lord Orville estuvieran leyendo *The New Bath Guide: or Memoirs of the B-n-r-d family. In a Series of Poetical Epistles*, de Christopher Anstey (1724-1805). Publicada por primera vez en 1766, y luego en repelidas ediciones, era una sátira epistolar en verso sobre un norteño joven e ingenuo y su prima, que acudían por primera vez a Bath, y expresaban su sorpresa por el estilo de vida extravagante y los personajes sin escrúpulos que caracterizaban la sociedad de Bath. <<

[68] Los horarios habituales de la jornada a finales del siglo XVIII eran los siguientes: el desayuno (la comida más importante del día) se tomaba a las diez de la mañana; el almuerzo entre las dos y las cuatro y media de la tarde (inmediatamente seguido del té); la cena se servía entre las nueve y las once de la noche. La mañana (referida a las relaciones sociales) era el período comprendido entre el desayuno y el almuerzo, cuando se recibían las visitas. <<



[69] John Trot era un hombre de intelecto lento o inculto, un palurdo. El insulto sugiere que *sir* Clement encuentra a *lady* Howard masculinizada y estúpida. <<

[70] The Herald's College es la institución real que supervisa y aconseja en materias de uso de escudos de armas, concesiones reales, y linajes. *Sir Clement* quiere dar a entender que la señora Beaumont se comporta como alguien que acaba de obtener el título nobiliario. <<

[71] Comedia de Joseph Addison (1716). La alusión se refiere al inicio del V acto cuando el mayordomo, el cochero y el jardinero se dispersan en distintas direcciones para llevar pluma, papel y tinta al mago. Es fácil entender por qué Burney piensa en esta comedia: tras ser olvidada durante años se realizaron varias ediciones sucesivas en los años 1771, 1776 y 1777. Entre los años 1771 y 1774 fue puesta en escena cuatro veces con gran éxito. <<

[72] Puede tratarse de una referencia al St. Patrick's Hospital de Dublín «para locos e idiotas» hecho realidad gracias a un legado de entre diez y once mil libras esterlinas de Swift y que se inauguró el 19 de septiembre de 1757 para recibir a cincuenta pacientes; o quizá se trate de una referencia al panfleto de Swift, *A Serious and Useful Scheme to Make an Hospital for Incurables*, publicado en Dublín en el año 1773. Es más probable que se trate de la primera opción. <<

[73] La frase del capitán debe ser entendida con un doble sentido ofensivo: la «casa» sería un burdel, y la «forma» que le desea a *madame* Duval se refiere a las condiciones del órgano femenino empeñado en la actividad laboral que se desarrolla en la «Casa». <<

[74] The Crescent, Circus y The Parades son calles de Bath que tienen excelentes panorámicas de la ciudad y destacan por sus hermosos edificios del siglo XVIII. <<

[75] Según un personaje femenino de *Humphrey Clinker* (Tobias Smollett, 1771), las señoras vestían corpiños y faldas de lino marrón con sombreritos de paja entrelazada, a los cuales se fijaban los pañuelos para secarse el sudor de la cara. <<

[76] Según el Oxford English Dictionary, corresponde a una expresión coloquial que quiere decir algo hecho al instante. Se recoge también en *The Syren*, farsa de Edward Thompson en dos actos, representada por primera vez en el Covent Garden durante la temporada 1775-1776. <<



[77] Primavera y otoño eran las estaciones más de moda en Bath. Pero para el esnob señor Lovel únicamente la primavera era el período adecuado para visitar Bath. <<

[78] Es la zona de los «docks», esto es, la zona portuaria en East End, zona de muy mala fama en la ciudad, en neto contraste con St. James, que era la zona residencial por excelencia. <<

[79] Las pelucas ya no estaban de moda y solamente las llevaban los caballeros más ancianos. Lovel no la llevaba: se hacía rizar el cabello y lo mantenía fijado con un ungüento. La idea de ponerse una peluca era sinónimo de rancio y poco elegante. <<

[80] El significado literal de *furbelow* es cenefa o volante de un vestido o enagua, pero el término era también usado desdeñosamente para indicar extravagancia en el vestir.

<<